

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**Agua Tibia, Totonicapán : un sitio clásico tardío en el
altiplano occidental de Guatemala**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Andrés Ciudad Ruiz

DIRECTOR:

José Alcina Franch

Madrid, 2015

Andrés Ciudad Ruiz

TP
1982
175



x-49-014929-3

AGUA TIBIA, TOTONICAPAN: UN SITIO CLASICO TARDIO
EN EL ALTIPLANO OCCIDENTAL DE GUATEMALA

Departamento de Antropología y Etnología Americana
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

1982



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº 175/82

© Andrés Ciudad Ruiz
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1982
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-24114-1982

ANDRES CIUDAD RUIZ

AGUA TIBIA, TOTONICAPAN: UN SITIO CLASICO TARDIO
EN EL ALTIPLANO OCCIDENTAL DE GUATEMALA.

Director: José Alcina French

Departamento de Antropología y Etnología de América
Facultad de Geografía e Historia
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

1982

A Jaime Ruiz del Arbol

Agradecimientos.

La confección de trabajos individuales cuyas conclusiones habrán de incluirse en proyectos de investigación de carácter más amplio, genera la colaboración de un gran número de personas e instituciones que, mediante comentarios, críticas, ayudas y análisis de determinadas muestras, de un modo u otro participan en ellos.

Sin duda alguna, ha sido el Dr.D. José Alcina Franch, director de esta tesis y del proyecto "Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala", quien de manera más inmediata ha facilitado mi trabajo mediante la continua orientación en la elaboración de los datos y la supervisión del manuscrito final. Asimismo, quiero dejar constancia de mi agradecimiento al resto de colaboradores que intervinieron en el mencionado proyecto y, en particular, a aquellos que participaron de manera más directa en las tareas de excavación de Agua Tibia, Papa Iglesias Ponce de León, Alicia Schoch, Rafael Ramos y Begoña Gaminde.

En Guatemala, fue de particular importancia la ayuda prestada por los investigadores que ocuparon la dirección del Instituto de Antropología e Historia durante la realización de nuestras tareas de investigación, el Dr. Luis Luján Muñoz y el Dr. Francis Polo Sifontes; así como también por la directora del Museo Nacional de Arqueología, que tan gentilmente permitió nuestro acceso a los fondos del museo y el posterior estudio de los materiales que en él se encontraban. Especial reconocimiento merecen los consejos y comentarios proporcionados por el Dr. Edwin M. Shook y el Dr. Alain Ichon, quienes pacientemente revisaron los materiales aquí analizados y me apuntaron muy valiosas sugerencias acerca de su definitiva catalogación. Por último, me considero en deuda con una gran cantidad de personas y amigos a

IV

fincados en Guatemala -y en particular Jorge y Cristina Luján-, que hicieron lo posible para la consecución de la presente investigación.

De gran utilidad para la confección de este ensayo fue el estudio osteológico de los restos humanos descubiertos en Agua Tibia realizado por la Dra. M^a Elena Salas Cuesta, directora del Departamento de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México.

Asimismo, deseo recalcar mi agradecimiento al Dr. Jean Jacques Chauvel, director del departamento de Geología Estructural de la Universidad de Rennes (Francia), por su cooperación en el análisis de Difracción de Rayos X de las muestras de cerámica.

En estas líneas también dedico expresar mi especial reconocimiento al Dr. D. Manuel Ballesteros Gaibrois y a todos los compañeros del departamento de Antropología y Etnología de América por su colaboración, y sobre todo a aquellos que por su mayor conocimiento del tema han soportado pacientemente mis comentarios acerca del desarrollo de la investigación.

Por último, quiero hacer una mención especial a Pepa Iglesias Ponce de León quien, desde los trabajos iniciales en la excavación al estudio de los materiales y a la elaboración de algunas hipótesis aportadas en la presente investigación, me ha prestado continuamente su colaboración.

INDICE GENERAL

Págs.

CAPITULO I: Introducción

1.0. Propósitos generales	2
1.1. La Tesis Doctoral en el contexto del proyecto de investigación: "Cambio Cultural en el Occi dente de Guatemala"	5
1.2. Problemas teóricos y metodológicos	9
1.3. Técnicas de campo y de laboratorio	11

CAPITULO II: Medio ambiente

2.0. Delimitación del área	16
2.1. Orografía	17
2.2. Hidrografía	18
2.3. Estructura geológica	19
2.4. Suelos	20
2.5. Clima	23
2.6. Vegetación	25
2.7. Uso potencial del suelo	25
2.8. Fauna	26
2.9. Capacidad de soporte del medio	27
Notas	30

CAPITULO III: El proceso histórico-cultural

3.0. Problemática general	32
3.1. Ocupaciones paleoindias	36
3.2. Períodos preclásico y protoclásico	37
3.3. Período clásico	40
3.4. Períodos postclásico y protohistórico	44

CAPITULO IV: Las excavaciones 50

VII

	<u>Págs.</u>
CAPITULO V: La arquitectura popular en Agua Tibia	
5.0. Materiales y sistemas de construcción	77
5.1. Las construcciones de Agua Tibia: tipología y función	82
5.1.0. Las viviendas	83
5.1.0.0. Las viviendas de Agua Tibia y las casas prehispánicas mayas del al- tiplano	94
5.1.0.1. Las casas actuales mayas del al- tiplano oeste	101
5.1.0.2. Areas de actividad económica	104
5.1.1. El temazcal	118
5.1.1.0. Temazcales arqueológicos en el área maya	121
5.1.1.1. Tipología	129
5.1.1.2. Función	137
5.1.1.3. Conclusiones	149
5.1.2. El horno de cerámica	151
5.1.2.0. Función	153
5.1.2.1. Conclusiones	154
Notas	158
CAPITULO VI: La cerámica	
6.0. Terminología y metodología	161
6.1. Tipología	169
6.1.0. Grupo Bulux Rojo	171
6.1.0.0. Tipo Bulux Rojo Liso	172
6.1.0.1. Tipo Bulux Rojo Inciso	179
6.1.0.2. Tipo Bulux Rojo Impreso	181

VIII

	<u>Págs.</u>
6.1.0.3. Tipo Bulux Rojo Acanalado	183
6.1.0.4. Tipo Bulux Rojo Pastillaja	183
6.1.1. Grupo Jelic Rojo sobre Crema	185
6.1.2. Grupo Wech Negro	202
6.1.2.0. Tipo Wech Negro Liso	203
6.1.2.1. Tipo Wech Negro Acanalado	204
6.1.3. Grupo San Juan Plomizo	206
6.1.3.0. Tipo San Juan Plomizo Liso	208
6.1.3.1. Tipo San Juan Plomizo Inciso ...	208
6.1.3.2. Tipo San Juan Plomizo Exciso ...	209
6.1.4. Grupo Xibal Negro Estucado	211
6.1.5. Grupo Zozot Rojo Marruecos	214
6.1.5.0. Tipo Zozot Rojo Marruecos liso ..	215
6.1.5.1. Tipo Zozot Rojo Marruecos Inciso	215
6.1.5.2. Tipo Zozot Rojo Marruecos Acana- lado	216
6.1.6. Grupo Chemalá Rojo Pulido	217
6.1.6.0. Tipo Chemalá Rojo Pulido Liso ...	218
6.1.6.1. Tipo Chemalá Rojo Pulido Inciso .	219
6.1.7. Grupo Tzic Negro-Marrón	220
6.1.7.0. Tipo Tzic Negro-Marrón Liso	220
6.1.7.1. Tipo Tzic Negro-Marrón Acanalado	221
6.1.8. Grupo Latz Blanco	223
6.1.8.0. Tipo Latz Blanco Inciso	223
6.1.8.1. Tipo Latz Blanco Exciso	223
6.1.9. Grupo Poval Negro Pulido Exciso	224
6.1.10. Grupo Tiquisate	225
6.1.10.0. Tipo Tiquisate Inciso	226
6.1.10.1. Tipo Tiquisate Modelado	226
6.1.11. Grupo Umal Rojo Fino	228

IX

	<u>Págs.</u>
6.1.12. Grupo Saxché Polícromo	230
6.1.13. Grupo Ichala Micáceo	232
6.1.14. Grupo Fortaleza Blanco sobre Rojo	233
6.2. La distribución espacial de la cerámica en el yacimiento	235
6.2.0. El basurero	236
6.2.1. Sector W	237
6.2.2. Sector Y	240
6.2.3. Zanja C	241
6.2.4. Zanja Z	242
6.2.5. Zanja D	243
6.2.6. Zanja E	243
6.3. Conclusiones	248

CAPITULO VII: Los artefactos

7.0. Artefactos de cerámica	262
7.0.0. Malacates	262
7.0.1. Fichas	263
7.0.2. Canicas	264
7.0.3. Ocarinas	264
7.0.4. Silbato	265
7.0.5. Separador de collar (?)	266
7.0.6. Pendientes (?)	267
7.0.7. Figurillas	267
7.0.8. Objeto sin identificar	271
7.0.9. Separadores de cerámica	271
7.1. Artefactos de piedra	272
7.1.0. Metates	273
7.1.1. Manos de moler	276
7.1.2. Machacadores	279

	<u>Págs.</u>
7.1.3. Morteros	281
7.1.4. Piedras perforadas	282
7.1.5. Martillos	284
7.1.6. Afiladores	284
7.1.7. Pelotas de piedra	285
7.1.8. Cilindro	285
7.1.9. Piedra hongo	286
7.1.10. Asiento de piedra	286
7.1.11. Hachas	287
7.1.12. Figurita	289
7.1.13. Carita	289
7.1.14. Cemahuil	290
7.1.15. Distribución espacial de los artefactos de piedra en el M-5	291
7.1.16. Conclusiones	293
7.2. Artefactos de obsidiana.	300
7.2.0. Cuchillas prismáticas	301
7.2.1. Hojas	303
7.2.2. Lascas retocadas	304
7.2.3. Puntas de proyectil	304
7.2.4. Perforadores	306
7.2.5. Rasaderas	306
7.2.6. Cuchillos	307
7.2.7. Núcleos	307
7.2.8. Desechos de talla	308
7.2.9. Distribución espacial de la obsidiana en el yacimiento	308
7.2.10. Conclusiones	309
7.3. Artefactos de copal	314
Notas	317

	<u>Págs.</u>
CAPITULO VIII: Actividades económicas	
8.0. La especialización económica y la actividad comercial	331
8.0.0. Intercambios a nivel local	332
8.0.1. Intercambios a nivel regional	334
CAPITULO IX: El sistema funerario en Agua Tibia	
9.0. Descripción de los enterramientos	343
9.1. Comentarios	361
9.2. La ofrenda funeraria en Agua Tibia	368
Notas	372
CAPITULO X: Conclusiones	374
Notas	393
Apéndice A: Tipos de vegetación existentes en el valle de Totonicapán	395
Apéndice B: Lista de las especies animales que habitan el Departamento de Totonicapán	397
Apéndice C: Cronología	402
Apéndice D: Frecuencia de los artefactos recuperados en Agua Tibia	406
Apéndice E: Informe sobre el análisis de Difracción de Rayos X	417
Apéndice F: Análisis de los artefactos de piedra	423
Apéndice G: Material de enterramientos	425
BIBLIOGRAFIA	427
ILUSTRACIONES (en volumen aparte).	

INDICE DE FIGURAS

XIII

- Fig. 1: Mapa de Guatemala mostrando algunos sitios arqueológicos mencionados en el texto.
- Fig. 2: Localización de Agua Tibia y otros yacimientos del valle de Totonicapán.
- Fig. 3: Mapa hidrográfico del valle de Totonicapán.
- Fig. 4: Formaciones geológicas básicas del valle de Totonicapán.
- Fig. 5: Distribución de los suelos en el valle de Totonicapán.
- Fig. 6: Mapa de temperaturas medias.
- Fig. 7: Mapa pluviométrico.
- Fig. 8: Localización del yacimiento Agua Tibia (M-5).
- Fig. 9: Plano general de la excavación.
- Fig. 10: Desarrollo del sector W.
- Fig. 11: Plano de las construcciones emplazadas en el sector W.
- Fig. 12: Sección norte-sur de la zanja A.
- Fig. 13: Sección este-oeste de la zanja B.
- Fig. 14: Planta de la casa nº 1 y disposición de las ofrendas 1 y 2.
- Fig. 15: Relación estratigráfica de los diferentes edificios pertenecientes al sector W.
- Fig. 16: Planta de la casa nº 2.
- Fig. 17: Alzado de los muros este y sur de la casa nº 2.
- Fig. 18: Sección este-oeste de la casa nº 2.
- Fig. 19: Horno abierto de cerámica: sección y planta.
- Fig. 20: Sección este-oeste del baño de vapor.
- Fig. 21: Planta del temazcal.
- Fig. 22: Sector Y: desarrollo y planta de la casa nº 3.
- Fig. 23: Planta del conjunto habitacional más temprano emplazado en el sector W.
- Fig. 24: Sector Z: desarrollo y sección norte-sur.
- Fig. 25: Reconstrucción ideal del patrón de habitación en el asentamiento primitivo.

XIV

- Fig. 26: Reconstrucción de la vivienda nº 1.
- Fig. 27: Reconstrucción de la casa nº 2.
- Fig. 28: Distribución espacial de los artefactos: (a) piedra;
(b) obsidiana.
- Fig. 29: Distribución espacial de los artefactos: (a) cerámica;
(b) áreas de actividad en el interior de la vivienda nº 2.
- Fig. 30: Reconstrucción del baño de vapor.
- Fig. 31: Reconstrucción de la casa nº 2, el horno de cerámica y el baño de vapor.
- Fig. 32: Sistema de identificación de los colores que decoran la cerámica de Agua Tibia.
- Fig. 33: Tipo Bulux Rojo Liso: Vasijas globulares.
- Fig. 34: Tipo Bulux Rojo Liso: vasijas globulares.
- Fig. 35: Tipo Bulux Rojo Liso: vasijas globulares.
- Fig. 36: Tipo Bulux Rojo Liso: vasijas globulares.
- Fig. 37: Tipo Bulux Rojo Liso: ollas y apastes.
- Fig. 38: Tipo Bulux Rojo Liso: apastes.
- Fig. 39: Tipo Bulux Rojo Liso: apastes.
- Fig. 40: Tipo Bulux Rojo Liso: comales.
- Fig. 41: Tipo Bulux Rojo Liso: cuencos.
- Fig. 42: Tipo Bulux Rojo Liso: incensarios-cucharón.
- Fig. 43: Tipo Bulux Rojo Liso: mangos de incensario-cucharón.
- Fig. 44: Tipo Bulux Rojo Liso: sartenes, tamaleras e incensarios de doble cámara.
- Fig. 45: Tipo Bulux Rojo Inciso. Variedad Peinado.
- Fig. 46: Tipo Bulux Rojo Inciso. Variedad Geométrico. Tipo Bulux Rojo Impreso. Variedad Instrumento.
- Fig. 47: Tipo Bulux Rojo Acanalado. Tipo Bulux Rojo Impreso. Variedad Digitado.

- Fig. 48: Tipo Bulux Rojo Pastillaje.
- Fig. 49: Tipo Jelic Rojo sobre Crema.
- Fig. 50: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: diseños geométricos.
- Fig. 51: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: decoración geométrica y diseños de pájaro .
- Fig. 52: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: diseños de pájaros y decoración de carácter antropomorfo.
- Fig. 53: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: fragmentos de diseños que representan figuras humanas.
- Fig. 54: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: pintura negativa y diseños polícromos.
- Fig. 55: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes curvas.
- Fig. 56: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes curvas.
- Fig. 57: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes curvas.
- Fig. 58: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes curvas (a-b); con cuencos de paredes rectas (c).
- Fig. 59: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: Desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes rectas.
- Fig. 60: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes rectas.
- Fig. 61: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes rectas.
- Fig. 62: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes rectas.
- Fig. 63: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes evertidas.
- Fig. 64: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños

XVI

relacionados con cuencos de silueta compuesta.

- Fig. 65: Tipo Wech Negro Liso: formas características. Tipo Wach Negro Acanalado.
- Fig. 66: Tipo San Juan Plomizo Liso. Tipo San Juan Plomizo Inciso. Tipo San Juan Plomizo Exciso.
- Fig. 67: Tipo Xibal Negro Estucado: vasos y tecomate.
- Fig. 68: Tipo Zozot Rojo Marruecos Acanalado. Tipo Zozot Rojo Marruecos Inciso. Tipo Chemalá Rojo Pulido Liso.
- Fig. 69: Tipo Tzic Negro-Marrón Liso. Tipo Tzic Negro-Marrón Acanalado. Tipo Tiquisate Inciso. Tipo Umal Rojo Fino. Tipo Saxché Polícromo.
- Fig. 70: Artefactos de cerámica.
- Fig. 71: Metates sin patas.
- Fig. 72: Metates sin patas (a); Metates con patas (b).
- Fig. 73: Metates con patas.
- Fig. 74: Manos de moler.
- Fig. 75: Manos de moler.
- Fig. 76: Manos de moler.
- Fig. 77: Machacadores.
- Fig. 78: Machacadores.
- Fig. 79: Artefactos de piedra: morteros, piedras perforadas, martillo, pelota.
- Fig. 80: Artefactos de piedra: cilindro, afiladores, piedra-hengo.
- Fig. 81: Artefactos de obsidiana: cuchillas prismáticas.
- Fig. 82: Artefactos de obsidiana: cuchillas prismáticas y hojas.
- Fig. 83: Artefactos de obsidiana: puntas de flecha, perforadores, raedera, cuchillo, núcleos poliédricos.
- Fig. 84: Plano de los enterramientos del cementerio de Agua Tibia.

INDICE DE LAMINAS

XVIII

- Lám. I -(a) Vista panorámica del valle de Totonicapán; (b) vis
ta del cerro que domina el yacimiento Agua Tibia.
- Lám. II -(a) Restos de viga de madera; (b) capa de piedra pó-
mez indicativa de la presencia de construcciones.
- Lám. III -(a) Restos pertenecientes a la casa nº 1; (b) vista
general de la vivienda nº 2.
- Lám. IV -(a-c) Fragmentos de enlucido; (b) mitad sur de la ca-
sa nº 2.
- Lám. V -(a) Construcción identificada como un altar; (b) ci-
miento de la casa nº 2.
- Lám. VI -(a) Detalle del muro sur de la vivienda nº 2; (b) pa-
red de piedra pómez.
- Lám. VII -(a) Cimiento y pared de la vivienda nº 1; (b) restos
de la ofrenda Nº 1.
- Lám. VIII -(a) Suelo y muros de la vivienda nº 2; (b) vista de la
casa nº 2 y su relación con el horno de cerámica.
- Lám. IX -(a) Detalle de la pared de una vivienda actual del al-
tiplano; (b) casa de los Altos Occidentales con techum
bre de pajón.
- Lám. X -Temazcal: (a) entrada y zona de fuego; (b) banqueta y
pared enlucida.
- Lám. XI -Baños de vapor: (a) Cantón Vázquez; (b) Santa María
Chiquimula.
- Lám. XII -Baños de vapor: (a) Todos los Santos Cuchumatán; (b)
Cantón Paquix.
- Lám. XIII -Localización de la zona de fuego en los temazcales:
(a) junto a la puerta; (b) en el interior.
- Lám. XIV -Horno de cerámica de Agua Tibia; (b) horno localiza-
do en el Cantón Vázquez.
- Lám. XV -Tipo Bulux Rojo Liso: vasijas globulares y apastes.

XIX

- Lám. XVI -Tipo Bulux Rojo Liso.
- Lám. XVII -Tipo Bulux Rojo Inciso: (a-d) Variedad Peinado; (e) Vasijas etnográficas de San Cristóbal Totonicapán; (f-i) Variedad Geométrico.
- Lám. XVIII -Tipo Bulux Rojo Impreso: (a-g) Variedad Instrumento; (h) Vasija etnográfica de San Cristóbal Totonicapán.
- Lám. XIX -Tipo Bulux Rojo Acanalado (a-c); Tipo Bulux Rojo Pastillaje (e-j).
- Lám. XX -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños geométricos.
- Lám. XXI -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: motivos zoo-antropomorfos; diseños en pintura negativa y motivos polícromos.
- Lám. XXII -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños asociados a cuencos de paredes curvas.
- Lám. XXIII -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños asociados a cuencos de paredes curvas.
- Lám. XXIV -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños asociados a cuencos de paredes rectas.
- Lám. XXV -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños asociados a cuencos de paredes rectas.
- Lám. XXVI -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños asociados a cuencos de paredes rectas y cuencos evertidos.
- Lám. XXVII -Tipo Jellic Rojo sobre Crema: diseños asociados a cuencos de paredes evertidas y cuencos de silueta compuesta.
- Lám. XXVIII -Tipo Wech Negro Liso (a-d); Tipo Wech Negro Acanalado (e-f).
- Lám. XXIX -Tipo San Juan Plomizo Liso (a-b); Tipo San Juan Plomizo inciso (c-e); Tipo Xibal Negro Estucado (f-i).
- Lám. XXX -Tipo Zozot Rojo Marruecos Acanalado (a); Tipo Chema-

XX

lá Rojo Liso (b-f); Tipo Chemalé Rojo Pulido Inciso (g); Tipo Tzic Negro-Marrón Liso (h-i); Tipo Latz Blanco Inciso (j-k); Tipo Latz Blanco Exciso (l-n).

Lám. XXXI -Tipo Poval Negro Pulido Exciso (a-f); Tipo Tiquisante Modelado (g-h); Tipo Umal Rojo Fino (i); Tipo Saxché Polícromo (j).

Lám. XXXII -Artefactos de cerámica.

Lám. XXXIII -Artefactos de cerámica.

Lám. XXXIV -Artefactos de cerámica.

Lám. XXXV -Metates sin patas.

Lám. XXXVI -Metates con patas.

Lám. XXXVII -Metates con patas.

Lám. XXXVIII-Manos de molar.

Lám. XXXIX -Manos de molar.

Lám. XL -Machacadores.

Lám. XLI -Artefactos de piedra: (a-b) morteros; (c-f) piedras perforadas; (g) martillo; (h) pelota; (i-j) afilador.

Lám. XLII -Artefactos de piedra: (a) cilindro; (b-c) piedra-hongo; (d) asiento del temazcal; (e-i) hachas.

Lám. XLIII -Artefactos de piedra: (a) hacha de piedra pómez; (b) figurita; (c) carita de piedra pómez; (d) camahuil. Artefactos de copal: (e) camahuiles.

Lám. XLIV -Artefactos de obsidiana: (a-n) cuchillas prismáticas; (ñ-q) hojas; (r) lascas retocadas.

Lám. XLV -Artefactos de obsidiana: (a-f) puntas de proyectil; (g-j) perforadores; (k-l) raedera; (m) cuchillo; (n-o) núcleos; (p-q) desechos de talla.

Lám. XLVI -Composición mineralógica de la piedra basáltica.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

CAPITULO I: Introducción.

1.0. Propósitos Generales.

El problema de la reconstrucción histórica y de los procesos adaptativos de las comunidades mayas que ocuparon las tierras altas de Guatemala en tiempos prehispánicos ha sido tratado, si establecemos baremos comparativos entre éstas y las poblaciones situadas en el resto del territorio maya, de manera esporádica y un tanto desordenada por parte de los arqueólogos que han centrado su interés científico sobre dicha región. Una de las causas fundamentales por las cuales se ha llegado a esta situación puede derivarse, quizás, de la escasa presencia que los grandes centros ceremoniales y las concentraciones humanas de importancia tuvieron en ella, en contraposición a lo que sucedía en la zona central y norte de las tierras bajas. No obstante, dentro de este ambiente de desconocimiento generalizado de los Altos existen zonas que por diversas razones, relacionadas todas ellas con la monumentalidad de los yacimientos, se han estudiado más que otras: por ejemplo, las divisiones geográfico-culturales conocidas como altiplano Central y altiplano Norte han sido objeto de continuos trabajos enfocados, en la mayoría de las ocasiones, sobre los centros más complejos en el contexto de las tierras altas. Por el contrario, la mal definida región denominada Altiplano Oeste ha sido, como tendremos oportunidad de comprobar más adelante, sistemáticamente olvidada desde el punto de vista de la reconstrucción arqueológica, de tal manera que cualquier proyecto de investigación acerca de su desarrollo cultural puede ser beneficioso para comenzar el estudio de la zona con mayor intensidad. Dentro de ella, sin embargo, existen sitios muy localizados que han tenido el privilegio de ser investigados, como lo son Tajumulco, El Paraíso, Chukumuk, Chuitinamit o Selcajá, aunque tales estudios adolezcan, tal

vez debido a su antigüedad, de una presentación de datos insuficiente.

Ante esta situación, nuestro interés principal se centró en torno a la localización de yacimientos que, incluidos dentro de los límites que nos imponía el proyecto de investigación en cuyo marco habría de encajar el presente ensayo, nos permitieran resolver parte de la problemática aquí planteada. Es así como el descubrimiento y estudio de Agua Tibia (M-5 según la nomenclatura general del proyecto), yacimiento cercano a la ciudad de San Miguel Totomispán, hacía posible cubrir reducidas parcelas dentro de las grandes lagunas de desconocimiento sobre la historia prehispánica de la región: en efecto, además de estar emplazado en una de esas zonas que no tuvieron el privilegio de ser estudiadas con anterioridad, no se trataba de ningún centro público de importancia cuyas características socioculturales conocemos con cierta rigurosidad, sino de un pequeño núcleo rural sobre cuya organización sólo se habían planteado hipótesis que permanecían sin resolver (fig. 1).

Desde el momento en que tuvimos suficientes elementos de juicio para reconocer el carácter rural del asentamiento descubierto, nos propusimos establecer el grado de complejidad tecnológica y sociocultural que alcanzaron esta tipo de comunidades mayas del altiplano durante un período de tiempo que resultó ser muy concreto: finales del Clásico Tardío y comienzos del Postclásico Temprano. De esta manera, quedarían contestadas o corroboradas toda una serie de hipótesis y sospechas que, por simple comparación con poblaciones semejantes situadas en el contexto de las tierras bajas, habían tipificado y definido estos asentamientos campesinos de las tierras altas. Así pues, a pesar de que nos encontramos ante un caso aislado y que, por lo tanto, las hipóte

sis y conclusiones resultantes estarán sujetas a posibles correcciones, nuestra intención será definir qué lugar ocuparon estas poblaciones en el complejo desarrollo cultural maya, qué papel jugaron en el mantenimiento de una cultura tradicional, qué grado de dependencia tuvieron con respecto a los principales centros dirigentes y cuál fué, en definitiva, su nivel de participación en el conjunto de la cultura maya como un todo. La resolución de un conjunto de cuestiones como las aquí planteadas nos obligó a organizar el trabajo en un orden determinado:

En primer lugar, tratamos de ordenar los restos de cultura material rescatados con el fin de determinar el nivel de desarrollo tecnológico alcanzado en tales sitios campesinos para, a partir de él y de su aplicación sobre el medio ambiente circundante, poder hacer inferencias en el patrón de actividades económicas, sociales, religiosas y simbólicas, y determinar hasta qué punto estaban participando del conjunto de la cultura maya: un repaso rápido a las monografías arqueológicas publicadas parece suficiente para observar como la mayor parte de los centros dirigentes localizados en contextos y zonas muy específicas de los altiplanos central y norte, estaban algo alejados de las principales corrientes de innovación que emanaban no sólo de núcleos importantes de Mesoamérica sino también desde los propios centros clásicos mayas de las tierras bajas, aunque sí se encontraban inmersos en unos patrones tecnológicos, simbólicos y culturales que de manera general afectaban a la zona maya como un todo. El establecimiento del grado de asimilación de tales corrientes por parte de las poblaciones campesinas fue uno de nuestros principales temas de interés, por cuanto que presumiblemente nos encontrábamos ante comunidades más tradicionales, más orientadas a la interacción con otras poblaciones circundantes al propio valle

que a las relaciones con núcleos de población situados a corta y media distancia. En este sentido, hemos considerado de especial interés todos aquellos datos que hicieran referencia al contacto -comercial o cultural- entre Agua Tibia y otras comunidades del valle y de las mesetas vecinas, y entre Agua Tibia y el resto de yacimientos del altiplano, de la bocacosta y de la llanura costera.

Por último, prestamos especial atención a perfilar las líneas generales del patrón de poblamiento y de la organización social que afectó al valle en que se encontraba el asentamiento: es muy probable que las comunidades rurales vivieran en un régimen disperso por las pequeñas cuencas y mesetas intermontanas, organizadas en torno a centros de mayor importancia política, religiosa y ceremonial. Se trataba, a pesar de que nos encontrábamos ante una carencia de datos muy notoria, de averiguar el grado de integración y de dependencia de los asentamientos campesinos con sus centros dirigentes a todos los niveles.

En definitiva, nuestra intención al comenzar la presente investigación era trazar una serie de líneas y plantear algunas hipótesis sobre el patrón de vida y el nivel de desarrollo alcanzado por una de las pequeñas comunidades rurales dispersas a través de todo el altiplano oeste, las cuales nos permitieran tanto definir la aportación de este tipo de poblaciones al desarrollo histórico de la región, como establecer el nivel de integración y adaptación a la cultura maya.

1.1. La Tesis Doctoral en el contexto del proyecto de investigación: "Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala".

La configuración de unos planteamientos como los expuestos

en las líneas precedentes no hubiera tenido ningún sentido sin su concurso en un conjunto de objetivos más amplio, los cuales habían sido propuestos con anterioridad en el marco del proyecto de investigación denominado "Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala" (Varios, 1975; Alcina, 1978). En efecto, a raíz de un vasto reconocimiento efectuado en 1973 por varios miembros de la Misión Científica Española en Guatemala, se decidió analizar el proceso de "cambio cultural" en una región que, por la complejidad del fenómeno a estudiar, habría de ser lo suficientemente reducida como para ser controlable, y a la vez debía de albergar un amplio margen de variación cultural que permitiera comprobar y completar tal proceso. La región elegida para tal fin fue la cuenca del río Samalá, por la gran cantidad de contrastes que tanto desde el punto de vista histórico como ecológico y cultural presentaba desde el nacimiento del río hasta su desembocadura en el Pacífico.

Dado el carácter diacrónico del fenómeno a examinar, se hacía aconsejable la cooperación de una variada metodología en la cual habrían de participar de manera fundamental tanto la arqueología como la etnohistoria y la etnología. Sin embargo, en esta ocasión nos interesa destacar con mayor énfasis aquellos objetivos que tengan cierta relevancia desde la perspectiva arqueológica del proyecto aclarando que, una vez establecido el desarrollo cultural alcanzado por las diferentes comunidades emplazadas a lo largo del río Samalá, se pretendía comparar la información resultante con aquella procedente de los estudios etnohistóricos y etnológicos y, por último, elaborar un informe acerca del cambio cultural en la región desde los primeros momentos de su ocupación hasta la actualidad.

En el área concreta de la arqueología, el planteamiento teó-

rico utilizado para acometer este tipo de análisis responde fundamentalmente a la aplicación de dos enfoques diferentes pero complementarios: el histórico-cultural y el ecológico-funcional. Mediante el empleo del enfoque histórico-cultural se pretendía establecer una secuencia cronológica lo más completa posible de la zona escogida, a partir de la cual tuviéramos un amplio marco de referencia en el que integrar el resto de los datos de carácter histórico proporcionados desde los diferentes niveles de la investigación. Una vez perfilado el marco histórico en el cual se desarrollaron las comunidades localizadas a lo largo de la cuenca del río Samalá, se completaría este análisis con el conjunto de informaciones obtenidas a raíz de la aplicación del enfoque ecológico-funcional: en efecto, el empleo de este segundo nivel metodológico nos facilitaría la comprensión de los diferentes patrones adaptativos que se desarrollaron en los distintos nichos ecológicos presentes en el curso del mencionado río. Por último, "el estudio de estos procesos adaptativos nos permitiría profundizar en el análisis del cambio cultural, como una consecuencia de las variaciones ecológicas apreciables en un área determinada, a lo largo de un tiempo determinado" (Alcina, 1978: 116).

En este contexto, la solución de una serie de problemas de la categoría de los expuestos en el apartado anterior puede aportar suficiente información sobre cierto tipo de yacimientos localizados en una de las tres grandes zonas que comprende el río Samalá, el altiplano.

En primer lugar, el análisis y la datación de los materiales recogidos en la excavación significaba un paso adelante en el establecimiento de una secuencia cronológica en orden a la consecución de la reconstrucción histórico-cultural de la zona: los intentos anteriormente realizados con esta finalidad, que se habían

centrado en la labor Las Victorias, Salcajá, únicamente nos habían permitido identificar algunas manifestaciones culturales propias de las ocupaciones del Preclásico Tardío y del Protoclásico (Rivera, 1978; Ciudad e Iglesias, 1979), razón por la cual se hacía necesario continuar la investigación en esta dirección hasta llegar a completar tal secuencia. Así pues, el descubrimiento de un yacimiento de finales del Clásico Tardío y comienzos del Postclásico resultaba de gran interés, ya que aclaraba una serie de cuestiones acerca de un momento cultural muy definido dentro de la problemática de la reconstrucción histórica de las comunidades que habitaron la cuenca alta del río Samalá.

Además, el análisis del patrón de vida indígena de una comunidad del altiplano proveía una aceptable cantidad de datos que no solamente afectaban al nivel de desarrollo tecnológico y a su relación con el medio circundante, sino que también estaban asociados con el patrón de complejidad sociopolítica y con el sistema de afiliaciones culturales, constituyéndose en un modelo mediante el cual fuera posible observar las relaciones existentes entre los diferentes patrones adaptativos, tipificados tanto por asentamientos emplazados en contextos de tierras altas, como por comunidades propias de la bocacosta y de la llanura costera durante este período específico.

Por último, en el curso de la presente investigación alcanzan cierta relevancia algunos rasgos culturales, reflejados tanto a nivel de la cultura material como de organización social y de determinadas manifestaciones religiosas, que han perdurado a través del tiempo hasta la actualidad, y que pueden ser un claro exponente acerca del ritmo en el proceso de cambio cultural que han sufrido estas comunidades de los altos desde finales del período clásico hasta hoy.

1.2. Problemas teóricos y metodológicos.

Desde el momento en que consideramos como una de nuestras tareas más urgentes completar la secuencia cronológica de la cuenca alta del río Samalá surgió el primer problema teórico de envergadura, el cual se refería a la periodización de los diferentes yacimientos del altiplano oeste y a la relación temporal de éstos con Agua Tibia. Esta primera dificultad, al igual que otras muchas que surgieron en el curso de la elaboración de los datos, estaba íntimamente relacionada con la escasez de excavaciones realizadas en la zona, y se manifestaba en todas y cada una de las cuestiones planteadas a lo largo de tal proceso de elaboración. No obstante, la problemática sobre la configuración temporal de cada yacimiento no afecta al altiplano oeste con exclusividad, sino que se extiende a gran parte de la zona maya y de todo Mesoamérica, y se rá analizada de manera más extensa en un capítulo posterior.

Naturalmente, el desconocimiento de una secuencia cultural científicamente establecida, impedía examinar todo tipo de cuestiones relacionadas con el ritmo de cambio a lo largo de la historia de los yacimientos emplazados en una región completa y, por extensión, dificultaba en gran parte establecer el grado de cambio cultural de un momento de ocupación a otro y de una a otra región.

Pero los problemas no se agotaban con la imposibilidad de construir de una manera definitiva un marco de referencia histórico, sino que se complicaban cada vez más a medida que intentábamos abordar el estudio de los patrones adaptativos: en efecto, a este nivel no sólo nos parecía de gran importancia la realización de todo un programa de prospección arqueológica mediante el cual conocer las peculiaridades culturales de cada período, sino que también se hacía necesaria la reconstrucción del medio ambiente,

en orden a determinar el grado de interacción de cada yacimiento en particular con su nicho ecológico propio para, desde una perspectiva totalizadora, perfilar los sistemas adaptativos puestos en práctica por las poblaciones prehispánicas del altiplano a través del tiempo. De esta manera, estaríamos en condiciones de comparar estos sistemas con los diferentes patrones que se manifestaran en las excavaciones de yacimientos emplazados en la bocacosta y en la llanura costera.

Este conjunto de dificultades teóricas que se nos presentaban antes de iniciar la presente investigación, y que son fiel reflejo del desconocimiento científico de la zona, se pretendió solucionar mediante la colaboración de una serie de métodos y técnicas aplicables a cada una de las cuestiones que, a medida que avanzaba el estudio de los materiales, se nos iban planteando. De manera muy general, puesto que aquellos métodos que atañen a análisis concretos serán puestos de manifiesto en sus apartados correspondientes, el enfoque metodológico utilizado afecta a dos niveles diferentes, los cuales podrían corresponderse con la aplicación de los dos enfoques propuestos en líneas anteriores:

Un primer nivel sería el descriptivo, en el cual se emplearon métodos y técnicas puramente arqueológicos: en él, se integró tanto el estudio formal de la arquitectura doméstica como el análisis de la cerámica y demás artefactos recuperados, así como también la distribución espacial de cada uno de los rasgos de cultura material que aparecieron en el yacimiento. Con esto, no solamente quedaron tipificados los materiales excavados sino que a demás se sentaron las bases sobre las que, más tarde, se fundamentó una parte importante de los procesos adaptativos: aquella en la cual se reflejan las evidencias de los contactos culturales y comerciales que interesan a la comprensión de la complementa-

riedad entre zonas ecológicas diferentes.

En el nivel de interpretación se utilizó un conjunto variado de métodos y técnicas con la finalidad de reconstruir el medio ambiente en que se desarrollaron los asentamientos de la región durante la última parte del período Clásico Tardío. En este sentido, trazamos muy brevemente la situación ambiental actual con la intención de que nos sirviera de marco básico sobre el cual hacer extrapolaciones hacia el pasado; después, tratamos de aplicar una serie de técnicas en el curso de la excavación -como la recogida de muestras para su análisis de flotación, y de todos los materiales orgánicos (semillas, huesos, madera, pajón, etc.) para su posterior identificación en el laboratorio- con la finalidad de reconstruir el medio ambiente en el momento de la ocupación cultural del yacimiento; por último, este cuadro quedaría completado con las diversas informaciones de interés para la reconstrucción ecológica procedentes de los estudios etnohistóricos y etnográficos.

Además, dado que el análisis funcional de los rasgos arquitectónicos y de los materiales rescatados gozó del máximo interés por nuestra parte, la aplicación de métodos etnohistóricos y etnográficos se fue acentuando a medida que avanzaba la investigación. En este contexto, la analogía etnográfica no sólo se utilizó como un método mediante el cual reforzar el carácter de nuestras investigaciones, sino que siempre se desarrolló en orden a facilitar la explicación del patrón de organización sociopolítica y religiosa que afectó a Agua Tibia.

1.3. Técnicas de campo y de laboratorio.

Dado el carácter eminentemente arqueológico del estudio que

tratábamos de abordar, el mayor peso específico de las técnicas a utilizar lo tendrán aquellas propias de la arqueología en tanto que ésta es considerada como una ciencia antropológica, aunque en algunas ocasiones la aplicación de uno de los dos enfoques expuestos en páginas anteriores nos inviten a tener en consideración técnicas concretas para solucionar problemas particulares.

La aplicación de dos niveles diferentes de investigación como lo son el enfoque histórico-cultural y el ecológico-funcional hacía necesario orientar el trabajo de campo en dos direcciones fundamentales: en primer lugar, se trataba de realizar una serie de prospecciones con carácter extensivo, con el fin de recolectar la mayor cantidad de datos posible acerca de las poblaciones prehispanicas localizadas en el valle de Totonicapán y en las pequeñas mesetas que lo rodean. En este sentido, se llevaron a cabo diferentes exploraciones y muestreos en la zona los cuales, desgraciadamente, se vieron dificultados de manera desmesurada por la gran tensión social y política en que vivían los habitantes de la región, y truncados de manera definitiva por determinados acontecimientos de tipo político que obligaron a la Misión Científica Española en Guatemala a abandonar momentáneamente sus trabajos en el occidente de Guatemala. Aún así, se lograron inspeccionar algunos yacimientos semejantes en forma y contenido cultural al de Agua Tibia: todos ellos manifestaban en superficie una serie de evidencias que nos permitían identificarlos como característicos de finales del período Clásico Tardío, y parecían extenderse de modo uniforme por todo el valle, desde el pueblo de San Cristóbal Totonicapán (Rivera, 1975: 30) hasta algunos de los cantones inmediatos a la capital departamental (Xolcujá, Chucajá, Chichaclán, Tierra Blanca y Chuicruz). Este mismo tipo de sitios,

que mostraban en superficie fragmentos de cerámicas ordinarias en gobadas en rojo, negro, bícromas rojo sobre crema y algún polícromo rojo y negro sobre naranja, además de una gran cantidad de artefactos de obsidiana y otros utensilios de piedra que ponían de manifiesto su carácter doméstico, aparecían en los alrededores de Agua Tibia y no mostraban una delimitación espacial clara (fig.2). Las técnicas utilizadas en estos reconocimientos fueron las tradicionales: muestreo a pie, contacto directo con la población y los propietarios de las diferentes parcelas dispersas por el valle, utilización de informantes, etc.

Por otra parte, dada la concentración especial de este tipo de materiales en Agua Tibia, decidimos intensificar nuestros trabajos sobre él, con el fin de completar hasta donde nos fuera posible nuestra visión acerca del desarrollo cultural de los asentamientos domésticos y campesinos de la zona. Como el método empleado en la excavación en cada una de las zanjas y sectores ensayados se explicitará en las páginas siguientes con suficiente amplitud, no nos vamos a detener en esta cuestión.

Junto a este grupo de técnicas se aplicaron otras, como la recogida de muestras para la datación del sitio o el acopio de materiales orgánicos para su posterior análisis en el laboratorio. Por desgracia, aún no se nos ha proporcionado ningún resultado relacionado con tales muestras, por lo que una buena parte de nuestro esfuerzo para reconstruir determinadas parcelas de la investigación ha resultado, por el momento, infructuosa.

Una vez recogidos lo más ordenadamente posible los materiales que componían el registro arqueológico, se continuó su estudio en el laboratorio mediante la aplicación de una serie de técnicas complementarias en relación con el examen concreto de tales materiales, las cuales serán discutidas con más detalle en sus ca

pítulos y apartados correspondientes. No obstante, queremos hacer hincapié en la idea de que tanto en el estudio de las cerámicas, como de la obsidiana y demás artefactos, se ha pretendido aplicar un conjunto de métodos y técnicas -sistema tipo-variedad, Diffracción por Rayos X, etc.- que gozan de una difusión más amplia en análisis similares realizados sobre asentamientos localizados en la zona maya.

CAPITULO II: Medio Ambiente.

La descripción del contexto geográfico en que se localizan los yacimientos adquiere cada vez más relevancia en las investigaciones arqueológicas, aunque el énfasis en esta cuestión depende, en última instancia, del empleo que se vaya a hacer de los datos ambientales obtenidos. En el presente caso, esta necesidad se hace más patente desde el momento en que consideramos el medio ambiente actual como no excesivamente diferente del existente en tiempos prehispánicos, siéndonos de gran utilidad el análisis de los elementos del paisaje con el fin de conocer las posibilidades de aprovechamiento que tuvo el hombre del período Clásico Tardío que lo habitó, cuál fue el impacto mutuo entre uno y otro y qué niveles tecnológicos hubo de poner en funcionamiento para que tal impacto se inclinase a su favor. Para establecer este tipo de cuestiones era, pues, necesario observar los rasgos físicos y la capacidad de soporte del medio a que nos referimos por un lado, y su uso a partir del empleo de determinado grado de tecnología por otro. En la presentación de datos que iniciamos a continuación trataremos al departamento de Totonicapán de una forma global, aunque por razones obvias pondremos un interés especial sobre el valle en que se centra nuestro estudio (1):

2.0. Delimitación del área.

El yacimiento de Agua Tibia está enclavado en la margen derecha del pequeño afluente Samalá que, unos pocos kilómetros más abajo desagua en el río Samalá, a la altura de San Cristóbal Totonicapán. Se asienta a 2,5 km de San Miguel Totonicapán, en la parte baja del valle que lleva su nombre, y se alza a 2495 m sobre el nivel del mar, situándose en los 14°55' de latitud norte y 91°22' de longitud oeste (fig. 2).

El departamento de Totonicapán -del que San Miguel es la capital- es, junto con Sololá, uno de los más pequeños de la República de Guatemala, comprendiendo 1061 kilómetros cuadrados, es decir, el 0,97% del territorio nacional, y está rodeado por los departamentos de Huehuetenango, El Quiché, Sololá, Suchitepéquez y Quetzaltenango. Engloba un total de ocho municipios: Momostenango, San Andrés Xecul, San Bartolo, San Cristóbal Totonicapán, San Francisco el Alto, Santa Lucía La Reforma, Santa María Chiquimula y Totonicapán (Guerra Borges, 1973: 57), y la altitud media de sus paisajes oscila entre los 2.100 y los 3.300 metros sobre el nivel del mar, desagando sus ríos en el Pacífico por medio del Samalá o en la costa del golfo mediante los ríos Negro y Usumacinta, y en el Caribe a través del río Motagua.

En contraste con su extensión, este departamento es hoy día uno de los más densamente poblados: según el último censo realizado en 1964, Totonicapán llegó a tener 166.809 habitantes, es decir, 157,21 habitantes por Kilómetro cuadrado, siendo sólo superado por la población existente en el departamento de Sacatepéquez que entonces tenía 173,9 habitantes por kilómetro cuadrado (Séptimo Censo, 1973).

2.1. Orografía.

Topográficamente, el departamento está representado por dos divisiones fisiográficas: la Altiplanicie Central y la División de Montañas Volcánicas. La cuenca del valle de Totonicapán pertenece a la primera división, que se caracteriza por la presencia de suelos con pendientes muy escarpadas y de zonas bajas cubiertas por una gran capa de piedra pómez que, en algunos sitios, alcanza hasta 100 m. de espesor. En la actualidad este enorme estrato

to se halla en proceso de descomposición y transformación en arcillas (S.Bonis, comunicación personal) y es la roca que popularmente se conoce con el término de talpetate, formación típica consecuente de la explosión de los volcanes durante el cuaternario. Este relleno de pómez de las cuencas intermontanas ha originado terrenos nivelados muy fértiles que caracterizan el altiplano guatemalteco y permiten la posibilidad de la concentración de poblaciones humanas.

La División de Montañas Volcánicas es una cordillera alta que se extiende hacia el oeste y noroeste de los departamentos de Chimaltenango y El Quiché con elevaciones que, por lo general, superan los 2.400 m. de altura y están formadas por materiales terciarios como lavas y tobas soldadas (Simmons y otros, 1959: 239). Los accidentes geográficos más importantes se alinean en esta división: el Cuxliquel (2.610 m de altura), Campanabaj y Tunabaj son un ejemplo de ello, y constituyen la continuación del alineamiento que comienza en el sur del valle de Quetzaltenango, siendo ramificaciones de la Sierra Madre. Junto con estos accidentes lineados surgen formaciones a nivel de domos aislados, uno de cuyos ejemplos más claros es el Cerro del Oro que se alza a 2.720 m. de altura (Lám. Ia).

2.2. Hidrografía.

Aunque no existen cuencas importantes en el sistema hidrologico del departamento, podemos estimar que está bien drenado por una considerable cantidad de río cortos, afluentes y gran número de corrientes continuas y estacionales que riegan los pequeños valles intermontanos incluidos en sus paisajes (fig. 3). Como ya hemos señalado, los drenajes principales de estas corrientes se

dirigen al mar en tres direcciones: una, que a través del río Samalá y sus afluentes Pasutulló, Caquizá, Xequijel y Nahualate corre, primero lentamente y de forma abrupta después, hacia la costa pacífica del suroeste de Guatemala. Otras es aquella que, valiéndose de corrientes pequeñas como el Tzunumá, desemboca en los ríos Negro y Usumacinta y se dirige hacia el norte para desaguar en el Atlántico, en el Golfo de Campeche. Y una última, minoritaria, que se dirige hacia el Caribe por el Motagua.

Desde un punto de vista exclusivo de la aplicación ecológica, existe en los valles de Totonicapán y Quetzaltenango, y en el caso concreto del área inmediata al yacimiento, una buena posibilidad de suelo fértil y de riegos, dado que la pendiente no es muy acusada y la velocidad del agua no supera los 2 m. por segundo. Además, se debe destacar una serie de facilidades ambientales que permiten sin mucho esfuerzo el paso hacia las comunidades costeras por medio del río Samalá, vía que debió de ser muy transitada en tiempos prehispánicos y que, sin duda, pudo adquirir cierta importancia en el desarrollo de intercambios comerciales entre poblaciones de diferentes zonas ecológicas.

Estas cuencas mayores se ven alimentadas por una gran cantidad de afluentes tales como el Pacotom, Chojoj, Xulpequelá, Panímá, Panimajox, Chimoral, Paquí, Juchaneb, Agua Tibia Chimente, Pimut y otros (Diccionario Geográfico, 1962, Vol. II: 343-346), los cuales forman un sistema hidrológico mayor que discurre bajo un patrón de drenaje meándrico, en el que sus terrazas están ocupadas por suelos profundos con un alto contenido orgánico, difíciles de agotar.

2.3. Estructura Geológica.

Desde el punto de vista geográfico, Guatemala está afectada por las dos grandes divisiones fisiográficas establecidas por West (1964: 40): las Tierras Viejas del Sur de México y Tierras del Norte de América Central, las cuales están representadas por el altiplano chiapaneco, Sierra de los Cuchumatanes y Sierra del Chuacús, así como por el eje volcánico de Centroamérica que atraviesa la república de oeste a suroeste, y que se relaciona más directamente con la zona que vamos a estudiar.

La estructura formal del suelo de Totonicapán es volcánica con afloramientos de carácter terciario y cuaternario, y pertenece a la división que se conoce como provincia volcánica, la cual cuenta con un total de más de 40 volcanes. Sobre cenizas volcánicas, tobas soldadas y lahares de carácter terciario que predominan en las laderas superiores con elevaciones de 2.800 a 3.000 metros sobre el nivel del mar, cayeron sucesivas capas de piedra pómez que han ido rellenando las cuencas, de las que constituye un claro ejemplo el valle de Totonicapán (fig. 4). En este relieve variable de mesetas se abren grandes barrancos muy escarpados en la ceniza volcánica pomácea con carácter cuaternario, permitiendo así la formación de afloramientos de piedra pómez que después se han convertido en canteras potenciales para la explotación fácil y rentable, dada la cercanía y la simplicidad de las técnicas necesarias para trabajarlas.

2.4. Suelos

La "Clasificación de los Suelos de la República de Guatemala" es un amplio y costoso trabajo realizado por Simmons y colaboradores (1959) en el que se estudian con especial interés las formaciones geológicas de las tierras altas, razón por la cual

hemos decidido emplearlo como guía para la presentación de los da tos correspondientes a este apartado.

En general, el relieve del departamento es variable, con pla nicias onduladas, valles rellenos, barrancos profundos con pare-
des casi verticales y montañas muy quebradas, estando intensamen-
te deforestadas y padeciendo por ello una muy severa erosión. En
Totonicapán se han localizado tres grupos diferentes de suelos:
Tierras de las Montañas Volcánicas, Suelos de la Altiplanicie Cen-
tral y Clases Mielceláneas de terreno, cuyas características para
la aplicación ecológica son las siguientes (fig. 5):

En Tierras de las Montañas Volcánicas se incluyen suelos Ca
manchá, Camanchá en su fase erosionada y Totonicapán, que se des-
arrollan a alturas superiores a los 2.000 m. Los ejemplares Caman-
chá son bien profundos y bien drenados, formados en un material
de cenizas volcánicas de color claro. Tienen un relieve ondulado,
un buen drenaje interno y una superficie de color marrón oscuro.
El espesor promedio de éstos es de 0,50 m., y en la mayoría de
los lugares que ocupa están sueltos y llenos de materia vegetal.
Tales suelos derivados de depósitos volcánicos terciarios llegan
a tener más de 1 m. de profundidad en altitudes que oscilan en-
tre los 2.400 m. y los 3.100 m., y horizontes A que se caracteri-
zan por su gran contenido orgánico (2). Prevalen las pendien-
tes del 0 al 4% localizadas en las zonas de más productividad,
tanto en energía potencial como cinética y definen las áreas
de las que el hombre puede sacar mayor rendimiento, dado el bajo
grado de erosión a que se ven sometidas. A ellos pertenecen los
valles rellenos de pómez de Totonicapán, Urbina, Salcajá, Coxom,
Tacaualbá y las pequeñas e incipientes terrazas de los ríos Xequi-
jel y Caquixá. En altitudes mayores los suelos son más delgados.
Hacia el nordeste de Totonicapán existen horizontes B en alturas

inferiores (2), los cuales son muy compactos y arcillosos y, por lo tanto, más expuestos a la erosión. Parte de los terrenos del valle están representados por ambos horizontes, son los más fértiles de los altos y su uso está dedicado casi en exclusividad a la agricultura. Otros asentamientos englobados en este grupo son Rancho de Teja, Pachaj, Patachaj, Nimasac y Palomora. Las pendientes oscilan de 4 a 8%, demarcando zonas de piedemonte, son un poco menos productivas y algo más propicias a la erosión.

Los suelos Camanchá fase erosionada representan zonas de la misma naturaleza física, pero que tienen una inclinación del 25% de pendiente y un gran potencial erosivo, siendo menos aptos para el cultivo. Las características físicoquímicas son muy similares a las anteriormente descritas y se sitúan al sur de la línea de Pataboc, San Francisco el Alto, Totonicapán, Nimasac, Chipuac y Cantón Vázquez.

Los suelos Totonicapán son profundos y bien drenados: la capa de superficie tiene 0,40 m. de profundidad y es de color marrón muy oscuro. El contenido de materia orgánica es muy alto - de más del 20% - y el subsuelo, de 0,90 m. de espesor, es de color oscuro y de gran contenido orgánico. Incluye las poblaciones de Rancho de Teja, Panquix y parte de Nahualá, así como las cabeceras de los ríos Nahualate y Tz'unumá. Se derivan de cenizas volcánicas pomáceas con un buen drenaje interno, pero lento, y un declive superior al 32%, alcanzando la mayor susceptibilidad a la erosión de la zona. En algunos núcleos aislados al este de Totonicapán se encuentra la roca basáltica cerca de la superficie (Simmons, 1959: 957), lo cual permite la explotación rentable de canteras de piedras para metates y manos de moler que tradicionalmente son aprovechadas por los habitantes de Nahualá y Santa Catarina Ixtahuacán.

Los suelos de la Altiplanicie Central se caracterizan por tener pendientes escarpadas, una profundidad menor y una erosión muy fuerte con rendimientos bajos, pero éstos aparecen de manera muy marginal a la zona que a nosotros nos interesa, siendo poco significativos para su desarrollo ecológico.

2.5. Clima.

En términos generales, el clima de Totonicapán es semicálido con invierno benigno y húmedo, presentando tres grandes variaciones: al este-noreste es templado, con estación estival benigna y húmeda. La estación invernal es seca y los vientos predominantes son alisios y de dirección noreste-suroeste, pero debido a las condiciones del terreno se elaboran fuertes remolinos que originan una fuerte erosión de las tierras. La velocidad media del viento es de 40 a 50 Km./hora, lo que permite un alto grado de polinización y condiciona la orientación de la vivienda. Las partes central y sureste del departamento tienen un clima semifrío con invierno benigno y semiseco. Así pues, no hay grandes contrastes climáticos en Totonicapán, a no ser los que propicia el cambio de actitud (Guerra Borges, 1973: 39). Se trata, en definitiva, de un clima frío en el cual el clímax se alcanza de Noviembre a Marzo, mientras que la época de máximo calor abarca de Mayo a Septiembre.

La variación diaria de temperaturas es fuerte, y en San Miguel Totonicapán los promedios anuales varían entre 9° y 14° C (Veblen, 1979: 76), siendo la media de 15° centígrados de máxima y entre 6° y 10° de mínima (fig. 6). Durante el invierno caen fuertes heladas, registrándose temperaturas que oscilan de 0° a 10°, lo cual daña enormemente las cosechas.

En cuanto al regimen de lluvias, existe un déficit con respecto a otros sitios de las tierras altas, pues tiene un invierno seco en exceso: la pluviosidad anual media es de 1000 mm. aproximadamente (fig. 7), siendo el mes más húmedo Septiembre con 307 mm. y el más seco Diciembre con 1 mm., mes en el que existe una deficiencia en torno a los 28 mm. de humedad. En relación con la humedad, existen tres zonas de vida vegetal bien definidas: la zona de bosque húmedo montano subtropical -bh MB-, que afecta a Choacorrall y Xexajá al noreste del departamento. La segunda es un ecotono que se superpone a una región de bosque húmedo montano -bnh MB-, y cubre casi todas las cenizas y lavas volcánicas erosionadas. Y una tercera de bosque muy húmedo montano -bmh M-, propia de las cimas colmatadas de pómez del sureste. Estas zonas delimitan conjuntos de asociaciones de plantas, según las cuales la región de montano seco tiene elevaciones de 2.000 a 3.000 m. con escarchas ocasionales y variaciones de 18° a 24° C. La vegetación original es bosque seco en el que el índice de evaporación y transpiración se establece entre 1 y 2, siendo la unidad la relación existente entre una precipitación igual a la evapotranspiración potencial: una medida de evapotranspiración de 707 equivale a 1414 mm. La zona montano muy húmeda tiene una oscilación de 12° a 18° y pertenece a la región longitudinal templada fría, con un promedio de 1000 a 2.000 mm. de precipitación anual y la evapotranspiración es de 0,25 a 0,30, siendo su media anual de 707 a 753 mm. Por último, la zona de montano bajo muy húmedo está en la línea de heladas y escarchas periódicas, oscilando su precipitación anual entre 2.000 y 4.000 mm. y existen problemas de drenaje. La media anual de evapotranspiración es de 20 a 24 mm. (Ferraté Felice, 1977: 83-85).

2.6. Vegetación.

La vegetación típica del departamento de Totonicapán es propia de zonas boscosas con variaciones según la altura. En ellos dominan tres tipos de pino, ciprés y roble y, de manera más escasa, abeto. A menor altura son frecuentes las especies de hoja caduca, y a una altitud superior a los 3.000 m. los pajonales y praderas aptas para el pastoreo (Standley y Williams, 1958: 76).

En general, se trata de bosques de coníferas de hoja ancha, bosques abiertos, pastos de tipo parral y pastos en pradera (Apéndice A). Los bosques abiertos de pino y encino cubren el tercio noreste del departamento en altitudes que abarcan desde los 1.600 a 2.000 metros, donde la escasa capa de tierra deja muy poco volumen al almacenaje de humedad durante la estación seca. La humedad en alturas superiores (sobre los 2.300 m.) permite la existencia de densas poblaciones de pinos y encinos. Por encima de los 2.850 m. no se encuentran árboles de hoja ancha y el abeto se convierte en el principal componente de la floresta. Más arriba, las praderas "pajonales" predominan a causa del pastoreo de ovejas (Veblen, 1979: 78).

2.7. Uso potencial del suelo.

Los favorables rasgos físicos que se conjuntan en los valles intermontanos de las tierras altas de Guatemala hacen que en el pasado el uso de la tierra se haya desarrollado en función de las características topográficas y ecológicas que brindaba el medio: así, una gran porción de la tierra estuvo dedicada seguramente a la explotación forestal y agrícola perenne de carácter muy extensivo, mientras que las bases de los valles y pies de las laderas

se dedicaron a cultivos anuales permanentes con alta productividad. Sin embargo, en la actualidad, y debido a la explosión demográfica que se extiende a todo el altiplano, se está aprovechando la parte media y superior de las laderas donde las pendientes oscilan entre el 16 y 32%, siendo los suelos muy pobres y susceptibles a la erosión, lo cual obliga a rotaciones de cultivos y descanso de campos en uno de los sitios donde la tierra es cada vez más escasa. Este hecho incide de forma directa en la capacidad agrícola de los suelos: por ejemplo, la producción promedio de maíz es de 5.200 libras por hectárea y año en los valles rellenos de pómez, y sólo de 1.800 libras por hectárea en zona de lavas y cenizas erosionadas, oscilando el área cultivable por cada familia según el terreno en que se siembre (Ferraté Felice, 1977: 90-92). Otros cultivos importantes en la actualidad son el trigo, calabaza y frijol, siendo muy escasos los productos propios de la horticultura.

2.8. Fauna.

La fauna de los montes interiores de los altiplanos con predominio de regiones cubiertas de coníferas, que en la actualidad han sido ampliamente deforestadas y transformadas mediante cultivos estacionales es, cada vez, más escasa. El agotamiento y la degradación sucesiva del suelo, unido a la presión demográfica han hecho que la fauna silvestre se encuentre hoy en peligro de extinción. Sin embargo, esta situación no parece originarse a partir del crecimiento vegetativo de las poblaciones actuales, sino que puede ser semejante, aunque agravada, a la que existía aún antes de la llegada de los españoles: en efecto, ya desde el siglo XVII Fuentes y Guzmán (1932-1933: 7, 412) afirma que el área Qui

ché es "una tierra de montañas y....no hay peces, y hay pocos animales de caza". En cualquier caso, parece ser que tanto en el pasado como en la época colonial y en la actualidad la ingestión de proteínas a partir de productos cinegéticos ha debido ser más bien escasa, a pesar de la gran variedad de especies existentes en la zona (Apéndice B).

2.9. Capacidad de soporte del medio.

El concepto expresado en el encabezamiento de este apartado no ha sido definido aún de modo definitivo, aunque de manera amplia y en términos de adaptación humana podríamos hacerlo como la aptitud agrícola productiva que presentan determinados medios en unas condiciones ecológicas concretas. El papel fundamental de la productividad agrícola es proveer la energía potencial adecuada para mantener a las comunidades establecidas en el mencionado medio, desde aquellas simples a las más complejas. Variaciones locales o regionales en este sentido refuerzan diferentes historias de asentamiento, diversas tasas de crecimiento de población y distintos patrones demográficos (Sanders y Webster, 1978: 261-263).

Los escasos datos expuestos hasta aquí acerca del valle de Totonicapán nos permiten establecer, a partir de la fórmula de Patton propuesta por Ferraté Felice (1977: 244), su capacidad de soporte mínima, aunque en ella no se incluyen las calorías proporcionadas por la ingestión de los productos cinegéticos: según este autor, "en el límite superior de la atmósfera se reciben aproximadamente 720 langleyes por día (un langley equivale a una caloría por centímetro cuadrado), lo que significa una entrada de calor de 0,5 calorías por centímetro cuadrado por minuto". Estos 720 langleyes corresponden al 100% de la radiación entrante, sien

do absorbidos por la atmósfera 125 y reflejados otros 255, por lo que sólo 340 llegan directamente al suelo. De ellos, la coloración de los suelos y la biomasa vegetal reflejan un 5% y se fijan 323 langleyes por día; sin embargo, la radiación saliente refleja otros 29, quedando 294 langleyes disponibles o, lo que es lo mismo, 0,30 calorías por centímetro cuadrado por día.

La distribución de estos 294 langleyes no es homogénea, sino que el 50% es utilizado por las plantas, el 1% por los hervíboros, el 1 por 1.000 por los carnívoros y, probablemente, el 1 por 2.500 por el hombre. Esto significa que se obtienen 400.000 calorías por kilómetro cuadrado, las cuales permiten satisfacer las necesidades de 148 personas a un nivel de ingestión de 2.500 calorías diarias, es decir, el mínimo de calidad de vida aceptable para el hombre. Sin embargo, esta tampoco es una cantidad uniforme para todo el valle de Totonicapán, sino que difiere según el tipo de paisaje en que incide, lo cual queda reflejado en el esquema que proponemos a continuación. (3).

<u>TIPOS DE PAISAJE</u>	<u>AREA EN KM.</u>	<u>PORCENTAJE DE PENDIENTE</u>	<u>HORAS DE INSOLACION/DIA</u>	<u>CALORIAS DISPONIBLES/KM.</u>	<u>H./KM.</u>
A	35.0	0-4	10	400.000	148.14
B	11.8	4-8	9	360.000	133.33
C	18.2	8-16	8	320.000	118.52
D	49.1	16-32	8	320.000	118.52
F	69.1	32	7	280.000	103.70
G	292.0	-	5	200.000	74.07
CAUCES	24.8	-	-	400.000	148.14

Es decir, que en un área global de 500 kilómetros cuadrados, y teniendo en cuenta la capacidad de cada suelo en particular, la

población equilibrada que puede vivir en el conjunto del valle es de 47.204 habitantes, lo que evidencia que en la actualidad está demasiado poblado (Ferraté Felice, 1977: 244-252), aunque esta no parece ser la situación durante el Clásico Tardío. En cualquier caso, hemos de tener en cuenta que esta supuesta capacidad agrícola del suelo ha de ser complementada con otros productos resultantes de la caza, la recolección e, incluso, la pesca, por lo que podemos pensar en un medio autosuficiente en términos de productividad y recursos naturales durante el período Clásico Tardío. Otras posibilidades de aprovechamiento y producción del medio ambiente irán desarrollándose a medida que avance la exposición.

Notas al capítulo II.

- (1) Una más completa reconstrucción ecológica del valle de Totonicapán puede consultarse en Veblen (1975).
 - (2) Los horizontes definidos para el departamento de Totonicapán son los siguientes:

Paisaje "A": Suelos muy profundos de textura media y un ph que oscila entre 6,2 y 6,8. Están bien drenados y retienen la humedad. Al estar en una pendiente inferior al 4% tienen muy poca erosión. La producción de maíz por hectárea y año es de 5.200 libras.

Paisaje "B": Suelos profundos de textura media y un contenido de materia orgánica de medio a alto. Las pendientes en que se localizan varían del 4 al 8% y el ph de 6,3 a 6,8, están bien drenados y retienen la humedad de modo regular. La producción de maíz en este caso es de 4.500 libras.

Paisaje "C": Suelos medianamente profundos con textura media. El contenido de materia orgánica es de medio a bajo, con un ph de 6,4 a 6,6. Las pendientes oscilan de 8 a 16% y rige un drenaje un poco excesivo. La producción de maíz es ligeramente superior a las 3.000 libras.

Paisaje "D": Suelos moderadamente profundos con textura fina a mediana y ligeramente permeables, baja cantidad de materia orgánica y un drenaje superficial deficiente. El ph es de 6,4 a 6,9. Las pendientes oscilan entre 16 y 32%, padeciendo un alto grado de erosión. La producción mínima de maíz es de 2.500 libras.

Paisaje "E": Suelos muy poco profundos de textura fina a gruesa debido a las rocas existentes. Son lentamente permeables y de bajo contenido de materia orgánica, siendo el ph de 6,7, y las pendientes superiores al 32% en todas las ocasiones.

Paisaje "F": Suelos muy poco profundos y de textura gruesa. Exposición rocosa en un 50% del área. El contenido de materia orgánica es muy bajo y las pendientes superiores al 32%, estando excesivamente erosionadas.
 - (3) Todas las medidas expresadas en el presente esquema representan kilómetros cuadrados.
-

CAPITULO III: El proceso histórico-cultural.

3.0. Problemática general.

El empleo de la periodización tradicional formulada a partir de períodos comprensivos de la historia cultural mesoamericana como un todo está siendo, cada vez más, puesto en duda por los arqueólogos. Términos tales como Arcaico, Preclásico, Clásico y Postclásico fueron formulados por Willey (1966: 89) como unidades temporales en sentido estricto más que como estados de desarrollo cultural, lo cual ha originado -a medida que avanzan nuestros conocimientos- la marginación e indefinición de determinados desarrollos que no se adaptan a tal división temporal. Por otra parte, la gran cantidad de regiones y subregiones que componen el territorio maya han dado lugar también a historias culturales distintas, difíciles de conciliar entre sí en multitud de ocasiones, pero sólo con el establecimiento de una secuencia totalizadora podremos interrelacionar y comparar de manera más exacta los diferentes tipos de historias y procesos culturales para el área.

Dentro de esta línea crítica, Webb (1978: 156) ha propuesto, a modo de ejemplo, dos grandes objeciones al empleo de la periodización tradicional: (1) la división de un proceso esencialmente continuo en segmentos, lo cual implica incoherencias tales como que el período Preclásico Medio o Tardío tenga que presentar más afinidades con el Preclásico Temprano que con el Clásico Temprano, hecho que puede ser del todo falso; (2) el peligro de confusión resultante de que bajo el término "clásico" se englobe el momento en que se da el colapso maya en el Petén y las culturas de Teotihuacán o, en menor medida, el desarrollo de Monte Albán que había decaído dos siglos antes, mientras que otros muchos centros clásicos de la Costa del Golfo en Yucatán permanecen siendo prósperos durante algún tiempo.

El reajuste de las divisiones temporales según las diferentes regiones del área maya es, pues, una de las tareas más urgentes a realizar ya que, como sugiere Lowe (1978: 342) "un buen control de tiempo tanto a nivel local como regional es definitivo para la construcción de ulteriores hipótesis de desarrollo". Para ello, el autor propone la potenciación del uso de los marcadores de horizonte con preferencia sobre las fechas de radiocarbono en el caso de conflicto entre ellas. En la actualidad, aunque existen una buena cantidad de métodos que se pueden considerar más seguros y adecuados para la fijación temporal de un yacimiento, la aproximación más generalizada a la secuencia de un sitio suele hacerse mediante la comparación y la correlación de rasgos culturales. De hecho, regiones enteras pueden compartir un buen número de tales rasgos difundidos mediante contactos entre diversas comunidades (Michels, 1973: 99-102). Estos rasgos son los que van a constituir los marcadores de horizonte que de manera conjunta pueden delimitar en el tiempo el yacimiento en estudio con bastante seguridad.

En el caso concreto de las tierras altas de Guatemala el problema es evidente en lo que se refiere a algunos períodos en particular, y ha sido puesto de manifiesto recientemente por Wauchope (1975: 3) en los siguientes términos: la expresión "Clásico Temprano es aplicada a las ricas tumbas que hicieron famosa a Kaminaljuyú, las cuales antedatan a la influencia teotihuacana y provienen probablemente del Preclásico". Por su parte, Borhegyi (1965a: 16) ya había dejado entrever con anterioridad las dificultades que entraña la aplicación de tales conceptos, afirmando que "comparado con los logros culturales del Preclásico Medio y Tardío el Clásico de las tierras altas es regresivo", suponiendo la existencia de cierta involución cultural. Manifestaciones como

las difundidas por estos autores nos ponen al corriente del desfase terminológico existente con respecto al desarrollo cultural del altiplano; no obstante, hemos de tener en cuenta que nos encontramos ante una de las regiones que han sido exploradas y excavadas con menor asiduidad y que estudios sucesivos pueden ir alterando esta situación.

Agua Tibia, al igual que otros muchos sitios muestreados en la Meseta Quiché (Stewart, 1977), posee una buena cantidad de marcadores de horizonte que se pueden catalogar bien dentro del Clásico Tardío, bien dentro del Postclásico Temprano, razón por la cual constituye un nuevo ejemplo que se escapa a la periodización tradicional establecida. Wauchop (1975) también se encontró con una dificultad semejante en su estudio sobre Zacualpa, lo que ha resuelto mediante la creación de períodos de Transición -aunque el empleo del concepto es aplicado con la intención de dar una idea de continuidad en las tradiciones cerámicas de Zacualpa, para observar el cambio cerámico-. Pero este autor contaba con una secuencia temporal ininterrumpida de 1.400 años, mientras que Agua Tibia representa un único momento de ocupación, por lo que no podemos aplicar la misma fórmula a pesar de que estamos seguros de encontrarnos ante momentos paralelos de desarrollo cultural. (Apéndice C, Cuadro 1).

Por otra parte, el empleo de términos tales como Epiclásico, que a pesar de su antigüedad nos parece vago y mal definido, o como Clásico Terminal que difícilmente puede encajar en una cronología de las tierras altas, no parecen ser tampoco la solución. Ambos fueron creados para ser utilizados en periodizaciones de las tierras bajas y, en principio, no son funcionales para el altiplano. Así pues, hasta que no obtengamos más datos sobre el valle de Totonicapán el problema se quedará sin resolver y se asignarán

los períodos conforme a la secuencia temporal establecida, pero tratando de asimilar los marcadores de horizonte a las fechas de radiocarbono para poder afinar al máximo su definición dentro del desarrollo cultural global del altiplano oeste y de las tierras altas mayas en general.

Desde una óptica diferente, trazar una síntesis arqueológica del altiplano oeste de Guatemala se nos antoja una tarea difícil y complicada debido a la gran escasez de datos de que disponemos, hecho que implica, entre otras cosas, la falta de definición de los límites de la zona que pretendemos comentar: el concepto de Altiplano Oeste de Guatemala como diferenciado del Central y Norte o de la Región Intermedia de Células, ha sido introducido en la literatura arqueológica a partir de dos artículos contemporáneos que trataban de resumir y dar cohesión a los datos dispersos de la arqueología de esta región. Los autores de tales trabajos, Borhegyi (1965a) y Rands y Smith (1965), establecieron límites geográfico-culturales muy diferentes para la zona que nos interesa, lo cual ha creado cierto confusiónismo a la hora de valorar la aportación particular de cada una de ellas al desarrollo cultural de las tierras altas. La escasa experiencia obtenida en el transcurso de la excavación de Agua Tibia nos permite aventurar que este yacimiento estuvo muy influenciado por la órbita creativa de Zacualpe ya que participé, a lo largo de su corta vida de finales del Clásico Tardío y comienzos del Postclásico, de tradiciones que se habían venido forjando desde períodos más tempranos en aquel centro. A una escala bastante más reducida, este pudo haber sido también el caso de Zaculeu, aunque también es cierto que presenta diferencias muy significativas con respecto a estos dos centros. Sin entrar ni salir en esta importante cuestión de límites, hemos decidido incluir de manera

especial ambos sitios en esta somera síntesis, sin que esto quiera decir en ningún momento que respaldamos de manera definitiva la clasificación propuesta por uno u otro autor.

Además de este problema existe otro que, en cierta medida, lo genera: la falta de excavaciones y el desconocimiento arqueológico de la zona, aunque en la actualidad están en marcha dos proyectos (Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala y Proyecto Arqueológico y Etnohistórico de la Meseta Quiché) que, junto con los trabajos realizados por la Misión Francesa en el Norte del departamento del Quiché y en la cuenca del Chixoy, deben de cambiar de manera definitiva la presente situación. A la espera, pues, de tales resultados, resumimos los datos que poseemos en la actualidad.

3.1. Ocupaciones Paleoindias.

Hasta hace relativamente poco tiempo, el paso de bandas de cazadores prehistóricos hacia regiones tropicales más al sur estaba documentado en Guatemala por un único artefacto encontrado en los alrededores de San Rafael, al norte de la actual población de Mixco (Coe, 1960): una punta de obsidiana de tipo Clovis. Esta evidencia de las actividades de los cazadores tempranos en la zona se vió reforzada por el descubrimiento de huesos de gliptodonte, elefante y mastodonte fosilizados que se encontraron en varios departamentos de Guatemala (Shook, 1951: 93-96). Sin embargo, a raíz de las investigaciones llevadas a cabo en la Meseta Quiché, se detectaron al menos 117 yacimientos Paleoindios y Arcaicos que ofrecían nuevos datos al respecto. En dos de ellos, Los Tapiales y La Piedra del Coyote (Departamento de Totonicapán) se encontraron restos de una ocupación que se puede fechar entre el 11.000

y el 7.000 a.C., es decir, para finales del período Paleoindio (Gruhn y Bryan, 1977). Como consecuencia de estos trabajos y de los estudios realizados sobre los sitios muestreados, se logró reconstruir una tipología tentativa de los asentamientos de esta temprana época. El hecho de que el material de que se dispone provenga fundamentalmente de operaciones de muestreo, implica que aún permanezcan varias cuestiones sin aclarar, entre las cu las destaca por su importancia el establecimiento de una frontera tempoespacial y cultural entre los períodos Paleoindio y Arcaico: en principio, fueron considerados asentamientos paleoindios aquellos ocupados por pequeñas y dispersas bandas nómadas sin campamentos base establecidos; mientras que el patrón arcaico sugería la presencia de grupos más amplios -macrobandas- con un incremento en las actividades sobre recursos básicos limitados (Brown, 1980).

A pesar de tales yacimientos muestreados, nos parece necesario incrementar la búsqueda futura basada en excavaciones estratigráficas para definir las actividades de los primeros cazadores y recolectores de la región, que por una parte nos aclaren las respuestas adaptativas tempranas dentro de un contexto mesoamericano global, la presencia de movimientos y migraciones internas a través de las tierras altas por otra y, en última instancia, nos permitan establecer los diversos tipos de asentamiento y de desarrollo cultural de las primeras gentes que penetraron y se quedaron en la región.

3.2. Períodos Preclásico y Protoclásico.

Enlazando con esta problemática, estimamos de gran interés la intensificación de las investigaciones que pongan de manifies

to la transición, si la hubo, de las comunidades arcaicas a las del Preclásico Temprano. Tal vez, las macrobandas sedentarias a que nos hemos referido con anterioridad pudieron haber experimentado de manera sucesiva con recursos silvestres hasta llegar a controlar ciertos recursos básicos y penetrar en una economía de carácter agrícola. En este sentido, y de forma común para todos los períodos, es necesario determinar el desarrollo cultural de los centros y comunidades prehispánicas del altiplano oeste fuera de la órbita de la secuencia de Kaminaljuyú (tendencia que ha venido prevaleciendo hasta hoy), ya que es muy posible que no coincidan entre sí y dé lugar a sucesivas equivocaciones.

El patrón de ocupación durante este período parece haberse iniciado en el piedemonte costero del sudoeste de Guatemala (Coe y Flannery, 1967), e inmediatamente después en el valle de Guatemala; mientras que los datos sobre las tierras altas sugieren una ocupación un poco posterior, que se asienta en Chukumuk en el lago Atitlán y en Salcajá, en el fértil valle de Quetzaltenango (Sanders, 1972: 131-141). Si ésta fue simultánea o no en estos últimos dos sitios forma un viejo contencioso que comienza en la década de los 50 (Wauchope, 1950; Borhegyi, 1956) y aún no se ha podido resolver, pero que, estimamos, debe quedar aclarado de manera definitiva mediante la práctica de excavaciones estratigráficas controladas. Los trabajos realizados por la Misión Científica Española en Salcajá han permitido determinar que el material extraído es diagnóstico de los períodos Preclásico Tardío y Protoclásico (Ciudad e Iglesias, 1979), pero los artefactos procedentes de Chukumuk permanecen aún mal definidos puesto que se basan en excavaciones menores (Lothrop, 1933), razón por la cual continúa abierta la cuestión. En cualquier caso, parece que la ocupación del altiplano oeste —con la excepción de los asentamientos

paleoindios- se ha iniciado durante el Preclásico Tardío, siendo recomendable el inicio de investigaciones que nos aclaren qué su cedió en ese largo espacio de tiempo existente entre uno y otro período.

A finales del Preclásico y comienzos del Protoclásico pudo iniciarse un fenómeno de explosión demográfica en las tierras altas del oeste y en la Región Intermedia de Colinas, surgiendo gran cantidad de sitios entre los que destacan Zacualpa, San Andrés Semetabaj y otros, aunque ésta pudo no haber sido simultánea. Hemos de destacar que el fenómeno del Protoclásico no ha sido establecido de manera definitiva como complejo en ningún yacimiento del altiplano, a pesar de que en muchos de ellos, y de forma particular en Salcajá, Chukumuk y Zacualpa, apareció una serie importante de rasgos que participaban de este complejo. En este sentido, la aportación cronológica de Salcajá fue más bien escasa, puesto que sólo pudimos obtener una fecha extraída de la cámara Z-23, una de las zonas donde más claramente han aparecido marcadores de horizonte típicos de este período, la cual está da tada en el año 140 d.C. (C.S.I.C., muestra nº 458); no obstante, la definición del Protoclásico se debe basar en secuencias cronológicas más amplias y continuas en las que pueda observarse con cierta seguridad el cambio cerámico y cultural.

Si en realidad hubo en el altiplano oeste -Chukumuk y valles de Quetzaltenango y Momostenango- una población más temprana que en la Región Intermedia de Colinas, en Zacualpa y en Zeculeu, que da una importante cuestión por aclarar: ¿de dónde provienen estos pueblos? Cabe la posibilidad de que tales migraciones partan del altiplano central, de un contexto cultural dominado por Kaminaljuyú que para entonces ya había iniciado su apogeo, o por el contrario puede tratarse de grupos procedentes de Chiapas que pa

tran por las tierras bajas del sur y desde allí ocupan los valles intermontanos de la zona oeste. El problema permanece aún sin aclarar, siendo necesarias excavaciones en áreas intermedias para determinar el sentido y la importancia de tales migraciones.

3.3. Período Clásico.

El Clásico Temprano se inicia con un gran desarrollo cultural en sitios ya establecidos como Kaminaljuyú y Zacualpa, y con el nacimiento y formación de otros muchos como Nebaj, Zaculeu y varios centros de la Alta Verapaz. En contextos particulares del altiplano oeste el período es enormemente desconocido, tanto en el lago Atitlán como en el valle de Quetzaltenango. El material Panajachel y Salcajá que conocemos provienen de excavaciones sin control y de colecciones privadas, por lo que siempre es dudosa su afiliación. Por lo que respecta a la experiencia de campo efectuada por la Misión Científica Española, se han podido rescatar fragmentos aislados de Clásico Temprano en miveles datables con claridad para el Preclásico Tardío y Protoclásico, los cuales proceden con seguridad de lo alto de la colina de Las Victorias. Estos se había introducido en los pozos de almacenaje que desde tiempos muy tempranos venían practicándose en diversas regiones de las tierras altas mayas, y habían dejado de existir en ellas desde finales del Protoclásico. En la parte alta del cerro que domina el yacimiento Las Victorias existió un número indeterminado de montículos que hace más de 20 años fueron arrasados con el fin de preparar el terreno para la agricultura, los cuales debieron formar parte de un pequeño centro ceremonial. Por esta razón, decidimos en su día practicar varias catas en orden a obtener materiales que identificaran tipológicamente el asentamiento y, aun-

que escaso en exceso, pudimos confirmar la existencia de un conjunto de rasgos cerámicos del Clásico Temprano y Tardío, pero insignificante en su totalidad. Es de suponer que al allanar el terre no los artefactos se dispersaran por las laderas del cerro y después, por la erosión y caída natural del terreno fuesen a depositarse en la parte baja de las laderas.

Pero de manera más importante que en Salcajá, el Clásico Temprano aparece bien representado en el sitio M-4, emplazado en San Cristóbal Totonicapán, donde aún están en pie dos montículos -uno de ellos de altura considerable- que fueron muestreados por miembros de la Misión Científica Española. El más alto está rebanado por completo, debido a que ha venido sirviendo de manera continua para la extracción de arcilla dedicada a la confección de adobes utilizados en las casas que forman el barrio de San Sebastián sito en aquella población, y de él se han extraído enterramientos, jade y gran cantidad de vasijas y otros artefactos según el testimonio de uno de los propietarios del montículo. Nosotros recogimos una selección de fragmentos representativos de los períodos Protoclásico y Clásico Temprano, lo cual parece indicar que este montículo funerario se comenzó a construir al menos durante la primera fase y que, en cierta medida, participaba de esa corriente de esplendor que en aquellos tiempos estaba afectando a diversos centros de importancia de las tierras altas de Guatemala. A pesar de ello, el Clásico Temprano está aún tan mal conocido como el resto de los períodos anteriores, y realizar urgentes excavaciones de salvamento en ambos montículos puede proporcionarnos una gran cantidad de datos que, en cierto modo, palien nuestro gran desconocimiento de esta época de la prehistoria de la región, y esto a pesar de que hayan sido sucesivamente saqueados.

La situación no parece mejorar mucho en lo que se refiere al

Clásico Tardío, a no ser por la aportación que se hace mediante la presente investigación: en las márgenes del lago Atitlán no existen datos de población para este momento y en Zacualpa decae el ímpetu constructor y la producción de cerámica, mientras que Zaculeu está representado de manera muy pobre por la fase Chinaq. Estos dos sitios tienen muy pocas concomitancias con Kaminaljuyú (que por otra parte está muy mal conocido) y están más cercanamente emparentados con asentamientos localizados a lo largo del drenaje del Chixoy como Chamá y Chipoc o el valle de Cotzal. Estas evidencias parecen indicar que los centros de población importantes se van trasladando poco a poco hacia la Región Intermedia de Colinas y Alta Verapaz, lo cual ha sido corroborado a partir del reconocimiento arqueológico efectuado por Smith (1955), y parecen mantener contactos culturales más estrechos con las tierras bajas mayas que con el resto del altiplano guatemalteco.

Esta afirmación puede ser cierta para los centros ceremoniales, pero mientras tanto ¿qué ocurrió con la población rural? De la reciente experiencia obtenida durante la excavación de Agua Tibia, un sitio que a falta de fechas de radiocarbono que lo corroboren puede situarse en la transición del Clásico al Post-clásico, podemos pensar que permaneció influenciado por las grandes corrientes culturales originadas en tales centros, pero manteniendo una cultura tradicional y campesina que se manifestaba no sólo en el empleo de una arquitectura doméstica tradicional, sino también en el culto a los camahuiles, el uso de ocarinas efigie, pájaros-silbato, incensarios-cucharón y otros artefactos que forman parte de rituales asociados al sustrato religioso de origen campesino que tan amplia difusión tuvieron a lo largo de todo el altiplano maya (Borhegyi, 1956). Tal comunidad rural no pudo guar

dar el mismo patrón de conexiones e influencias que sus vecinos del norte pues, si bien mantuvo frecuentes contactos con Zacualpa y Zaculeu y presentaba algún rasgo aislado de Chamá, mantuvo también unas relaciones muy estrechas con los asentamientos del sur situados en el piedemonte costero de Guatemala.

Quizás uno de los rasgos más típicos de la excavación de Agua Tibia consista en que no se trata una vez más de trabajos realizados en montículos o recintos ceremoniales, sino de la excavación de un pequeño caserío en el cual probablemente convivían gentes pertenecientes al mismo linaje. Este tipo de habitación coexistió con los centros ceremoniales y permaneció vigente de un período a otro, lo cual parece indicar que, al menos durante el Clásico Tardío y el Postclásico Temprano, el patrón de asentamiento mantuvo una acusada continuidad, estando quizás un poco al margen de la problemática que en esos momentos afectaba a los núcleos de población dirigentes. Este patrón parece afectar no sólo al valle de Totonicapán sino que, como veremos más adelante, se extendió de igual manera a lo largo de toda la Meseta Quiché y, a nuestro entender, fue característico de las poblaciones campesinas de todo el altiplano oeste. Por último, El Paraíso fue otro sitio característico de finales del Clásico y comienzos del Postclásico (Kidder y Shook, 1959), que mostraba un sistema de conexiones y relaciones culturales muy semejante al mantenido por Agua Tibia, sobre todo en lo que se refiere a los contactos establecidos con comunidades costeras. Por desgracia, tanto los rasgos culturales del sitio como sus materiales no han sido publicados en extensión, por lo que no estamos en condiciones de determinar su importancia en relación con otros centros dispersos por esta región.

3.4. Períodos Postclásico y Protohistórico.

Los sitios más representativos son Chuitinamit y Tzanjuyú en el lago Atitlán (Lothrop, 1933) y Tajumulco en San Marcos (Dutton y Hobbs, 1943). Zaculeu y Zacualpa continúan manteniendo un estrecho contacto entre sí y con otras poblaciones más al norte como Chipal y valle de Cotzal (Adams, 1965: 11). Los rasgos que definen este momento son la cerámica plumiza Tohil e incensarios de tipo mixteca que aparecen con cierta regularidad. Es la época en que en algunos lugares comienza a cambiar el patrón de asentamiento y los centros son trasladados a zonas bien defendidas como en los casos de Chuitinamit y Tzanjuyú, aunque en otros como Zaculeu y Zacualpa permanece la ocupación en el mismo sitio desde los primeros momentos de su fundación. Los trabajos que en la actualidad se están efectuando en el marco del Proyecto Arqueológico y Etnohistórico de la Meseta Quiché pueden aportar un buen número de datos acerca del desarrollo cultural de tales centros durante este período. En este sentido, Stewart (1977: 69) ha confeccionado una periodización provisional del Postclásico en la Meseta Quiché, estableciendo dos períodos diferentes: Wukamak, que engloba la última mitad del Clásico Tardío y todo el Postclásico Temprano (700-1.200 d.C.) y está definido por rasgos culturales que, en términos generales, son compartidos por Agua Tibia; y Quiché (1200-1.524 d.C.), que a su vez se subdivide en tres fases: Jakawitz (1.200-1.350 d.C.), en que se inicia la llegada de los grupos quichés al altiplano oeste y los cambios bruscos en el patrón de asentamiento; Isumachi (1.350-1.400 d.C.), representada por la consolidación de la penetración de tales pueblos; y K'umarcaj (1.400-1.524 d.C.), en que se desarrolla y extiende su imperio. Sin embargo, tal secuencia temporal aún no ha sido establecida con claridad a partir de

excavaciones estratigráficas definitivas.

El período Protoprehistórico comienza con la llegada y posterior asentamiento de los pueblos quichés en las tierras altas, estando representado en Zaculeu por la fase Xinabahul, y en Zucualpa por la poco significativa fase Yaqui. En el resto del altiplano oeste aparece en Chuitinamit, capital Tzutuhil; en Utatlán, capital Quiché, y en otros centros de menor importancia (Wauchope, 1970).

Si para las fases anteriormente comentadas nuestros datos acerca del desarrollo cultural de las comunidades son más bien escasos, el período Postclásico Tardío-Protoprehistórico constituye, con seguridad, la época más conocida de toda la historia prehispánica del altiplano oeste. Esto se debe fundamentalmente a tres cuestiones: en primer lugar, la existencia de fuentes escritas que abarcan casi toda la ocupación quiché han ampliado en grado enorme nuestras fronteras de conocimiento de las tierras altas mayas (Carmack, 1973). Por otra parte, las detalladas narraciones y los títulos indígenas efectuados en el momento y después de la conquista constituyen una fuente inagotable de noticias sobre los pueblos que ocuparon la región. Para finalizar, la intensa actividad arqueológica que se ha centrado sobre Utatlán (Wauchope, 1970) y varios sitios de la órbita de esta capital quiché (Wallace, 1977) ha hecho que los diversos aspectos de la cultura quiché del altiplano oeste y el grado de asimilación por parte de las comunidades mayas que habitaban previamente el lugar, sean en la actualidad conocidos con bastante amplitud (Carmack, 1979a; 1979b).

En resumen, existen grandes lagunas en el conocimiento de la arqueología de esta región: sólo los períodos Preclásico Tardío-Protoclásico, Clásico Tardío y Protoclásico han sido estudia

dos con relativa minuciosidad, pero esto no es suficiente para establecer la historia cultural de la región, quedando un buen número de problemas por resolver: ¿quienas fueron los primeros pobladores agricultores de la zona?, ¿fueron gentes que procedían del sur de México y Chiapas o más bien nos encontramos ante una migración cuyo origen se establece en el valle de Guatemala y regiones aledañas?, ¿fue ocupada la zona con anterioridad a su vecina del norte o se trató de una ocupación simultánea e, incluso, posterior?, ¿estuvo habitada esta región del altiplano con anterioridad al período Preclásico Tardío y, si esto es así, qué yacimiento o yacimientos lo estuvieron?. La presencia de Teotihuacán en el valle de Guatemala parece cada vez más haber afectado a Kaminaljuyú y a algunos escasos centros ceremoniales de importancia, mientras que las comunidades rurales siguieron ejecutando sus antiguas tradiciones, ¿existe algún centro de características semejantes en algún lugar de las tierras altas del oeste en el cual se pueda repetir y comprobar esta hipótesis?, ¿los montículos muestrados en Salcajá y San Cristóbal Totonicapán formaron parte de semejante patrón cultural o fueron centros completamente independientes y no contaminados por la influencia teotihuacana, como parece suceder con Zacualpa y otros centros de importancia?. La presencia de ricas y elaboradas tumbas pertenecientes al período Clásico Temprano parece indicar que la región participó de alguna manera en el amplio desarrollo que en ese momento estaba afectando no sólo al altiplano guatemalteco de forma particular, sino a la mayor parte de Mesoamérica: si se descarta la posibilidad de una fuerte influencia de Teotihuacán en centros de importancia como Zacualpa y Zaculeu ¿podemos pensar que fueron estos centros provinciales, siguiendo el concepto establecido por Wauchope (1975), los que proporcionaron las pautas culturales para todo el área?. Y en ese

caso ¿desde qué punto partió y se extendió tal provincianismo dentro de la región, o se trata de fenómenos independientes y particulares de cada centro?

Si el valle de Guatemala alcanzó su máximo esplendor durante el período Preclásico Tardío y parte del Clásico Temprano para luego decaer rápidamente, y la Región Intermedia de Colinas alcanzaba el suyo durante el Clásico Temprano en sitios tales como Nebaj, San Andrés Semetabaj, Zacualpa y Zaculeu, para después tener un nivel mínimo de desarrollo cultural durante el Clásico Tardío, ¿ocurrió lo mismo en el altiplano oeste o esta región tuvo un desarrollo independiente con respecto a las anteriores? Gran cantidad de sitios campesinos y pequeño artesanos como Agua Tibia y otros muestrados en el valle de Totonicapán y en la Meseta Quiché, y centros ceremoniales de pequeña importancia como El Paraiso no sufrieron, aparentemente, cambios en su patrón de vida con la llegada del Postclásico, mientras que otros tales como Chuitinamit y Tzanjuyú se levantaron sobre lugares bien defendidos, ¿cómo fue la llegada de estos nuevos grupos y de qué manera influyó ésta en ciertas poblaciones?; si tenemos en cuenta que en diversos sitios de los valles de Quetzaltenango y Totonicapán (como Salcajá, San Andrés Xecul, San Cristóbal Totonicapán y Agua Tibia entre otros) presentan algunos rasgos cerámicos típicos del período Protoprehistórico, ¿se trataba de una población uniforme desde el punto de vista cultural como en el Quiché Central o dieron lugar a desarrollos particulares?

Esta simple enumeración de cuestiones podría seguir repitiéndose hasta la saciedad, y nos indica de manera muy clara que las tierras altas mayas del occidente de Guatemala es el área menos conocida del altiplano guatemalteco desde el punto de vista arqueológico; mientras tanto, las condiciones socioeconómicas actua

les urgen a una inmediata y exhaustiva investigación de la zona, la cual nos permita determinar el papel que ésta jugó en el desarrollo cultural del altiplano guatemalteco y en el resto de la zona maya.

42

CAPITULO IV: Las excavaciones.

El yacimiento de Agua Tibia está emplazado en la margen derecha del pequeño riachuelo Samalá, afluente del río Samalá, en la parte baja de las laderas que limitan el valle de Totonicapán, cuyas características físicas se han expuesto en un capítulo anterior (Lám. Ib). La mayor cantidad de terreno excavado es propiedad de D^o Juan José Bagur, perteneciendo el resto a los límites del moderno hospital construido recientemente, y a otros dos pequeños propietarios. Dista 2,5 kilómetros de San Miguel Totonicapán y 23 kilómetros de Quetzaltenango según el kilometraje oficial marcado en la carretera, y está atravesado por el camino que se dirige a Paquí desde las inmediaciones de esta ciudad. Limita al norte con un bajo cerro de 57 m. de altura, situándose a 14°55' de latitud norte y a 91°22' de longitud oeste, y al sur con el mencionado afluente del río Samalá (fig. 8). Su extensión aproximada alcanza 200 m. de longitud este-oeste y 500 m. en sentido norte-sur, es decir, de unos 100.000 metros cuadrados.

El sitio fue seleccionado para su excavación tras un reconocimiento efectuado en las pequeñas mesetas intermontanas que rodean el valle de Totonicapán, así como a lo largo de su propia base, detectándose en él una cierta cantidad de cerámicas y artefactos representativos del período Clásico Tardío, cuyo estudio significaba un paso adelante en el establecimiento de la secuencia cultural para esta región de la cuenca alta del río Samalá. Este hallazgo, unido a la recopilación de determinadas noticias transmitidas por tradición oral que aseguraban la existencia de "una ciudad antigua" en el lugar, nos hizo suponer la existencia de un sitio de habitación de cierta importancia, sospecha que se basaba también en algunas referencias acerca del descubrimiento de enterramientos en urnas, y que nos indujo a elegir el área como la más adecuada para realizar nuestras investigaciones acerca de este período en la región (Alcina, 1980).

Desde un principio, la excavación se planteó con el criterio de trazar dos trincheras perpendiculares entre sí, una en dirección norte-sur (A) y otra en sentido este-oeste (B) que se cruzaran a una determinada altura y abarcaran la mayor cantidad de terreno posible, incidiendo específicamente en aquellos lugares donde los restos culturales se manifestaban con mayor intensidad y uniformidad. Nuestro propósito más inmediato era cubrir en diagonal el terreno con vistas a localizar lo antes posible el asentamiento que se suponía por la cantidad de hallazgos -sobre todo de obsidiana y cerámica doméstica-, para lo cual decidimos abrir uno de cada tres pozos con el fin de tener una idea más rápida de la composición del yacimiento (fig. 9).

La desviación de la trinchera A con respecto al norte magnético fue de 39° al oeste, y se decidió iniciarla allí donde la pendiente del cerro era más suave. Su longitud total fue de 32m, y en ella se excavaron seis pozos de 2 por 1 m. de extensión superficial, dejando sin abrir sectores de 4 m. de longitud entre cada uno de ellos: en esa forma se levantaron los pozos A-1, A-4, A-7, A-10, A-13 y A-16. Dado que a determinada profundidad de la cata A-10 se halló una acumulación de restos culturales de carácter doméstico superior a lo normal, signo que nos pareció indicativo de la presencia de un basurero, decidimos intensificar el sondeo y abrir también los pozos A-11 y A-12 para que, empalmados con el A-13, se pudiera tener una visión más completa del terreno en ese lugar.

Ante la carencia de una estratigrafía natural útil a nuestros propósitos, determinamos abrir los pozos por niveles de 0,15 m. de espesor cada uno, en orden a observar el cambio cerámico y los diferentes momentos de ocupación existentes a lo largo de la historia del yacimiento, aunque al final comprobamos que los ma-

teriales extraídos eran representativos de una sola etapa cultural. Antes de dar por concluida la excavación de la zanja A, y a la vista de la categoría de los artefactos rescatados y de la unidad cultural que representaba el basurero decidimos, con la intención de delimitarlo en su totalidad, iniciar la apertura de la zanja B que alcanzaba una extensión de 48,60 m. de longitud por 1 m. de anchura: con este propósito se abrieron los pozos B-4 y B-7 dejando el B-1, que se había de unir con la zanja A, para más tarde (fig. 9). La completa delimitación de este rasgo que, debido a la gran concentración de materiales ordinarios y restos orgánicos, consideramos fue uno de los basureros del asentamiento, hizo que decidiéramos continuar la excavación en la zona más alta de la trinchera. Comenzada la apertura del pozo B-24 pudimos observar la presencia de un alineamiento de piedras que manifestaba la posible existencia de una construcción, por lo cual nos inclinamos a concentrar los trabajos en torno a él, formándose lo que después se denominó el sector W, que estaba compuesto por sucesivas ampliaciones realizadas sobre la cata primitiva (fig. 10).

El método empleado en la excavación del mencionado sector fue el mismo que el seguido en las trincheras, es decir, el levantamiento del terreno por niveles artificiales de 0,15 m. de espesor; sin embargo, la presencia de huellas cada vez más abundantes de que nos encontrábamos ante una construcción inutilizaba la práctica de este sistema, ya que en un determinado momento pudimos apreciar la existencia de dos estratos culturales marcados por la superposición de dos estructuras arquitectónicas. A partir de este momento se abandonó el sistema de niveles artificiales y se siguió el de estratos (I y II) que corresponderían respectivamente a los restos aparecidos sobre el pavimento de la primera habitación (casa nº 1) y por debajo de este piso, en que estaban relacionados con la casa nº 2 y el resto de estructuras que com-

ponían el asentamiento primitivo (fig.11).Este mismo criterio nos auxilió en los trabajos de excavación del horno abierto de cerámica y del baño de vapor.En todos los casos los materiales extraídos fueron situados tridimensionalmente en el espacio.

La delimitación total de este sector desde el punto de vista espacial fue el motivo por el que decidimos rastrear el sitio en profundidad con el objeto de encontrar otras unidades culturales, para lo cual continuamos los trabajos en la parte baja y media de las laderas del cerro, ya que estimábamos posible la existencia de dos franjas de habitación dispuestas a lo largo de todo el yacimiento: una, más cercana a la base del valle, estaría ocupada por construcciones y rasgos de carácter doméstico; la otra, situada más arriba, podría ocultar diversos restos emparentados con el mundo ceremonial, enterramientos, etc.La línea divisoria entre ambas parecía establecerse en torno al camino que lleva a Paquí que, como ya hemos mencionado, atravesaba el yacimiento en dirección norte-sur.Las noticias recuperadas a raíz de nuestro reconocimiento arqueológico del valle y de la experiencia obtenida en campañas anteriores en la labor Las Victorias, Salcajá, nos hacían pensar en la posibilidad de una ocupación preclásica o, al menos, en la presencia de enterramientos localizados en la parte media de las laderas, rasgo que ya se había puesto de manifiesto en una zona situada enfrente del sitio en la que, según las noticias recavadas, se había descubierto un enterramiento en urna.Así pues, una vez que habíamos logrado delimitar el basurero y descubrir estructuras de carácter doméstico, toda nuestra atención estaba orientada a localizar cualquier tipo de huellas que nos permitieran definir el patrón de habitación vigente en el sitio.

Con este objeto, se abrieron los sectores X e Y, situados a

22,3 y 27 m. respectivamente de la esquina sureste del sector W (fig. 9). El primero se inició junto a una cavidad natural, pero resultó estéril desde el punto de vista cultural; sin embargo, el segundo contenía los restos de una nueva construcción sumamente destruida, pero que se correspondía en el tiempo con el resto del yacimiento.

Dos meses después de finalizados los trabajos en la zona descrita, comenzamos de nuevo las excavaciones en la franja superior del yacimiento, en una porción de terreno emplazada en la margen derecha del camino que desde Totonicapán lleva a Paquf. Se trataba de una pequeña parcela con unas dimensiones absolutas de 65 m. en dirección este-oeste por 13 m. en sentido norte-sur, la cual formaba parte del mismo contexto arqueológico que el resto de sectores y zanjas ya descritos (fig. 9). En principio, el efectuar una nueva investigación sobre el mismo sitio obedecía a la necesidad de completar nuestras hipótesis acerca del patrón habitacional del yacimiento, ya que los sectores X e Y no habían sido demasiado fructíferos al respecto.

El método seguido en el levantamiento de este área fue exactamente el mismo que el empleado en ocasiones anteriores: se trazaron dos zanjas perpendiculares identificadas con las letras C y D las cuales, en principio, constaban de cuatro y tres pozos cada una. La orientación de estas trincheras, que medían 55 m. y 14 m. de longitud, no fue el norte exacto, sino que existía una desviación de 7° hacia el este (fig. 9). Una vez levantada la trinchera C, que por cierto contenía muy escasos restos culturales y la mayoría de ellos situados cerca de la superficie, se inició la zanja D que hubo de sufrir sucesivas ampliaciones hasta llegar a formar el sector Z (fig. 17a), donde se encontró el cementerio. Los pozos C-1, D-2 y D-3 sirvieron para delimitar por completo es

te nuevo sector, pero sin embargo, pusieron de manifiesto la este rilidad cultural de la franja en su conjunto. A pesar de ello, el descubrimiento en el sector Z de gran cantidad de restos humanos y sus ofrendas confirmó, en gran parte, nuestras suposiciones acerca de las zonas de habitación del yacimiento, en el sentido de que la parte media--baja podría haber estado dedicada a manifesta ciones de carácter ceremonial o a ser un recinto sagrado. Por últi mo, para asegurarnos en nuestras sospechas, decidimos trazar una nueva trinchera (E), esta vez muy reducida, con la misma orienta ción que la zanja C: en ella se practicaron solamente tres pozos dispuestos de norte a sur con una extensión superficial de 2 por 1 m. cada uno, hallándose en ellos un número muy escaso de res-
tos culturales cercanos todos a la superficie (fig. 9). Por lo de más, la disposición de los materiales a que hemos hecho referen-
cia era la siguiente:

Pozo A-1: En esta pequeña cata orientada más al norte la capa de humus oscuro que tenía un espesor de 0,55 m. dejaba paso de mane-
ra gradual a un estrato de tierra arcillosa ennegrecida que, en ocasiones, alcanzaba 1,15 m. de profundidad y cuya continuidad se veía interrumpida en su esquina sureste por un pequeño bolsón de tierra arcillosa ocre. El talpetate, o roca pomácea estéril, a parecía a 1,65 m. de profundidad (fig. 12). En cuanto a restos cul turales a él asociados, estaban representados exclusivamente por fragmentos de cerámica y de obsidiana (Apéndice D, Cuadro 6).

Pozo A-4: La composición de las tierras en esta cuadrícula se presentaba tan uniforme como en el caso anterior y así, a un man to vegetal que no excedía los 0,50 m. de profundidad le sucedían diferentes aglomeraciones de tierra arcillosa negra y tierra arg nosa procedente, seguramente, de las crecidas de la corriente que atraviesa el valle a escasos metros de distancia del yaci-
miento. Por último, una capa de tierra arcillosa ocre cuyo espe-

sor oscilaba entre 0,9 cm. y 0,48 m. delimitaba el tisate que se hacía presente a 0,90 m. de profundidad (fig.12). Su potencia cultural era muy semejante a la correspondiente al pozo A-1, apareciendo el mismo tipo de artefactos que tenían un carácter eminentemente culinario (Apéndice D, Cuadro 6).

Pozo A-7: Dado que en esta zona de la trinchera se iniciaba un ligero declive en la topografía particular de la zanja, la acumulación de tierras era superior, apareciendo en primer lugar la capa de humus oscuro con un espesor de 0,57 m. a la cual seguían sendes estratos variables en cuanto a su grosor de tierra arcillosa negra y de tierra arcillosa ocre hasta una profundidad de 1,05 m. en que se iniciaba la roca estéril de carácter pomáceo (fig.12). Los restos culturales en él extraídos reflejaban de un modo bastante fiel la situación de los anteriores, pudiendo rescatarse en los diferentes niveles levantados cerámica doméstica, algunos fragmentos decorados con pintura roja sobre fondo crema, y escasas unidades de obsidiana (Apéndice D, Cuadro 6).

Pozo A-10: La inclinación más acentuada del terreno permitió una mayor concentración de tierras y también de artefactos. En cuanto a su composición, presentaba un manto de tierra vegetal más estrecho (de 0,35 m. de profundidad máxima) teniendo las sucesivas capas de tierra arcillosa negra y tierra arcillosa ocre bastante espesor; además, y por vez primera, se manifestaba a los 0,87 m. de profundidad un nuevo manto de tierra marrón delimitando el talpetate que se encontraba a 2,10 m. (fig.12). Como es natural, el porcentaje de fragmentos de obsidiana y cerámica fue bastante superior, haciéndose presente algún artefacto de piedra (Apéndice D, Cuadro 6). Junto con ellos pudieron recogerse diversas muestras de carbón, hueso y otras para su análisis en el laboratorio.

Pozo A-11: Como ya hemos adelantado en los párrafos anteriores,

la mayor potencia cultural concentrada en torno a los pozos A-10 y A-13 nos hizo levantar la porción de terreno existente entre ellos, formándose los pozos A-11 y A-12. La continuidad en cuanto a la composición de tierras se refiere fue bastante notoria, apareciendo la roca estéril a 2,20 m. de profundidad (fig. 12). En términos generales, se rescataron los mismos tipos cerámicos que en las catas ya abiertas, aunque en un porcentaje superior, localizándose éstos en torno a la pared nordeste; sin embargo, los fragmentos de obsidiana fueron más bien escasos. Por el contrario, hubo una presencia superior de artefactos de piedra, extrayéndose además pequeñas pellas de arcilla quemada así como manchas de ceniza distribuidas a lo largo de toda su superficie (Apéndice D, Cuadro 6).

Pozo A-12: En esta cata, las diferentes capas de tierra aparecían algo más distorsionadas en cuanto a su distribución que en la anterior, aunque básicamente eran las mismas. A 1,50 m. de profundidad apareció una estrecha capa de tierra quemada bajo la cual se colocaba de nuevo un manchón de tierra arañosa de río que, a su vez, dejaba paso al tisate, el cual aparecía a una profundidad de 1,80 m. (fig. 12). Junto a los acostumbrados fragmentos de cerámicas de cocina, rojo sobre crema y alguna que otra muestra plomiza, de obsidiana y de piedra (Apéndice D, Cuadro 6), es de destacar la presencia de una viga de madera en avanzado estado de descomposición. Este nuevo elemento, que se encontraba a 1,13 m, es decir, sobre la concentración de tierra quemada, alcanzaba al rededor de 1,70 m. de longitud, aunque estaba dividida en tres grandes fragmentos (lám. IIa). La humedad ambiente existente en todo el basurero, que procedía de la proximidad del pequeño riachuelo, no había logrado destruir por completo esta gran viga de madera. Alrededor de ella, y a un nivel inferior, aparecieron di-

versas piedras pómez de diferente tamaño y algunas pellas de arcilla que, como tuvimos oportunidad de comprobar más tarde, eran indicativas de paredes de casas.

Pozo A-13: Bajo un manto vegetal que no excedía los 0,34 m. de espesor surgía, como pudimos comprobar en el resto de los pozos, una capa variable de tierra arcillosa negra y tierra arcillosa ocre; sin embargo, entre ellas apareció la continuación del pequeño estrato de tierra quemada que ya se había hecho patente en la cata A-12. Por último, una capa de tierra marrón, esta vez bastante profunda dejaba paso a la roca blanca de carácter pomáceo a los 2,20 m. de profundidad. En cuanto a los restos extraídos, fueron muy comunes los fragmentos de cerámica, piedra y obsidiana (Apéndice D, Cuadro 6); además, pudimos recoger pequeños trozos de madera, piedras pómez y arcilla quemada.

Pozo A-16: Finalizada la zona de declive en torno a la pared sur del pozo A-13, de nuevo aparecían las capas poco profundas y, por consiguiente, menos potentes desde el punto de vista de la acumulación de materiales culturales. La composición del terreno era básicamente la misma, pues a un estrecho manto de humus sucedía una gran bolsa de tierra arcillosa negra y una capa de tierra arcillosa ocre que, a su vez, dejaban paso a un último estrato de tierra marrón y al tisate que se encontraba a 0,94 m. de profundidad (fig. 12). Tanto los fragmentos de cerámica, como de piedra y obsidiana fueron más escasos, aunque tipológicamente similares a los aparecidos en catas precedentes (Apéndice D, Cuadro 6).

Pozo B-1: La composición del terreno sobre el que se practicó la trinchera B era prácticamente idéntica a la que encontramos en el pozo A-12, aunque menos profunda puesto que a partir de ella se iniciaba el declive de las laderas del cerro. Así, a un estrecho manto de tierra vegetal de 0,25 m. le seguía una capa de tierra

arcillosa negra y ocre hasta llegar a una profundidad de 0,80 m. en que aparecía la viga que se había manifestado en el pozo A-12 (fig.13). Esta viga, junto con restos de piedra pómez y de arcilla quemada indicaban también el desecho de alguna construcción. Los artefactos extraídos en esta cata eran muy similares a los encontrados en toda la trinchera A, aunque con bastante menor profusión (Apéndice D, Cuadro 7).

Pozo B-4: La apertura de esta cata en torno al inicio de la ladera trajo consigo la presencia de terrenos menos profundos y potentes: el manto de humus de 0,30 m. de espesor cubría una capa de tierra arcillosa ocre de 0,50 a 0,84 m, y ésta a un estrato de tierra marrón hasta llegar a la roca estéril que aparecía a 1,45 m. de profundidad (fig.13). Los artefactos de cerámica y piedra fueron escasos y mantenían los mismos elementos tipológicos que los rescatados en la trinchera A (Apéndice D, Cuadro 7).

Pozo B-7: A medida que la inclinación del terreno se iba haciendo cada vez más acentuada, las capas de tierras fértiles se iban estrechando sucesivamente. En esta ocasión, el manto de humus no excedía los 0,27 m. de profundidad, desapareciendo el estrato de tierra arcillosa negra y dando paso de manera directa a la tierra arcillosa ocre a 1,25 m. de profundidad (fig.13). Los artefactos rescatados mantenían el carácter culinario que había estado presente en lo que, consideramos, fue uno de los basureros del asentamiento (Apéndice D, Cuadro 7).

La excavación de las dos trincheras descritas en los párrafos anteriores nos permitió pensar que todo el material recuperado era de arrastre y de acumulación, siendo más abundante conforme se terminaba el declive natural del terreno, y aglomerándose de manera especial en torno a los pozos A-10, A-11, A-12, A-13 y B-1, que posiblemente constituyeran el lugar de deposición de desecho de las viviendas a las que nos vamos a referir en las pági-

nas siguientes. El estudio de la distribución tempoespacial de los artefactos hizo posible que confirmáramos la existencia de un sólo momento cultural de ocupación, el cual quedó establecido en torno al 800-1100 d.C., es decir, finales del Clásico Tardío y su transición al Postclásico Temprano (Cuadro 1). Tal ocupación tendió a ser uniforme, aunque existió un momento en que ésta pudo de caer según parece desprenderse de una menor presencia de artefactos en los niveles VII y VIII de la trinchera A. En términos generales, podemos suponer que los restos obtenidos eran fiel reflejo de los que más tarde se descubrieron en el contexto de las casas y demás edificaciones concentradas en la zona de conjunción de las laderas con el valle.

Sector W: Como ya hemos adelantado en diversas ocasiones, esta compleja unidad de excavación se formó a partir de las sucesivas ampliaciones realizadas sobre el pozo B-24, último de la zanja B: continuos hallazgos que manifestaban la posibilidad de la existencia de un lugar de habitación -tales como una alineamiento de piedras y un nivel de suelo apisonado con manchas de tierra quemada-, complicaron los trabajos iniciales y fue necesario establecer un sector de 6 por 6 m. de lado, cuya nomenclatura quedó determinada conforme a una secuencia en números romanos correlativos para la ordenada y arábigos para la abcisa, orientada de norte a sur (fig. 10). Más tarde, y por exigencias de la excavación, se alteró el orden secuencial mediante la apertura de las cuadrículas correspondientes a los números IV y V, que se situaron al este de la línea I, y de la cuadrícula V-1 negativo, única que quedó al sur de la línea base de la zanja B.

Como consecuencia de las primeras tareas llevadas a cabo en este sector, apareció a los 0,37 m. de profundidad una capa homogénea de piedra pómez de regular tamaño la cual, en principio, no

mantenía orientación alguna, aunque toda ella estaba caída hacia el oeste, siguiendo el declive natural del terreno (Lám. IIb). La uniformidad de este rasgo y su asociación al alineamiento de pie
dras encontrado en el pozo B-24, nos hizo suponer que se trataba del derrumbe de una de las paredes de la construcción, lo cual quedó comprobado al descubrir más tarde todo el edificio. A conti
nuación, se descubrió en torno a las cuadrículas I-1, I-2, II-1, II-2, IV-2, V-1, V-2 y V-1 negativo un recinto de forma rectangular que se encontraba muy derruido y cuya función no ha podido ser determinada con seguridad, si bien podemos afirmar que era más tardío que el resto de las construcciones descubiertas con posterioridad. Se trataba de una habitación rectangular que se ex
tendía de norte a sur, alargándose su muro más al norte de manera desmesurada, hasta el punto de que podría formar parte de un segundo habitáculo, de un patio o, aunque lo decimos con más re
servas, de un porche (fig. 14). El grado de destrucción tan eleva
do en que se encontraba este recinto -que denominamos casa nº 1- parecía deberse a su emplazamiento a flor de tierra: en efecto, estaba situado a una profundidad media de 0,37 m., habiéndose ma
nifestado su esquina más al este mediante una hilera de piedra pómez de regular tamaño, y debajo de ella una fila de pequeñas piedras andesíticas entre las cuales se habían entreverado algu
nos fragmentos de manos de moler reutilizados.

Este conjunto de muro y pared de la casa se asentaba sobre un suelo de tierra arcillosa ocre muy endurecida la cual, en al
gunas ocasiones, se hallaba ostensiblemente enrojecida con sínto
mas de haber sido quemada, sobre todo en la zona este de la habi
tación, bajo la pared de piedra pómez que había permanecido in
situ. Sin embargo, este rasgo que en un principio nos hizo pensar en un verdadero pavimento de tierra quemada, resultó ser la par-

te superior de una nueva construcción que fue interpretada como un horno abierto de cerámica. Los materiales asociados al mencionado edificio no fueron muy abundantes -seguramente debido al avanzado estado de destrucción en que se encontraba-, pero siempre coincidieron tipológicamente con aquellos encontrados en todo el contexto del yacimiento, a pesar de corresponder a una construcción más tardía.

Paralelamente a estos trabajos, se realizaron otros en el exterior de los muros norte y este de la vivienda, localizándose sendas ofrendas -ofrenda nº1 y nº2- que, debido al carácter de los materiales y objetos en ellas empleados, pensamos podrían tratarse de ofrendas de fundación de la vivienda nº 1. Sin embargo, estos rasgos, junto a las demás características formales relacionadas con la construcción comentada, serán expuestos de modo más detallado en el capítulo dedicado al estudio de la arquitectura doméstica de Agua Tibia.

Ante la aparición de estos restos arquitectónicos, se continuaron las tareas de excavación en un intento de definir el sector espacialmente y de profundizar por debajo del pavimento de la vivienda nº 1, que se encontraba a una profundidad de 0,98 m. hasta la capa estéril de talpetate, estableciéndose sus dimensiones con carácter definitivo: 120 metros cuadrados. Con esta finalidad, se comenzó de manera simultánea la apertura de las cuadrículas I-4, II-4 y III-4, manifestándose en la primera de ellas una nueva capa de piedra pómez a los 0,70 m. de profundidad, dispuesta en la misma forma que en las cuadrículas anteriormente excavadas (Lám. IIb), lo cual nos hizo pensar en la posibilidad de otra pared caída: en efecto, se levantaron sucesivos pozos identificados con las siglas I-4, I-5 y I-6, y se pudo observar la presencia de una construcción que se delimitaba poco después. El descu

brimiento de este segundo edificio nos inclinó a abandonar de modo definitivo la excavación de las trincheras por niveles artificiales de 0,15 cm. cada uno, adoptando el sistema de estratos en la manera anteriormente indicada: el estrato I se correspondía con los niveles relacionados con la casa nº 1 y llegaba hasta el pavimento de la vivienda, a partir del cual comenzaba de inmediato el estrato II, en el que se disponían el horno abierto de cerámica, la casa nº 2 y el temazcal (fig. 15).

El primer rasgo descubierto mediante la aplicación de este sistema resultó ser un edificio de planta rectangular, cuyas paredes surgían a 0,50 m. de profundidad en la esquina más al este del cuadro I-3, y a 1,15 m. en su esquina noroeste. Tanto sus características formales como los materiales asociados a ella manifestaron rápidamente que se trataba de una casa cuyas dimensiones absolutas eran de 7 m. en dirección norte-sur por 4 m. en sentido este-oeste. La vivienda en cuestión estaba orientada hacia el oriente, mirando hacia la base del valle y bien aislada de la erosión y de las corrientes procedentes de la cima del cerro (fig. 16). El sistema de estratos utilizado en su excavación nos permitió recoger los materiales que se encontraban en su interior como un conjunto uniforme, si bien fueron tratados de manera especial aquellos restos asentados a 0,25 m. del pavimento de la habitación por considerarlos estar localizados más in situ.

La piedra pómez recuperada en una capa que oscilaba de 0,70 a 0,87 m. de profundidad, dejó paso pronto a determinados alineamientos de muros compuestos por piedras de río de diferentes tamaños, fragmentos de manos de moler y metates reutilizados en el levantamiento de los muros. Estos alineamientos aparecieron de manera continua a lo largo de las paredes este y sur de la vivienda (fig. 17); desapareciendo por completo en la pared norte. En

cuanto al lado sur, donde se localizó la puerta de entrada al recinto, se encontraba bastante deteriorado, debido seguramente al desplome de la habitación en dirección al valle (Lám. IIb). Junto a ella se encontraron abundantes pellas de tierra y trozos de enlucido, en alguno de los cuales se habían quedado impresos finos trazos de varas de madera y de agujas de pino, materiales que fueron empleados con frecuencia en la construcción (Lám. IV a-c).

Una vez delimitado el recinto, en cuyos exteriores más inmediatos se pudo recoger de manera continua restos de piedra pómez, tierra quemada y materias orgánicas en descomposición que -junto con los pequeños fragmentos de enlucido a que hemos hecho referencia- debieron formar parte de las paredes del edificio, se procedió a su profundización hasta el nivel del suelo que resultó ser de tierra apisonada. Antes de llegar al piso de la vivienda se localizó, a 1,86 m. de profundidad, un enorme fragmento de viga de madera en descomposición que atravesaba la habitación en sentido longitudinal (fig. 18). Su longitud era de 2,80 m. y estaba dispuesta a lo largo de las cuadrículas II-3, II-4 y II-5. Su emplazamiento con respecto al plano de la vivienda y sus grandes dimensiones nos hicieron suponer que se trataba de la viga central de una techumbre que, aunque no contamos con datos suficientes al respecto, pudo ser a cuatro aguas y estar cubierta de pajón, material del cual obtuvimos diversas muestras.

Inmediatamente debajo de esta viga, que apareció ostensiblemente quemada, surgió a lo largo de ella y hasta la pared oeste, una capa de tierra enrojecida que debió de quemarse al caer sobre ella la techumbre, y el resto del suelo de la vivienda (Lám. VIII a). Este se encontraba a una profundidad media de 1,90 m., apareciendo a 1,60 m. junto a la esquina sureste y a 2,15 m. en el mu-

ro este de la habitación.

Dadas las favorables condiciones en que se encontraba el recinto su excavación se pudo llevar a cabo con cierta minuciosidad, lo cual nos permitió recoger una gran cantidad de materiales -en su mayor parte de carácter doméstico y utilitario (Apéndice D, Cuadro 8)- y de restos vegetales que fueron muy útiles para el establecimiento del desarrollo tecnológico y del patrón de vida vigente en el yacimiento, así como también obtener multitud de inferencias mediante las cuales pudimos hipotetizar acerca del sistema social y religioso en el que éste se desarrolló. Cronológicamente, aparecieron los mismos marcadores de horizonte que ya se habían revelado con anterioridad en la casa nº 1 y en el basurero, los cuales estaban asociados a contextos de finales del período Clásico Tardío.

La situación de esta construcción muy por debajo del nivel en que se encontraba la vivienda nº 1 (fig. 15), hizo necesario levantar esta última con objeto de encontrar cualquier tipo de subestructura y de proseguir la excavación total del sector W. Fue de este modo como por debajo de este primer edificio se halló un nuevo e importante elemento arquitectónico que, según nuestra posterior interpretación, fue identificado como un horno abierto de cerámica. El sentido en que se disponía esta nueva construcción, que estaba recubierta en su superficie por una gruesa capa de tierra quemada, era de este a oeste, siguiendo el alineamiento del muro sur de la casa nº 2, y con una longitud muy similar a él (fig. 11). La profundidad a que apareció el rasgo que estamos comentando era variable, pues el terreno no debió de ser alisado por completo, sino que se siguió parcialmente la inclinación natural del cerro: de esta manera, en su conjunción con la ladera tan sólo se hallaba a 0,98 m. de profundidad, es decir, coincidiendo

con el pavimento endurecido de tierra quemada de la casa nº 1 de bajo de la cual se hallaba (fig. 15), mientras que su extremo es te se encontró a 1,27 m. de profundidad. Su forma tan peculiar, un paralelepípedo alargado con unas dimensiones absolutas de 4,23 m. de longitud por 0,50 m. de anchura y 0,50 m. de altura (fig. 19), junto con los materiales a él asociados (una gruesa capa de pajón y maderas calcinadas fueron halladas en la esquina de con junción del horno con la ladera del cerro, además de tres macha- cadores completos y dos fragmentados) nos hicieron pensar desde un primer momento que se trataba de un horno para la producción de cerámica; hipótesis que pudo ser posteriormente comprobada a partir de la analogía etnográfica. Por lo que respecta a los mate riales a él asociados, fueron más bien escasos, aunque coinciden tes con los recuperados en el resto del asentamiento.

Nuestra intención de definir el sector y los rasgos y mate- riales localizados en el contexto de estas edificaciones, hizo que se levantasen un total de nueve cuadrículas de 2 por 2 m. en dirección norte-sur, siguiendo el método establecido de dos estra tos culturales. De este modo, sendas catas en las cuadrículas II-8, II-9, II-10, III-9 y IV-9 dieron como resultado el descubrimien- to de otra construcción que resultó ser un temazcal o baño de va por. Los primeros indicios que sobre ella se encontraron fueron un amontonamiento de piedra pómez localizado bajo el manto de tierra vegetal que indicaba, como en casos anteriores, la presen- cia de paredes derruidas (Lám. IIb). Debajo de este estrato uni- forme, a 0,51 m. de profundidad, se hallaron las primeras piedras andesíticas que confirmaban nuestra suposición, y que iban a cons tituir la escalera de esta construcción semisubterránea. El rasgo que describimos estaba emplazado a una distancia de 5,65 m. de la pared norte de la casa nº 2 (fig. 15), y se extendía en direc

ción noreste-suroeste, al igual que la vivienda nº 2 y el horno abierto de cerámica, alcanzando una profundidad máxima de 1,15 m. Debajo de esta capa de piedra pómez surgió en la pared norte del pozo II-9 un conjunto de pequeñas piedras de río y el inicio de una pared enlucida de perfecta factura, que se encontraba a 0,76 m. de profundidad y se disponía en sentido este-oeste, con unas dimensiones absolutas de 0,23 a 0,30 m. de altura por 2,40 m. de longitud. La pared puesta al descubierto se había logrado a base de alisar la ladera semiexcavada, sin que ningún otro material de construcción sirviera para contener la presión de la tierra. A continuación se halló un asiento de piedra que descansaba sobre una superficie de tierra endurecida (fig. 20): constaba este nuevo elemento de una piedra en forma de prisma rectangular que alcanzaba unas dimensiones de 1,30 m. de largo por 0,12 m. de alto el cual debió de servir de respaldo, y una laja plana y estrecha de 0,90 m. de longitud por 2,85 cm. de espesor que era el verdadero asiento.

Frente a esta pared enlucida apareció una capa de arcilla quemada a 0,90 m. de profundidad que, a nuestro entender pudo haber sido la zona de fuego del baño de vapor. Dentro de esta capa surgió un minúsculo orificio que seguramente fue utilizado para desaguar el agua arrojada sobre las piedras hirviendo (fig. 21).

En definitiva, a 5,65 m. de la pared norte de la casa nº 2 se encontró una estructura semisubterránea de planta rectangular que tenía unas dimensiones de 4,50 m. de longitud por 2,25 m. de anchura (fig. 21) que, por sus características formales fue interpretado como un temazcal que estuvo en estrecha relación con esta vivienda. Los materiales asociados a este edificio fueron más bien escasos, lo cual está en perfecta consonancia con su función, y todos ellos tenían un carácter fundamentalmente doméstico.

Sectores X e Y:

Con el fin de aislar otras unidades culturales se decidió continuar los trabajos en la parte media y baja del cerro, ya que pensábamos en la posibilidad de la existencia de una franja de habitación doméstica más cercana a la base del valle y una segunda franja situada más arriba que podría ocultar rasgos emparentados con el mundo ceremonial, enterramientos, etc., la cual parecía establecerse en torno al camino que desde las inmediaciones de San Miguel Totonicapán lleva a Paquí y que, como ya hemos señalado, divide en dos el yacimiento en dirección norte-sur. Las noticias recuperadas a raíz del reconocimiento arqueológico del valle y de la experiencia obtenida en campañas anteriores en la labor Las Victorias, Salcajá, nos permitieron presuponer la existencia de una ocupación preclásica o, al menos, de enterramientos emplazados en la zona media del cerro, como ya había ocurrido en una pequeña parcela de terreno situada enfrente del yacimiento.

Con este objeto, se abrieron los sectores X e Y, situados a 22,30 y 27 m. respectivamente de la esquina sureste del sector W (fig. 9). De ellos, el sector X resultó ser estéril por completo, llegándose inmediatamente a la capa de piedra pómez o talpetate. Sin embargo, el sector Y pronto dio muestras de ocupación, la cual fue identificada y asociada desde el punto de vista cultural al resto del yacimiento. Contrariamente a lo que pudiéramos pensar, la acumulación de tierras en esta zona del cerro más en pendiente era muy variable, pero en ningún caso menos profunda que en el resto de los sectores y zanjas excavados: de este modo, si bien en las paredes sur y oeste la capa pomácea aparecía a una profundidad media de 1,25 m., en la pared norte la tierra fértil llegó a superar los 2 m. de espesor.

En un principio, se abrió una cata de 2 por 1 m. de extensión orientada de norte a sur pero, ante el hallazgo de una capa uniforme de piedra pómez indicativa de una construcción, se fueron practicando sucesivas ampliaciones hasta llegar a tener una extensión superficial definitiva de 11 metros cuadrados (fig. 22 a). El edificio surgió a 0,97 m. de profundidad, y abarcaba las cuadrículas I-1, I-2, I-2 ampliación y II-2. La excavación y limpieza de los muros de este recinto tan derruido nos permitió observar que una gran parte de las laderas había sido alisada y sobre ella levantada una nueva construcción a la que nosotros hemos denominado casa nº 3.

De él sólo pudimos rescatar parte de las paredes longitudinales más largas, aunque no se consiguió definir su forma definitiva ni otras características tales como el tipo de techumbre, orientación, dimensiones absolutas, etc. El muro más al sur apareció a una profundidad de 1,10 m. y estaba formado mediante la colocación de dos hileras superpuestas de piedras andesíticas, cuyo tamaño era sensiblemente inferior que las extraídas en la vivienda nº 2, y sobre ellas una tercera fila de piedra pómez, alcanzando una longitud de 1,05 m.; sin embargo, de la pared más al norte sólo permanecía en pie un pequeño murete de hasta 3 m. de largo, el cual estaba parcialmente quebrado y se había conseguido por medio de piedras de río, fragmentos de metate y manos de moler (fig. 22b). La distancia entre ellos era de 1,40 m. y estaba ocupada en su mayor parte por un pavimento de arcilla quemada conseguido mediante la aplicación de una técnica muy similar a la empleada en la confección del horno y de parte de los cimientos de la casa nº 2. Este piso, que apareció a una profundidad de 1,60 m. junto a la pared sur y a 1,45 m. en el muro norte, y que alcanzaba un espesor de 5 cm., no cubría todo el suelo de

la habitación, sino que presentaba señales de haberse quebrado y reparado después mediante la colocación de losas planas que cumplieran perfectamente sus funciones (fig. 22b). Las dimensiones globales de este suelo que, al igual que las paredes, se disponía en sentido este-oeste, eran de 3,40 m. de largo por 0,88 a 1 m. de anchura, aunque no cubría todo el recinto, sino que estaba quebrado en su zona media.

Por desgracia, no aparecieron restos de madera o pajón que nos indicaran las características de la techumbre, pero suponemos que, al menos en lo que se refiere a los materiales de construcción, no debió ser muy diferente a las establecidas en las dos viviendas anteriores. En cuanto al capítulo de materiales localizados en su contexto, persistía la presencia de artefactos domésticos tipológicamente semejantes a los extraídos en el sector W y en el basurero, aunque nos parece significativa la presencia de fragmentos aislados pertenecientes a cerámicas lujosas y de determinados artefactos de obsidiana, tales como puntas de flecha o de lanza, un fragmentos de gran camahuil, etc., que la hacían ciertamente interesante.

Zanja C: Dos meses después de finalizados los trabajos en la zona descrita, se iniciaron de nuevo las excavaciones en la franja superior del yacimiento, en una porción de terreno situado a 11 m. de la pared este del sector W (fig. 9). Se trataba de una pequeña parcela que tenía unas dimensiones de 65 m. en dirección este-oeste por 13 m. de norte a sur, la cual formaba parte del mismo contexto arqueológico que los sectores y franjas descritos en los párrafos anteriores. El efectuar una nueva investigación sobre la misma zona obedecía a la necesidad de completar el patrón habitacional del sitio, ya que los sectores X e Y no habían proporcionado demasiados datos al respecto: el descubrimiento de

un cementerio y la apertura de varias catas estériles desde el punto de vista cultural a escasos centímetros de profundidad, corroboraron nuestra hipótesis de que la franja superior del sitio, más reducida y estrecha, tenía un marcado carácter ceremonial, en contraste con la situada en la conjunción de la parte baja de las laderas con el valle, cuya función parecía ser habitacional y doméstica (fig. 23).

El método seguido en el levantamiento de esta zona fue exactamente el mismo que el empleado en ocasiones anteriores: se trazó una trinchera identificada con la letra C que estaba orientada en sentido norte-sur con una desviación de 7° hacia el este, la cual se cruzaba perpendicularmente con la zanja D, dispuesta de este a oeste. En un principio, ambas constaban de dos pozos cada una, pero después su excavación se fue complicando poco a poco hasta abrir cuatro pozos pertenecientes a la zanja C y dos a la D, transformándose un tercero en el sector Z (fig. 9). La composición del terreno sobre el que se practicaron las mencionadas catas era básicamente la misma que la presente en el resto del yacimiento, si bien nos encontrábamos con capas más estrechas y con una potencia cultural más pobre apareciendo la capa de talpetate, excepto en el caso del sector Z que se había alisado para albergar los enterramientos, a escasa profundidad.

En primer lugar, se excavó la zanja C mediante el sistema de niveles artificiales de 0,15 m. de espesor cada uno pero, excepto en el caso del pozo C-1, resultaron ser estériles a una profundidad de 0,75 m. (C-2), 0,50 m. (C-3) y 0,45 m. (C-4). Por el contrario, en el pozo C-1, que parecía estar en estrecha relación con el cementerio, se localizó una pequeña construcción a manera de altar (Lám. Va). Dado que ésta se adentraba en la pared este de la cata, decidimos efectuar diversas ampliaciones hasta dejar

la delimitada por completo, razón por la cual se alcanzaron unas dimensiones definitivas de 4 por 2 m., empalmando con el pozo D-1 y delimitando parte de la pared oeste del cementerio (fig. 9). En realidad, esta reducida construcción constaba de dos muretes que formaban un recinto semielíptico de 0,66 m. de altura, en el cual se había colocado una ofrenda de carácter doméstico. Ambos muros se levantaron mediante un sistema muy semejante al empleado en la construcción de las viviendas: sobre un suelo de tierra aparentemente alisada se colocaron hasta tres hileras superpuestas de piedras andesíticas entre las cuales se incluyeron instrumentos de molienda reutilizados, y sobre ellas una cuarta hilera de piedra pómez (Lám. Va). La excavación total del pozo C-1 nos permitió determinar que este reducido recinto de 1,30 m. de largo por 0,98 m. de ancho y 0,66 m. de altura se construyó en el área inmediata al enterramiento, y debió de cumplir funciones muy semejantes a los altares o "adoratorios" que aún hoy están en funcionamiento en gran cantidad de comunidades del altiplano guatemalteco.

Sector Z: En cuanto a la zanja D, la aparición en el pozo D-1 de restos humanos y sus ofrendas nos obligó a abandonar su excavación por niveles artificiales de 0,15 m. de espesor y a adoptar la de estratos culturales, a la vez que realizábamos sucesivas ampliaciones con el fin de delimitar el cementerio. De este modo se constituyó el sector Z con unas dimensiones absolutas de 6 m. en sentido norte-sur por 4,5 m. de este a oeste (fig. 24a). El cementerio en cuestión se situaba siguiendo el desnivel natural del terreno, el cual había estado tradicionalmente cubierto de bosque de pinos hasta hace dos años en que se comenzó a preparar para la siembra. La zona dedicada a albergar los enterramientos y sus ofrendas había sido sucesivamente alisada a tal efecto, por lo que

los restos pegados a la pared este se encontraron a una profundidad de 1,40 m., mientras que los aparecidos en la esquina suroeste lo estaban tan sólo a 0,30 m., razón por la cual, en general, fueron rescatados en avanzado estado de destrucción. Con respecto a los pozos D-2 y D-3, se profundizó hasta 1,40 y 0,40 m. respectivamente, empalmando el primero de ellos con la pared sur del cementerio el cual quedó, por esta causa, delimitado.

En cuanto a los restos culturales extraídos, sobre todo en lo que se refiere al área ocupada por los enterramientos, es destacable la aparición de cerámica doméstica en un porcentaje muy inferior al establecido en el resto del yacimiento, la cual tenía en todas las ocasiones una muy estrecha relación con las ofrendas mortuorias. Una situación semejante pudo ser comprobada en las demás zanjas practicadas en la margen derecha del camino que se dirige a Paquí. Por el contrario, los artefactos cerámicos de carácter suntuario y ceremonial aumentaron tanto en número como en variedad en relación con los hallados en el resto de zanjas y sectores. Los utensilios de piedra fueron muy escasos y estaban siempre asociados a los enterramientos; sin embargo, no se rescató ni una sola lasca de obsidiana en el área ocupada por el cementerio.

Zanja E: El descubrimiento de este nuevo rasgo del conjunto habitacional confirmó, en parte, nuestras suposiciones acerca de las zonas de habitación del yacimiento (fig. 23), en el sentido de que la parte media y baja de las laderas podría haber estado dedicada a manifestaciones de carácter ceremonial, o a ser un recinto sagrado. Sin embargo, el terreno en el cual se practicaron las zanjas C y D sólo ocupaba unos 845 metros cuadrados de los 100.000 metros cuadrados que suponemos tendría el yacimiento en conjunto, razón por la cual decidimos abrir una nueva trinchera

más al norte: en efecto, entre los 70 y 82 m. hacia el norte del pozo D-2 se inició la zanja E, la cual constaba de tres pozos de 2 por 1 m. de superficie que estaban orientados hacia el norte y que se excavaron por niveles artificiales de 0,15 m. de espesor, siendo estériles a partir de 0,60; 0,75 y 0,50 m. respectivamente, y presentando grandes similitudes -en cuanto a escasez de restos e identificación de artefactos- con los pozos C-2, C-3, C-4 y D-2 (fig. 9). El material recuperado pertenecía al mismo momento cronológico que el extraído en el resto del yacimiento, y estaba tipológicamente más emparentado con el cementerio que con cualquier otra unidad cultural.

En resumen, de un área total estimada en 200 metros en dirección este-oeste por 500 metros en sentido norte-sur, se excavó una extensión superficial de terreno de 219,5 metros cuadrados, área en la que se localizaron tres construcciones de carácter habitacional, un temazcal, un horno abierto de cerámica, un cementerio y un basurero. La particular disposición de los edificios encontrados en el yacimiento nos hizo pensar en una hipotética división simbólica de los espacios en lo que se refiere a su habitabilidad, al menos en lo que al asentamiento primitivo se refiere (casa nº 2, baño de vapor, horno de cerámica, enterramiento y basurero y, tal vez, la vivienda nº 3). Según los datos de que disponemos, el patrón habitacional pudo haber estado organizado de la siguiente manera: la zona media y baja de las laderas del cerro pudo haber estado reservada a un uso ritual y ceremonial. El descubrimiento de un adoratorio y de un cementerio, junto con la escasez de restos en las trincheras C, D y E, y en el sector X así parecen indicarlo. Una suposición como la aquí reseñada parece entrar en contradicción con el descubrimiento y excavación de la casa nº 3, localizada en el sector Y; sin embargo,

y fundamentándonos en las características típicas de la construcción, podemos suponer que se levantó con posterioridad al asentamiento primitivo. En realidad, contamos con muy escasos elementos de juicio que nos permitan apoyar semejante sospecha, relacionándose éstos con el sistema de construcción, ya que se trata de un edificio menos acabado y más ligero que la vivienda nº 2, pero no tanto como la casa nº 1. En cuanto a la parte alta del valle propiamente dicho, en la cual se emplazaban las casas nº 1 y nº 2, el horno y el temazcal, estaría dedicada a la vivienda y a otras manifestaciones de carácter doméstico; por último, el resto del yacimiento estaría constituido por una zona de caída natural en la cual se encontraba el basurero, y que originalmente debió de estar ocupada por los campos de cultivo (fig. 25). El desarrollo de este sistema de asentamiento, junto con otros datos que afectan al nivel tecnológico, simbólico, y de organización social y religiosa serán tratados detenidamente en el curso del presente ensayo.

CAPITULO V: La arquitectura popular en Agua Tibia.

La arquitectura doméstica estaba muy bien representada en el yacimiento M-5 por diferentes edificios cuya función trataremos de establecer en las siguientes páginas. Básicamente, se puede decir que fueron levantados dos tipos de construcciones: las viviendas y el temazcal, aunque dos de éstas no han podido ser definidas con absoluta certeza, dado el avanzado estado de destrucción en que se hallaban. Además, este patrón arquitectónico se vio completado por la construcción de un horno de cerámica y de un pequeño altar. En general, los materiales y las técnicas de construcción empleados eran comunes a todos ellos aunque, como es lógico, en algunos edificios se habían conservado más restos que en otros; no obstante, consideramos que los vestigios extraídos eran suficientes como para aventurar su reconstrucción y función con cierta seguridad. Por esta razón, serán descritos de manera conjunta, sin que estos constituya un obstáculo para intercalar determinadas indicaciones acerca de los rasgos concretos que hayan aparecido en cada edificio en particular.

5.0. Materiales y sistemas de construcción.

Para una mejor comprensión de los materiales empleados en las construcciones halladas, hemos decidido seguir un orden en su comentario: de abajo a arriba, mencionando los casos concretos en que existan variaciones o ausencias importantes:

(a) Tierra apisonada: Una vez elegido el lugar idóneo para la construcción de las viviendas, se procedió a limpiarlo de malezas y a nivelarlo para, de manera inmediata, ser trazada su planta. Después, la tierra del interior fue pisoteada de forma sucesiva sin recibir la humedad, con el fin de obtener una superficie muy endurecida y alisada que hiciera las veces de suelo (Lám.

VIIIa). Este método se practicó en cada una de las construcciones excavadas, ya que el yacimiento está localizado en la pendiente de una ladera y siempre fue necesario nivelar y alisar el terreno elegido para tal efecto.

(b) Arcilla quemada: En términos generales, este material se empleó como un reforzamiento del suelo aunque, en ocasiones, constituía parte del cimiento de las casas. Apareció formando una pequeña mancha en la esquina sureste del baño de vapor, estando en relación directa con la zona donde se calentaban las piedras para producir vapor, en parte del piso excavado en el sector Y (fig. 22b). El sistema utilizado consistió en cubrir las superficies elegidas con una capa uniforme de tierra que oscilaba entre 5 y 8 cm. de espesor la cual, una vez alisada, se quemó, seguramente con ramas secas y pajón, un método muy semejante al utilizado para construir al horno abierto de cerámica.

En la casa nº 2 parte del cimiento de los muros este y sur estuvo recubierto también por este material (Lám. Vb): en realidad, se trataba de un pequeño muro compuesto por dos hileras de piedra pómez mezcladas con barro y después recubiertas por una capa de tierra que, por último, fue quemada de una manera homogénea, adquiriendo la dureza suficiente como para sostener el pesado muro de piedra, las paredes y la techumbre de la habitación sin haberse quebrado. Asimismo, restos de tierra arcillosa quemada aparecieron en el piso de este edificio, en concreto debajo de la viga calcinada que estaba dispuesta longitudinalmente con respecto a las paredes más largas. Sin embargo, su presencia parecía deberse más bien a la combustión de la madera sobre el pavimento que a su uso sistemático en la construcción.

(c) Piedra andesítica: Cantos rodados, quizás recogidos en el lecho del riachuelo que discurre a unos metros del yacimiento se

emplearon en todos los cimientos y, en algunas ocasiones, constituyeron la zona media y baja de las paredes. Las piedras recolectadas no se habían trabajado de manera especial, sino que se eligieron según su forma, y se colocaron según su tamaño, emplazándose los bloques más grandes junto al suelo de tierra apisonada. En las viviendas nº 1 y nº 3 el cimiento se componía de una única doble hilera de estos cantos cuyo tamaño era inferior al empleado en la casa nº 2 (Lám. IIIa), mientras que en esta última formaban varias hileras de abajo a arriba, estando colocadas las más grandes y planas en la parte inferior (Lám. IVb). En el caso concreto del temazcal sólo se usaron tres grandes losas que hacían la función de peldaños de la escalera de acceso al interior, que era semisubterráneo (Lám. Xa).

(d) Piedra basáltica: En todas las construcciones, excepto en el baño de vapor, se intercalaron entre los grandes bloques andesíticos fragmentos de metates y manos de moler que, una vez inservibles para su función original, fueron reutilizados y rescatados para las paredes de los edificios. Generalmente, se trataba de cuerpos de metate, algunos con patas, que fueron colocados con el fin de igualar el muro de cantos rodados (Lám. VIa). Esta puede ser la razón por la cual este tipo de artefactos alcanzó un porcentaje tan alto en el yacimiento, recogándose, quizás, de los caminos y basureros cercanos y asimilados a la construcción.

(e) Piedra pómez: Este material apareció en todos los edificios a diferente nivel: su condición de roca de fácil extracción y trabajado, así como su abundancia en la zona, unido a ciertas cualidades de impermeabilidad a la lluvia y al aire, hacen que se adapte muy bien a su función. En el caso concreto de Agua Tibia, se pudieron encontrar buenas canteras en los cerros circundantes; es más, en la actualidad las gentes de los cantones cercanos extraen

piedras pómez de un barranco situado a unos metros del yacimiento, a unos 600 m. de distancia. Su utilización fue de tal importancia que estuvo presente en todas las unidades arquitectónicas, formando parte de las paredes y, en algún caso aislado, también de los cimientos y el horno en la forma descrita con anterioridad (Láms. VIb, VIIa). Siempre tuvieron un tamaño reducido y no fueron trabajadas en ningún sentido, aunque sí bien escogidas en la cantera para levantar las paredes de manera más cómoda. Los muros contruidos de este modo nunca alcanzaron un espesor superior a los 15 ó 17 cm.

(f) Argamasa: Barro humedecido y colocado entre y sobre las hileras de piedra pómez se empleó con el fin de darle una mayor consistencia a las paredes, de un modo muy semejante al que aún hoy es común en algunas comunidades del altiplano guatemalteco. No encontramos ninguna señal de que el uso de este material se extendiera a los muros de carácter andesítico y volcánico, a pesar de su utilidad para aislar la habitación del frío y del aire, pero sí debió de ser empleado frecuentemente en las paredes de las viviendas (Lám. VIIa).

(g) Enlucido: Estos muros y paredes convenientemente cimentados y cubiertas estas últimas con barro fueron repellados con un enlucido logrado a partir de la mezcla de barro húmedo con agujas de pino, en la misma forma que hoy se fabrican las paredes de las casas (Lám. IVa-c).

(h) Pigmento rojo: Aunque no disponemos de suficientes datos que lo corroboren de manera definitiva, pensamos que las pequeñas aglomeraciones y manchas rojas recogidas en fragmentos de enlucido y en el contexto de las construcciones, constituyen evidencia suficiente de que, al menos en el exterior de los edificios, y quizás de manera especial en la fachada, las paredes fueron deco

radas con este pigmento.

(i) Madera: Es muy posible que las paredes de piedra pómez, barro y enlucido se sujetaran al muro de piedra andesítica mediante fuertes varas o postes de madera, en el mismo sentido que las empleadas hoy día en las casas mayas del altiplano (Lám. IXa). Además, las paredes pudieron tener un fino entretejido de palos que las sujetaran y dieran mayor consistencia (fig. 26). El extremo superior de tales postes enlazaría entonces con las vigas que formaban el armazón de la techumbre, siguiendo el esquema propuesto por Mauchope (1938: 28): en la parte superior del andamio se colocaría una parhilara o viga central de la que partirían en sentido perpendicular pequeños postes de madera con el fin de enlazar con el armazón, formando así un entretejido que constituiría la base de la techumbre. Esta se fortalecería en el interior mediante otras vigas laterales que le daban una mayor consistencia. Todas estas varas, postes y vigas debieron de ser fuertemente atadas con estribos y lianas. La forma de la techumbre no pudo ser determinada aunque, pensamos, pudo ser a cuatro aguas dispuestas a partir de una gruesa viga; posiblemente, la viga encontrada sobre el suelo de tierra apisonada de la vivienda nº 2, que medía 2,80 m. de longitud y se presentaba visiblemente quemada, cumplió la función descrita en estas líneas, así como también la encontrada en el pozo A-12 (Lám. IIa).

(j) Pajón: Sobre este entramado de pequeñas vigas transversales y horizontales que formaban la techumbre se colocó una capa uniforme y compacta de pajón, planta que crece por encima de los 2.800 m. de altura sobre el nivel del mar y, más concretamente, en los montes que circundan el valle de Totonicapán. Es de suponer que el pajón que sobresaliera de la viga central se atara con juncos u otras fibras de carácter vegetal o, quizás, se cu-

briera con grandes fragmentos procedentes de vasijas domésticas quebradas, práctica que aún hoy puede observarse en muchas poblaciones del altiplano (Lám. IXb). Con esta tarea concluía la construcción material de la vivienda.

5.1. Las construcciones de Agua Tibia: tipología y función.

A pesar de que la identificación de las diferentes construcciones excavadas en el yacimiento M-5 no ofreció grandes dificultades, decidimos tener en cuenta una serie de criterios propuestos por Haviland (1970: 192-193) para definir una gran cantidad de pequeños montículos localizados en los alrededores de Tikal, entre los cuales destacan los siguientes: abundancia de estos edificios, semejanza con las casas históricas y modernas, presencia de depósitos de basura conteniendo fundamentalmente huesos y ceniza, presencia de enterramientos no ceremoniales, asociación con otros edificios (estructuras demasiado pequeñas para vivir en ellas, o con alguna evidencia de función especializada, tal como cocinas), y la carencia de rasgos indicativos de cualquier otra función. Según el pequeño test planteado en estas líneas dos, y quizás tres, de las mencionadas construcciones debieron de cumplir la función de viviendas, aunque dos de ellas aparecieron demasiado destruidas y confusas como para ser definidas de una forma definitiva. La designación de tales edificios se hará mediante números ordinales del 1 al 3, advirtiendo que la casa nº 2 es aquella que se conservó en mejores condiciones. Como ya hemos señalado, las tres pertenecían al mismo período de finales del Clásico Tardío, pero no eran contemporáneas, puesto que la casa nº 1 apareció en un nivel superior por encima del resto de las construcciones excavadas en el sector W (fig. 11), siendo un edificio

de carácter más ligero y provisional, pero con idénticos rasgos en lo que se refiere a materiales y sistemas de construcción. Una situación semejante, aunque intermedia en el tiempo, pudo haber tenido la casa nº 3.

5.1.0. Las viviendas.

Casa nº 1: Un alineamiento de cinco piedras de río mezcladas con materiales orgánicos carbonizados, que se localizaban a escasa profundidad de la superficie, nos permitió descubrir los restos de esta habitación que ocupaba las cuadrículas I-1, I-2, II-1, II-2, IV-1, IV-2, V-1 y V-1 negativo (fig. 1b).

Dado el avanzado estado de destrucción en que se encontraba el edificio, no pudimos determinar su disposición y forma definitivas, aunque posiblemente se trataba de un recinto incluido en un grupo de habitaciones que formaban en torno a un patio o, tal vez de una habitación porticada orientada al sur (fig. 14). La profundidad media a la que aparecía en el momento de su excavación era de 0,37 m., lo cual explica el mal estado en que se encontró: la esquina suroeste se halló a 0,47 m. de profundidad, y a 0,50 m. en la noroeste; sin embargo, los ángulos noreste y suroeste se encontraron a 0,24 m. y 0,28 m. respectivamente. Las demás características presentadas por esta construcción eran las siguientes:

El suelo a ella asociado era de tierra apisonada con algunas huellas de carbón que aparecían de manera aislada, pero nunca formando un conjunto bien definido. El espesor de esta capa de tierra oscilaba de 0,15 a 0,25 m., dejando paso a un ancho estrato de tierra arcillosa ocre, excepto en una reducida zona situada a 1,25 m. de la pared este y pegada al muro norte. En realidad,

se trataba de un estrato de arcilla quemada que formaba parte del horno abierto de cerámica: en efecto, como describiremos más adelante, para la construcción de este rasgo la tierra no fue alisada por completo, sino que se siguió al declive natural de la ladera, fundamentalmente en su extremo más al este, situado a 0,98 m. de profundidad y tan sólo a 0,10 m. del pavimento de la vivienda nº 1 (fig. 15).

Los muros de la construcción constaban únicamente de una doble hilera de pequeñas piedras de río y fragmentos de mano de moler reutilizadas sobre las que se colocó una pared de piedra pómez mezclada con tierra humedecida y dejadas a secar al sol. Parte de estas paredes permanecieron intactas en una buena porción de los muros norte y sur (Lám. IIIa). Asimismo, en las cuadrículas II-1 y II-2 se localizaron los restos de una pared caída.

En cuanto a las dimensiones de los restos que aún permanecían en pie, eran las siguientes: la pared norte medía 5,65 m. de longitud y entre 0,16 y 0,20 m. de espesor; el muro sur tenía 5,60 m. de largo, pero a una determinada altura se encontraba interrumpido, lo cual puede indicar la presencia de una puerta, aunque no pudimos encontrar ningún otro dato que confirmara tal suposición (fig. 14). El vano se situaba a 2,25 m. de la pared este y tenía una anchura de 1,17 m. La distancia entre ambas paredes era de 1,25 m. Por último, el muro este se alargaba de manera desmesurada y no medía el ancho de la habitación, sino 4,30 m., mientras que el oeste había desaparecido por completo (fig. 14).

Como se puede observar, la construcción descrita constaba de una estrecha y larga habitación dispuesta en sentido noreste-sur oeste y con unas dimensiones de 5,65 m. de longitud por 1,25 m. de anchura. Presentaba un sólo vano que pudo haber sido utilizado como puerta. Este recinto seguramente estaba incluido dentro de otro

más amplio del cual sólo permanecía en pie un estrecho e inseguro murete de pequeños cantos rodados situado en la pared más al este. Dado que no existía ninguna señal de su continuación y que tampoco pudo ser constatada su presencia en los lados restantes, no pudimos conocer con seguridad su forma definitiva. No obstante, es posible que esta habitación, que quizás formó parte de un conjunto de edificios dispuestos en torno a un patio central o simplemente ser un recinto porticado (fig. 26), debió de cumplir una función específica -tal como de cocina, almacén o similar- dentro de un conjunto habitacional más complejo. Dudamos, sin embargo, que se tratara de un lugar de habitación, debido a la manifiesta incomodidad de vivir en un cuarto tan estrecho, el cual en ningún modo se podía encontrar habitable. Existe también la posibilidad de que hubiera albergado alguna área de actividad (1), pero no logramos obtener datos suficientemente significativos al respecto: en la zona media de la habitación apareció, enfrentada a la puerta de entrada a la habitación, una pequeña aglomeración de cuchillas de obsidiana (14 unidades) que, si bien en un principio nos hizo pensar en la presencia de un área de actividad económica basada en la manufactura de artefactos de tal material, pronto tuvimos que desear esta idea ante la carencia de más detalles como la extracción de núcleos gastados, desechos de talla, etc.

En cuanto a la cerámica y artefactos asociados a la construcción, aparecieron básicamente los mismos tipos que en el resto de las construcciones y en el basurero, aunque su frecuencia fue bastante menor (Apéndice D, Cuadros 8-10).

Cualquiera que fuere su función definitiva, nos encontramos ante un recinto levantado con posterioridad al resto de los edificios excavados, aunque perteneció al mismo momento de finales de Clásico Tardío y comienzos del Postclásico, que mostraba una con

tinuidad cultural tanto en lo que se refiere a materiales y sistemas de construcción empleados como a los artefactos asociados a él. Únicamente existía una clara diferencia con respecto a la arquitectura del momento de ocupación anterior: el coste de energía utilizado en esta segunda edificación fue menor en exceso, ya que los muros de piedra andesítica se limitaban a una fina hilera de piedras muy estrechas y pequeñas. La impresión general que de ella se pudo obtener es que se levantó un recinto demasiado frágil y poco ambicioso, lo cual parece indicar la idea de que no se quiso confeccionar una vivienda de vida muy larga y de cierta importancia. El espesor de los muros (en torno a los 0,18 m.) levantados a base de piedra pómez y tierra apelmazada sobre una única hilera de cantos rodados parece reforzar esta suposición.

La manifiesta degeneración arquitectónica de un momento a otro no parece estar en consonancia con una etapa de decadencia cultural en términos generales, la cual se habría reflejado en otro tipo de manifestaciones como la cerámica, sino que más bien pudo obedecer al deseo de levantar una estructura de rango inferior y de carácter más perecedero.

Asociadas a esta construcción se encontraron sendas ofrendas de carácter sencillo que, según nuestra interpretación, debieron de ser fundacionales, y presentaban las siguientes peculiaridades:

(a) Ofrenda nº 1: Entre un semicírculo de cantos rodados y piedras pómez apareció un pequeño y poco profundo orificio que contenía restos de dos vasijas con cuello y grandes asas-faja, un fragmento de cántaro de almacenaje, dos de comal y varios más de incensario-cucharón. Asociadas a ellos, y dispuestas de una forma radial, se extrajeron tres cuchillas de obsidiana y un machacador (Lám. VIIb). Todo este conjunto se hallaba a 0,95 m. de pro-

fundidad y a 0,20 m. del muro norte de la vivienda nº 1. A pesar de que no nos fue posible determinar la verdadera colocación de las piezas en el contexto de la ofrenda, podemos afirmar que tanto el comal como las vasijas presentaban grandes manchas negras producidas por el fuego y diversas materias orgánicas calcinadas en su interior, lo cual nos hizo suponer que se quemó cierto tipo de alimentos en el acto de la ofrenda. El incensario-cucharón también tenía manchas negras en su superficie interna, así como restos orgánicos indicativos de que en el ritual se quemó copal. Por último, las tres cuchillas de obsidiana dispuestas de forma radial pudieron haber estado implicadas en el sacrificio de algún animal o en el despiece de cualquier otro alimento ofrendado, aunque no pudimos recoger ningún hueso o resto indicativo de tal actividad.

(b) Ofrenda nº 2: Apareció pegada a la pared este de la casa, a tan sólo 5 cm. de distancia, y a una profundidad no mayor de 0,40 m. (fig. 14). En general, estamos ante un rasgo bastante más confuso que el anterior, puesto que de él no se rescataron más que algunos fragmentos de comal y de vasijas con cuello que, tal vez, tuvieran la misma función que los recipientes descritos en el párrafo anterior.

Poco es lo que sabemos con respecto a las ofrendas, si es que las hay en otros yacimientos de las tierras altas mayas, efectuadas con motivo de la fundación de las viviendas. Es muy probable que el trabajo de levantar este tipo de construcciones no fuese realizado únicamente por el cabeza de familia y sus hijos que la iban a ocupar, sino que también participaran en él otros miembros de la comunidad y que, una vez finalizada la obra, se realizaran determinadas ceremonias relacionadas con la suerte y habitabilidad de la futura casa, junto con otros festejos destinados

a demostrar el agradecimiento a todos aquellos que habían participado en su fabricación, práctica que hoy día es común en algunas comunidades del altiplano maya (Vogt, 1976: 52-54). Además, las ofrendas de fundación, en las que de forma exclusiva se utilizaron instrumentos domésticos de uso cotidiano, pudieron formar parte de un ceremonial más complejo destinado al buen funcionamiento de las viviendas. Esta posibilidad ha sido adelantada por Ximénez (1967: 24) al referirse a las unidades de habitación dispersas en el área de Chichicastenango: "media la dedicaban al dios de las casas que llamaban Chahalhá (esto es, guarda de las casas), y en aquella parte le tenían hecho su altar y su lugar de hacer sacrificios...".

Casa nº 2: Estimamos de gran importancia la excavación de esta unidad arquitectónica, ya que a partir de ella nos fue posible establecer una parte importante del sistema de vida vigente en las viviendas campesinas y artesanas de una comunidad maya de las tierras altas de finales del período Clásico, así como también determinar los artefactos y utensilios empleados en sus tareas y actividades, su ajuar doméstico, etc., ya que gran cantidad de ellos fueron recuperados in situ.

La construcción apareció entre las cuadrículas I-3, II-2, II-3, II-4, II-5 y II-6; III-2, III-3, III-4, III-5 y III-6 y VI-5 y estaba orientada en dirección suroeste, mirando hacia el valle y teniendo a sus espaldas el cerro que domina el yacimiento (fig. 18). El descubrimiento de este nuevo edificio estuvo precedido por el hallazgo y posterior limpieza de una capa uniforme de piedra pómez que, según se ha podido observar, parece ser una huella fundamental en la identificación de este tipo de restos arquitectónicos (Lám. IIb). Este nuevo recinto se halló a una profundidad media de 1,29 m., localizándose su esquina suroeste a

1,06 m. de profundidad, la suroeste a 0,87 m.; a 1,52 m. la noreste y a 1,72 m. la pared noroeste. Sus dimensiones absolutas eran de 7 m. de longitud por 4 m. de anchura (fig. 16), alcanzando una extensión total de 24 metros cuadrados.

En general, la estancia estaba bastante bien conservada, encontrándose casi intacta en lo que se refiere al suelo, los cimientos y la parte inferior de las paredes (Lám. IIIb). Además, se recogió bastante información en el interior del recinto o en su zona circundante más inmediata que nos permitió reconstruir con facilidad los materiales y sistemas empleados para su construcción, de los cuales hemos hablado extensamente en páginas anteriores.

En primer lugar, el terreno fue aparentemente nivelado, a juzgar por el escaso desnivel existente entre las paredes este y oeste, y sobre él se trazó el plano de la casa que habría de ser rectangular (fig. 16). No se encontró huella alguna indicativa de plataformas para ninguna de las construcciones excavadas. Sobre este terreno nivelado y después apisonado en un espesor de 0,13 a 0,17 m., se colocó una gruesa hilera de piedras de material andesítico que, alternando con muretes formados a base de piedra pómez, tierra apisonada y arcilla quemada, constituían los cimientos de la vivienda (Lám. Vb). Sobre esta línea base se acomodaron sucesivas filas de cantos rodados de forma más o menos regular con el fin de permitir el alzado de un verdadero muro, igualado en ocasiones con manos y metates rotos e inservibles ya para su uso primitivo (fig. 17).

Aunque nos han quedado escasos datos indicativos de las características morfológicas de las paredes podemos suponer, fundamentándonos en la información proporcionada por la casa nº 1, que se dispusieran de la siguiente forma: clavados entre tales piedras andesíticas y artefactos reutilizados se afirmarían postes

de madera en las cuatro esquinas del edificio, y que entre éstos y a lo largo de la pared se colocarían varas que probablemente se extenderían en sentido vertical y horizontal, cuya finalidad sería la de sostener la pared de piedras pómez y barro apelmazado (fig. 27).

Disponemos aún de más escasa información a la hora de reconstruir la techumbre: los materiales distribuidos en el interior de la estancia, en el contexto inmediato de la vivienda e incluso en el basurero, apuntaban hacia la utilización exclusiva de materiales orgánicos que han desaparecido casi por completo. Es de suponer que se levantaría sobre un armazón rectangular de madera unido por medio de lianas a los postes que salían de las esquinas, siguiendo el modelo propuesto por Wauchope (1938) en repetidas ocasiones para las casas mayas del altiplano (Fig. 27). Según este autor, sobre éstos se asentarían cuatro postes laterales que, formando triángulos equiláteros, se unirían a una gruesa viga central con el fin de sujetarla. Pequeñas varas entremezcladas con pajón u otros materiales de carácter vegetal recubrirían el armazón en orden a aislar el resto de la casa del aire y la lluvia. Este sistema fue refrendado en parte por los restos localizados en el contexto de la casa nº 2, a los cuales nos hemos referido con anterioridad.

La puerta de acceso, que debía constituir el único vano de la construcción, se situaba en la pared orientada al fondo del valle (Lám. IIb). Como ocurre con las casas mayas de planta rectangular, no se encontraba justo en el medio de la pared, sino ligeramente desplazada hacia el lado norte: distaba 3,70 m. de la esquina suroeste y 2,30 m. de la noroeste, teniendo una anchura de 1 m. Las jambas de la puerta, al igual que las esquinas del resto del edificio, aparecían reforzadas mediante piedras más anchas

y planas, lo cual proporcionaba mayor seguridad a la vivienda.

Como se puede observar a partir de los datos expuestos, se trataba de una construcción en la que se empleó una técnica arquitectónica orientada a levantar un recinto más sólido y permanente que las casas nº 1 y nº 3, y que estaba en clara relación con el horno y el temazcal los cuales, junto con el cementerio, debieron de formar una unidad contemporánea (fig. 25).

En resumen, podemos afirmar que la vivienda típica de Agua Tibia de finales del período Clásico era una habitación de planta rectangular y esquinas rectas, sin ninguna división interior (fig. 27). El edificio, que tenía unas dimensiones de 7 m. de largo por 4 m. de ancho, estaba orientado hacia el oeste y se levantaba sobre un terreno nivelado en la parte más baja de las laderas del pequeño cerro que domina el yacimiento. Inmediatamente sobre esta parcela nivelada se colocaron sucesivas hileras de piedras andesíticas que, con una altura media de 1,13 m., habrían de formar los muros de la vivienda. Encima se construyeron las paredes de piedra pómez, varas de madera y barro, así como la techumbre, que debió de ser de pajón. La forma rectangular de la casa, junto a las dimensiones de la viga quemada encontrada sobre el suelo de la habitación, nos hicieron pensar en una techumbre a cuatro aguas y con una fuerte inclinación, asemejándose a las casas actuales de las tierras altas de Guatemala.

En cuanto a la altura que alcanzó la habitación es difícil de calcular, aunque nosotros hicimos un intento fundamentándonos en el grosor y peso de las paredes correspondientes a la casa nº 1, a pesar de que luego nos fuera imposible aplicar el cálculo a esta habitación por encontrarse tan sumamente destruida: en efecto, en el transcurso de la excavación, y teniendo en cuenta que las paredes de piedra pómez y tierra humedecida tenían un espe-

sor medio de 0,15 m., decidimos abrir una pequeña cata de 1 por 1 m. de lado y 0,15 m. de profundidad que, rellenada convenientemente con piedra pómez y tierra nos permitiera establecer el peso de cada metro cuadrado de pared construida, y que resultó ser de 69,20 kg. Una vez obtenida esta cifra teórica, los pasos seguidos en la obtención del cálculo de la altura de la vivienda fueron los siguientes:

(a) El peso medio de piedra pómez obtenida en cada cuadrícula excavada (118,70 kg.) fue (b) multiplicado por el número de cuadrículas que abarcaba la casa nº 2, que eran 12 (1.424,4) y (c) dividido por el peso de piedra pómez y tierra apelmazada contenidos en la cata de 1 metro cuadrado y 0,15 m. de profundidad (20,58); después, esta cifra fue dividida por el perímetro de las paredes de la vivienda nº 2, que era de 28 m. (0,73), (e) que sumados a los 1,13 m. de altura que alcanzaban los muros nos dieron una altura total de 1,86 m, y sobre ella se levantó la techumbre.

Aunque no podamos ofrecer un cálculo definitivo acerca de la elevación del techo, sí podemos al menos pensar que las viviendas encontradas en ningún caso llegaron a alcanzar el promedio propuesto por Morley (1947: 326) para las casas de las tierras bajas mayas, que era de 5,60 a 6,70 m., sino que era considerablemente inferior, adaptándose al modelo que rige en la actualidad en el altiplano oeste de Guatemala, las cuales difícilmente superan los 4 m. de altura.

Casa nº 3: Poco es lo que puede decirse acerca de esta construcción, a pesar de que presentaba unos rasgos de localización con respecto al yacimiento y de asociación de restos culturales que la hacían ciertamente interesante: estaba situada en la zona media de la ladera del cerro -incluso a un nivel superior que el cementerio-, lo cual implica, por otra parte, que el edificio ha

ya aparecido destruido por completo, debido a la fuerte erosión y al desgaste que sufren las zonas medias del cerro.

En términos generales, podemos suponer que tanto los materiales como los sistemas de construcción empleados formaban parte del mismo contexto arquitectónico que el aparecido en las dos viviendas anteriores, aunque los datos recuperados no nos permitieron determinar en qué momento de ocupación se levantó. El edificio en cuestión se disponía a lo largo de las cuadrículas I-1, I-2 y I-2 ampliación y II-1, y pudo ser detectado por la presencia de una capa homogénea de piedras pómez que se encontraba a una profundidad media de 0,97 m.

La disposición del suelo y de las porciones de pared que aún permanecían en pie nos hicieron suponer que el terreno fue parcialmente nivelado antes de que se iniciara la construcción; aún así, la mayor parte del recinto apareció destruida, pues la erosión en estas alturas de las laderas debió de ser bastante fuerte. Esta fue la razón por la cual no pudimos establecer su forma, orientación y forma definitivas.

Una vez nivelado el terreno y apisonada la superficie, se procedió a quemarla de manera regular en toda su extensión, obteniéndose un pavimento muy duro que en algunas zonas llegó a alcanzar hasta 5 cm. de espesor (fig. 22b). En teoría, la preparación de este suelo no debió ser muy laboriosa para los moradores de la casa nº 3, dada la experiencia obtenida con anterioridad a partir de la construcción del horno y de parte de los cimientos de la vivienda nº 2; ellos debían de conocer las características arcillosas de las tierras sobre las que se asentaba el yacimiento, y también que sometiénolas a un fuego constante y vivo se podrían lograr superficies muy duras. Este piso, que se disponía en sentido este-oeste, tenía unas dimensiones de 3,40 m.

de largo por 0,83 a 1 m. de ancho y, si bien en un principio pudo cubrir toda la habitación, se halló quebrado en su zona media. Además, la presencia de losas planas dispersas en el interior del recinto y mezcladas con el suelo parecían indicar que éste fue reparado.

En el curso de las tareas destinadas a delimitar el pavimento se encontraron los que, suponemos, eran los muros longitudinales más largos de la vivienda. El muro más al sur se descubrió a una profundidad de 1,10 m., y estaba formado por dos hileras superpuestas de piedras andesíticas cuyo tamaño era sensiblemente inferior a las utilizadas en la construcción de la casa nº 2. Sobre éstas, se colocó una hilera de piedra pómez, alcanzando una longitud de 1,05 m. Sin embargo, de la pared norte sólo permanecía en pie un pequeño murete formado mediante la colocación de cantos rodados y fragmentos de metate, midiendo 3 m. de longitud.

Así pues, nos encontramos ante una estrecha cámara de 1,40 m. de anchura, de la cual no pudimos averiguar si constituía una unidad de habitación o si formaba parte de un recinto más amplio o a una estancia con una función especializada. Por lo que respecta a los artefactos a ella asociados, fueron rescatados los mismos tipos cerámicos que en las viviendas anteriores, aunque merece la pena destacar la presencia de una tosca y grande cabeza de camahuil, dos bellas puntas de lanza confeccionadas en obsidiana y una figurita hueca perteneciente al tipo San Juan Plomizo, aunque por sí solos no aportan mucha información acerca de la función del recinto.

5.1.0.0. Las viviendas de Agua Tibia y las casas prehispánicas mayas del altiplano.

Las investigaciones en torno a unidades de habitación y a pequeñas comunidades han adquirido una gran importancia en el campo de la arqueología maya durante estos últimos años, sobre todo a partir del auge de los estudios sobre patrones de asentamiento y patrones de comunidad. A pesar de ello, la mayor parte de los investigadores han descrito multitud de evidencias de casas como datos aislados y siempre supeditados o relacionados con la problemática de los centros mayores a los que estaba íntimamente ligadas. Es decir, que los estudios sobre asentamientos rurales y casas campesinas permanecen aún sumamente descuidados. Este problema se agudiza desde el momento en que nos interesamos por las viviendas prehispánicas emplazadas en las tierras altas de Guatemala debido, en parte, a la menor atención general que se ha venido dando a esta región del área maya, pero también a que los estudios sobre el patrón de asentamiento, estratificación de las comunidades, etc., se han centrado de manera fundamental y casi única en las tierras bajas. Abundando en esta cuestión, las noticias que nos han llegado desde campos diferentes de la arqueología inciden de igual manera en este particular, limitando nuestro conocimiento sobre el desarrollo de estos rasgos culturales en el altiplano.

No vamos a tener en cuenta, pues, la enorme cantidad de información que poseemos sobre las viviendas de las tierras bajas, la cual ya fue resumida de manera exhaustiva por diversos estudiosos como Wauchope (1934) y Smith (1962), aunque en ocasiones haremos referencia a ellas.

Naturalmente, dada la escasez de datos sobre las unidades de habitación prehispánicas de las tierras altas, resulta difícil establecer un patrón que las defina, aunque sí nos permiten exponer determinadas constantes que las caracterizan: en general, man

tuvieron una mayor homogeneidad tanto en la forma como en lo que se refiere a materiales y sistemas de construcción que los edificios excavados en las tierras bajas. La variación en cada uno de estos conceptos pudo haberse establecido en torno a pequeñas diferencias locales -que parecen deberse más a respuestas adaptativas que a exigencias culturales- y no a grandes variaciones regionales, puesto que las desigualdades eran mínimas y poco importantes.

En el altiplano guatemalteco, y teniendo en cuenta las plantas de las casas, se construyeron dos tipos de viviendas: rectangulares, que fueron predominantes; y cuadradas, que tanto entonces como en la actualidad son muy escasas. Hasta ahora no se ha logrado reconstruir una secuencia temporal de tales edificios, aunque Wauchope (1938: 26) llegó a la conclusión de que la casa cuadrada pudo haber sido más antigua, basándose en la descripción de techos piramidales y de plantas cuadradas representadas numerosas veces en los códices Mendoza, Nutall y Borgia. No obstante, y como sucede con las construcciones de planta absidal que tan extensa distribución espacial tuvieron en las tierras bajas, pensamos que aún faltan muchos detalles por recolectar que permitan confirmar esta hipótesis. De todas maneras, un hecho queda bien claro: en las tierras altas sólo se han descubierto unidades habitacionales de planta rectangular, aunque los ejemplos son todavía algo escasos; mientras que las viviendas de planta cuadrada únicamente han quedado reflejadas en las monografías etnográficas, siendo aún dudosa su utilización en tiempos prehispánicos.

En general, y de manera común para todo el área maya, las casas pudieron haber sido colocadas sobre plataformas rectangulares o estar directamente construidas sobre el suelo de tierra nivelado y apisonada, aunque fueron más abundantes las primeras:

son corrientes en Chuitinamit (A.C. y A.P. Maudslay, 1899: 102), Cahyup, Chutixtiox, Pichec, Comitancillo y Tzacuay (Smith, 1955: 72). Wauchope: (1948a: 13) menciona este rasgo para Zacualpa, e Ichon (1979) lo hace para Los Encuentros y para Pueblo Viejo-Chichaj. Ya en el altiplano Central fueron descubiertas plataformas semejantes en San Agustín Acasaguastlán (Kidder, 1935: 118-119; fig. 8) y en Mixco Viejo (Fauvet, 1973). Sin embargo, viviendas construidas sobre terrenos nivelados sólo se han encontrado en Chukumuk (Lothrop, 1933; fig. 3), Utatlán (Wallace, 1977: 21) y Agua Tibia.

En cuanto a los materiales de construcción empleados, existen dos grupos bien definidos: aquellos que son de carácter perecedero y los materiales inorgánicos. En concreto, se levantaron cuatro tipos diferentes de paredes: (a) de material perecedero, como las casas del Preclásico (Shook, 1956: 97) o las exploradas en el área de Kaminaljuyú en contextos del Clásico Medio (Cheek, 1977: 23) y en Cotío para el Clásico Tardío (Shook, 1952); (b) muros bajos de mampostería y paredes de material perecedero, como en Zacualpa, Santa Cruz (Chiapas) y Huil, asentamiento donde han aparecido muros de 0,70 m. de altura con huellas de haber sostenido postes de madera (Smith, 1955: 73); (c) muros de piedra o mampostería con paredes de piedra pómez o barro y pequeñas varas entrecruzadas como las descritas en Agua Tibia. Muros formados a partir de cantos rodados han aparecido en el sitio Postclásico de Cauinal (Fauvet-Berthelot, 1980: 65). En este sentido, cabe señalar que el uso de la piedra pómez de carácter volcánico como técnica de albañilería comenzó a utilizarse en las paredes y suelos de las estructuras del Clásico Temprano en Kaminaljuyú (Kidder, Jennings y Shook, 1946: 12), que continuó empleándose a través de todo el Clásico y Postclásico como en Utatlán (Carmack,

1979a) y han permanecido vigentes hasta hoy en algunas comunidades del altiplano; (d) un último tipo de pared es aquella de bloques de piedra y mampostería, muy común en templos, palacios y otras construcciones de importancia.

Los suelos fueron en algunas ocasiones de tierra apisonada, como en Chukumuk y Agua Tibia, aunque la mayoría se colocaron sobre plataformas repelladas en toda su superficie. A veces, como en Zacualpa y en la vivienda nº 3 de Agua Tibia, los pisos fueron de arcilla quemada, asentándose sobre una argamasa obtenida mediante la mezcla de adobe, agujas de pino, pedazos de toba, fragmentos de cerámica, arenas y otras partículas de origen mineral. Un rasgo común a algunas de las casas prehispánicas de las tierras altas fue el uso de desechos de pumita como desgrasante en los pavimentos de las habitaciones, el cual pudo observarse en alguna habitación de Zacualpa (Wauchope, 1948 : 67) y en el baño de vapor descubierto en Agua Tibia.

Las cubiertas parecen haber sido construidas de manera más homogénea, tratándose de techumbres muy inclinadas y, seguramente, a cuatro aguas, siguiendo unos patrones semejantes a los que hoy continúan vigentes en estas regiones. Se componían de pajón o palma, ramas secas u otras fibras vegetales mezcladas en algunos casos con arena o barro, según la facilidad para conseguir el material a utilizar.

En cuanto al tamaño que alcanzaron tales construcciones, es difícil de determinar, ya que en su mayor parte sólo disponemos de los datos concernientes a las plataformas que sustentaban tales unidades domésticas, pero pensamos que puede ser ilustrativo exponer unos cuantos ejemplos para hacer extrapolaciones con las casas de Agua Tibia: Smith (1955) encontró al menos 400 plataformas de viviendas en Chuitinamit, las cuales alcanzaban un prome-

dio de 3 por 8 m. de longitud. De los dos ejemplos excavados en Mixco Viejo, una plataforma tenía 8,20 por 3,18 m. de extensión, y la otra de 7,20 por 3 m. Fox (1975: 5) encontró ejemplares dispersos de casas dispersos a lo largo de la meseta Quiché, los cuales tenían unas dimensiones de 4 por 8 m. En Chiapas, las casas de que tenemos noticia eran siempre más amplias; así, la descrita por Delgado (1965: 34-35; figs. 34-36) medía 5,24 por 14 m.; mientras que aquella de que nos informa Sanders (1961: 10-15; figs. 10-13) tenía 12 por 24 m.

En definitiva, y hasta que nuevas excavaciones arrojen más luz sobre el particular, podemos afirmar que la vivienda maya típica del altiplano era de planta rectangular, sin divisiones interiores, de una sola puerta que se colocaba en el frente de la construcción y con una cubierta a cuatro aguas con una inclinación seguramente variable, pero siempre fuerte. Junto a estos rasgos de carácter muy amplio, pueden observarse ligeras variaciones de una región a otra, las cuales afectan a zonas ecológicas coincidentes con la diversidad de tales rasgos. Estas diferencias parecen concentrarse en torno a la presencia o ausencia de plataformas y en los materiales de construcción empleados dado su carácter fuertemente local, y su heterogeneidad puede deberse más al sistema de adaptación ecológica que a tradiciones culturales en la construcción. En el caso concreto de Agua Tibia, las viviendas presentaban una mayor cantidad de elementos que las emparentaban con Zacualpa, característica que se puede observar en otro buen número de manifestaciones que, a lo largo de esta exposición, daremos a conocer: por ejemplo, el sistema de construcción de suelos o paredes o el empleo de materiales tales como postes y vigas de pino, hierbas de zacate y pajón, o las agujas de pino empleadas para atemperar el barro con el que enlucir los sue-

los y embadurnar las paredes, identifican de manera absoluta el sistema de arquitectura doméstica de Agua Tibia y de Zacualpa el cual es la consecuencia, en última instancia, de una adaptación y explotación semejante en un medio ecológico muy parecido.

La inexistencia de grandes diferencias en la calidad, sistemas y tipos de construcción, en contraposición con el patrón existente en las tierras bajas, no implica que las descartemos por completo. Los datos en que se han fundamentado nuestros conocimientos de las unidades domésticas de esta última región proceden de centros tan importantes como Uaxactún, Altar de Sacrificios, Barton Ramie, Mayapán, Dzibilchaltún, etc., los cuales pueden implicar una gama mayor en la heterogeneidad de estilos de vida que concurren en la sociedad maya.

Muestreos y excavaciones practicados en tales sitios han demostrado que la vivienda maya no parece haber sido tan uniforme en tamaño, forma y tipología como hasta ahora se ha pretendido. La experiencia acumulada nos indica que existió una amplia gama de edificaciones con variaciones que afectaban tanto a la forma como al tamaño y materiales de construcción, en las cuales estaban implicados tanto aspectos puramente ambientales, como de riqueza, prestigio y otros íntimamente ligados a las diferencias impuestas por el sistema social en vigor. En principio, las casas del pueblo bajo se levantaron a partir de materiales fáciles de recuperar en el medio en que vivían, invirtiendo en ellas en menor tiempo y trabajo posibles, mientras que la forma general era elegida según la tradición del grupo que las erigía. Sin embargo, variaciones en el sistema social pudieron complicar esta situación hasta llegar al empleo de unos materiales, tamaño, posición, etc., acordes con ellas.

Diferencias en la riqueza, status, etc., en la estratificada sociedad maya pueden ser inferidas a partir de tal variedad en el estilo de los edificios, así como del tamaño y composición de las familias que las habitaban. Son necesarios, pues, estudios sobre el patrón de asentamiento que afectó al altiplano guatemalteco durante la etapa prehispánica, tanto en zonas circundantes a los grandes núcleos de población como en asentamientos estrictamente campesinos, con el fin de que nos ayuden a conocer de manera más firme y segura desde la composición de las unidades de parentesco que las habitaban al status social de sus ocupantes y, a un nivel superior, aquellos problemas que afecten a la nucleación y al urbanismo.

5.1.0.1. Las casas actuales mayas en el altiplano oeste.

No es nuestra intención realizar una descripción profunda de las viviendas modernas existentes en esta región de Guatemala, lo cual ya ha sido intentado con cierto éxito por Wauchope (1938) y por McBryde (1969), aunque sí pensamos mencionar aquellos ejemplos útiles para completar nuestra visión acerca de las construcciones descubiertas en el yacimiento M-5. Como hemos mencionado con anterioridad, por las tierras altas de Guatemala se distribuyen dos tipos de plantas: la casa rectangular de esquinas rectas, que es mayoritaria y se extiende de manera uniforme a lo largo de todo el altiplano hasta Chiapas; y la vivienda de planta cuadrada, que permanece de forma aislada en pueblos emplazados en torno al lago Atitlán y entre poblaciones cakchiqueles de Santa Apolonia y San Sebastián. Esta última forma era predominante en la zona, según parecen demostrar las fotografías publicadas sobre San Antonio Paló por A.C. y A.P. Maudslay (1899: 51-53), los cuales afirmaban

que: "las paredes de las casas cuadradas de extraño aspecto son construidas de piedras toscas sostenidas por un armazón de palos desnudos...., ninguna de las casas indígenas está recubierta por argamasa o encalada".

Los suelos son en todas las viviendas de tierra apisonada, lo que es una consecuencia de la nivelación del terreno sobre el que se levantaron. En cuanto a los materiales empleados para su construcción, varían en función de las características ambientales sobre las que se emplazan los asentamientos. Así, en la clasificación establecida por McBryde (1969: 136) puede observarse que en la región mesotérmica (de altura superior a los 1.500 m.) las paredes son de adobe, mientras que a menor altura se alternan postes, cañas y tablas, con una mayor posibilidad de espacios abiertos para una mejor circulación del aire. Pero el caso que más se asemeja a la vivienda nº 2 de Agua Tibia parece darse en el ámbito del lago Atitlán, donde se pueden encontrar paredes de piedra sin argamasa complementadas por reducidos bloques de lava fáciles de conseguir, construidas de tal manera que cubren solamente la mitad de la casa, mientras que la parte superior está construida a partir de cañas rectas. En cualquier caso, la construcción de determinados tipos de paredes para las casas y el tamaño están en función de las posibilidades de cada individuo, de la misma manera que debió serlo en tiempos prehispánicos, tal como parece entreverse del estudio realizado por B. Paul (1968: 119) sobre las comunidades de las márgenes del lago Atitlán. Generalmente, estas casas tan variables en cuanto a materiales de construcción, tienen una sola puerta que da a un patio. Esa puerta se coloca en una de las paredes más largas de la vivienda, y no necesariamente en el centro exacto de ella (Wauchope, 1938: 92-93). Por lo demás, no tienen ningún tipo de vanos.

En cuanto a la techumbre, Wauchope (1938: 41) afirma que prácticamente todos los tejados indígenas caen dentro de la misma clase de "declive de un cuarto", variando de 42° a 60° de inclinación. La presencia de un mayor o menor declive parece obedecer más al efecto del viento que a la precipitación pluvial, y es sabido que el oeste de Guatemala constituye una región de fuertes vientos. Tal techumbre está formada fundamentalmente por pajón o por tejas, dependiendo de las posibilidades económicas de cada constructor en particular, pero como la teja es un material de procedencia colonial, parece ser que el pajón fue el material más extendido por las tierras altas en tiempos prehispánicos (Lám. IXb). La variedad áspera y resistente de pajón que se recoge hoy día en las montañas es Muhlenbergia sp., que crece entre los 2.400 y los 2.500 m. de altitud, donde ya el suelo es muy pobre. La paja recolectada es cortada en su base y atada con una fibra de maguey, y después colocada sobre la techumbre. En el área circundante al yacimiento de Agua Tibia crece abundante pajón, aunque su uso ha desaparecido por completo en el valle.

Del estudio de un buen número de ejemplos etnográficos de casas hemos podido deducir una serie de datos que coinciden con otros que nos brinda el registro arqueológico de diversos sitios del altiplano. De todos ellos, quizás el más importante sea el de la persistencia en el uso de patrones culturales con respecto a la construcción de las viviendas: es posible que la gama de variación existente en cuanto a los materiales de construcción empleados dependa de adaptaciones particulares a medios ecológicos distintos, o también de las posibilidades económicas de cada individuo; sin embargo, el patrón de construcción ha permanecido inalterado en el altiplano al menos desde el comienzo del período Clásico (2).

En definitiva, nuestra impresión es que las construcciones excavadas en el yacimiento Agua Tibia (bien sean de carácter habitacional o de utilización diferente) estaban muy adaptadas a la tradición arquitectónica de la gente común existente en el altiplano guatemalteco, tanto en lo que se refiere a materiales como a sistemas de construcción, habiendo logrado -dentro de la escasa variación existente a este respecto- un tipo de edificación muy sólida y de gran impermeabilidad a las inclemencias del tiempo.

5.1.0.2. Áreas de actividad económica.

El estudio de la distribución espacial de los restos esparcidos en el interior de las unidades domésticas excavadas puede aportar suficiente información sobre las actividades más inmediatas que se efectuaron en ellas, fundamentalmente en lo que se refiere a la funcionalidad de cada estructura y al carácter específico de su espacio interior.

Por desgracia, dos de las viviendas (la nº 1 y la nº 3) estaban tan sumamente destruidas que nos fue imposible obtener datos relevantes al respecto. En cuanto al temazcal y al horno de cerámica, eran dos construcciones muy definidas y apenas presentaban rasgos que pudieran ser indicativos de una función diferente de la que se les asignó, cosa que también ocurría con el cementerio. Esto nos condujo necesariamente a considerar los materiales in situ de la casa nº 2 como aquellos que definían con mayor fidelidad la actividad económica que se llevó a cabo en el yacimiento. Otros tipos de trabajo a diferentes niveles -en el área inmediata y lejos del asentamiento excavado- serán presentados en un capítulo posterior.

Si se acepta nuestra hipótesis de que la casa se incendió

y como consecuencia de ello fue abandonada (el hallazgo de una buena cantidad de restos orgánicos calcinados entre los que destacaban pajón y pequeños fragmentos de madera, del suelo de la habitación, y de un buen número de enseres domésticos sin ninguna otra señal de destrucción violenta que la del fuego y posterior caída de la techumbre, así parecen indicarlo), podemos pensar que la mayor parte de los artefactos recuperados en su interior permaneció in situ, sin ser trastocado. No obstante, dado que en la parte media y baja de las laderas se emplazaba el cementerio y el pequeño adoratorio, y ante la posibilidad de que la existencia de otras estructuras vecinas originaran ciertos préstamos de materiales culturales, decidimos tener en consideración para el presente análisis aquellos restos aparecidos a una profundidad superior a 1,40 m., dado que el piso de la habitación se halló a 1,83 m. de profundidad.

Obedeciendo a la nomenclatura establecida en la excavación, la vivienda nº 2 pertenecía al sector W, del cual abarcaba las cuadrículas I-3, II-2, II-3, II-4, II-5 y II-6; III-2, III-3, III-4, III-5 y III-6; y VI-5 (fig. 10). Así pues, cuando se haga mención a cada uno de estos pozos, que medían 2 por 2 m. de lado, siempre debemos situarlos en el interior de la mencionada estructura. En cuanto a los materiales utilizados en la elaboración del presente apartado, se tuvieron en consideración todos aquellos recogidos a la profundidad señalada, sea cual fuere su funcionalidad: en total, alcanzaron la suma de 5.083 unidades, y representaban un porcentaje del 14,46% del registro arqueológico, siendo representativos en su mayor parte del ajuar doméstico. Los artefactos en cuestión se distribuían de la siguiente manera: cerámica, 13,46%; piedra, 0,33% y obsidiana, 0,66%.

La división conceptual del espacio interior -ya que no exis

tía evidencia alguna de compartimentos físicos- en la vivienda de Agua Tibia será definida por el estudio de la distribución de los materiales y restos culturales que permanecieron sin ser removidos desde su destrucción por el fuego y posterior abandono. Las áreas de actividad que en ella se desarrollaron quedaban reflejadas en una primera visión de conjunto sobre los artefactos esparcidos sobre la superficie de la habitación, los cuales parecían indicar al menos dos tipos diferentes de actividad: una eminentemente culinaria, y otra de carácter manufacturero. Estos espacios se completaban por aquellos lugares dedicados a la colocación de los objetos y al descanso personal.

1. Actividad culinaria: Artefactos de cerámica, piedra y obsidiana fueron fiel reflejo del trabajo cotidiano relacionado con la preparación y transformación de alimentos, así como de su almacenaje, los cuales se agruparon de la siguiente manera:

(a) Molienda: La intervención de los utensilios de piedra en la preparación de los alimentos se desarrolló en torno a las manos y metates fundamentalmente y, en menor grado, a los machacadores. El problema capital a la hora de debatir esta cuestión estriba en que gran cantidad de fragmentos de metate y de mano que estaban pegados a las paredes de la vivienda pudieron haber formado parte del muro el cual, al derruirse, los dejó caer al suelo. Es en este sentido como interpretamos aquellos que aparecieron junto al muro oeste de la casa (cuadrículas II-4 y III-3). Además, algunas piedras de moler hipotéticamente pudieron servir para la transformación del barro en la confección cerámica, lo cual complica aún más la cuestión. Si atendemos de modo exclusivo a su localización en el espacio, existían al menos tres zonas en las que se pudo efectuar el trabajo de la molienda de alimentos: el área situada junto al muro suroeste, la zona central de la vivienda y un muy pequeño núcleo situado al lado izquierdo de la

entrada, constituido por dos fragmentos de mano y un metate completo de dos patas. No obstante, aunque no poseemos datos seguros al respecto, nos inclinamos a pensar que la transformación de alimentos con metate se cumplió junto a la puerta, en el muro oeste, debido a que fue allí donde se encontró el ejemplar completo (fig. 28a).

Con respecto a los machacadores, tradicionalmente se les ha incorporado dentro del mismo complejo tecnológico de la molienda de alimentos, en el cual estarían también incluidos los morteros, aunque su función no ha sido ni mucho menos establecida sobre bases seguras. Si admitimos -sobre los principios que expondremos a continuación- que un buen número de estos artefactos fue empleado en la molienda del barro para la manufactura cerámica, podremos pensar que algunos metates se emplearon también para tal función, tarea que en este caso se llevaría a cabo en la zona central y meridional de la casa, junto a los muros sur y oeste (fig. 28a).

La cantidad tan grande de machacadores, unido a su tamaño y, sobre todo, a su excesivo peso nos indujo a pensar, aunque se trata de una cuestión que no ha quedado definida de manera satisfactoria, que una buena porción de estos artefactos intervino en tareas muy diferentes de las que se han venido postulando hasta ahora: la preparación de las arcillas para la fabricación cerámica. Sin embargo, no descartamos la idea de que algunos de ellos participasen en la transformación de alimentos, pero nos parece más seguro que la mayoría se utilizó para el fin mencionado anteriormente.

Como es natural, la consideración funcional de cada uno de estos artefactos ha de ser una cuestión puramente teórica e hipotética, por lo que las apreciaciones que a continuación se expo-

nen pueden ser criticables. En principio, la diversidad funcional mencionada en los párrafos anteriores se puede establecer en relación con el peso de los utensilios estudiados, pensando que todo ejemplar que pese más de 1 Kg. no es funcional para la molienda de alimentos. Teniendo en cuenta que esta tarea estaba tradicionalmente encomendada a las mujeres, es fácil imaginar que un instrumento que pesara más de 1 Kg. -algunos llegan a alcanzar hasta 1,900 Kg.- no pudo ser manejado con soltura por estas, lo cual lo definiría de manera inmediata como un utensilio de uso doméstico no adaptado -cosa muy difícil de admitir, dado el riguroso control que debió de existir sobre los implementos de uso cotidiano en tiempos prehispánicos. En este caso, de los 21 machacadores extraídos en el interior de la vivienda, sólo seis pesaban menos del límite propuesto e, incluso, es posible que algunos de ellos fueran manejados por los hijos menores del artesano con el fin de realizar la misma función. La mayoría aparecieron en la esquina suroeste de la casa pero, como se indica en el plano, en una zona no muy alejada del área de máxima concentración de metates (fig. 29b). Si admitimos la hipótesis de que tales instrumentos formaban parte de un amplio complejo tecnológico asociado al proceso de manufactura cerámica, nos será también fácil aceptar la idea de que la transformación de alimentos se debió de desarrollar en la zona izquierda inmediata a la entrada de la vivienda, ya que la molienda del barro implicaba la dispersión de una enorme cantidad de partículas de tierra y polvo, aconsejando su separación de los alimentos.

(b) Despiece de la caza y preparación de otros alimentos: 154
 =====
 fragmentos de obsidiana, que representaban el 65,81% de el total de estos utensilios recuperados en el interior de la habitación, estaban reflejando la tarea de despellejar y cortar las piezas de

caza recuperada, así como de pelar frutas, cortarlas, etc. Cuchillas con y sin retoque, hojas y lascas retocadas debieron estar relacionadas con tales tareas, aunque algunas de ellas alternaron este tipo de funciones con otras labores más especializadas. En general, la zona en que aparecían de forma mayoritaria era aquella situada en el centro mismo de la vivienda, siendo extremadamente raras en las demás áreas de la habitación (fig. 28b).

(c) Almacenaje de alimentos: Grandes cántaros y vasijas depósito pertenecientes a la cerámica ordinaria, fueron utilizados para almacenar granos y agua entre otros productos. Estas formas, al igual que el resto de los artefactos de cerámica, se hallaban distribuidas de manera bastante uniforme en la mitad sur y en el centro de la habitación, siendo más bien escasas en la porción norte. Sin embargo, los fragmentos que definían estos grandes cántaros estaban concentrados de manera especial junto al muro este de la casa y, en menor cuantía, en la esquina sureste, razón por la cual pensamos que esta zona debió de estar reservada para tal fin (fig. 29a).

(d) Preparación y cocción de los alimentos: Una gran cantidad de formas pertenecientes a la cerámica ordinaria fueron empleadas en el trabajo diario de la preparación de la comida. En este grupo estaban incluidas vasijas sin cuello, comales, apastes, sartenes y tecomates, que aparecieron distribuidos por toda la superficie de la vivienda, pero concentrándose de manera especial en la mitad sur. Por desgracia, no encontramos huellas suficientes para la localización del hogar, elemento que hubiera sido determinante para el análisis de la conceptualización del espacio interno de la casa (fig. 29b).

2. Manufactura de instrumentos: Entre las actividades llevadas a cabo por los moradores de la vivienda nº 2 destacaban, a juzgar por los restos esparcidos a través de su superficie, tres: la fa

bricación de cerámica, la confección de cuchillas prismáticas de obsidiana y la elaboración de tejidos.

(a) Fabricación cerámica: El complejo tecnológico que pudo intervenir en esta tarea debió ser, sin duda, muy variado ya que incluía desde la selección de las materias primas -trabajo que se realizó fuera de los límites del yacimiento y que será discutido con posterioridad- y las técnicas de extracción, que desconocemos, al funcionamiento de toda una amplia gama de artefactos que intervinieron desde la preparación de los barro al pulido y demás técnicas con que se decoraron las vasijas ya cocidas. De algunos de ellos han quedado restos en el interior del recinto de habitación, y de su tarea especializada y su implicación en todo el proceso de manufactura, daremos cuenta a continuación:

Una vez extraída la arcilla y acarreada hasta la casa del alfarero era, según hemos podido comprobar en algunos talleres de ceramistas del valle, dejada en algún lugar de la habitación hasta quedar completamente seca; después era refinada mediante la molienda, para lo cual debía de ser mezclada con agua de forma sucesiva, y añadida arena y raíces vegetales como desgrasante para que tuviera la consistencia deseada por el artesano. Ya hemos descrito en los párrafos precedentes la función de los machacadores, y la posibilidad de que tanto un buen número de ellos como de metates y los dos fragmentos de mortero excavados fueran empleados para refinar la arcilla. Todos estos artefactos se encontraban asociados a un mismo contexto localizado en torno al muro suroeste de la casa, aunque hemos de tener en cuenta que bastantes piedras de moler pudieron estar formando parte de la construcción, y su presencia en la zona puede ser dudosa a este respecto.

Una vez obtenida la mezcla deseada, se tamizaba a través de

de un cernedor (que bien podría ser una pieza de cuero punzado con agujeros en un patrón regular y atada a un pequeño armazón circular de madera, como los utilizados en la actualidad entre los ceramistas de Santa María Chiquimula (Reina y R.Hill, 1978: 70-77; pl. 102), o una calabaza convenientemente agujereada o cualquier otro instrumento similar), y se procedía de manera inmediata a su modelado antes de que se secara. En general, la forma de las vasijas se lograba a partir de la colocación de tiras cilíndricas de barro humedecido sobre la base de alguna vasija quebrada que hacía las funciones de un molde. En algunas ocasiones, piedras-hongo, cuya funcionalidad será discutida con mayor amplitud en el capítulo correspondiente a la descripción de los artefactos de piedra, pudieron haberse utilizado para tal fin. En Agua Tibia se encontró junto al muro este de la vivienda nº 2, aunque en la parte exterior, un fragmento de base trípode que correspondía a una piedra-hongo: seguramente, su presencia fuera de los límites del recinto de la habitación pueda indicar que tal trabajo se realizó al aire libre, y no en su interior.

Inmediatamente después de esta tarea, se procedía al alisado de la pieza tras lo que se dejaba secar al sol durante unos días, razón por la cual la fabricación de cerámica debía realizarse en plena estación seca con el fin de que el proceso no tuviera que ser interrumpido por cualquier eventualidad meteorológica. Diversos objetos de piedra pómez tales como un pequeño paraalepípedo muy bien alisado en todas sus superficies, o un hacha de piedra pómez que no presentaba muescas ni ningún tipo de estrechamiento indicativos de que fuera enmangada, pudieron haber sido utilizados como alisadores. Además, diversos fragmentos de cerámica ordinaria que se encontraron en el lado sur de la vivienda, también mostraban huellas de haber sido utilizados en esta



sentido. Por último, es de suponer que instrumentos tradicionales por su participación en esta tarea, como los elotes o mazorcas desgranadas del maíz, fuesen usados con el fin de no dejar superficies ásperas.

Una vez que la vasija estuvo alisada de manera satisfactoria era convenientemente pulida en algunos casos. Para tal fin se empleaban hachas e, incluso, algún fragmento de obsidiana de buen tamaño. Este tipo de instrumentos también fue hallado en el interior de la casa nº 2, en la mitad sureste de la habitación, asociados al mismo contexto que el resto de artefactos que hipotéticamente formaron parte del complejo tecnológico que intervino en la manufactura cerámica.

En el momento en que la vasija estaba seca y convenientemente alisada se procedía a decorarla y, por último, se sumergía en una solución de agua con arcillas de determinado color que constituyeran el engobe de las piezas. Cuando éstas se encontraban completamente secas y decoradas, eran puestas al fuego en el horno abierto de cerámica, culminando así un proceso que seguramente ha sufrido pocas modificaciones con respecto al practicado hoy día en diversas comunidades indígenas de la zona, el cual ha sido expuesto de manera amplia por Ofaz Castillo, 1975, 1979), Arrot (1977), R. Smith (1977) y Reina y Hill (1978) entre otros.

(b) Fabricación de cuchillas prismáticas: La presencia relativamente abundante de núcleos y desechos de talla en el interior de la vivienda nº 2 indicaban que la manufactura de artefactos de obsidiana se realizó de manera inequívoca en el interior del yacimiento, preferentemente dentro de la casa. Como se pondrá de manifiesto con mayor amplitud en el capítulo correspondiente a la descripción de los artefactos de obsidiana, los núcleos preformados o poliédricos se adquirieron en mercados cercanos o por in-

tercambio en el mismo yacimiento, manufacturándose implementos -sobre todo utilitarios- en el mismo sitio. En general, la zona de mayor concentración de desechos coincidía con aquella en la que apareció una mayor concentración de núcleos, los cuales estaban en su mayor parte agotados y quebrados: así, en el área suroeste y central de la vivienda es donde se localizó un 75% de los desechos de talla, y un 52,63% de los núcleos (fig. 28b).

Además, junto al muro oeste de la habitación, en su zona más al norte, se concentraban los núcleos restantes, con una frecuencia del 47,36%, de los cuales la mayoría estaban completos y no agotados. Esta peculiar distribución de los artefactos de obsidiana en el interior de la casa podría ser fiel reflejo de la existencia de una zona donde se manufacturaran los instrumentos no agotados (fundamentalmente cuchillas prismáticas y, de manera secundaria, raederas, hojas, etc., confeccionadas a partir del material sobrante), que se situarían en la parte central y sur de la habitación, y otra en la que se almacenaran los núcleos hasta su posterior utilización, que sería la parte noroeste (fig. 29b).

(c) Fabricación textil: Sólo se localizaron cinco torteros en todo el contexto del yacimiento, los cuales reflejaban la escasa actividad relacionada con la práctica textil. Uno de ellos se extrajo del interior de la vivienda nº 2, razón por la cual no podemos asignar un espacio determinado en el que se efectuara esta tarea, la cual suele realizarse al aire libre, pero merece la pena señalar su existencia.

Simultáneamente a esta división del espacio interior de la casa, que estaba condicionada por los restos de algunas de las actividades que se efectuaron en ella, existieron otros espacios dedicados a otros menesteres tales como lo fueron la colocación

de los objetos personales de cada uno de sus habitantes o el descanso personal, que también merecen nuestra atención:

3. El trabajo agrícola: A pesar de ser una tarea que se llevó a cabo fuera de las unidades de habitación, aunque siempre en un área inmediata, los útiles empleados en la agricultura tuvieron un sitio en la vivienda. Piedras perforadas aparecieron esparcidas a lo largo del yacimiento, pero sólo un ejemplar fragmentado lo fue dentro de la casa. La función de tales instrumentos, que será discutida con detalle más adelante, no ha sido establecida de manera definitiva, aunque un buen número de autores se ha inclinado por asociarlos con pesas de palo cavador utilizadas en la roturación de las milpas. Dado que sólo se trata de un fragmento, no podemos determinar el lugar destinado a la colocación del aparejo agrícola, pero sí poner de manifiesto su presencia en la habitación.

4. Tala de madera: La aparición de hachas de gabra en yacimientos de carácter doméstico hace que se establezca una relación inmediata con trabajos de tala de árboles, aunque a nosotros tal relación se nos antoja algo problemática en el caso concreto de Agua Tibia. Las hachas encontradas en el interior de la casa nº 2 eran demasiado pequeñas para ser efectivas en el corte de troncos de cierta envergadura, aunque no para la consecución de leña menuda y pequeñas ramas que avivaran el fuego del hogar y del horno de cerámica. La muestra que obtuvimos era más bien escasa, pero toda ella estaba situada junto al muro sur de la habitación. Es de suponer que tales artefactos —si bien alguno de ellos pudo servir para pulir las superficies de la vasijas confeccionada en el lugar— se emplearan fuera de la vivienda, por lo que dentro de ella estarían reflejando el lugar de su colocación y no la presencia de un área de actividad.

5. El culto: La conceptualización de un espacio sagrado en las viviendas actuales, que se manifiesta por la presencia de pequeños altares en la mayoría de ellas, no pudo ser constatada en Agua Tibia, habiéndose encontrado únicamente un fragmento de figurita de piedra pómez, la cual se hallaba quebrada por las piedras. Su función está aún por determinar, pero es posible que se tratara de un objeto votivo utilizado en ciertas ceremonias o rituales de carácter familiar. Tal pieza apareció junto al muro sur de la casa, en una zona contigua a la ocupada por el ceramista para efectuar determinados trabajos relacionados con la elaboración de la cerámica.

6. Area de descanso: Naturalmente, han perdurado pocos restos que nos permitieran averiguar el área dedicada al descanso, ya que es de suponer que todos los utensilios empleados para tal fin fueron contruidos de materiales perecederos. Es por ello que debemos designar este área por exclusión de otras de las cuales sí tenemos constancia de que fueron ocupadas para las tareas descritas en los párrafos anteriores. Según los datos que hemos ido analizando en estas líneas, en la mitad suroeste de la habitación pudieron haberse efectuado trabajos emparentados con la manufactura cerámica; la pared este de la casa debió ser la zona en que se colocaron las vasijas destinadas fundamentalmente al almacenaje de agua y de gramos; el área central de la vivienda pudo haber estado ocupada por la mujer para el despiece de la caza y otras actividades de carácter culinario, mientras que la transformación de los núcleos en cuchillas prismáticas lo fue en la zona intermedia entre aquella en que se confeccionó la cerámica y la dedicada al despiece de la caza. Por último, en la mitad norte del recinto habitacional, junto a la puerta, se debió de llevar a cabo la transformación del maíz y de otros alimentos (fig. 29b). Queda, pues,

un amplio margen al lado norte de la habitación en el cual se encontraron muy pocos restos culturales y pudo ser el espacio designado a albergar un metate en el que descansar (fig. 29b). Por desgracia, no pudimos aislar la zona ocupada por el hogar de la casa, aunque suponemos que se localizó en la mitad norte de la habitación y pegado a la puerta de entrada.

En definitiva, los materiales repartidos por todo el recinto habitacional parecen indicar que el espacio interior estuvo dividido en dos partes perfectamente especializadas con respecto a su función: la mitad sur, en la cual se llevaron a cabo todas las tareas de tipo manufacturero, de almacenaje y doméstico, y la zona norte que debió estar dedicada a la transformación del maíz, quizás a la preparación y cocción de los alimentos, y también al descanso personal (fig. 29b).

Desafortunadamente, disponemos de escasos ejemplos de casas arqueológicas excavadas en el altiplano guatemalteco que nos permitan establecer el patrón, si lo hubo, de la conceptualización del espacio interior de este tipo de edificios, por lo que el estudio de la distribución espacial de los artefactos en las viviendas descubiertas en Agua Tibia no puede confirmarse ni rectificarse mediante la aplicación del método comparativo. En Mixco Viejo, se hallaron gran cantidad de estructuras de carácter doméstico, de las cuales se han excavado recientemente dos casas (estructuras A-31 y A-32), habiéndose puesto un cuidado especial en el estudio de la distribución de los artefactos localizados en su interior, hecho que posibilitó el establecimiento de algunas concomitancias cercanas con Agua Tibia:

La estructura A-31 era un recinto rectangular sin divisiones internas y con una sola puerta dispuesta en la parte central de una de sus paredes más largas. La zona en la que apareció una mayor acumulación de fragmentos de cerámica y otros restos cultura

les fue la central, siendo estos prácticamente inexistentes junto a los muros norte y sur de la habitación. De ellos, quizás el muro sur pudo haber sido utilizado como un área de descanso, al contrario que lo propuesto para la vivienda nº 2 de Agua Tibia, en la cual se reservó la esquina norte para tal fin.

En la plataforma A-32 la cerámica ordinaria estaba representada en un porcentaje inferior, siendo frecuentes los ejemplares de pasta fina bien decorados, cerámicas bícromas y polícromas, lo que hace pensar en una función diferente a la anterior. No obstante, la mayor concentración de materiales era muy similar a la aparecida en la estructura A-31: en la zona central y derecha de la habitación. Por otra parte, junto a la pared oeste se encontró un depósito de obsidiana que comprendía 12 lascas, 4 hojas y 5 fragmentos de láminas. Es, pues, posible que si la primera vivienda descrita era característica de gente sencilla, ésta tuviera una función más ceremonial que doméstica, dada la manifiesta escasez de restos de carácter ordinario en su interior (Fauvet, 1973).

De la misma manera que en arqueología, los estudios etnológicos sobre comunidades mayas de las tierras altas han prestado poca atención acerca de la división conceptual de los espacios interiores de las viviendas, por lo que existen escasos datos sobre las áreas de actividad en ellas representadas.

En Zinacantán, tales espacios están definidos y organizados según la localización del hogar y de los objetos que son propios y utilizados por la mujer, y por el emplazamiento del altar familiar y de los utensilios usados específicamente por el hombre y, por último, por el área de descanso que se puede considerar de utilidad común (Vogt, 1969: 84; figs. 32, 33). De esta manera, la zona izquierda de las viviendas está dedicada al almacenaje de

agua, maíz y ropa, así como a la preparación y transformación de alimentos; mientras que la derecha se ha reservado al descanso y a la zona donde se coloca el altar ritual.

Como puede observarse en esta somera descripción de la distribución espacial de los artefactos en distintas casas mayas en el presente y en el pasado, no parece existir un patrón general de la utilización de los espacios para la zona maya como un todo, aunque los ejemplos de que disponemos son muy escasos y muy distantes en el tiempo y en el espacio. La escasez de la muestra recuperada implica que aún no estemos en condiciones de afirmar o negar la existencia de patrones regionales en períodos de tiempo determinados los cuales, incluso, han podido ir variando según hayan sufrido influencias de nuevas corrientes ideológicas y estilísticas. En cualquier caso, estimamos que la vivienda de Agua Tibia pudo ser bastante representativa de las casas mayas de las tierras altas, al menos durante el período Clásico Tardío y, mientras nuevas interpretaciones aporten alguna luz al respecto, puede ser utilizada como un ejemplo típico de las unidades de habitación de carácter campesino existentes en la región durante el período de tiempo señalado.

5.1.1. El temazcal.

A 5,65 m. de la pared norte de la vivienda nº 2 se excavó una nueva estructura que por sus características fue interpretada como un baño de vapor, cuyos rasgos formales, funcionales y culturales han sido estudiados de manera más amplia con anterioridad (Alcina, Ciudad e Iglesias, 1980: 93-132). Los primeros indicios de la aparición de esta construcción comenzaban, al igual que ocurría con las otras estructuras ya descritas, con la apari

ción de una capa de piedra pómez indicativa de la existencia de paredes. En general, la estructura aparecía más deteriorada que las casas nº 1 y nº 2 debido, seguramente, a que se trataba de un edificio semisubterráneo y, por lo tanto, más susceptible a la erosión. Por lo demás, el sistema y materiales de construcción empleados en él fueron los siguientes:

La puerta de acceso estaba orientada hacia el este, y su presencia venía indicada por cuatro peldaños de piedra andesítica de río que por su colocación, in situ, pensamos llevarían al interior del recinto, el cual estaría por debajo en relación con el resto del recinto habitacional (fig. 11). Ningún otro elemento de la puerta o la pared fue recuperado, aunque en su contexto inmediato se encontraron cantos rodados y piedras pómez que manifestaban la existencia de paredes. Los mencionados cantos rodados no fueron trabajados de una manera especial, pero sí escogidos por su forma y tamaño en las márgenes del río cercano y después bien asentados en la tierra (Lám. Xa).

El lado sur, que transcurría paralelo a la vivienda, mostraba una capa de tierra quemada que, por su composición arcillosa, aparecía visiblemente enrojecida, y que tenía las mismas características que la descubierta en el horno y en parte de los cimientos de los recintos habitacionales (Lám. Xa). Sin embargo, en este caso pensamos que no se trataba de un material de construcción, sino más bien de la zona de fuego en que se calentaban las piedras que después proporcionaban el vapor de agua necesario para el baño. Abundando en esta cuestión, se rescataron en este mismo contexto diferentes fragmentos de cerámica ordinaria de buen tamaño, rasgo que aparece siempre junto al fuego de los baños de vapor actuales. Relacionado también con la capa de arcilla quemada y endurecida se encontró un reducido orificio de desagüe que sirvió pa

ra recoger el agua vertida sobre las piedras incandescentes. En cuanto al muro propiamente dicho, había desaparecido por completo, aunque es muy posible que se mantuviera el mismo sistema de construcción que el empleado en la pared norte, que describiremos a continuación.

El lado norte apareció en mejores condiciones que los restantes, y en él se descubrió una pared perfectamente alisada y enlucida a 0,76 m. de profundidad (fig. 20). Se disponía en dirección este-oeste, con unas dimensiones absolutas de 2,40 m. en sentido longitudinal y 0,43 m. de altura máxima obtenida en la esquina este, mientras que el resto oscilaba entre 0,23 y 0,30 m. Curiosamente, detrás de este enlucido no aparecieron cantos rodados ni piedras pómez tan comunes en las paredes y muros de las viviendas, lo cual nos hace pensar que se colocó directamente sobre el nivel semiexcavado de la ladera, siendo alisada y más tarde cocida con el fin de conseguir una mayor consistencia (Lám. Xb). A continuación del fragmento de pared enlucida, y un poco desplazadas con respecto a ella, surgieron dos grandes piezas de piedra orientadas en sentido este-oeste, que debieron servir de asiento para los bañistas. Estaban formadas por dos cuerpos diferentes: un prisma rectangular tallado con cierta precisión que servía de respaldo y alcanzaba unas dimensiones de 1,30 m. de largo por 0,12 m. de alto, y una laja plana y estrecha que constituía el verdadero asiento. Se trataba de una estrecha pieza de 2,85 cm. de grosor, 0,90 m. de longitud y entre 0,27 y 0,33 m. de anchura. Ambas descansaban sobre una superficie endurecida conseguida a partir de tierra quemada según el sistema empleado en otras construcciones (Lám. Xb).

En cuanto a las paredes del baño de vapor, se levantaron a una altura superior a los 0,50 m. del suelo en que se situaba el

nivel medio del terreno; de ellas y de la techumbre podemos suponer, aunque no disponemos de suficiente información para poder afirmarlo con seguridad, que estarían contruidos -al igual que los muros de la casa nº 2- con piedras pómez de mediano tamaño, finas varas de madera y barro; mientras que la techumbre sería de entramado de madera y pajón. El piso se formó mediante la dispersión de pequeñas piedras pómez apelmazadas con tierra apisonada (fig. 30).

Estos rasgos arquitectónicos mencionados, junto con las analogías establecidas y otros elementos que se mencionarán a lo largo de esta exposición, nos indujeron a considerar que esta habitación de planta rectangular (fig. 21) y unas dimensiones totales de 4,25 m. de longitud por 2,25 m. de anchura, fue utilizada como baño de vapor por los habitantes de la casa nº 2 de la cual fue contemporánea, al igual que el horno abierto de cerámica y el camenterio (fig. 31).

5.1.1.0. Temazcales arqueológicos en el área maya.

El estudio de la génesis, evolución y función del baño de vapor en Mesoamérica ha sido tratado con anterioridad de manera amplia (Alcina, Ciudad e Iglesias, 1980: 93-132), razón por la cual nos vamos a ceñir únicamente a la descripción de estos rasgos culturales en el área maya, aunque en determinados casos tengamos que apoyar cierto tipo de afirmaciones con informaciones procedentes del centro de México.

El nombre que define este tipo de estructuras a través de Mesoamérica es el de temazcal, que proviene del término nahuatl temazcalli, el cual fue traducido por Molina (1944: 2ª parte, folio 97.v) por "casilla como estufa donde se bañan y sudan", ya

que tema significa bañar, y calli casa (Cresson, 1938: 40). Sin embargo, la generalización del término no significa que su introducción en la zona maya se haya producido por influencia nahuatl, sino que se incorporó a partir de la llegada de los españoles, con el consiguiente desplazamiento de los nombres indígenas en uso: en el Popol Vuh, por ejemplo, en el transcurso de la narración acerca de cómo se multiplicaron los descendientes de Balam Quitzá, Balam Acab y Mahucutah, se habla de que uno de ellos es Cumatz Tahulhá, nombre traducido por Estrada Monroy (1973: 75; nota 407) como lugar de las hornillas cerca del agua, lugar del temazcal (tuh se traduce por horno y es la grafía del término actual tuj; al es la partícula del plural; a significa agua). Asimismo, en el Diccionario Motul se incluye la palabra zumpulche, que significa "baño hecho de tal manera, en el cual entra la mujer recién parida y otras personas enfermas para expulsar el frío que tienen en el cuerpo" (Diccionario Motul, 1864, I: 328).

En cuanto a su distribución espacial en el área maya, las estructuras arqueológicas descubiertas muestran una diferencia que nos parece significativa con respecto a los ejemplares etnográficos: en la actualidad estos rasgos solamente están en vigor en las tierras templadas o frías, pero en época prehispánica aparecían también, según los datos que poseemos, de manera muy frecuente en las tierras bajas. Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que los centros emplazados en esta última zona fueron muestreados con mayor profusión, pero a medida que se realizan nuevas investigaciones en el altiplano son más corrientes las alusiones a baños de vapor arqueológicos descubiertos en esta región. Thompson (1965: 352-355) presupone que la utilización de tales rasgos en ambientes cálidos pudo estar relacionada con las influencias mexicanas en Chichén Itzá o Tikal, así como en otras ciudades del Petén o Yucatán. Tenga validez o no esta suposición,

su presencia parece deberse más a razones de tipo religioso y cultural que a condiciones ambientales u otras de tipo histórico. La distribución de las estructuras bajo estudio en la zona maya es la siguiente (3):

1. En Piedras Negras se descubrieron hasta ocho baños de vapor: estructuras J17 y N1 (grupo del oeste); O/4 y P/7 (grupo del este); R/13, S/2, S/4 y S/19 (grupo del sur) de los cuales sólo se excavaron dos: P/7 y N/1 (Satterthwaite, 1936a; 1936b y 1952). A ellas habría que añadir un ejemplar muy discutible hallado en El Chile, yacimiento cercano a Piedras Negras (Pollock, 1965: 424). La mayoría de ellas se encontraban dentro del área considerada como "centro ceremonial", habiendo sido contruidos de mampostería, con una técnica similar a la empleada en la construcción de los palacios y los templos. Este hecho, unido a su gran tamaño (comparados con los temazcales más modestos descubiertos en los yacimientos de carácter rural o los descritos en monografías etnográficas) da a tales edificios una importancia especial.

2. Palenque: En el patio suroeste de El Palacio, muy cerca de la Cámara Sur, se excavó un recinto que constaba de una habitación con dos orificios circulares en el suelo que pudieron servir de desagüe; la sala carecía, sin embargo, de otros rasgos que identifican a estas construcciones como baños de vapor (Ruz, 1952: 56; fig. 3, Lám. XIII), por lo que su consideración como tal puede resultar algo imprecisa.

3. Uaxactún: Shook (cit. por Ichon, 1977: 203) piensa que en este centro existió al menos un baño de vapor, aunque tal opinión no ha podido ser comprobada.

4. Tikal: Además de los chultunes, cuya posible utilización como temazcales fue postulada por Puleston (1965: 24, 29), al menos dos estructuras pudieron haber funcionado como tales. Christopher

Jones excavó una pequeña habitación de 2 por 2 m. de lado con corredor de entrada que, se supone, sirvió para tal fin (Ichon, 1977: 203). Asimismo, la estructura 5E22, construcción asociada a un juego de pelota que tenía dos banquetas laterales y un fuego central, debió cumplir la misma función (Taladoire, 1974, I: 265).

5. Quiriguá: Dos edificaciones que estaban embutidas en el interior de las estructuras 2 y 3 fueron interpretadas como temazcales (Morley, 1936: 153-155, 160). En ambos casos aparecieron bancos de pequeñas dimensiones entre los que se abrían diminutos recintos donde se habrían de colocar las piedras para producir vapor. Una de ellas se encontraba asociada también a un juego de pelota.

6. Chichén Itzá: Las estructuras 3E3 y 3C15 fueron definidas como temazcales. De ellas, la primera se descubrió en la terraza principal al este del patio de las Mil Columnas y estaba asociada a la construcción 3E2, que era un juego de pelota (Ruppert, 1935: 270; 1952: 82-83, fig. 50-51).

7. Dzibilchaltún: La estructura 605-sub 1, construida en el filo de una plataforma a la cual se accedía por medio de una bajera, fue identificada por Willys IV (1965: 29-33; fig. 3) como un baño de vapor. Su forma era redondeada, excepto en una pared que era recta, y tenía un pequeño desagüe.

8. Ioniná: Dos recintos arquitectónicos asociados al juego de pelota, uno de los cuales acogía una minúscula habitación cuadrada y bien estucada que fue utilizada como un depósito de agua, fueron identificados por Taladoire (1974, I: 262-263) como baños de vapor. La habitación poseía además un pequeño canal de drenaje con unas dimensiones de 3,25 m. de largo y alrededor de 0,40 m de sección.

9. San Antonio (Chiapas): Las estructuras 5A y 5B resultaron ser

dos baños de vapor superpuestos, de los cuales el primero era bastante más grande: 10 por 3 m. de extensión, mientras que el otro tenía 7,25 por 3 m. de lado. Ambos presentaban, a su vez, sendas piezas utilizadas para el descanso de los bañistas. El temazcal denominado 5A tenía en su interior dos grandes bancos y capacidad suficiente para unas 30 personas, hallándose algo rehundido con respecto al nivel del suelo. El gran tamaño que presentaba y su asociación al juego de pelota fueron interpretados por Agriⁿier (1966: 31) de la siguiente manera: "es probable que sus funciones hayan estado estrechamente relacionadas con la ceremonia del juego, tal vez en ritos de purificación. Si tal fue el caso, su gran tamaño que con seguridad daba cabida a un mayor número de personas de las que participaban de forma directa en el fuego mismo, sugiere que éste tenía una función religioso-social compartida por un sector relativamente grande de la comunidad".

10. Chiapa de Corzo: Dos reducidas y simples estancias descubiertas sobre la terraza del montículo 13 fueron interpretadas por Mason (1960) como temazcales. Se trataba de pequeñas habitaciones rectangulares construidas durante la fase Jiquipilas de Clásico Temprano, aunque su descripción está mal documentada por el autor, ya que en ningún caso se señala el lugar del fuego y de drenaje.

11. Los Cimientos (Chiapas): Entre los recintos de carácter doméstico excavados en este yacimiento perteneciente al período Clásico Tardío, se excavó un temazcal que constaba de un estrecho pasillo y una reducida estancia cuadrangular, en cuyo interior se encontraron fragmentos de cerámica, carbón y piedras andesíticas utilizadas en la producción de vapor. Su planta era cuadrada, y en su interior se habían colocado dos banquetas laterales para el descanso de los bañistas. Sus dimensiones absolutas eran de

2,2 por 2 m. de lado; mientras que las banquetas medían 1 m. de ancho por 2 m. de largo. Es de resaltar también la estrecha relación existente entre el baño de vapor y el resto de las construcciones que componían el conjunto habitacional doméstico (Rivero, 1977: 16, 18).

12. Nueva Independencia (Chiapas): Una pequeña construcción semejante en forma y tamaño -1,55 m. de lado por 1,25 m. de altura a los recintos que hoy día son identificados como temazcales, fue encontrada en este reducido asentamiento. Las paredes se habían construido de piedra y lodo y su puerta, que estaba colocada en uno de sus laterales, tenía 0,75 m. de altura. El fuego apareció en un rincón de la habitación que estaba adosada por uno de sus lados a la ladera de un cerro. Aunque el sitio no ha sido fechado aún, puede ser considerado de finales del Postclásico Tardío (Nagvarrete, 1978: 48).

13. Coneta (Chiapas): Los baños de vapor de Coneta formaban parte del grupo de estructuras domésticas incluidas dentro del "complejo de patio", en el que se agrupaba cada unidad familiar. Eran de reducidas dimensiones y muy semejantes a los que están en uso en la actualidad, aunque también se descubrió un ejemplar circular. Fueron construidos durante el período Postclásico Tardío (Lee y Markman, 1977: 61; fig. 7; Lee, 1979a: 101), pero en multitud de ocasiones permanecieron en uso durante el período colonial, como ocurría con los 83 temazcales hallados en Coapa (Chiapas), asentamiento en el que alcanzaron tal importancia que su relación con respecto a las viviendas llegó a ser de 1/4 (Lee, 1979b: 220).

14. Iximché: Guillemín pensaba que una de las estructuras, que aún no ha sido excavada, muestreadas en Iximché pudo ser un baño de vapor (Ichon, 1977: 204).

15. Zacualpa: El montículo III excavado en este centro ocultaba

una tumba reutilizada que originalmente fue construida como una parte subterránea de la plataforma de una casa. Las dimensiones y sistema de construcción de las paredes eran semejantes a los baños de vapor que se utilizan hoy día por los alrededores. Este hecho, unido a la presencia de un horno relleno de carbón vegetal colocado sobre el suelo original de la tumba, impulsaron a Wauchope (1938: 137) a considerar esta construcción como un temazcal.

16. Los Cimientos-Chustum (El Quiché): Situada en la zona III (la do suroeste) del centro ceremonial, se excavó la estructura B-12, cuya planta era rectangular muy alargada y contenía un depósito de agua, dos bancos laterales de 2 m. de longitud cada uno y un hornillo al fondo de la construcción. La habitación principal medía 1,40 por 6,30 m., y tenía la entrada por el lado norte. Su presencia en la zona ceremonial del sitio lo emparenta con estructuras semejantes localizadas en centros de importancia superior, tales como Palenque, Piedras Negras, Tikal, etc., lo cual llevó a Ichon (1977: 204-206; fig. 9: 3) a indicar la posibilidad de que estos rasgos culturales fueran de uso reservado para la élite del centro.

17. Finca El Paraíso: Un gran temazcal de carácter comunal que "consistía en una estructura circular subterránea hecha de piedras talladas ásperas" (Borhegyi, 1965a: 32) fue descubierta en esta finca de la bocacosta occidental de Guatemala. A la habitación se accedía mediante un largo pasaje cubierto por lajas de piedra de regular tamaño. Tres bancos concéntricos rodeaban un profundo hogar circular central, en el cual aún quedaban fragmentos de cerámica, manos de moler y metates con huellas de haber sido expuestos al fuego (Kidder y Shook, 1959).

Por último, algunos de los pozos de forma abotellada, que

tan amplia difusión tuvieron a lo largo de los altiplanos central y oeste durante los períodos Preclásico Medio, Preclásico Tardío y Protoclásico, también fueron interpretados por Borhegyi (1965a: 9, 27) como baños de vapor, pero a nuestro entender, se trata de suposiciones que aún no están suficientemente documentadas.

En definitiva, en lo que respecta a los temazcales arqueológicos descubiertos en el área maya, existió una amplia variedad formal -tanto en lo que se refiere a las plantas de las estructuras como a las dimensiones, diseños, asociación a otros edificios, etc.- que entra en conflicto con cierta homogeneidad en cuanto a su funcionamiento. La escasa heterogeneidad funcional existente pareció estar supeditada al contexto en el que se encontraron los baños de vapor excavados, ya que todos aquellos que estaban guardando relación con edificios domésticos -tales como los estudiados en Los Cimientos, Nueva Independencia y Coneta en Chiapas, o el mismo de Agua Tibia- pueden ser considerados como estructuras de carácter rural. La preferencia de las investigaciones sobre edificios y centros ceremoniales de importancia, con especial hincapié en aquellos emplazados en las tierras bajas, ha hecho que hasta hoy el temazcal arqueológico haya sido interpretado como un rasgo cultural utilizado de manera exclusiva por la élite dirigente de estos centros: su particular localización junto a estructuras relevantes tales como juegos de pelota u otras de diversa función, así como la calidad de materiales y sistemas de construcción empleados y sus dimensiones, parecen razones suficientes para que fueran considerados en este sentido. Sin embargo, las excavaciones en asentamientos de tipo rural y campesino -cada vez más frecuentes- abren la posibilidad de la integración de la gente común en prácticas rituales y domésticas que hasta ahora habían sido asignadas con carácter exclusivo a las clases más al

tas que habitaban los asentamientos de importancia, popularizando en cierto sentido el uso de las construcciones que estamos comentando.

5.1.1.1. Tipología.

Establecer una clasificación formal de los temazcales arqueológicos y etnográficos encontrados en el área maya no es tarea fácil, debido sobre todo a la gran diversidad formal con que se han manifestado. En esta ocasión, vamos a intentar reagruparlos según los tipos más frecuentes que se hayan descubierto, sin que ello quiera decir que se haya confeccionado una tipología cerrada y definitiva pues, a medida que avanza nuestro conocimiento del área maya, aparecen nuevas variedades en torno a este rasgo. Este hecho implica, además, que no tengamos en consideración ningún elemento primario en particular -cosa que ya ha sido intentada anteriormente por Taladoire (1974, I: 263-266)- para su clasificación, sino la combinación de varios de ellos. Antes de entrar de forma directa en este tema, creemos oportuno definir una serie de rasgos que nos serán de gran utilidad a la hora de desarrollar esta clasificación. Satterthwaite (1952: 20; fig. 10) propuso un conjunto de características formales mínimas que, combinadas, habrían de definir como temazcales las estructuras excavadas por él en Piedra Negras:

El elemento principal de estas construcciones desde el punto de vista arquitectónico era la llamada cámara central o sala de vapor cuya función consistía en permitir la entrada de un número variable de personas que se beneficiaban de la concentración del vapor de agua durante un cierto tiempo. En términos generales, se trataba de una habitación muy pequeña con una única puerta muy

estrecha y baja.

Importante también era la presencia de un hornillo o lugar donde se producía el fuego a partir del cual se obtenía el vapor de agua. Este se situaba muchas veces en una construcción anexa a la sala de vapor, pero otras quedaba incluido en su interior, cosa que ocurría en multitud de temazcales arqueológicos. En ocasiones, era una zona interna del baño la dedicada a servir de hogar, sin que hubiera separación alguna con el resto de la sala, como en el caso de Agua Tibia.

Un rasgo muy común, aunque no se manifestara con la misma frecuencia que los anteriores, era la sala para desvestirse, que servía de entrada al temazcal propiamente dicho.

Finalmente, existían varios elementos considerados menos importantes que fueron fundamentales para el funcionamiento del baño de vapor, a pesar de que desde el punto de vista de la arqueología fueran más difíciles de localizar: puerta, ventilador y desagüe. La puerta había de ser de tamaño reducido y estrecha, hasta el punto de que para entrar en la cámara central se hacía necesario arrodillarse; el ventilador debía de ser un vano más pequeño aún que el anterior y servía para que la sala de vapor quedara limpia antes de que entraran los bañistas; y el desagüe, que permitía la expulsión del agua del interior de la estancia. En ocasiones, la habitación se ventilaba también a base de establecer una corriente de aire entre la puerta y el resquicio que quedaba entre la techumbre y los muros.

De todos los elementos aquí mencionados, Satterthwaite (1952) consideró esenciales para la definición del temazcal la cámara central y el sistema de producción de vapor, incluido el ventilador, siendo secundarios el drenaje del agua y las demás construcciones anexas. Nosotros vamos a tenerlos en cuenta de manera glo-

bal pero no sistemática, ya que los temazcales arqueológicos y etnográficos pueden presentar variaciones tales como ser de planta rectangular, cuadrada o circular; ser construcciones sobre el terreno, semisubterráneas o subterráneas; con techumbre a dos aguas, planas o cupuliformes; y con una capacidad para una, dos, seis o veinte personas según el tamaño; en definitiva, con una complejidad tal, que no permiten establecer tipos o grupos definidos con cierta claridad. En el presente trabajo se considerarán de manera fundamental los baños de vapor edificadas en el área maya, ya que una visión más amplia en la que se incluyen aquellos ejemplares localizados en el altiplano mexicano, en la costa del golfo y en las tierras altas de Oaxaca, ha sido perfilada con anterioridad (Alcina, Ciudad e Iglesias, 1980).

El tipo más amplio en cuanto a su distribución en el espacio, tanto en tiempos prehispánicos como en la actualidad, es aquel cuya sala de vapor tiene planta cuadrada o rectangular (Lám. XIa,b), apareciendo desde las tierras altas de Chiapas (Cresson, 1938: 101) hasta el altiplano guatemalteco, uno de cuyos ejemplos más relevantes puede ser el de Agua Tibia o el de Los Cimientos-Chuatum (Ichon, 1977: 208; fig. 5). Algunos de éstos tienen el hogar en la misma cámara (Lám. XIIIf), pero generalmente su situación es exterior a la sala, de tal manera que en muchos casos el hornillo tiene apariencia cupuliforme, mientras que en otros la techumbre es a dos aguas (Lám. XIIIf). Ejemplos de fuego en el interior de la construcción se dan en un buen número de temazcales arqueológicos como en Piedras Negras (Satterthwaite, 1952), Chichén Itzá (Ruppert, 1952: 56; fig. 127) o Quiriguá (Morley, 1936); así como también en otros de carácter rural como en Los Cimientos, Chiapas (Rivero, 1977: 16), Nueva Independencia (Navarrete, 1978: 48) y Coneta (Lee, 1979a).

Algunos baños de planta cuadrada o casi cuadrada pueden tener el techo en forma de cúpula, como los observados por el autor en San Miguel Totonicapán y en Santa María Chiquimula (Lám. XIb) o el descrito por Grollig (1959: 42) en San Miguel Acatán (Huehuetenango). Otros tienen la techumbre plana como el de Vicente Rosales en el Cantón Xantún (Totonicapán). Entre los ejemplares de planta cuadrada, hornillo exterior cupuliforme y techumbre plana es necesario citar el que se reproduce en el Códice Magliabecchiano (Nuttall, 1903: 65).

Una buena parte de las estructuras descritas están colocadas debajo de una cubierta a dos aguas, la cual se apoya en dos soportes de madera y sirve para salvaguardar el techo, muchas veces endeble, de barro y madera (Lám. XIb). Ejemplos de ello se pueden encontrar en Tactic (Stoll, 1886: 162-163; fig. 3) o en San Miguel Totonicapán. Este tipo de cubierta viene a equivaler a la gran sala donde se sitúa el temazcal N/1 de Piedras Negras (Satterthwaite, 1952; fig. 10).

Aunque no tan frecuentes como aquellos de planta rectangular o cuadrada, los baños de vapor de planta circular y techumbre cupuliforme son utilizados por los mames de Huehuetenango (Virkki, 1962: 74); de ellos, un buen número son semisubterráneos (Lám. XIIb), mientras que otros aparecen enteramente contruidos bajo el suelo: entre los primeros hay que mencionar los de Tactic, San Cristóbal y San Marcos (Alta Verapaz), en los que "las paredes y el tejado son contruidos en madera hendida y calafeteados en barro. La puerta es muy pequeña y generalmente se hace el techo con pajón o teja de barro para protegerlo de la lluvia" (Virkki, 1962: 75); entre los segundos son comunes los baños utilizados por los jacaltecas de los Altos Cuchumatanes (La Farge y Byers, 1931: 41). En ocasiones, aunque de manera más aislada, se habili-

tan para el baño pequeñas cuevas excavadas en la pared de la roca volcánica de carácter pomáceo que cubre grandes extensiones en el altiplano guatemalteco, tales como la mencionada por La Farge y Byers (1931: 42) para San Antonio Palopó en la región Cakchiquel, o el observado por el autor de este ensayo en un pequeño rancho localizado en el camino que va de San Miguel Totonicapán a Santa Cruz del Quiché.

El hornillo de los baños de vapor se encuentra instalado bien junto a la puerta (Lám. XIb), como en el caso de Nahualá y Santa Lucía Utatlán (Virkki, 1962: 76), o bien frente a ella, tratándose de fogones en el interior de la sala de vapor (Lám. XIIIb), de los cuales se han encontrado datos en Los CimIENTos (Chiapas) (Rivero, 1977: 18), Nueva Independencia (Navarrete, 1978: 48) y en Agua Tibia. Cuando el hornillo es una pequeña construcción aislada de la cámara central, como ocurre con los temazcales arqueológicos de Chichén Itzá y Piedras Negras, suele estar enfrente de la puerta de entrada, rasgo que puede observarse en San Antonio, Chiapas (Agrinier, 1966: 29-30), en Finca El Paraíso (Kidder y Shook, 1959; figs. 2 y 3) o en Los CimIENTos-Chustum (Ichon, 1977: 204-205).

Un elemento fundamental en este tipo de construcciones es el desagüe o drenaje: suele estar formado por un canal, generalmente de la misma anchura que la puerta del fogón, que sale hasta el exterior del baño de vapor, como ocurre en Piedras Negras (Satterthwaite, 1952; fig. 10), en el de Chichén Itzá (Ruppert, 1952: 56; fig. 127), en el de Finca El Paraíso (Kidder y Shook, 1959; figs. 2 y 3), o el de Dzibilchaltún (Willey IV, 1965: 29-33; fig. 3). A veces, el drenaje es subterráneo, y de él sólo se ve un orificio como en Agua Tibia (Lám. Xa) o en San Antonio, Chiapas (Agrinier, 1966: 29-30) o, de manera excepcional, dos orificios como en el ejemplar de El Palacio de Palenque (Ruz, 1952: 56; fig. 3 y Lám.

XIII).

En cuanto a los materiales y sistemas de construcción empleados en su elaboración, son también muy variados. Por lo general, abunda la piedra y el barro, pero coexisten con estos materiales el adobe, piedra pómez y barro (en el ejemplar de Agua Tibia), o piedra de cantería finamente tallada, como en la mayor parte de las estructuras arqueológicas encontradas en los grandes centros ceremoniales, mientras que las excavadas en contextos domésticos de asentamientos de origen campesino suelen ser de piedra y barro. El interior de los muros puede presentar un enlucido de barro más o menos fino, como ocurre en Agua Tibia (Lám. Xb).

Finalmente, la techumbre es siempre de piedra y barro sobre un armazón de madera, tanto si se trata de tejados a dos aguas como si las cubiertas son planas. Además, en la actualidad se está incorporando el sistema de tejas sobre el armazón de madera en las techumbres a dos aguas, como puede observarse en el baño de vapor encontrado en el Cantón Vázquez por el autor (Lám. XIa).

Junto a este conjunto de elementos, que podemos considerar fundamentales, hay otros de carácter secundario, aunque no por ello infrecuentes en la construcción. Quizás uno de los más comunes sea el de los bancos para el descanso de los bañistas, los cuales están presentes en una buena porción de los temazcales arqueológicos descubiertos en el área maya: por ejemplo, en Chichén Itzá, Los Cimientos-Chustum y Los Cimientos (Chiapas) los asientos son dos y se hallan siempre enfrentados, próximos al hogar u hornillo. En el baño de vapor de San Antonio la longitud que alcanzan es tal que se calcula que podrían entrar en él alrededor de 30 personas. El ejemplar de Finca El Paraíso presenta la particularidad de que los bancos tienen una disposición circular. En cuanto a los baños etnográficos, encontramos numerosos

ejemplos en que los bancos de madera son de uso constante, tal como puede observarse en los estudiados en la zona de San Miguel Totonicapán (aquellos pertenecientes a la Sra. Batz, Domingo García, Vicente Rosales y Cantón Vázquez). En estos cuatro casos, así como en muchos otros de Nahualá y Santa Lucía Utatlán y de los Cuchumatanes (Wagley, 1969: 54) no falta nunca el tablón de madera que se apoya en uno o dos troncos, cuya función es similar a la de los asientos encontrados en las construcciones arqueológicas. La única diferencia existente es que en los ejemplares prehispánicos los baños parecen tomarse sentados, a juzgar por la estrechez de los asientos, mientras que en la actualidad es más común disfrutar del baño tumbado.

El procedimiento más frecuente utilizado en la obtención del vapor de agua consiste en calentar piedras (también en grandes tiestos de cerámica que almacenan muy bien el calor (lám. XIIIb)) sobre las que se arroja agua que, de forma inmediata produce vapor. En algunos temazcales prehispánicos se han encontrado piedras que, sin duda, se emplearon para tal fin: ejemplos de ello se han obtenido en la Estructura 2 de Quiriguá, en los cimientos, Chiapas o en Agua Tibia. Otro sistema empleado en aquellas ocasiones en que el hornillo está situado en el exterior del baño, es calentar la pared contigua sobre la que se arroja agua que genera vapor (Harvey y Kelly, 1969: 659).

En cuanto a las proporciones y a la capacidad de las construcciones en estudio, ya hemos dicho que son muy variables: existen recintos individuales o aptos para muy pocas personas y otros que permiten la entrada de hasta veinte o treinta individuos, como ocurre en el baño de San Antonio en Chiapas. En la región medio-oeste de Guatemala "los tamaños varían, acomodando de una a seis personas. Familias con niños pequeños se bañan juntos ordinariamente

te; cuando los niños crecen los varones se bañan, usualmente, aparte de las mujeres" (Tax e Hinshaw, 1969: 81; fig. 10). Como en otra gran cantidad de aspectos mencionados en multitud de ocasiones en la presente exposición, la capacidad de los edificios depende del contexto en el que se han levantado: así pues, siempre son más grandes aquellos emplazados en los grandes núcleos de población; mientras que los temazcales rurales son más pequeños y homogéneos en lo que se refiere a sus dimensiones, alcanzando un promedio en torno a los 2 por 2 m. de lado. El caso concreto de Agua Tibia, y quizás de algún otro, puede ser un intermedio debido seguramente a que se le ha dado un uso comunal.

Por último, estimamos interesante reseñar la disposición de estas construcciones con respecto al conjunto de unidades domésticas ocupadas por una familia: salvo en algunos casos en que el baño se ha instalado en el interior de la vivienda -como ocurre en San Cristóbal Totonicapán (Virkki, 1962: 76)-, el temazcal se halla a cierta distancia de los muros de la casa. Esto ocurre sin ir más lejos en Agua Tibia (fig. 31), donde el recinto que se comenta se emplaza a 5,65 m. del muro norte de la casa nº 2, o en los encontrados en Coneta y Coapa, en Los Cimientos y Nueva Independencia, Chiapas. En el departamento de Totonicapán todos los baños se sitúan en el interior de los recintos habitacionales en los que, además de la cocina, se han construido una o dos habitaciones y, en ocasiones, un porche en que se instala la leña, el granero, etc., como ocurre con los ejemplares de la Sra. Batz, de Vicente Rosales y Domingo García. Sin embargo, el temazcal localizado en el Cantón Vázquez constituye una unidad aislada dentro del conjunto habitacional, sin estar pegado a las paredes pertenecientes a otros recintos. Una disposición semejante puede haber tenido el de Agua Tibia aunque, naturalmente, no hayan quedado

restos de vallas que delimitaran la propiedad debido a que éstas suelen ser de carácter perecedero. Otra posibilidad con respecto a la disposición de los edificios es la que ofrecen aquellos localizados en los Cuchumatanes, puesto que los conjuntos domésticos no suelen estar delimitados con claridad y el baño, aunque situado bastante cerca de la vivienda, siempre está apartado de ella (Wagley, 1969: 54).

5.1.1.2. Función.

A lo largo del presente apartado nos hemos referido en sucesivas ocasiones a la uniformidad funcional del temazcal, característica que no es exclusiva del área maya, sino que se extiende a todo Mesoamérica, razón por la cual algunos supuestos mencionados se han apoyado en informaciones procedentes de México Central o de la Costa del Golfo.

Una de las mejores descripciones del temazcal -tanto en el aspecto formal como en el funcional- es aquella que aparece en el folio 77 del Códice Magliabecchiano de la Biblioteca de Florencia (Nuttall, 1903: 65). La forma del baño de vapor que se reproduce es semejante a la de los modelos actuales: la puerta de acceso es pequeña y baja, con dintel, y lleva a ambos lados sendos orificios que deben servir como ventiladores; el símbolo del agua está representado en el interior de la puerta y la techumbre es plana. El horno o fogón se halla del lado izquierdo de la imagen del temazcal: hay una pequeña puerta por la que una persona, quizás una anciana, introduce ramas secas de leña para incrementar el fuego. De la superficie exterior del horno y de una parte del baño se escapa lo que sin duda es vapor de agua. Sobre la entrada de la construcción se observa la imagen de una divinidad,

la cual confirma el carácter religioso o el valor ritual que tienen tales construcciones. Para reforzar esta sospecha se observa arriba a la derecha de la imagen un hombre que ofrece plegarias para propiciar el éxito del baño. Por último, en la parte inferior derecha aparece un enfermo cuya dolencia se puede apreciar a partir de una lágrima que sale de sus ojos, el cual es atendido por una mujer que le ofrece una bebida ceremonial.

Durán (1967: 26) define también el funcionamiento de los baños de vapor entre las comunidades emplazadas en el centro de México el cual, como veremos más adelante, no difiere mucho de los actuales: "Estos baños se recalientan con fuego, los cuales son unas casillas muy bajas; cuanto caben dentro hasta diez personas echadas, porque en pie no pueden estar y apenas sentados, tienen la entrada muy baja y estrecha, que si no es uno a uno y a gatas no pueden entrar; tienen atrás un hornillo por donde se calienta y es tanto el calor que recibe que casi no se puede sufrir. Los cuales son como baños secos porque sufren allí los hombres con sólo el calor del baño y con el vaho, más que con ningún otro ejercicio ni medicina para sudar, de la cual usan los indios muy ordinario así sanos como enfermos los cuales después de haber allí muy bien sudado se lavan con agua fría fuera del baño por contemplación de que aquel fuego del baño no se les quede en los huesos, lo cual espanta a los que lo ven que un cuerpo abierto de haber sudado una hora que se salgan del baño y se laven, se echen encima diez y doce cántaros de agua sin temor de ningún detrimento. Cierta que parece brutalidad, pero entiendo que no es sino en aquello que el cuerpo se habitúa y en lo que se cría aquello le es como natural, lo cual si un español lo hiciera se pasmara o se tullera que no fuera más provechoso".

Cuando el temazcal tiene un hornillo exterior al mismo, es

allí donde se coloca la madera para hacer el fuego que sirve para "calentar la mampara de tezontle y los muros interiores del temazcal" (Gamio, 1922, II: 241). La leña que ha de alimentar el fuego tiene una medida exacta, denominada tercia en el departamento de Totonicapán, ya que si se echa más puede resultar peligroso, puesto que "uno se desmaya y puede llegar a morir" -según la Sra. Batz-, debido quizás a una excesiva bajada de tensión provocada por el calor.

En el caso de que tal hornillo no exista, es necesario hacer el fuego en el interior de la sala de vapor como ocurría en el baño descubierto en Agua Tibia para, después, arrojar las brasas fuera (Lám. XIIIb). Acto seguido, se cubre el suelo con hojas verdes y se lanza sobre las piedras y muros calientes agua hirviendo, generándose el vapor de manera inmediata (Manrique, 1969: 702). Otras veces, se utilizan grandes fragmentos de cerámica con la misma finalidad (Lám. XIIIb), como puede observarse en el Códice Florentino (1957, libro V, cap. 36: 195). Dado que el temazcal suele ser muy pequeño, no se necesita más de una hora para calentarlo. Cuando el hornillo y el cántaro de agua alcanzan la temperatura deseada, una vez sacado el fuego del recinto y limpio éste de humo, se tapa la puerta con una estera o una pequeña hoja de madera. "Entonces, dos o cinco miembros de la familia -hombres mujeres y niños- entran a bañarse. Se prefiere hacerlo en compañía. Un cántaro de agua fría ha sido colocado en el tuj o inmediatamente fuera de la puerta. Se hace una mezcla bien caliente, pero tolerable, en un tercer recipiente, la cual es usada por todos. Después de echar agua sobre las piedras calientes se acuestan o se sientan durante cinco o diez minutos. La transpiración comienza de inmediato, porque el aire del pequeño espacio se concentra de vapor muy pronto. En esta fase, el indígena usa un manojo de ramas para

golpearse el cuerpo....." (Virkki, 1962: 77-78).

Elemento fundamental en el proceso del funcionamiento del baño de vapor parece ser el uso de plantas de diferentes características. Virkki (1962: 78) señala que el manojo "se hace en Guatemala con ramas de algunos árboles o arbustos que -dice- no he podido identificar bien: de sauco, chilca, zacate blanco, etc., por ejemplo". En el valle de Totonicapán, la utilización de determinadas plantas depende, en última instancia, de la intención con la que se ha de tomar el baño. Así, el romero y el xacicja, que se recogen en un área inmediata a los asentamientos del valle, son empleadas siempre para el aseo personal. Sin embargo, otras plantas tienen una función muy especializada: el camazaul, o altamira, se utiliza para curar enfermedades estomacales y para "bajar la regla"; el quevu se emplea cuando a una mujer recién parida no le baja la leche. Este arbusto se puede recolectar en el paraje conocido con el nombre de Xolsamiguel o cuevas de San Miguel, lugar semisagrado donde se hacen plegarias y rituales "costumbre", y que se localiza a 4 km. al noreste de San Miguel Totonicapán. Con el mismo fin, y disperso por la mencionada zona, se usa el cruzimujes, planta que además es muy olorosa. En los alrededores del Cantón Xantún puede conseguirse salvia santa, arbusto que tiene propiedades medicinales. De aplicación mal definida en lo que respecta a su asociación con el temazcal, pueden considerarse el zacate de menta, que se recolecta en los montes de los alrededores, y el zialesjuaj, que se consigue aún más allá de las cuevas de San Miguel, a unos 8 ó 9 km. de la capital departamental.

Junto a estas plantas que tienen unas misiones muy específicas en el contexto del baño de vapor, existen otras que se utilizan en todas las ocasiones: la hoja de sauce suele colocarse en-

cima del fuego y sobre los bancos de madera sobre los que descansan los bañistas, funcionando como un aislante contra el fuego; la chilca, planta sin olor de la que se suele coger una rama entera con la que se airea o "llama" al fuego cuando el temazcal se enfría, con lo cual se reanima el calor y el vapor; también se utiliza la hoja de eucalipto para el baño. A pesar de esta enumeración, es muy posible que las plantas utilizadas en los baños del valle de Totonicapán no sean las mismas que las empleadas en otras regiones donde aparece este rasgo, sino que seguramente cada nicho ecológico provee diferentes especies de arbustos a los que se ha dado un uso semejante al descrito en estas líneas.

La frecuencia con que se practica el baño también es variable: "En Nahualá y Santa Lucía Utatlán se bañan cada tres o cinco días, y en la mayor parte de los pueblos tzutujiles una vez semanalmente o por lo menos una vez cada dos semanas. Los indígenas de Alta Verapaz no tienen intervalos regulares" (Virkki, 1962: 78).

La finalidad con que se toman los baños de vapor es hoy múltiple, aunque esta situación puede haber cambiado desde tiempos prehispánicos, al menos en lo que se refiere a los temazcales emplazados en las tierras bajas: por ejemplo, éstos no debieron jugar ningún papel en las actividades higiénicas de los individuos. En principio, podemos considerar que se toman con cuatro finalidades diferentes: higiénica, terapéutica, postparto y ceremonial o religiosa.

En la actualidad, su uso casi está restringido a las actividades higiénicas debido, quizás, a un proceso de secularización o desacralización cada vez más rápido. En este sentido, la frecuencia de su práctica varía en torno a una vez por semana, como ocurre en el departamento de Totonicapán; naturalmente, ésta se ve acentuada en vísperas de determinados acontecimientos familiares

o colectivos a nivel de comunidad, pero nunca como una tarea comunitaria sino en un ámbito individual o familiar. De un modo más particular, se usa por las mujeres cuando aparece la primera menstruación de una adolescente, ocasión en la que ésta se acompaña por una mujer de avanzada edad "la abuela ritual" que aprovecha la ocasión para darle unas normas mínimas de conducta (Schultze-Jena, 1954: 112)

El uso terapéutico es también muy importante: en el folio 76 del Códice Magliabecchiano se comenta la pictografía en la que a parece un temazcal (folio 77) en los siguientes términos: "esta es una figura de los baños destes yndios que ellos llaman temazcale do tienen puesto un yndio a la puerta que era abogado de las enfermedades y cuando algún enfermo yba a los baños ofrecíanle encienso que ellos llaman copale....." (Nuttall, 1903: 64). Se recomendaba su uso a "sarnosos, bubosos, a los purgados, apaleados, a los que habían sufrido algún golpe, y eran especialmente efectivos para los que tenían los nervios encogidos" (Sahagún, 1975: 688), enfermedades que son enumeradas y posteriormente ampliadas por Clavijero (1817, I: 429-430).

Entre las dolencias que pueden ser curadas mediante sucesivos baños de vapor es preciso mencionar las fiebres tifoideas (Fuentes y Guzmán, 1972, III: 91), la viruela, el reumatismo y las dolencias de la piel (Cresson, 1938: 99), el resfriado y la malaria (Virkki, 1962: 78) y, según hemos comprobado en el departamento de Totonicapán, se practica también por las madres que han cogido frío al pecho, para que les vuelva la leche. En este caso concreto, es común el empleo de la chilca, manojo de hierbas con las que se golpea el pecho de manera repetida hasta que le llega la leche. De todos modos, no existe una uniformidad de una comunidad a otra a la hora de determinar qué enfermedades se curan mediante los baños en el temazcal: de esta manera, mientras

que en muchas comunidades éstos se recomiendan de manera especial cuando se está resfriado, los cakchiqueles de Panajachel piensan que no es bueno tomarlos (Virkki, 1962: 78).

En general, el tratamiento médico está relacionado de modo más o menos indirecto con el uso ceremonial del temazcal. La diosa Temazcalteci "era al mismo tiempo la patrona de los médicos y de los adivinos y hechiceros, actividades todas muy relacionadas y que eran patrimonio de un sólo gremio de ticitl o curanderos... Cuando un enfermo entraba a los baños allí estaba, en su creencia, la Médica de la Noche que ve las cosas secretas y adereza las cosas desconcertadas en los cuerpos de los hombres y fortifica las cosas tiernas y blandas" (Carrasco, 1946: 740), relato que recuerda a la opinión sostenida por alguno de nuestros informantes en el sentido de que el baño de vapor fortalece a quienes lo utilizan. En tiempos antiguos, "los médicos intervenían en la ceremonia de encender el fuego, la cual se debía acompañar de conjuros para que el baño aprovechara a los que lo tomaban, y de ofrecer copal a la diosa. Después, el médico o médica, pues debía ser de sexo opuesto al del paciente, entraba con éste al baño y allí dentro realizaban sus ceremonias, soplando las carnes del enfermo para ahuyentarle la enfermedad o usando algún otro procedimiento por el estilo" (Carrasco, 1946: 750). Este carácter ceremonial se ve acentuado por la protección de la diosa Ioci, "Nuestra Abuela", o Temazcalteci, "La Abuela Protectora del Temazcal"; función que también cumplía Ciuacoatl entre los aztecas (Thompson, 1979: 153) e Ixchel o Acná entre los mayas (Villacorta, 1976: 19). En la representación que aparece en el folio 77 del Códice Magliabecchiano un ídolo está colocado sobre la puerta de entrada al cacalzín -cuarto vestidor adosado a los temazcales que ellos "llaman Iezcatepocatl que es uno de los mayores dioses" (Nuttall, 1903:

65). Tales rituales emparentados con ciertas prácticas han dado siempre un cierto aspecto religioso al procedimiento general (Gamio, 1922, II: 242) pero, progresivamente, se han ido eliminando, secularizándose cada vez más el uso del temazcal (Redfield, 1930: 169).

Función primordial de estos edificios es, y ha debido ser en el pasado, el de albergar a la mujer durante el embarazo y después del parto. Acerca de ello Sahagún (1975: 688) comenta que "a provecha también a las preñadas que están cerca del parto, porque allí las parteras les hacen ciertos beneficios para que mejor paran". En este sentido, Carrasco (1946: 740) añade que se pensaba "que la Médica de la Noche arreciaba y esforzaba los cuerpos de los niños. Este baño no lo debían de tomar muy caliente, pues de hacerlo así corrían el peligro de que se tostase la criatura o se pegase al vientre de la madre causando después un parto difícil". En tiempos antiguos, además, ha debido ser relativamente frecuente utilizar el temazcal como sala de partos (4). Aunque en la actualidad esta vieja práctica del baño en el temazcal se ha ido perdiendo, todavía existe algún lugar en que tal costumbre pervive. Virkki (1962: 79) indica que "cuando los dolores de una mujer indígena comienzan, se busca a la comadrona, quien pronto comienza a arreglar el baño. Esta tiene, asimismo, que bañar a la madre después del parto". En Chichicastenango, la Abuela Ritual acompaña a la madre al baño de vapor nada más iniciarse los dolores del parto (Schutze-Jena, 1954: 112).

Sin embargo, el uso más frecuente del temazcal se da en el período inmediatamente posterior al alumbramiento. Este no es homogéneo para todas las comunidades, sino que varía según las zonas y, mientras que en algunos poblados se practica de forma inmediata después que se haya dado a luz, en otros es necesario es

perar hasta cinco días para que se lleve a cabo. En Santiago Chimaltenango "tanto la madre como el niño son llevados al tu que ha sido preparado para ellos. Un pariente, generalmente el esposo o el hermano de la parturienta, lleva un manojo de hojas que la partera arroja alrededor de una piedra que calienta y coloca debajo de una bolsa; la partera penetra en el baño de vapor con la madre y el niño y da un masaje en el abdomen de la mujer y baña al hijo, frotándolos completamente con una bolsa medicinal caliente. Así se calienta al niño, principia su sangre a circular y cesan los dolores de la madre. Después de permanecer en él alrededor de una hora, la madre se mete en la cama y la partera envuelve al niño con una frazada" (Wagley, 1957: 127). En la región de San Miguel Totonicapán, por el contrario, la mujer recién parida se mantiene inactiva durante casi quince días, siendo llevada al temazcal a ser posible cargada y muy bien tapada el tercero, sexto, noveno y duodécimo día después de haber dado a luz. Al niño también se le baña nada más nacer en agua caliente, a la que se le añade una planta medicinal denominada ruda que sirve para evitar el mal de ojo.

Por último, el carácter ritual y valor religioso a que nos hemos referido en las páginas anteriores es, sin lugar a dudas, uno de los fines más importantes a los que se dedicaba antiguamente el temazcal. Es por esta razón entre otras, por la que los frailes y misioneros trataron de forma repetida de erradicar su uso: La Real Cédula de 1691 (Vol. 24) expedida por el Conde de Gálvez en México por orden expresa del virrey se redactó con tal fin, tratándose de regular primero, y de prohibir después, la práctica del temazcal. No lo lograron de manera definitiva: "en algunos lugares ya ha perdido la connotación religiosa que tenía y se usa nada más como remedio, pero en otros más apartados todavía se

realizan en ellos ceremonias paganas" (Carrasco , 1946: 741). Naturalmente, nos ha llegado una menor cantidad de datos con respecto a esta especialización funcional del baño de vapor; sin embargo, a partir de las noticias etnohistóricas, arqueológicas y etnográficas trataremos de determinar el significado ceremonial del temazcal en Mesoamérica.

El valor religioso de estas estructuras queda confirmado por el hecho de que una buena parte de aquellas que se han construidos en tiempos prehispánicos "están edificadas de mampostería similar a la de los palacios y templos, y su gran tamaño en relación con los ejemplos modernos mexicanos indica que eran construcciones de cierta importancia" (Cresson, 1938: 100). Por otra parte, tanto los temazcales excavados en Piedras Negras como los de otros centros están muy cerca de lo que podemos considerar como núcleo ceremonial de las ciudades y, en algún caso, como ocurre en San Antonio y Toniná, Chiapas, el temazcal "forma parte del complejo estructural de la cancha del juego de pelota. Es probable que sus funciones hayan estado estrechamente relacionadas con la ceremonia del fuego, tal vez en ritos de purificación" (Agrinier, 1966: 31).

El sentido religioso de este tipo de construcciones, aún en la actualidad, puede observarse en algunas prácticas donde se coloca "una imagen de la Virgen en lugar de la gran diosa de la tierra y del parto Ietso Inam que ocupaba este sitio en tiempos paganos" (Krickeberg, 1961: 31); como tal imagen protectora aparece en el Códice Magliabecchiano (Nuttall, 1903: 65). Pero no solamente se hallaba visible sobre el dintel de la puerta del temazcal sino que, como afirma Duran (1967: 27) una vez consultado el dios de los baños sobre donde habría de edificarse la estructura "tomaban el idolillo que era de piedra y pequeño y enterrábanlo

en el mismo sitio donde construían el temazcal, y ello encima le edificaban, quedando el ídolo debajo, al cual con ordinario cuidado le edificaban y ofrecían ofrendas e incienso, en particular cuando se querían entrar a bañar".

La importancia de un rasgo cultural como el baño de vapor es tan grande que en algunas comunidades forma parte del complejo simbólico representando, en su acepción más amplia, la puerta de ingreso "al más allá". Krickeberg (1933: 102) señala que, según la leyenda, el primer soberano de Mizquihuacan, Umeacatl, no había muerto, sino desaparecido en un baño de vapor. Esta estrecha relación entre el temazcal y la muerte se manifiesta también en la región Zangólica, Veracruz, donde en un mito se hace morir a una anciana al arrojar chile sobre las piedras al rojo de un temazcal (Williams García, 1957: 42). Asimismo, existe una tradición semejante en algunas comunidades mayas del altiplano guatemalteco: en San Pedro la Laguna, en un corto cuento tzutuhil, se narra la muerte de una mujer al ser encerrada por sus hijos en un baño de vapor (Shaw, 1971: 139), idea que también permanece implícita en uno de los pasajes del Popol Vuh, y en el mito de la creación del sol existente entre los cakchiqueles de San Antonio Palopó (Redfield, 1945: 252).

La relación con la Diosa Madre o la Tierra se suele simbolizar mediante el entierro de la placenta bajo el piso del temazcal correspondiente a la casa de la familia. "La placenta sigue siendo parte del individuo... Por lo tanto, cada persona debiera saber donde fue enterrada su placenta. Posteriormente puede pasar que uno en erme y los encantamientos del adivino indiquen que el tratamiento requiere que se ofrezcan oraciones frente al cuarto del baño en el cual uno fue bañado por primera vez, y en el cual la placenta vive. En consecuencia, cuando un niño nace fuera

de su hogar (en un viaje o en una plantación de café) la placenta debe cocerse en una olla de barro hasta que se quede seca. En esta forma puede ser llevada al pueblo y enterrada en el baño de la familia. El cuarto de baño volverá a estar alegre -dijo Diego Martín- cuando la familia vuelva con un nuevo niño y el fuego sea encendido de nuevo en él. Incluso después de llegar a adulta una persona debe volver de vez en cuando al mismo baño para encender una vela y orar" (Wagley, 1957: 129-130). Este tipo de relación no solamente se puede comprobar en Santiago Chimaltenango y una amplia zona de los Cuchumatanes (Termer, 1957: 100), sino que es tá muy arraigada a lo largo del altiplano guatemalteco y, de manera más concreta, en el mismo valle de Totonicapán donde, en términos generales, la unión con la placenta representa un nexo simbólico con la casa del padre. Wagley (1957: 130) nos dice al respecto: "Diego y Andrea Martín me dijeron que, antes de construir un baño propio, uno debía romper el lazo que lo ataba con su padre por medio de una ceremonia".

Por último, existe aún una posible connotación del temazcal, aunque no tan documentada como las funciones anteriores, que es la de ser un lugar donde se practican relaciones sexuales, y como tal está imbuido de un fuerte carácter femenino: en el mito quiché de la "Mujer Infidel" se abunda en la importancia del baño y su relación con la práctica de las mencionadas relaciones (Carmack, 1979a: 361). Este autor, además, llega a identificar las construcciones que estamos comentando con la vagina y el útero de la mujer en el contexto simbólico quiché. Fuentes y Guzmán (1972, II: 308), al describir el alcázar del rey de Utatlán en Santa Cruz del Quiché, comenta que constaba de seis pisos de los cuales las plantas 4ª y 5ª estaban dedicadas a las concubinas y mujeres del rey, "las cuales tenían en un sitio aparte temazcales". Curiosamen

te, no describe tales rasgos para otros departamentos más específicos e importantes, ni siquiera en aquellos que corresponden al rey.

Este aspecto sexual del baño, que no aparece de manera específica en las monografías etnográficas del altiplano maya -aunque Shaw (1971: 139) refuerza la idea del carácter femenino del baño a partir de los datos obtenidos en San Pedro la Laguna, y Otto Schuman (comunicación personal) afirma que en el área de los Cuchumatanes y Chiapas los baños tienen claras connotaciones sexuales-, no escapó a los ojos de los religiosos y autoridades virreinales que trataron sucesivamente de regularlo y prohibirlo. La asistencia de personas de diferente sexo a los baños de vapor es admitida, temida y perseguida desde tiempos de la colonia: en el folio 76 del Códice Magliabecchiano (Nuttall, 1903: 64) se afirma que "usavan en estos vaños otras vellaquerías hazian que es bañar se muchos yndios o yndias en cueros y cometían gran fealdad y pecado". Este hecho, unido a las prácticas rituales y ceremoniales íntimamente relacionadas con el sistema religioso prehispánico, llevaron al Conde de Revilla Gigedo (1793) a establecer un reglamento en 17 artículos con una normativa muy restrictiva para el uso del temazcal, obstrucciones que fueron muy frecuentes y continuas durante todo el período colonial.

5.1.1.3. Conclusiones.

Las características formales, tipológicas y funcionales que se han ido desglosando en los párrafos anteriores nos permiten establecer una serie de conclusiones que trataremos de especificar a continuación:

En primer lugar, es necesario destacar la acentuada diversi

dad formal que presentan los temazcales arqueológicos: por regla general, aquellas estructuras que se han excavado en los núcleos urbanos se fabricaron con materiales de mayor calidad y formaban parte de conjuntos arquitectónicos más amplios e importantes como lo eran los juegos de pelota, palacios, etc. Su capacidad era bastante superior y su forma y aditamentos arquitectónicos más variados, lo cual no significa otra cosa que estar en consonancia con el contexto en que fueron levantados. Por otra parte, la asociación a grandes edificios de carácter público como El Palacio de Palenque, o de índole astronómico y ceremonial como El Caracol de Chichén Itzá y el juego de pelota de San Antonio y Tominá respectivamente revela la importancia de tales construcciones, así como una utilización reservada a ceremonias y ocasiones de marcado carácter social y religioso. Su presencia en tierras bajas parecía estar ligada siempre a centros urbanos de importancia, sin que tengamos ninguna noticia de que se hayan encontrado en pequeños asentamientos campesinos, lo cual refuerza la idea de su condición excepcional, y un uso exclusivo por parte de la élite que gobierna tales centros.

Esta utilización de los baños señoriales por parte de principales y clase alta está ya documentada de manera específica en el Popol Vuh, donde se afirma que el señor de la casa Zaquiquib tenía a su cargo dos calpules o chinamitales, uno de los cuales estaba a cargo de Izutuhá que, según Estrada Monroy (1973: 242-243; nota nº 561) se traduce como Señor del Iemazcal (Izu significa sudor; tuh se traduce por temazcal, y a por agua). Pero su existencia no permanece en la leyenda, sino que tales baños perduran en tiempos de la expansión quiché: Carmack (1976: 261) afirma que los señores segundones —que forman parte también de la clase alta— tenían como misión entre otras cosas el mantenimiento de los baños

de vapor para los señores principales de los linajes y calpulis.

En marcado contraste, tanto en lo que se refiere a materiales y sistemas de construcción empleados como a la asociación a edificios relevantes, capacidad interna y otra multitud de características expuestas, se construyeron los baños utilizados de modo cotidiano por los habitantes de las pequeñas comunidades rurales. Por supuesto, que además de su carácter doméstico tuvieron una función ceremonial, pero a una escala más familiar e individual. El temazcal descubierto en Agua Tibia constituye, como los hallados en Los Cimientos y Nueva Independencia, los de Coneta y Coapa en Chiapas, un claro exponente del baño de vapor popular prehispánico, el cual ha sido ampliamente documentado en las páginas anteriores.

En nuestra opinión, pues, la tradición del empleo del temazcal se presenta en época prehispánica en dos planos distintos: urbano, vs. rural y señorial, vs. popular, pero siempre imbuido de connotaciones religiosas y ceremoniales. Con la llegada de los españoles, la tradición urbano-señorial queda radicalmente yugulada continuando, como ocurre con una gran cantidad de aspectos de la cultura, la tradición rural popular hasta nuestros días. En estos últimos cinco siglos, el proceso de secularización ha hecho que en muchos lugares el sentido religioso se haya perdido casi por completo, reduciéndose el uso del temazcal a fines terapéuticos o higiénicos.

5.1.2. El horno de cerámica.

A 1,50 m. del muro sur de la casa nº 2 se descubrió una nueva construcción que, por sus características formales, fue interpretada como un horno abierto de cerámica. Se trataba de un peque

ño muro en forma de paralelepípedo que se extendía paralelo a la pared sur de la vivienda, y fue construido con algunos materiales y sistemas que ya se habían puesto de manifiesto en la excavación de las casas y del temazcal: en primer lugar, se debió alisar parte del suelo hasta conseguir el mismo nivel que servía de base a la casa nº 2; después, se colocó una doble hilera de piedras pómez de pequeño tamaño que tenía dos pisos de altura en sentido longitudinal (fig. 19a), las cuales eran normalmente de una proporción inferior a las utilizadas en la formación de las paredes de las viviendas; esta doble hilera de piedra pómez se mezcló y apelmazó con tierra humedecida de carácter arcilloso hasta formar un conjunto bastante homogéneo y compacto que, por último, fue recubierto por una capa uniforme de la misma tierra -que en ocasiones alcanzaba hasta 0,15 m. de espesor- quemada a alta temperatura. Con ello, se formó una superficie muy resistente no sólo al peso (lo cual ya había sido verificado con anterioridad en los cimientos de la casa nº 2), sino también a las altas temperaturas que habría de soportar al cocerse las vasijas y a los bruscos cambios de temperatura producidos por el sucesivo enfriamiento de la superficie (Lám. XIVa).

En cuanto a la forma era, como hemos dicho, un paralelepípedo que tenía 4,23 m. de longitud por 0,50 m. de anchura y otro tanto de altura, terminando en una punta ligeramente redondeada (fig. 19b). Su extremo más oriental se apoyaba en el declive de la ladera de la montaña, la cual también aparecía ostensiblemente enrojecida ya que la composición arcillosa de la tierra permitía, al quemarse, la formación de una superficie similar a la obtenida en el resto del horno, y formaba con respecto al horno un ángulo que hizo las veces de tiro muy apto para la combustión y para alcanzar con prontitud altas temperaturas.

5.1.2.0. Función.

La forma tan particular de esta estructura, unida a cierto número de rasgos asociados a ella, nos hicieron pensar que nos encontrábamos ante un horno abierto de cerámica. Este supuesto fue confirmado después en el transcurso de un reconocimiento etnográfico efectuado por el autor junto con M^a Josefa Iglesias en el cantón Vázquez, pequeña comunidad situada a unos 6 km. al este de San Miguel Totonicapán. Las peculiaridades que definieron este rasgo como tal fueron las siguientes:

En primer lugar, el ennegrecimiento de las paredes, en particular a lo largo de toda su cara norte y en la conjunción de ésta con el suelo alisado y la ladera del cerro, indicaba que era en ese lado norte de la construcción donde se cocían las vasijas. Además, el descubrimiento de una gruesa capa de pajón y madera carbonizados constituyó un rasgo muy notable acerca de la identificación del elemento arquitectónico estudiado. Por otra parte, la acumulación de machacadores asociados a su lado norte -tres completos y dos fragmentos grandes- que fueron interpretados como parte del equipo tecnológico del ceramista que habitó la vivienda n^o 2 y utilizados en la transformación de las arcillas, reforzaron nuestra hipótesis acerca de la funcionalidad de esta construcción. Asimismo, en este contexto se localizó un número determinado de fragmentos de cerámica y piedra que, posteriormente, fueron identificados como alisadores empleados en la formación y terminación de las superficies de las vasijas.

En cuanto a su funcionamiento, no debió ser muy diferente al observado en el ejemplar del Cantón Vázquez, aunque en realidad estaba cumpliendo un gran número de pautas presentes a lo largo de todo el proceso, que fueron ampliamente verificadas y comenta-

das en una gran cantidad de poblaciones ceramistas emplazadas a través de toda la república de Guatemala por Reina y Hill (1978). Un primer paso en este proceso consistiría en colocar palos pequeños y leña menuda en la conjunción del muro norte de la construcción con el suelo y la porción de ladera endurecida por el fuego con el fin de acomodar sobre ellos los objetos de cerámica que iban a ser cocidos, los cuales se dispondrían de manera alterna para permitir la penetración de aire que propiciaría la combustión. Entre tales huecos que dejaran las vasijas se introducirían ramitas secas finas y sería todo ello recubierto de pajón de una manera muy uniforme, con objeto de que la cocción se realizara por igual en todas las zonas de las vasijas (Lám. XIVb). Una vez preparadas las cerámicas y el combustible se prendería fuego y se seguiría un sistema que ha sido documentado con suficiente amplitud por Reina y Hill (1978).

5.1.2.1. Conclusiones.

Uno de los rasgos arquitectónicos que están documentados de manera más deficiente para todo el área maya es, sin duda, el horno para la manufactura cerámica, ya que desde la aparición de esta técnica hasta la llegada de los españoles, sólo tenemos constancia de su uso a partir del ejemplar descubierto en Agua Tibia. Para el resto de Mesoamérica, la situación no parece ser mucho más ventajosa, ya que se han hallado muy pocos hornos de cerámica pertenecientes a la época prehispánica:

En efecto, fue en la región de Tlaxcala, en el curso de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el marco del Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, donde por vez primera se encontraron hornos para cocer cerámica, los cuales fueron clasifi-

cados en dos grupos según su forma (Abascal, 1975: 187-197):

- (a) Hornos con boca respiradero que podrían tener planta elíptica y paredes abovedadas u hornos de planta rectangular. En ambos casos se excavaron sobre el talpetate y uno de ellos estaba íntimamente asociado con una estructura de carácter habitacional.
- (b) Hornos muy variables en cuanto a su forma: desde circular a ovalada, etc.

En esta región se localizaron hasta 68 ejemplares dispersos entre los 427 sitios registrados en el muestreo arqueológico. Como se puede observar, tenían muy poco que ver, desde una óptica estrictamente formal, con el excavado en Agua Tibia, tanto en lo que se refiere a los materiales de construcción empleados como al resto de sus características tipológicas.

En Michoacán fueron descubiertas varias estructuras en asociación con cimientos de casas, las cuales fueron interpretadas con posterioridad por Litvak King (1968: 28) como construcciones de arcilla utilizadas como hornos de cerámica. En general, tenían base plana y paredes hacia adentro con techumbre en forma de domo (Chadwick, 1971: 681), presentando unos rasgos tipológicos bastante alejados del ejemplar descubierto en Agua Tibia.

En la zona residencial de Monte Albán se localizaron también dos estructuras pertenecientes al período IIb-IV. Eran construcciones que tenían forma de cilindro abierto y estaban compuestas de tres partes: en la zona inferior se disponía la caldera con el combustible y en la superior una especie de piso enrejado formado a partir de piedras y adobes con lodo, y sobre todo ello la boca del horno. Cada uno de los dos hornos se encontraron en asociación con una unidad más pequeña, más sencilla y más común de los edificios característicos de la época IIb-IV (Winter y Payne, 1976: 40).

Por último, Healan (comunicación personal) halló una estructura en Tula que se había construido a base de piedras y arcilla y que, según su interpretación, pudo haber tenido la misma funcionalidad de hornó de cerámica pero que, como en el caso de las anteriores, parecía tener poco en común en cuanto a la forma y, quizás, en lo que se refiera al proceso de funcionamiento, con el excavado por la Misión Científica Española en el valle de Totoncapán.

Es, pues, a partir de la analogía etnográfica desde donde se puede establecer la comparación más estrecha con la construcción que estamos discutiendo. Evidentemente, hornos de cerámica de origen colonial se extendieron de manera profusa a través de Mesoamérica, pero el reconocido recientemente por el autor presentaba unas características tipológicas tan similares a la construcción de la época prehispánica, que podríamos calificarlo como un caso más de la continuidad cultural de ciertos rasgos y manifestaciones culturales a lo largo de una gran porción de la historia particular del valle: el ejemplar en cuestión estaba emplazado en el pequeño Cantón Vázquez, a unos 6 km. al este de San Miguel Totoncapán, en el camino que se dirige hacia el paraje conocido con el nombre de Alaska, y se construyó con tierras y adobes que, necesariamente, debieron de tener la misma composición que las empleadas en Agua Tibia, presentando solamente pequeñas diferencias de tamaño: 2,50 m. de longitud por 0,90 m. de altura y 0,30 m. de anchura (Lám. XIVb). El funcionamiento de este horno etnográfico pudo ser básicamente el mismo que en el caso de Agua Tibia, aunque en él se cocían de manera específica sólo comales y tamaleras, en contraste con otros lugares cercanos donde se manufacturan de manera exclusiva apastes, cántaros, vasijas, etc., llegando a adquirir una cierta especialización local.

En definitiva, a raíz de los escasos datos reseñados en las páginas precedentes pudimos catalogar esta estructura excavada en el yacimiento M-5 como un horno abierto de cerámica: además de las escasas noticias obtenidas en el muestreo efectuado sobre la literatura arqueológica mesoamericana -el cual nos permitió observar la gran heterogeneidad existente en lo que concierne a las formas de los hornos de cerámica-, fueron las características tipológicas de la construcción y los materiales a ella asociados los que nos permitieron llegar a tal suposición. Más tarde, esta idea fue suficientemente corroborada mediante la localización de un ejemplar etnográfico que aún estaba en funcionamiento, y que nos indujo de manera definitiva a considerar estas estructuras como hornos para la manufactura cerámica.

Notas al capítulo V.

- (1) Entendemos por área de actividad el concepto empleado por K. V. Flannery y M. C. Winter (1976: 34) como "aquellas áreas especialmente restringidas donde han sido efectuadas una labor o conjunto de labores específicas, las cuales están generalmente caracterizadas por la presencia de un conjunto de instrumentos, productos de desecho y/o materiales o materias primas que estén presentes". Otras áreas pueden ser determinadas a partir de los datos contextuales, sin que necesariamente tengan que estar presentes instrumentos que los caracterizan.
- (2) Un ejemplo de la continuidad en el empleo de técnicas y materiales de construcción se puede observar aún hoy día a lo largo de la carretera que lleva de Quetzaltenango a San Marcos y en pueblos y cantones alrededor de San Martín Chilesverde, donde pudimos constatar la existencia de algunas casas que mantenían los mismos materiales y sistemas de construcción que las viviendas arqueológicas descubiertas en Agua Tibia:
 - Los cimientos y parte baja de las paredes se construyeron a partir de la colocación de piedras andesíticas, aunque a veces los muros alternan con piezas de adobe.
 - Las paredes fueron levantadas mediante largas varas de madera que se disponían en sentido vertical -uniéndose al muro de piedra andesítica y a las vigas que componían el armazón de las viviendas- y en sentido horizontal, entre las que se habían colocado piedras pómez de regular tamaño junto con barro humedecido. Todo ello, a su vez, fue recubierto con barro y dejado secar al sol.
 - El techo era inclinado a cuatro aguas y estaba recubierto de pajón.
 - En cuanto a los sistemas de construcción y forma, mantenían la misma tónica que los ya descritos para Agua Tibia.
- (3) Los temazcales arqueológicos descubiertos en el área maya son, a medida que avanzan nuestros conocimientos sobre la historia prehispánica de la región, cada vez más numerosos y se trata de un rasgo que, según puede observarse en el esquema que proponemos a continuación, aparece en la zona desde el período Clásico:

Número	Lugar	Número de ejemplares	Período
1	Piedras Negras	8	Clásico
2	Palenque	1	Clásico Tardío
3	Uaxactún	1	Clásico
4	Tikal	1	Clásico
5	Quiriguá	2	Clásico Tardío
6	Chichén Itzá	2	Postclásico
7	Ozibilchaltún	1	Postclásico
8	Toniná	2	Clásico Tardío
9	San Antonio	2	Clásico Tardío
10	Chiapa de Corzo	2 (?)	Clásico Temprano
11	Los Cimientos	1	Clásico Tardío
12	Nueva Independencia	1	Postclásico Tardío
13	Coneta	?	Postclásico Tardío
14	Iximché	1 (?)	Postclásico
15	Zacualpa	1 (?)	Clásico
16	Los Cimientos-Chustum	1	Postclásico
17	El Paraíso	1	Clásico Tardío
18	Agua Tibia	1	Clásico Tardío

- (4) El texto que reproducimos a continuación puede ser indicativo del valor que se concedía al temazcal en relación con el parto:

"17. Muy amada señora y madre nuestra espiritual, haced vuestro oficio, responded a la señora y diosa nuestra que se llama Ciuaacoatl-Quilaztli y comenzad a bañar a esta muchacha, metidla en el baño, que es la flor esta de nuestro señor, que llamamos temazcalli, adonde está y donde cura y ayuda a la abuela que es la diosa del temazcalli que se llama Yoalticitli!"

"18. Oído esto, la partera luego ella misma, comienza a encender el fuego para calentar el baño y luego metía en el baño a la moza preñada y le palpaba con las manos el vientre, para enderezar la criatura si por ventura estaba mal dispuesta o era muy vieja, otra por ella encendía el fuego" (Sahagún, 1975: 376-377; Lib. VI, cap. XXVII: 17-18).

160

CAPITULO VI: La cerámica.

6.0. Terminología y metodología

La excavación del yacimiento Agua Tibia dio como resultado la extracción, entre otros materiales, de 33.952 fragmentos de cerámica procedentes tanto del basurero como de las otras unidades de habitación y del cementerio (Apéndice D, Cuadro 8). En el campo estos artefactos fueron convenientemente distribuidos en bolsas según los niveles, estratos y unidades de excavación a que correspondían, y más tarde empaquetados con el fin de ser identificados en el espacio y en el tiempo de forma inmediata. En el laboratorio fueron lavados y siglados con forme a su localización en el yacimiento y, por último, considerados en su totalidad en el informe de clasificación que presentamos a continuación, sin que ninguno de ellos fuera descartado de ella.

El estudio de las cerámicas de Agua Tibia tenía una doble finalidad fundamental: proporcionar una descripción tipológica lo más detallada posible de los materiales, y el establecimiento de las relaciones culturales existentes con otras zonas del altiplano oeste y de las tierras altas en general. Además, a pesar de que el sitio sólo representaba un momento de habitación, pensamos que podía tener cierto interés desde el punto de vista de los procesos y del cambio cultural en relación con otros yacimientos de la región que tuvieran una secuencia temporal más amplia. Con este fin, decidimos emplear el sistema de clasificación denominado "tipo-variedad" como el modelo más idóneo de aplicación general a todo el área maya. Es precisamente desde esta órbita de utilización con carácter regional por lo que más nos interesaba su empleo, aunque fue modificado y adaptado en todo momento a las peculiaridades particulares del asentamiento prehispánico que estamos estudiando. De esta manera, cuando se están estudiando los materiales

cerámicos de un sitio aún desconocido, se puede discernir fácilmente la presencia o ausencia de tipos previamente descritos para otros yacimientos. Como el sistema aparece definido en un buen número de trabajos teóricos -Wheat, Gifford y Wasley (1958); Phillips (1958); Smith, Willey y Gifford (1960); Gifford (1960); Phillips y Gifford (1959); Sabloff y Smith (1969)- y desarrollado y ampliado fundamentalmente en estudios de cerámicas de las tierras bajas, no vamos a describirlo de nuevo, excepto en aquellos conceptos que atañen de manera más directa a nuestras cerámicas.

A pesar del gran cúmulo de ventajas que lleva consigo su aplicación, presenta también serios inconvenientes -y una profunda crítica ha sido efectuada desde diversos ángulos en trabajos como los de Wright (1967) y Hill y Evans (1972) entre otros-; no obstante, estimamos que la principal dificultad con la que nos vamos a encontrar en su uso afecta a la exposición de los rasgos característicos y, en general, al nivel de descripción. Como afirma Sabloff (1975; Nº 2: 1) "la efectividad de la presentación de los datos cerámicos dentro de un sistema de trabajo de tipo-variedad depende totalmente de la exactitud, claridad y comparatibilidad de las descripciones escritas de los tipos y las variedades".

Dado que hasta hoy han sido muy escasos y poco ajustados los intentos de acomodar este sistema a cerámicas de las tierras altas, y nulos en el altiplano oeste, consideramos oportuno aplicar el esquema propuesto por este autor (Sabloff, 1975: 20), aunque con las modificaciones pertinentes para su adaptación a las peculiaridades de la cerámica de Agua Tibia. El formato para la descripción tipológica de ésta sería el siguiente:

Grupo cerámico:

Frecuencia cerámica.

Descripción de las categorías físicas:

Pasta, desgrasante y cocción.

Acabado de la superficie.

Color.

Textura.

Grosor.

Tipo cerámico:

Frecuencia cerámica.

Establecido como tipo en:

Descripción de formas.

Variedades:

Distribución espacial en el yacimiento, cuya finalidad es la de ayudar en el establecimiento de la funcionalidad del rasgo al que estuvo asociada, y su significado. No obstante, nosotros hemos preferido describir la distribución de los tipos y variedades de manera conjunta (Apéndice D, Cuadro 8).

Comparaciones a nivel local y regional.

La adaptación del sistema de tipo-variedad a los artefactos cerámicos de Agua Tibia llevaba implícito el uso de una serie de términos y conceptos que estimamos oportuno aclarar de manera previa, en orden a una mejor comprensión de la descripción. Todos ellos fueron ya ampliamente definidos en los trabajos mencionados en los párrafos anteriores, pero preferimos hacerlo aquí también -sólo en aquellos casos que vamos a utilizar de manera directa- para que no haya posibilidad de error y con el fin de establecer unos supuestos teóricos de principio:

Dada la peculiaridad de la cerámica extraída en Agua Tibia, y la falta de análisis previos en los que se aplicara una metodo

logía similar en otros sitios de las tierras altas del oeste de Guatemala, decidimos utilizar una versión ligeramente modificada del sistema: en efecto, el nivel más complejo de clasificación que hemos utilizado es el concepto de "grupo cerámico", que es definido por Sabloff y Smith (1969: 279) como "una colección de tipos relacionados que muestran pequeñas variaciones en forma, decoración y color".

Por "tipo cerámico" estos mismos autores entienden "un conjunto de atributos cerámicos distintos visualmente y ya objetivados dentro de una o (generalmente) distintas variedades que, tomadas como un todo, son indicativas de una clase particular de cerámica durante un específico intervalo de tiempo dentro de una región determinada" (Sabloff y Smith, 1969: 278).

Por último, "variedades cerámicas" son definidas "a partir de la existencia de una variación en los conjuntos de atributos que son las unidades tipológicas mínimas dentro del sistema" (Sabloff y Smith, 1969: 278).

Con la aplicación del concepto de grupo cerámico como la unidad más amplia de clasificación, intentamos realizar una aproximación similar a la experimentada por Parsons (1969) en Bilbao, Guatemala, dado que era el yacimiento más cercano y afín en el que se había intentado desarrollar el mencionado sistema. En definitiva, y de manera muy resumida, los apartados fundamentales que hemos tenido en cuenta son dos: una amplia categoría de rasgos que definen los tipos cerámicos y que forman los grupos; y una serie de variedades cerámicas cuyos nombres han sido eliminados en su mayor parte con el fin de no incrementar la complejidad del sistema.

Es posible que esta versión simplificada del sistema de tipo-variedad tenga gran cantidad de similitudes con aquel otro que

se ha denominado "modal", en el cual los grupos se forman mediante simples atributos o conjuntos de atributos que se relacionan con la forma, color de la superficie, decoración y demás características externas de la cerámica; sin embargo, yo pienso que en la descripción que exponemos a continuación se incluyen de manera interrelacionada tanto datos útiles para la comparación estilística, como para la datación y para el establecimiento de relaciones culturales. En definitiva, a partir de estas informaciones es posible determinar y aislar determinados fenómenos culturales que, en última instancia, es uno de los propósitos fundamentales del sistema.

La tipología formal de los ejemplares cerámicos rescatados se ha establecido siguiendo los criterios expresados en escritos especializados sobre terminología cerámica como los de Shepard (1956) y Dutton (1966), y completada mediante la inclusión de otros términos ampliamente aceptados para las tierras altas mayas (Apéndice D, Cuadro 4). Además, hemos decidido apoyar las definiciones propuestas con la introducción, hasta donde nos sea posible, de expresiones que definen funcionalmente las formas utilizadas en la actualidad, las cuales están resumidas con amplitud en la descripción de las cerámicas etnográficas de Guatemala confeccionada por Reina y Hill (1978). La clasificación de las formas cerámicas de Agua Tibia ha dado los siguientes resultados:

I. Formas básicas:

1. Cántaro: Vasija globular de cuello medio a alto cuya altura es superior a los 0,40 m., siendo ésta igual o mayor que su diámetro.
2. Olla: Vasija globular de cuello medio a corto cuya altura es inferior a los 0,40 m., e igual o inferior a su diámetro.

3. Fuente: Vasiija con una altura que oscila entre $1/3$ y $1/5$ de su diámetro. Existen dos formas características:
 - a. Comal.
 - b. Sartén o cazuela.
 4. Cuenco: Vasiija cuya altura es igual o superior a $1/3$ de su diámetro. Los cuencos recuperados se agrupan en las siguientes formas:
 - a. Cuencos de paredes rectas.
 - b. Cuencos de paredes curvas y boca estrecha, a veces extremadamente estrecha, denominándose tamaleras.
 - c. Cuencos de paredes curvas y boca ancha. Algunos ejemplares son muy grandes y presentan una gran tosquedad y asas-faja, conociéndoseles popularmente bajo el nombre de apastes o lebrillos.
 - d. Cuencos de paredes rectas e inclinadas hacia el exterior.
 - e. Cuencos de paredes evertidas.
 - f. Cuencos de silueta compuesta.
 5. Vaso: Vasiija cuya altura es superior a su diámetro. Presenta cuatro variedades formales:
 - a. Vasos de paredes rectas.
 - b. Vasos de paredes curvadas suavemente hacia el interior.
 - c. Vasos de paredes evertidas.
 - d. Vasos panzudos de boca estrecha, que son denominados tecomates.
- II. Formas especiales:
1. Vasiija zapato.
 2. Incensario-cucharón.
 3. Incensario de doble cámara.

En cuanto a los elementos básicos que componen cada una de las formas a que hacemos referencia, se definen de la siguiente

te manera:

1. Borde: "Area comprendida entre el cambio de dirección de la pared o del cuello y el labio, o la orilla del orificio de la vasija....sólo cuando ésta sea más gruesa o presente un brusco cambio en la dirección de la pared, o ambas cosas, el borde será considerado como una parte distinta de la vasija" (Dutton, 1966: 6). Por su forma pueden ser:
 - a. Rectos.
 - b. Agruesados en el interior.
 - c. Agruesados en el exterior.
 - d. Dispuestos hacia el interior.
 - e. Evertidos.
2. Labio: Filo o canto del borde. Existen en Agua Tibia cuatro tipos de labio:
 - a. Redondeados.
 - b. Apuntados.
 - c. Cuadrados.
 - d. Estriados.
3. Base: Por base de una vasija entendemos "el punto donde cambian de ángulo o comienzan a curvarse las paredes; para las vasijas que carecen de éstas, es la zona de contacto con el suelo o soporte" (Dutton, 1966: 6). Las formas de bases catalogadas en Agua Tibia son:
 - a. Planas.
 - b. Convexas.
 - c. Cóncavas.
 - d. Ligeramente redondeadas.
 - e. Anulares.
4. Apéndices: Incluimos en este apartado aquellos elementos de las

vasijas que no se incluyen en los tres previamente descritos:

- a. Asa plana.
- b. Asa faja: asa plana de más de 2 cm. de anchura.
- c. Asa lazo.
- d. Asa cilíndrica.
- e. Asa elipsoidal.
- f. Pata hueca.
- g. Pata protuberancia sólida.

En cuanto a las categorías de color, cada una de las tonalidades que presentan los fragmentos recuperados en el yacimiento M-5 son descritas según las tablas de Munsell (1975); además, hemos decidido añadir a su nomenclatura particular los términos con que se designan los colores de manera familiar. De este modo, pueden ser identificados con más rigor por parte de los interesados en esta cerámica, dentro de un esquema cuyo uso se va intensificando cada vez más entre los arqueólogos que centran sus estudios en el área maya. En el caso de que la decoración de las vasijas esté representada por pinturas o estuco, ésta es sistematizada mediante símbolos que han sido sumarizados en la figura 32.

Para completar la presentación de los datos, se ha llevado a cabo un amplio análisis de Difracción de Rayos X realizado por el autor en la Universidad de Rennes (Apéndice E, Cuadro 11), con el fin de obtener un conocimiento más apropiado de la composición de las arcillas en la cerámica, así como de los porcentajes de los minerales incluidos en sus desgrasantes. Aunque los resultados obtenidos pueden ser de un valor relativo en la actualidad -debido a la carencia de análisis semejantes para otras colecciones procedentes del altiplano- pensamos que esta clase de estudios serán en el futuro de gran utilidad a la hora de establecer com-

paraciones mediante el análisis de los desgrasantes de cerámicas procedentes de diversas zonas, así como de la perpetuación en el uso de canteras desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad, etc.

Por último, y en lo que se refiere al capítulo de las analogías estilísticas y formales se han revisado meticulosamente, además de las monografías y síntesis arqueológicas publicadas, las colecciones del Museo Nacional de Arqueología de Guatemala y los escasos y mal clasificados fondos de los reducidos museos emplazados en las Casas de la Cultura de San Miguel Totonicapán y Quetzaltenango, así como algunas colecciones particulares entre las que destaca por su importancia la de los herederos de D^o Vitalino Robles en la ciudad de Quetzaltenango. Tales analogías afectarán de manera fundamental a la zona que nos interesa y a las regiones con las cuales pueda haber existido cualquier tipo de intercambio.

En definitiva, para realizar esta descripción tipológica hemos aplicado aquellos esquemas teóricos y técnicas que más amplia difusión tienen en los análisis similares efectuados en el área maya, en orden a la creación de un conjunto de datos fáciles de utilizar y sistematizar por cualquier estudioso de las cerámicas mayas del altiplano guatemalteco, respetando en lo posible la nomenclatura y definición de los tipos previamente establecidos.

6.1. Tipología.

Los 33.952 fragmentos cerámicos rescatados, junto con las vasijas completas extraídas en el cementerio han quedado catalogados dentro de quince grupos cerámicos representativos de dos

complejos cerámicos (Apéndice D, Cuadro 3), concepto que ha sido definido por Smith y Gifford (1965: 502) como "la suma total de modos y variedades (tipos) que comprenden todo el contenido cerámico de una unidad arqueológica: usualmente, esta unidad es una fase". En el caso concreto de Agua Tibia, se ha denominado ambos complejos aplicando dos nombres geográficos de uso común en la región: Complejo Totonicapán y Complejo Xantún (Apéndice C).

En cuanto a la nomenclatura bajo la cual se han designado los grupos y tipos cerámicos, se ha constituido mediante la utilización de términos que proceden de los apellidos de algunos obreros que nos ayudaron en la excavación del yacimiento, y se ha completado con algunos términos incluidos en los diccionarios de la lengua Quiché.

En este esquema, los tipos fueron definidos teniendo en cuenta la decoración particular de cada grupo, mientras que las variedades lo fueron a partir de una gama en la variación de los atributos menores. Para no complicar demasiado la comprensión de esta tipología decidimos no utilizar nombres específicos para identificar las variedades. Por último, hemos de destacar que un buen número de grupos rescatados habían sido definidos con anterioridad -bajo la categoría de wares o de tipos- por diversos estudiosos para otras regiones, razón por la cual se ha conservado su denominación de origen en un intento de simplificar su comprensión.

Como ya se ha señalado en numerosas ocasiones a lo largo de la presente exposición, el asentamiento descubierto data de finales del período Clásico Tardío y comienzos del Postclásico Temprano, por lo que todas las cerámicas de él extraídas se identifican con este momento cultural, a excepción de dos grupos minoritarios que son característicos del período Postclásico Tardío. Por lo demás, los resultados de la tipología son los siguientes:

COMPLEJO CERAMICO TOTONICAPAN

Está representado por trece grupos cerámicos que comprenden un total de 33.912 fragmentos, es decir, el 99,84% del total de la excavación (Apéndice D, Cuadro 3):

6.1.0. Grupo Bulux Rojo.

Denominamos así a uno de los conjuntos cerámicos más representativos del yacimiento excavado, el cual se caracteriza por tener una función casi exclusivamente culinaria. Consta de cinco tipos definidos por sus atributos decorativos (Apéndice D, Cuadro 2).

Frecuencia cerámica: 26.788 fragmentos, el 78,89% de la cerámica extraída (Apéndice D, Cuadro 3).

Pasta: De color marrón rojizo y negro en los casos en que hubo reducción. Desgrasante medio con ligeras inclusiones en que predominan la albíta y el cuarzo, así como reducidos cristales de piroxeno (Apéndice E). Cocción variable de oxidante (57,89%) a reductora (42,10%).

Superficie: Tanto el interior como el exterior muestran una muy fina, pero uniforme, película de engobe rojo, aunque no faltan ejemplos como los incensarios de doble cámara que sólo tienen engobe en el interior. Algunos fragmentos, no muchos, han perdido esta fina capa que los recubre por la erosión, pero tipológicamente pertenecen a este mismo grupo de cerámicas, razón por la cual son incluidos en este apartado.

Color: Es variable desde el rojo tostado (2.5YR 4/8, red) a rojo marrón (2.5YR 5/6, red), rojo oscuro (10 R 3/4, red dark) y rojo (5YR 4/4, reddish brown), a excepción de aquellas superficies en

negrecidas por el fuego, las cuales adquieren un porcentaje muy importante en el interior de la vivienda nº 2 (23,67%).

Textura: Suave.

Grosor: De 0,4 cm. en las finas paredes de las vasijas de almacenaje y de los cántaros a 1,6 cm. en los gruesos bordes de los apastes.

6.1.0.0. Tipo Bulux Rojo Liso.

Frecuencia cerámica: 25.281 fragmentos, es decir, el 94,37% del grupo (Apéndice D, Cuadro 3). Somos conscientes de que un alto porcentaje de fragmentos correspondientes a este tipo puede haber formado parte de vasijas decoradas; en realidad, las formas culinarias ornamentadas pudieron ser incluso superiores a las lisas, pero como no poseemos ningún otro elemento de juicio más exacto, hemos decidido incluirlos dentro de este tipo común.

Establecido como tipo en: El presente trabajo, aunque está presente en la mayoría de las excavaciones practicadas en el altiplano guatemalteco.

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

(a) Vasijas globulares con cuello: Se incluyen en esta categoría tanto las grandes vasijas de almacenaje y de acarreo de agua como las ollas utilizadas en la cocina. En total, disponemos de 1.719 fragmentos representativos (6,79% del tipo) de estas formas (fig. 36 a-c; 37j). Los cuellos tienen una anchura variable según los casos y tienen bordes evertidos que terminan en labios redondeados, estriados y apuntados (figs. 33-34). Las asas asociadas a las ollas son planas y salen directamente del borde (fig. 35a-b, e; 37i); mientras que a los cántaros corresponden asas-faja (fig. 35d-f). Las bases suelen ser planas y de reducidas dimensiones, cuyo

grosor oscila entre 0,3 y 0,6 cm., aunque también existe un pequeño número de bases convexas (fig. 34s-u; 37k). Dentro de esta forma, el porcentaje de vasijas de cuello corto y alto (Lám. XV a-f) es del 97,78%, y el de la vasijas de cuello corto (Lám. XV h-i) el 2,21% restante.

Dimensiones: Las ollas semiglobulares tienen un promedio de 21 cm. de altura, 9 cm. de diámetro exterior del borde, 11,8 cm. de diámetro máximo de la vasija y 0,6 cm. de espesor de las paredes. Los cántaros presentan unas medidas promedio de 38,2 cm. de altura, 28,5 cm. de diámetro en la boca, 39 cm. de diámetro máximo y 0,5 cm. de espesor de las paredes.

(b) "Apastes": 371 fragmentos (1,46% del tipo) corresponden a grandes cuencos que, con una gran variedad de tamaño, han aparecido en todos los contextos del yacimiento. Se trata de formas muy profundas con base convexa y paredes rectas que terminan en un borde recto o dispuesto hacia el interior (fig. 39 d-f; Lám. XV h-i). Los bordes, reforzados hacia el interior (fig. 38 c-t) o hacia el exterior (fig. 38u) terminan en labios redondeados (fig. 37 l-n) o cuadrados (fig. 37 ñ-r). En un buen número de ocasiones, la superficie de estas piezas aparece ennegrecida por el contacto directo con el fuego. A veces, muestran grandes asas-faja que salen directamente del borde y llegan hasta la parte superior de las paredes (figs. 38 v-w; 39 a-c), con el fin de sujetar mejor su gran peso cuando estaban llenos de comida.

Dimensiones: En total se han rescatado cinco ejemplares fáciles de reconstruir que presentan los siguientes promedios de tamaño: altura de 8,7 a 15,8 cm.; diámetro en la boca de 17 a 44,8 cm; espesor de las paredes de 0,6 a 1,1 cm.

(c) Comales: 372 fragmentos (1,46% del tipo) corresponden a esta forma que tan amplia difusión tiene a lo largo de todo el alt-

tiplano maya. Con respecto a esta forma, hemos de destacar que existe un buen número de estudiosos de las cerámicas de las tierras altas de Guatemala que se niegan a aceptar tal término para definir estos ejemplares. En realidad, nos encontramos ante fuentes de paredes medianamente altas y casi redondeadas (fig. 40p). Los bordes siguen el sentido de las paredes y suelen estar dispuestos hacia el interior, terminando en bordes redondeados (fig. 40 a-b, d, f-i, l-n) o apuntados (fig. 40c, e, j-k). Por lo general, se sujetan por medio de dos asas enfrentadas de sección cilíndrica o cilíndrica y aplanada en su parte superior (fig. 40 o; Lám. XVIa-b). Normalmente, la parte inferior de las paredes y la base, que es plana, aparecen ennegrecidas por el fuego.

Dimensiones: Sólo hemos podido rescatar un fragmento grande sobre el que reconstruir el tamaño correspondiente a esta forma, que tiene una altura de 7,7 cm.; un diámetro aproximado de 47 cm. y 0,7 cm. de espesor de las paredes.

(d) Cuencos: Aunque al parecer abundantes, se han recuperado fragmentos demasiado pequeños que, en un total de 201 (0,79% del tipo), definen esta forma. Son piezas de paredes curvadas hacia el exterior que terminan en bordes dispuestos hacia el interior y labios redondeados o apuntados (fig. 41 a-g), formando verdaderas escudillas. Más escasos son los cuencos de paredes rectas que terminan en bordes rectos y labios redondeados o apuntados (fig. 41 i-q). Las bases son anulares por lo general, aunque existe un caso en que se alrga demasiado el anillo, pudiendo definirse como base pedestal (fig. 41 r-t).

Dimensiones: Desconocidas.

Pertenecientes también a esta forma, se rescataron tres pequeños cuencos miniatura, uno de los cuales simula el cuerpo de una persona. Se apoya en dos pequeñas protuberancias huecas que se

rían las piernas del individuo. Las bases de dos de los ejemplares son planas, siendo la otra redondeada (fig. 41 u-w). Las dimensiones de las miniaturas oscilan de: 4,5 a 4,9 cm. de altura; 2,3 a 3,2 cm. de diámetro y 0,3 a 0,6 cm. de espesor de las paredes.

(e) Incensarios-cucharón: Están representados por 196 fragmentos (0,77% del tipo). Se trata de cuencos abiertos de boca ancha y paredes dispuestas hacia el exterior, con bordes que terminan en labios apuntados (fig. 42a, f-g) o redondeados (fig. 42 b-e). Las bases son convexas (fig. 42 k-l) y en una buena cantidad de ellas aparecen manchas negras indicativas de contacto directo con el fuego. La superficie interna está ennegrecida en la mayoría de las ocasiones, debido a que fue en ella donde se practicó la ceremonia de la quema del copal. Estos incensarios están sostenidos por un mango que suele ser hueco (fig. 42h-j; lám. XVI d), si bien existen ejemplos aislados en que éste se compone de dos cilindros macizos de arcilla y hasta un mango macizo en cuyo interior se ha practicado una gran acanaladura (Fig. 43 a-b; lám. XVI c). Dimensiones: Se han establecido a partir de la reconstrucción de grandes fragmentos. Altura 5,8 cm.; diámetro en el borde 24 cm.; espesor de las paredes 0,45 cm.

(f) Sartenes: Pertenecen a esta forma 93 fragmentos (0,36% del tipo). Denominamos así a unos artefactos bajos y de boca muy ancha, que en realidad son fuentes, cuyas bases sobresalen un tanto de la pared, dejando una silueta casi compuesta (fig. 44g; lám. XVI e). Las paredes se disponen hacia el exterior, evertiéndose, al igual que el borde que termina en labios redondeados (fig. 44 a-b) o apuntados (fig. 44 c-e). Las bases son planas (fig. 44f). Siempre son piezas toscas de cerámica muy gruesa y de gran pesadez, que han sido regularmente alisadas y mal engobadas. Toda la superficie externa aparece ennegrecida por el fuego.

Dimensiones: Sólo poseemos un fragmento grande, aunque muy representativo de este tipo de piezas. Según la reconstrucción de la forma, estos ejemplares podrían alcanzar una altura de 7,2 cm., un diámetro en el borde de 34,2 cm., y un espesor de las paredes de 1,4 cm.

(g) "Tamaleras": La frecuencia de esta forma es de 27 fragmentos (0,10% del tipo) que son muy pequeños. Se trata de bordes reforzados que se disponen fuertemente hacia el interior y dejan una boca muy estrecha, terminando en labios redondeados (fig. 44 h-o).

Dimensiones: Desconocidas.

(h) Incensarios de doble cámara: Esta forma está representada por 6 fragmentos (0,02% del tipo). Su aspecto general es muy tosco, estando alisados en ambas superficies y mal engobados en su exterior. Las paredes son rectas y se disponen hacia afuera, con bordes rectos y labios redondeados (fig. 44p).

Dimensiones aproximadas: Altura 15,9 cm.; diámetro en el borde 37,6 cm.; diámetro en la base 28 cm.; espesor de las paredes 1,2 cm.

(i) Vasijas zapato: Se han rescatado un total de cuatro ejemplares de los cuales dos están completos, uno muy quebrado, aunque reconstruible y un fragmento muy grande. Todos, excepto el más pequeño que en realidad constituye una miniatura, presentan manchas negras en la base (Lám. XVI f-g). Además, una de las piezas tiene un pitorro hueco y asa estribo.

Dimensiones: Altura 7,7 a 16 cm.; diámetro en el borde de 6,9 a 12,8 cm.; espesor de las paredes de 0,6 a 0,9 cm.

Comparaciones: La cerámica doméstica suele ser bastante uniforme espacial y temporalmente en el altiplano de Guatemala, existiendo sólo pequeñas variaciones en lo que se refiere a las formas que en un determinado momento estuvieron de moda en su utilización.

No obstante, otras se han perpetuado en el tiempo demostrando estar adaptadas hasta tal punto que no han podido ser desplazadas mediante innovaciones que perfeccionen o alteren su empleo. Tal hecho parece evidente desde el momento en que comprobamos la continuidad en el uso de formas tales como cántaros, ollas, comales, apastes, tamaleras, etc. hasta la actualidad. Por esta razón, resulta tedioso efectuar una recopilación de datos que puedan afectar a la gran mayoría de los sitios arqueológicos del altiplano, lo cual nos impulsa a comentar sólo formas características del período Clásico Tardío o de comienzos del Postclásico o, en última instancia, que aparecen de manera muy esporádica en los yacimientos.

Apastes muy similares a los arriba descritos se han rescatado en Zacualpa desde la fase Pokom (Wauchope, 1975; figs. 118-119), pero no se hace referencia expresa a ellos en ningún otro sitio. Con respecto a esta forma, hemos de adelantar que se han recogido algunos fragmentos de apastes en la Labor Las Victorias, Salcajá, en el transcurso de la excavación de unos pozos que tenían materiales típicos del Clásico Temprano. Sin embargo, comales catalogados como cuencos profundos están muy extendidos por esta zona de las tierras altas: en Finca Arabia, Quetzaltenango, están asociados a otros materiales de finales del Clásico. En Zacualpa aparecen desde el Clásico Temprano, teniendo una larga vigencia hasta el Postclásico Temprano (Wauchope, 1975: 174-175; fig. 116). También son típicos del período Clásico Tardío en Los Cerritos Chichoj, Canillá (Ichon, comunicación personal). Piezas similares aparecen en Zeculeu durante una amplia secuencia desde la fase Atzan a Xinabahul (Woodbury y Trik, 1953).

Incensarios-cucharón son también piezas muy típicas y comunes a todo el altiplano maya, y han sido ampliamente estudiados

por Agrinier (1978) el cual afirma que, aunque el incensario-cucharón de mango hueco ha sido de uso común durante el Clásico Tardío y Postclásico Temprano en Guatemala, tiene una distribución tempoespacial mucho más dilatada en Mesoamérica. Dada la minuciosidad con que se ha realizado tal estudio, nos vamos a limitar al comentario de los ejemplares rescatados en el altiplano oeste, que es la región en la que se centra nuestro interés: Rands y Smith (1965; fig. 6) lo consideran un rasgo característico de las tierras altas, apareciendo de manera abundante en Zacualpa (Wauchope, 1975: 165-167; fig. 105). Incensarios-cucharón con mango en forma de batea o con acanaladura central son descritos para Zacualpa desde el Clásico Temprano (Wauchope, 1975: 17; fig. 20 x-y) y también para Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953; fig. 260e). Asimismo, aparecen también ejemplares de mango macizo en ambos sitios.

Las vasijas en forma de zapato constituyen una de las formas de uso más antiguo en la región: Rands y Smith (1965; fig. 6) ponen de manifiesto la presencia de estas piezas desde el Preclásico Medio en sitios tan importantes como Salcajá, Kaminaljuyú y Zacualpa; sin embargo, posiblemente se trate de una tradición aún más antigua con una distribución espacial muy amplia (desde América del Norte a algunos yacimientos emplazados en América del Sur), que se ha manufacturado a partir de arcillas locales y se ha utilizado con fines fundamentalmente domésticos, sobre todo para cocer (Dixon, 1962: 579-586). Para la zona que nos interesa, es una forma muy común en el valle de Quetzaltenango, apareciendo en Las Victorias (Salcajá) desde el Preclásico Tardío (Ciudad e Iglesias, 1979). En Zaculeu se han encontrado asociadas a contextos mortuorios -cosa que también sucede en Agua Tibia- desde la fase Atzan y, posteriormente, relacionadas con cerámica plomiza de la fase Qanyak (Woodbury y Trik, 1953: 132). En Nebaj, se han catalogado

dentro del tipo Xamal Brun-Rouge del Postclásico Temprano (Becquelin, 1969: 170-171; fig. 93-3, 94-4).

6.1.0.1. Tipo Bulux Rojo Inciso.

Frecuencia cerámica: 727 fragmentos (2,71% del grupo).

Establecido como tipo en: El presente estudio, aunque como el resto del grupo a que pertenece es muy frecuente en una gran cantidad de yacimientos de las tierras altas mayas.

Variedades: Bulux Rojo Inciso Peinado y Bulux Rojo Inciso Geométrico.

Bulux Rojo Inciso Peinado: 654 fragmentos corresponden a esta variedad. La decoración se ha realizado mediante la aplicación de un palito que termina en varias astillas sobre la arcilla fresca hasta lograr el motivo deseado: el trazado de varias líneas onduladas que, por lo general, se colocan en la parte superior de las paredes de las vasijas a que pertenecen (Lám. XVII a-d). En ocasiones, tal decoración está acompañada de puntos impresos realizados con el mismo extremo del instrumento. Normalmente, este diseño se aplica a cántaros, grandes vasijas de almacenaje como las ya descritas (fig. 45 b-d) y apastes (fig. 45a), cubriendo una ancha faja de la parte superior de las paredes, hasta la zona de máximo diámetro de las piezas. El uso de tal decoración ha perdurado hasta hoy en comunidades del valle de Totonicapán, siendo San Cristóbal Totonicapán su lugar de fabricación y distribución (Lám. XVIIe).

Dimensiones: Sólo hemos podido establecer las medidas de un cántaro a partir de un gran fragmento: altura 30,6 cm.; diámetro exterior del borde 24,8 cm.; diámetro máximo de la vasija 32,8 cm.; espesor de las paredes 0,55 cm.

Bulux Rojo Inciso Geométrico: 73 fragmentos muestran en su superficie externa líneas incisas que se cruzan en sentido vertical y horizontal y, en ocasiones, oblicuo (fig. 46 a-e). La incisión no es, en todos los casos, muy profunda. Este tipo de adornos aparece en cuencos de paredes rectas y base plana, aunque sólo hemos podido rescatar fragmentos muy pequeños y no disponemos de más información al respecto (Lám. XVII f-1). En una ocasión, la incisión decora también la pared de un apaste, colocándose debajo del borde.

Comparaciones: El tipo de decoración denominada "peinado" tiene una amplia difusión en los altiplanos oeste y norte, donde se asocia a contextos del Clásico Tardío y comienzos del Postclásico Temprano, hasta tal punto que llega a constituir un "marcador de horizonte" entre ambos períodos. En Zacualpa, líneas incisas onduladas y puntos profundos se manifiestan durante la época de Transición Pokom-Tohil, en un momento cultural que puede ser muy similar al de Agua Tibia (Wauchope, 1975: 25), mientras que en Zuculeu son clasificados bajo el tipo denominado Streaky Red-Brown, sin que se especifique el período a que pertenecen (Woodbury y Trik, 1953: 417; fig. 253a, c). Ya a nivel más local, se manifiesta con mucha frecuencia en el valle de Chichicastenango, donde Gruhn y Bryan (1976: 92-96; fig. 3-4) han podido reconstruir una gran vasija globular de borde evertido y cuatro asas que salen directamente del borde y se asocia a rasgos típicos del Clásico Tardío. En la Meseta Quiché, este tipo de decoración se relaciona con materiales de Postclásico Temprano (Carmack, Fox y Steward, 1975: 57-58; fig. II C-D). Como cerámica definitiva de finales del Clásico Tardío aparece en Nahualá, Los Tapiales, Kaminaljuyú y El Baúl, siendo un tipo bastante común en los Cerritos Chichoj, Canillá (Ichon, comunicación personal). Aunque no tenemos noticias

de que la vigencia de tal decoración haya pervivido en tiempos Protohistóricos, sí podemos afirmar que ha tenido una gran continuidad, puesto que como tal puede encontrarse en algunas localidades del altiplano oeste de Guatemala, en concreto en San Cristóbal y San Miguel Totonicapán y cantones de los alrededores, donde también se asocian a vasijas de carácter doméstico (Lám. XVIIe).

6.1.0.2. Tipo Bulux Rojo Impreso.

Frecuencia cerámica: 440 fragmentos (1,64% del grupo).

Establecido como tipo en: El presente trabajo, siendo muy frecuente en multitud de yacimientos de todo el altiplano de Guatemala.

Variedades: Bulux Rojo Impreso Instrumento y Bulux Rojo Impreso Digitado.

Bulux Rojo Impreso Instrumento: La decoración en esta variedad a parece en dos grupos bien definidos: en puntos impresos que, como acabamos de señalar se asocian a líneas incisas y se colocan en el cuello o en la parte alta de las vasijas de almacenaje (fig. 46 h-j). La decoración mediante motivos geométricos se manifiesta por norma general en los bordes o bien sobre pequeñas molduras que se han colocado justo debajo del borde de las vasijas con cuello o, en menor cantidad, de los cuencos, formando diversas combinaciones:

(a) Líneas de puntos dispuestos en sentido oblicuo (Lám. XVIII e-g).

(b) Puntos impresos poco profundos ordenados de forma paralela, a modo de rejilla (Lám. XVIIIa).

(c) Hileras horizontales realizadas con la punta de una caña, si mulando una media luna (fig. 46f; Lám. XVIIIc).

(d) Triángulos efectuados con la punta de un instrumento los cuales, a veces, acompañan a acanaladuras (fig. 46g).

(e) Puntos impresos dispuestos sobre una tira de pastillaje (Lám. XVIIIb).

(f) A veces, pequeñas impresiones se colocan en el extremo de un mango macizo de incensario-cucharón (Lám. XVIIIId).

Bulux Rojo Impreso Digitado: Sólo poseemos dos fragmentos rescatados en la pequeña construcción que hemos interpretado como un altar. Pertenecen a vasijas con cuello medio y forma globular. Del borde, redondeado, salen cuatro asas planas que alcanzan debajo de una reducida moldura que parece servir de separación entre el cuello y la parte superior de las paredes. La vasija está decorada con dos series de tres impresiones digitales cada una, las cuales están opuestas y se sitúan entre las asas (fig. 47h).

Comparaciones: En general, este puede considerarse un tipo muy común en las tierras altas desde finales del período Preclásico, mostrando una gran continuidad hasta el Postclásico Temprano. Quizás, el único "marcador de horizonte" sea la ya descrita decoración incisa de tipo "peinado" en combinación de puntos impresos, la cual define los últimos tiempos del período clásico y ha perdurado hasta hoy (Lám. XVIIIh). En torno al yacimiento, este tipo es frecuente en la Meseta Quiché y en Finca Arabia, Quetzaltenango, donde está relacionada con piezas San Juan Plomizo (Kidder, 1954: 9-10; fig. 5e). En El Paraíso han sido encontrados algunos fragmentos representativos de la variedad Instrumento, así como en Los Cerritos Chichoj, Canillá (Ichon, comunicación personal). Impresiones que forman motivos geométricos de forma triangular o en hileras dobles, triples y grupos más amplios están identificadas en Zacualpa desde la Transición Balam-Pokom (Wauchope, 1975: 142; fig. 86j). Por último, decoración impresa digitada aparece también

en Zacualpa sobre pequeñas tiras de pastillaje que adornan jaras de cuello medio o bajo (Wauchope, 1975: 171-176; fig. 111-115).

6.1.0.3. Tipo Bulux Rojo Acanalado.

Frecuencia cerámica: 289 fragmentos (1,07% del grupo).

Establecido como tipo en: El presente estudio, siendo común en todo el altiplano guatemalteco.

Esta decoración se manifiesta en Agua Tibia formando diseños muy simples: pares o triples bandas paralelas que de manera horizontal se colocan en los cuellos de las vasijas globulares y cántaros (Fig. 47 a-g; Lám. XIX a-b, d). Suelen ser bastante superficiales (de 1,4 a 3 mm.) y no muy anchas (de 1,3 a 2 cm.) y, a veces se asocian a otras técnicas decorativas tales como la impresión (Lám. XVIIIe-g). En pocos casos se disponen justo debajo del borde de los apastes, configurando entonces una ancha banda que llega a alcanzar hasta 4 cm. Pero lo más normal es que decoren vasijas con cuello de carácter culinario y, más raramente, cántaros de almacenaje. En una ocasión, las acanaladuras están situadas a lo largo de las paredes de un gran cuenco de boca muy ancha (Lám. XIXc).

Comparaciones: La cerámica roja acanalada se hace popular en el altiplano maya desde el comienzo del período Preclásico Medio en Salcajá y Kaminaljuyú, para estar presente en una gran mayoría de los yacimientos durante todo el Clásico, por lo que no constituye un tipo especialmente significativo.

6.1.0.4 Tipo Bulux Rojo Pastillaje.

Frecuencia cerámica: 43 fragmentos (0,16% del grupo).

Establecido como tipo en: Este estudio, apareciendo de manera frecuente en sitios del altiplano.

La decoración de pastillaje se asocia, excepto en una miniatura y un fragmento aislado, a los incensarios de Agua Tibia, tanto a aquellos denominados cucharón como a los de doble cámara: los diseños que se relacionan con los incensarios-cucharón son generalmente dobles tiras de pastillaje que, a veces, acompañan a pequeños botones, adornando los mangos tubulares en su conjunción con los cuencos que componen los incensarios (fig. 48 a-c; Lám. XIX h-j).

En cuanto a los ejemplares de doble cámara, los diseños son más variados: pequeños rectángulos combinados con medias lunas (fig. 48e), tiras dispuestas en sentido vertical y horizontal o, también, gruesos botones de pastillaje combinados con dobles círculos que decoran la superficie externa de estas piezas (Lám. XIXe).

Por último, existe un gran fragmento de cántaro que está decorado con acanaladuras en cuyo borde, evertido, se ha colocado un pequeño diseño de pastillaje (Lám. XIXd). Asimismo, disponemos también de un pequeño fragmento perteneciente a una forma desconocida, que está decorado con el cuerpo de un animal, tal vez, un lagarto (fig. 48d; Lám. XIXg).

Comparaciones: Como la distribución tempoespacial de los incensarios-cucharón ha sido tratada con anterioridad, sólo vamos a dedicar este apartado a aquellos ejemplares compuestos de doble cámara: son frecuentes en las tierras altas de Guatemala desde el Clásico Temprano, apareciendo en Chamá y Zacualpa (Rands y Smith, 1965: 104-105; figs. 6-7), sitio este donde perduran hasta finales del Clásico Tardío (Vauchope, 1975: 165; fig. 104), presentan decoraciones muy semejantes a las de Agua Tibia. Ejemplares con

temporáneos se han excavado en la región de Frailesca, Chiapas, donde han sido fechados en la fase Maravillas (Navarrete, 1960; fig. 38a, d). También aparecen durante la fase Batz de Nebaj, aunque son algo diferentes (Becquelin, 1969: 162; fig. 53-55).

6.1.1. Grupo Jelic Rojo sobre Crema:

Bajo este término denominamos una serie de cerámicas que aparecen con profusión en un área muy localizada del altiplano oeste de Guatemala, y se distribuyen a lugares adyacentes de las tierras altas y de la bocacosta en disminución según la lejanía. La importancia que este grupo tiene en el conjunto de cerámicas de Agua Tibia ha hecho que en ella hayan centrado su atención varios componentes del Proyecto desde diferentes ángulos (Alcina, 1980; Iglesias y Ciudad, ms./ en prensa), pero con anterioridad había sido tratada por una gran cantidad de investigadores de los sitios arqueológicos de las tierras altas, siendo Lothrop (1936: 28) quien primero la definió en los siguientes términos: "La arcilla que sirve de base es de color gris apagado marrón, la cual está cubierta por un engobe crema que, a su vez, está teñido con un baño anaranjado con una terminación laqueada. Este baño se ha descolorido o disuelto en muchos ejemplares, resultando el color que se ve en la fotografía 6a". Después, estos objetos han sido asignados con expresiones descriptivas como rojo sobre beige, rojo sobre naranja, rojo sobre crema, etc., los cuales, en realidad, sirven para describir el mismo grupo cerámico. Por lo demás, sus características tipológicas son las siguientes: "

Frecuencia cerámica: 5.790 fragmentos, el 17,05% de la cerámica extraída.

Pasta: De color marrón rojizo, alternando con el negro en las escasas ocasiones en que hubo reducción. Desgrasante fino con reducidas inclusiones de albita y cuarzo (Apéndice E). Cocción oxidante (98,76%) y reductora (1,33%).

Superficie: El interior de los ejemplares se muestra alisado y engobado, y también pulido en un alto porcentaje (30,83% de los fragmentos). El exterior recibió un tratamiento semejante, aunque el promedio de fragmentos pulidos es superior (68,68%).

Color: El color del engobe varía del crema claro (5YR 8/2, pinkish white) a crema rosado (5YR 7/3, pink) y naranja claro (2.5 YR 5/4, light reddish brown).

Textura: Suave.

Grosor: El espesor de los fragmentos oscila entre 3 y 6 cm.

Establecido como grupo en: El presente trabajo, aunque previamente había sido definido como ware (no incluida en el sistema de tipo variedad) por Lothrop (1936). En el caso concreto de Agua Tibia, el grupo se identifica con el tipo, no habiéndose establecido ninguna variedad.

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

(a) Cuencos de paredes curvas, boca ancha y borde dispuesto hacia el interior, terminando en un labio apuntado (fig. 49 a-c) y redondeado (fig. 49 d-e). Bases planas a plano-convexas (fig. 49f). Un total de 659 fragmentos pertenecen a esta forma (11,38% del grupo), la cual está definida además por otros doce ejemplares completos extraídos en el cementerio.

Dimensiones: Altura 5 a 8 cm., promedio 7,04 cm.; diámetro exterior del borde 10 a 17,2 cm., promedio 14,86 cm.; espesor de las paredes 0,4 a 0,6 cm., promedio 0,46 cm.

(b) Cuencos de paredes rectas e inclinadas hacia el exterior, borde recto y labio apuntado (fig. 49g) o redondeado (fig. 49h-j).

Las bases son planas o plano-convexas (fig. 49 k-m). Estos cuencos están representados por 1.097 fragmentos (18,94% del grupo), a los cuales hay que añadir doce piezas completas procedentes de las ofrendas del enterramiento.

Dimensiones: Altura de 7 a 8 cm., promedio 7,6 cm.; diámetro exterior del borde de 11,7 a 18,5 cm., promedio 15,1 cm.; diámetro en la base de 9,3 a 12,5 cm., promedio 10,81 cm.; espesor de las paredes de 0,4 a 0,6 cm.; promedio 0,5 cm.

(c) Cuencos de paredes evertidas y boca ancha. Los bordes se disponen en el mismo sentido que las paredes, terminando en labios redondeados (fig. 49 n-fi). Las bases son planas. Sólo se han rescatado cuatro fragmentos representativos de esta forma (0,06% del grupo cerámico) y tres piezas completas colocadas como ofrendas.

Dimensiones: Altura 6,3 a 7 cm., promedio 6,66 cm.; diámetro exterior del borde 17 a 18,7 cm., promedio 17,8 cm.; diámetro en la base 7 a 12,7 cm., promedio 10,8 cm.; espesor de las paredes 0,45 a 0,65 cm., promedio 0,55 cm.

(d) Cuencos de silueta compuesta. En total se han conseguido 25 fragmentos correspondientes a estos cuencos (0,43% del grupo) y tres ejemplares completos. Se trata de piezas cuyas paredes se disponen hacia afuera, al igual que el borde que finaliza en un labio redondeado (fig. 49o), dejando una boca muy ancha. En punto de máxima inflexión se localiza en la zona de máximo diámetro del cuenco, a partir de la cual las paredes se curvan hacia abajo, dejando una base redondeada.

Dimensiones: Altura 4,8 a 5 cm., promedio 4,9 cm.; diámetro exterior del borde 17,2 a 18 cm., promedio 17,6 cm.; diámetro mínimo de las piezas 12,3 cm.; espesor de las paredes 0,35 a 0,4 cm., promedio 0,37 cm.

(e) Un pequeño fragmento de pata hueca (fig. 49p) ha podido per-

tenecer a un cuenco trípode.

Decoración: Existe un enorme contraste entre la relativa escasez de formas representativas del grupo cerámico y la gran cantidad de diseños decorativos que presenta, en cuya elaboración han participado únicamente dos técnicas: la pintura roja y la pintura negativa. En Agua Tibia, ambas técnicas están íntimamente ligadas entre sí, no apareciendo apenas la una sin la otra en las formas completas. Los motivos decorativos presentes en el Grupo Jellic se pueden diferenciar en dos grandes conjuntos: (1) diseños geométricos y (2) diseños zoo-antropomorfos.

(1) Diseños geométricos: (figs. 50, 51 a-g; Lám. XX).

a. Bandas de pintura roja dispuestas en sentido horizontal y situadas debajo del borde y en la base, rodeando los cuencos (fig. 50a), aunque en ocasiones se sitúan en las zonas medias de las paredes. Tales bandas están muy bien pulidas y tienen una anchura que oscila de 1,3 a 2,2 mm. En algún caso, se combinan dos debajo del borde y una en la base.

b. Dobles líneas de pintura roja debajo del borde entre las cuales -o debajo de ellas- aparecen puntos (fig. 50b; Lám. XXa). La anchura es semejante a la de las anteriores.

c. Líneas onduladas o encadenadas que transcurren en sentido horizontal entre bandas de pintura roja (fig. 50c; Lám. XXb).

d. Bandas de pintura roja que se colocan debajo del borde, entre las cuales es común la presencia de un diseño semielipsoidal o semiespiral (fig. 50d; Lám. XXc).

e. Trazos horizontales, paralelos, en la zona superior de las paredes están limitando a otros dos ondulados que se disponen horizontalmente (fig. 50e).

f. Dobles aspas circunscritas entre diferentes bandas de pintura roja (fig. 50 f-g; Lám. XXd).

g. Círculos concéntricos y espirales asociados a trazos rectos de pintura roja. Por lo general, este diseño se manifiesta debajo del borde y está limitado en su parte inferior por una o dos líneas horizontales las cuales, a su vez, acotan pares de bandas verticales que llegan hasta la base. (fig. 50 h-k; Lám. XXe).

h. Diseños en los que se representa una especie de S, en algunos casos doble, que suele inscribirse entre dos o cuatro hileras verticales de pintura (fig. 51 a-b; Lám. XXf).

i. Volutas colocadas entre dobles pares de líneas semionduladas que las limitan en sentido vertical, y dobles pares de bandas rectas horizontales. A veces, se combinan también con círculos simples o concéntricos. El número de volutas varía de dos a cuatro. Diseños semejantes fueron interpretados por Lothrop (1936: 28) como "remi-niscencias de bandas de glifos que, a menudo, decoran la cerámica polícroma maya" (fig. 51 c-g; Lám. XX g-i).

(2) Diseños zoo-antropomorfos: (fig. 51 h-l, 52-53; Lám. XXI a-d).

a. Figuras de animales: dos son los ejemplares correspondientes a este grupo. Uno de los diseños aparece bastante erosionado, por lo que su identificación es difícil (Lám. XXIId); mientras que el otro, limitado por bandas verticales y horizontales, corresponde a un pequeño animal cuadrúpedo y con una cola reducida (Lám. XXIVe).

b. Pájaros de ballo trazado que suelen aparecer en actitud de reposo, descansando su cuerpo sobre una banda de pintura roja. En todos los casos presentan un largo pico y, mientras que algunos tienen sus alas extendidas (fig. 51 l; 52b; Lám. XXIb, h), otros las mantienen replegadas (fig. 51 h-k, 52a), pero manteniendo actitudes semejantes en ambos casos. Por desgracia, nos ha sido imposible identificar el tipo de ave reflejado en esta cerámica; por sus características generales de diseños, alas, pico y patas, parece tratarse de aves acuáticas. Sin embargo, la zona geográfica en que

se circunscribe este grupo cerámico es parca en áreas lacustres que parecen más apropiadas para la presencia de este tipo de aves. En cualquier caso, parece existir poca duda que este tipo de diseños ha servido de inspiración para confeccionar otro amplio grupo de decoraciones más estilizadas y menos naturalistas, que parecen alcanzar un carácter simbólico, las cuales han sido denominadas con el término de:

c. Figuras antropomorfas: Este es el motivo que se manifiesta de modo más constante y repetido, agrupándose en dos grandes conjuntos decorativos:

-- Hombres disfrazados danzando, cuyo aspecto general nos recuerda la figura de un ave de pico largo, de características muy semejantes a las que acabamos de describir. Al parecer, se trata de individuos que cubren su rostro con una máscara que representa un pájaro de pico largo del que sobresale una línea continua y, en ocasiones, puntos de pintura roja que podrían hacer referencia al símbolo de la palabra, como si estos danzantes cantaran o recitaran durante la celebración de la danza (figs. 52 c-e, 53). Por lo general, estos hombres disfrazados guardan una actitud de movimiento y están tocados por una pluma que sale de la parte de atrás de sus cabezas (fig. 52c; Lám. XXId), y de un aditamento en la parte media de sus espaldas, el cual muy bien podría ser una capa representativa del plumaje y las alas del animal. Todos los personajes tienen sus brazos estirados hacia el frente, rectos, y acaban en un número variable de dedos que oscila de cuatro a seis (Lám. XXId). El diseño que acabamos de describir en estas líneas suele repetirse en todas las formas, y está separado por bandas verticales y horizontales de pintura roja.

-- Figuras humanas enmascaradas que mantienen una fuerte disposición de movimiento. Las máscaras pueden simular también picos de aves, pero en ninguna ocasión existe el implemento extendido que

sobresalía de la espalda en las figuras anteriores, e incluso en más de una ocasión tampoco aparecen tocados con una pluma, habiéndose reducido el pico -cuando existe- de una manera considerable. Parece ser, cuando contemplamos este grupo de diseños, que se trata de un nuevo puente entre los hombres-pájaro y las figuras completamente humanas, las cuales llegan en algún momento a perder por completo todas sus características antropomorfas (Láms. XXVI, XXVII).

A nuestro entender, pues, nos encontramos ante un momento de más avanzada estilización en la composición de los diseños correspondientes al grupo cerámico Jellic, en la cual parecen repetirse tres motivos fundamentales y cada vez más complicados: diseños puramente geométricos, figuras de carácter naturalista en las que la manifestación esencial es el pájaro de largo pico reposando con las alas extendidas sobre una banda de pintura roja y representaciones humanas enmascaradas que, en un principio, mantienen una estrecha relación con estos pájaros, pero que cada vez se han ido haciendo más naturalistas hasta perder un buen número de tales rasgos y convertirse en verdaderas figuras humanas. Estas figuras manifiestan una etapa incipiente, insegura, de tales representaciones humanas las cuales han conservado, sin embargo, esa actitud danzante que tienen los hombres enmascarados.

Importante dentro de la decoración correspondiente al Grupo Cerámico Jellic es, sin lugar a dudas, la pintura negativa, cuyo origen, técnica y distribución a través del área maya ha sido ampliamente discutido por Butler (1935) y, para el caso concreto del altiplano guatemalteco, por Woodbury y Trik (1953) y Becquelin (1969). En lo que respecta a Agua Tibia, aparece en dos grupos cerámicos diferentes en estilo y origen: Jellic y Chemalá Rojo Pulido, el cual será discutido más adelante, centrando ahora

nuestra atención en el primero de ellos, que presenta los siguientes diseños:

- a. Pequeños círculos dispuestos en sentido horizontal, que se asocian a cuencos de paredes curvas y boca ancha (fig. 54 a-b; Lám. XXIe).
- b. Pintura zonal en la parte superior e inferior de las paredes, que acompaña a cuencos de paredes curvas, cuencos de paredes rectas y formas evertidas (fig. 54 c-d; Lám. XXI f).
- c. Bordeando las figuras diseñadas con pintura roja. Es común en todas las formas, excepto en los ejemplares de paredes curvas y borde dispuesto hacia el interior (fig. 54 e; Lám. XXI g-h).
- d. Diseños que parecen representar tréboles de cuatro hojas, el cual es muy poco frecuente en otros sitios del altiplano, y se asocia a cuencos de paredes rectas y dispuestas hacia el exterior y cuencos evertidos (Lám. XXVII b).

Por último, hemos de hacer referencia a un escaso número de fragmentos -24 en total- en los que se han combinado líneas rojas y marrones (fig. 32) sobre crema. En general, presentan los mismos patrones decorativos (líneas alrededor del borde, combinaciones de bandas y puntos, líneas quebradas, onduladas, etc.) y formas (cuencos de paredes rectas y cuencos de paredes curvas hacia el interior) que el resto de los fragmentos pertenecientes a este grupo (fig. 54 f-n; Lám. XXI i-l).

La decoración y las formas: Uno de los aspectos más interesantes de este grupo parece ser, sin duda, la relación existente entre las formas y los diseños. Como ya hemos señalado con anterioridad, los fragmentos del Grupo Cerámico Jellic pertenecen a cuatro formas diferentes a las cuales corresponden los siguientes diseños:

- (1) Cuencos de paredes curvas están decorados con estos motivos:
 - a. Círculos concéntricos y espirales a ellos asociadas, represen

tan el 26,27% del total de los fragmentos del grupo, y el 56,54% de los diseños de esta forma (fig. 55 a-c, 56a; Lám. XXII a-b).

b. Combinaciones de líneas rojas y marrones que se colocan debajo del borde. En total, se han recuperado el 4,37% de los fragmentos pertenecientes al grupo, y el 9,42% de los motivos que decoran esta forma (Lám. XXI i-1).

c. Volutas combinadas con círculos concéntricos: el 3,4% del grupo y el 7,32% de la decoración de esta forma (fig. 56 b-c; Lám. XXII c-d).

d. Pájaros en actitud de reposo, presentes en un 2,43% del grupo, constituyendo este diseño el 5,23% de las decoraciones de este tipo de cuencos (figs. 57c, 58a; Lám. XXIII b-c).

e. Líneas onduladas o encadenadas y motivos semielipsoidales, que alcanzan una frecuencia del 2,91% del grupo y el 6,28% de las decoraciones de estas formas (fig. 50c; Lám. XXb).

f. Motivos estilizados difíciles de identificar aunque, dadas sus características formales, pensamos que pueden ser estilizaciones a un nivel superior que representan la cabeza y el pico de la máscara de los danzantes, la cual se halla tocada en ocasiones por una pluma. Los fragmentos excavados constituyen el 0,97% del grupo cerámico y el 2,09% de los diseños de los cuencos curvos (fig. 57 a-b; Lám. XXIIe, XXIIIa).

g. Pintura negativa en forma de pequeños círculos y, en menor grado, de carácter zonal (figs. 56 b-c; 58b; Láms. XXII c-d; XXIII d-e).

(2) Cuencos de paredes rectas están decorados de la siguiente manera:

a. Fragmentos de figuras humanas disfrazadas y danzantes. Es en este diseño y forma donde los motivos decorativos del grupo alcanzan una mayor variedad: el 21,65% del grupo y 47,15 de las decoraciones

nes (figs. 60c, 61 a-c, 62 a-c; Láms. XXV b-e, XXVI a-d).

b. Volutas combinadas con círculos concéntricos que representan el 10,04% del grupo y el 22,04% de los diseños de esta forma (fig. 59b; Lám. XXIV c-d).

c. Bandas rojas que se disponen debajo del borde: 2,91% del grupo y 6,09% de los motivos que decoran estos cuencos (fig. 50a)

d. Puntos y líneas onduladas y encadenadas: 4,13% del grupo y 8,62% de las decoraciones de la forma (fig. 50c; Lám. XXb).

e. Combinaciones de bandas rojas y marrones: 1,94% del grupo y 4,06% de los diseños decorativos de los cuencos rectos (fig. 54).

f. Dobles aspas entre bandas de pintura roja, que aparecen en la misma proporción que el diseño anterior (fig. 59a; Lám. XXIVb).

g. Círculos concéntricos aparecen en un porcentaje exacto a los dos motivos anteriores (fig. 58c; Lám. XXIVa).

h. Motivos estilizados que recuerdan la cabeza y el pico de los danzantes enmascarados. Aparecen en un 0,90% de los casos y decoran el 0,80% de esta forma (fig. 60b; Lám. XXVa).

i. Pájaros y animales con cierto estilo naturalista representan un 0,97% del grupo, decorando el 1,07% de la forma (fig. 59c; Lám. XXIV e-f).

3. Los cuencos de paredes evertidas están decorados con los diseños que a continuación se expresan:

a. Volutas asociadas a pequeños círculos que se combinan con diseños de pintura negativa. Se asocian a un sólo cuenco (fig. 63a; Lám. XXVIe).

b. Pájaro bellamente pintado en actitud de reposo y con las alas extendidas dispuesto entre líneas verticales y horizontales, motivo que alterna con parcelas ocupadas por círculos de pintura negativa que, unidos, parecen formar un diseño de trébol de cuatro hojas (fig. 63b; Lám. XXVII a-b).

c. Un último cuenco está decorado con una figura humana en actitud de danza y enmascarada con un pequeño pico retorcido, pero que ha perdido todos los demás atributos que la identifican con un pájaro, dejando paso a una representación bastante estilizada y algo simplista de un hombre (fig. 63c; Lám. XXVIIc).

(4) Los cuencos de silueta compuesta están asociados a los siguientes diseños: Todos ellos presentan círculos concéntricos que, en ocasiones están limitados por líneas horizontales y verticales. La pintura negativa es siempre de carácter zonal, apareciendo en un porcentaje del 3,40% del grupo cerámico y significando el 100% de la decoración típica de esta forma (fig. 64 a-b; Lám. XXVII d-e).

Comparaciones: Las cerámicas bícromas rojo sobre blanco/ante/crema/naranja hacen su aparición en las tierras altas de Guatemala desde tiempos preclásicos, aunque tales colores relacionados con una fina película de engobe muy bien pulido -que da lugar a la expresión laqueadas o "lacquer"- no se conocen sino hasta el período Protoclásico, fase Balam 1, de Zacualpa (Wauchope, 1948, 1975). En el yacimiento Las Victorias, Salcajá, encontramos 85 fragmentos de este tipo relacionados con otros materiales característicos del Preclásico Tardío y Protoclásico (Ciudad e Iglesias, 1979: 188-189; fig. 25), aunque nosotros pensamos que se trata de ejemplares del Clásico Temprano procedentes, quizás, del asentamiento Clásico que posteriormente ocupó la cima de la ladera en la que se emplaza este sitio Preclásico (Ciudad, 1981). Wauchope (1975: 114) mantiene la misma suposición sobre los fragmentos rojo sobre crema hallados en contextos Balam 1, estableciendo el momento de manufactura de esta cerámica durante la Transición Balam-Pokom.

A principios del Clásico Tardío se extiende y se consolida su uso apareciendo en una gran cantidad de sitios de las tierras altas y zonas de la bocacosta, aunque de manera mucho más fre-

cuenta y diversa en los altiplanos oeste y norte. No obstante, ca be destacar que la presencia de este grupo no es uniforme en todos los yacimientos en que aparece, pues si en Agua Tibia sólo tiene cuatro formas y una ingente variedad de diseños decorativos, no parece ser tal el caso de Zaculeu y otros centros, razón por la cual hemos decidido establecer la comparación de manera aislada con los diversos sitios en que se ha extraído, observando la diversidad existente entre cada uno de ellos:

En Zacualpa es donde el grupo presenta una secuencia temporal más amplia, pues su uso se inicia desde tiempos Balam I y se mantiene hasta la fase Tohil en el Postclásico Tardío. Existe una diversidad de formas superior a la de Agua Tibia, ya que piezas tales como cuencos profundos con asas-faja que se asemejan a apas-tes, o jarras de cuello ligeramente curvado no conocidas en el yacimiento M-5 (Wauchope, 1948: 140; fig. 58g, k-1). Otros ejemplares como cuencos de boca estrecha, cuencos de base anular (Wauchope, 1975; fig. 131b, 10) y vasos profundos (Lothrop, 1936; fig. 25b, Lám. 2c), tampoco están presentes en Agua Tibia. Por el contrario, cuencos de silueta compuesta no han sido localizados ni en ninguno de los otros sitios en que está representada esta cerá-mica. Pero a tal superioridad en la diversidad formal no corresponden de una gran variedad de diseños comparable a la de Agua Tibia, y que sólo se han encontrado motivos geométricos y líneas de pintura roja, así como escasos pájaros en actitud de reposo (Lothrop, 1936: 31-33; pl. 7). Enormemente emparentados con Zacualpa, podemos considerar aquellos fragmentos decorados con líneas rojas y marrones sobre crema (Wauchope, 1975: 155-156). Las características formales y decorativas manifestadas entre tales fragmentos parecen indicar que nos encontramos ante intentos particulares de crear un estilo polícromo propio a partir de materiales autóctonos. Para ello, los artesanos sólo tuvieron que combinar las lí-

neas rojas con otras más oscuras, elaborándose así una cerámica polícroma. Tal experimento no constituye de por sí una innovación de Agua Tibia, sino que con anterioridad había sido intentado con el mismo resultado en Zacualpa, sitio donde este tipo de ensayos no se circunscribe a la decoración geométrica, sino que tienen como motivo fundamental representar hombres en actitud de danza que guardan una muy estrecha relación con los de Agua Tibia (Lothrop, 1936: 31; fig. 29c; Lám. 7a). Una respuesta cultural idéntica en ambos sitios ante la expansión de la tradición polícroma de las tierras bajas y la Alta Verapaz, nos muestra hasta qué punto el centro provincial influyó sobre el pequeño asentamiento artesano, aunque también puede estar reflejando una respuesta uniforme dada por los mismos individuos, y en ese caso puede ser que el alfarero mantenga un estrecho contacto con otros que habitan en Agua Tibia, o que simplemente proceda de este centro y se haya afincado en el valle de Totonicapán. Respuestas semejantes entre ambos sitios parecen haber sido bastante frecuentes y serán puestas de manifiesto a medida que avance la exposición.

En Zeculeu no existe cerámica bícroma rojo sobre crema sino hasta la fase Qanyak de Postclásico Temprano y su presencia es muy escasa, ya que sólo se han rescatado 36 fragmentos que son considerados procedentes de comercio con Zacualpa según las estimaciones de Woodbury y Trik (1953). Este hecho se manifiesta en la presencia de sólo tres formas (cuencos de paredes evertidas, cuencos profundos y vasos cilíndricos de base plana) y diseños puramente geométricos y una posible figura de animal (Woodbury y Trik, 1953: 168-169; fig. 242 f, l). No obstante, hemos de hacer constar que representaciones de pájaros de idéntico aspecto general al aparecido en las máscaras de los danzantes son comunes en piezas decoradas en pintura negativa. En efecto, dentro de lo que Woodbu

ry. y Trik (1953: 197-205; figs. 267-268h, j, l) denominan Zaculeu Resist Painted uno de los diseños fundamentales son pájaros muy convencionalizados que aparecen asociados a contextos de Clásico Tardío. Tipológicamente, se mantienen en la misma línea que las aves representadas en pintura roja sobre fondo crema en los cuencos de Agua Tibia y Zacualpa, lo cual nos permite pensar que se está reproduciendo un animal cuya presencia es común a los tres sitios.

En Nebaj, esta cerámica se incluye en el tipo Cotzol Rouge sur Beige y se circunscribe a las fases Batz y Tziquin. Sólo se han rescatado siete fragmentos que corresponden a cuencos de paredes evertidas cuya superficie externa está decorada en todas las ocasiones por motivos geométricos (Becquelin, 1969; fig. 50-56d; 6g).

Al igual que ocurre en Agua Tibia, la decoración de tal cerámica está relacionada a la pintura negativa en los tres yacimientos mencionados. La aplicación de esta técnica de tan amplia distribución tempo-espacial en Mesoamérica, es especialmente frecuente en asentamientos de los altiplanos oeste y norte de Guatemala, generalizándose en contextos de Clásico Temprano en Nebaj y Zaculeu, y en el Clásico Tardío en el área de Zacualpa y región del Chixoy-Chipoc-Cahabón (Rande y Smith, 1965; fig. 8). Después, su empleo comienza a desaparecer a finales del Clásico justamente en aquellos sitios en que había penetrado con anterioridad, como en Zaculeu y Nebaj; así como en gran parte del área del Chixoy, aunque permanece en aquellos en que su implantación fue más tardía, pudiendo observarse su presencia en Zacualpa y Chipal 2 (Butler, 1940: 262) en contextos de comienzos del Postclásico, en los cuales es preciso incluir a Agua Tibia. Otros sitios del altiplano en que la decoración resistente ha sido documentada son Xol

vitz, Chajul, Tzicuy y Chalchitán (Becquelin, 1969: 149-151).

Estilísticamente, esta técnica alcanza dos desarrollos muy diferentes en los sitios mencionados en el párrafo anterior: en Zaculeu, centro en el que la pintura negativa presenta una mayor variedad de diseños, se representan prioritariamente volutas escalonadas y angulares riveteadas por pequeños puntos, pájaros estilizados, barras y filas de reducidos círculos, a menudo en disposiciones paralelas y diagonales; sin embargo, en Nebaj y sitios cercanos el diseño negativo consiste en círculos de distribución irregular y patrones de líneas muy simples. La situación de Agua Tibia nos parece intermedia con respecto a ambos desarrollos pues, si bien la decoración en negativo siempre tiene un carácter geométrico -como los del área de Nebaj-, la composición de determinados diseños como el trébol de cuatro hojas nos recuerda de manera constante a un buen número de representaciones frecuentes en Zaculeu. En cualquier caso, es preciso apuntar que ambos estilos están muy relacionados, no sólo por aparecer combinados, sino también porque el mismo tipo de diseño se ha confeccionado mediante la aplicación de las dos técnicas: así, las aves que tan alta perfección alcanzan en Agua Tibia, son representadas en Zaculeu en pintura negativa con resultados semejantes.

Pero la distribución espacial del Grupo Cerámico Jelic no se limita a estos centros importantes del altiplano, sino que se extiende de manera bastante homogénea a una gran cantidad de centros de las tierras altas y a algunos sitios de la bocacosta, pero con un porcentaje muy variable de un sitio a otro; situación que a continuación trataremos de resumir: aparece de manera constante en el altiplano oeste, en zonas adyacentes a Zacualpa y Agua Tibia. En el valle de Chichicastenango, Gruhn y Bryan (1976: 103-104) han recogido cerámicas rojo sobre crema asociadas con

otros fragmentos significativos del Clásico Tardío. Asimismo, es común en Finca Arabia y Salcajá, en el valle de Quetzaltenango, donde acompañan a materiales plomizos y otros de finales del Clásico. También se han recolectado unos cuantos fragmentos en Nahualá.

En el altiplano central existen ejemplos rojo sobre crema en Hospital de San Vicente y Kaminaljuyú, donde se encontró una jarra que Kidder, Jennings y Shook (1946: 188) sitúan en tiempos Esperanza, aunque Rands y Smith (1965; fig. 3) la consideran típica de la fase Amatlé-Pamplona.

Con respecto al altiplano norte, tenemos noticias más frecuentes de su amplia expansión debido a que es una zona conocida en profundidad desde el punto de vista de la arqueología, siendo el área de influencia de Zaculeu la que presenta un porcentaje superior de yacimientos en los que se han encontrado fragmentos correspondientes al Grupo Cerámico Jelic: en Chajul, Sacsiguán, Huitchun, Xolchun, que se localizan todos en el departamento de El Quiché (Becquelin, 1969: 162-163). En Los Cerritos Chichoj, Canillá aparece un número importante de fragmentos rojo sobre crema, algunos de los cuales son muy semejantes en forma y diseños a los extraídos en Agua Tibia. Más al norte, existen pocos ejemplos, pareciendo situarse su límite de expansión en torno a la cuenca del Chixoy: por ejemplo, Ichon (comunicación personal) ha excavado en el pequeño centro ceremonial de San Juan Las Vegas dos piezas completas decoradas en rojo sobre crema -un vaso y un plato- que contienen motivos geométricos en el que se combinan series de puntos con líneas. También en las tierras altas del norte aparecen algunos ejemplares en Chipal 1 y 2 en los Cuchumatanes (Butler, 1940: 256-257, 262); por otra parte, R. Smith (1952, Cuadro 2) señala su presencia en Chipoc, donde parece tener unos

patrones autóctonos.

En cuanto a su expansión a sitios de la bocacosta y cuenca del Motagua, aparecen en superficie en Bilbao, formando parte de contextos de Postclásico Temprano, donde Parsons (1967: 160; fig. 76g) afirma que se trata de una ware procedente de comercio con Zacualpa. En El Baúl, Thompson (1948; fig. 57h) encontró diez fragmentos de esta cerámica. Su distribución más al oriente de la república se centra en torno a San Aguatín Agustín Acasaguastlán y Guaytán (Smith y Kidder, 1943; fig. 51c) donde se asignan a la fase Magdalena de Clásico Tardío e, incluso, hasta Copán y Tazumal, donde son denominados Red on Orange por Longyear (1944, 1952; figs. 62, 118g).

En definitiva, las cerámicas bícromas rojo sobre crema laqueadas aparecen como un producto típico de las tierras altas de Guatemala, teniendo una distribución tempo-espacial muy amplia: desde el punto de vista cronológico, puede haberse originado a comienzos del período Clásico Temprano e, incluso, finales del Protoclásico, alcanzando su máxima popularidad y desarrollo a finales del Clásico y comienzos del Postclásico Temprano, período en que desaparece por completo. En el espacio, nos encontramos ante una cerámica de muy amplia extensión en el altiplano oeste, con porcentajes y variedad estilística muy superiores en Zacualpa y Agua Tibia y disminuyendo según nos vayamos alejando de estos dos sitios. Es posible, pues, que en torno a este foco se encuentre el lugar de fabricación de estas cerámicas, y que se hayan difundido hasta llegar a la cuenca del Chixoy hacia el norte, a varios yacimientos de la bocacosta por el sur y hasta el límite de la frontera de Guatemala con Honduras por el este. Estilísticamente, estas cerámicas parecen tener su origen en esos bícromos de decoración sencilla y geométrica que aparecen en algunos sitios del altiplano norte, los cuales han ido evolucionando hacia formas decorativas más complejas durante todo el clásico.

tios del altiplano norte, los cuales han ido evolucionando hacia patrones decorativos más complejos durante todo el período Clásico. Como consecuencia de esta evolución, parecen originarse dos tendencias decorativas distintas: una naturalista, que da lugar a las representaciones de pájaros dibujados tanto en pintura roja como en pintura negativa -como en el caso de Zaculeu-, y que pueden estar relacionadas con otro grupo de figuras de corte naturalista, que son los pescados que decoran el interior de platos y vasos y que se extienden por todo el altiplano norte de la cuenca del Chixoy hasta Chiapas. Otra esquemática, estilizada que aparece tanto en representaciones antrozoomorfas, como en motivos geométricos.

A pesar de la gran cantidad de datos de que disponemos acerca de este grupo cerámico, no nos ha sido posible establecer su lugar de origen con precisión, aunque Wauchope (1975: 114) supone que Zaculeu inventa y desarrolla el estilo seguido cercanamente por Zacualpa, y después este último centro lo hace suyo y lo supera. En cualquier caso, Agua Tibia participa de este desarrollo y evolución del estilo, alcanzado una sofisticación difícilmente comparable a la obtenida por otros centros circundantes, y pudiendo haberse convertido en uno de sus principales centros de distribución y difusión.

6.1.2. Grupo Wech Negro.

Denominamos bajo este término a un conjunto de cerámicas bastante homogéneo que tiene una distribución tempo-espacial muy restringida, siendo uno de los grupos característicos del yacimiento en estudio.

Frecuencia cerámica: 694 fragmentos, el 2,04% de la cerámica exca

vada.

Pasta: De color marrón y marrón oscuro a negro en los casos en que hubo reducción. Desgrasante medio con inclusiones de cuarzo y albite, ésta última en menor cantidad (Apéndice E, Cuadro 11).

Cocción reductora en un 63,41% de los casos.

Superficie: El interior de los fragmentos aparece bien alisado y engobado y, en muchas ocasiones, pulido; mientras que la superficie interna de todos los fragmentos analizados está alisada, engobada y pulida, manteniendo un tacto suave jabonoso que nos recuerda al obtenido en las cerámicas negro-marrón de finales del período Preclásico Tardío y Protoclásico.

Color: Aunque existe un claro predominio del negro (25YR 2.5/0, black), presenta una amplia variación en la gama de colores hacia el gris oscuro plateado (25YR 4/0, dark gray) y naranja rojizo (25YR 5/8, red). Tal variación parece estar relacionada de manera directa con la cocción diferencial de las piezas.

Textura: Muy suave.

Grosor: El espesor de las paredes oscila de 0,3 a 0,8 cm., con un promedio de 0,54 cm.

6.1.2.0. Tipo Wech Negro Liso.

Frecuencia cerámica: 680 fragmentos (97,98% del grupo).

Establecido como tipo en: El presente trabajo, aunque previamente esta cerámica ha sido designada con el término de Gris Pulido en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 143).

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

(a) Cuencos de silueta compuesta: Se incluyen en este grupo una serie de piezas de paredes curvas hacia el exterior y boca ancha, las cuales representan un porcentaje del 76,12% del total de la

cerámica correspondiente a este grupo. La pared termina evertiéndose, al igual que el borde, que finaliza en un labio redondeado (fig. 65 a-c; Lám. XXVIII a-b). La parte inferior de las paredes permanece curva hasta llegar a la base, que suele ser anular (fig. 65 d-e) o redondeada. Perteneciente también a cuencos de silueta compuesta existe un pequeño cuenco cuyas paredes superiores se disponen hacia afuera muy suavemente, al igual que el borde, que termina en un labio redondeado; mientras que las paredes inferiores se curvan hacia la base, que es convexa (fig. 65p).

Dimensiones: En total, se han recuperado cinco cuencos de silueta compuesta (fig. 65 ñ-o), cuyas medidas son: Altura 3,9 a 5 cm.; diámetro exterior del borde 16,2 a 18,6 cm.; altura de la carena donde se inicia la silueta compuesta 2 a 2,8 cm.; espesor de las paredes 0,55 a 0,7 cm.

(b) Cuencos de paredes rectas que se disponen hacia el exterior y boca ancha, que representan el 12,17% de los fragmentos del grupo. El borde es recto y está rematado por un labio redondeado. La base es plana (fig. 65 f-h Lám. XXVIII d).

Dimensiones: Altura 5,7 cm.; diámetro exterior del borde 17,8 cm.; diámetro basal 12,4 cm; espesor de las paredes 0,5 cm.

(c) Vasijas de cuello variable y forma semiglobular, o incluso piriforme, que alcanzan un porcentaje del 11,30% del grupo. El cuello oscila de recto a evertido y el borde es evertido con labio redondeado (65 i-n). Bases seguramente convexas.

Dimensiones: Desconocidas; alguno de los ejemplares de que disponemos llegan a tener hasta 0,8 cm. de espesor.

6.1.2.1 Tipo Wech Negro Acanalado.

Frecuencia cerámica: 14 fragmentos, es decir, el 2,01% del grupo.

Establecido como tipo en: El presente estudio.

La decoración acanalada se ha obtenido a base de presionar con los dedos o con un instrumento de punta roma la arcilla cuando aún estaba fresca, y girando sucesivamente la pieza. En los casos recuperados, se trata de acanaladuras suaves y superficiales, colocadas en sentido horizontal y vertical. Las formas características de este tipo son:

(a) Cuenco de paredes dispuestas hacia el exterior, borde evertido y labio apuntado. La base es plana. La superficie externa está decorada con dos anchas acanaladuras que, al parecer, se han efectuado con el dedo y que se disponen en sentido horizontal, teniendo de 0,8 a 1 cm. de anchura (fig. 65q; Lám. XXVIIIe).

Dimensiones: Altura 7,4 cm.; diámetro exterior del borde 14,3 cm.; diámetro basal 11,4 cm.; espesor de las paredes 0,3 a 0,5 cm.

(b) Cuenco carenado de silueta compuesta. La parte superior de las paredes -que surgen a partir de la carena- es recta, dejando una boca muy ancha con un borde recto que termina en un labio redondeado. La superficie externa está decorada con nueve pequeñas acanaladuras efectuadas con un instrumento de punta roma, que transcurren en sentido vertical y de forma paralela. Todas ellas están dispuestas de tres en tres y enfrentadas (Lám. XXVIII f).

Dimensiones: Altura 7,2 cm.; altura de la carena 4,2 cm.; diámetro exterior del borde 17,4 cm.; espesor de las paredes 0,6 cm.

Comparaciones: Esta cerámica hace su aparición durante el Clásico Temprano en el altiplano guatemalteco, siendo frecuente en la fase Atzan de Zaculeu, donde es denominada Gris Pulido, y alcanza su máximo desarrollo a lo largo de la fase Chinaq, asociándose a tumbas y contextos mortuorios. En este centro existe una mayor variedad formal que en Agua Tibia persistiendo durante una secuencia más amplia, ya que su utilización es continua hasta tiempos

Xinabahul, aunque desde finales del Clásico pierde su carácter ceremonial y se relaciona con el relleno de los edificios, manifestando connotaciones domésticas (Woodbury y Trik, 1953: 143-145; fig. 76). Aparece también en gran cantidad de yacimientos distribuidos por la cadena de los Cuchumatanes, que han podido permanecer bajo la órbita de Zaculeu, siendo todos catalogados de Clásico Tardío: Xolchun, Huitchun, Chälchitán y algunos otros tienen esta cerámica tan característica, la cual presenta formas muy afines a Agua Tibia y Zaculeu. Navarrete (comunicación personal) afirma haber recogido una buena cantidad de muestras en un gran número de sitios reconocidos en los Cuchumatanes y en la frontera de México con Guatemala.

En Zacualpa, este grupo cerámico está muy escasamente representado en la fase Pokom de Clásico Tardío (Wauchope, 1975: 160); y en Los Cerritos Chichoj, Canillá, aparecen fragmentos de esta cerámica de tonalidad negro-plateado y naranja asociados a las wares y tipos que definen este período (Ichon, comunicación personal).

Podemos considerar el límite más al sur de la expansión del Grupo Cerámico Wech en torno al área de Las Victorias, Salcajá y en la finca El Paraíso, Quetzaltenango, donde han aparecido cuencos de paredes curvadas hacia el exterior, boca ancha y base anular, los cuales están relacionados siempre con otros materiales de Clásico Tardío.

6.1.3. Grupo San Juan Plomizo.

Las cerámicas que vamos a describir en estas líneas han sido ya ampliamente definidas por una gran cantidad de arqueólogos mesoamericanistas, razón por la cual hemos decidido amoldar nues-

tras descripciones a las clasificaciones tipológicas propuestas por tales estudiosos, advirtiendo que toda la cerámica plomiza de que disponemos pertenece al tipo San Juan, característico de finales del período Clásico Tardío y de comienzos del Postclásico Temprano. Los últimos trabajos que se han centrado en profundidad sobre el estudio de la Ware Plomiza han dado como resultado el establecimiento de dos grupos cerámicos dentro de ella: Grupo Cerámico San Juan y Grupo Cerámico Tohil (Parsons, 1967; Lee, 1978).

Frecuencia cerámica: 263 fragmentos, al 0,77% de la cerámica extraída en Agua Tibia.

Pasta: De color marrón y marrón claro a gris en los fragmentos reducidos. Desgrasante muy fino y, quizás, seleccionado lo cual, unido a las altas temperaturas necesitadas para obtener una cocción satisfactoria de las vasijas, hace que no nos haya sido posible reconocerlo en el estudio de Difracción de Rayos X; si bien, presenta índices de albita y cuarzo (Apéndice E, Cuadro 11). En cualquier caso, se puedan establecer gran cantidad de analogías con respecto a la composición de la pasta a partir del trabajo efectuado por Sephard (1948). Cocción variable de reductora (58,82%) a oxidante (41,17%).

Superficie: Ambas superficies aparecen muy bien alisadas, engobadas y finamente pulidas, manteniendo una textura muy suave de tacto casi jabonoso, excepto en uno de los vasos rescatados en el cementerio que mantiene su superficie interna algo estropeada, habiendo perdido parte del pulimento e, incluso, del engobe.

Color: De naranja claro (5YR 7/8, reddish yellow) a naranja tostado (5YR 5/6, yellowish red) y naranja marrón (25YR 5/6, red). Además, son frecuentes en su superficie externa manchas de color gris oscuro (25YR 4/0, dark gray) y gris azul (25YR 6/0, gray).

Textura: Muy suave, de tacto casi jabonoso.

Grosor: El espesor de las paredes varía de 0,3 a 1 cm.; con un promedio de 0,54 cm.

Establecido como grupo en: Primero fue establecido como ware por Thompson (1948) en su estudio de la cerámica de El Baúl, y después como grupo cerámico por Parsons (1967).

6.1.3.0. Tipo San Juan Plomizo Liso.

Frecuencia cerámica: 189 fragmentos (71,86% del grupo).

Establecido como tipo: en los trabajos mencionados con anterioridad.

Formas: Desgraciadamente, los fragmentos recuperados, a excepción de las piezas completas, son demasiado pequeños, por lo que existe la posibilidad de que un buen número de ellos pertenezcan a ejemplares decorados. Las formas asociadas a este tipo son las siguientes (Apéndice D, Cuadro 4):

(a) Vasos profundos de paredes rectas a ligeramente curvadas que terminan en un borde poco evertido y labio redondeado (fig. 66 a-f). Bases planas a planoconvexas (fig. 66 g-h; Lám. XXIX a-b).

Dimensiones: Altura 13,6 a 20 cm.; diámetro máximo 9,7 a 15,9 cm.; diámetro basal 7,9 a 15 cm.; espesor de las paredes 0,5 a 1 cm.

(b) Vasiijas globulares: El borde seguramente es evertido, no disponiendo de más datos al respecto.

Dimensiones: Desconocidas.

6.1.3.1. Tipo San Juan Plomizo Inciso.

Frecuencia cerámica: 72 fragmentos (27,37% del grupo).

La decoración consiste en finas líneas incisas, paralelas, que se disponen en sentido horizontal (fig. 66i, k; Lám. XXIX c-e), y está confinada a la parte superior de las paredes o justo debajo del borde, estando realizada en todas las ocasiones por medio de un instrumento de punta fina. También hemos encontrado un fragmento en el que se han practicado líneas incisas muy finas, creando un diseño de celosía (fig. 66j). Por último, un pequeño fragmento perteneciente a una vasija globular sin apenas cuello está decorado con una incisión realizada con la punta de un instrumento de punta roma. Las formas San Juan que están decoradas con incisión son vasos profundos de paredes rectas a ligeramente combadas y la vasija globular a que hemos hecho referencia.

6.1.3.2. Tipo San Juan Exciso.

Frecuencia cerámica: 1 fragmento (0,38% del grupo)

Establecido como tipo en: Este fragmento presenta una decoración característica que en el pasado se consideró como una transición entre los grupos San Juan y Tohil, y se denominó Robles Plomizo (Shepard, 1948: 125-126). Más tarde, esta cerámica fue considerada como una ware por Smith y Gifford (1959).

Pertenece este fragmento a una vasija globular con cuello que está decorada en su superficie externa con excisiones muy suaves, formando un diseño en que se combinan motivos geométricos de diferente perfil. Este tipo, que tradicionalmente se ha considerado intermedio entre San Juan y Tohil desde el punto de vista cronológico, está hoy día completamente asimilado al Grupo Cerámico San Juan (fig. 66m).

Comparaciones: La historia de la ware plomiza ha dado lugar a una

gran cantidad de citas aisladas a través de la literatura etnográfica y arqueológica (Dutton, 1943); sin embargo, es a partir de Thompson (1948) que esta ware comienza a ser definida con mayor rigurosidad y, sobre todo, de Shepard (1948), que se amplía y desarrolla su conocimiento. Desde que se publicaron los trabajos de estos autores, una gran cantidad de información se ha venido acumulando y, como las más recientes obras recogen y comentan su origen y distribución (Parsons, 1967; Lee, 1978), no vamos a abordar estas cuestiones en el presente estudio. Una vez establecido que el origen de esta cerámica se desarrolla en torno al límite de la frontera de Chiapas con Guatemala (Dutton, 1958; Shook, 1965; Lee, 1973) y que su área de máxima frecuencia coincide con la de su origen, nos vamos a dedicar a establecer comparaciones con sitios emplazados en las tierras altas de Guatemala, aún teniendo en cuenta que tal cerámica procede de sitios de la bocacosta y Costa Sur.

En las tierras altas centrales, el tipo San Juan aparece en Kaminaljuyú desde la fase Amatlé de Clásico Medio (Rands y Smith, 1965: 34), lo cual implica que se extendió con gran rapidez desde la frontera de Chiapas y Guatemala, y permanece en tiempos Pamploña (Kidder, Jennings y Shook, 1946: 41), localizándose su límite más oriental dentro de la república en Guaytán, en el valle medio del Motagua, donde está asociado a la fase Magdalena (Smith y Kidder, 1943: 161; fig. 24a, 38o). Por el oeste, existe una cuña de penetración que se puede establecer en torno a los valles de Quetzaltenango, Totonicapán y Chichicastenango, cerrándose en torno a Zaculeu. En Zacualpa, aparecen fragmentos en contextos Pokom de Clásico Tardío (Wauchope, 1975: 190; fig. 129), pero en todos estos sitios -con una clara excepción de Tajumulco, donde la cerámica plomiza alcanza una variedad formal y decorativa tal que le ha

de ser uno de los sitios más importantes y representativos en este aspecto (Dutton y Hobbs, 1943)-, mantienen una frecuencia bastante menor que la alcanzada en Agua Tibia.

6.1.4. Grupo Xibal Negro Estucado.

Frecuencia cerámica: 176 fragmentos, el 0,51% de la cerámica recuperada en la excavación.

Pasta: De color marrón rojizo a negro en las muestras reducidas. Desgrasante fino con ligeras inclusiones de albita (Apéndice E, Cuadro 11). Cocción oxidante en el 85,71% de los casos, y reductor en el 14,28% restante.

Superficie: Tanto el interior como el exterior de los fragmentos siempre aparecen alisados y la superficie interna engobada y, en algunas ocasiones, pulida. Por el contrario, el exterior ha perdido el engobe en algunos ejemplares. En la mayoría de los fragmentos muestreados se ha perdido el diseño decorativo por completo, aunque es de suponer que se perdiera incluso antes de ser colocadas las piezas como ofrendas, ya que el estuco es un material demasiado frágil y se pierde con rapidez.

Color: Negro (25YR 2.5/0, black).

Textura: De media a suave.

Grosor: El espesor de las paredes oscila de 0,45 a 0,6 cm.

Establecido como grupo en: Este trabajo.

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

(a) Vasos profundos de paredes rectas a ligeramente dispuestas hacia el exterior, que terminan en borde recto y labio plano o redondeado. Las bases son planas (fig. b-d; Lám. XXIX f-i). Uno de los ejemplares es trípode y se apoya sobre tres pequeñas protuberancias macizas de forma casi rectangular (fig. 66b; Lám.

XXIXg). Algunos vasos presentan en la parte superior de las paredes varios orificios -en un caso hasta 8, emparejados de cuatro en cuatro- que se han debido de practicar con el fin de sujetar un fragmento previamente quebrado, actuando como grapas (fig. 67 b-e; Lám. XXIX f-g).

Dimensiones: Altura 14,4 a 19,4 cm.; diámetro exterior del borde 12 a 16 cm.; diámetro basal 9,9 a 14 cm.; espesor de las paredes 0,45 a 0,6 cm. La altura de las protuberancias sobre las que se a poya una de las piezas es de 1,6 cm.; siendo 2,3 cm. su diámetro máximo.

Como se ha avisado con anterioridad, el estuco se ha perdido en la mayoría de los fragmentos y vasos, pudiéndose sólo determinar las tonalidades con que se presenta. Los componentes del estuco han sido sometidos a un completo análisis por Difracción de Rayos X, apareciendo en un porcentaje superior la moscovita y, en menor cantidad, el cuarzo (Apéndice E, Cuadro 11). Al parecer, no se trata en ningún momento de formar un diseño decorativo con creto, sino de obtener una decoración de carácter zonal. Nuestra impresión general -en los casos en que quedan restos de decoración- es que el estuco recubría casi toda la superficie externa de las piezas, el cual en algunos casos se coloca en bandas dispuestas en sentido horizontal y vertical, alternando los colores rojo y verde en dos ocasiones, y combinándose el rojo, blanco y azul en un tercer ejemplar.

(b) Vaso de paredes curvadas hacia el interior, dándole un aspecto panzudo, y borde evertido que termina en un labio redondeado. (fig. 67a). Las características decorativas son las mismas que pa ra los vasos antes citados, presentando restos de estuco en color rojo y verde.

Dimensiones: altura 18,6 cm.; diámetro exterior del borde 16 cm.;

diámetro máximo de la pieza 17,7 cm.

(c) Vasija de tipo tecomate: Está muy fracturada y tiene unas pa-
redes que en su parte superior se curvan hacia un punto en que
se continúan rectas hasta el borde, que es recto y finaliza en
un labio redondeado (fig. 67e). La base es plana. Su superficie
externa se encuentra decorada con restos de estuco verde y rojo
que la cubren de manera bastante uniforme.

Dimensiones: Altura 14,9 cm.; diámetro exterior del borde 11,4
cm.; diámetro máximo de la vasija 17,2 cm.; diámetro basal 14,2
cm.; espesor de las paredes 0,6 cm.

Comparaciones: La decoración en estuco aparece en el altiplano
de Guatemala desde tiempos muy tempranos, y su desarrollo ha si-
do ampliamente tratado por Kidder y Shepard (1944). Su uso se ma-
nifiesta de manera continua desde el período Preclásico hasta el
Clásico Tardío. Para este último aparecen ejemplos en la fase Chi-
naq de Zaculeu, en Chixoy II, Cahabón y Chipoc en la cuenca del
Chixoy y en la fase Amatlé-Pamplona de Kaminaljuyú (Rands y Smith,
1965: 106). En Zaculeu, el estuco decora profundos vasos cilíndri-
cos que pertenecen a la Ware Negra Pulida, cuya secuencia abarca
desde tiempos Atzan a finales de la fase Chinaq (Woodbury y Trik,
1953). Curiosamente, no se ha recuperado ningún ejemplar de estas
características en Zacualpa, aunque sí existen en Los Encuentros,
El Quiché, donde Ichon (1979: 18) ha encontrado vasos estucados
que, como ocurre en Agua Tibia, están fundamentalmente asociados
a ofrendas de enterramiento y pertenecen al Postclásico Temprano.
En Guaytán son frecuentes también los vasos cilíndricos con deco-
ración estucada, y pertenecen a contextos Magdalena de Clásico
Tardío (Smith y Kidder, 1943: 152; fig. 23h, 38 m). En las tierras
altas de Chiapas, más concretamente en Mirador, aparecen vasos ci-
líndricos con decoración en estuco verde, amarillo, ocre, rojo,

azul turquesa, blanco y negro que, en opinión de Ball (1980: 98; fig. 40, 42-44), son de finales del Clásico Tardío o Clásico Terminal. Agrinier (1969: 41; fig. 77) también ha encontrado decoración en estuco sobre vasos cilíndricos en San Antonio, Chiapas, los cuales están fechados en el Clásico Tardío. Todas las piezas mencionadas en estos yacimientos tienen varios rasgos en común entre los que, además de la forma y tipo de decoración, cabe señalar su asociación a ofrendas de enterramientos, fenómeno con el que coincide plenamente Agua Tibia.

6.1.5. Grupo Zozot Rojo Marruecos.

Frecuencia cerámica: 60 fragmentos, el 0,17% de la cerámica excavada.

Pasta: De color marrón claro y crema; negro en los casos en que hubo reducción. Desgrasante fino con gruesas inclusiones de cuarzo y núcleos de material ferruginoso. Cuarzo y feldespato en menor cantidad que en las muestras anteriormente analizadas (Apéndice E, Cuadro 11). La cocción es reductora en el 100% de los casos.

Superficie: El interior de los fragmentos está alisado en un porcentaje del 50%, y parcialmente alisado y pulido en las restantes, mientras que el exterior lo ha sido en todas las ocasiones. Por lo general, después de cubrir toda su superficie externa con una capa uniforme de hematitas especular, se procedió a un pulimento de toda la superficie que éste cubría.

Color: Oscila de rojo (75R 4/6, red) a rojo oscuro (75R 3/8, red dark).

Grosor: El espesor de las paredes varía de 0,45 a 0,50 cm.; con un promedio de 0,49 cm.

Establecido en: Este conjunto de cerámicas, que procede de la Costa Sur de Guatemala fue definido por Shook (1949) bajo el nombre de Morocco Red Ware en su estudio sobre los materiales aparecidos en el puerto de San José.

6.1.5.0. Tipo Zozot Rojo Marruecos Liso.

Frecuencia cerámica: 53 fragmentos (88,33% del grupo)

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

Desgraciadamente, disponemos de fragmentos demasiado pequeños representativos de este grupo y, de manera curiosa, no hemos podido obtener ningún fragmento de borde o de base. No obstante, por la forma de las paredes parecen pertenecer a vasos profundos de paredes rectas.

6.1.5.1. Tipo Zozot Rojo Marruecos Inciso.

Frecuencia cerámica: 4 fragmentos (0,66% del grupo).

El diseño inciso es muy simple en todos ellos y se ha realizado mediante un palito o instrumento similar de punta muy fina, formando los siguientes motivos:

- Incisiones superficiales que se sitúan en la parte media de las paredes y forman una línea en sentido vertical que limita a otras cinco horizontales (fig. 68b).
- En un diminuto fragmento aparece una línea incisa en forma de L que delimita un diseño zonal relleno de hematites especular.

A este tipo de decoración se asocian las siguientes formas:

- (a) Vasos profundos de paredes rectas que se evierten ligeramente al llegar al borde, evertido, que termina en un labio redondeado (fig. 68b). Base presumiblemente plana y dimensiones desco-

nocidas.

(b) Un pequeño fragmento parece pertenecer a una vasija globular de cuello corto. Las demás características de la pieza son desconocidas.

6.1.5.2. Tipo Zozot Rojo Marruecos Acanalado.

Frecuencia cerámica: 3 fragmentos (0,50% del grupo).

La decoración encontrada se limita a pequeñas acanaladuras que, paralelas, discurren en sentido vertical u horizontal. Disponemos además, de un gran fragmento que está decorado por tres acanaladuras oblicuas colocadas en la zona media de las paredes, las cuales están limitadas por otras dos horizontales situadas debajo del borde. Asociado a este tipo de decoración aparece, entre el borde y la primera línea acanalada un botón de estuco blanco. Los tres fragmentos corresponden a vasos profundos de paredes suavemente dispuestas hacia el exterior, borde evertido o recto y labio plano (fig. 68a; Lám. XXXa).

Dimensiones aproximadas: Altura 17,6 cm.; diámetro exterior del borde 11,8 cm.; espesor de las paredes 0,40 cm.

Comparaciones: Aunque la aplicación de hematites especular como técnica decorativa hace su aparición en el altiplano guatemalteco desde el período Preclásico Medio (Borhegyi, 1965: 14), este grupo cerámico es característico del Clásico Medio en la Costa Sur y del Clásico Tardío en esta región y en las tierras altas. La primera impresión que se obtiene en el manejo de estos materiales es que pertenecen a la cerámica Tiquisate, la cual muchas veces está decorada también con hematites especular, pero existe una diferencia que hemos tenido muy en cuenta a la hora de clasificar los fragmentos: los ejemplares Tiquisate tienen una pasta más fina y

están mejor cocidos.

Su distribución espacial, al contrario que en el tiempo, es muy amplia, ya que abarca un gran número de sitios del altiplano, bocacosta y Costa Sur. Parsons (1967: 140) ha establecido una minuciosa comparación a la cual hemos añadido algunos datos que refieren su presencia en otras áreas y sitios: son frecuentes en Xolchun, Zaculeu y Chalchitán en el departamento de Huehuetenango; en Chamá y Finca Chulac en Alta Verapaz; en Chukumuk y Sololá en Sololá; en Los Cerritos en Chimaltenango; en Los Terrenos y Pompeya en Sacatepéquez; en San Antonio Frutal, Cotío y Kaminaljuyú en Guatemala; en Ayutla y Santa Romelia en San Marcos; en Finca Arabia, El Paraíso y Salcajá en Quetzaltenango; en Tiquisate, Río Coyolate, Finca Arizona y Texcuaco en Escuintla; en Guaytán en El Progreso (Smith y Kidder, 1943; figs. 20a, 23i; 49d) y en Quiriguá en el departamento de Izabal.

Desde el punto de vista cronológico, abarca la secuencia de Clásico Medio a Clásico Tardío. Shook (comunicación personal) opina que la Ware Rojo Marruecos aparece también en La Blanca y, como en la mayoría de los otros sitios de la Costa Sur, está asociada a los mismos contextos San Juan Plomizo de finales del Clásico Tardío y comienzos del Postclásico.

6.1.6. Grupo Chamalá Rojo Pulido.

Frecuencia cerámica: 52 fragmentos, el 0,15% de la cerámica recuperada.

Pasta: De color marrón claro, y negro en las muestras reducidas. " Desgrasante fino con pequeñas inclusiones de cuarzo (Apéndice E, Cuadro 11). Cocción oxidante (97,72%) a reductora (2,27%).

Superficie: Tanto el interior como el exterior han sido, por lo

general, bien alisados y engobados, y mantienen un excelente pulido, a excepción de las base anulares que no han sido engobadas. Color: De rojo marrón (10R 4/8, red) a rojo amarillo (2.54R 4/8, red).

Grosor: Varía de 0,45 a 0,6 cm.; con un promedio de 5,3 cm.

Establecido como tipo en: Becquelin (1969: 153-154), ha definido este tipo para la región de Acul, donde aparece en un porcentaje muy alto.

6.1.6.0. Chemalá Rojo Pulido Liso.

Frecuencia cerámica: 51 fragmentos (98,07% del grupo).

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

(a) Cuenco carenado de silueta compuesta y base anular (fig. 68 c-m). A partir de la carena, las paredes se disponen hacia el exterior, dejando un borde recto, labio apuntado y boca ancha. Las inferiores se curban hacia abajo hasta llegar a la base anular. La carena es muy fuerte, llegando casi a constituirse en una moldura medial (Lám. XXX b-d). Algunos de los fragmentos rescatados se encuentran decorados con pintura negativa de carácter zonal, la cual aparece tanto en su interior como en su exterior (fig. 68k, m).

Dimensiones aproximadas efectuadas sobre una reconstrucción a partir de un fragmento grande: Altura 7,3 cm.; altura de la base anular 2,5 cm.; diámetro exterior del borde 7,2 cm.; diámetro basal 8 cm.; espesor de las paredes 0,5 a 0,6 cm.

(b) Cuenco de paredes y borde evertidos hacia el exterior, boca muy ancha y labio redondeado. La base es irregular, de forma plano-convexa. También en esta ocasión, el interior de la pieza está decorado con pintura negativa de carácter zonal (Lám. XXXe).

Dimensiones: Altura 6,2 cm.; diámetro exterior del borde 21 cm.; diámetro basal 15,7 cm.; espesor de las paredes 0,6 cm.

(c) Cuenco de silueta compuesta que termina en borde evertido y labio apuntado. La base es plana (Lám. XXXf),

Dimensiones: Altura 8,1 cm.; diámetro exterior del borde 23,3 cm. Diámetro basal 18,4 cm; espesor de las paredes 0,45 cm.

6.1.6.1. Tipo Chemalá Rojo Pulido Inciso.

Frecuencia cerámica: 1 fragmento (1,92% del grupo).

Formas: Apéndice D, Cuadro 4).

Pertenece este gran fragmento a un cuenco con paredes dispuestas hacia el exterior, muy abiertas y moldura medial, la cual ha sido decorada con incisiones que forman un diseño de paneles, los cuales están interrumpidos por grandes impresiones triangulares que llegan hasta la pared del cuenco. El borde es recto, el labio apuntado y la base plana (Lám. XXXg). En realidad, aún dudamos de incluir esta pieza dentro del Grupo Cerámico Chemalá, ya que su forma y decoración no parecen corresponderse con él, aunque presenta otras características de composición de la pasta, acabado de superficie y color que nos permiten incluirlo dentro de este grupo como un tipo.

Dimensiones aproximadas: Altura 6 cm.; diámetro exterior del borde 21,8 cm.; espesor de las paredes 0,4 a 0,6 cm.

Comparaciones: Becquelin (1969: 153-154; fig. 83-la 4) apunta que este tipo tan extendido en la región de Nebaj se asocia a materiales de la fase Batz de Clásico Tardío, aunque A.L. Smith y Kidder (1951: 61; figs. 22a, 70h) estiman que este mismo material es característico de Clásico Temprano, sobre todo en cuanto a su forma se refiere. Aparece de forma regular en los Cuchumatanes, en el

tios tales como Huichun, Xolvitz, Chalchitán y Zaculeu. Woodbury y Trik (1953: 149; fig. 241 n-o) sitúan esta cerámica, que es denominada bajo el término "Rust Red Basal-Flange Bowls, para la fase Chinaq, a pesar de reconocer que se trata de formas típicas del período Clásico Temprano. Lo mismo que ocurre con una gran cantidad de grupos ya descritos, estos materiales proceden siempre de excavaciones practicadas en áreas de enterramiento, hecho que también se repite de manera absoluta en Agua Tibia.

6.1.7. Grupo Tzic Negro-Marrón.

Frecuencia cerámica: 49 fragmentos, es decir, un 0,14% de la cerámica extraída.

Pasta: De color marrón claro a marrón rojizo, y negro en las muestras que presentan reducción. Desgrasante muy fino en el que apenas si se notan inclusiones; que son de cuarzo. Cocción oxidante en el 50% de los casos.

Superficies: Ambas caras se manifiestan alisadas, engobadas y muy bien pulidas. La película de engobe es muy uniforme, aunque se presenta algo cuarteada.

Textura: Muy suave, de tacto casi jabonoso.

Color : Gris muy oscuro (2.5Y 3/2, very dark grayish) a negro-marrón (5YR 2.5YR 5/1, black) y negro 25YR 2,5/0, black).

Grosor: El espesor de las paredes oscila entre 0,35 y 0,7 cm.; con un promedio de 0,51 cm.

6.1.7.8. Tipo Tzic Negro-Marrón Liso.

Frecuencia cerámica: 44 fragmentos (89,79% del grupo).

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

(a) Cuencos de paredes dispuestas hacia el exterior y borde recto que termina en un labio redondeado o apuntado (fig. 69 f-h). Esta forma está representada por un porcentaje de fragmentos del 52,38%. Las bases son planas y las dimensiones desconocidas.

(b) Cuencos profundos de paredes curvadas hacia el interior y boca estrecha. El borde se dispone hacia el interior y termina en un labio redondeado. En la parte superior de las paredes presentan un ligero reforzamiento que se continúa hasta el borde (fig. 69 a-b; Lám. XXX h-i). El total de fragmentos que corresponden a esta forma es el 28,52%. Base y dimensiones desconocidas.

(c) Cuencos de silueta compuesta en los que las paredes inferiores se curvan hacia el interior desde la base, convexa, hasta llegar a un punto de máxima inflexión en que se continúan rectas y dispuestas hacia el exterior, dejando una boca ancha y borde recto. El labio es redondeado (fig. 69c-e). El 19,06% de los fragmentos definen estas piezas.

Establecido como tipo: En el presente estudio, aunque parece proceder de la ampliamente distribuida Ware Negro Marrón.

6.1.7.1. Tipo Izic Negro-Marrón Acanalado.

Frecuencia cerámica: 5 fragmentos (10,20% del grupo).

La decoración se compone en todos los casos de acanaladuras no muy anchas (entre 4 y 6 mm) y poco superficiales que, en número de 1 a 3, se disponen en sentido horizontal, colocándose debajo del borde, o vertical, ocupando la parte media de las paredes. Las formas relacionadas con este tipo de decoración son: cuencos de paredes rectas y dispuestas hacia el exterior, dejando una boca ancha; cuencos de paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha, que tienen un borde recto y labio redondeado. Base plana

(fig. 691).

Dimensiones aproximadas: Altura 4,5 cm.; diámetro exterior del borde 8,3 cm.; espesor de las paredes 0,35 cm.

Establecido como tipo en: El presente estudio.

Comparaciones: Como se puede observar en la descripción de las características formales de este grupo cerámico, estos ejemplares nos recuerdan a aquellos pertenecientes a la vieja tradición de cerámica negro-marrón que tan amplia difusión tiene a través de todo el altiplano guatemalteco y la contigua región de Chiapas durante los últimos tiempos del Preclásico hasta finales del Clásico Temprano. El paso del tiempo trajo consigo la introducción de nuevas formas e ideas en la decoración, lo cual ha implicado la adaptación de tales cerámicas a cada período en particular; sin embargo, mantienen las mismas características en cuanto a la composición de la pasta y acabado de la superficie que sus antecesores. Este conservadurismo con respecto a ciertas tradiciones no sólo se hace patente en el valle de Totonicapán, sino que también se extiende a un buen número de sitios localizados a lo largo de las tierras altas.

Dado que aparecen a lo largo de una secuencia cronológica bastante amplia, nos limitaremos únicamente a comentar los ejemplares asociados a contextos de Clásico Tardío: En Zaculeu son frecuentes desde la fase Atzán, pero se continúan durante Chinaq por medio de cuencos de paredes abiertas hacia el exterior, los cuales aparecen clasificados bajo el nombre de Polished Black (Woodbury y Trik, 1953). Cuencos de paredes evertidas hacia el exterior y decorados con acanaladuras son descritos por Becquelin dentro del tipo Noir Puli de Nebaj (Becquelin, 1969: 151-152; figs. 48, 80-4). En la Verapaz aparecen en Tzicuy y Xacbal para el Clásico Tardío (Termer, 1931; fig. 13). Sin embargo, en Zacualpa su

secuencia no supera más que los comienzos del período Clásico Tardío (Wauchope, 1975: 235-236).

6.1.8. Grupo Latz Blanco.

Frecuencia cerámica: 42 fragmentos, el 0,12% de la cerámica excavada.

Pasta: De color marrón rojizo. Desgrasante fino sin apenas inclusiones y cocción oxidante en el 100% de los casos.

Superficie: Tanto el interior como la superficie externa se manifiestan bien alisadas y engobadas en blanco y, en algunos casos, pulidas.

Textura: Suave.

Color: Blanco oscuro (7.5YR 8/2, pinkish white).

Grosor: El espesor de las paredes oscila entre 0,3 y 0,4 cm. con un promedio de 0,35 cm.

6.1.8.0. Tipo Latz Blanco Inciso.

Frecuencia cerámica: 26 fragmentos (61,90% del grupo).

En todos los casos disponemos de fragmentos muy pequeños, hasta tal punto que en ninguna ocasión nos ha sido posible establecer la forma a que corresponden. La decoración se ha realizado mediante un instrumento de punta muy fina, formando diseños geométricos -rectos o curvilíneos-, aunque no se ha llegado a conocer el motivo que se ha querido formar con ellos (Lám. XXXj-k). Forma y demás rasgos desconocidos.

Establecido como tipo en: Este trabajo.

6.1.8.1. Tipo Latz Blanco Exciso.

Frecuencia cerámica: 16 fragmentos (39,10% del grupo).

Las dificultades de la identificación de características particulares de este tipo son las mismas que para el anterior, ya que no se ha logrado determinar ningún diseño en concreto; no obstante, logramos rescatar un fragmento que nos ha permitido averiguar su forma: se trata de cuencos de paredes rectas y dispuestas hacia el exterior.

Establecido como tipo en: El presente estudio.

Comparaciones: Cerámica blanca incisa se encuentra, aunque de manera muy escasa, en Zacualpa, yacimiento donde está relacionada con otros materiales del Clásico Tardío (Wauchope, 1975: 162; fig. 10). Cuencos de paredes dispuestas hacia el exterior, a los cuales pueden pertenecer los fragmentos decorados con diseños incisos han sido rescatados en Lagartero por S. Ekholm (comunicación personal).

6.1.9. Grupo Poval Negro Pulido Exciso.

Frecuencia cerámica: 23 fragmentos, el 0,06% de la cerámica extraída.

Pasta: De color marrón rojizo. Desgrasante medio con inclusiones de cuarzo de regular tamaño y albita (Apéndice E, Cuadro 11). Cocción oxidante en el 100% de los casos.

Superficie: Tanto el interior como el exterior están bien alisados y engobados. Además, la superficie externa se manifiesta parcialmente pulida.

Color: Negro (25YR 2.5/0, black).

Grosor: 0,4 cm.

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

Todos los fragmentos correspondientes a este grupo pertene-

cen a un mismo vaso de paredes profundas y borde recto que termina en labio redondeado. Base plana. Aproximadamente, la mitad del vaso está decorado en su superficie externa mediante excisión o grabado el cual, a su vez, está también cubierto con una fina película de estuco blanco que en la actualidad ha desaparecido casi por completo (Lám. XXXI a-f). Por desgracia, los fragmentos son muy pequeños y no hemos podido reconstruir el motivo decorativo. Las dimensiones de esta forma son desconocidas.

Comparaciones: Las escasas analogías que hemos podido establecer sitúan a este grupo cerámico en el Clásico Tardío desde el punto de vista antropológico. Lothrop (1936: 8; fig. 7, pl. Ib) confirma la existencia de una Ware Marrón Grabada en Zacualpa, la cual presenta una forma característica de vaso profundo cilíndrico muy similar a la pieza rescatada en Agua Tibia. Asimismo, Smith y Kidder (1943; figs. 27b, 47d) describen cilindros grabados engobados en negro y marrón que representan personajes o glifos y que son típicos de la fase Magdalena de Clásico Tardío en Guaytán, en la cuenca media del Motagua. En Alta Verapaz es frecuente también una cerámica similar catalogada con el término de Ware Negra Grabada, la cual está asociada a contextos del Clásico Tardío (Smith, 1952, XI; fig. 11). Sin embargo, la tradición manufacturera de cilindros grabados durante el período clásico está íntimamente relacionada con centros de las tierras bajas apareciendo, entre otros muchos sitios, en Copán (Longyear, 1952: 30; fig. 6 f-g), Uaxactún (Smith, 1936; fig. 12 nº1), San José (Thompson, 1939; fig. 67) y Tazumal (Longyear, 1944; pl. XIV-8, 5) y en multitud de centros emplazados en las tierras bajas mayas.

6.1.10. Grupo Tiquisate.

Frecuencia cerámica: 2 fragmentos y una vasija miniatura.

Pasta: De color marrón claro y marrón rojizo. Desgrasante fino compuesto a base de toba volcánica con pequeñas inclusiones micáceas que, quizás, sean parte natural de la arcilla. Cocción oxidante.

Superficie: Alisada, engobada y pulida en los dos fragmentos recuperados; mientras que la miniatura presenta un interior alisado, sin que haya sido recubierto de engobe.

Color: De naranja crema (2.5YR 6/8, light red) a crema oscuro (5YR 6/6, reddish yellow).

Textura: Muy suave, de tacto casi jabonoso.

Grosor: El espesor de las paredes oscila de 0,3 a 0,45 cm.

6.1.10.0. Tipo Tiquisate Inciso.

Frecuencia cerámica: 2 fragmentos (66,66% del grupo).

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

Los dos fragmentos que poseemos son muy pequeños, pero pertenecen a una vasija, al parecer globular, que tiene cuello corto y evertido. El cuello está separado de la parte alta de las paredes por medio de una banda de hematites especular que lo rodea la cual, además, está decorada por pares de diseños incisos que transcurren en sentido horizontal (fig. 69j).

Establecido como tipo en: Parsons (1967: 149-153) ha definido de manera extensa esta cerámica que ya había sido previamente identificada y descrita por Thompson (1948) en su catalogación de los ejemplares cerámicos rescatados en El Baúl.

6.1.10.1. Tipo Tiquisate Modelado.

Frecuencia cerámica: Una vasija miniatura.

Forma:

Se trata de una vasija-efigie de forma globular, cuello medio y borde evertido que termina en un labio apuntado-redondeado, dejando una boca ancha. La base es plana. La superficie externa está decorada mediante modelado y pastillaje, formando el diseño de un rostro humano de bella factura. Los ojos, nariz y boca se han compuesto a partir del modelado, mientras que las orejas lo han sido por pastillaje (Lám. XXXI g-h). En su interior ha debido de contener algún colorante rojo, cinabrio tal vez, ya que aún quedan restos de él.

Dimensiones: Altura 6,8 cm.; diámetro exterior del borde 5,3 cm.; diámetro máximo de la vasija 5,7 cm.; diámetro basal 4,5 cm.; espesor de las paredes 0,4 cm.

Establecido como tipo en: Parsons (1967: 149-153) en su estudio sobre la cerámica de Bilbao.

Comparaciones: Las cerámicas Tiquisate son características de la Costa Sur desde comienzos del período Clásico Medio (Parsons, 1967: 135) y tienen una distribución espacial aún más extensa que la Ware Rojo Marruecos a lo largo de toda esta región, de la boca costa y de las tierras altas de Guatemala. Borhegyi (1950) recogió cerámica Tiquisate de una gran cantidad de sitios a lo largo de todo el occidente de Guatemala. En Zaculeu aparece desde la fase Atzan, aunque el material muy bien puede ser considerado perteneciente a la fase Chinaq (Woodbury y Trik, 1953: 138-139; fig. 72). También está representado en Chalchitán. En El Quiché se han recogido algunos fragmentos en Chuitinamit y San Andrés Semetabaj. En el altiplano central aparecen de manera frecuente en Chimaltenango, Los Terrenos, Pompeya, Amatitlán, Mexicanos y la fase Amatlé de Kaminaljuyú. En las tierras altas del oeste han sido rescatados diversos ejemplos representativos de esta ware en Chu

kumuk, Finca Arabia y Salcajá. Sin embargo, su distribución más amplia se centra en torno a la bocacosta y Costa Sur: se manifiesta en Ayutla, El Jobo y La Victoria en San Marcos; San Bernardino y Variedades en Sacatepéquez; en Coabanal, Cuyutla; Los Cerritos El Obrero, San Juan Tinacapa y Tiquisate en Escuintla; en Cerrito y Utzuncasate en Santa Rosa; El Valle en Jutiapa y en Santa Gertrudis, Tulumaje y Palo Gordo en El Progreso.

En concreto, las vasijas miniatura -algunas de ellas decoradas con modelado y pastillaje- son características de esta cerámica, presentando una distribución espacial más restringida, aunque también importante: han sido descritas para El Baúl (Thompson, 1948); en Bilbao están asociadas a contextos del período Clásico Medio, habiéndose rescatado un total de 37 fragmentos de miniatura, algunos de ellos decorados con el mismo estilo que en Agua Tibia (Parsons, 1967: 133; fig. 64o; pl. 14e). La expansión más al este de tales vasijas decoradas con modelado, grabado, estampado y aplicado se establece en torno a Guaytán, sitio donde forman parte del material relacionado con la fase Magdalena de Clásico Tardío (Smith y Kidder, 1943: 159-160; fig. 52).

6.1.11. Grupo Umal Rojo Fino.

Frecuencia cerámica: Dos piezas completas.

Pasta: De color marrón claro. Desgrasante grueso con inclusiones de cuarzo y moscovita. También se pueden apreciar grandes inclusiones de moscovita. Cocción sin determinar.

Superficie: El interior de las piezas sólo ha sido alisado, y no excesivamente bien en uno de los ejemplares, lo que ha permitido -sobre todo en la base- que aparezcan en superficie tales inclusiones ferruginosas muy típicas en cerámicas de la Costa Sur. La

superficie externa, por el contrario, aparece bien engobada y pulida, manteniendo una textura suave. La parte exterior de la base tampoco tiene engobe.

Textura: suave.

Color: Rojo oscuro (75R 4/8, red).

Grosor: El espesor de las paredes varía de 0,45 a 0,65 cm.

Establecido como grupo en: Este trabajo.

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

Se trata de dos vasos cilíndricos de paredes rectas, borde recto y labio redondeado. La base es plana (fig. 69k; Lám. XXXII). Una de las piezas muestra un fragmento roto que, posteriormente, ha sido cosido mediante el sistema de grapas semejante al empleado en algunos vasos del Grupo Cerámico Xibal Negro Estucado. El ejemplar en cuestión manifiesta seis orificios realizados con un punzón de punta muy fina y por el sistema de frotación de fuera a adentro (fig. 69k).

Dimensiones: Altura 13,3 a 15,8 cm.; diámetro exterior del borde 13,7 a 15,6 cm.; espesor de las paredes 0,45 a 0,65 cm. El diámetro de los orificios oscila de 0,3 a 0,6 cm., y la separación entre cada uno de ellos es de 0,86 cm.

Comparaciones: Al parecer, nos encontramos ante unos materiales típicos de la Costa Sur, aunque no hemos logrado establecer muchas analogías que corroboren tal suposición. Shook (1949: 7; fig. 32) ilustra un vaso decorado en su superficie externa con la efigie de un mono que parece tener las mismas características de engobe que los vasos descritos para Agua Tibia, el cual está fechado para el Clásico Tardío. Por otra parte, también pudimos ver un vaso cilíndrico trípode expuesto en el Museo Nacional de Arqueología sito en la ciudad de Guatemala, el cual mostraba idénticas características físicas que los ya descritos. La pieza ha sido en

contrado en Finca Tolimán (Tiquisate) y se ha clasificado como Clásico de Costa Sur.

6.1.12. Grupo Saxché Polícromo.

Frecuencia cerámica: 2 fragmentos.

Pasta: De color marrón rojizo, desgrasante fino y cocción oxidante.

Superficie: El interior de ambos fragmentos, que corresponden a una misma pieza, no ha sido más que regularmente alisado, mientras que la superficie externa ha sido engobada y, en algunas zonas, pulida.

Textura: Muy suave.

Color: El engobe es de color naranja amarillento (5YR 6/8).

Grosor: 0,6 cm.

Establecido como grupo en: Smith y Gifford (1966: 162) en su intento de re-clasificación de las cerámicas de Uuxactún.

Forma: (Apéndice D, Cuadro 4).

Ambos fragmentos pertenecen a una misma vasija de silueta compuesta y cuello corto, evertido, al igual que el borde. Labio y base desconocidos. Aparece marcada en su interior mediante una serie de digitaciones colocadas en sentido horizontal, disponiéndose en la zona que separa el cuello de la parte superior de las paredes. La superficie externa está decorada mediante trazos firmes y seguros de pintura roja y negra que parecen formar parte de motivos geométricos -y tal vez de glifos- cuyo significado no hemos podido determinar dado el mal estado de conservación en que se ha encontrado la vasija (estaba cubierta de barro seco en su totalidad y cualquier intento de limpieza implicaba la destrucción absoluta del diseño). Esta decoración está delimitada en sentido hori-

zontal por tres bandas de hematites especular muy bien pulido: una de ellas ocupa todo el cuello y, presumiblemente, llegaría hasta el borde; las otras dos se colocan justo en la parte superior e inferior de la zona de máximo diámetro de la vasija, rodeándola (fig. 691; Lám. XXXI j).

Dimensiones: Desconocidas.

Comparaciones: Tradicionalmente, se ha considerado que las cerámicas polícromas procedan de las tierras bajas mayas y lleguen al altiplano en calidad de productos de lujo importados. En las tierras altas, tipos polícromos semejantes al denominado Saxché Naranja Polícromo del Petén aparecen desde el Clásico Temprano en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 191-193; figs. 97-98, 263a), aunque también pueden ser fechados en el comienzo del Clásico Tardío; en Tzicugy y Sumal, así como en Zacualpa este tipo también es representativo del período Clásico Tardío (Wauchope, 1975: 132-133). La cerámica polícroma de Clásico Tardío se introduce en las tierras altas del norte desde sitios emplazados en la Alta Verapaz y ceramos a las tierras bajas, como Chamá (Butler, 1940, Pl. VIIo). y se extiende desde la cuenca del Chixoy y Chipoc hacia el resto de los altiplanos hasta mucho más al sur de Cobán, Joyabaj, Zacualpa y Zaculeu (Rands y Smith, 1965: 133).

En Nebaj, al igual que en los otros centros mencionados, este grupo cerámico aparece asociado a tumbas (Smith y Kidder, 1951) y recibe el nombre de Xecua Polícromo (Bacquelín, 1969: 148-149). Más al sur, aparece en Los Cerritos Chichoj, Canillá, donde es clasificada como material de tipo Chamá de Clásico Tardío (Ichon, comunicación personal). El límite de expansión más al oeste de esta cerámica queda establecido en Lagartero, Chiapas, donde las formas y decoración guardan una muy estrecha relación con aquellas que aparecen en Chamá. En opinión de S. Ekholm (comunicación personal) se trata de una zona de manufactura de tal cerámica, ya que

se han encontrado gran cantidad de fragmentos que coinciden con las formas clásicas del altiplano, aunque también nos ha mostrado una vasija de silueta compuesta de forma muy similar a la encontrada en Agua Tibia.

COMPLEJO CERAMICO XANTUN

Está representado por dos grupos cerámicos que comprenden un total de 42 fragmentos, es decir, el 0,11% del total de la cerámica obtenida en la excavación. Se caracteriza este complejo por la presencia de cerámicas características del período Post-clásico Tardío, las cuales mantienen las siguientes características tipológicas:

6.1.13. Grupo Ichala Micáceo.

Frecuencia cerámica: 40 fragmentos, el 0,11% de la cerámica excavada.

Pasta: De color marrón, y negro en los casos en que ha habido reducción. Desgrasante grueso con inclusiones de moscovita y albita (Apéndice E, Cuadro 11). Cocción oxidante en el 57,14% de los casos analizados.

Superficie: Alisada en ambas caras.

Textura: Media.

Color: Marrón.

Grosor: El espesor de las paredes oscila entre 0,50 y 0,85 cm.

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

Los fragmentos rescatados son tan pequeños que nos ha sido imposible efectuar la reconstrucción de ninguna vasija, aunque sí determinar la presencia de dos formas: comales y vasijas globula

res con cuello.

Comparaciones: La secuencia temporal de la cerámica micácea es muy amplia, pues como Shook (comunicación personal) opina, tipos micáceos aparecen desde el Preclásico en Guatemala, estando representados de forma ininterrumpida en contextos típicos del Clásico Temprano y Tardío de Monte Alto. No obstante, pensamos que en el presente caso el material es de Postclásico Tardío, ya que se ha obtenido en todas las ocasiones en contextos superficiales. Este grupo mantiene durante este período una amplia distribución espacial en las tierras altas, siendo particularmente importante en Mixco Viejo, donde constituye el 27,58% de toda la cerámica excavada (Navarrete, 1961: 9, 17-19, 26-27; figs. 10-12, 18). Aparece también en Iximché y Utatlán (Rands y Smith, 1965: 141). Otros centros en que es frecuente con un alto porcentaje son Cahyup, Chuitinamit en Alta Verapaz; y Chuitinamit en Solola (Wauchope, 1970: 116), y se extiende por el altiplano oeste hasta Salcajá (Ciudad e Iglesias, 1979) y valle de Chichicastenango, donde se han encontrado fragmentos en Chulumal, sitio fechado para el Postclásico Tardío (Gruhn y Bryan, 1976: 99). Hacia el sur, ésta cerámica está bien representada en Bilbao, donde Parsons (1967: 158-159; fig. 76) ilustra un total de 375 fragmentos, constituyendo un porcentaje del 88,60% de los fragmentos postclásicos recuperados.

6.1.14. Grupo Fortaleza Blanco sobre Rojo.

Frecuencia cerámica: 2 fragmentos.

Pasta: De color marrón rojizo, desgrasante fino con inclusiones de cuarzo y albíta y cocción reductora.

Superficie: El interior y el exterior de los dos fragmentos aparecen bien alisados y engobados en rojo.

Textura: Suave.

Color: Rojo (5YR 4/4, reddish brown).

Grosor: El espesor de las paredes varía de 0,4 a 0,5 cm.

Establecido como tipo en: Zaculeu, con el término de "Fortress White-on-Red", por Woodbury y Trik, 1953: 73).

Formas: (Apéndice D, Cuadro 4).

Sólo hemos podido reconstruir una forma: se trata de un cuenco de paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha, borde ligeramente dispuesto hacia el interior y labio apuntado. El diseño decorativo, que en esta ocasión se coloca en la superficie interna, consta de cinco puntos de pintura blanca que se disponen en sentido horizontal, rodeando el cuenco. El otro fragmento combina una banda en sentido horizontal con dos puntos verticales.

Comparaciones: El término "Fortress White-on-Red" que denomina este conjunto de cerámicas se acuñó debido a su aparición en lugares situados en la cima de las colinas y parajes estratégicos bien defendidos, que son los asentamientos típicos del período Postclásico Tardío y Protohistórico, sin que tengamos noticias de que se hayan excavado ejemplares que antedaten a este período. Su presencia en la práctica totalidad de los yacimientos Protohistóricos emplazados en las tierras altas nos indica la enorme homogeneidad del momento: este tipo es diagnóstico de la fase Xinabahl de Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 73; figs. 247-248) y otros lugares del altiplano norte tales como Xolchun, Pacot, Comitancillo, Xolpacol, Chutixtiox, Chuitinamit, Chipal y Patzac (Wauchope, 1970: 101). En la Alta Verapaz es característico del final de la secuencia del Chixoy (Butler, 1940: 265), y en Nebaj aparecen durante la fase Umul (Becquelin, 1969: 173; figs. 56-5, 57-1, 99-2). En el altiplano central se extiende a Iximché (Guillemin, 1959) y Mixco Viejo (Navarrete, 1961: 9-10; fig: 1).

En las tierras altas del oeste está presente en Zacualpa (Wauchope, 1948: 155-156), Utatlán, Cahyup, Chajsel, Azacualpilla y Chuitinamit en Sololá (Wauchope, 1970: 101), extendiéndose hasta el valle de Quetzaltenango, donde aparece en la Labor Las Victorias, Salcajá (Ciudad e Iglesias, 1979; fig. 8), en San Andrés Xecul y en otros yacimientos de finales del Postclásico. Su distribución más al sur llega hasta Bilbao (1967: 160-161; fig. 76f), donde es considerada como una ware procedente de comercio.

En cualquier caso, la presencia de este tipo en Agua Tibia es tan poco significativa que no podemos ni siquiera pensar en la posibilidad de un asentamiento de Postclásico Tardío, y estos fragmentos parecen ser intrusivos.

6.2. La distribución espacial de la cerámica en el yacimiento.

A pesar de que el conjunto de materiales extraídos en Agua Tibia sólo representa con claridad un momento de habitación, pensamos que el estudio de su distribución espacial según las zonas y rasgos culturales excavados puede sernos de gran utilidad a la hora de definir tales rasgos y de establecer la funcionalidad de los mencionados materiales. En términos muy generales, podemos afirmar que nos encontramos ante dos contextos diferentes de habitación, aunque íntimamente relacionados entre sí: uno es aquel que manifiesta la práctica de actividades de carácter cotidiano las cuales, normalmente, están representadas por rasgos emparentados con la subsistencia; otro es aquel afectado por las manifestaciones religiosas, por los enterramientos. Ambos niveles distintos de interacción van a estar reflejados, entre otras cosas, por la distribución cerámica dentro de cada una de las áreas que los definen, razón por la cual prestaremos mayor atención a cada uno

dad particular de excavación, haciendo hincapié en la localización de las cerámicas en el espacio, y a su relación con el rasgo arquitectónico y cultural con el que se hallan asociadas:

6.2.8. El basurero.

Como adelantamos en uno de los capítulos descritos con anterioridad, uno de los basureros del pequeño asentamiento excavado está localizado en torno a los pozos A-10, A-11, A-12, A-13 y B-1, ya que son los que presentan una mayor potencia cultural de desechos. Sin embargo, en la elaboración del presente apartado hemos decidido tener en cuenta todos los fragmentos de cerámica extraídos en las zanjas A y B, debido a que estimamos que la aglomeración de materiales en torno a las catas mencionadas se debe más bien a la confluencia en ellas de las pendientes que bajan del cerro.

En total se han rescatado 6.408 fragmentos, es decir, el 18,87% de la cerámica recuperada, distribuidos en seis grupos cerámicos diferentes (Apéndice D, Cuadro 8). Según puede observarse en el mencionado cuadro, la mayor cantidad de artefactos representados son aquellos que, a nuestro entender, fueron manufacturados en/o en los alrededores del yacimiento (Grupo Bulux, Jelic y Tzic), mientras que los grupos Wech, San Juan Plomizo y Tiquisate -que son minoritarios- proceden de áreas bastante alejadas del altiplano oeste. Este hecho, unido al carácter preferentemente doméstico de una gran parte de los artefactos conseguidos en la excavación de este rasgo, refuerzan la función de basurero de la zona excavada.

Por otra parte, la distribución temporal de los materiales parecen indicar que la ocupación del sitio (Apéndice D, Cuadro 6) debió ser bastante uniforme desde sus comienzos, aunque en torno

a los niveles 7 y 8 de la zanja A existen indicios para creer que ésta descendió ligeramente. Por desgracia, aún no disponemos de los resultados de las muestras de carbón llevadas al laboratorio, y no podemos situar en el tiempo este supuesto descenso en la utilización de artefactos; además, los datos obtenidos en la excavación no nos permiten determinar las causas por las que esta disminución se ha originado: una de ellas podría haber sido que algunas de las viviendas dejara de funcionar y, consecuentemente, la población productora de los desechos bajara de modo considerable, para volver a manifestarse de manera uniforme con la construcción de una nueva casa. Por ejemplo, entre el abandono de la casa nº 2 y la construcción de la vivienda nº 1 debió de existir un lapso de tiempo que quedó reflejado en la frecuencia de artefactos pertenecientes al basurero; es muy posible que ese momento a que hacemos referencia coincida con el cambio en el porcentaje de cerámicas que se manifiesta en los niveles 7 y 8 de la zanja A. Por lo demás, no existe entre uno y otro ninguna variación desde el punto de vista tecnológico, formal y estilístico con respecto a la cerámica, lo cual nos hace pensar que la población anterior y posterior al mencionado desequilibrio en la frecuencia de artefactos -establecido en torno a los niveles 7 y 8 de la zanja A- parece haber sido la misma.

6.2.1. Sector W.

Dada la variedad de restos arquitectónicos descubiertos y la complejidad del sector en general, hemos decidido estudiar cada una de las unidades excavadas por separado, con el fin de adquirir una visión más real de la distribución espacial de los artefactos. Bajo este prisma, se han establecido cuatro rasgos diferen

tes: casa nº 1, casa nº 2, temazcal y horno abierto de cerámica. Los espacios abiertos existentes entre tales construcciones son computados en las tablas generales, pero de escaso valor en esta descripción, razón por la cual las cantidades absolutas aquí expresadas no encajarán con las expuestas en el cuadro general (Apéndice D, Cuadro 8). El sector comprende 120 metros cuadrados de extensión superficial, los cuales han sido divididos en cuadrículas de 2 por 2 metros, habiéndose tenido en cuenta la existencia de dos estratos que en esta ocasión van a sernos de escasa utilidad. La presencia absoluta de cerámica es de 20,020 fragmentos, es decir, el 58,96% de la cerámica excavada. Por unidades, los materiales se distribuyen de la siguiente manera:

(a) Casa nº 1: Esta primera construcción descubierta ocupa las cuadrículas I-1, I-2, IV-1, IV-2, V-1, V-2 y V negativo en su estrato I. La cerámica rescatada en la vivienda confirma la existencia de una serie de tipos cerámicos básicos que se asocian a contextos domésticos, hecho que se va a repetir en todos y cada uno de los edificios y construcciones excavadas. Con respecto al basurero, aparecen dos nuevos grupos cerámicos -Ichala Micáceo y Fortaleza Blanco sobre Rojo- cuya presencia, aunque con una frecuencia muy reducida, siempre está relacionada con los mismos entornos habitacionales a que hacemos referencia (Apéndice D, Cuadro 8).

(b) Casa nº 2: Este edificio, que tiene unas dimensiones de 7 por 4 m. de extensión, ocupa las cuadrículas I-3, II-2, II-3, II-4, II-5, II-6; III-3, III-4, III-5 y III-6; y VI-5 del sector W. Según comentamos en el capítulo dedicado a la descripción del desarrollo de las excavaciones, se han tenido en cuenta la existencia de dos estratos en el levantamiento de este sector: Pertencientes al estrato II, hemos decidido recoger de manera separada

los restos dispersos directamente sobre el suelo de aquellos localizados en niveles superiores, con el fin de observar su distribución espacial y la funcionalidad de los espacios en el interior de la vivienda (a la cual ya nos hemos referido en un apartado anterior). En general, aparecen los mismos tipos cerámicos que en las construcciones reseñadas con anterioridad, aunque están bastante mejor representados, coincidiendo también en su finalidad culinaria y doméstica (Apéndice D, Cuadro 8).

(c) Temazcal: Comparado con las construcciones dedicadas a habitación, el área excavada en torno al baño de vapor es considerablemente menor, ocupando una extensión aproximada de 11 metros cuadrados, e incluyéndose en ellas las cuadrículas II-9, II-10 y III-9. Entre este rasgo y la vivienda nº 2 queda un amplio espacio de 5,65 m. de longitud por 2 m. de anchura en el cual se han extraído algunos artefactos, no muchos, que no serán tenidos en cuenta en la presente descripción, a pesar de que algunos de ellos parecen asociarse de manera clara al temazcal, pero no son muy significativos con respecto a los resultados finales de la descripción. Como se puede observar en el Apéndice D, Cuadro 4, el número de fragmentos rescatados disminuye de manera considerable, aunque los tipos cerámicos representados siguen siendo básicamente los mismos, lo cual nos permite afirmar que nos encontramos ante un mismo contexto doméstico. La escasez de artefactos se corresponde, sin que parezca existir ninguna otra razón, con la función de la construcción comentada en la que, si bien las cerámicas incluidas en el grupo Izic Negro-Marrón parecen ser intrusivas, las demás pueden haber sido utilizadas bien para proporcionar calor y acarrear agua (en el caso del grupo Bulux), bien para la práctica de cualquier ritual relacionado con el funcionamiento del baño de vapor (como las formas del grupo Jellic y Wech).

(d) Horno de cerámica: Esta última construcción localizada en el interior del sector W se sitúa justo debajo de la construcción que hemos denominado casa nº 1, disponiéndose de forma paralela a ella y comprendiendo las cuadrículas I-1, I-2, II-1 y parte de la cata IV-2, con un área de excavación total de 14 metros cuadrados aproximadamente. En este nuevo rasgo, como en el temazcal, aparecen pocos materiales, aunque se mantiene la misma tónica tipológica que en el resto de las construcciones incluidas en el sector W. El hecho de que en el horno sean frecuentes los mismos tipos cerámicos que en el basurero no es de extrañar, ya que se halla tan sólo a 1,75 m. del muro sur de la casa nº 2 y debajo de la vivienda nº 1, por lo que los préstamos de ambas pueden haber sido bastante generosos. Pero, en líneas generales, vienen a confirmar la existencia de un conjunto doméstico en el que, en mayor o menor número, están representados objetos similares (tanto tipológica como funcionalmente) de una manera muy uniforme (Apéndice D, Cuadro 8).

6.2.2. Sector Y.

En la parte media-baja de las laderas del pequeño cerro que domina el yacimiento se ha llevado a cabo la excavación de un nuevo sector denominado Y, en cuyo interior se han descubierto restos de una construcción muy deteriorada identificada con el término: casa nº 3. En principio, tanto su localización con respecto a los demás rasgos como el descubrimiento de algunos artefactos especiales (un fragmento de camahuil, una figurita, etc.), nos hicieron pensar en la posibilidad de una funcionalidad diferente; sin embargo, el resto de los materiales a ella asociados parecen emparentarla con las otras dos viviendas.

En el Apéndice D (Cuadro 8) se puede observar de forma clara que los tipos cerámicos rescatados en este sector coinciden con aquellos recuperados en los contextos anteriormente descritos, asemejándose incluso en los porcentajes particulares de cada uno de ellos.

En este nuevo sector contrasta la mala preservación de los restos arquitectónicos con el buen estado de las cerámicas las cuales, junto con aquellas incluidas en los rasgos ya descritos, pueden considerarse integradas en un conjunto que tiene una funcionalidad doméstica, relacionada con tareas y costumbres que se han venido realizando de manera repetida y cotidiana a través del tiempo. No obstante, las unidades de excavación a que nos vamos a referir a continuación mantienen una situación muy diferente, la cual está reflejando la existencia de distintas prácticas y funciones que, en parte, quedarán aclaradas mediante la exposición de la distribución de los materiales en el yacimiento.

6.2.3. Zanja C.

Esta trinchera, junto con la D, se caracteriza por la manifiesta escasez de restos culturales lo cual, dada la localización en que se ha practicado, parece ser un indicador de la ausencia de restos arquitectónicos en la sección explorada. La evidente escasez de fragmentos pertenecientes a cerámicas de carácter culinario en contraposición con otras que, aún incluidas en los mismos contextos (como Tzic Negro-Marrón, Xibal Negro Estucado y San Juan Plomizo) no lo son, unido a la presencia de tres nuevos grupos cerámicos, pueden manifestar la existencia de un nuevo rasgo cultural situado a un nivel diferente de los hasta ahora descritos, que son de índole habitacional (Apéndice

ce D, Cuadro 8): en efecto, estos nuevos grupos cerámicos no son característicos y autóctonos de la región, sino que se trata de materiales obtenidos mediante comercio con poblaciones muy alejadas y, por lo tanto, destinados a una misión muy diferente que aquella meramente culinaria como lo son las rescatadas en el contexto de las unidades de habitación. La aparición de cerámica ordinaria parece estar relacionada con la presencia de un pequeño adoratorio y una serie de rituales a él asociados, cuyas características serán expuestas más adelante. Además, un buen número de vasijas pertenecientes al Grupo Cerámico Bulux Rojo habían sido colocadas con alimentos y bebidas en los enterramientos, formando parte de ofrendas particulares. La excavación de esta zanja se complicó poco después de su inicio mediante la aparición de restos humanos, por lo que nos vimos en la necesidad de formar un nuevo sector:

6.2.4. Sector Z.

Como se ha expuesto en el apartado dedicado a la excavación del yacimiento, el método empleado en el levantamiento de esta zona es exactamente igual al aplicado en el resto de las zanjas, aunque al final se ha podido comprobar que sólo existe un momento de utilización del recinto sagrado, el cual es contemporáneo con el resto del sitio. Se sitúa entre los sectores W e Y, y constituye un cementerio estrechamente ligado a las casas descritas. Dado su carácter religioso, se han extraído de él unos restos culturales muy diferentes —en cuanto a su origen, tipología y función— a los encontrados en las demás zonas excavadas (Apéndice D, Cuadro 8). Absolutamente todos los grupos cerámicos (excepto Tzic Negro-Marrón y Fortaleza Blanco sobre Rojo) están representados

en esta reducida área, siendo privativos de ella -pensando que los escasos fragmentos rescatados en la zanja C también le pueden pertenecer- cinco grupos cerámicos que no aparecen en ninguna de las estructuras de habitación excavadas: Grupo Zozot Rojo Marruecos, Grupo Chemalá Rojo Pulido, Grupo Powal Negro Pulido Exciso, Grupo Umal Rojo Fino y Grupo Saxché Polícromo. Tal variedad cerámica es acorde con la categoría del lugar excavado, siendo muy útil para determinar el nivel y potencial comercial de utensilios de lujo a los cuales tuvieron acceso los moradores de este pequeño asentamiento.

6.2.5. Zanja D.

Esta zanja, como mencionamos en el capítulo correspondiente a las excavaciones, se ha practicado bajo los mismos supuestos metodológicos que los empleados en la apertura de las trincheras A y B, pero en ella se manifiestan muy escasos restos culturales, que parecen proceder de la zona inmediata que es el cementerio (Apéndice D, Cuadro 8).

6.2.6. Zanja E.

Las reducidas catas abiertas en esta trinchera, localizada a la misma altura que el sector Z (fig. 9), han sido casi siempre estériles, lo cual nos hace pensar que el material en ellas encontrado procede de algunos otros rasgos destrozados y dispersos por los cultivos. El porcentaje de grupos presente en la zanja E es superior al de otros sectores implicados en el conjunto habitacional, pero desgraciadamente su número es muy escaso y en ningún caso está asociado a ningún rasgo en particular, por

lo que no es muy importante para la cuestión que estamos tratando en estas líneas (Apéndice D, Cuadro 8).

Esta breve descripción de la distribución espacial de los materiales de cerámica nos permite establecer una serie de generalizaciones que, sin duda, servirán de base para formular algunas hipótesis: no sólo acerca de la funcionalidad de los propios artefactos, sino también sobre cada uno de los restos arquitectónicos descubiertos, así como de otros espacios ocupados que, en síntesis, pueden configurarse de la siguiente manera:

Las zanjas A y B contienen con exclusividad materiales procedentes del desecho de las viviendas, los cuales se han apilado en torno a tales sitios por la caída natural del final de la ladera. Ambas trincheras están en la misma línea de las construcciones nº 1 y nº 2, aunque de manera muy particular una porción de la zanja A -que es más rica en restos culturales- se enfrenta de manera muy directa a la casa nº 2. En ambas zanjas, los materiales se han ido acumulando de abajo a arriba según caían pero, al pertenecer al mismo momento cultural, es imposible utilizar las ventajas de la estratigrafía, ya que éstos aparecen de manera bastante homogénea en todo el conjunto. En cuanto a los artefactos rescatados, son fiel reflejo de los aparecidos en las viviendas nº 1 y nº 2 y, en general, en todo el sector W: los grupos Bulux Rojo, Jellio Rojo sobre Crema, Wech Negro, San Juan Plomizo y Tzic Negro-Marrón son frecuentes de manera regular en todas las zonas. Tales materiales, más la presencia de otros rasgos (como la viga de madera quemada, restos de tierra y pequeños palos quemados, etc.) nos han inducido a pensar que estas zanjas constituyen -en especial los pozos A-10, A-11, A-12, A-13 y B-1- el basurero de las construcciones que se levantan unos cuantos metros más arriba.

El sector W es un conjunto complejo en el que se manifiestan dos ocupaciones diferentes, aunque ambas caen dentro del mismo momento cultural: la primera, más amplia y consistente, está representada por la casa nº 2, el temazcal y el horno abierto de cerámica, complementada por el cementerio y, quizás, por la construcción emplazada en el sector Y. De la segunda sólo se han localizado los restos de la casa nº 1. Esta vivienda, que tiene una planta rectangular y se incluye en un complejo de patio, se levantó de manera más precaria que el resto de los edificios y está orientada al sur. Su estado de preservación es muy deficiente, lo cual dificulta en gran medida el establecimiento de conclusiones acerca de su funcionalidad: los artefactos a ella asociados son de finales del período Clásico Tardío, aunque dos grupos muy minoritarios en el yacimiento -Ichala Micáceo y Fortaleza Blanco sobre Rojo- pertenecen a finales del Postclásico. En general, los materiales cerámicos coinciden con aquellos encontrados en las construcciones consideradas más tempranas motivo que, junto con otros muchos expuestos en el capítulo correspondiente a la descripción de la arquitectura popular, influye en la idea de que nos encontramos ante una casa de condición más pobre y pasajera que las otras dos.

El asentamiento primitivo de esta porción del yacimiento Agua Tibia, tiene su origen en torno a la casa nº 2, el horno y el baño de vapor. Un alto porcentaje de los artefactos que componen el registro arqueológico pertenece a este conjunto primario y nos indica, quizás, el límite de la expansión de los grupos cerámicos que tienen una finalidad utilitaria en contraposición a otros que, representados de manera especial en el área de enterramiento, tienen una función ceremonial y ornamental. Tales utensilios, que aparecen también en la vivienda nº 1 y en el basurero,

refuerzan nuestras hipótesis acerca del carácter doméstico de esta franja del conjunto habitacional. Naturalmente, el porcentaje de fragmentos es muy superior en torno a la vivienda nº 2 que en el horno de cerámica y el temazcal, rasgos que tienen una función y un uso bastante más restringido. La aparición de los cinco grupos cerámicos más comunes en el área del baño de vapor, rasgo donde las cerámicas sólo han debido de ser utilizadas para mantener el fuego y proporcionar vapor, es altamente significativa del empleo doméstico de tales artefactos, aunque en el caso particular de los fragmentos incluidos en el Grupo Tzic Negro-Marrón parece existir una filtración desde la parte superior del yacimiento. En cuanto al horno, pensamos que, al menos, algunas formas del Grupo Bulux Rojo pueden haber sido manufacturadas en él, y no descartamos la idea de que en él también se confeccionaran las piezas del Grupo Cerámico Jellic Rojo sobre Crema.

Con respecto al sector Y, nos encontramos ante el rasgo más problemático de identificar de todo el sitio excavado: el estado de destrucción tan avanzado en que se encuentra el edificio identificado bajo el término de casa nº 3, nos ha imposibilitado el establecimiento de su funcionalidad con cierta seguridad. En lo que a distribución espacial de los materiales se refiere, son frecuentes los mismos grupos básicos que en el resto de las zonas ya descritas; sin embargo, la relativamente alta frecuencia del Grupo Xibal Negro Estucado, junto a la presencia de otros artefactos especializados como la cabeza de un camahuil, un enorme cilindro de piedra, varias puntas de obsidiana bellamente talladas y una extraña figurilla, son las principales innovaciones con respecto a las otras áreas excavadas que nos hacen dudar a la hora de determinar su funcionalidad.

La trinchera C contiene muy escasos restos culturales, pero

nos parece muy significativa por cuanto que está relacionada con aquellos descubiertos en el sector Z, razón por la cual serán tratados de manera conjunta. En ambas unidades de excavación se dan las principales innovaciones cerámicas con respecto a todo el yacimiento: la cerámica funeraria y de lujo aparece en un porcentaje superior en comparación con el resto de las zonas excavadas, mientras que los artefactos de carácter doméstico -escasos en relación con los recuperados en las unidades domésticas- deben su presencia a la colocación de diversas ofrendas en torno al altar o adoratorio emplazado junto al cementerio. Además, diversas vasijas correspondientes al Grupo Cerámico Bulux Rojo han servido como contenedores de alimentos y bebidas, formando parte de ofrendas particulares en el recinto de enterramientos. Sin embargo, es dentro del contexto ritual y religioso bajo el cual se consigue la mayor parte de las cerámicas importadas tanto de otros lugares del altiplano guatemalteco (como los grupos Xibal Negro Estucado, Chemalá Rojo Pulido, Poval Negro Pulido y Saxché Polícromo), como de la Costa Sur (Grupo Cerámico San Juan Plomizo, Zozot Rojo Marruecos, Tiquisate y Umal Rojo Fino), algunos de los cuales sólo están presentes en el cementerio.

Por último, las trincheras D y E resultan ser casi estériles desde el punto de vista de la concentración de restos culturales, considerándose éstos como una continuación de aquellos rescatados en áreas más definidas, en concreto, en los enterramientos.

En definitiva, la distribución espacial de la cerámica en la reducida porción del yacimiento que se ha excavado, refleja un hecho que ya se ha puesto de manifiesto al analizar la localización particular de cada una de las construcciones y rasgos culturales que forman este pequeño asentamiento maya: el sitio se

encuentra dividido físicamente en dos zonas por el camino que desde la carretera de Totonicapán conduce a Paquí. Aquella que queda al suroeste está ocupada por las estructuras habitacionales, de especialización artesanal y por el basurero, y a ella están asociadas en un alto porcentaje todas las cerámicas domésticas y de más artefactos definidos en el sitio; por otra parte, en la porción noreste donde no existen restos arquitectónicos -a excepción del mal definido sector Y- se encuentran las cerámicas finas e importadas de otras regiones, las cuales se han obtenido en función de una especialización ceremonial. Esta división espacial del sitio parece indicar, en última instancia, una división simbólica del yacimiento en dos zonas: una, la más baja, destinada a la vida y al trabajo cotidiano; y la otra, que ocupa la parte inferior de las laderas del cerro, emparentada con todas las manifestaciones de carácter religioso. Una concepción del espacio y del territorio ocupado por el asentamiento como la manifiesta en Agua Tibia, parece ser la consecuencia de patrones más antiguos que tienen su origen en el período Preclásico Medio y Tardío, y que consisten en emplazar las zonas de enterramiento en las laderas de los cerros, mientras que las bases de los valles quedan reservadas para la habitación y para los campos de cultivo.

6.3. Conclusiones.

La cerámica de Agua Tibia está representada, como se desprende de los datos expuestos en estas páginas anteriores, por trece grupos cerámicos que se sitúan temporalmente a finales del período Clásico Tardío y comienzos del Postclásico Temprano y dos, minoritarios y sin consecuencias de cara a la secuencia temporal, al Postclásico Tardío. Una homogeneidad tal implica la imposibili-

dad de realizar avances efectivos acerca del cambio cerámico o de la uniformidad cultural en la zona, concepto este que se está implantando a pasos agigantados como válido para una gran cantidad de sitios de los altiplanos norte y oeste; pero, por otra parte, comprende un buen número de artefactos representativos de un período prácticamente desconocido para la región. Además, los restos culturales extraídos alcanzan una cierta importancia a la hora de definir un determinado número de actividades tecnológicas y comerciales, así como de reflejar el comportamiento sociocultural de las pequeñas comunidades campesinas mayas dentro del complejo sistema social en vigor.

En este sentido, una de las dificultades con que se encuentran los estudiosos de esta zona es el desconocimiento de las cerámicas de las tierras altas en general, y del altiplano oeste en particular: si hacemos una somera revisión de las monografías arqueológicas publicadas podemos concluir, no sin cierto sobresalto, que aún no ha sido realizada ninguna clasificación de cerámica representativa del período Clásico Tardío en el altiplano oeste; mientras que para las otras áreas de alrededor también están documentadas de manera muy escasa: la fase Chinaq de Zaculeu tiene un registro arqueológico muy pobre, en la región de Alta Verapaz sólo se conocen los artefactos procedentes de excavaciones de tumbas o de los pequeños pozos practicados en Chipoc; por su parte, Becquelin (1969) tampoco ha podido ampliar en gran medida nuestro conocimiento de las cerámicas de Clásico Tardío a partir de sus investigaciones centradas en la región de Nebaj, ya que ha obtenido muy poco material. En el altiplano central, la fase Amatlé-Pamplona es muy pobre en materiales, a pesar del gran esfuerzo realizado por Wetherington (1978) en su intento de clasificación. Por último, en el cercano centro provincial de Zacualpa

también se han extraído pocos fragmentos de la fase Pokom o de la Transición Pokom-Tohil, aunque sin duda han contribuido a establecer sobre bases más seguras la posición de la cerámica de Agua Tibia con respecto a otros lugares de las tierras altas de Guatemala.

Otra dificultad sería a la hora de la formulación de conclusiones firmes, parte de lo peligroso que resulta comparar los restos culturales extraídos en tumbas de élite, como las excavadas en Nebaj o en Zaculeu con aquellos, sin lugar a dudas de carácter menos suntuario, de Zacualpa, o aún los más sencillos y domésticos de Agua Tibia. A pesar de las dificultades señaladas, se pueden establecer una serie de constantes a modo de conclusión:

Desde el punto de vista funcional, es necesario resaltar su condición fundamentalmente doméstica ya que, al menos un 96, 22% de los fragmentos recuperados, pertenecen a cerámicas que han sido empleadas de una manera u otra en la cocina, mientras que el resto forma parte de ofrendas funerarias. Esta proporción puede verse, incluso, aumentada si tenemos en cuenta que determinados tipos cerámicos como los pertenecientes al Grupo San Juan Plomizo y, quizás, al Grupo Wech, pueden haber sido utilizados esporádicamente en la cocina. Este hecho refuerza nuestra sospecha de que nos hallamos ante un asentamiento ocupado por gente empleada en las labores del campo, pero que se sale de lo común, diferente de las otras comunidades campesinas más sencillas, dado que también es un centro de manufactura cerámica a pequeña escala. A juzgar por la distribución espacial de las cerámicas en el yacimiento y por sus características formales, podemos configurar dos grandes conjuntos en cuanto a su función:

(A) Cerámica utilitaria, que está representada de manera funda-

mental por productos de carácter local y, más concretamente, por el Grupo Cerámico Bulux Rojo: en efecto, todos los tipos y la mayoría de las formas pertenecientes a él se han utilizado en la cocina. Muestran o no evidencias de fuego en sus superficies, jarras de almacenaje, cántaros, ollas para acarrear agua o para colocar directamente al fuego, comales para asar y cuencos para servir o grandes apastes para cocinar están ligados de manera exclusiva a esta función. Otras cerámicas de carácter local, como las pertenecientes al Grupo Jellic pueden en algún momento haber intervenido en labores domésticas (un número muy escasos de fragmentos presentan manchas de cocción en su superficie externa, lo cual manifiesta su contacto directo con el fuego), pero siempre de manera esporádica y poco habitual, hecho que nos hace pensar en la posibilidad de utilizar para tal fin las piezas defectuosas o quebradas parcialmente, que habían perdido su valor de origen. También, alguna forma aislada del Grupo San Juan Plomizo puede haber tenido una función culinaria, aunque constituye un hecho más difícil de constatar.

(B) Cerámica ceremonial: En general, este grupo está formado por artefacto de marcado carácter foráneo, aunque se completa de manera importante con aquellas piezas y fragmentos procedentes del Grupo Cerámico Jellic y, en algún caso aislado, del Grupo Bulux Rojo.

Con respecto al Grupo Jellic Rojo sobre Crema, existen dos grandes conjuntos cerámicos organizados según la decoración: geométrica y simbólica, los cuales alcanzan una dimensión realmente importante según procedan de una zona u otra de excavación. En general, la distribución espacial de este grupo es muy uniforme para todo el yacimiento, desde el basurero al cementerio, pasando por las viviendas, el horno y el baño de vapor, hecho que nos pa

rece muy relevante, ya que apoya en buena medida nuestra hipótesis de que esta cerámica ha sido manufacturada en el lugar. Además, el simple dato de que alcanza una frecuencia de 4.919 fragmentos (es decir, el 85,47% del total del grupo) en zonas de indudable carácter de habitación, apoya la sugerencia de que tales artefactos han tenido relación con algunas funciones domésticas, al menos en una de sus vertientes. Es posible que los fragmentos y piezas encontrados en tales contextos no sean sino materiales de manufactura defectuosa, pero también cabe la posibilidad de que algunos de ellos jugaran un determinado papel en tareas utilitarias, hecho que se encuentra reforzado por la evidencia de que el 8,9% de los fragmentos aparezcan ennegrecidos en su superficie externa por las manchas típicas de su exposición al fuego.

En cuanto a la relación diseño-función existente en los ejemplares excavados en tales unidades de habitación podemos señalar, sin lugar a dudas, que los motivos geométricos se manifiestan en un porcentaje más elevado (sólo se han encontrado en ellas quince fragmentos decorados con diseños de pájaros, y algunos de éstos pueden haber sido previamente desechados por el alfarero); mientras que piezas decoradas con pájaros en actitud de reposo y las alas extendidas, y figuras humanas danzando y ocultando su rostro con máscaras que simulan cabezas de pájaros de largo pico del que salen volutas indicativas del símbolo de la palabra, parecen estar confirmadas en un área que nosotros hemos considerado como franja de ocupación sagrada y ceremonial. En el caso concreto del cementerio, de 27 ejemplares completos que forman parte de ofrendas, al menos 15 están decorados con tales diseños, razón por la cual pensamos que este grupo tiene otra vertiente en cuanto a su funcionalidad: la funeraria.

La asociación al mundo funerario de esta cerámica no parece

ser una idea muy alejada de la realidad, y puede estar en la línea de esa gran corriente de cerámicas pictóricas mayas en vigor en la zona durante todo el período Clásico, las cuales se han decorado con el propósito exclusivo de ser colocadas como ofrendas. Si esto es admitido, es muy posible que los danzantes enmascarados que cantan o recitan no hagan sino representar una danza macabra, quizás dedicada a alguna deidad, pero estrechamente relacionada con la muerte del individuo a quien se pretende honrar con tal ofrenda. Textos de tradición funeraria pueden haber sido de uso común a lo largo de toda la zona maya, hasta el punto de que Coe (1973: 13) cree que la Historia de los Héroes Gemelos integrada en el Popol Vuh es una parte de un mucho más amplio y complejo mito o series de mitos relacionados con el inframundo y sus dioses, constituyendo un texto funerario recitado al individuo muerto durante las ceremonias de enterramiento.

Desde el punto de vista histórico, no hemos conseguido obtener ninguna referencia en las crónicas en que se mencione de manera específica la práctica de danzas de seres humanos que ocultan sus rostros con máscaras de aves relacionadas con el inframundo; no obstante, parece ser que algunas danzas en que la figura central es un ave, se han realizado frecuentemente entre las comunidades quichés prehispánicas: por ejemplo, la danza del colibrí (de León, n.d. 169); danza de la guacamaya (Carmack, 1973: 292) y danza del tecolote (Recinos, 1953: 167). En cualquier caso, no disponemos de ninguna información que indique la relación de estos bailes con aves de carácter acuático que, como ya hemos señalado anteriormente, parecen ser las representadas en Agua Tibia. La confirmación de este tipo de manifestaciones rituales, unida a la tradicional asociación de los pájaros al mundo nocturno y con la muerte entre otros conceptos (Carmack, 1979b: 45), com-

plementa nuestra sospecha acerca del carácter funerario de las piezas comentadas.

En cuanto a las vasijas pertenecientes al Grupo Bulux Rojo que se han rescatado en el enterramiento, tales como apastes, comales, ollas o vasijas-zapato, deben su presencia más a la costumbre ampliamente extendida de acompañar al individuo muerto con alimentos y bebidas que a su posible función ceremonial. Una excepción al carácter doméstico de las formas incluidas en este grupo parecen constituirlos los incensarios-cucharón: en principio, se tiende a relacionar tales artefactos con el mundo funerario, puesto que se han encontrado en muchas ocasiones íntimamente ligados a enterramientos; sin embargo nosotros pensamos que más bien mantienen una estrecha relación ceremonial con rituales de marcada índole local. El hecho de que no hayamos encontrado ningún ejemplar ni fragmento de incensario-cucharón en el complejo del cementerio, parece reforzar la suposición de que tal rasgo forma parte del ajuar empleado en rituales campesinos a nivel de familia extendida o de clan, pero siempre con un carácter local.

Sin embargo, el grueso del grupo de cerámicas emparentadas con una función ceremonial está constituido por una amplia serie de tipos finos que se han obtenido mediante comercio con otras comunidades muy alejadas del yacimiento: por ejemplo, los grupos cerámicos Wech Negro, San Juan Plomizo; Xibal Negro Estucado, Zozot Rojo Marruecos, Chemalá Rojo Pulido, Latz Blanco, Poval Negro Pulido, Tiquisate, Umal Rojo Fino y Saxché Polícromo.

Desde el punto de vista del origen de las cerámicas que estamos comentando, es necesario establecer dos amplios grupos: tipos autóctonos, que se han manufacturado en el mismo sitio y/o en los alrededores del yacimiento; y tipos foráneos, que se han conseguido mediante comercio. En este sentido, la cerámica incluida en el

grupo ordinario Bulux Rojo y en el grupo Tzic Negro Marrón no parecen ser otra cosa sino la evolución de tradiciones asentadas en la zona desde antiguo, y que están completamente adaptadas e identificadas con las formas y modas prevalecientes en el altiplano durante el periodo Clásico Tardío: si bien algunas formas cerámicas como los tecomates, incensarios-cucharón, vasijas-zapato, etc. permanecen inalterables desde tiempos preclásicos, otras han ido evolucionando a medida que eran desplazadas. De esta manera, las formas analizadas correspondientes al Grupo Cerámico Tzic Negro Marrón (que parece ser la continuación de aquella antigua tradición manufacturera de cerámicas negro-marrón que tan amplia distribución tempo-espacial tuvieron en las tierras altas mayas) no coinciden con aquellas otras que son típicas de finales del periodo Preclásico. Este hecho no es un caso aislado que afecta de modo exclusivo a Agua Tibia y el valle de Quetzaltenango-Totonicapán, sino que también se manifiesta en otros centros de mayor importancia como Zacualpa, Zeculeu y Nebaj.

Las cerámicas bícromas rojo sobre crema parecen también haberse fabricado en el yacimiento: como ha adelantado Alcina (1980: 481; fig. 9) "nos encontramos ante un centro productor de tales artefactos, cuyo foco de origen puede encontrarse en el interior del triángulo constituido por Zeculeu, Zacualpa y Agua Tibia", aunque yo personalmente lo reduciría a una zona delimitada por estos dos últimos sitios. Una secuencia temporal bastante más larga y antigua en Zacualpa parece indicar que la manufactura de las cerámicas comentadas se gestó en este centro; mientras que la mayor variedad decorativa documentada en Agua Tibia puede deberse a experimentos posteriores sobre el mismo grupo de cerámicas. Tal afirmación se ve corroborada por la presencia de un diseño de pintura negativa muy particular que parece ser el sello privado del

artesano que las fabricó: un trébol de cuatro hojas.

Por lo que respecta a los artefactos procedentes de otras regiones, Agua Tibia tiene un número más elevado de afiliaciones cerámicas con Zacualpa que con cualquier otro centro pues, sin tener en cuenta los ejemplares pertenecientes al Grupo Cerámico Bulux Rojo, están presentes en ambos sitios los grupos Jellic Rojo sobre Crema, Wech Negro, San Juan Plomizo, Latz Blanco y Saxé Polícromo. La gran cantidad de semejanzas estilísticas que se manifiestan no sólo en la cerámica y en el uso de determinados artefactos, sino también en las construcciones arquitectónicas y en gran cantidad de respuestas adaptativas de tipo cultural (de las cuales un ejemplo claro podría ser la adaptación de las cerámicas bícromas rojo sobre crema a la corriente de cerámicas polícromas que penetra en los centros del altiplano desde la Alta Verapaz), parecen estar indicando bien la presencia de un muy estrecho contacto o una subordinación cultural de Agua Tibia hacia Zacualpa, o bien que los individuos asentados en esta porción del Valle de Totonicapán proceden de este centro ceremonial.

Naturalmente, los contactos culturales son cada vez menores según nos vayamos alejando de esta zona-núcleo, puesto que con Zaculeu el sitio Agua Tibia tiene en común los Grupos Cerámicos Xibal Negro Estucado, Wech Negro, Jellic Rojo sobre Crema y Tzic Negro Marrón; mientras que con Nebaj sólo comparte el grupo Chermalá Rojo Pulido y, en menor medida, Jellic Rojo sobre Crema y Tzic Negro Marrón. Otro tipo de relaciones más esporádicas están marcadas por la lejanía: así, la cerámica polícroma es indicativa de contactos con centros emplazados en la Alta Verapaz y en el drenaje del Chixoy, los cuales se ven confirmados mediante la presencia del grupo Poval Negro Pulido Exciso. El carácter más o menos intenso de las afiliaciones con otros sitios del altiplano norte

contrasta con la escasez de conexiones con diversos yacimientos de las Tierras Altas Centrales, hecho que también es característico en Zacualpa. Sin duda, el panorama de conexiones con otras comunidades del altiplano norte ha de verse ampliado mediante la publicación de los datos obtenidos por los miembros de la Misión Francesa en los Cerritos-Chichoj, Canillá (El Quiché), yacimiento del periodo Clásico Tardío que muestra gran cantidad de afinidades cerámicas con Agua Tibia (Ichon, comunicación personal). De igual manera, es necesario esperar los resultados de los análisis cerámicos desarrollados por los integrantes del Proyecto Arqueológico y Etnohistórico de la Meseta Quiché que, con seguridad revelarán un muy estrecho parentesco artifactual, a juzgar por los escasos datos que poseemos en este sentido.

Nos parece, también, muy significativa la gran cantidad de contactos existentes entre nuestro yacimiento y otros de la bocacosta y Costa Sur: en efecto, cuatro grupos (San Juan Plomizo, Zozot Rojo Marruecos, Tiquisate y Umal Rojo Fino) y algunos instrumentos especializados -ocarinas y figurillas- que, sin duda proceden de diversas zonas de la Costa Sur, están presentes en Agua Tibia. Es evidente que este asentamiento presenta más afiliaciones cerámicas con comunidades localizadas en la mencionada región que otros centros del altiplano oeste y norte; no obstante, es preciso apuntar la posibilidad de que tales relaciones puedan haber sido más intensas en otros lugares del valle de Quetzaltenango, dada la facilidad de accesos e intercambios entre las comunidades de las tierras altas y de la bocacosta a través del río Samalá.

La suposición de que entre centros más cercanos y más fácilmente accesibles debe de existir una conexión más intensa, puede resultar errónea en muchas ocasiones (Wauchope, 1975: 74) en el sentido de que no necesariamente los centros más cercanos han de

tener unas relaciones culturales más profundas: pienso que las a finidades y el manifiesto contacto entre las comunidades de la Costa Sur y Agua Tibia reflejan con claridad esta idea, y son un claro exponente de la intensidad comercial entre zonas ecológicas estrechamente complementarias.

Los pocos datos reseñados en esta conclusión parecen indicar que Agua Tibia pudo constituir una pequeña excepción a la regla establecida por la homogeneidad e individualismo no sólo de determinados centros importantes, sino también de una gran cantidad de sitios menores que mantienen un patrón de conexiones que no sobre pasa los límites de sus regiones naturales. Mediante la comparación de los grupos cerámicos definidos en tales asentamientos po demos considerar como autóctonos aquellos que representan de mane ra exclusiva a los grupos Bulux Rojo y Jalic Rojo sobre Crema, y tales pueden no ser válidos del todo, ya que se trata de una cerá mica doméstica en el primero de los casos, y de una vieja tradición de bícromos muy generalizada en el altiplano guatemalteco en el segundo. Naturalmente, la funcionalidad culinaria y el carácter autóctono están ligados de manera muy estrecha al ámbito campesino del yacimiento, en contraposición a lo que sucede en otros cen tros más complejos de tipo residencial, lo cual manifiesta un des fase a la hora de establecer analogías a determinado nivel. Sin embargo, y a pesar de la importancia alcanzada por los intercambios con comunidades de la bocacosta -originados sin duda por las posibilidades comerciales que ofrece el río Samalá- o al menos al fácil acceso de los artículos precedentes de esta región, pensa mos que Agua Tibia se ve afectado también por esa homogeneidad y continuidad cultural en que están inmersos la mayoría de los sit ios del altiplano oeste durante este período.

El acceso a artículos procedentes de poblaciones y regiones

muy alejadas -que diferencia Agua Tibia de las comunidades localizadas en la Meseta Quiché en las que aparentemente hubo un con contacto mínimo con el resto de Mesoamérica, ya que todavía no han aparecido wares exóticas procedentes de comercio (Stewart, 1977: 73)- está facilitado no solamente por la presencia del río Samalá, sino también por la manufactura de los tipos correspondientes al Grupo Cerámico Jelic Rojo sobre Crema. En efecto, la fabricación de esta cerámica alcanza tal grado de sofisticación y varie dad de diseños, y aparece con una frecuencia tan importante que nos permite pensar en la presencia de un producto especializado tanto a nivel local como en un ámbito regional. Tal industria permitió originar una actividad comercial basada en el intercambio de esta cerámica como producto primario, sobre todo en lo que se refiere a las transacciones de carácter regional. La prosperi dad económica que el artesano de Agua Tibia puede haber alcanzado mediante la combinación de las actividades agrícolas y manufactu reras le permitió la consecución de productos caros y lujosos pro cedentes de regiones alejadas.

Por último, y en lo que respecta a la cronología podemos pen sar, fundamentándonos en las analogías tipológicas establecidas, que nos encontramos a finales del periodo Clásico Tardío o comien zos del Postclásico Temprano. A pesar de que aún no nos han sido suministrados los resultados de los análisis efectuados sobre las muestras de carbón, la presencia de marcadores de horizonte tan claros como la cerámica pertenecientes a los grupos San Juan Plomizo, Zozot Rojo Marruecos y Tiquisate, así como los tipos defini dos en otros sitios del altiplano (como la variedad "Peinado" del Grupo Cerámico Bulux Rojo) es suficiente para determinar el momen to de ocupación en Agua Tibia. Aunque no lo podemos definir con total exactitud, pensamos que este momento equivale al periodo

de Transición Pokom-Tohil de Zacualpa y, por supuesto, se corres
ponde con la amplia fase Wukamak (700-1200 d. C.) propuesta por
Stewart (1977: 73) para la Meseta Quiché.

10.

CAPITULO VII: Los artefactos.

Los artefactos recuperados en el sitio Agua Tibia son, a excepción de lo pequeños camahuiles de copal, de cerámica, obsidiana y piedra, y presentan las siguientes características:

7.0. Artefactos de cerámica.

7.0.0. Malacates: (fig. 70 a-d; Lám. XXXII a-e).

Frecuencia: Cinco ejemplares.

Pasta: La misma que la del Grupo Cerámico Bulux Rojo.

Superficie: Alisada y engobada en todos los ejemplares rescatados, aunque la fina película de engobe rojo aparece muy desgastada.

Decoración: Dos de las piezas recuperadas son lisas, mientras que las otras tres están decoradas con incisiones, formando un diseño de líneas oblicuas; o con excisión, mediante la cual se ha formado un diseño geométrico.

Forma: Cuatro ejemplares tienen forma troncocónica y sus caras son planas con extremos a bisel. El orificio central es cilíndrico. El otro es de forma circular y extremos redondeados, siendo también cilíndrico el orificio.

Dimensiones: Diámetro máximo entre 3,6 y 4,4 cm.; promedio 4 cm.; diámetro del orificio central 0,4 a 0,6 cm., promedio 0,5 cm.; altura 0,8 a 2,1 cm.; promedio 1,45 cm.

Comparaciones: Restos de instrumentos para hilar aparecen en el altiplano guatemalteco desde la fase Providencia en Kaminaljuyú (Borhegyi, 1965: 16) y son frecuentes hasta finales del Postclásico. Sin embargo, fundamentalmente se encuentran ejemplos de finales del período Clásico y comienzos del Postclásico Temprano, siendo descritos para Zacualpa (Wauchope, 1948: 153-154), Tajumulco (Dutton y Hobbs, 1943: 109; fig. 37-38) y Zaculeu, donde son

representativos de las fases Qanyak y Xinabahul (Woodbury y Trik, 1953: 169-172; fig. 87). En la bocacosta y Costa Sur constituyen un material de muy amplia distribución a lo largo de los periodos Clásico Tardío y Postclásico Temprano (Shook, 1965: 184, 192-193).

7.0.1. Fichas:

Frecuencia: 10 ejemplares.

Pasta: La misma que la correspondiente al Grupo Cerámico Bulux Rojo.

Superficie: Todas las piezas están alisadas y engobadas en ambas superficies. Seis de ellas, que pertenecen a una misma ofrenda del cementerio, aparecen ennegrecidas por el contacto directo con el fuego.

Forma: En principio, todas ellas han debido ser circulares, aunque en la actualidad aparecen bastante irregulares debido a los sucesivos desconchones. La cara superior es plana, mientras que la inferior es cóncava. Sección rectangular.

Dimensiones: Diámetro 2,4 a 5,9 cm., promedio 4,05 cm.; altura 0,4 a 0,8 cm.; promedio 0,6 cm.

Comparaciones: Este tipo de artefactos tiene una distribución muy amplia a lo largo de toda Mesoamérica y su función está aún por determinar, aunque en nuestro caso no cabe duda de que, al menos seis de ellas, han sido utilizadas como ofrendas, ya que todas ellas aparecieron en una vasija asociada a uno de los entierros. Por esta razón, procuraremos ceñirnos a las analogías existentes con otros sitios del altiplano: en Zaculeu se han encontrado a lo largo de toda la secuencia cultural (Woodbury y Trik, 1953: 212; fig. 269 k-q), y en el vecino centro de Tajumulco per

tenecen al período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 62; fig. 38 k-r). En La Victoria aparecen en las fases Ocó y Conchas (Coe, 1961; figs. 51 a-d, 59a). Curiosamente, no tenemos ninguna noticia de que se haya extraído ningún objeto de estas características en Zacualpa (para una descripción más completa de su expansión en el área maya, ver Lee, 1969: 99).

7.0.2. Canicas: (Lám. XXXII f).

Frecuencia: Dos ejemplares.

Pasta: La misma que la del Grupo Cerámico Nulux Rojo.

Superficie: Están alisadas por toda su superficie, pero han perdido, si es que alguna vez lo tuvieron, la mayor parte del engobe. Una de ellas manifiesta grandes manchas de cocción.

Forma: Esférica algo irregular.

Dimensiones: Diámetro 1,3 a 1,9 cm.

Comparaciones: Pequeñas canicas sólidas de arcilla se han encontrado en el período Mexicano de Tajumulco (Dutton y Hobbs, 1943: 62; fig. 38 s-v), en Piedras Negras (W. Coe, 1959: 72; fig. 58m) y en otros centros de Mesoamérica (Lee, 1969: 93).

7.0.3. Ocarinas: (Lám. XXXII g-o).

Frecuencia: 27 fragmentos.

Pasta: La misma que la del Grupo Cerámico Bulux Rojo.

Superficie: El interior de los objetos sólo ha sido alisado, mientras que la superficie externa está, además, engobada en rojo.

Forma: Los fragmentos de que disponemos son muy pequeños y constituyen porciones aisladas de piezas completas, razón por la cual no hemos podido determinar de manera absoluta su forma exacta, aunque sí podemos describirlas parcialmente: la boca de entrada del aire es de sección rectangular, con un promedio de 0,7 cm. de

longitud y una altura de 2,55 cm. Otros fragmentos se corresponden con los orificios de salida del aire y otros, por fin, son divisiones de las diversas cámaras de que constaban las ocarinas. Algunos fragmentos pertenecientes al cuerpo de estos artefactos están decorados mediante botones de pastillaje, mientras que otros forman parte de la figura de un animal, en concreto un pájaro (Lee, 1969: 66; fig. 31d-e), y algunos están representando figuras humanas o cabezas de otros animales.

Comparaciones: Los datos que hemos conseguido recopilar acerca del origen de estos instrumentos musicales proceden, en todas las ocasiones de la Costa Sur, y se encuentran asociados a contextos típicos del período Clásico Tardío. Brown (1977: 272; fig. 5c) ilustra ocarinas-efigie muy semejantes a las extraídas en Agua Tibia para El Frutal (valle de Guatemala), las cuales están fechadas en el Clásico Medio. En Finca Tolimán (Tiquisate) y en Tiquisate (Lám. XXXII p-q) se han encontrado ejemplos de tales ocarinas que hoy están incluidas en los fondos del Museo Nacional de Arqueología de la ciudad de Guatemala (76,9-j25; 8-3; j14). Shook (comunicación personal) ha encontrado ocarinas-efigie en un buen número de sitios de la bocacosta y de la llanura costera -como en La Blanca- y en todos ellos están asociadas a rasgos definidores del período Clásico Tardío. Asimismo, Parsons (1967: 70; pl. 14) menciona tales ocarinas para el mismo período en Bilbao.

7.0.4. Silbato: (Lám. XXX a-e).

Frecuencia: 1 ejemplar.

Forma: Se trata de un tosco objeto hueco que presenta tres orificios para la modulación del sonido. El ejemplar está decorado mediante incisión y pastillaje con el fin de obtener una figura de un pájaro tocado con una cresta. En sus alas, extendidas y cortas,

se han practicado sendos orificios que, quizás, pueden haber servido para colgar el objeto del cuello.

Dimensiones: Altura 5 cm.; longitud 7,5 cm.; anchura 4,9 cm.

Comparaciones: Lo mismo que ocurría en el caso de las ocarinas, los ejemplos de pájaros-silbato cuya finalidad podría estar relacionada con los reclamos utilizados en las cacerías se han encontrado asociados siempre con materiales del Clásico Tardío, aunque no tienen una distribución espacial muy extensa: Shook (1949: 13; fig. 15) describe un silbato incompleto con figura de pájaro que está modelado a mano y fue encontrado en superficie en Finca Arizona. Este mismo autor encontró una pieza similar en la colección de Ricardo Porras. La extensión más al este de estos objetos parece establecerse en torno a la cuenca media del Motagua, donde Smith y Kidder (1943: 161; fig. 34h) los describen para la fase Magdalena de Guaytán; mientras que hacia el oeste aparecen en Chiapa de Corzo, entre los cuales destaca un silbato que se asemeja bastante al rescatado en Agua Tibia (Lee, 1969: 66; fig. 31m). Díaz Castillo (1975) posee uno en su colección particular que considera del Postclásico Tardío en el área maya, y presenta muchos rasgos de similitud con el descrito en los párrafos anteriores. En las tierras bajas mayas se han encontrado pájaros-silbato en la zona del Petén central (Smith, 1954: 31; fig. 31m). Este mismo autor menciona otro ejemplar para Uaxactún (Smith, 1936; fig. 17). Sin duda, las escasas noticias que tenemos acerca de estos objetos se deben a la preferencia de las excavaciones en centros ceremoniales y no en unidades de habitación que, lógicamente, son las receptoras de este tipo de artefactos.

7.0.5. Separador de collar (?): (fig. 70e).

Frecuencia: 1 ejemplar.

Pasta: La misma que la correspondiente al Grupo Cerámico Bulux Rojo.

Superficie: Nos encontramos ante un objeto de manufactura bastante tosca, el cual no ha sido engobado y muestra grandes manchas de cocción a lo largo de toda su superficie. En sus extremos se han practicado dos orificios de sección cilíndrica que debieron de utilizarse, quizás, para separar cuentas de collar.

Dimensiones: Altura 6,8 cm.; espesor 1,2 cm.; diámetro de los orificios 4 a 4,3 mm.

7.0.6 Pendientes (7) (fig. 70 g-h; Lám. XXXIII f-h).

Frecuencia: 3 fragmentos.

Pasta: La misma que la del Grupo Cerámico San Juan Plomizo.

Forma: Se trata de tres pequeños objetos ensanchados en su parte superior en la cual han sido practicados pequeños orificios que, supuestamente, sirvieron para sujetar los objetos a las orejas (Shook, comunicación personal). Este tipo de piezas es muy abundante entre la cerámica de Tipo San Juan Plomizo, formando también parte de figurillas, en las que juegan el papel de orejeras o de brazos (Shepard, 1948).

Comparaciones: Artefactos similares se han encontrado en La Blanca junto con otros materiales del Clásico Tardío (Shook, comunicación personal). En los fondos del Museo Nacional de Arqueología sito en la ciudad de Guatemala pudimos localizar varios ejemplares muy similares a los comentados (Lám. XXXIII i-k), que procedían de El Paraíso, Quetzaltenango, y de Tiquisate, los cuales estaban clasificados también dentro del período Clásico Tardío (muestras 79-7, jll).

7.0.7. Figurillas: (Lám. XXX l-ñ; XXXIV a-i).

Frecuencia: 2 piezas completas y 11 fragmentos.

Pasta: Los dos ejemplares completos y un pequeño fragmento de un tercero tienen una composición de la pasta igual que la correspondiente al Grupo Cerámico San Juan Plomizo, mientras que las restantes pertenecen a Grupo Cerámico Bulux Rojo, por lo cual trataremos de describirlas por separado. Las figurillas incluidas dentro del grupo Bulux presentan las siguientes características:

Superficie: Todos los fragmentos aparecen alisados y engobados en ambas caras.

En realidad, se trata de pequeños fragmentos de figuritas y cabezas humanas o animales que se han descubierto de forma aislada, sin ningún tipo de asociación a otros rasgos culturales que permitan definir su función:

(a) Dos de ellas pertenecen a mangos huecos de incensarios, sin que podamos aventurar a que diseño corresponden; mientras que otros dos son pequeños rostros humanos emparentados estilísticamente con los mangos huecos de incensario-cucharón tan característicos del período Postclásico Temprano en gran cantidad de sitios del altiplano guatemalteco. Ambas caritas han sido moldeadas y sus ojos se han practicado mediante incisiones. Uno de los casos, además, presenta decoración de pastillaje formando las orejas del rostro (Lám. XXXIII m, ñ).

(b) Se han rescatado también dos minúsculos fragmentos pertenecientes a cabezas de animales, de los cuales uno parece representar un mono (Lám. XXXIVa). Los ejemplares tienen unas dimensiones tan reducidas que nos fue imposible determinar si se trata de simples figurillas o, por el contrario, si formaban parte de alguna vasija en particular.

(c) Dos cuerpos de figurillas, uno de ellos perteneciente a una mujer y otro, quizás, de carácter masculino, aparecen pegados mediante técnica de pastillaje a una vasija cuya forma no nos ha sido posible determinar (Lám. XXXIV b-c).

(d) Por último, un reducido fragmento forma parte de la cabeza de una figurilla elaborada a partir de una cerámica muy tosca y totalmente erosionada. De ella, sólo se puede observar parte del ca bello, un ojo y la nariz bastante fracturada (Lám. XXXIVd), aunque parecen ser elementos suficientes como para pensar que no coincide en absoluto con los patrones estilísticos en vigor en el altiplano de Guatemala ni, quizás, con los existentes en la Costa Sur, pareciendo ser un ejemplar más tardío que el resto de los artefactos.

En cuanto a las figurillas pertenecientes al Grupo Cerámico San Juan Plomizo, manifiestan las siguientes características:

(e) Figurilla antropomorfa, hueca, hecha a molde, cuyo personaje está sentado y apoyado sobre sus manos y pies. Los brazos se disponen hacia abajo y descansan sobre las rodillas, que a su vez se apoyan en el suelo. Los dedos sólo están muy ligeramente dibujados. El rostro, de frente, representa la cabeza de un animal -presumiblemente de caracteres felínicos-, mientras que de lado parece que se ha querido perfilar un rostro humano. En el ocico aún permanecen unos muy escasos restos de pintura roja (cinabrio), lo cual nos hace suponer que, al menos el rostro de la figurilla pudo haber estado cubierto con pintura roja. Este rasgo parece estar en perfecta consonancia con su presencia en el cementerio, aunque no hemos podido asociarla a ninguna ofrenda en particular, ya que se hallaba a un nivel superior al resto de las ofrendas descubiertas. La cabeza está cubierta con un tocado que se dispone en sentido transversal a ella y baja hasta los pies. En general, todos estos elementos aparecen muy desgastados, como si el molde en que está elaborada se hubiera utilizado en gran cantidad de ocasiones, aunque por desgracia no se ha hallado ningún ejemplar que muestre verdaderas similitudes con el que ahora estamos comentando (Lám. XXXIV e-g).

A ambos lados del rostro presenta dos orejeras que se han formado a partir de la aplicación de botones de pastillaje, técnica que también se ha utilizado en la colocación del collar que rodea su cuello. El personaje está vestido con un faldellín muy corto, pero que en esta ocasión le llega hasta el suelo debido a que el individuo representado se encuentra arrodillado. Por último, hemos de destacar que en la espalda ha debido llevar alguna carga, ya que presenta huellas de haber sostenido algún objeto pegado a ella por pastillaje.

Dimensiones: Altura 9 cm.; diámetro en la base 4,4 cm.; espesor de las paredes 0,8 cm.

(f) Pequeño fragmento que corresponde al brazo de una figurilla hueca. Está decorado con suaves incisiones que pueden representar la continuación de un pectoral o, tal vez, un brazalete (Lám. XXXIVh).

(g) Figurilla hueca de carácter zoomórfico. En realidad, no hemos podido determinar de manera definitiva su pertenencia al Grupo Cerámico San Juan Plomizo, ya que muestra determinados rasgos que pueden emparentarla con materiales típicos del grupo Tiquisate. La figura representada parece ser un animal -que tanto tiene rasgos de mono como felínicos- cuya formación se ha conseguido mediante modelado e incisión. La cabeza está separada del cuerpo mediante un grueso collar decorado con impresiones, a partir del cual adquiere una forma acampanada hasta llegar, quizás, a la base, ya que la pieza está quebrada. Se trata, pues, de un objeto campaniforme decorado en su parte superior por la cabeza de un animal. En la zona media de las paredes muestra una pequeña abertura longitudinal de función indeterminada (Lám. XXXIVi).

Dimensiones: Altura 8,9 cm.; espesor de las paredes 0,2 cm.

Comparaciones: La idea comúnmente admitida de que las figurillas

plomizas constituyen un material típico del período Postclásico nos hace dudar acerca de la posición cronológica de los objetos que estamos comentando. Además, la escasa cantidad de estos materiales en contextos del Clásico Tardío aumenta aún más nuestra confusión: Únicamente, en el caso del fragmento de brazo decorado que pertenece a una figurilla hueca poseemos datos que nos permiten emparentarla con otras que se manifiestan en actitud sentada o, en algunas ocasiones, asociadas a estrechos y profundos vasos como los encontrados por Shook (comunicación personal) en La Blanca, lugar en que estaban relacionados con otros materiales típicos del período Clásico Tardío.

Con respecto a la figurilla de forma campaniforme y carácter zoomórfico, podríamos emparentarla -en el supuesto en que no se corresponda con tipos San Juan Plomizo sino con el grupo Tiquisate, que es muy dudoso- con aquellas otras descritas por Thompson para El Baúl (Thompson, 1948) y por Parsons (1967: 69-70; pl. 9-11) para Bilbao, con las cuales sería contemporánea.

7.0.8. Objeto sin identificar: (Lám. XXXIVj).

Frecuencia: 1 fragmento.

Pasta: La misma que la del Grupo Cerámico Bulux Rojo.

Superficie: Alisado en ambas caras, sin que aparezca ninguna huella de engobe.

Decoración: Está decorado con excisiones formando un entramado geométrico cuyo diseño completo no hemos podido identificar. La parte inferior de las paredes se presenta algo abocinada.

7.0.9. Separadores de cerámica (fig. 70f).

Frecuencia: 3 fragmentos.

Aunque somos conscientes de que han sido fabricados y utilizados en pleno período Colonial -por ser una innovación española en el proceso de manufacturas cerámicas- hemos decidido incluir-

los en la presente descripción, ya que han sido encontrados en el contexto de las casas nº 1 y nº 2. Se trata de pequeños objetos que tienen tres brazos divergentes y un engrosamiento en sus extremos. Su sección es rectangular. En la actualidad, se utilizan para separar los cuencos durante la cocción, y son muy comunes en San Miguel Totonicapán, centro en el que tradicionalmente se ha venido fabricando cerámica desde tiempos prehispánicos hasta hoy. Navarrete (1966: 79; fig. 87 a-b) encontró dos ejemplares relacionados con materiales arqueológicos en la región de Frailesca, Chiapas, los cuales son muy similares a los rescatados en Agua Tibia, y han sido clasificados por este autor como pertenecientes al período Colonial.

7.1. Artefactos de piedra.

En general, los artefactos de piedra extraídos en el sitio de Agua Tibia reflejan las actividades cotidianas llevadas a cabo en el asentamiento, siendo bastante escasos los objetos relacionados con una función ceremonial y ritual. Como ya se ha señalado en la introducción al medio geográfico, el área que se sitúa entre Santa Catarina Ixtahuacán y Nahualá, que forma parte del valle contiguo al de Totonicapán, ha sido desde tiempos antiguos productora de piedra volcánica y manufacturera de instrumentos para la cocina. A pesar de que no nos ha sido posible realizar un análisis muy completo de la composición de la piedra volcánica que sirvió para la fabricación de los artefactos (Apéndice F), pensamos que éstos proceden de la mencionada área, dada su proximidad y la continua presencia de comerciantes en el mercado de San Miguel Totonicapán, los cuales aún hoy hacen el camino a pie desde los lugares en que se fabrican dichos instrumentos.

En total, se recogieron 278 fragmentos y objetos completos, lo cual representa un porcentaje del 0,79% de los artefactos que componen el registro arqueológico, y su estudio clasificatorio ha proporcionado los siguientes resultados:

7.1.0. Metates: (figs. 71-72; Lám. XXXV).

La tipología de este grupo de instrumentos que aparecen en un total de 106 ejemplares (36,93%) se ha efectuado a partir de la consideración de dos rasgos fundamentales: la presencia-ausencia de patas y la forma de la losa o superficie de molienda siendo los demás elementos, tales como la forma, accesorios. De esta manera, las piedras de moler se han agrupado en torno a dos amplios tipos: metates sin patas y metates con patas; cada uno de los cuales tiene variedades según el modelo de losa a que pertenezca:

Metates sin patas: Están representados por un total de 33 fragmentos, es decir, un 30,18% de los metates rescatados. Dado que todos ellos se han logrado a partir de una losa cóncava, hemos subdividido este tipo en dos conjuntos según su procedencia:

(a) Piedras de moler extraídas directamente de la cantera (25 fragmentos). La técnica empleada para su obtención es la de picoteado de la roca, presentando las superficies internas alisadas por su continuada utilización. Forma rectangular de extremos redondeados a cuadrados, y sus superficies superiores son cóncavas con una profundidad que oscila de 3 a 14,9 cm. (fig. 71 a-e; Lám. XXXV a-e).

Material: Basalto muy poroso, debido al grueso grano que compone la roca.

Dimensiones: Altura 6,4 a 20 cm.; longitud de los fragmentos 15 a 35,4 cm.; anchura 11 a 41 cm. El espesor de las losas oscila de 2,8 a 9,5 cm.

Comparaciones: Este tipo de instrumentos presenta una amplia distribución a lo largo del altiplano guatemalteco, apareciendo en Zacualpa (Kidder, en Wauchope, 1948: 160-161; fig. 75 a-b); en Zaculeu, donde son característicos de la fase Qanyak (Woodbury y Trik, 1953: 222-223); en el área de Salcajá-Momostenango (Lothrop, 1936: 52; fig. 99b) y Kaminaljuyú (Kidder, Jennings y Shook, 1946; fig. 48i, 159j). Para una visión más amplia de su expansión en el área maya, ver Lee (1969).

(b) Grandes metates conseguidos a partir del aprovechamiento de bloques de piedra (fig. 72a). En algunos casos se trata de piedras andesíticas encontradas en las márgenes del riachuelo que bordea el yacimiento, las cuales han sido trabajadas mediante picoteado hasta obtener una buena superficie de molienda. Sólo poseemos cinco fragmentos y dos ejemplares completos.

Material: Piedra andesítica. En ninguna ocasión parece tratarse de toba volcánica ni basalto.

Dimensiones: Altura 13,7 a 22,6 cm.; longitud 34,1 a 40,9 cm.; anchura 20,5 a 31 cm.; profundidad 2,8 a 6 cm. El espesor de las losas varía de 3 a 7 cm.

Metates con patas: Son los de uso más común en Agua Tibia, habiéndose rescatado un total de 73 fragmentos y un ejemplar completo, aunque todos ellos no forman parte del ajuar domésticos de las casas descubiertas, sino que fueron reutilizados y pasaron a formar parte de los muros de las construcciones. Según la superficie de molienda pueden ser de losa cóncava (71 fragmentos y una pieza completa) y de losa plana (2 fragmentos):

(a) Metates con patas, losa plana (fig. 72b; Lám. XXXVIa): Sólo poseemos dos fragmentos, pero uno de ellos es lo suficientemente significativo como para reconstruir su forma. Lo mismo que para los objetos descritos con anterioridad, éstos se han conseguido

mediante picoteado, estando la losa plana bien alisada. Son de forma rectangular y esquinas redondeadas, las cuales están separadas de la superficie de la piedra de moler por una suave acanaladura muy superficial. El ejemplar más grande se apoya en dos patas de forma cónico-truncada -aunque existe la posibilidad de que haya sido trípode-. Las losas son anchas y apenas si han sufrido desgaste alguno, por lo que su uso ha debido de ser bastante restringido.

Material: Piedra basáltica de grano fino.

Dimensiones: Altura 10,8 cm.; longitud 22 cm.; anchura 23,5 cm.; espesor de las losas 6 cm.; altura de las patas 5,3 cm.; anchura máxima de éstas 6 cm.

Comparaciones: Seis ejemplares completos y dos fragmentos aparecen durante las fases Qanyak y Xinabahul de Zaculau, donde están siempre asociados a enterramientos, hasta el punto que Woodbury y Trik (1953: 221; fig. 279o,p) piensan que acompañan a individuos de sexo femenino como ajuar característico de ellos sugiriendo, incluso, que aún la molienda ritual estaba en manos femeninas.

(b) Metates con patas, de losa cóncava ((fig. 73 a-c; Lám. XXXVI b-f): Se han conseguido mediante picoteado, técnica que se aplicó en todas sus superficies, de las cuales la interna siempre aparece bien alisada por el continuo uso a que se han sometido las piezas. Tienen forma rectangular de extremos redondeados a aplanados, no existiendo ningún caso en que aparezcan huellas de que fueran pulidos. Estos instrumentos se apoyan en dos patas situadas a la misma altura y en uno de los extremos de las piezas. Las patas son de forma cónica a troncocónica. En cuanto a las losas, son más gruesas cerca de las esquinas, y más cóncavas en el centro y paredes laterales que en las esquinas, debido al desgaste producido por la molienda. En el interior de la casa nº 2 encontramos un ejemplar com

pleto característico de este grupo (fig. 73; Lám. XXXVII).

Dimensiones de la pieza completa: Altura 16,9 cm.; longitud 51 cm.; anchura 33 cm. Espesor de la superficie de molienda 2,1 a 6,3 cm.; profundidad máxima 7,6 cm. Anchura de las patas 4,3 a 6,9 cm.; altura 4,8 cm.

Material: Roca ígnea de grano grueso y carácter basáltico.

Comparaciones: A pesar de que estos instrumentos debieron ser muy comunes en sitios de las tierras altas, sólo aparecen descritos para Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953; fig. 279j, n), si bien no se especifica el período a que pertenecen.

7.1.1. Manos de moler: (figs. 74-76; Láms. XXXVIII-XXXIX).

Para elaborar la clasificación de estos artefactos hemos decidido seguir el estudio propuesto por Lee (1969: 114), a quien remitimos para comprobar su distribución en el área maya, dada la enorme similitud que éstos presentan con los hallados en Chiapa de Corzo. Así pues, hemos tenido en consideración la presencia de dos rasgos prioritarios: la sección, y la forma de sus extremos y silueta. A causa de la profusión con que se presentan estos materiales arqueológicos a lo largo de todo Mesoamérica y el área maya, nos referiremos únicamente a los instrumentos localizados en las tierras altas de Guatemala y en la adyacente región de la boca costera y Costa Sur. En Agua Tbia se han extraído un total de 87 ejemplares, es decir, un porcentaje del 31,89% de los artefactos de piedra recuperados:

Manos de sección oval: (fig. 74; Lám. XXXVIII a-e). Están representadas por 53 fragmentos y dos ejemplares completos, englobando tres subtipos:

(a) Manos de sección oval y extremos planos: (42 fragmentos y una

pieza completa). Las características externas muestran su fabricación por medio de picoteado, siendo después alisados por el uso y, en alguna ocasión, pulidos. Los extremos planos aparecen desconchados por el uso y el roce con el metate. Estas piezas sólo presentan huellas de utilización por una cara.

(b) Manos de sección oval y extremos redondeados (9 fragmentos): La técnica de extracción y formación es la misma que en los anteriores, aunque en este caso muestran señales de uso por ambas caras.

(c) Manos de sección oval y extremos puntiagudos (2 fragmentos). Aparecen las mismas características que en los objetos anteriores, siendo utilizados por ambas caras.

Material: Roca volcánica de grano fino a medio.

Dimensiones: Altura 6,8 cm.; anchura 10,1 cm.; longitud 17,1 cm.

Comparaciones: Generalmente, estas piezas se relacionan con piedras de moler de losa cóncava. Manos ovales de extremos planos aparecen en Zacualpa (Kidder, en Wauchope, 1948: 161; fig. 76b), en Zaculeu desde la fase Atzan (Woodbury y Trik, 1953: 223; fig. 279), y en Kaminaljuyú (Kidder, Jennings y Shook, 1946; fig. 159 b-c). En la bocacosta son frecuentes en Bilbao (Parsons, 1969: 89; pl. 240) y en La Victoria para las fases Ocós y Conchas (Coe, 1961; figs. 41d, 43 a-b). Manos ovales de extremos redondeados están también representadas en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 224; fig. 279m).

Manos de sección rectangular y extremos planos: (fig. 75 a-c; Lám. XXXVIII f-1). 18 fragmentos definen este tipo. En términos generales, manifiestan las mismas características de extracción y obtención que los objetos descritos en el apartado anterior, si bien en el presente caso algunos ejemplares aparecen pulidos, tal vez por la molienda, y aún muestran escasas señales de brillo. Preferentemente han sido utilizadas por ambas caras, excepto un objeto que lo

fue por sus cuatro lados.

Material: Roca basáltica de grano medio.

Dimensiones: Desconocidas.

Comparaciones: Estas manos son frecuentes en Zaculeu, donde Woodbury y Trik (1953: 224) describen también un ejemplar que manifiesta señales de uso por sus cuatro lados. En Bilbao, manos similares están asociadas a contextos de la fase Santa Lucía del Clásico Tardío (Parsons, 1969: 86-87; pl. 24 k-l).

Manos de sección triangular: (fig. 75 d-f; Lám. XXXIX g-h). Están representadas por dos fragmentos y dos piezas completas. Todas ellas han sido fabricadas mediante picoteado y, posteriormente, alisado, siendo utilizadas por uno de sus lados. Sus extremos son redondeados.

Material: Piedra andesítica de río (2) y roca basáltica de grano fino compacto.

Dimensiones: Anchura 6,6 a 7,3 cm.; longitud 12,9 a 14,3 cm.

Comparaciones: Sólo tenemos noticia de que hayan aparecido en Zaculeu, donde no están relacionadas con ninguna fase en particular (Woodbury y Trik, 1953: 224).

Manos de sección cilíndrica: (fig. 76 a-c; Lám. XXXIX a-d). Están representadas por siete fragmentos que se incluyen en dos grupos: (a) Manos cilíndricas de extremos redondeados (4 ejemplares). Se han formado mediante picoteado y están mal alisadas a pesar del uso, aunque una de ellas aún muestra huellas de pulimento.

(b) Manos cilíndricas de extremos puntlagudos (3 fragmentos). Presentan las mismas características que las anteriores.

Material: Roca basáltica de grano grueso.

Dimensiones: Desconocidas.

Comparaciones: Muy probablemente, este tipo de manos se haya adaptado mejor a metates de losa plana, de manera que señales de su

utilización (que fue más bien escasa) están presentes a lo largo de toda su superficie. Su distribución por centros de las tierras altas es muy amplia, apareciendo en Chukumuk (Lothrop, 1933: 28; fig. 10a), en Zaculeu durante las fases Qanyak y Xinabahul (Woodbury y Trik, 1953: 223; fig. 279r), y en el período Mexicano de Tajumulco (Dutton y Hobbs, 1943: 47; fig. 27b). En la llanura costera del Pacífico se manifiestan durante la fase Conchas en La Victoria (Coe, 1961; fig. 43c) y en Bilbao, donde Parsons (1969: 87; pl. 24p) pretende una función ceremonial frente al resto de las manos que tendrían un carácter doméstico.

Manos de sección elipsoidal: (fig. 76 d-f; Lám. XXXIX e-f). Están representadas por tres fragmentos y dos ejemplares completos. El desgaste de las piezas, que tienen extremos redondeados, aparece en dos de sus caras opuestas, las cuales están bien alisadas y sin resto alguno de pulimento.

Material: Dos ejemplares han sido fabricados a partir de piedras andesíticas de río, y los otros dos de roca basáltica de grano medio.

Dimensiones: Altura 3 a 4,1 cm.; anchura 8,3 a 9,5 cm.; longitud 13,2 a 18 cm.

Comparaciones: Aparecen en Zaculeu desde la fase Atzan y se continúan durante las demás fases, asociándose a metates de losa cóncava (Woodbury y Trik, 1953; fig. 279 l).

7.1.2. Machacadores: (fig. 77-78; Lám. XL).

Estos artefactos alcanzan un porcentaje muy elevado en proporción con los demás, y están representados por 53 ejemplares, es decir, el 19,06% del total de la piedra extraída en la excavación. Dado que sólo existe una forma común a todos ellos, los cri-

terios tipológicos utilizados en el establecimiento de subdivisiones son aquellos que se refieren exclusivamente al tratamiento decorativo de superficie, según el cual podemos distinguir dos grupos:

(a) Machacadores lisos: (Fig. 77 a-f; Lám. XL a-f). Este grupo está formado por el 54,71% de los ejemplares. Es muy corriente que las piezas aparezcan quebradas en su parte superior, que es más delgada y frágil. Se han fabricado mediante picoteado, en un proceso similar al empleado en la consecución de manos y piedras de moler, presentando rasgos de alisamiento en la base que es la que más ha sufrido el desgaste por el uso. La forma es siempre cónica y la sección circular.

Material: Piedra basáltica de grano medio a grueso.

Dimensiones: La variedad de tamaños que presentan estos instrumentos es enorme, desde piezas que casi constituyen miniaturas hasta grandes y pesados artefactos. Debido a lo excesivo de su número, proporcionaremos sólo las medidas entre las que están comprendidos, así como también el promedio: Altura 7,7 a 10,7 cm.; promedio 9,8 cm.; diámetro máximo 5 a 11,9 cm., promedio 7,26 cm.; diámetro mínimo 1,3 a 2,8 cm.; promedio 1,95 cm.

(b) Machacadores con estrechamiento: (fig. 77 g-h, 78 a-e; Lám. XL g-m). El 46,29% de los artefactos recolectados se incluyen en este grupo. A pesar de ser menos numerosos, se trata de ejemplares más voluminosos. En general, presentan las mismas características formales, guardando la misma tónica de desconchones y zonas alisadas en la base, que es por donde han sido utilizados. Están decorados mediante una pequeña acanaladura o estría a partir de la cual las paredes suben rectas hasta el pico de la pieza. Su forma es también cónica, y la sección circular.

Dimensiones: Altura 10,6 a 25,4 cm., promedio 16,19 cm.; diámetro

máximo 6,2 a 12,8 cm., promedio 9,08 cm.; diámetro mínimo 2,1 a 3,4 cm., promedio 2,6 cm.

Comparaciones: Los machacadores están presentes en las tierras altas desde, al menos, el período Preclásico Tardío donde aparecen en el montículo E-III-3 de Kaminaljuyú (Shook y Kidder, 1952; fig. 78 a-e). Un ejemplar del Preclásico Tardío se ha encontrado también en el curso de las excavaciones en la Labor Las Victorias, Salcajá. En Tajumulco, son descritos para el período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 47; fig. 20a), siendo uno de ellos de forma casi campaniforme, lo cual es frecuente en algunos sitios de las tierras altas (Lám. XL n-ñ), (Woodbury, 1965: 167). En la costa pacífica, sin embargo, aparecen con anterioridad, siendo comunes en la fase Ocós de La Victoria y continuándose en Conchas (Coe, 1961: 102; fig. 51p). En Bilbao se han extraído tres piezas completas en contextos de la fase Laguneta del Clásico Medio (Parsons, 1969: 85; pl. 24j). Todos los ejemplares obtenidos son lisos, sin que se haya podido establecer analogías de machacadores decorados con estría, excepto para Chiapa de Corzo (Lee, 1969: 123; fig. 83 a-b).

7.1.3. Morteros: (fig. 79 a-c; Lám. XLI a-b).

Contrasta el número tan abundante de machacadores que se han recuperado en la excavación de Agua Tibia con los cuatro (1,43% de los artefactos de piedra) morteros rescatados en el sitio, de los cuales dos son fragmentos de una misma pieza. Uno de ellos se ha formado a partir de una amplia losa de material andesítico en cuya superficie superior se practicaron tres concavidades no muy profundas con el fin de ser empleadas como morteros. Lee (1969: 119) ilustra una pieza similar para Chiapa de Corzo. El objeto comentado se

encontraba formando parte del muro norte de la casa nº 2, a modo de losa que lo completaba. Los otros dos fragmentos tienen una superficie cóncava ligeramente excavada y de forma circular. Los ejemplares se han formado mediante la aplicación de la técnica de picoteado, presentando su interior algo alisado por el uso. Curiosamente, no se encontraron ligados de manera clara con los machacadores con los que, tradicionalmente, se les ha venido asociando.

Material: Piedra basáltica porosa de grano grueso (2); piedra anesística de río (1).

Dimensiones: Altura 8,2 a 15,4 cm.; espesor de las piezas 3,3 a 6 cm.; profundidad 1,5 a 3,6 cm.

Comparaciones: Morteros de superficie cóncava aparecen desde el período Preclásico en Chukumuk (Lothrop, 1933; fig. 9a), y están presentes en Kaminaljuyú (Kidder, Jennings y Shook, 1946; fig. 119e, h), y en el período Mexicano de Tajumulco (Dutton y Hobbs, 1943: 47). En La Victoria son utilizados durante la fase Conchas (Coe, 1961; fig. 61t).

7.1.4. Piedras Perforadas: (fig. 79 d-f, i-j; Lám. XLI d-f).

Cinco fragmentos y un ejemplar completo (2,15% del total de artefactos de piedra) representan estos objetos fabricados mediante picoteado. Sus superficies externas están trabajadas de manera algo irregular, a excepción de uno de ellos que está muy bien alisado y mantiene una textura suave. En el interior se ha practicado un orificio bicónico en el centro a base de desgastar las superficies opuestas de la piedra por frotación, técnica que puede observarse de manera clara en un ejemplar inconcluso. Otro de ellos, se ha conseguido a partir de la base de un machacador con estría que fue reutilizado; en este caso, la sección de la pieza es triangu-

lar, en contraste con las restantes que son elípticas. Uno de los ejemplares está decorado con dos acanaladuras que se disponen de bajo de los bordes, presentando unas paredes bastante más estrechas y un acabado más fino.

Material: Roca basáltica de grano fino (4), roca ácida de grano fino (1) y piedra pómez (1).

Dimensiones: Altura 5,5 cm.; diámetro exterior 9,1 cm.; diámetro interior 1 cm. La perforación se ha realizado a 2 cm. de profundidad por un lado y a 2,3 cm. por otro.

Comparaciones: A pesar de que nos encontramos ante objetos conocidos desde hace bastante tiempo y que tienen una distribución muy amplia por todo el área maya, su función está aún por determinar. Este tipo de artefactos son frecuentes en las tierras altas de Guatemala desde el período Preclásico y perduran hasta el Clásico Tardío y, quizás, hasta el Postclásico. En el altiplano central son abundantes sobre todo en Kaminaljuyú, donde ya se encontró una pieza fechada en la fase Aurora (Berlin, 1952; fig. 179) y se continúan durante el Clásico Medio (Brown, 1977: 242). Kidder, Jennings y Shook (1946: 141-142) presentan una amplia discusión acerca de su función y expansión en el altiplano guatemalteco. Ya en la zona oeste, son descritos en Zacualpa desde la Transición Balam-Pokom, y están en uso hasta el Postclásico Temprano (Wauchope, 1975: 39; fig. 19) y Postclásico Tardío y, quizás, hasta el período de la conquista, apareciendo en Chuitinamit (Lothrop, 1933: 87; fig. 55a) y en Uatlán (Lothrop, 1936; fig. 81). A Zaculeu se asignan hasta un total de 10 ejemplares que pertenecen a una fase desconocida (Woodbury y Trik, 1953: 259a,c); y en Tajumulco se asocian al período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 48). En el Frutal, valle de Guatemala, se ha rescatado también una pieza de piedra pómez similar a la extraída en Agua Tibia (Brown, 1977: 274; fig. 5d).

En la llanura costera del Pacífico, al igual que ocurre con el altiplano norte, son menos frecuentes, aunque Shook (1949: 14; notas 9-10) presenta una extraordinaria distribución de estos instrumentos por la zona.

7.1.5. Martillos: (fig. 79g; Lám. XLIg).

Tres artefactos (1,07% de la piedra recuperada) han sido catalogados como martillos. Dos de ellos tienen forma rectangular, algo irregular y sus extremos redondeados. Las secciones -lateral y horizontal- son también rectangulares. El tercero es de forma redondeada y sección elipsoidal. Los tres se han formado por picoteado y aparecen bien alisados. Por el contrario, presentan desconchones en sus extremos debido a los sucesivos golpes sufridos.

Material: Roca basáltica porosa.

Dimensiones: Longitud 5,4 a 6,6 cm., promedio 5,8 cm.; anchura 4,4 a 4,9 cm., promedio 4,7 cm.; altura 3,2 a 4 cm., promedio 3,7 cm.

Comparaciones: Pocos artefactos de esta categoría han sido descritos en las monografías arqueológicas de las tierras altas, siendo mencionados en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 260) y en Tajumulco, donde pertenecen al período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 50; fig. 28c).

7.1.6. Afiladores: (fig. 80 b-d; Lám. XLI i-j).

Tres objetos de forma irregular (1,07% del total de artefactos recuperados) han sido considerados como afiladores de determinados instrumentos. Se trata de piedras ácidas muy abrasivas que han sido utilizadas por ambas caras y tienen unas dimensiones muy irregulares.

7.1.7. Pelotas de piedra: (Lám. XLIIh).

Pelotas de piedra de forma irregularmente esférica obtenidas mediante picoteado, aparecen en Agua Tibia representadas por 3 ejemplares (1,07% de los artefactos de piedra excavados). Las piezas muestran una textura áspera, pues no han sido sometidas a ningún otro tratamiento de superficie que el de su extracción.

Material: Piedra volcánica de carácter basáltico y grano medio (2) y piedra pómez (1).

Dimensiones: El diámetro de las piezas oscila de 2,2 a 5,1 cm.

Comparaciones: Son comunes durante las fases Atzan y Chinaq de Zaqueu (Woodbury y Trik, 1953: 224-225) y en Tajumulco en el período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 47-48). En la Finca El Paraíso se han encontrado también tres artefactos que están asociados a materiales San Juan Plomizo del Clásico Tardío. Asimismo, en Bilbao también se relacionan con contextos de este período (Parsons, 1969: 79; figs. 9a, pl. 12g).

7.1.8. Cilindro: (fig. 80a; Lám. XLIIa).

Un enorme fragmento de una pieza cilíndrica (0,35% del total de artefactos de piedra) que se ha fabricado por picoteado, se encontró en la casa nº 3. Sus superficies no han sido alisadas ni trabajadas en ningún sentido y su extremo, plano, aparece ligeramente redondeado; mientras que la parte inferior comienza a gruesarse, por lo que posiblemente formara parte de algún objeto de forma más definida.

Material: Roca basáltica de grano grueso.

Dimensiones: Altura 24,4 cm.; anchura 13,9 cm.

Comparaciones: Sólo tenemos noticias de un ejemplar semejante en-

contrado por Lothrop (1933; fig. 10a) en Chukumuk, aunque también es mencionado por Lee (1969: 147-148; fig. 103 d-h, 104) para Chiapa de Corzo. En las tierras bajas mayas aparecen artefactos semejantes en Piedras Negras, donde son interpretados por W. Coe (1959: 38; figs. 39g, 42c) como altares portátiles.

7.1.9. Piedra-hongo: (fig. 80e; Lám. XLII b-c).

Un fragmento de base trípode de una piedra-hongo fabricada por picoteado se encontró asociado a la vivienda nº 2. El ejemplar está roto justo un poco más arriba de la base de la que salen las patas.

Material: Roca basáltica de grano grueso.

Dimensiones: Altura 19,2 cm.; anchura 22,4 cm.; altura de las patas 6,7 a 10 cm.; diámetro de las patas 4,8 a 6,4 cm.

Comparaciones: Las piedras-hongo tienen una vasta distribución espacial en Mesoamérica que se centra en torno a su área sur y, más concretamente, en los estados de Oaxaca, Tabasco, Chiapas, Guerrero y Veracruz en México; en el altiplano oeste, central y piedemonte de la llanura costera pacífica y las llanuras del oeste en Guatemala y en El Salvador (Borhegyi, 1965: 17-18; nota 16). Este mismo autor (Borhegyi, 1957, 1961) ha clasificado este tipo de artefactos y ha estudiado con amplitud su función. Las piedras-hongo trípodes sin decoración pertenecen a lo que él ha denominado tipo D y son características del Clásico Tardío, período en el que hacen su reaparición en las tierras altas mayas (Thompson, 1949: 121). En el altiplano oeste han sido encontradas en Zacualpa y en Chukumuk, Atitlán (Lothrop, 1933).

7.1.10. Asiento de piedra: (Lám. XLII d).

En el interior del baño de vapor, pegado a la pared norte, se ha encontrado un asiento de piedra que consta de dos elementos: una banqueta y un respaldo. Su forma es rectangular, alargada y muy estrecha; mientras que el respaldo es un prisma rectangular, casi perfecto, algo más alargado que el asiento. Dada la limpieza de los cortes de la piedra y su terminación tan acabada, parece tratarse de dos bloques hallados en algún lugar, sin que hayan sido trabajados ni extraídos intencionalmente de cantera alguna.

Dimensiones: La banqueta tiene una longitud de 1,04 m; altura 0,15 m.; anchura 0,30 m.; mientras que el respaldo mide 1,32 m. de longitud y 0,12 m. de anchura.

7.1.11. Hachas: (Lám. XLII a-1).

La tipología de estos objetos se ha efectuado siguiendo la terminología y criterios propuestos por Lee (1969) en su descripción de los artefactos de Chiapa de Corzo, estableciéndose los siguientes tipos:

(a) Hacha grande de hoja larga: Dos fragmentos y un ejemplar completo definen este grupo. Son de forma rectangular y sección rectangular a oval. El filo es sencillo, y es la parte más ancha del instrumento, mientras que el talón oscila de redondeado a recto según los casos. Dos de ellas muestran aún ligeros restos de pulimento y, sin embargo, no tienen ninguna señal de haber sido enmangadas.

Material: Gabro (2); el ejemplar completo es de piedra pómez bien alisada (fig. XLIIIa).

Dimensiones: La pieza completa mide 8,4 cm. de altura; 3,6 cm. de anchura y 2 cm. de espesor.

Comparaciones: Nos encontramos ante instrumentos que tienen una

vasta distribución a través del altiplano guatemalteco, apareciendo en Guaytán durante la fase Magdalena de Clásico Tardío (Smith y Kidder, 1943: 167; fig. 36 a-b) y en Tajumulco durante el período Mexicano de Postclásico Temprano (Dutton y Hobbs, 1943: 50; fig. 28 h-i,k). Aparecen también en Zacualpa (Wauchope, 1948: 161-162; fig. 77c, f) y en Zaculeu, donde son frecuentes a lo largo de toda la secuencia temporal del centro (Woodbury y Trik, 1953: 216-218; figs. 119-120 a-c,d).

(b) Hacha pequeña de hoja larga: Este tipo está representado por un ejemplar completo, y un fragmento. Su forma varía de rectangular a ensanchada en forma de abanico. El talón es cuadrado y redondeado, y su sección rectangular. Las superficies, excepto para el ejemplar que no ha sido terminado, están regularmente pulidas, mostrando muy escasos desconchones que, en última instancia, son superficiales.

Material: Gabro.

Dimensiones: Altura 16,9 cm.; anchura en el talón 3,45 cm.; anchura en el filo 5 cm.; espesor de la pieza 4,3 cm.

Comparaciones: Aparecen en la fase Magdalena de Guaytán (Smith y Kidder, 1943: 167; fig. 36c), en Nebaj (Smith y Kidder, 1951; fig. 84g) y en Tajumulco durante el período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 50; fig. 28g).

(c) Hacha pequeña de hoja corta: 1 ejemplar. Se trata de un objeto de filo sencillo y talón recto. La parte más alta se encuentra junto al talón, mientras que la más ancha aparece justo en el filo, el cual no presenta más que dos ligeros y superficiales desconchones. Es de forma rectangular y sección casi triangular.

Material: Gabro.

Dimensiones: Altura 1,8 cm.; longitud 4,2 cm.; anchura 2,9 a 3,3 cm.

Comparaciones: Hacha de características similares a las de Agua Tibia son descritas para Aguacatán (Smith y Kidder, 1951; fig. 84g) y para Chukumuk y Chuitinamit en el lago Atitlán (Lothrop, 1933: 27-28; fig. 8d; 87).

7.1.12. Figurita: (Lám. XLIIIb).

Se trata de un fragmento de figura obtenido por picoteado y alisado de manera un tanto irregular. Representa una figura humana de confección bastante tosca en la cual el cuello se ha logrado mediante frotamiento del pequeño bloque de piedra pómez del que se ha sacado. La parte posterior de la figurita, es decir la espalda, aparece ligeramente ennegrecida con huellas de haberse quemado. En la zona inferior del torso presenta un reducido entrante efectuado por frotamiento, y a partir de él comienzan las piernas de este pequeño objeto.

Material: Piedra pómez.

Dimensiones: Altura 6,8 cm.; anchura 3,4 cm.; espesor 2 cm.

7.1.13. Carita: (Lám. XLIIIc).

En el contexto del cementerio se ha encontrado un rostro burdamente trabajado que parece representar una cara humana. En realidad, se trata de una piedra pómez sin ningún tipo de tratamiento en uno de cuyos lados se han practicado diversas hendiduras en las que se simulan los ojos, nariz y boca que representan el rostro.

Material: Piedra pómez.

Dimensiones: Altura 11,9 cm.; anchura 11,7 cm.; espesor 4,6 cm.

Comparaciones: Desconocidas.

7.1.14. Camahuil: (Lám. XLIIIId)

En el sector Y se extrajo un fragmento de figurilla que corresponde, seguramente, a este tipo de pequeños ídolos -conocidos con el nombre de camahuiles- que tan amplia difusión a tenido a lo largo de toda la zona quiché. Tales objetos representan una figura humana confeccionada a partir de seguros trazos tallados que dejan los brazos doblados y pegados al cuerpo, mientras que la boca se elabora sobre la base de un trazo en una simple línea recta. La forma general de la pieza es la de una cuña cuyo extremo más ancho está localizado en torno a la cabeza. De todos modos, la identificación del fragmento como la cabeza de un camahuil es un tanto tentativa, puesto que sus trazos no son tan firmes y claros como en los ejemplares definidos en otros yacimientos.

Material: Gabro. (?).

Dimensiones: Altura 1,8 cm.; anchura 1,7 cm.; espesor 1,03 cm.

Comparaciones: Estos artefactos aparecen únicamente vinculados al mundo simbólico quiché (Lothrop, 1936: 95; fig 102; Thompson, 1949: 36) y presentan una secuencia cronológica que se extiende desde el período Protoclásico como los extraídos en el sitio de La Lagunita (Ichon, 1977: 12-15; fig. 5) y Zacualpa hasta finales del período Postclásico Temprano, desapareciendo totalmente en contextos Protohistóricos. Fuera del área quiché, no han sido encontrados en ningún otro yacimiento maya, aunque Carmack (1971: 4; 1979a; fig. 18) encuentra un extraordinario parentesco entre éstos y las figurillas de origen mixteca-puebla de la región de Oaxaca, de las cuales pueden haber sufrido alguna influencia. En este sentido, merece la pena destacar la presencia de algunas estatuillas de piedra verde sin perforar en la Tumba 104 de Monte Albán, las cuales guardan cierto parecido con los camahuiles de los altiplanos norte y oes-

te de Guatemala, y están fechados para el período III-A y III-B: que se corresponde con el desarrollo Clásico (500 d.C.) (Caso, 1965:; figs. 15 y 17). En cualquier caso, parece ser que nos encontramos ante artefactos que reflejan la práctica de manifestaciones religiosas que gozan de un amplio arraigo no sólo en el área sur de Mesoamérica, sino que su uso en forma de figurillas de composición bastante tosca y esquemática es también frecuente en otras regiones, como el resto del área maya o como la región de Guerrero, donde son frecuentes las pequeñas figurillas de composición muy estilizada y esquemática (Alcina, 1961: 295-350).

7.1.15. Distribución espacial de los artefactos de piedra en el M-5.

En términos generales, podemos afirmar que los artefactos de piedra rescatados en el sitio de Agua Tibia confirman nuestras conclusiones extraídas a raíz del estudio de la distribución cerámica: dado su carácter fundamentalmente doméstico y utilitario, se encuentran confinados a contextos habitacionales, siendo muy esporádica su aparición en la franja noreste del yacimiento, la cual ha sido considerada en la presente investigación como una zona ceremonial en sentido amplio.

Dentro de la franja ocupada por las unidades de habitación y por el basurero es, como ocurría con la cerámica, en torno al sector W donde se concentra el porcentaje más altos de estos instrumentos. La presencia de una frecuencia muy superior de utensilios dentro (o en el entorno) de las construcciones que han sido identificadas como casas en contraposición con los existentes en el basurero no sólo confirman su funcionalidad, sino que además nos muestra el alto índice de reutilización de algunos objetos desechados para su función original y rescatados como materiales de construcción.

ción: el hecho de que de 54 metates encontrados en el interior de la vivienda nº 2 sólo uno sea un ejemplar completo, parece lo suficientemente ilustrativo a nuestro comentario (Apéndice D, Cuadro 9).

La segunda conclusión a que podemos llegar en el estudio del cuadro de la distribución espacial, es también obvia: aquellos artefactos que están plenamente identificados y definidos dentro del complejo tecnológico de las comunidades prehispánicas mayas (metates, hachas, manos y, quizás, a partir de ahora machacadores) aparecen con abrumadora mayoría con respecto a los otros que —como piedras perforadas, piedras-hongo, cilindro, etc.— no han podido ser identificadas funcionalmente con seguridad.

Con respecto a las demás construcciones que se incluyen en este sector, la escasez de artefactos en el temazcal es debida, sin duda, al poco valor que cualquier instrumento de piedra puede tener en relación con un edificio de tal función; sin embargo, ésta no parece ser del todo la situación del horno abierto de cerámica donde, si bien algún fragmento de metate y mano de moler pueden haberse descolgado de las viviendas que le rodean, los machacadores localizados in situ parecen encontrarse dentro de su contexto, dada su participación en algunos de los procesos que, en relación con la manufactura de la cerámica, han tenido lugar en el yacimiento (Apéndice D, Cuadro 9).

El porcentaje importante de utensilios de piedra que se localizan en torno al sector Y, aunque algunos de ellos forman parte de la vivienda nº 3, refuerzan la hipótesis de que en él se levantó una casa de carácter rural equiparable a la vivienda nº 2, a pesar de que sus características arquitectónicas no hayan podido ser determinadas debido al fuerte grado de destrucción en que se hallan (Apéndice D, Cuadro 9).

La frecuencia de artefactos en general, pero sobre todo de piedra y de obsidiana, es abrumadoramente inferior en la zona nor este del yacimiento según se comprueba a partir de la excavación efectuada en las zanjas C, D y E, y en el sector Z: la mayor parte de los instrumentos recuperados se encuentran bien formando parte de las ofrendas, asociados a individuos de carácter femenino como ocurre con los dos metates de losa plana, o definiendo la si tuación del artesano de la manufactura cerámica en el horno, como en el caso del machacador. Además, algunas piezas de piedra están embutidas y reutilizadas en la pequeña construcción que hizo las funciones de adoratorio.

En definitiva, y como acabamos de señalar en los párrafos anteriores, los artefactos de piedra excavados en Agua Tibia presentan una distribución espacial clara y determinante con respecto a todos los materiales y rasgos en el yacimiento, la cual parece es tar condicionada directamente por el carácter utilitario y doméstico de tales utensilios: sólo el 7,22% de los fragmentos y piezas -algunos de ellos reutilizados para la construcción del altar- está concentrado en torno a la franja que hemos considerado ceremonial, y únicamente tres en relación directa con el cementerio (Apendice D, Cuadro 9).

Este hecho, unido al emplazamiento de los edificios y a la distribución espacial de la cerámica (y como veremos más adelante de la obsidiana), junto con la presencia de otros rasgos culturales, nos induce a pensar en la existencia de una consideración simbólica del espacio ocupado por el yacimiento Agua Tibia.

7.1.16. Conclusiones.

La simple enumeración terminológica de los materiales descri

tos nos permite distribuirlos en dos grandes grupos establecidos según su especialización funcional, aunque somos conscientes de que aún no ha sido determinada de manera definitiva para todos los artefactos, lo cual implica que alguno de ellos pueda ser englobado dentro de un grupo u otros: (a) artefactos de carácter doméstico; (b) artefactos de carácter ceremonial. En general, no disponemos de otro tipo de instrumentos que aquellos empleados por una sencilla familia campesina que combina el trabajo de la tierra con aquel relacionado a la fabricación de la cerámica, siendo los objetos de índole ceremonial -al contrario de lo que ocurre con la cerámica- extremadamente escasos.

Manos de moler y metates son ejemplares típicamente asociados con la molienda de maíz y, por lo tanto, se consideran artefactos de exclusivo uso utilitario. La variedad formal manifiesta tanto en unos como en otros no parece estar implicando una variedad funcional, excepto para los metates de losa plana y las manos cilíndricas cuyo uso, como ya hemos adelantado, puede estar emparentado con el mundo ceremonial (1).

Los machacadores son, junto con los objetos ya descritos, los materiales de piedra más numerosos en el sitio de Agua Tibia. En este caso, existe una diferenciación formal muy escasa, aunque si pensamos que han tenido cometidos distintos. La diversidad en estos utensilios no parte de la forma, sino más bien del peso y tamaño de los objetos: tradicionalmente se ha pensado que este tipo de artefactos se han empleado por la mujer en los trabajos domésticos de la molienda y transformación de los alimentos; sin embargo, una serie de evidencias arqueológicas extraídas en el yacimiento de Agua Tibia no ha hecho pensar en la posibilidad de una especialización funcional de los machacadores en torno al proceso de la manufactura cerámica. Ante la evidencia de un tamaño y peso

excesivos en algunos utensilios, y la incomodidad que supondría para la mujer su manejo -cosa muy difícil de creer dado el alto grado de adaptación que alcanzan los enseres autóctonos empleados de manera cotidiana-, y la necesidad patente de procesar el barro y hacerlo más fino mediante molienda hasta obtener las características físicas deseadas por el artesano, pensamos que la función de algunos machacadores podría haber estado ligada a este proceso. Con este fin, hemos establecido una división en torno al peso de los artefactos según la cual aquellos que pesen menos de 1 kg. se consideran como útiles de la mujer para transformar la comida. De esta manera, al menos 17 fragmentos y ejemplares completos pueden haber formado parte del complejo tecnológico puesto en práctica para la manufactura de la cerámica. A su vez, existe también una gran diversidad de tamaños de machacador, lo cual podría explicar la existencia de subespecializaciones dentro de la misma tarea o, más bien, la práctica común de toda la familia, de niños a mayores, en ciertos trabajos fáciles de realizar como puede ser el triturado de las arcillas.

En cuanto a los morteros, su asociación a manos de moler o machacadores se nos presenta muy difícil, ya que sólo disponemos de fragmentos muy pequeños y nunca asociados con claridad a ninguno de estos artefactos.

Objetos que también necesitan de clarificación en lo que respecta a su función son las piedras perforadas, también denominadas como piedras-anillo, piedras-buñuelo, etc. La idea más generalizada acerca de ellas, quizás por ser la más antigua, es la de que se trata de pesas de palo cavador y que están íntimamente ligadas a tareas de carácter agrícola (Borhegyi, 1965: 19; Shook, 1949: 14), hipótesis que es ampliamente discutida en Kidder, Jennings y Shook (1946: 41) en el sentido de que sus orificios no muestran un des-

gaste uniforme, y la forma de reloj de arena de éstos "puede impedir que el mango de madera encaje cómodamente". También se ha sugerido su función como implementos para desgranar maíz, contrapesos para puertas, pesos para lanza o piedras clava (cachiporras). Woodbury y Trik (1953; fig. 279a,c) opinan que su aparición en un centro religioso como Zaculeu no concuerda con una funcionalidad tal como apero de labranza, y no descartan la posibilidad de que formaran parte del equipo ritual o simbólico de sus habitantes, hecho que en la actualidad se ha comprobado en la comunidad indígena de Chichicastenango por Schultze Jena (1954) o entre algunas comunidades del lago Atitlán (Lothrop, 1926; fig. 1), aunque en realidad simplemente puede tratarse de un culto actual en relación con lo antiguo, con los objetos de los antepasados.

El caso de Agua Tibia, a pesar de que las piezas descubiertas se asocian a contextos domésticos, no puede aportar ningún nuevo dato de interés que nos permita establecer de manera definitiva la función de estos artefactos. Lo mismo sucede con las piedras perforadas elaboradas en piedra pómez, aunque es necesario prestar atención a la idea adelantada por Brown (1977: 224; fig. 5d) en el sentido de que pueden haber servido como flotadores para pescar, práctica que Feldman (1971) estima común entre los pobladores de las márgenes del lago Amatitlán (donde se ha encontrado algún ejemplar de esta categoría) durante todo el período Postclásico.

Otros instrumentos como martillos y alisadores tienen una función tan especializada que no necesitan más comentario. Sin embargo, las piedras-hongo, al igual que ocurre con las piedras perforadas, han sido objeto de especulación constante en las hipótesis tentativas de los arqueólogos de las cuales hemos de destacar, por su popularidad, dos: las piedras-hongo son objetos ceremoniales ligados íntimamente con el culto a los hongos alucinógenos

(V.P. y R.G. Wasson, 195 ; Borhegyi, 1957, 1961); o bien artefactos empleados en la manufactura cerámica como moldes (Kölher, 1976; Foster, 1948, 1967). Desde la óptica y contexto de Agua Tibia, podemos hacer dos puntualizaciones al respecto: que no poseemos ningún dato etnológico procedente de la zona acerca de la consumi-
ción actual o en el pasado de hongos alucinógenos; y que nos hallamos en presencia de la vivienda de un ceramista. El empleo de moldes en la manufactura de la cerámica en las tierras altas mayas de Guatemala (Gillin, 1951: 46; Reina, 1966: 53) está bien ilustrado desde el punto de vista etnográfico. Estimo que necesitamos datos más definitivos para asociarlos a una u otra función, pero nos inclinamos a considerarlos parte del complejo tecnológico implicado en la fabricación cerámica. En palabras de Reina y Hill (1978: 22) "el empleo del molde connota el control de la forma e implica un alto grado de estandarización y producción especializada...". Pensamos que una producción especializada y estandarizada de la cerámica rojo sobre crema y de algunas formas de la cerámica roja de co-
cina es apropiada para aplicar este tipo de molde. Los mismos autores proponen el molde basal cóncavo como típico de los altiplanos oeste y norte, constituyendo un dato muy interesante los moldes arqueológicos hechos en tierra que se han encontrado en el valle medio del Motagua, en Mixco y en El Salvador.

Con respecto a las hachas, existen dos informaciones en el registro arqueológico que nos permiten pensar que estas piezas no se han utilizado cotidianamente en la tala de grandes árboles: su tamaño, a nuestro entender pequeño, y la ausencia de señales de enmangamiento. No obstante, su presencia exclusiva en unidades de habitación -y no de enterramiento- nos desaconsejan considerarlas como materiales de carácter sagrado y ceremonial. Es posible, sin embargo, que fueran utilizadas en la tala de ramas para la leña menu

da y, en algunas ocasiones, como alisadores y pulidores de las vasijas confeccionadas en el lugar.

En cuanto a los utensilios que se incluyen dentro del grupo considerado como de función ceremonial, se encuentran los siguientes: el cilindro, la figurita de piedra pómez, la tosca carita de piedra pómez y un fragmento de gran camahuil.

Si bien no hemos podido conseguir ningún dato más concreto acerca del cilindro de piedra basáltica, al menos la figurita y la cara toscamente talladas en piedra pómez parecen haber estado implicadas en ceremonias y rituales que, quizás, no fueran más allá del nivel familiar, a juzgar por la tosquedad con que han sido construidas.

El camahuil encontrado en el sector Y es una de las piezas que nos permite establecer su funcionalidad con más seguridad: en efecto, es necesario apuntar su frecuencia en las ofrendas votivas asociadas siempre a enterramientos como en La Lagunita y Zacualpa. Desgraciadamente, la mayor parte de los amuletos que conecemos pertenece a colecciones privadas, por lo que se consideran fuera de contexto y son poco útiles para su completa identificación. En el caso concreto de Agua Tibia, el mencionado camahuil no aparece como ofrenda votiva del enterramiento, aunque sí otras diez pequeñas estatuillas realizadas en copal que se presentan parcialmente quemadas y pertenecen todas a la misma ofrenda, las cuales serán detalladamente más adelante. Dado el número tan abundante con que aparecen en los altiplanos norte y oeste, su asociación a contextos mortuorios no ceremoniales, y su permanencia durante una larga secuencia en el ritual de las mismas gentes sin que su culto haya sido alterado o relegado por la llegada de nuevos pueblos, así como por su excesiva tosquedad y simplicidad artística, podemos considerarlos como unos objetos estrechamente li

gados a las manifestaciones rituales propiciadas por la gente común.

Se trataría, entonces, de expresiones artísticas folk propias de aldeas y caseríos dispersos donde los campesinos vivían dentro de una estructura social de clanes y linajes (Carmack, 1979a: 111). Estas piezas han sido consideradas como amuletos pertenecientes a una práctica religiosa doméstica: Wauchope (1975: 41) recoge una narración según la cual los indígenas de las tierras altas hacen una figurilla el día de su nacimiento y lo esconden para su custodia, aunque tal práctica no ha podido ser confirmada. En la actualidad, los quichés de Chichicastenango denominan a estos objetos con el nombre de Alxik (los pequeños dioses del destino) y son utilizados por los adivinos locales para visitar a los enfermos y para hacer sus ofrendas en la montaña, así como para asegurar el bienestar y el éxito en muchas actividades, considerándolos como intermediarios entre los dioses y los hombres. Schultze Jena (1954: 57-58). Es muy posible que, como ocurría con las piedras perforadas, pueda tratarse de un culto ritual por los objetos de los antepasados, aunque sin duda alguna guardan una estrecha relación con el ritual campesino asociado a los enterramientos.

Por último, las pelotas de piedra basáltica que tan amplia distribución tienen por las tierras altas del oeste de Guatemala y que Woodbury y Trik (1953: 224-225) asocian al complejo ceremonial y funerario, tampoco han podido ser aclaradas desde la óptica de Agua Tibia, ya que no se ha hallado ninguna en el interior de los límites del cementerio, por lo que su función sigue siendo desconocida para nosotros.

Así pues, el empleo de artefactos de piedra es profuso a lo largo de toda la ocupación de Agua Tibia, lo cual puede deberse,

en parte, a la reutilización de todos los materiales quebrados en la construcción de los muros de las viviendas, pero también a que todos ellos forman parte del ajuar necesario para realizar las tareas correspondientes a una familia campesina de finales del período Clásico Tardío, el cual se ve complementado por aquellas piezas necesarias para procesar las arcillas en la confección de la cerámica y, por último, por aquellos artefactos empleados en la realización de rituales practicados a nivel familiar.

En resumen, los artefactos de piedra del sitio de Agua Tibia, al igual que ocurre con las cerámicas, no pueden ser indicadores claros del cambio cultural en la región, dado que sólo representan un momento de ocupación, pero sí parecen ser muy útiles a la hora de establecer el ajuar doméstico y de trabajo de las gentes que habitan el yacimiento, así como parte de su parafernalia ritual y ceremonial. De la misma manera, pueden ser muy significativos en cuanto a la existencia de relaciones con otras comunidades: pensamos que Agua Tibia no es ningún centro manufacturero de instrumentos de piedra, sino que los adquiere ya acabados, al menos en lo que a la piedra volcánica porosa de carácter basáltico se refiere. En última instancia, y por comparación, también pueden esclarecernos el panorama con respecto al desarrollo cultural de las gentes que los utilizaron. Cronológicamente, los utensilios de Agua Tibia aparecen en multitud de sitios de la zona maya durante todo el período Clásico, aunque su secuencia en el conjunto de la arqueología de las tierras altas es algo más difícil de determinar.

7.2. Artefactos de obsidiana.

Los intentos de establecer tipologías líticas con instrumentos de obsidiana han tenido un auge considerable en los últimos

tiempos, en un intento de determinar la importancia de un producto comercial ampliamente especializado y comercializado desde diversos sitios de las tierras altas con fácil acceso a las canteras de este material volcánico. Sin embargo, en el presente estudio no interesa más analizar estos instrumentos desde su proyección funcional, aunque sin olvidar la definición de los rasgos tipológicos de cada artefacto en particular, para lo cual hemos utilizado el siguiente formato:

Artefacto:

Fragmento distal, medio, proximal.

Retoque: unifacial, anterior o posterior.

bifacial.

fino.

abrupto.

alterno.

total

Corte de la sección.

Color.

Dimensiones.

Comparaciones arqueológicas.

Distribución espacial en el sitio: Este punto será tratado de manera conjunta para todos los artefactos.

En total, se han recuperado 909 fragmentos que representan un porcentaje del 2,58% del conjunto de materiales que componen el registro arqueológico de Agua Tibia, los cuales presentan las siguientes características tipológicas:

7.2.0. Cuchillas prismáticas: (figs. 81-82 a-k; Lám. XLIV a-n). "

Frecuencia: 556 fragmentos (61,16% del total de la obsidiana)

Los criterios para la clasificación de las cuchillas se han establecido mediante la consideración de un rasgo primario que es la presencia o ausencia de retoque, siendo el tipo de éste y su distribución, así como la clase de obsidiana y la sección de los instrumentos considerados como secundarios. Todas las piezas han sido formadas a partir de núcleos poliédricos de plataforma plana, produciéndose cuchillas de sección triangular o trapezoidal, las cuales se catalogan en dos grupos:

(a) Cuchillas con retoque: (fig. 81 a-ñ; Lám. XLIV a-f). Este grupo está representado por 382 fragmentos y un ejemplar completo. En general, se trata de cuchillas prismáticas, aunque también existen piezas irregulares (11,14%), las cuales presentan fundamentalmente un retoque unifacial (284 unidades, es decir, el 74,34% del grupo), fino y alterno. Normalmente, a cuchillas con retoque unifacial que en todos los casos es anterior, se asocia un retoque fino y alterno; mientras que a aquellos instrumentos trabajados por ambas caras (89 fragmentos, el 23,29% del grupo) se relaciona un retoque fino y total. Existen muy pocos casos en que se hayan practicado en ellas muescas -nueve en total- las cuales pueden haber dotado a los implementos de una función apropiada para desgarrar piezas de caza.

El color de la obsidiana es gris en todos los casos, aunque su composición interna varía de granulosa (56,61%) a gris con ve-teado oblicuo (22,28%) u horizontal (10,52%) y obsidiana gris con nubes negras (11,54%), algunas de las cuales muestran las características manchas rojas que identifican los materiales procedentes de la cantera de El Chayal (departamento de Guatemala).

El corte de la sección oscila de trapezoidal (65%) a triangular (28,33%), siendo en los casos restantes irregular.

Dimensiones: Las medidas que se exponen están tomadas sobre el ar

tefacto completo. Altura 0,4 cm.; longitud 8,5 cm.; anchura 1,3 cm.

(b) Cuchillas sin retoque: (fig. 82 a-k; Lám. XLIV g-n). Corresponden a este grupo 174 fragmentos y cinco ejemplares completos. Como en el caso anterior, existe un contundente predominio de las cuchillas prismáticas (86,95% del grupo) sobre las irregulares (13,04%). Un fragmento de cuchilla prismática presenta una forma excesivamente curva en comparación con las demás piezas analizadas.

Color: La obsidiana es gris granulosa (47,22%) que, en ocasiones, tiene un vetado oblicuo (11,11%) u horizontal (16,66%). Existen, además, ejemplares transparentes (16,88%) y lechosos (5,32%).

Sección: El corte de la sección oscila de trapezoidal (64,44%) a triangular (24,44%) e irregular (11,11%).

Dimensiones: Altura 0,25 a 0,35 cm., promedio 0,29 cm.; longitud 6,6 a 8,8 cm., promedio 7,6 cm.; anchura 1 a 1,3 cm., promedio 1,2 cm.

Comparaciones: Cuchillas prismáticas que han sido fabricadas a partir de un núcleo especialmente preparado son frecuentes en una gran cantidad de sitios de Guatemala, por lo que sólo mencionaremos algunos ejemplos rescatados en sitios del altiplano oeste: este tipo de objetos aparecen desde el período Preclásico en Las Victorias, Salcajá (Ramos, 1980), en Zacualpa (Kidder, en Wauchope, 1948: 160), en Zaculeu (Woodbury y Trik (1953: 229-231) y en Taju mulco (Dutton y Hobbs, 1943: 45).

7.2.1. Hojas: (fig. 82 l-ñ; Lám. XLIV ñ-q).

Frecuencia: 69 ejemplares (7,59% del total de artefactos de obsi-

Todos los artefactos que poseemos están retocados de la siguiente manera: el 66,66% de ellos lo ha sido por una sola cara, presentando un retoque fino, alterno en ambos filos en el 78,35%

de los casos, mientras que en los restantes el retoque es bifacial.

Color: El color de la obsidiana oscila de gris granulado (38,09%) a gris veteado horizontal (23,80%), gris granuloso con nubes negras (33,33%) y transparente (4,76%).

Sección: El corte de la sección predominante es irregular (60,86%) a trapezoidal (26,08%) y triangular (13,04%).

Dimensiones: Altura 0,1 a 0,6 cm., promedio 0,22 cm.; longitud 3 a 6,5 cm., promedio 4,41 cm.; anchura 1,4 a 2,5 cm., promedio 1,76 cm.

7.2.2. Lascas retocadas: (Lám. XLIVr).

Frecuencia: 9 fragmentos (0,99% de la obsidiana).

Se trata de fragmentos de desechos que después han sido modificados de determinada manera con el fin de ser reutilizados. Presentan retoque unifacial en cinco de los casos (55,55%) y bifacial en los cuatro restantes, siendo fino y total en todas las ocasiones.

Color: Gris granuloso (66,66%) y gris granuloso con veteado horizontal (33,33%).

Sección: Irregular.

7.2.3. Puntas de proyectil: (fig. 83 a-b; Lám. XLV a-f).

Frecuencia: 13 fragmentos (1,43% de la obsidiana extraída).

Que la caza fue un hábito de cierta importancia en la economía de subsistencia de Agua Tibia parecen indicarlo las puntas de proyectil recuperadas, aún con la plena seguridad de que gran parte de los artefactos utilizados a través de la ocupación del yacimiento se debieron perder en la persecución de las piezas, así como de

que algunas de ellas pudieron ser simples desechos de utensilios quebrados en su manufactura. Todos los ejemplares aparecen modificados con el fin de lograr una mayor incisión y efectividad en los cuerpos de los animales cazados, siendo unifacial en el 85,55% de los fragmentos, y bifacial en el resto. Con respecto a su función, podemos dividirlos en dos grandes grupos:

(a) Puntas de flecha: (fig. 83 a-b; Lám. XLVa). Corresponden a este grupo 4 fragmentos (30,76% de las puntas recuperadas). Se ha rescatado un pequeño ejemplar completo y tres fragmentos que presentan retoque bifacial, fino y alterno en todos sus filos, siendo siempre anterior; mientras que el otro tiene un retoque bifacial, fino y alterno.

Color: Gris transparente (75%) a granuloso (25%).

Sección: El corte de la sección es irregular (75%) a triangular (25%).

Dimensiones: altura 0,1 cm.; longitud 2,25 cm.; anchura 0,5 cm.

(b) Puntas de lanza: (Lám. XLV b-f). 9 fragmentos pertenecen a este grupo (69,23% de las puntas). Poseemos una pieza completa y 8 fragmentos que se pueden agrupar según su forma, aunque siete de ellos pueden integrarse en un grupo u otro (Lám. XLV d-f):

1) Punta lanceolada con retoque bifacial, abrupto y total en todos sus márgenes, así como desconchones superficiales de lasqueado que están distribuidos a lo largo de toda su extensión. El artefacto, completamente retocado, presenta un ligero estrechamiento en su base, justo en la zona que recibió el golpe que le separó del núcleo. La cara anterior es oval, mientras que la posterior es plana.

Color: Gris con veteado horizontal.

Sección: Semicircular.

2) Punta de proyectil con pedúnculo: (Lám. XLVc). Presenta retoque unifacial, anterior, fino y total. La superficie anterior aparece

la queada superficialmente en el margen izquierdo, mientras que la posterior no fue trabajada en ningún sentido.

Color: Gris granuloso con veteado fino en oblicuo.

Sección: Triangular a semicircular.

Dimensiones: Altura 0,7 cm.; longitud 6 cm.; anchura 3,2 cm.

Comparaciones: Puntas de proyectil con pedúnculo aparecen durante el período Mexicano de Tajumulco (Dutton y Hobbs, 1943; fig. 24k), en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 226-227; fig. 123) y en Kaminaljuyú (Kidder, Jennings y Shook, 1946; fig. 157d), centros en que son asimilados al período Postclásico Temprano.

7.2.4. Perforadores: (fig. 83 c-e; Lám. XLV g-j).

Frecuencia: 3 fragmentos (0,33% de la obsidiana).

Se trata de tres ejemplares completos formados a partir de hojas desechadas. En dos de los casos presentan retoque umifacial, fino y alterno en ambas márgenes y en la parte superior del artefactos; mientras que el tercero ha sido trabajado en dos de sus caras mediante un retoque fino y alterno en sus dos filos.

Color: Gris granuloso.

Sección: Trapezoidal (66,66%) a irregular (33,33%).

Dimensiones: Altura 0,2 a 0,5 cm., promedio 0,33 cm.; longitud 2,5 a 3,5 cm., promedio 3,1 cm.; anchura 0,9 a 1,4 cm., promedio 1,2 cm.

7.2.5. Raederas: (fig. 83f; Lám. XLV k-l).

Frecuencia: 4 fragmentos (0,44% de la obsidiana recolectada).

Poseemos un artefacto completo y tres fragmentos. El ejemplar completo manifiesta un retoque bifacial, fino y total en el margen

derecho anterior e izquierdo posterior; mientras que los fragmentos manifiestan un retoque unifacial, fino y casi total en un caso, y alterno en otro.

Color: Gris granuloso con veteado vertical oscuro.

Sección: Irregular.

Dimensiones: Altura 0,4 a 1,2 cm.; longitud 6,4 cm.; anchura 3 cm.

7.2.6. Cuchillos: (fig. 83g; Lám. XLVn).

Frecuencia: 2 fragmentos (0,22% de la obsidiana).

Se trata de un fragmento de base y otro distal con retoque unifacial, fino y total en ambos filos.

Color: Gris granuloso con veteado oblicuo.

Sección: Triangular.

7.2.7. Núcleos: (fig. 83 h-n; Lám. XLV n-o).

Frecuencia: 34 ejemplares (3,71% de la obsidiana recuperada).

La cantidad de núcleos de obsidiana y su distribución espacial en el yacimiento, junto con el número de desechos de talla, es indicativa de que los implementos confeccionados a partir de este material volcánico se hacen en el yacimiento. Se trata de núcleos poliédricos con un número variable de caras que oscila de 9 a 12 en el caso de los ejemplares completos. En general, los cortes basales presentan desconchones parciales realizados con la intención de obtener cuchillas prismáticas, mientras que las aristas no son muy regulares. No presentan retoque alguno en especial, salvo en el caso de un fragmento en cuyo margen izquierdo se practicó una pequeña muesca.

Color: Gris granuloso (52,94%) a gris granuloso con veteado negro

(29,41%), gris granuloso con nubes (5,88%) y gris lechoso (11,76%).

Dimensiones: Longitud 6,2 a 7,9 cm., promedio 6,85 cm.; anchura máxima 1,9 a 2,8 cm., promedio 2,27 cm.

Comparaciones: Núcleos poliédricos aparecen en el altiplano oeste al menos desde el período Preclásico Tardío y Protoclásico en Las Victorias, Salcajá (Ramos, 1980), así como en Chukumuk y Chuitinamit, en las márgenes del lago Atitlán (Lothrop, 1933: 26-27, 86; fig. 54r-55). En Zacualpa aparece durante la fase Pokom (Wauchope, 1975: 37; fig. 18a), y en Zaculeu son comunes para todas las fases excepto para Chinaq (Woodbury y Trik, 1953: 231; fig. 128a), y en Tajumulco son también descritos para el período Mexicano (Dutton y Hobbs, 1943: 45; fig. 24 p-r).

7.2.8. Desechos de talla: (Lám. XLV p-q).

Frecuencia: 219 fragmentos (24,09% del total de la obsidiana).

La gran cantidad de desechos de talla rescatados en todos los sectores habitacionales, junto con su determinada distribución espacial en el yacimiento hacen que, teniendo en cuenta otros datos computados de los demás artefactos de obsidiana, pensemos que procedan de la devastación de núcleos para la confección de cuchillas prismáticas y otros implementos.

Color: Gris granuloso (50,39%) a gris con veteado oblicuo (26,47%) u horizontal (13,48%), obsidiana gris con nubes negras (7,62%), transparente (1,09%) y lechosa (0,95%).

7.2.9. Distribución espacial de la obsidiana en el yacimiento.

La presencia masiva de los instrumentos de obsidiana en torno a contextos considerados domésticos y habitacionales, en contrapo-

sición con la escasez manifiesta en la franja noreste del yacimiento se superpone a la distribución de la piedra y de los materiales cerámicos considerados utilitarios reafirmando, en términos muy amplios, la división del asentamiento en dos zonas completamente diferenciadas: el hecho de que de los 909 fragmentos recuperados en el curso de la excavación sólo 36, es decir, el 3,96% se hayan rescatado en la franja noreste nos parece lo suficientemente significativo en este sentido (Apéndice D, Cuadro 10). Como queda patente en este cuadro, las cuchillas prismáticas retocadas y sin retoque son los artefactos manufacturados con preferencia en el asentamiento excavado, lo cual se manifiesta también por el alto porcentaje de desechos de talla localizados en la zona, siendo los demás instrumentos complementarios (puntas de flecha) o simplemente aprovechados de grandes piezas devastadas.

Por zonas, podemos afirmar que una vez más el volumen de materiales se concentra de manera especial en torno a las unidades de habitación, correspondiendo el resto de los utensilios a filtraciones, como ocurre en el caso del temazcal y, quizás, del horno, o al desecho de objetos como los encontrados en el basurero. Sin embargo, en el área noreste del sitio, la presencia de los implementos comentados es restringida en exceso e, incluso, ésta se debe más bien a la colocación radial de cuchillas prismáticas en la ofrenda localizada junto al altar. En las demás catas, la obsidiana está muy pobremente representada, pareciendo muy significativa su ausencia en el sentido del poco valor que pudieron tener tales artefactos en toda la zona.

7.2.10. Conclusiones.

Existen dos aspectos con respecto al instrumental de obsidia

na extraído en el sitio de Agua Tibia que llaman poderosamente nuestra atención: el comercio desde la cantera a la zona de manufactura, y la función de los artefactos descritos.

En orden a aclarar el primero de los puntos, hemos decidido emplear el método propuesto por Ramos (1980: 106-108) para el material excavado en Las Victorias, Salcajá, a partir de las informaciones de Rovner (1974, 1976) y Sidrys (1976). Con este fin, hemos considerado oportuno, a pesar de las desventajas que tiene su aplicación, tener en cuenta los siguientes índices analíticos: (a) índice de obsidiana versus fragmentos de cerámica -O:T-, que nos permita determinar la intensidad y volumen de los sistemas de intercambio a través del tiempo. En el caso concreto de Agua Tibia éste es de 1: 37,35; (b) índice de comercio, que se establece sobre la base de multiplicar el valor obtenido en la relación O:T por la distancia de la cantera más próxima, el cual se obtiene con el objeto de medir el incremento en volumen del comercio de obsidiana a través del tiempo. Dado que el afloramiento más cerca no al yacimiento es el de Buena Vista en San Marcos (que forma parte de la cantera de Tajumulco) y se encuentra a 56 km., el valor establecido es de 0,64, aunque este valor es bastante relativo, puesto que ésta pudo no ser la cantera de origen de los artefactos rescatados; (c) índice de filo cortante sobre masa, que consiste en dividir la longitud total de los dos filos de la cuchilla por el peso de la pieza, en orden a ratificar la hipótesis de que las cuchillas prismáticas de obsidiana se tallan de manera más eficaz según nos vayamos alejando de la cantera de origen. Este punto no ha podido ser determinado; (d) índice de anchura media: a partir de él podemos determinar la facilidad de acceso a la cantera, dado que un promedio de las piezas que oscile entre 15 y 20 mm. se considera propio de aquellas comunidades que tienen

acceso directo a ella, mientras que aquellas que tengan de 10 a 11 mm. corresponden a yacimientos alejados. El promedio de anchura de las cuchillas prismáticas de Agua Tibia es de 13 mm.

La comparación de estos índices con otros obtenidos a partir de las investigaciones realizadas sobre materiales procedentes de diversos asentamientos del área maya habrán de proporcionarnos cierto tipo de conclusiones que afectan a la organización social y económica de tales comunidades. Sidrys (1976: 149-150) presenta un valor medio de obsidiana/cerámica para todo el altiplano guatemalteco de 1:22 durante todo el período Clásico, siendo el de Las Victorias, Salcajá, de 1:46, y el de Agua Tibia de 1:37,35, adaptándose al promedio establecido para las tierras altas durante el mismo período. Con respecto al índice de comercio fijado para el Clásico en la región es de 1,5, y de 7,9 para el Postclásico, siendo de 0,97 para Las Victorias y de 0,64 para Agua Tibia, cifra que entra en contradicción con el índice propuesto para el altiplano de 1,5. En cuanto al índice de anchura, aunque no disponemos de estimaciones generales para el altiplano, pensamos que tanto Las Victorias (1,25) como Agua Tibia (1,3) mantienen una posición intermedia.

En definitiva, el yacimiento de Agua Tibia parece mantener una posición intermedia con respecto a los índices obtenidos en otros sitios muestreados en el altiplano guatemalteco, lo cual implica que, pese a ser un sitio relativamente cercano a las fuentes de materias primas, debía de acceder a ellas de manera secundaria y a partir de un centro de redistribución regional que capitalizara el producto. Por esta razón, el intercambio no debió ser directo de la cantera a Agua Tibia, sino que necesariamente hubo de pasar por un intermediario que monopolizara tal comercio. Con seguridad, tales intermediarios proporcionaron al individuo de Agua Ti-

bía núcleos acabados o preformados, puesto que sus menores dimensiones y peso (en relación con los grandes bloques de obsidiana que se habían venido comerciando durante el período Preclásico) les permitió una mayor intensificación comercial de un producto ya completamente especializado. A partir de estos núcleos, se obtuvieron las cuchillas prismáticas y otros implementos por los mismos habitantes de la vivienda sin que, aparentemente, haya sido necesaria la intervención de ningún especialista en el proceso. Un patrón de manufactura como el propuesto en estas líneas pudo haber sido general en una gran cantidad de asentamientos del altiplano durante un largo período de tiempo, hasta el punto que Orellana (1977: 18) llega a afirmar que la confección de instrumentos de obsidiana no parece haber sido una ocupación de prestigio entre las comunidades quichés, tzutuhil y cakchiquel.

Desde un punto de vista puramente funcional, se han rescatado nueve tipos de artefactos distintos, de los cuales cuatro aparecen directamente asociados con el menaje de cocina, con la caza, con trabajos de carácter manufacturero y con la confección de los propios instrumentos. Estos tipos, a su vez, pueden ser reunidos en cuatro grandes grupos según su función, aunque hemos de aclarar de antemano que tal encasillamiento no implica la exclusión definitiva de un implemento con respecto a los demás grupos:

(a) Utilitario: La mayoría de los trabajos y productos manufacturados a partir de la obsidiana están destinados a conseguir artefactos capaces de realizar las labores cotidianas de la gente común. De ellos, sin duda los fundamentales son las cuchillas prismáticas que no sólo se utilizan en la preparación de alimentos, sino también para afeitarse, cortarse el pelo (Las Casas, 1967, II: 228) y otros usos. También una función doméstica han debido tener otros utensilios resultantes de los desechos de núcleo tales como

raederas, hojas, lascas retocadas o fragmentos retocados, así como los perforadores utilizados seguramente en trabajos con madera (Michels, 1971: 267), en pieles y, tal vez, en el complejo tecnológico de la manufactura cerámica. Por último, puntas de flecha han sido empleadas en la consecución de animales. Adornos personales de obsidiana para los labios y orejas fueron también empleados en el altiplano guatemalteco. En Agua Tibia únicamente se descubrió un fragmento de cuchilla prismática muy curvada, la cual pudo tener forma elipsoidal y, quizás, fuera utilizada en este sentido.

(b) Preparación de instrumentos: En este grupo incluimos tanto los núcleos poliédricos que aún no están agotados del todo, y pueden proporcionar más cuchillas prismáticas, aunque sean más pequeñas, como los completamente agotados o quebrados, pero que pueden ser recuperados de manera parcial y proporcionar otro tipo de instrumentos.

(c) Ritual: La obsidiana fue utilizada con cierta profusión en rituales durante la etapa prehispánica, generalmente asociada a sacrificios por medio de cuchillas prismáticas (Fuentes y Guzmán, 1972, II: 309). En Agua Tibia, la función ritual de las cuchillas prismáticas está bien documentada por la ofrenda de fundación de la vivienda nº 1, en la cual aparecieron tres de ellas dispuestas de forma radial con respecto a las vasijas a las que estaban asociadas, y en la ofrenda colocada junto al altar en que aparecieron otras dos, las cuales pudieron haber ayudado en el sacrificio de algún animal ofrendado o para cortar alguno de los alimentos que después se colocaron en las ofrendas. Cuchillas prismáticas también sirvieron para sangrarse las orejas, labios, genitales y para el sacrificio en general (Gann, 1918: 60; Las Casas, 1967, II: 515), aunque también se usaron puntas muy finas empleadas en la caza para "sangrarse mexor y mas seguramente que con lanceta..."

(Ximénez, 1967: 328-329).

(d) Armas defensivas: Al menos las puntas de lanza, que difícilmente pudieron ser empleadas para la caza, debieron utilizarse como armas arrojadas, así como también diversas cuchillás prismáticas pudieron haber formado parte de macanas. Para una información más completa de su uso entre las comunidades Tzutuhil, Cakchiquel y Quiché, se puede consultar el trabajo de Sandra Orellana (1977: 23-25).

En resumen, la obsidiana excavada en Agua Tibia fue comercializada en forma de núcleos ya formados o preformados a una red de intermediarios perfectamente organizados, práctica que debió ser bastante común a todas las comunidades campesinas del altiplano oeste. A partir de estos productos primarios, el individuo de Agua Tibia fabricó los instrumentos deseados que le eran necesarios para llevar a cabo una serie de trabajos relacionados sobremanera con la preparación y la transformación de los alimentos e instrumentos y, en alguna medida, con la caza.

7.3. Artefactos de copal.

En el interior de un vaso profundo de paredes rectas perteneciente al Grupo Cerámico Umal Rojo Fino se han encontrado 10 pequeñas figurillas de copal parcialmente quemadas las cuales, sin duda, formaban parte de la ofrenda del enterramiento (E-7). Su estado general era bastante satisfactorio, aunque algunos de ellos se encontraban quebrados y habían perdido algunos de sus atributos. Desde el punto de vista estilístico, todos ellos presentaban grandes semejanzas con aquellos otros confeccionados en esteatita verde o en gabbro que tan amplia distribución tuvieron por toda la zona quiché, y que nosotros hemos comentado en páginas preceden-

tes, aunque tal vez sean un poco más toscos en cuanto a su confección y trazado de los rasgos que los caracterizan. Quizás, la única diferencia consista en que en la parte correspondiente a sus cabezas se han practicado pequeños orificios que, a nuestro entender, pudieron haber servido para colgar o ensartarlos en una ofrenda común. Por lo demás, presentan la misma forma de cuña algo combada y adelgazada en su parte inferior (Lám. XLIIIe). Como los rasgos que definen estos objetos han sido descritos con anterioridad, nos limitaremos únicamente a exponer sus dimensiones y a realizar algunos comentarios acerca de su función.

Dimensiones: Altura 0,6 a 0,7 cm., promedio 0,67 cm.; longitud 3 a 3,5 cm., promedio 3,3 cm.; anchura 1,1 a 1,3 cm.; promedio 1,2 cm.

Comentario: A pesar de que en el altiplano norte y oeste se han encontrado cientos de estos idolillos, generalmente asociados a contextos mortuorios, no tenemos noticia de que se hayan localizado manufacturados en copal; aunque existen ciertas referencias procedentes del Popol Vuh que parecen confirmar su uso.

Existe un pasaje en este texto en el que estos ídolos (conocidos como Kabavil "deidad", o Alaxik "piedras de nacimiento"), en el cual parece entreverse la posibilidad de que se tratara de conmemoraciones ancestrales a ciertas divinidades (Edmonson, 1971: 213).

Pero a este pasaje incluido en los textos referentes a la Cuarta Creación se superpone otro que, como él, sugiere que estos pequeños ídolos de conmemoración a determinados ancestros eran quemados en determinados ritos: Después de la migración desde la mítica Tula(n), tres de los hombres que habrían de dar origen al pueblo Quiché (Balam Quitzé, Balam Acab y Mahucutah) sacaron copal para quemar en honor del sol, y lo denominaron Mixtan pom, Caviztan pom y Cabahuil pom respectivamente. Este último, en palabras de Es-

trada Monroy (1973: 281; notas 451-453), está identificado como incienso de la adoración, mientras que los anteriores serían el incienso de la penitencia y sacrificio el primero, y de la adivinación y sortilegio el segundo. Tal especialización de funciones ha podido ser, en parte, contrastada en la actualidad, ya que algunos indígenas de la zona quiché utilizan estos pequeños amuletos en diversos rituales relacionados con la adivinación (Edmonson, 1971: 213, v7178), ceremonias en las que actúan como intermediarios entre la divinidad y los hombres (Schultze Jena, 1954: 58).

En el caso concreto del copal denominado Cabahuil, su especialización se refiere exclusivamente a la adoración, y puede estar en consonancia con aquellas figuritas de copal encontradas en Agua Tibia formando parte de una ofrenda, tal vez incluidas en un rito de adoración en memoria del individuo al cual fueron ofrendadas. Por desgracia, la perpetuación de esta práctica entre las comunidades quichés no ha podido ser constatada con informaciones etnográficas consistentes, aunque algún obrero que colaboró con nosotros en los trabajos de excavación del sitio de Agua Tibia, afirma haber oído que idolillos de las características aquí expuestas eran ensartados en cuerdas y quemados en determinados rituales en el área de Momostenango en el pasado.

Es posible, pues, que estos amuletos, tradicionalmente relacionados con contextos mortuorios y realizados en esteatita, fueran realizados también de copal e intervinieran en diferentes ceremonias y rituales, uno de los cuales pudo estar relacionado con la intercesión a la divinidad de algún individuo en particular a la hora de su muerte, como parecen indicar los camahuiles descubiertos en el enterramiento (E-7) de Agua Tibia.

Notas al capítulo VII.

- (1) Como ya se ha señalado en la descripción de este tipo de piedras de moler, metates de losa plana poco desgastada y manos de sección cilíndrica se han encontrado, por regla general, relacionados con enterramientos, no sólo en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 221), sino también en Kaminaljuyú, donde aparecen asociados a la Tumba 1 de la fase Esperanza. La hipótesis de estos autores parece partir de Kidder (1948: 160) que sugiere una función "presumiblemente ceremonial" para este tipo de objetos, la cual se ve confirmada en el cementerio de Agua T**i** bía, donde hemos encontrado dos fragmentos de metate con patas y losa plana formando parte de ofrendas individuales de individuos, presumiblemente de carácter femenino.
-

118

CAPITULO VIII: Actividades económicas.

Paralelamente a los trabajos que los habitantes de Agua Tibia realizaron en el interior de sus viviendas, desarrollaron otros en un área inmediata alrededor de las casas -como pueden ser la agricultura y la cocción de cerámica en el horno- o en terrenos sucesivamente más alejados con el fin de recolectar alimentos y materias primas en los parajes circundantes al yacimiento. Además, y de forma simultánea, establecieron una serie de intercambios y transacciones comerciales a nivel local y regional que completaron el conjunto de actividades económicas por ellos desarrolladas. Para una mejor comprensión de tales manifestaciones culturales, describiremos en primer lugar aquellas actividades que estuvieron íntimamente ligadas con el paisaje, sin que tuvieron que intervenir terceras personas en el proceso de la consecución de los artículos deseados. Asimismo, trataremos de señalar el coste de energía empleado en tales labores mediante la conjugación de elementos de diversa índole como lo son la distancia y el complejo tecnológico empleado para este fin:

(a) El trabajo agrícola: El utillaje empleado en las tareas agrícolas que se llevaron a cabo en Agua Tibia a finales del período Clásico Tardío, al igual que para el resto de los sitios de las tierras altas mayas, no debió ser muy complicado: de él han perdurado de manera exclusiva las nada bien identificadas piedras perforadas que, como hemos tenido oportunidad de observar en páginas anteriores, pudieron funcionar como pesas de palo cavador instrumento éste del que, aunque no hemos localizado ningún ejemplar por ser de madera, tenemos constancia de su uso en la región, ya que fue utilizado en la zona de Momostenango hasta 1830 (McBryde, 1947: 20). Junto a este dato, la gran cantidad de manos de molar y metates implicados en la molienda del maíz -a pesar de que la mayoría de ellos participaron en la construcción de los muros

de las viviendas- y, en la medida de lo posible, de machacadoras, confirmaban la práctica de la agricultura de esta gramínea.

El sistema de plantación y de recolección fue la milpa, el cual ha sido descrito minuciosamente por una gran cantidad de es tudiosos de la zona, por esta razón en la presente investigación no vamos sino a recordar su ciclo vegetativo de forma muy breve: (a) una vez que la tierra escogida ha sido cuidadosamente preparada mediante el levantamiento del suelo y la incorporación de los tallos secos de maíz (tarea que se efectúa de Diciembre a Enero); (b) se siembra -en Abril- el terreno mediante la introducción de granos de maíz y frijoles en agujeros hechos con la azada; (c) cuando las plantas comienzan a crecer, la tierra es apilada sucesivamente alrededor de ellas con el fin de que no se tronchen las varas jóvenes; (d) a lo largo del proceso se limpia el terreno en tres o cuatro ocasiones y se extienden los fertilizantes; (e) por último, se cosecha a finales de año (Octubre a Noviembre) mediante el método de doblar por la mitad los tallos jóvenes y llevar las mazorcas a las viviendas para colgarlas hasta que se sequen, ya que el peligro de pudrirse por la humedad es muy alto; (f) el campo se quema hasta la próxima siembra y (g) se procede al almacenaje de los granos cosechados.

Como se puede observar, se trata de un sistema sencillo y poco costoso, siendo las principales preocupaciones del agricultor el crecimiento de la maleza y la predación de los retoños de maíz por parte de las aves, problema que llega a ser tan grave que ya de él nos ha quedado constancia desde el Popol Vuh, donde la vieja abuela (Xmucané) y sus ayudantes mujeres eran los guardianes encargados de proteger la milpa (Villacorta, 1962: 121). estas dos tareas, junto a la consecución de los fertilizantes (1) eran las únicas preocupaciones del agricultor entre cosecha y co

secha.

Aunque el cálculo de horas de trabajo empleadas durante todo el ciclo agrícola varía según las zonas ecológicas en que se siembre y la tecnología empleada en el proceso (Staldeman, 1940; Cuadro XI), podemos abstraer las cifras al promedio proporcionado por Carmack (1979a: 372) para el área quiché, según el cual el hombre consume alrededor de 40 jornadas por cada 10 cuerdas de terreno plantado o, lo que es lo mismo, por cada 43.740 metros cuadrados (una cuerda mide aproximadamente 4.374 metros cuadrados).

En cuanto a la producción de los cultivos en el valle de Tonicapán y su capacidad para mantener ciertas aglomeraciones humanas, parece ser bastante suficiente: como se ha puesto de manifiesto en el capítulo I el yacimiento está emplazado en una de las tierras más ricas y productivas de todo el altiplano guatemalteco, lo cual hace pensar en la falta de necesidad de abrir nuevas rozas y abandonar de manera continua las tierras en que se siembra y, por lo tanto, en el carácter completamente sedentario de las poblaciones. La gruesa capa de piedra pómez volcánica que cayó en en Cuaternario, junto con otras cenizas procedentes de posteriores erupciones volcánicas hacen que el valle esté cubierto con suelos que alcanzan hasta más de 1 m. de profundidad, cuya contextura franca o franca limosa permeable hace que tengan un alto contenido de materia orgánica y sean muy aptos para la productividad continuada.

Estas buenas condiciones se ven aumentadas al máximo en las cercanías de riachuelos y afluentes como en el caso del Samalá, ya que el arrastre y la deposición de alto contenido orgánico como son los limos, permiten el uso intensivo del terreno sin ningún tipo de restricción. En definitiva, podemos considerar que el yacimiento se levanta en paisajes de tipo "A" (ver capítulo II, nota 1) los cuales en teoría, y como dijimos con anterioridad,

tienen capacidad suficiente para alimentar 148 personas por kilómetro cuadrado.

Si como hemos adelantado en capítulos anteriores, pensamos que las casas descubiertas se sitúan dentro de una determinada faja de carácter habitacional -aunque al menos la número 1 no es contemporánea sino que se ha levantado después- y la amplia zona existente entre éstas y el arroyo estuvo dedicada a la producción del maíz y de otros cultivos como el frijol y la calabaza, toda ella caería dentro del tipo de paisaje "A", el cual tiene una capacidad teórica suficiente para alimentar 148 personas por kilómetro cuadrado, es decir, 14,8 personas por hectárea, que es la extensión aproximada que ocupaba el yacimiento Agua Tibia, aunque esta capacidad puede haber sido incluso superior durante el Clásico Tardío (2).

La producción de maíz es muy variable según el terreno en que la planta se siembre, pero en este tipo de suelos alcanza hasta 5.200 por hectárea y año (Ferraté Felice, 1977: 92). Dado que una persona consume entre 500 y 700 libras de maíz al año en la zona quiché (Douglas, 1968: 248-249; Carmack, 1979a: 376), el cultivo de una hectárea podría proporcionar alimento suficiente al menos para diez personas al año, es decir, dos familias nucleares o una familia extendida grande. Si estimamos que una persona necesita unas 2.700 calorías diarias por término medio, una familia de cinco miembros ingeriría al año un total de 4.927.500 calorías. Dado que 100 gr. de maíz proveen 361 calorías (INCAP, 1961, cit. por Sanders y Price, 1968: 90) y que los 2.537,6 Kg. cosechados proporcionan 9.160.736 calorías al año, una hectárea de cultivo puede ser más que suficiente para alimentar a nueve o diez personas. Teniendo en cuenta que cada individuo consume

una media de 600 libras de maíz (292,8 Kg.) al año, ingeriría 1.057.008 calorías, y una familia 5.285.040. Parece, pues, obvio que media hectárea es más que suficiente para alimentar a cinco miembros en aquellos terrenos incluidos en paisajes de tipo "A", sobre todo si pensamos que el cien por cien de la dieta ingerida no la constituyó el maíz de manera exclusiva, sino que el consumo de otros vegetales cultivados tales como el frijol y la calabaza, así como la recolección de frutos silvestres y los productos obtenidos mediante la caza y la pesca pudieron llegar a solucionar entre el 10 y el 15 % de la dieta. Así pues todos los datos obtenidos apuntan hacia la existencia de un asentamiento suficiente al menos en lo que se refiere a subsistencia agrícola, en cuyos trabajos los miembros de cada familia debieron de emplear al rededor de 40 o 4) días anuales, pensando que el cultivo de media hectárea colmaría sus necesidades alimenticias. Esta actividad fue completada con la práctica de otros trabajos que exponemos a continuación.

(b) Pesca: La recogida intensiva de muestras de tierra tanto en el basurero como en los recintos habitacionales para realizar análisis de flotación tenía como finalidad, entre otras cosas, obtener la mayor cantidad posible de información acerca de los productos implicados en la economía de subsistencia practicada por los moradores del yacimiento. A falta, pues, de que los resultados de los análisis nos sean entregados, solamente podemos describir la práctica de esta tarea desde los artefactos incluidos en el registro arqueológico de Agua Tibia: en general, se desconoce la tecnología empleada en las faenas pesqueras llevada a cabo en los riachuelos del altiplano, no sólo durante el periodo Clásico Tardío, sino también a través de toda la época quiché, aunque sí se tienen noticias de la realización de esta actividad (Título Totonicapán,

n.d.: 25v); asimismo, en el Popol Vuh existe una lejana referencia a gente pescadora, a la que se denomina chajcar. En Agua Tibia sólo poseemos un artefacto que, hipotéticamente, pudo haber sido utilizado para la pesca en el pequeño afluente que rodea el asentamiento prehispánico: se trata de una piedra perforada de carácter pomáceo que, como ya hemos descrito, puede haber hecho las funciones de un frotador para pescar (Brown, 1977: 274; fig. 5d), aunque es un material muy raro en el registro de Agua Tibia. Desde el punto de vista etnográfico, la única pesca que se consigue hoy día en los riachuelos de los alrededores son los cangrejos, de la cual una buena muestra la constituyen los comerciantes de Nahualá presentes en gran parte de los mercados que se celebran en las comunidades del altiplano oeste. En la actualidad, también se pescan estos cangrejos en las corrientes que atraviesan el departamento de Totonicapán.

(c) Caza: Con seguridad, la caza fue practicada a una escala reducida, comparada con el resto de las actividades de subsistencia y, sobre todo, con la agricultura. También nos encontramos con la falta de resultados de las muestras de flotación y con las escasas muestras de huesos recogidas. En la actualidad, la reserva cinegética en el departamento de Totonicapán tiende a ser cada vez más pobre, pero hemos de tener en cuenta que la presión demográfica y la acción directa del hombre sobre el medio circundante se ha ido incrementando de manera considerable desde los tiempos anteriores a la conquista; sin embargo, ésta no debió ser la situación durante el Clásico Tardío, y los abundantes bosques que rodearon el valle debieron albergar una rica fauna cuyas especies han sido enumeradas en el Apéndice B.

Desde el punto de vista tecnológico adquieren especial importancia las puntas de flecha (es de esperar que muchas de ellas se perdieran en los intentos de consecución de las piezas) y las pun

tas de lanza empleadas para la caza de venados y otras especies mayores (Título Totonicapán n.d.: 20v). El uso de la cerbatana para matar pájaros, que tan bien documentado está entre los pueblos quichés (Villacorta, 1962: 81), puede haber sido también frecuente en Agua Tibia: se ha defendido la posible función de las canicas de arcilla como proyectiles de cerbatana, sobre todo a partir del descubrimiento de una escena grabada sobre un fragmento de cerámica procedente de Teotihuacán, en la cual aparece un cazador portando tal instrumento en la mano derecha y una pequeña canica de cerámica en la izquierda (Linné, 1942; fig. 175). Seguramente cabe también la posibilidad de que se emplearan de manera simultánea trampas para cazar pájaros y animales pequeños (Carmack, 1973: 274; Villacorta, 1934: 202). Por último, un determinado tipo de instrumentos de viento tales como el pájaro-silbato hallado en el cementerio fueron utilizados como reclamos para la caza.

(d) Recolección: Un buen número de artículos naturales pudieron ser recolectados por los habitantes de Agua Tibia para el consumo directo, como la miel y las crisálidas -animales cocinados por los quichés como alimento- (Carmack, 1979b: 47), y junto a ellos se recogieron también otros productos del bosque, aunque algunos de éstos necesitaron siempre algún tipo de elaboración posterior, tarea que se efectuó dentro de los límites del yacimiento:

1. Tala de madera: Es éste un trabajo que debió adquirir bastante importancia en el conjunto de ocupaciones impuestas a los habitantes del sitio, ya que no sólo se trataba de conseguir madera como combustible para el hogar, sino que además era necesario hacer un buen acopio de leña y pajón para alimentar el fuego del horno y del temazcal entre otras cosas. Vistos los instrumentos recuperados en las unidades de habitación y en el basurero, no pa

rece posible que con ellos se dedicaran a cortar grandes troncos: las hachas encontradas, salvo en dos ocasiones, son demasiado pequeñas e ineficaces para realizar tal tarea. Obermaier (citado por Comas, 1978: 184) menciona que se han efectuado pruebas para determinar la importancia de la utilización de las hachas de pie dra pulida, habiéndose logrado cortar un pino de 17 cm. de diáme tro en cinco minutos, pero no se especifican las dimensiones y peso de los ejemplares empleados. El trabajo de la tala de troncos para leña, vigas para la construcción, obtención de ocote y de di versas maderas para fabricar utensilios se realizó en el bosque de Totonicapán, el cual ha presentado siempre una riqueza maderera importante. De las especies mencionadas con anterioridad, y teniendo en cuenta que aún hemos de recibir los resultados de las muestras de madera enviadas al laboratorio, pensamos que fue el pino la especie más explotada; concretamente, hoy existe una acen tuada preferencia por el empleo del pino blanco para la fabrica ción de casas y muebles, ya que al parecer es más resistente. En la actualidad, su explotación se ha reducido a alturas superiores a los 2.700 m., pero en tiempos prehispánicos se pudo haber exten dido a zonas más bajas. Simultáneamente a la extracción de madera para leña y construcción, se consiguió madera para la confección de otros instrumentos tales como varas resistentes para las paredes y techumbres de las casas, flechas, lanzas, palos para cavar la tierra e hilar; así como una inmensa cantidad de útiles que, debido a sus características físicas, no han podido llegar hasta nosotros.

Del bosque también se extrajo pajón que se utilizó para cubrir las techumbres por una parte, y como combustible fino y seco que arde rápidamente y mantienen un fuego muy vivo y apto para el horno de cerámica, por otra. Este material es fácil de con

seguir a alturas que oscilan entre 2.350 y 3.400 m. Agujas de pino utilizadas como desgrasante para dar más consistencia a las paredes de las casas pudieron ser recogidas en los alrededores inmediatos de las viviendas. La energía con la cual encender el fuego y para alumbrarse por las noches se consiguió fácilmente a partir del ocote cuyo proceso, que quizás no difiera demasiado del empleado en época prehispánica, es facilitado por Veblen (1979: 80) en los siguientes términos: "las rajas resinosas se practican generalmente en el Pinus Oocarpa y Pinus Montezumae (que se encuentran entre los 2.000 y 2.750 m. de altura) cortando un cuadrado de 15 a 20 cm. de lado y unos 5 a 10 cm. de profundidad. Este sistema de corte se repite hasta que se forme una larga hendidura en espiral desde menos de 1 m. de altura del suelo hasta más de 2 m. Frecuentemente, se enciende un fuego al pie del árbol para incrementar el flujo de la resina en el corte". El ocote, además de servir para la iluminación se utiliza en grandes cantidades como incienso en muchas ceremonias religiosas, sobre todo entre los indígenas de Santa María Chiquimula (McBryde, 1969: 220).

Del bosque también se debieron extraer gran cantidad de arbustos y plantas que después fueron aplicados a modo de colorantes y taninos para la decoración de las ropas. Curiosamente, no ha aparecido en todo el yacimiento ningún ejemplar de machacador de corteza de árbol, a pesar de ser un artefacto que tuvo una amplia difusión en las tierras altas de Guatemala en tiempos prehispánicos. Por último, también se debieron recolectar una buena diversidad de plantas aromáticas como las empleadas hoy día en los temazcales de la zona.

En el área inmediata al asentamiento se recogieron los cantos rodados de carácter andesítico que después pudimos descubrir asociados a las paredes de las construcciones: aunque el afluen-

te que bordea el sitio no presenta gran cantidad de ellos, es muy posible que se recogiesen en su lecho. En cuanto a la piedra pómez utilizada en la confección de las paredes de las viviendas y de algunos artefactos, procede seguramente de esa enorme capa de más de 100 m. de espesor que se aposentó en el suelo del valle hace unos 36.000 años, y en las laderas de las montañas y restos de reducidos parajes llanos y valles intermontanos. La colocación posterior de estos materiales dio lugar a profundas barrancas en que la piedra pómez, que en la actualidad sufre un proceso de transformación a arcillas (Bonis, comunicación personal), aflora a escasos centímetros de profundidad constituyéndose en verdaderas canteras, fáciles de trabajar debido a su extrema fragilidad, muy cercanas al yacimiento. Al otro lado del valle, a menos de 600 m. de las casas descubiertas, existe una de esas profundas que bradas que ha sido utilizada hasta hace muy poco para la extracción de piedra pomez. Por desgracia, no tenemos ningún indicio acerca de la técnica empleada para su consecución, aunque cualquier otro material más resistente (hachas de gabra por ejemplo) podría haber colaborado a ello.

En cuanto al problema de la extracción del barro para la manufactura cerámica, no ha sido totalmente resuelto: el agotamiento absoluto de las fuentes principales de arcilla y el comienzo de la escasez de los barroes de regular calidad, es la causa primordial por la cual no hemos podido conseguir que se nos guie hasta tales depósitos y obtener una pequeña muestra para su posterior análisis. No obstante, parece ser que la producción tradicional de cerámica está condicionada en parte por la disponibilidad de las materias primas básicas: arcilla, agua y combustible. Reina y Hill (1978: 17), que de manera tan admirable han estudiado la producción cerámica tradicional en Guatemala, aseguran como requisito

imprescindible la localización cercana a tales materias primas, mientras que ciertos materiales especiales (desgrasantes o engobes) pueden, en ocasiones, ser importados de fuentes lejanas. De hecho, el determinante original para la producción cerámica como especialización en una comunidad dada puede haber sido la disponibilidad de buenos depósitos de arcilla (un dato alentador sobre la cercanía de tales depósitos es revelado por McBryde, 1969: 167-169, en el sentido de que de los 15 centros de cerámicas hallados por él, nueve se encontraban en el altiplano oeste).

A falta, pues, de la posibilidad de traer muestras de arcilla, decidimos llevar a un alfarero de San Miguel Totonicapán fragmentos representativos de cada uno de los grupos cerámicos establecidos, con el fin de obtener toda la información posible acerca de su origen. Nuestra sorpresa fue grande cuando la totalidad de los barroes que éste identificó coincidía con aquellos que nosotros habíamos considerado autóctonos de la región: Grupo Cerámico Bulux Rojo y grupos Jelic Rojo sobre Crema y Tzic Negro-Marrón. Ante la carencia de otros datos más fiables y documentados científicamente, aquellos proporcionados por el alfarero pueden servirnos como guía para tal fin, sobre todo desde el momento en que bastantes de ellos son corroborados por Díaz Castillo (1979: 51-56)).

Al parecer el barro empleado en la fabricación de la cerámica roja de cocina pudo ser conseguido en un cercano cantón emplazado al suroeste de Agua Tibia denominado Chucul-juyup, depósito que en la actualidad está completamente agotado y está siendo sustituido por una arcilla que se obtiene en una zona cercana al propio cementerio de San Miguel Totonicapán, situado a menos de 2 Km. del yacimiento.

En Chuipachec, paraje existente en el camino de San Miguel a

Santa María Chiquimula, pero más cerca de esta última población, se extrae aún hoy un barro que se utiliza para trabajos finos y para confeccionar el engobe blanco. Es posible que la solución en que se sumergieran las piezas rojo sobre crema se obtuviera en los alrededores de ese cantón. Barro blanco para engobe se consigue también en el paraje Chuiboy.

En definitiva, podemos considerar que el mayor porcentaje de actividades económicas se llevó a cabo en dos niveles diferentes: uno desarrollado dentro de los límites del yacimiento y dedicado en exclusiva a la siembra, cuidado y recolección de las milpas y, a una escala inferior, a la pesca; y otro que se llevó a cabo en los alrededores inmediatos del asentamiento, a distancias sucesivamente más alejadas según se tratase de la recolección de alimentos, materiales de construcción, leña, o la consecución de materias para la manufactura cerámica y la caza. Desde esta óptica, Agua Tibia mantuvo una posición favorable con respecto a la extracción de productos de su medio circundante, con una evidente facilidad de accesos a aquellos artículos y materias primas que complementaron su economía. Sin duda alguna, la proximidad a los recursos básicos de uso más inmediato y cotidiano fue condicionante para el emplazamiento del yacimiento, de manera que el relativamente bajo coste de energía empleado en su consecución les permitió la dedicación a otras actividades artesanales, como lo fueron la manufactura cerámica dedicada no solamente a la redistribución y consumo interno, sino también a la exportación a otras zonas más distantes. La conjunción de tal situación favorable no sólo de cara a la obtención de recursos y materias primas, sino también en lo que respecta a tierras muy fértiles y productivas que implicaron un escaso margen de dedicación, junto a la especialización en la fabricación de una cerámica fina, permitió a

los habitantes de Agua Tibia vivir en una situación de desahogo económico que se manifestaba de manera fundamental en el acceso a bienes suntuarios procedentes de regiones distantes, los cuales fueron utilizados como ofrendas en el cementerio.

8.0. La especialización económica y la actividad comercial.

En contraste con otros yacimientos adyacentes como los muestrados a lo largo de la Mesta Quiché -aunque de ellos sólo contamos con datos muy preliminares-, existe en el registro arqueológico del yacimiento M-5 una rica variedad de artefactos típicos de diversas zonas del altiplano y de la llanura costera de Guatemala, los cuales están indicando la existencia de una serie de intercambios a distintos niveles según se trate de bienes domésticos o suntuarios, cuya morfología y características físicas han sido discutidas con más detalle en los capítulos precedentes.

Desde el punto de vista geográfico y ambiental el yacimiento, y en general todo el valle de Totonicapán presenta una localización muy ventajosa como ruta de comunicación: los amplios espacios abiertos formados por los valles de Totonicapán y Quetzaltenango que permiten la circulación fácil y rápida de los individuos por un lado, y la larga vía de comunicación que es el río Samalá -con las consecuentes posibilidades de interacción y contacto cultural y comercial- por otro, hacen de ellos zonas fácilmente accesibles que, en cierto modo, pueden estar inmersas en una amplia red transitable en la que confluyen tanto los productos procedentes del altiplano como de la bocacosta. Además, la enorme diversidad de artículos proporcionados por regiones ecológicas tan dispares como lo son la costa y las tierras altas implican su complementariedad y, por lo tanto, la necesidad de intercambios y comercio,

el cual se ve acrecentado y completado con aquellos otros que proceden del altiplano.

En el caso concreto de Agua Tibia, pensamos que estas transacciones se llevaron a cabo a dos niveles diferentes: uno restringido, de ámbito local, mediante el cual comunidades cercanas comerciaron sus productos que, por regla general, eran de uso cotidiano, destinados más a satisfacer las necesidades del consumo diario que al lucro o prestigio personal. Otro interregional, de carácter más amplio y mejor surtido, en el cual ya no fueron comerciados objetos culinarios sino aquellos que dieron prestigio y se emplearon en momentos culminantes de la vida de la comunidad.

8.0.0. Intercambios a nivel local.

La experiencia actual nos enseña que entre asentamientos enclavados en nichos ecológicos semejantes existen procesos de especialización que, dentro de este ámbito local, adquieren una relativa importancia al completar con sus productos la economía de subsistencia de los individuos que los habitan. Así, dentro incluso del departamento de Totonicapán, que es eminentemente alfarero, existen cantones especializados en la manufactura de determinadas forma cerámicas: en el cantón Vázquez sólo se confeccionan tamale-ras y comales, mientras que en San Cristobal Totonicapán se hacen de manera especial ollas y apastes. En Pachoc y cantones de los alrededores (noreste del departamento) existe una fuerte actividad maderera, hasta el punto de que los propios temazcales son contruidos a base de este material; Momostenango se caracteriza por la confección de mantas, etc. Presumiblemente, aunque los asentamientos dispersos y pequeños tendieron a ser lo más autosuficien

tes posible, diversos sitios del período Clásico Tardío localizados a distancias diferentes en los alrededores del valle de Totonicapán, pudieron haberse especializado también en la manufactura de artículos que complementarían el ajuar doméstico o, a pequeña escala, ceremonial de las comunidades cercanas.

Agua Tibia, aunque pudo llegar a ser una comunidad autosuficiente en términos generales, debió comerciar una serie limitada de materias primas y productos ya manufacturados en orden, no solamente a cubrir sus necesidades de subsistencia sino también en algunos casos —como ocurre con la arcilla destinada a la fabricación de la cerámica rojo sobre crema— para mantener un producto especializado y competitivo que le permitiera establecer otros intercambios de carácter extalocal.

Como ya hemos comentado al describir el hornoabierto de cerámica, los objetos que en él se cocieron no debieron ser muy grandes: 0,50 m. de altura que mide la pared del horno no parecen suficientes para obtener una buena cocción de piezas tales como comales, grandes vasijas de almacenaje, cántaros, tamaleras y otras formas por el estilo, pareciendo más funcional para la cocción de piezas de tamaño más reducido como los cuencos, incensarios-cucharon, apastes, pequeñas ollas, o los cuencos tan característicos del Grupo Cerámico Jelic Rojo sobre Crema. Un comal o un cántaro miden más de 0,50 m. de anchura y altura respectivamente, por lo que sobresaldrían de la pared del horno y nunca podrían ser bien cocidas: este hecho, unido a la evidencia etnográfica comprobada de la especialización manufacturera a nivel cantonal aún en cerámicas de carácter doméstico, parece indicar la necesidad de tal fenómeno y, por consiguiente, de intercambios efectuados entre diversas comunidades cercanas del valle.

Un artículo que también pudo comerciar es la arcilla para la

confección cerámica: aunque no ha podido ser determinada de manera definitiva la localización de depósitos de arcilla que nutrían las necesidades del alfarero de Agua Tibia pensamos, como hemos señalado con anterioridad, que el barro utilizado para los trabajos finos pudo haberse obtenido en la zona de Chuipachec (paraje situado en el camino que desde San Cristobal Totonicapán se dirige a Santa María Chiquimula) una región que, como afirma Fox (1978: 171), aún hoy nutre de arcilla al Quiché.

Manos, piedras de moler, machacadores y otros artefactos procedentes de canteras de lava y basalto volcánico pudieron comerciarse con algunas poblaciones de las inmediaciones del valle de Nahualá, como Santa Catarina Ixtahuacán o Sija (Fox, 1978: 155). Hoy día, sábado tras sábado se instalan en el mercado de San Miguel Totonicapán los comerciantes de Nahualá que traen, atravesando a pie las montañas que separan ambos valles, los mencionados artículos de piedra; un sistema que no parece haberse alterado en gran medida desde tiempos prehispánicos.

Otros productos más difíciles de localizar tales como el ágave, planta que se emplea para la confección de cesterías, o algodón para vestidos, así como diversos tintes, debieron también ser objetos de intercambios entre yacimientos cercanos.

8.0.1. Intercambios a nivel regional.

El mantenimiento de transacciones comerciales con comunidades alejadas que encarecían el costo de los productos debido a la distancia y a los gastos que originaba el transporte de tales bienes implicó, a su vez la posesión o manufactura de bienes competitivos con los que efectuar el canje. El acarreo de cerámicas lujosas y finas como la vasija perteneciente al Grupo Cerámico Saxché Polif-

cromo encontrada en el cementerio, o los delicados vasos estucados -que en multitud de ocasiones debieron haber perdido el estuco antes incluso de llegar al mercado-, causó necesariamente su encarecimiento y, en buena medida, una distribución limitada a las gentes que los podrían adquirir. Agua Tibia consiguió este producto especializado: la cerámica rojo sobre crema. En efecto, aunque tal artículo pueda no ser originario y exclusivo del yacimiento, puesto que ya había sido desarrollado con anterioridad en Zacualpa y Zeculeu, un hecho es cierto: fue manufacturada en el sitio o en los alrededores del valle, y su aparición en determinados centros muy alejados de la bocacosta puede deberse a la existencia real de tales intercambios.

Constituya o no la cerámica correspondiente al Grupo Cerámico Jelic Rojo sobre Crema un producto especializado con valor competitivo suficiente para adquirir mediante intercambio otras cerámicas finas, procedentes de sitios tan alejados como el área de Nebaj o de la llanura costera del Pacífico, o hayan sido los excedentes de granos que sin duda debió proporcionar el fértil suelo del valle, el hecho es que en Agua Tibia apareció una buena cantidad de materiales -de los cuales algunos pueden considerarse artículos de lujo- que se trajeron de lejos y debieron costar buenos sacrificios a la familia campesina y artesana que lo habitó. En cualquier caso, en el yacimiento se han extraído una serie de artículos procedentes de zonas muy retiradas que trataremos de comentar a continuación:

Dentro de ese sistema de intercambios la obsidiana parece adquirir mucha importancia como artículo de comercio: este material debió de llegar al asentamiento en forma de núcleos semimanufacturados o completamente terminados, ya que la cantidad tan abundante de éstos y de desecho de talla y lascas que se localizaron

en las unidades de habitación -fundamentalmente en la vivienda nº 2- así parecen indicarlo. Tales núcleos ya acabados desde la cantera se pudieron transportar mejor y en más cantidad por comerciantes que controlaban los intercambios desde su lugar de origen hasta la entrega en las comunidades a las que el producto estaba destinado. El aprovechamiento de restos de núcleos para la confección de raederas, hojas, perforadores y cualquier otro tipo de artefactos, así como de algunos fragmentos de desecho, son suficientemente indicativos del alto coste de este material, aunque éste nunca llegara a ser tan elevado como para otras poblaciones emplazadas en las tierras bajas.

El cinabrio fue también un producto explotado por comunidades del altiplano, y objeto de un intenso comercio tanto en estas zonas como en las tierras bajas (Thompson, 1979: 182) en el caso concreto de Agua Tibia se utilizó de manera especial en la decoración de las fachadas de las casas: diversos restos de barro alisado por una de sus superficies y decorados con pigmento rojo han sido recuperados junto a las construcciones descubiertas. Asimismo, aunque de manera no tan abundante, al menos un individuo localizado en el cementerio fue completamente cubierto con pigmento rojo -quizás cinabrio-, práctica muy común en las costumbres funerarias de Mesoamérica y de otras regiones del continente americano.

Seguramente, también se importaron hachas de barro, aunque no hemos podido identificar la cantera de procedencia de tales objetos. Los yacimientos de este material son muy escasos a lo largo de toda la República de Guatemala, pero sin duda alguna todos están localizados en macizos montañosos de las tierras altas, apareciendo el afloramiento más cercano de que hasta ahora tenemos noticia al pie de los Cuchumatanes (Bonis, comunicación

personal).

Otro producto procedente del altiplano que se debieron de procurar las gentes de Agua Tibia, e juzgar por las muestras sacadas en las ofrendas del enterramiento, fue el copal. McBryde (1969: 212) afirma que con anterioridad a 1930 el copal consumido en varios centros de las tierras altas procedía de Cuilco; sin embargo, hoy día se extrae fundamentalmente en los alrededores de Santa María Chiquimula para después venderse en el área de Quetzaltenango y Totonicapán, aunque también existe explotación de esta resina en Sacapulas. Por otra parte nuestros informantes en San Miguel Totonicapán (Sra. Batz y Emilio Bulux) nos indicaron que se trata de un producto procedente de las Verapaces y de una región enclavada al norte del Quiché, lo cual parece coincidir con la idea de Ximenez (1967: 242) acerca de que el copal se obtenía en tierra caliente (3). En cualquier caso, y sea cual fuere su procedencia, no existen especies arbóreas de copal en el área de aprovisionamiento del yacimiento, por lo que necesariamente tuvo que ser obtenido en las regiones más alejadas.

Pero los artículos procedentes de comunidades retiradas que más se apreciaron debieron ser las cerámicas: como ya se ha comentado en anteriores ocasiones (Iglesias y Ciudad, 1980 ms), y se ha repetido a lo largo de la presente exposición, existen en Agua Tibia dos grandes conjuntos elaborados a partir de la procedencia de las piezas: (a) tipos autóctonos, que se manufacturaron en el mismo yacimiento o en otros relativamente cercanos; y (b) tipos importados cuyos lugares de origen se emplazaban bien en el resto de las tierras altas y las Verapaces, bien en la bocacosta y en la llanura costera del Pacífico. A pesar de que resulta ciertamente difícil establecer las fuentes concretas a partir de las cuales determinar el origen de estas cerámicas, podemos afirmar de mane-

ra muy amplia que los grupos Wech Negro, Xibal Negro Estucado, Che malá Rojo Pulido y Latz Balnco pudieron haber sido comerciados con otros sitios del altiplano norte; mientras que el grupo Saxé Polícromo y el vaso perteneciente al grupo Poval Negro Pulido pa recen estar indicando la existencia de relaciones con la Alta Ve rapaz y el drenaje del Chixoy. Naturalmente, con esto no queremos decir que la relación comercial haya sido directa, sino que tam- bién cabe la posibilidad de que los habitantes de Agua Tibia tu- vieran acceso a ellas en centros intermedios tan importantes co- mo para concentrar el comercio interregional.

Pero conexiones tan intensas como las mantenidas con otros sitios de las tierras altas debieron de existir con poblaciones emplazadas en la llanura costera: la intensidad de este tipo de relaciones, así como la enumeración de los artículos intercam- biados entre estas dos zonas complementarias desde el punto de vista ecológico, ha sido puesta de manifiesto por una gran canti- dad de estudiosos de manera que, seguramente, Agua Tibia puede constituir un caso más de la solidez de tales contactos. La pre- sencia de tipos cerámicos tan característicos como San Juan Plo- mizo, Zozot Rojo Marruecos, Tiquisate e, incluso Umal Rojo Fino refuerzan la idea de la importancia que debieron tener las men- cionadas relaciones, a la vez que confirman el valor de la vía comercial que presupone el río Samalá.

Con seguridad, el paquete de productos que se pudo comerciar, tanto con comunidades de las tierras altas como de la bocacosta, fue muy superior al perfilado en estas líneas, y su enumeración teórica puede ser consultada en diversas publicaciones (Thompson, 1979), pero hemos preferido referirnos con exclusividad a los ma- teriales arqueológicos rescatados en Agua Tibia para ceñirnos más a la realidad. Con todo, pienso que estos son suficientes para de

terminar que el proceso de especialización regional que tan típico fue a lo largo de todo el período Clásico Tardío en la zona maya, no debió de ser del todo ajeno a los habitantes del yacimiento M-5. Seguramente, este proceso se inició en el sitio como un desarrollo local de la cerámica rojo sobre crema a partir de patrones importados de centros vecinos como, por ejemplo, Zacualpa, y la consecuencia inmediata pudo ser la iniciación de un intercambio a nivel local de tal producto que, desde el momento en que pudo desarrollarse y hacerse más competitivo, transgredió las fronteras del valle y sus alrededores para extenderse a otros lugares más alejados. A su vez, esta industria les permitió tener acceso a diferentes bienes suntuarios utilizados en ocasiones especiales de diversa índole, aunque una de sus manifestaciones más visibles sea su empleo como ofrendas funerarias en el cementerio.

Notas al capítulo VIII.

- (1) Seguramente, las hojas y tallos envejecidos de maíz fueron utilizados como fertilizantes. No teniendo, al parecer ningún tipo de animales domésticos que pudieran proporcionar suficiente basura para utilizar como fertilizante, tuvieron que depender de los propios desperdicios de la casa y de hojas y ramas secas, además de la ceniza obtenida de la quema de las cañas tronchadas ya secas que se habían abandonado en el proprio terreno cosechado. Este conjunto de materia orgánica se debió complementar con la recolección de basura vegetal.
- (2) Hemos de tener en cuenta que en este cálculo establecido por Ferraté Felice (1977) no se han contabilizado las calorías y proteínas que pudieran proporcionarse por medio de otras fuentes, tales como la recolección de alimentos, caza y pesca.
- (3) "Abundan mucho aquestos árboles que son bien grandes, y de hoja menuda, todas las tierras calientes de la América, y más si son pedregosas, donde ellas se crían mejor entre peñascos. Dél se saca una goma, picando el palo, que era su incienso en el tiempo de su gentilidad. Con que sahumaban a sus ydolos y hoy lo usan para los santos, por no tener ellos otro incienso. Es de muy penetrante olor, de modo que puede fastidiar. Tam- bién lo mascan los indios para que les huelan bien la boca".

100

CAPITULO IX: El sistema funerario
en Aqua Tibia.

Con el fin de aclarar una serie de cuestiones que se nos habían planteado en la excavación de las unidades de habitación, el horno y el temazcal, decidimos levantar una serie de catas en una pequeña parcela de terreno situada entre los sectores X e Y (fig. 9). El motivo fundamental de esta investigación era establecer el patrón de habitación existente en el yacimiento, el cual nos permitiera además realizar un cálculo de población lo más exacto posible y, también verificar la presencia y función de algunos rasgos culturales que habían sido relevantes en el transcurso de la excavación de las viviendas. En general, las características físicas de la parcela levantada no diferían mucho de las presentes en el resto del sitio, a no ser por la presencia de una capa de tierra fértil bastante más superficial, ya que ocupaba la zona más baja de las laderas del cerro. Por otro lado se trataba de una parte que de manera tradicional había estado ocupada por bosque de pino rojo tan abundante en las pequeñas colinas y laderas del valle, pero que desde hacía dos años se había roturado para el cultivo del maíz, razón por la cual los restos culturales ocultos en ella se habían mantenido sin que sucesivos trabajos agrícolas hubiesen podido avisar de su presencia y, consecuentemente, ser saqueados. No obstante, esta combinación del estrecho manto vegetal con el bosque de pinos hizo que los vestigios ocultos, en concreto un cementerio, aparecieran removidos hasta tal punto que algunos enterramientos no pudieron ser identificados de manera satisfactoria.

El cementerio en cuestión, estaba situado a 11 m. al este de la casa nº 2 y a unos 65 m. del basurero, ocupando un área de 4,5 por 6 m. de lado (fig. 9). Su excavación se inició por el sistema de zanjas levantadas por niveles artificiales de 0,15 m. de espesor cada uno pero, una vez detectada la presencia de restos óseos,

decidimos agrupar todos los materiales culturales en un estrato único, ya que en realidad se trataba de un mismo área que se consiguió al nivelar una pequeña porción de las faldas del cerro que domina el yacimiento. El área de enterramiento fue completamente aislada en sus cuatro direcciones, no habiéndose descubierto delimitación alguna a no ser por la ofrenda colocada junto al pequeño altar localizado en el lado oeste del cementerio.

En términos generales, puede considerarse que los múltiples métodos empleados por las comunidades prehistóricas para inhumar a sus muertos constituyen un importante cuerpo de datos acerca del complejo ritual y ceremonial por ellos empleado, el cual permite realizar inferencias a diferente nivel, tanto en el ámbito económico y social como en el estrictamente religioso. En orden a sistematizar tales informaciones y a establecer las mencionadas inferencias, varios estudiosos han propuesto determinados planteamientos (Sprague, 1968; Binford, 1971) que pueden ser muy útiles a la hora de perfilar las características de cada enterramiento en particular. En el presente capítulo vamos a tener en cuenta tales consideraciones con el fin de delimitar la dimensión social de las inundaciones, aunque podemos adelantar que la característica fundamental del cementerio descubierto fue la de su uniformidad. En total se descubrieron 16 enterramientos con sus correspondientes ofrendas, los cuales aparecieron en las condiciones que a continuación trataremos de analizar (fig. 84).

9.0. Descripción de los enterramientos.

E-1: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Los restos descubiertos estaban dispersos por un área enclavada a 1,40 m. de la pared norte; 3,90 de la pared sur;

a 1,23 m. de la este y a 2,65 m. de la oeste. Su profundidad media era de 1,07 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada, aunque existen indicios de que el individuo estaba sentado y caído del lado izquierdo, mirando hacia el norte.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido por una losa de piedra.

Ofrenda:

(a) Cuenco de paredes curvas hacia el exterior, boca ancha y borde recto perteneciente al grupo Jelic Rojo sobre Crema. Está decorado con pintura roja que forma un diseño de doubles círculos concéntricos asociados a volutas dispuestas en sentido divergente que, en un total de tres pares, alternan con series de círculos de pintura negativa (Lám. XXIIc).

(b) Vaso profundo muy fragmentado perteneciente al Grupo Cerámico Xibal Negro Estucado.

(c) Fragmento grande de metate con dos patas y superficie de molienda plana (Lám. XXXVIa).

Restos óseos: Sólo se han podido rescatar varias piezas dentarias incompletas y astillas de diáfisis de huesos que pertenecen a un individuo adulto. A pesar de que ha sido imposible establecer el sexo a partir de los análisis óseos, la presencia de un gran fragmento de metate parece indicar que nos encontramos ante los restos de una mujer.

E-2: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: A 1,80 m. del lado norte; 3,40 m. del sur; 2 m. de la pared este y 1,95 m. de la oeste. Su profundidad media era

de 0,96 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Masculino.

Posición: Flexionado-sentado y orientado, quizás, hacia el nortee-noreste.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido (?) con un comal.

Ofrenda:

(a) Cuenco perteneciente al grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes inclinadas hacia el exterior, borde recto y labio redondeado, dejando una boca ancha. Está decorado con seis círculos concéntricos que rodean la forma, entre los cuales aparece pintura negativa enmarcándolos (Lám. XXIIa).

(b) Vaso profundo de paredes rectas y base plana, el cual está bastante quebrado. El ejemplar pertenece al grupo Xibal Negro Estucado.

(c) Gran fragmento de comal del tipo Bulux Rojo Liso que presenta manchas negras indicativas de que en su interior se quemó materia orgánica (Lám. XVib).

Restos óseos: Los restos recuperados constan de fragmentos de dos diáfisis de tibias incompletas, una izquierda y otra derecha y diáfisis de un húmero derecho, las cuales estaban quebradas y separadas de diversas piezas dentarias, y sumamente destruidas por una gruesa raíz.

E-3: (Apéndice F, Cuadro 12)

Localización: Restos dispersos a 2,47 m. de la pared norte; 2,40 m. de la sur; 2,05 m. de la este y 1,33 de la oeste. Profundidad media: 1,21 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido por una losa de piedra.

Ofrenda:

(a) Cuenco correspondiente al grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Base redondeada. Está decorado con tres pares de círculos concéntricos situados justo debajo del borde y limitados por una línea de pintura roja. A partir de ella salen hacia la base pares de líneas recto-onduladas que se disponen en sentido vertical (Lám. XXIIb).

(b) Vaso profundo de paredes rectas y base plana que pertenece al grupo Xibal Negro Estucado y conserva aún restos de estuco azul y blanco (lám. XXIXh).

Restos óseos: Sólo existen tres piezas de cráneo, dientes y varias astillas de huesos largos de un individuo adulto.

E-4: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Los restos estaban dispersos a 1,12 m. de la pared norte; 3,38 m. de la sur; 0,28 m. de la oeste y 3,32 m. de la oeste. Profundidad media: 0,97 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Femenino.

Posición: Flexionado-sentado y orientado hacia el oeste.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido por dos pequeñas losas de piedra.

Ofrenda:

(a) Cuenco perteneciente al grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes y borde evertidos, dejando una boca ancha. Decorado con un círculo

culo del que salen cuatro volutas en sentido opuesto cada una de ellas. El diseño se repite tres veces, alternando con motivos de pintura negativa (Lám. XXVIe).

(b) Cuenca del grupo Jelic Rojo sobre Crema que presenta paredes hacia el exterior y boca ancha. Base redondeada. Tres líneas de pintura roja lo rodean; entre las dos de arriba aparecen pares de diseños muy estilizados que son interpretados como cabezas de pájaro de largo pico (Lám. XXIIIa).

(c) Cuenca del grupo Jelic Rojo sobre Crema de paredes curvadas hacia el exterior, boca ancha y base redondeada. Está decorado con sucesivos círculos concéntricos que se disponen debajo del borde y tienen unas pequeñas líneas adheridas que pueden constituir un diseño aún más estilizados de máscaras de pájaro.

(d) Vaso perteneciente al grupo Xibal Negro Estucado que tiene paredes rectas y base plana.

(e) Pequeña vasija zapato perteneciente al Grupo Cerámico Bulux Rojo (Lám. XVIIf).

Restos óseos: Se han recogido algunos fragmentos de cráneo, la mitad del lado derecho del cuerpo de la mandíbula, algunas piezas dentarias incompletas y astillas de diáfisis de huesos largos en un radio muy disperso. Junto a uno de los huesos largos aparece una gran mancha roja -quizás cinabrio- que debía de cubrir el cadáver, manifestando la práctica de una costumbre muy común entre los pueblos mesoamericanos.

E-5: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Situado a 1,15 m. de la pared norte; 4,5 m. de la sur; 3,10 m. de la este y 1,08 de la oeste. La profundidad media del enterramiento es de 1,18 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Masculino.

Posición: Flexionado-sentado y de orientación indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido por una losa de piedra.

Ofrenda:

(a) Gran fragmento de apaste característico del tipo Bulux Rojo Liso que presenta en su exterior enormes manchas ennegrecidas por el fuego, y materia orgánica (entre la que destacan restos de xilote, mazorca de maíz desgranada) calcinada en su interior (Lám. XVI).

(b) Seis fichas de cerámicas que habían sido colocadas en el interior del apaste y sobre la materia orgánica quemada, presentando completamente ennegrecida una de sus superficies.

Restos óseos: Sólo se ha extraído un fragmento de apófisis mastoidea; astillas de diáfisis de huesos largos y un trozo de diáfisis de fémur derecho de un individuo adulto, el cual estaba literalmente apisonado por la losa que en un principio le había servido de protección.

E-6: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Restos dispersos a 3,65 m. de la pared norte; 1,50 m. de la sur; 2,46 m. de la este y 1,14 m. de la oeste. Su profundidad media es de 0,97 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido con una gran losa de piedra un tanto desplazada de él.

Ofrenda:

(a) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes rectas y base plana. En su superficie externa presenta un doble círculo con céntrico de pintura roja, del cual salen cuatro volutas en direcciones opuestas, diseño que está enmarcado con pintura negativa (Lám. XXIVd).

(b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes curvadas ha cia el exterior y boca ancha. Está decorado con motivos de pintura roja sin identificar, que alternan con reducidos círculos de pintu ra negativa y se sitúan debajo del borde (Lám. XXId).

(c) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado con la figura de un pájaro de muy bella factura que está en actitud de reposo y se a- poya sobre una línea de pintura roja, manteniendo las alas un tan to desplegadas (Lám. XXIIIb).

(d) Fragmentos de un vaso profundo correspondiente al grupo Xibal Negro Estucado.

(e) Pequeña piedra pómez de forma redondeada en la que se han prac ticado dos pequeños orificios a modo de ojos y un trazo recto muy simple que parece simular la boca de una persona (Lám. XLIIIfc).

Restos óseos: Los restos rescatados constan de una porción de tem poral (cavidad glucoidea) y de mandíbula sumamente destruidos. Las piezas dentarias, tanto las superiores como las inferiores, están muy desgastadas y sufren una muy fuerte atrosión.

E-7: Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: A 1,60 m. de la pared norte; 4,62 m. de la sur; 2,46 m. de la este y 1,46 m. de la oeste. La profundidad media es de 1,34 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Al parecer, flexionado-sentado y orientado al norte.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido por una losa de piedra.

Ofrenda:

(a) Cuenco del grupo Jelic Rojo sobre Crema de paredes rectas e inclinadas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado por dos elipses alargadas que se cruzan, las cuales alternan con algún trazo de pintura negativa de carácter zonal (Lám. XXIIb).

(b) Cuenco del grupo Jelic Rojo sobre Crema con paredes dispuestas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado con la figura de un individuo que guarda una actitud de danza y está coronado con la máscara de un pájaro, de cuya parte posterior sale una pluma. Todo este diseño está delimitado por líneas verticales y horizontales de pintura roja y se repite, alternando con pintura negativa que forma un diseño de trébol de cuatro hojas (Lám. XXV e-f).

(c) Vaso profundo de paredes rectas que identifica al grupo Xibal Negro Estucado. La pieza se apoya sobre tres pequeñas protuberancias macizas (Lám. XXIXg).

(d) Vaso profundo perteneciente al grupo Umal Rojo, en cuyo interior se encontraron 10 pequeños camahuiles de copal parcialmente quemados (Lám. XXXII; XLIIIe).

(e) Fragmentos correspondientes a una vasija del tipo Bulux Rojo Liso que presenta toda su superficie externa ennegrecida por manchas de fuego, pero que no contenía restos de materia orgánica en su interior.

Restos óseos: Los huesos aparecen muy fragmentados debido a que la losa que en un principio los protegía estaba directamente sobre ellos: se trata de un fragmento de cráneo, trece coronas dentarias -algunas de ellas con bastante desgaste- y varias astillas de huesos largos.

E-8: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: A 1,88 m. de la pared norte; 3,40 m. de la sur; 3,19 m. de la este y 0,50 m. de la oeste. Profundidad media: 1,27 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto joven.

Sexo: Femenino.

Posición: Flexionado-sentado con los brazos cruzados por fuera de las piernas que están recogidas sobre el pecho. El cráneo, bastante destrozado, está mirando al norte.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrenda:

(a) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes rectas y boca ancha. Está decorado con una figura humana en movimiento, quizás danzando, que tiene la cabeza cubierta con una máscara de pájaro de largo pico. De la parte de la espalda sale lo que se ha interpretado como las alas extendidas del ave representada. Con esta figura alterna un diseño de pintura negativa en forma de trébol de cuatro hojas (Lám. XXVd).

(b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes redondeadas y boca ancha. En esta ocasión, la decoración corresponde a un diseño simple muy estilizado pero que, a mi entender, está también en la línea de representaciones de máscaras de cabeza de pájaro que caracterizan esta cerámica. No tiene pintura negativa (Lám. XXIIe).

(c) Cuenco correspondiente al grupo Wech Negro que tiene silueta compuesta, ligeramente carenado (Lám. XXVIIIa).

(d) Pequeña vasija-efigie característica del grupo Tiquisate que está decorada con un rostro humano de muy bella factura que se ha realizado mediante modelado (Lám. XXXI g-h).

Restos óseos: El individuo recuperado consta de un fragmento de cráneo y una porción de diáfisis de fémur izquierdo y derecho, un fragmento de omóplato y dos huesos de radio. Las piezas dentarias (cinco coronas) presentan poco desgaste.

E-9: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Se sitúa a 3,10 m. de la pared norte; 1,28 m. de la sur; 0,12 m. de la este y 3,02 m. de la oeste. Profundidad media: 1,13 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto joven.

Sexo: Femenino.

Posición: Flexionado-sentado con una orientación indeterminada.

Tipo de enterramiento: Bencillo y protegido por una losa.

Ofrenda:

- (a) Cuenco de paredes rectas hacia el exterior y boca ancha que pertenece al grupo Jellic Rojo sobre Crema. Está decorado con un estilizado pájaro de bello trazado delimitado por líneas de pintura roja. No tiene pintura negativa (Lám. XXIVf).
- (b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes rectas y boca ancha. Está decorado mediante la figura de un animal acerca del cual no nos atrevemos a hipotetizar (Lám. XXIVe).
- (c) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes dispuestas hacia el exterior y boca ancha. En su superficie externa se ha colocado la figura de un danzante enmascarado con la cabeza de un pájaro, aunque en esta ocasión la ejecución del motivo aparece un tanto descuidada. Este diseño, que se repite enfrentado, alterna con otro de pintura negativa en forma de trébol de cuatro hojas (Lám. XXVIa).
- (d) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes rectas y bo

ca ancha. Está decorado con la figura de un danzante enmascarado con la cabeza de un pájaro de cuyo largo pico salen pequeños puntos que parecen representar el símbolo de la palabra. De su espalda sobresale un diseño triangular que hemos interpretado como las alas extendidas del ave (Lám. XXVc).

(e) Vasija-zapato con pitorro y asa estribo que pertenece al tipo Bulux Rojo Liso (Lám. XVIg).

(f) Vaso profundo excesivamente fragmentado que pertenece al grupo Xibal Negro Estucado.

Restos óseos: Los huesos rescatados pertenecen a un fragmento de cráneo, parte de la rama mandibular del lado izquierdo y parte de una diáfisis de húmero derecho. Además, varias piezas dentarias con poco desgaste, de las cuales dos incisivos laterales superiores presentan decoración dentaria del tipo A-1, según la clasificación establecida por Romero (1958: 94; cuadro 12).

E-10: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: A 3,90 m. de la pared norte; 1,64 m. de la sur; 1,14 m. de la este y 2,18 m. de la oeste. La profundidad media es de 1,03 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Masculino.

Posición: Flexionado-sentado con los brazos cruzados sobre las piernas y orientado hacia el norte.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrenda:

(a) Cuenco perteneciente al grupo Wach Negro que está decorado con dos acanaladuras (Lám. XXVIIIe).

(b) Vasija muy quebrada perteneciente al tipo Bulux Rojo Liso, de

la cual se extrajeron algunos restos orgánicos calcinados sin identificar.

(c) Gran machacador de basalto volcánico (Lám. XLg)

Restos Óseos: Se han rescatado pequeños fragmentos de cráneo y mandíbula del lado izquierdo y astillas de diáfisis de huesos largos. Las piezas dentarias presentan una ligera atrición dentaria, perteneciendo una de ellas a un incisivo lateral decorado con una mutilación del tipo B-5 (Romero, 1958: 94; Cuadro 12).

Comentario: La asociación del único machacador colocado como ofrenda con un individuo de sexo masculino parece confirmar la hipótesis anteriormente apuntada de que este tipo de artefactos fue utilizado por el alfarero para la transformación de la arcilla. Además, puede indicar también que el individuo enterrado es el alfarero del yacimiento, aunque existe un fuerte contraste entre las ofrendas aparecidas en los demás entierros y la suya, donde no ha sido colocada ninguna pieza lujosa, ni siquiera un cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema, que supuestamente debió de hacer él. Por el contrario, además de la vasija de carácter doméstico, tiene asociado un tosco cuenco de tipo Xibal Negro Estucado Acanalado al que le ha desaparecido el engobe casi por completo. La contraposición tan evidente de ofrendas entre el E-10 y los demás enterramientos descubiertos parece indicar dos cosas: que la producción artesanal no gozara de ningún prestigio personal para la comunidad, idea que nos parece muy alejada de la realidad; o, más bien, que con la muerte de este individuo se paralizara la producción artesanal de la cerámica y, consecuentemente, la ofrenda con que se acompañó fue más sencilla y pobre. Naturalmente, este hecho implicaría que no se volviera a manufacturar tal cerámica y, ante la evidencia de que todos los entierros tienen cuencos pertenecientes al grupo Jellic Rojo sobre Crema como ofrenda, fuera el último en rea

lizarse y en cierto modo coincidiera con la ruina del yacimiento excavado. En principio, no disponemos de información suficiente para apoyar ninguna de estas cuestiones, aunque merece la pena reseñarlas como posibilidades.

E-11: Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Situado a 3,18 m. de la pared norte; 208 m. de la sur; 3,60 m. de la este y pegado a la pared oeste. Profundidad media: 0,63 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Adulto joven.

Sexo: Femenino.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrenda:

(a) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes y borde evértidos, dejando una boca ancha. Está decorado con la figura de dos individuos enfrentados en actitud de movimiento, quizás de danza. La cabeza en esta ocasión es más humana, aunque siempre presenta una especie de pico que nos recuerda a los diseños de pájaro (Lám. XXVIIc).

(b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes y borde evértidos y boca ancha. Está decorado con dos bellos pájaros enfrentados que tienen las alas extendidas y están delimitados por líneas de pintura roja. Las zonas libres y la superficie de la base, que es plana, están ocupadas por un diseño de pintura negativa que representa un trébol de cuatro hojas (Lám. XXVII a-b).

(c) Vaso profundo perteneciente al tipo San Juan Plomizo Liso de paredes algo dispuestas hacia el exterior y base plana (Lám. XXIX a).

(d) Dos grandes fragmentos pertenecen a una misma vasija del grupo Saxché Polícromo (Lám. XXXIj).

(e) Fragmentos de una vasija correspondiente al tipo Bulux Rojo Liso.

Restos óseos: A pesar del pésimo estado en que se encuentran los restos, se han podido identificar pequeños fragmentos de diáfisis de fémur y húmero y varias piezas dentarias incompletas con poco desgaste dentario.

E-12: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Se sitúa a 2,94 m. de la pared norte; 2,64 m. de la sur; 3,18 m. de la este y 0,52 m. de la oeste. Profundidad media: 1,17 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrenda:

(a) Cuenco correspondiente al grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Está decorada mediante una serie de pares de círculos concéntricos que se disponen debajo del borde y están delimitados por una línea de pintura roja (Lám. XXIVa).

(b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema que tiene paredes rectas y boca ancha. Está decorado por pares de diseños estilizados que parecen representar cabezas de pájaros. Los espacios libres de pintura roja están ocupados por pintura negativa (Lám. XXVa).

(c) Pequeño cuenco de silueta compuesta perteneciente al tipo Wech Negro Liso (Lám. XXVIIb).

(d) Vaso profundo de paredes rastas y base plana perteneciente al grupo Xibal Negro Estucado.

(e) Fragmento de apaste del grupo Bulux Rojo Liso que presentaba en su interior cierta cantidad de restos orgánicos calcinados.

Restos óseos: Se han recogido astillas de diáfisis de huesos largos y algunas piezas dentarias en pésimo estado de conservación.

E-13: (Apéndice F, Cuadro 12)

Localización: A 0,69 m. de la pared norte; 4,44 m. de la sur; 1,04 m. de la este y 2,78 m. de la oeste. Profundidad media: 0,88 m.

(fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Niño.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo y protegido por una pequeña losa.

Ofrenda:

(a) Pequeño cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado con círculos concéntricos que se disponen justo debajo del borde y están decorados por líneas horizontales y verticales (Lám. XXI Ib).

(b) Fragmento de cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de semejantes características formales que el anterior. Está decorado con la figura de un pájaro posado sobre una de las líneas de pintura que, en número de tres, rodean el cuenco. El ave tiene sus alas extendidas de un modo muy semejante al diseño que llevan los danzantes que suelen decorar estos cuencos. Además, presenta pintura negativa zonal (Lám. XXIII c).

(c) Fragmento de cuenco de silueta compuesta perteneciente al grupo Jellic Rojo sobre Crema. Está decorado por una serie de círculos

concéntricos que se disponen entre dos líneas de pintura roja y transcurren en sentido horizontal. A su vez, de una de ellas surgen pares de trazos verticales que finalizan en una nueva línea horizontal que delimita la base, donde tiene también pintura negativa de carácter zonal (Lám. XXVIIe).

(d) Cuenco de paredes dispuestas hacia el exterior y boca ancha que pertenece al grupo Wech Negro (Lám. XXVIIIId).

(e) Pájaro-silbato realizado a partir de la técnica de modelado (Lám. XXXIII a-c).

Restos óseos: En general, los restos estaban completamente destruidos, aunque se lograron rescatar diez piezas dentarias en muy mal estado de conservación, pero no lo suficiente como para determinar que se trata de un niño.

E-14: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: A 3,96 m. de la pared norte; 2,08 m. de la sur; 2,64 m. de la este y 0,50 m. de la oeste. Profundidad media: 1,11 m.

(fig. 84).

Estado de conservación: Deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Femenino.

Posición: Flexionado-sentado con orientación indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrendas:

(a) Cuenco del Grupo Cerámico Jellic de paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Presenta una decoración de círculos concéntricos de los cuales salen cuatro volutas en direcciones opuestas que se disponen debajo del borde, entre dos finas líneas de pintura roja.

(b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema de paredes rectas, bo-

ca ancha y base plano-convexa. Está decorado con la figura de un nuevo danzante cuya cabeza aparece cubierta con la máscara de un pájaro de largo pico. De su espalda sale un implemento a modo de ala desplegada. La pintura negativa rodea la silueta del danzante, que se repite al otro extremo del cuenco (Lám. XXVb).

(c) Vaso profundo del grupo San Juan Plomizo de paredes rectas a ligeramente combadas (Lám. XXIXb).

(d) Fragmento de cántaro del tipo Bulux Rojo liso.

Restos óseos: Este nuevo entierro está formado por un fragmento de cuerpo mandibular del lado izquierdo y astillas de diáfisis de huesos largos en muy mal estado de conservación. En cuanto a las piezas dentarias, aparecieron varios molares con una fuerte atrosión dentaria, y un incisivo central inferior muy deteriorado.

E-15: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: Está situado a 4,5 m. de la pared norte; 1,06 m. de la sur; 1,12 m. de la este y 2,80 m. de la oeste. La profundidad media es de 1,13 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Adulto.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrenda:

(a) Fragmento de cuenco del grupo Jelio Rojo sobre Crema de paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado con círculos concéntricos delimitados por una línea horizontal.

(b) Fragmento de apaste del grupo Bulux Rojo que presenta grandes manchas de cocción; de su interior fueron extraídos varios restos calcinados de carácter vegetal.

Restos óseos: El estado general del esqueleto y la ofrenda es pésimo, y sólo está representado por un fragmento de mandíbula.

E-16: (Apéndice F, Cuadro 12).

Localización: A 5,50 m. de la pared norte; 0,50 m. de la sur; 2,45 m. de la este y 2,05 m. de la oeste. Profundidad media: 1,34 m. (fig. 84).

Estado de conservación: Muy deficiente.

Edad: Posiblemente adulto.

Sexo: Indeterminado.

Posición: Indeterminada.

Tipo de enterramiento: Sencillo.

Ofrenda:

(a) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes curvadas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado por tres líneas de pintura roja que dividen la forma y la rodean. Entre las dos primeras se ha colocado un diseño de pintura negativa formando pequeños círculos, y debajo de ellos pintura negativa zonal (Lám. XXIII d, e).

(b) Cuenco del grupo Jellic Rojo sobre Crema con paredes rectas hacia el exterior y boca ancha. Está decorado mediante la figura de un individuo danzando que aparece enmascarado con la cabeza de un pájaro y plumas extendidas. Toda la figura está enmarcada por pintura negativa y delimitada por líneas de pintura roja que transcurren en sentido vertical y horizontal. Este motivo se repite dos veces, aunque alternando con un diseño de pintura negativa que representa un trébol de cuatro hojas (Lám. XXVIa).

Restos óseos: Sólo se han rescatado astillas de hueso en muy mal estado de conservación, y siete fragmentos de piezas dentarias que indican la presencia de un individuo posiblemente adulto, pero del que nos ha sido imposible determinar más características.

9.1. Comentarios.

La mala conservación de los restos óseos y el estado de dispersión en que se encontraban han hecho que el análisis óseo sea demasiado restringido, de tal manera que no nos ha sido posible establecer ningún dato métrico (estatura, índices, etc.) ni realizar un estudio osteopatológico, razón por la cual únicamente hemos descrito el material fundamentándonos en algunos rasgos de carácter morfológico. La acción de las raíces del bosque de pinos que hasta hace dos años poblaba la zona ha hecho que en gran número de ocasiones los huesos aparecieran removidos, cambiados de lugar y dispersos en un área bastante grande. Pero a pesar de esta dificultad, se ha podido establecer una serie de elementos que consideramos interesantes a la hora de definir el cementerio excavado:

En total se rescataron 16 esqueletos de los cuales seis eran mujeres, tres de sexo masculino y ocho de sexo indeterminable. En cuanto a la edad, tres eran adultos jóvenes (21 a 35 años); 12 adultos, sin que podamos especificar el grupo de edad a que pertenecen, y uno era un niño.

De todos los restos óseos extraídos, únicamente nos fue posible efectuar un estudio de las piezas dentarias, algunas de las cuales tenían caries, sobre todo de corona. Además, aunque el desgaste dentario no debe tomarse como un estado patológico, varias de estas piezas —de modo más abundante molares y premolares— lo presentaban. Tal desgaste se debía fundamentalmente al tipo de alimentación que consumían y, en concreto, a la ingestión de maíz mezclado en muchos casos con restos de minúsculas esquiras que se debían desprender de las manos de moler y matates al efectuar su molienda.

Por último, de las pocas prácticas detectadas sobre estos enterramientos tan deteriorados, merece la pena señalar la evidencia de dientes limados en dos de los esqueletos: los incisivos laterales superiores del E-9 presentaban mutilación dentaria del tipo A-1, así como los incisivos laterales superiores del E-10 tenían decoración del tipo B-5 (1).

En cuanto a las características generales del cementerio, pensamos que estaba formado por entierros sencillos de carácter múltiple y primarios. El sistema aparecido en Agua Tibia fue, pues, aquel típico de las comunidades campesinas del área maya, el cual se situaba en el piso de las viviendas o detrás de ellas, tradición que parece iniciarse durante el período Preclásico Medio en el Petén (Wauchope, 1934: 158-159; Ruz, 1968: 152-153), y se continúa a través de la historia maya y del período Colonial de manera muy extendida desde Yucatán (Roe, 1943: 28) a la Verapaz (Ximénez, 1929, I: 100) y el área quiché (Ximénez, 1967: 34-35). En la actualidad, tales cementerios tienden a desaparecer, pero aún existen entre ciertas comunidades kekch'és de Guatemala (Wisdom, 1961: 347), Tzeltales y choles de Chiapas (Villa Rojas, 1969: 224-225). Naturalmente, este tipo de inhumaciones está muy mal documentado desde el punto de vista arqueológico, dada la preferencia crónica por excavar grandes centros y el abandono del estudio de las unidades de habitación; en concreto, para el altiplano de Guatemala, Ichon (1979: 41) menciona su existencia en el sitio de Cauinal.

De los 16 esqueletos rescatados, al menos ocho presentaban protección en la cabeza por medio de grandes losas de piedra, rasgo que es interpretado por Ruz (1968: 151) como "un primer paso en la secuencia de proporcionar al muerto una protección material". Tal tradición se inicia durante el Preclásico Medio en que aparece en Chiapa de Corzo y se continúa hasta el Protoclásico, aunque en

algunos sitios persiste durante el Clásico Tardío: Zaculeu, Tazumal, Barton Ramie, San José y Jaina (Ruz, 1968: 151).

La posición que prevalece en el cementerio, sin que hasta ahora tengamos noticia de la existencia de ninguna otra, es el cuerpo flexionado y sentado con las piernas contraídas contra el pecho y los brazos cruzados sobre ellas. En general, este tipo de posición aparece en diversos sitios de las tierras bajas mayas durante el período Clásico Tardío, tales como Uaxactún (Wauchope, 1934: 159) donde están asociados a montículos de casa; en San José IV-V (Thompson, 1939: 193-220), en Altar de Sacrificios (Smith, 1972: 213) y en Copán (Longyear, 1952: 47-50). En las tierras altas se manifiesta desde el Clásico Temprano, y es interpretado por Borhegyi (1965: 43) como un rasgo cultural altamente teotihuacanizado. En el altiplano norte está presente en Zaculeu (Woodbury y Trik, 1953: 286) y en Acul (Smith y Kidder, 1951: 25-26); en Chimal (Butler, 1959) y en Nebaj (Becquelin, 1969: 47-51) y Cauinal (Ichon, 1979: 41); en las tierras altas centrales se localiza desde Kaminaljuyú y otros sitios periféricos del valle de Guatemala para enterramientos de gente común (Brown, 1977: 301); en el altiplano oeste fue excavado un cementerio semejante al de Agua Tibia en Chukumuk, que fue fechado por Lothrop (1933: 24-26) para finales del Clásico Temprano o comienzos del Clásico Tardío. Tal tradición no se pierde con la conquista (Miles, 1957b: 749-750), sino que a finales del siglo pasado aún se seguía practicando por los Kekch'és de Cubilguitz, en Alta Verapaz (Sapper, 1897: 278).

En cuanto a la orientación que mantienen los esqueletos rescatados en Agua Tibia, es poco lo que podemos decir, ya que sólo se muestra en cuatro casos de manera un tanto clara: en tres de ellos (E-1, E-2, E-7) el cuerpo estaba orientado hacia el norte, y en un cuarto (E-4) hacia el oeste, pero nos encontramos ante un

problema común a todo el área maya. Como Ruz (1965: 460) señala, no existe un patrón definido, si bien hemos de reconocer que la posición más común fue la de la cabeza al norte y al sur, la cual predomina durante el período Clásico Tardío en el Petén, valle del Motagua y drenaje del Usumacinta. Por desgracia, no tenemos datos acerca de la orientación de los entierros aparecidos en el altiplano guatemalteco -excepto para Zaculeu, donde los flexionados aparecen con la cabeza hacia el sur-, lo cual no nos permite establecer ningún tipo de analogía.

La distribución de las ofrendas en el cementerio es, de igual manera, poco significativa y no parece guardar un patrón rígido: la tónica predominante consiste en colocar vasijas domésticas del grupo Bulux Rojo (apastes, comales, vasijas-zapato, cántaros, etc.) en las cuales suelen aparecer restos orgánicos de carácter vegetal indicativos del concepto de "viaje" que tenía la muerte, junto con otras más lujosas que honraban al individuo muerto. A esta regla existen dos excepciones: el E-5 que, además de un apasta, contenía siete fichas quemadas de cerámica ordinaria, cuya significación simbólica se nos escapa; el E-10, que junto a un cuenco muy tosco del grupo Uech Negro, tenía un gran machacador completo que puede ser indicativo de la presencia del alfarero del yacimiento, aunque curiosamente sea esta la ofrenda más pobre de todo el cementerio.

Por lo demás, existen grupos que se componen de dos (E-1, E-2, E-3, E-16); cuatro (E-6, E-7, E-8, E-11, E-12, E-13, E-14) y cinco piezas de carácter suntuario (E-4 y E-9). El artículo más común de que se componen son los cuencos del grupo Jelic Rojo sobre Crema decorados generalmente con figuras humanas danzando que tienen máscaras de pájaros y las alas extendidas, pájaros reposando con las alas extendidas y fragmentos de cabezas de aves muy es

tilizadas que, según la interpretación adelantada, podrían estar representando una danza macabra de la muerte. Junto a estas cerámicas producidas en el interior del yacimiento se colocaron otras que fueron comerciadas con diferentes comunidades del altiplano y de la bocacosta. De especial interés pueden ser los diez camahuiles de copal encontrados en el interior de un vaso profundo del grupo Umal Rojo Fino del E-7, dado por una parte que son objetos que siempre están asociados a contextos mortuorios en diversos sitios del altiplano oeste, y por otra que aparecen en número de 10, una cifra que en todo el área maya se asocia también a los mencionados contextos.

La decoración con pintura roja del recinto mortuario, del muerto y de su ofrenda es un rasgo muy común a toda la región maya, y ha sido interpretado como un intento de dar un aspecto vital al cadáver, aunque también puede estar asociado al contexto de resurrección: el color rojo cosmológicamente se corresponde con el este, lugar por donde sale el sol, resucitando después de su muerte del día anterior y de su estancia en el mundo de los muertos (Ruz, 1968: 186). Puede también ser un elemento no específicamente funerario, dada la costumbre de los mayas de pintarse el cuerpo de rojo en determinados ritos y ceremonias. Coe (1959: 135) sugiere que en el caso de los mayas "durante el Clásico y aún en tiempos más tempranos el uso de pigmentos rojos en enterramientos, y quizás también en vida, estuvo posiblemente limitado a individuos de alta posición social". Como señala Ruz (1968: 161-162), la pintura -hematites o cinabrio- puede ser aplicada directamente sobre las tumbas y sobre la ofrenda y sobre la piel y vestidos del individuo enterrado que, al desaparecer, se quedaba adherida al polvo de los huesos. En el caso concreto de Agua Tibia, esta vieja práctica se debió de ejercer de manera directa sobre el indivi

duo del E-4, que resultó ser uno de los más importantes de todo el cementerio. Cinabrio aplicado sobre los huesos aparece en Chiapa de Corzo y Mirador (Agrinier, 1975: 50), en Palenque, Piedras Negras, Nebaj, Uuxactún y Altar de Sacrificios (Smith, 1972: 220), Holmul, Guaytán y Jaina.

En definitiva, el cementerio de Agua Tibia, se practicó aprovechando la parte media y baja del cerro que delimitaba por el este el yacimiento a base de alisar el terreno sucesivamente, y se compone de 16 entierros sencillos de los cuales ocho -que pueden ser los más antiguos- presentan protección del individuo con losas de piedra. Su asociación especial con las viviendas sugiere que las gentes en él enterradas fueron sus ocupantes, sobre todo en el caso particular de la casa nº 2. Se trata, por consiguiente, de un cementerio perteneciente a un pequeño asentamiento campesino y artesanal en el cual la posición predominante fue la flexionado-sentado y orientado al norte, en un momento en el que los individuos de las clases sociales superiores -que habitaban en centros más importantes- eran enterrados en urnas, en cámaras y otros rasgos asociados a estructuras ceremoniales de importancia. A pesar de su carácter campesino, la presencia de cerámicas suntuarias procedentes de regiones muy alejadas parece indicar un momento de florecimiento económico en el yacimiento, el cual podría deberse a la producción artesanal de la cerámica del grupo Jolió Rojo sobre Crema y a sus posibilidades competitivas en determinados mercados.

La ausencia palpable de datos acerca de muertes violentas en Agua Tibia -aunque los huesos se encontraron en pésimas condiciones y se nos pueden haber escapado algunas evidencias- indica la posibilidad de que la historia de tal asentamiento fuera pacífica y tranquila, sin aparentes sobresaltos, hecho que coincide con la

localización del sitio en el valle abierto. Esta condición se ve reforzada, además, por la existencia de una mortalidad infantil muy baja (un individuo, o sea 6,25% de los esqueletos recuperados), y una mortalidad masculina y femenina bastante equilibrada (20% y 40% respectivamente), aunque el valor estadístico de estos datos puede ser escaso.

En cuanto a las prácticas rituales y ceremoniales empleadas, existe un buen número de ellas que reflejan un patrón ideológico acerca de la muerte común a toda la tradición maya, según el cual éste no es sino un estado de transición hacia la otra vida: tal idea viene indicada en Agua Tibia por la presencia de cerámicas domésticas que debieron de contener alimentos y agua para el viaje al más allá, así como los utensilios de cada persona en particular -metates, machacador, artículos de caza como el pájaro-silbato, artículos de riqueza y alto status, etc.- que sin duda le habrán de servir para desarrollar trabajos y situaciones semejantes a las que cada individuo protagonizó en vida. El empleo de una cerámica exclusivamente funeraria que sólo fue utilizada como ofrendas en el cementerio (Iglesias y Ciudad, ms), así como la decoración de pintura roja en contextos mortuorios o la representación simbólica de un ritual en la cerámica y la aperición de 10 camahuiles de copal calcinados, incluyen de manera clara este tipo de costumbres funerarias en la tradición ideológica maya con respecto a la muerte. Asimismo, la práctica de una decoración dentaria determinada (por desgracia, no hemos podido rescatar ningún cráneo en buenas condiciones que nos permitiera establecer otras manifestaciones indicativas del canon de belleza corporal en vigor) nos indica, junto con alguno de los rasgos expuestos en las páginas y capítulos anteriores, la situación del yacimiento en un contexto maya del Clásico Tardío.

Pero además de esa participación en la tradición cultural global del mundo maya, existen prácticas más localizadas que son comunes y características de los altiplanos oeste y norte y, más concretamente, del área ocupada por el pueblo quiché que indican, a su vez, la aplicación paralela de un simbolismo ritual a nivel regional: por ejemplo, los camahuiles de copal que, aunque en otros centros son de esteatita verde o de otros materiales, aparecen desde el Protoclásico al Postclásico Temprano siempre asociados a contextos funerarios del área quiché. No obstante, y de una manera más amplia, como simples figurillas debieron de estar dotadas de un valor mágico que sirviera de protección y ayuda, constituyendo entonces una práctica común al área maya.

Un patrón de enterramiento semejante al excavado en Agua Tibia pueda haber estado vigente al menos en un buen número de sitios de las tierras altas: en el caso concreto del altiplano oeste de Guatemala, sólo se han encontrado ejemplos semejantes en las márgenes del lago Atitlán, en Chukumuk II (Lothrop, 1933: 24-26); mientras que en el altiplano norte han sido descritos para Cauinal (Ichon, 1979: 41), y la excavación de asentamientos rurales o de los segmentos más bajos de los núcleos de población importantes podrán ser más ilustrativas a este respecto, aunque las lógicas diferencias simbólicas a nivel local y regional pueden dar lugar a una amplia variedad de rasgos dentro de tal patrón.

9.2. La ofrenda funeraria en Agua Tibia.

La ofrenda funeraria tuvo en Agua Tibia dos vertientes bien delimitadas: por una parte, existió una ofrenda individual para cada enterramiento en particular; por otra, una general emplazada en torno al pequeño adoratorio. Por desgracia, no hemos podi-

do recoger ninguna muestra de carbón para su análisis en el laboratorio, la cual nos hubiera permitido averiguar si el enterramiento fue contemporáneo a las prácticas ceremoniales realizadas en el pequeño altar o si éstas se llevaron a cabo en una de las etapas de su formación.

Este nuevo rasgo apareció en el pozo C-1, el cual tenía unas dimensiones iniciales de 2 por 1 m., pero luego se fue ampliando sucesivamente hasta empalmar con la pared oeste del cementerio. Se trata de una pequeña construcción a manera de altar levantada con los mismos materiales y sistemas que los empleados en la edificación de la vivienda nº 2: dos pequeños muros formados a partir de la colocación de piedras andesíticas de río, fragmentos de piedra de moler utilizados para tal fin y piedras pómez que se unían para formar un reducido recinto semielíptico. Las dimensiones de este adoratorio son de 1,30 m. en dirección este-oeste y 0,98 m. en sentido norte-sur, siendo la altura de 0,66 m.

En su interior y en sus alrededores más inmediatos se había colocado una serie de artefactos de origen domésticos empleados, sin duda, en rituales colectivos relacionados con los enterramientos:

(a) Dos vasijas de cuello corto y cuatro asas cada una pertenecientes al tipo Bulux Rojo Liso. Al parecer, una fue introducida dentro de la otra. Ambas presentaban manchas ennegrecidas en su superficie externa y se asentaban sobre una reducida capa de ceniza.

(b) Asociadas a ellas, y dispuestas de forma radial -recordándonos a las aparecidas en la ofrenda de fundación de la casa nº 1- se colocaron dos cuchillas de obsidiana enfrentadas a la boca de las vasijas.

(c) Ya en la parte baja de las paredes se rescató una pelota de piedra pómez muy aliada rasgo que, como se ha mencionado con anterioridad, aparece íntimamente relacionado con entierros en diver-

esos lugares del altiplano pero que, en el caso de Agua Tibia, no parece haber sido característico.

(d) Dos fragmentos de mango de incensario y uno de comal con enormes manchas negras que manifiestan haber estado en contacto directo con el fuego.

(e) Un gran fragmento de piedra perforada y de machacador, así como una más reducido de metate y de alisador que estaban embutidos en la construcción.

(f) Junto a estos materiales se han recogido también muestras diluidas de materia orgánica calcinada en el interior de las vasijas, así como varios huesos de animal, los cuales están a examen en el laboratorio.

A nuestro entender, nos encontramos ante un pequeño altar en el cual de manera simultánea o, quizás sucesiva, se han realizado determinados rituales. Al parecer, dados los materiales excavados, se trata de ceremonias comunes que pueden estar emparentadas con el culto a los antepasados del clan que había fundado y habitado las construcciones excavadas. La presencia de esta reducida construcción junto a artefactos de marcado carácter doméstico y su emplazamiento en una zona relativamente prominente del yacimiento, nos hizo pensar que en realidad nos encontramos ante un adoratorio semejante a los que en la actualidad están en uso en la mayoría de las comunidades indígenas. Si esta interpretación fuese válida, quedaría aclarada una importante parcela de la religiosidad del campesino maya durante el período Clásico Tardío en la cual, además de participar en ceremonias realizadas en centros ceremoniales de importancia provincial en conjunción con otras comunidades de la zona, estarían implicados única y exclusivamente en una serie de ceremonias a nivel particular o, intercomunal, participando en un sustrato folk que, en realidad, había perdido protagonismo

mo con la concentración de estos asuntos religiosos en manos de los sacerdotes especializados que habitaban los centros ceremoniales, pero que nunca habían sido totalmente olvidados y, menos, por parte de la población campesina (Borhegyi, 1956). El otro tipo de ofrenda funeraria, que es la individual de cada entierro, ha sido ya descrita en los párrafos anteriores.

Notas al capítulo IX:

- (1) La decoración dentaria de tipo A-1 consiste "en una muesca limada aproximadamente en el centro del borde, pero a veces se halla en la mitad mesial. Aparece en incisivos superiores e inferiores, así como en caninos superiores" (Romero, 1958: 35, 42). El proceso y fundamento de esta práctica ha sido descrito por Landa (1864: 182) en los siguientes términos: "tenían por costumbre aserrarse los dientes dexándolos como dientes de sierra y esto tenían por galantería y hacían de este oficio viejas, limándolos con ciertas piedras y agua". Mutilación dentaria del tipo A-1 aparece en Zaculeu (Steward, en Woodbury y Trik, 1953: 297-299; fig. 291k); Kaminaljuyú (Kidder, Jennings y Shook, 1946: 217); Baking Pot (O. Jr. Ricketson, 1929: 17-24); Santa Rita, Río Comayagua, Honduras (Steward, 1941: 120); en Labná, Yucatán (Saville, 1913: 388); en Jaina (Moedano, 1946: 15-16); en Santa Rosa, Chiapas (Delgado, 1965: 41) y en Barton Ramie (Willey y otros, 1965: 539-544). Para una distribución más detallada de esta práctica en las tierras bajas mayas ver Smith, 1972: 228-229).

La decoración dentaria del tipo B-5 "aparece en incisivos superiores centrales que constituyen un patrón especial en una sola dentadura" (Romero, 1958: 42). Este tipo de decoración aparece en San Aguatín Acaaguastlán (Steward, 1949: 23-24); Uaxactún (Smith, 1950; fig. 116 d-g) y en Bolsa de las Flores, Río Ulúa, Honduras (Steward, 1941: 121-122).

CAPITULO X: Conclusiones.

La excavación de un pequeño asentamiento enclavado en la parte baja de las laderas de uno de los cerros que dominan el valle de Totonicapán, aclara una serie de cuestiones que se han venido planteando por un buen número de estudiosos de las culturas prehispánicas de esta porción del altiplano guatemalteco, al tiempo que recuerda la necesidad cada vez más acuciante —dadas las especiales circunstancias socioeconómicas y políticas existentes en la región— de efectuar estudios arqueológicos que determinen el papel jugado por las comunidades residentes en esta amplia zona en el desarrollo cultural del área maya y de Mesoamérica como un todo. En síntesis, las conclusiones generales a las que hemos llegado a lo largo de la presente investigación son las siguientes:

La favorable situación del yacimiento en un fértil valle situado sobre suelos entre cuyas características fundamentales destacan el ser muy profundos y bien irrigados, con un alto contenido orgánico y difíciles de agotar, unida a la existencia de un ecotono fácilmente explotable y pródigo en recursos naturales, implican la posibilidad de la formación de aglomeraciones humanas. Tales condiciones han permitido que en el pasado el uso de la tierra no fuese intensivo en exceso, sino que se desarrollara en función de las características topoecológicas brindadas por el medio: de esta manera, una buena parte de la tierra debió dedicarse a la explotación forestal y cinegética, mientras que las partes bajas, los pies de las laderas y la base del valle fueron cultivadas permanentemente con un alto índice de productividad. Esta alta capacidad agrícola del suelo complementada por artículos procedentes de la recolección y la caza e, incluso, de la pesca, presupuso la existencia de un medio ambiente autosuficiente en términos de economía de subsistencia a lo largo de todo el período Clásico Tardío y Postclásico Temprano. Además de esta relativa facilidad en

la explotación de recursos de tal economía, su propia localización geográfica con respecto a otras comunidades humanas de mayor importancia permitió la existencia de contactos comerciales y culturales con zonas ecológicas muy diferentes pero complementarias para sus necesidades: en efecto, a la proximidad de la Meseta Quiché y el paso franco hacia el altiplano norte, hay que añadir su localización en una zona abierta con un fácil acceso al amplio valle de Quetzaltenango y a la cuenca del río Samalá. Este hecho implicó la posibilidad de intercambios y estrechos contactos culturales con diferentes poblaciones de las tierras altas del oeste y, sobre todo, del piedemonte y región costera del Pacífico que pidieron ser muy enriquecedores para su propio desarrollo.

La disposición del yacimiento en una de las zonas más desconocidas de los altos desde el punto de vista de la reconstrucción arqueológica le hace ciertamente interesante; por otra parte, su condición de pequeño asentamiento rural acentúa este interés, dadas las posibilidades de determinar qué papel jugaron este tipo de comunidades en el desarrollo del valle por un lado, y cuál fue su relación y dependencia con el exterior por otro. Por desgracia, son muy pocas las noticias que tenemos acerca de otras poblaciones vecinas durante el período Clásico Tardío (1), pero pensamos que el valle debió estar bien poblado mediante reducidos asentamientos muy semejantes en tamaño y complejidad al de Agua Tibia.

Cronológicamente, aunque todavía no contamos con los resultados de las muestras de carbono 14 llevadas al laboratorio, aparecieron marcadores de horizonte suficientes como para situar el yacimiento a finales del período Clásico Tardío y comienzos del Post clásico, coincidiendo de forma bastante exacta con el momento que Wauchope (1975, Cuadro 2) ha denominado Transición Pokom-Tohil en Zacualpa. Asimismo, también se ajusta a lo que, de manera más am-

plia, Stewart (1977: 69) denomina período Wukamak (700-1200 d.C.) en su periodización provisional de los sitios muestreados en la Meseta Quiché, aunque hemos de tener en cuenta que este autor también ha establecido este amplio período fundándose sobre determinados rasgos típicos aparecidos en la cerámica, y no a partir de muestras de carbón científicamente analizadas. De manera más concreta, en Agua Tibia existieron dos momentos de ocupación según parecen indicar los restos arquitectónicos excavados: el primero, y más importante, estuvo representado por la casa nº 2, el temezcel, el horno abierto de cerámica, el cementerio y el basurero, y a él pudo corresponder también la construcción de la vivienda nº 3. El otro, más tardío, estaba identificado de manera fundamental con la casa nº 1 y, quizás, con la nº 3. En conjunto, estos dos momentos de ocupación no parecen representar ninguna modificación de importancia en el proceso cultural, existiendo un pequeño lapso entre uno y otro; no obstante, aunque no existen datos que nos hagan pensar en la posibilidad de un cambio cerámico y artifactual, podemos afirmar —a la vista de los datos arquitectónicos recuperados— que la edificación de la vivienda nº 1, y posiblemente la excavada en el sector Y, responden a un estado de decadencia en el desarrollo cultural del sitio: en esencia, tanto los materiales como los sistemas de construcción empleados fueron los mismos para todas las estructuras; sin embargo, sirvieron para levantar edificios más ligeros, dotándolos de un carácter cercano a la provisionalidad, si bien ambas se encontraban en un muy avanzado estado de destrucción y nos es difícil determinar su función de manera definitiva y, en cierto modo, su posible provisionalidad.

A qué se debió la existencia de estos dos momentos de habitación cercanos en el tiempo no nos ha sido posible establecerlo por completo: un hecho cierto es que en el suelo de la vivienda

nº 2 y en el basurero aparecieron dos grandes fragmentos de viga de madera con huellas evidentes de incendio, lo cual podría indicar que el edificio se quemó y tuvo posteriormente que ser abandonado. La techumbre caída (recuperamos también restos de pajón quemado en algunos lugares de la habitación) rompió todos los útiles de cocina excepto aquellos de piedra basáltica, pero éstos quedaron in situ sin que existan huellas de saqueo que evidenciaren actos violentos de diversa naturaleza. Por otra parte, la cantidad y calidad de los materiales aparecidos en su interior indican que la casa no fue abandonada por migración, muerte de algún familiar o algún otro acontecimiento similar, ya que una buena cantidad de los utensilios y enseres propios de cada individuo que la habitaba se los habrían llevado con ellos. Desgraciadamente, la dispersión y destrucción de los esqueletos en el cementerio nos ayuda muy poco a la hora de esclarecer esta cuestión, aunque el equilibrado índice de mortalidad y la carencia de huellas que manifiesten la posibilidad de muertes violentas muestran una existencia pacífica y normal.

Si como suponemos la casa se quemó, al menos esta porción de yacimiento debió ser abandonada de inmediato y vuelta a ocupar en un corto espacio de tiempo por gentes que tenían una tradición cultural común a aquellos que habían ocupado con anterioridad la casa primitiva, pero este lapso fue lo suficientemente amplio como para levantar edificios menos costosos y más peracederos: este hecho pudo deberse a varias causas acerca de las cuales no tenemos aún la respuesta: (a) a un período de decadencia cultural en la región, idea que parece alejada de la realidad a pesar de que, en términos generales, el Clásico Tardío fue un período de bajo desarrollo en todo el altiplano; (2) a un momento de dificultades económicas que pudieron originarse a raíz de la destrucción y abandono de las estructuras que componían el yacimiento anterior; (3) o bien a una

etapa de intranquilidad social que pudo forzar a la construcción de edificios y patrones de vida más inestables en un determinado momento.

Existió, pues, un conjunto habitacional básico (2) compuesto de los siguientes rasgos: la casa nº 2, el temazcal, el horno de cerámica, el cementerio y el basurero. La distribución espacial de estos rasgos en el conjunto global del sitio hace pensar, como hemos señalado con anterioridad, en la existencia de dos franjas de ocupación claramente diferenciadas, las cuales estuvieron delimitadas por el camino que desde la carretera de Totonicapán lleva a Paquí, coincidiendo con el final del declive del cerro y el comienzo de la base del valle: la zona ocupada por la parte media y baja de las laderas fue ampliamente estudiada mediante la apertura de varias catas en una longitud superior a los 90 m. en dirección norte-sur de un total de 500 m., y entre los 30 y 60 m. en sentido este-oeste del total de 200 m. de ancho que ocupaba el yacimiento. En ella sólo hemos podido descubrir el cementerio que abarcaba una extensión de 4,5 por 6 m. y estaba situado, paralelo, a escasa distancia de la casa nº 2. Junto a él apareció también una pequeña construcción que hemos interpretado como un altar perteneciente, quizás, al linaje que la habitó. Este hecho, unido a la manifiesta ausencia de rasgos arquitectónicos y a la especial distribución en el sitio de la cerámica y los artefactos restantes, nos ha inducido a pensar que esta estrecha franja estuvo dedicada a la práctica de diversas manifestaciones de carácter ceremonial, entre las que alcanzaron relativa importancia aquellas que estaban asociadas a los enterramientos. Por otra parte, la zona de conjunción del inicio del cerro con la base del valle delimitaba el emplazamiento de las unidades de habitación y otras áreas de servicio las cuales, a su vez, debieron de estar rodeadas por sus correspondientes milpas

y campos de cultivo.

A nuestro entender, y según el esquema propuesto de conjuntos habitacionales que englobarían al menos la unidad habitacional básica y algún otro rasgo optativo (al cual no necesariamente tuvo que ser el baño de vapor y el horno, sino también graneros o diferentes habitaciones en las que pudo desarrollarse cualquier tipo de actividad especializada), el sistema de habitación predominante en el sitio sería el siguiente: en la parte media y baja de las laderas se dispondrían los enterramientos y, quizás, algún recinto de carácter sagrado -como el altar de linaje descrito- donde realizar prácticas religiosas con la participación de toda la comunidad; en la zona inmediatamente inferior conjuntos habitacionales separados unos de otros por sus respectivos campos de cultivo; por último, en una parcela llana -allí donde los materiales de desecho no han podido seguir deslizándose por la suave pendiente- los basureros pertenecientes a cada conjunto en particular. Un modelo habitacional de las características expuestas en este párrafo implicó que de los 100.000 metros cuadrados que ocupaba el área global del yacimiento, al menos entre 30.000 y 35.000 pudieran haber formado parte de ese área considerada "sagrada". Otra franja, que sería aquella destinada de manera exclusiva a la habitación y servicios asociados, debió ser aún más estrecha (quizás no más de 15 m. en dirección este-oeste) y transcurriría en sentido norte-sur a lo largo de los 500 m. ocupados por el sitio. Si tenemos en cuenta que la vivienda primitiva alcanzaba una extensión -incluida su área de servicios- de 120 metros cuadrados, que su longitud no sobrepasaba los 20 m. en sentido norte-sur y que esta, a su vez, debió de estar rodeada por sus campos de cultivo, podemos aventurar que el patrón de asentamiento definido en la excavación correspondía al de un caserío compuesto de varias casas posiblemente relaciona

das entre sí.

Desde el punto de vista de la arquitectura, pienso que cada una de las construcciones básicas a que nos hemos venido refiriendo estuvo perfectamente adaptada a la tradición cultural campesina maya que aún hoy día persiste en gran parte de comunidades rurales quichés: recintos vallados en los cuales se distribuyen una cocina, una habitación para dormir y un baño de vapor constituyen, junto con algunos otros rasgos opcionales como pueden ser graneros o áreas de actividad especializada (de los cuales un buen ejemplo es el horno de cerámica muestreado en el cantón Vázquez), el esquema básico de los asentamientos de carácter disperso. En cuanto al patrón de edificación empleado, aparecieron los mismos materiales y sistemas que han estado en vigor en otras zonas del altiplano oeste desde tiempos preclásicos, y han permanecido prácticamente inalterados hasta la actualidad: condiciones climáticas tan condicionantes como el sistema de vientos, el vertido de aguas y la erosión; o ecológicas como lo son las posibilidades de explotación de diferentes recursos forestales y, en conjunto, el medio sociocultural en que se levantaron tales construcciones, fueron muy similares y no favorecieron grandes cambios.

La combinación de unas condiciones ambientales y socioculturales tan definidas inclinó a los individuos de Agua Tibia a elegir la casa de forma rectangular, de una sola puerta y techumbre fuertemente inclinada como aquella que se adaptaba mejor a sus necesidades. Esta elección no pareció ser exclusiva y típica de ellos, sino que coincidió con todas las que -según las noticias arqueológicas que nos han llegado- estuvieron en uso en tiempos prehispánicos para todo el altiplano, aunque siempre existieran pequeñas variaciones de marcado carácter regional que debieron ser consecuencia de determinadas respuestas a condiciones ecoló-

gicas diferentes.

Un conjunto habitacional de las características físicas y funcionales reseñadas parece representar la unidad más pequeña del patrilineaje que dominó el asentamiento, y pudo estar habitado por una familia extendida. De la misma manera que para los rasgos puramente formales de la habitación, pensamos que estas minúsculas células de la organización social maya basadas sobre un sistema de linaje en el que familias extendidas de carácter patrilocal -junto a familias nucleares procedentes de hijos casados separados del tronco familiar- estuvieron agrupadas en patrilineajes localizados (Roya, 1957; Miles, 1957a, 1957b), han perdurado hasta hoy y siguen dominando el esquema básico de la organización social indígena en muchos centros del altiplano guatemalteco.

Pequeños asentamientos domésticos, aparentemente de las mismas características que el excavado en Agua Tibia, fueron localizados por Gruhn y Bryan (1976: 115-117) en el valle de Chichicastenango y, más tarde, por Stewart (1977: 73-75) a lo largo de toda la Meseta Quiché. En estos, el grado de integración política más fuerte se daría a nivel de linaje y caserío, funcionando en esferas más amplias sólo en ocasiones especiales, lo cual implicó la existencia de un sistema de gobierno altamente descentralizado, idea que es soportada repetidas veces en las crónicas tales como el Popol Vuh y el Título de Totonicapán entre otras. Un patrón de asentamiento agrícola disperso de idénticas peculiaridades está confirmado por las crónicas para todo el altiplano: aparentemente, la mayoría de las comunidades quichés y de las tierras altas estuvieron localizadas en aldeas dispersas por la parte baja y media de los valles, mientras que otro tipo de centros -militares, religiosos, incluso, económicos- se formaron sobre colinas bien protegidas, lo cual parece estar en perfecta consonancia con el tipo

de agricultura que se practicaba en la zona.

En definitiva, estimamos, a pesar de que contamos con datos demasiado escasos sobre el patrón de habitación, que el habitat presente en Agua Tibia pudo corresponderse con lo que Miles (1957a, 1957b) -basándose en documentos españoles sobre los pokomames y en diccionarios del siglo XVI- denominó pajuyu, o zona de habitación dispersa en la cual residieron familias extendidas emparentadas. Un sistema de asentamiento semejante fue también muy común en el área quiché, siendo designado con el término amak' como antítesis de tinamit, pueblo o poblado, el cual es confirmado en multitud de ocasiones por las crónicas donde de manera clara nunca se hace mención de que los nativos pre-quichés habitasen en pueblos, hecho que parece ser indicativo de que los invasores encontraron un patrón predominantemente rural (Carmack, 1979b: 86). En realidad, el término amak' designaba a un grupo de gentes relacionadas a través de la descendencia que habitaban un territorio definido. Se trataba, pues, del patrón básico, de la célula más elemental no sólo de la estructura social de los quichés, sino para todo el área maya, siendo denominada grupo de montículos de casa en Barton Ramie (Wiley y otros, 1965) o grupo de ruinas de casa en el Petén (Bullard, 1960), y apareciendo de manera bastante uniforme desde Yucatán (Brainerd, 1956: 163) a la Verapaz (Adams, 1968: 4-5) y toda la zona quiché del altiplano donde, de forma genérica, son denominados aldeas (Shook y Proskouriakoff, 1956; Borhegyi, 1965b: 74). Un patrón semejante es descrito también por Sanders (1972: 136) para todo el valle de Guatemala, donde según este autor llegan a habitar un promedio de 50 ó 60 personas.

Tal modelo campesino y rural de carácter disperso, en el cual las casas aparecían rodeadas de sus milpas y campos de cultivo ha persistido a través del período colonial de manera intacta (3) y

aún hoy compone uno de los núcleos fundamentales de cada comunidad, constituyendo uno de los ejemplos más claros de la perpetuación del patrón de vida tradicional indígena. En la actualidad, a pesar de la explosión demográfica y de la enorme presión de la población existente en el altiplano maya, aún son frecuentes estos reducidos grupos domésticos compuestos de familias extendidas patrilocalmente, y un ejemplo claro de ellos pueden ser las comunidades denominadas caserío en el lago Atitlán (Douglas, 1968: 232) y otros lugares del altiplano guatemalteco, o sitio en el área zi nacanteca (Vogt, 1968), etc., llegando, incluso, a no alcanzar el grado de complejidad sociopolítica que representa el cantón (Bunzel, 1952: 181-182). Tal rasgo implicaría la existencia de una jerarquía interna civil y religiosa y de prácticas administrativas que, aunque de carácter secundario comparada con aquella que funcionaba en los centros ceremoniales, no llegó a ser asumida por los caseríos y los amak'.

En torno a este conjunto habitacional básico se efectuaron la mayor parte de la actividad relacionada con la economía de subsistencia que afectó al yacimiento, la cual se vio complementada de forma más amplia con otras que, de manera paralela, se ejecutaron en un área más grande alrededor de él. Con seguridad, un sistema de actividad semejante persiste también hoy día en cada conjunto habitacional de las comunidades de las tierras altas mayas, aunque con las limitaciones propias que impone el cambio tecnológico y la presión humana sobre el medio, las cuales implican una restricción de funciones cada vez mayor. De este modo, aquellos trabajos relacionados directamente con las necesidades propias de la subsistencia —desde la preparación del terreno al resto de labores agrícolas y la consecución de otras fuentes alimenticias, o la manufactura de útiles para conseguir tales alimentos, procesarlos y

almacenarlos- se llevaron a cabo dentro de los límites del sitio o, a lo más, en un área inmediata en torno a él, y en ellos debieron de intervenir de forma exclusiva todos los miembros que componían cada familia en particular.

Pero junto a este cúmulo de labores relacionadas con el mantenimiento de cada unidad familiar, se ejecutaron otras que implicaban el contacto de estas células más pequeñas con otras familias del mismo asentamiento por una parte, y con diferentes poblaciones del valle y sus alrededores y otros pueblos más alejados por otra. Seguramente, actividades de índole comunal (como la construcción de casas, partidas de caza, preparación de campos, rituales conjuntos, etc.) dieron lugar a momentos de interacción social más compleja que aquella establecida de manera exclusiva por los miembros de cada vivienda.

El trabajo cotidiano llevado a cabo por las gentes de Agua Tíbia se realizó a distintos niveles según la distancia y el tiempo invertido que les venía impuesto por la localización de su área de aprovisionamiento: en un medio ambiente tan favorable como el discutido con anterioridad, la mayor parte de las labores realizadas y el mayor coste de energía dedicado se empleó en un territorio que difícilmente sobrepasaría los 3 kms. de radio, si bien determinadas tareas tales como la caza, obtención de ciertas arcillas y, quizás, la recolección de algunos productos pudieron llevarse a cabo a una distancia superior. De esta manera, a un nivel más inmediato, se realizaron dentro de las casas trabajos relacionados fundamentalmente con la actividad culinaria (desde la molienda del maíz al despiece de la caza y la preparación o almacenaje de otros alimentos), y la manufactura de instrumentos (desde la fabricación de cuchillas prismáticas y artefactos de obsidiana a la molienda de barro para la confección de cerámica) los cuales, en ocasio-

nes, se prolongaron más allá de la propia habitación como ocurrió con la utilización del horno abierto de cerámica. Este conjunto de actividades llevadas a cabo en su mayor parte en el interior de la vivienda se vieron complementadas por otras tales como el descanso o la utilización del baño de vapor. -ya sea con fines higiénicos, terapéuticos o rituales-, manifestando de manera fundamental el carácter tradicional del yacimiento.

A una esfera más amplia correspondieron las tareas realizadas dentro de los límites del yacimiento las cuales, si bien estaban dedicadas en su mayor parte a la producción y procura de alimentos -agricultura y pesca- también se complementaron con algunas otras que revistieron una importancia especial, y que estuvieron relacionadas con el funcionamiento del horno y la fabricación cerámica: como se ha señalado en varias ocasiones, el proceso de manufactura cerámica que pudo iniciarse como un complemento del ajuar culinario y ceremonial interno, derivó con el tiempo en una especialización artesanal que sobrepasó ampliamente los límites del valle; este adelanto permitió a las gentes que habitaban Agua Tibia competir con productos procedentes de regiones alejadas, y mantener una situación de poder económico que se manifiesta en la relativa riqueza y diversidad de las cerámicas aparecidas en el cementerio.

Ampliando aún más el círculo de interacción con el medio, realizaron una gran actividad económica fuera de los límites del yacimiento: en los bosques de los alrededores recolectaron una enorme cantidad de productos vegetales y minerales y artículos que, procedentes de la recolección de alimentos y de la caza, sirvieron como complemento a su dieta.

Además de este conjunto de actividades relacionadas sobre todo con su economía de subsistencia, pero también con procesos ma-

manufactureros especializados, los habitantes de Agua Tibia mantuvieron estrechos contactos (fundamentalmente comerciales) con otras comunidades a diferentes niveles los cuales, o bien estaban dedicados a la obtención de productos para fortalecer la mencionada economía, o bien a la obtención de artículos con carácter suntuario y ceremonial. De este modo, las relaciones comerciales con poblaciones del valle y de las pequeñas cuencas intermontanas vecinas debieron efectuarse con cierta intensidad, teniendo como finalidad principal el intercambio de bienes destinados en su mayor parte a ampliar el utillaje culinario, manufacturero y de extracción de materias primas, así como también de determinados alimentos y productos de recolección procedentes de reducidos ecotonos dentro de un ecosistema que se puede considerar bastante homogéneo.

Según los datos recogidos, podemos afirmar que la tendencia en Agua Tibia fue hacia la autosuficiencia, no solamente en cuanto a la obtención de alimentos y a la satisfacción de las necesidades propias que les imponía su economía, sino también en lo que respecta a la manufactura de artefactos existiendo, como en toda comunidad de carácter rural, un alto índice de fabricación particular de los instrumentos que de una manera cotidiana se emplearon en las labores domésticas: así, excepto los utensilios de piedra basáltica cuyas canteras estaban en manos de especialistas que distribuían el producto ya elaborado (el traslado de la materia prima en bloques sería demasiado costoso), tanto los artefactos de cerámica como la obsidiana empleados en tareas domésticas fueron fabricados en el lugar. Sin embargo, productos suntuarios y de élite como la cerámica que, por su localización en el contexto del cementerio, hemos considerado de carácter funerario, fueron adquiridas en comunidades emplazadas en regiones alejadas en cuyo pro-

ceso de manufactura no intervinieron para nada.

Paralelamente, los individuos que habitaban Agua Tibia participaron en procesos comerciales más amplios, los cuales se basaban en intercambios comerciales de bienes suntuarios que, por regla general, se encarecían cada vez más por la distancia, el tiempo empleado en su acarreo y las dificultades resultantes del traslado de objetos delicados. Para acceder a ellos les fue necesario confeccionar un producto suficientemente especializado y elaborado como para ser competitivo en los mercados y, por consiguiente, tener acceso a esos bienes exóticos que después fueron utilizados no sólo para mantener el prestigio personal individual, sino de manera preferente como ofrendas funerarias. A este nivel, es de suponer que también se comerciarían productos alimenticios y de uso procedentes de regiones complementarias desde el punto de vista ecológico, como lo eran el altiplano y la costa (4).

Tal proceso de especialización no solamente les permitió alcanzar un proceso de desahogo económico a partir del cual fueron capaces de adquirir bienes exóticos de regiones muy distantes — como puede ser la vasija polícroma típica de las tierras bajas mayas o de los fragmentos incluidos en el Grupo Cerámico Tiquisate procedentes de la Costa Pacífica por poner un ejemplo —, sino que además les fue posible crear su propia cerámica suntuaria, representada por el Grupo Cerámico Jelic Rojo sobre Crema. Es evidente que tal cerámica no fue originaria del asentamiento en estudio (se trataba de una tradición que estuvo vigente en Zacualpa y en Zaculeu desde comienzos del período Clásico), pero también lo es que mostraba una calidad y variedad de diseños tales que podemos considerar que nos encontramos ante un patrón decorativo muy específico, el cual estaba reforzado por la impronta de algún diseño particular realizado en pintura negativa que es el trébol de cue-

tro hojas.

Si bien podemos considerar una práctica puramente local el modo de diseñar esta cerámica que, a su vez, corresponde a viejas tradiciones en vigor en el altiplano oeste y norte, algunos motivos decorativos con que estaba acompañada se incluían de forma inquívoca en los patrones simbólicos que afectaban al área maya como un todo. Esta dualidad existente entre el sustrato cultural maya y la adaptación local y profundamente tradicional de Agua Tibia no sólo se manifestaba a partir de las realizaciones económicas practicadas, sino que también atañía a las manifestaciones religiosas: así, a prácticas generalizadas para todo el mundo maya tales como la localización del cementerio en torno a la vivienda, el tipo de enterramientos o el empleo de la mutilación dentaria y la pintura roja que cubría a un individuo enterrado, se superpusieron otras de carácter más regional que vinculaban Agua Tibia con las corrientes culturales ampliamente aceptadas entre las comunidades y centros existentes en las tierras altas y, más en concreto, en los altiplanos norte y oeste.

Por lo que se refiere a las prácticas religiosas, el carácter rural del asentamiento en estudio no sólo pueda detectarse a partir de la ausencia de enterramientos en urnas que en esos momentos parecían estar de moda en centros de importancia (aunque Smith y Kidder, 1951: 28, lo consideran propio de la gente del pueblo), si no también por la presencia de rasgos tales como los camahuiles, incensarios-cucharón, ocarinas y otros que, además, ponían de manifiesto la existencia de un sustrato religioso familiar y local con una fuerte dosis de elementos típicos de la cultura campesina tradicional. Presumiblemente, estos objetos estuvieron implicados en rituales celebrados a nivel familiar, pero en determinados momentos intervinieron en ceremonias a nivel de comunidad (los incensa

rios-cucharón localizados en el pequeño adoratorio adjunto al cementerio así parecen indicarlo). Este sustrato pudo repetirse de comunidad a comunidad llegando incluso a afectar, al menos, a parte de la población de algunos centros de importancia como en el caso de Zacualpa, en que éstos aparecieron con bastante asiduidad, acentuando su carácter provincial.

Pero a la diferenciación ambiental y cultural que favorecía este tipo de intercambios con otras poblaciones emplazadas en ambientes ecológicos muy diferenciados acompañó otra -a escala más pequeña- entre las propias comunidades de los Altos: de esta manera, parecen haber existido profundas diferencias con otros yacimientos del período Clásico situados en el altiplano central, mientras que la continuidad de rasgos comunes que afectaron tanto al nivel de economía de subsistencia como a los complejos simbólicos y al sustrato religioso, emparentaban a este pequeño asentamiento rural con otros de las tierras altas del oeste y del norte. La elección de viviendas de planta rectangular y el uso del temazcal y del horno abierto de cerámica, así como la adopción de camahuiles, incensarios-cucharón, ocarinas, pájaros-silbato, etc., ponen de manifiesto tal suposición.

Desde el punto de vista del desarrollo cultural, este reducido asentamiento parece haber estado subordinado a las directrices que por entonces emanaban de Zacualpa: las afiliaciones entre ambos sitios no debieron estar restringidas únicamente a manifestaciones materiales comunes a todo el altiplano maya de Guatemala -las semejanzas en el sistema de construcción de las viviendas, en el empleo de determinados tipos cerámicos culinarios, ceremoniales o funerarios y en el uso de un buen número de artefactos son muy clarificadoras al respecto-, sino que también participaron de una religión tradicional común y de una serie de respuestas cultu

rales (la evidencia de una respuesta idéntica ante la invasión de tradiciones cerámicas polícromas procedentes de las tierras bajas, que consistió en los intentos de formación de un tipo polícromo autóctono, puede ser un ejemplo suficiente a este respecto) que emparentaron a ambos sitios de manera muy estrecha. En términos muy generales, podemos afirmar que ambos sitios compartieron los mismos patrones culturales tradicionales lo cual parece indicar que, o bien la influencia de este pequeño centro provincial sobre las comunidades emplazadas en los valles vecinos fue muy fuerte, o bien que el núcleo de población asentado en Agua Tibia procedía directamente del mencionado centro. Si esto último fuera así, los individuos debieron formar parte de la población campesina y pequeño artesana que alimentaba a Zacualpa, razón por la cual aún conservaban con su centro originario elementos comunes de la tradición cultural. Si la gente que habitó Agua Tibia procedía de Zacualpa, la migración debió realizarse a finales de la fase Pokom e, incluso, a comienzos del período de Transición Pokom-Tohil, con cuyos rasgos culturales Agua Tibia estaba totalmente identificada.

En resumen, podemos definir a Agua Tibia como un caserío que funcionó durante un corto período de tiempo localizado a caballo entre los períodos Clásico Tardío y Postclásico Temprano, que tuvo un carácter fuertemente rural y provinciano, y compuesto de varias casas habitadas por familias extendidas que se debieron de agrupar en linajes patrilineales. Tal asentamiento debió de formar parte de un habitat fundamentalmente rural y disperso que, de manera bastante uniforme, ocupó las zonas de conjunción entre las partes medias y bajas de las laderas y las bases del valle de Totonicapán, dando cuenta del carácter pacífico de las poblaciones que lo habitaban en ese momento, hecho que se encuentra reforzado de manera especial en el enterramiento. Por consiguiente, en un pa

trón rural de tan marcada estabilidad social sus habitantes estuvieron implicados de manera casi exclusiva en las labores propias de su subsistencia, con una red muy limitada de contactos culturales con otras áreas y fuera de las principales corrientes de innovación que emanaban de sus centros dirigentes; no obstante, y apoyándose -quizás- en una serie de excedentes agrícolas y en un proceso de especialización fundamentado en la manufactura de un determinado tipo de cerámica, tuvieron oportunidad de competir en mercados regionales y de obtener cierto número de lujosos productos. Debido a esta especialización, su situación de aislamiento con el exterior no debió de ser tan agobiante como la que en esos mismos momentos estaba afectando a otras comunidades dispersas por la Meseta Quiché, a pesar de que gran cantidad de pautas culturales comunes que atañen tanto a la arquitectura como al uso de artefactos o a la práctica de manifestaciones religiosas comunes, los emparentaban. Pero este aislamiento cultural no solamente fue vinculante a los pequeños asentamientos campesinos sino que también afectó, en cierto grado, a otros yacimientos de mayor importancia como Zacualpa, centro con el que Agua Tibia llegó a establecer los niveles más altos de interacción.

En un patrón tal estuvieron presentes gran cantidad de elementos tradicionales que, en realidad, correspondían a modelos muy anteriores en el tiempo, algunos de los cuales han conseguido perdurar -con los lógicos cambios formales que imponen las modas- hasta la actualidad. Este modelo de cultura local que se ampliaba no sólo al valle de Totonicapán, sino también a la Meseta Quiché y, seguramente, a otros sitios del altiplano oeste permanece aún en vigor: de esta manera, tanto las manifestaciones formales y funcionales de la cerámica doméstica y de la piedra como, en buena medida, las actividades arquitectónicas, económicas, sociales y religiosas

características de muchas comunidades quichés están reflejando tal patrón, y constituyen un claro ejemplo de continuidad cultural en esta específica región del área maya.

Con seguridad, en el transcurso de la excavación e investigación de este pequeño sitio localizado en la margen derecha del afluente Samalá se han planteado más interrogantes de los que se ha resuelto -los cuales han sido expuestos a lo largo del presente libro-; sin embargo, de ella nos interesa destacar una conclusión evidente: nos encontramos ante pequeños asentamientos adaptados a las grandes líneas evolutivas de la cultura maya de las tierras altas, pero conservando fuertemente patrones culturales comunes a la tradición local propia de las comunidades campesinas, tradición que puede repetirse de una región a otra, reproduciendo el mismo modelo que se había introducido en las tierras altas desde tiempos preclásicos y que se ha perpetuado en muchos de sus elementos y manifestaciones hasta la actualidad. Es, pues, muy posible que una investigación etnológica sobre las poblaciones circundantes al sitio pueda llegar a aclararnos de manera satisfactoria tales interrogantes, planteándose como hipótesis central la continuidad de la cultura tradicional maya.

Notas al capítulo X.

(1) En un somero y dificultoso reconocimiento -las especiales condiciones sociales y políticas que sufren los habitantes del valle en la actualidad originan la prohibición indiscriminada para visitar sus milpas y posesiones- hemos podido muestrear terrenos en que aparece cerámica típica de los períodos Clásico Tardío y Postclásico Temprano. Estos se encuentran en un radio de unos 400 m. alrededor de Agua Tibia, y en uno de ellos pudimos observar una unidad de habitación doméstica muy similar (tanto en lo que se refiere a materiales como a sistemas de construcción) a la casa nº 2, pero no se nos permitió excavarla ni efectuar un muestreo de los materiales arqueológicos existentes en su entorno.

(2) El concepto de "conjunto habitacional" utilizado es el que nos propone Winter (1976: 25) en su estudio sobre el asentamiento de Tierras Largas, Oaxaca, ya que nos proporciona un contexto en el que el área de habitación, zona de servicios y otros rasgos como pueden ser enterramientos, un pequeño recinto ceremonial, etc., son entendidos no solamente como rasgos culturales aislados, sino como manifestaciones de un segmento específico de la comunidad.

(3) Remesal (1932: 243-245) expone de manera clara la vigencia de tal patrón disperso durante el siglo XVI: "Los indios vivieron en su gentilidad.....aquí había una casa, otra allá, y otra más allá, y por esta razón un asentamiento de 500 ó menos habitantes.....ocupaban una legua de tierra. Ellos viven sobre las colinas dispersos en aldeas o barrios, ninguno de ellos cuentan seis casas juntas, y aún éstas están separadas unas de otras tanto como un tiro de mosquete".

Ximénez (1929: 130) corrobora la existencia de este patrón disperso en los siguientes términos: "aqueste género de poblaje se llamaban amac, que quiere decir como piernas de araña, porque así estaban desparramados".

(4) Fuentes y Guzmán (1932-1933: 7, 412) al describir geográficamente el área Quiché la refiere como ".....una zona que pro-

duce gran excedente de maíz, frijoles y chile; laboriosos comerciantes intercambian estos excedentes alimenticios por el cacao, pescado y otros productos de la costa". Abundando en esta cuestión, McBryde (1969) observa que, a pesar de que la zona tiene una gran escasez de productos no agrícolas, el Quiché es un área de intenso comercio en el cual el excedente de productos agrícolas es intercambiado por bienes foráneos.

APENDICE A

TIPOS DE VEGETACION DE TOTONICAPAN

Tipo	Distribución aproximada en alturas (metros)	Especies dominantes según Stanley y Williams, 1958-1976
<u>Bosques</u>		
Pino blanco	2.700-3.350	<u>Pinus ayacahuite</u>
Abeto	2.750-3.350	<u>Abies Guatemalensis</u> , <u>P. ayacahuite</u>
Pino colorado o de ocote de altura	2.500-3.400	<u>P. rudis</u> , <u>P. pseudostrobus</u>
Encino-pino	2.000-2.850	<u>Quercus acatenangensis</u> , <u>Q. pilicaulis</u> , <u>P. ayacahuite</u> , <u>P. pseudostrobus</u> , <u>P. rudis</u>
Pino colorado o de ocote de baja altura	2.000-2.750	<u>P. pseudostrobus</u> , <u>P. oocarpa</u> , <u>P. montezumae</u> , <u>Cupressus lusitanica</u>
Encino	2.000-2.750	<u>Q. acatenangensis</u> , <u>Q. pilicaulis</u> , <u>Arbutus xalapensis</u> , <u>Alnus arguta</u>
Ciprés	2.500-2.800	<u>Cupressus lusitanica</u>
<u>Bosque abierto</u>		
Pino	1.600-2.250	<u>P. oocarpa</u> , <u>P. montezumae</u>
Pino-encino	1.600-2.250	<u>P. oocarpa</u> , <u>P. montezumae</u> , <u>Q. acatenangensis</u> , <u>Q. pilicaulis</u> , <u>arbutus xalapensis</u>
<u>Tipo Chaparral</u>		
Monte alto	2.500-3.400	<u>Baccharis esp.</u> , <u>Buddleia nitida</u> , <u>Acaena elongata</u> , <u>Pernettya ciliata</u>
Monte enano	2.900-3.400	<u>Pernettya ciliata</u>
<u>Pradera</u>		
Pajonales	2.350-3.400	<u>Muhlenbergia macrooura</u> , <u>M. Nigra</u>
Pradera con agua	2.800-3.300	<u>Trifolium amabile</u> , <u>Geranium alpicola</u> , <u>Arenaria esp.</u> , <u>Viola esp.</u>

874

APENDICE B

"

MAMIFEROS DEL AREA

<u>Nombre local</u>	<u>Nombre científico</u>	<u>Situación de la especie</u>
Tacuazín	<i>Didelphis marsupialis</i>	Abundante
Comadreja	<i>Philander opossum</i>	Abundante
Musarañas	<i>Sorex sp.</i>	Rara
Armadillo	<i>Sasyppus novemcintus</i>	Moderada
Ardilla	<i>Scirius deppoi vivax</i>	Abundante
	<i>Scirius griseo flavus</i>	Abundante
	<i>Scirius variegatoides bangsi</i>	Abundante
Taltuzas	<i>Geomydae sp.</i>	Abundante
Ratas	<i>Rattus rattus rattus</i>	Abundante
Ratón	<i>Mus musculus</i>	Abundante
Puerco espín	<i>Coendu mexicanus</i>	Rara
Cotuza	<i>Oasyprocta punctata</i>	Moderada
Conejo	<i>Sylvilagus spe.</i>	Moderada
Coyote	<i>Canis latrans</i>	Moderada
Gato de monte, zorro	<i>Urocyon cinereaargen- teus guatemalae</i>	Abundante
Zorrillo	<i>Mephitis macroura</i>	Rara
Comadreja	<i>Mustela frenata</i>	Rara

AVES DEL AREA

<u>Nombre local</u>	<u>Nombre científico</u>	<u>Situación de la especie</u>
Shara parda	<i>Psilorhinus morio</i>	Abundante
Chinchirirín pechiblanco	<i>Henicorhina leucosticta</i>	Abundante
Zopilote	<i>Coragyps atratus</i>	Abundante
Gavilán gris	<i>Buteo nitidus</i>	Rara
Lechuza listada	<i>Ciccaba nigrolanceata</i>	Rara
Cheje común	<i>Centurus aurifrons</i>	Rara
Mosquero de corona colorada	<i>Myiozetetes similis</i>	Abundante
Sensonte común	<i>Turdus grayi</i>	Moderada
Codorniz ventral manchada	<i>Colinus leucopogon</i>	Rara
Cuerporuín collar rojo	<i>Caprimulgus ridgwayi</i>	Abundante
Cotorra verde	<i>Aratinga horreochlora</i>	Abundante
Pardiz cariblanca	<i>Geotrygon albifacies</i>	Abundante
Chupaflor rojo	<i>Amazilia rutila</i>	Abundante
Carpintero grande	<i>Dryocopus lineatus</i>	Rara
Chupaflor de barba esmeralda	<i>Abeillia abeillei</i>	Moderada
Chupaflor tijera	<i>Doricha enicura</i>	Rara
Hojasaguero musguero	<i>Anabacerthia variegaticeps</i>	Moderada
Mosquerito gargantiblanco	<i>Empidonax albigularis</i>	Moderada
Alegrín cejirrojo	<i>Cyclarhis gujanensis</i>	Rara
Chipe cola de abanico	<i>Eutypis lachrymosa</i>	Rara
Chipe dorado	<i>Basileuterus rubifrons</i>	Rara
Chorcha alimanchada	<i>Icterus maculatus</i>	Rara

<u>Nombre local</u>	<u>Nombre científico</u>	<u>Situación de la especie</u>
Cuatro ojos	Melospiza bicarunculata	Abundante
Shara ocotera	Cyanocitta stelleri	Rara
Azulejo	Sialia sialis	Abundante
Rey Chipe	Myioborus pictus	Moderada
Chipe rosado	Ergaticus versicolor	Rara
Lechuza de montaña	Strix filvescens	Rara
Golondrina de monte	Notiochelidon pileata	Moderada
Tortolita serrana	Claravis mondatoura	Moderada
Chupaflor cabecí-azul	Amazilia cyanocephala	Rara
Rey zope	Zarcoramphus papa	Rara
Viuda	Cathartes aura	Moderada
Clis clis	Farco sparverius	Abundante
Lechuza café	Ciccaba virgata	Rara
Paloma común	Columba livia	Abundante
Tortolita	Scardafella inca	Abundante
Sigamonte	Geococcyx velox	Moderada
Tapacamino halcón	Chordeiles acutipennis	Moderada
Carpintero	Piculus rubiginosus	Moderada
Golondrina ala de sierra	Stelgidopteryx ruficollis	Rara
Curruchiche	Troglodytes musculus	Abundante
Clarínero	Cassidix mexicanus	Abundante
Shara verde	Cyanocorax yncas	Abundante
Shara moñuda	Cissalopha malincolana	Rara
Calandrita de ca-pucha azul	Euphonia elegantissima	Abundante
Cuervo	Corvus corax	Moderada

 .

HERPETO FAUNA

Anfibios		
<u>Nombre común</u>	<u>Nombre científico</u>	<u>Situación de la especie</u>
Salamandras	Bolitoglossa sps.	Rara
Sapo	Bufo canaliferus	Abundante
Ranae	Leptodactylidae fam., Hylidae fam., Microhylidae sps.	Moderadas
Rana	Rana pipiens	Abundante

Reptiles: Sanvia

Lagartijas	Eublepharidae sps., Sphaerodactylae sps., Gekkonidae sps.	Abundante
Cutetes	Basiliscus vittatus	Abundante
Talconetes, escorpiones, niño dor- mido	Scleropus sps.	Rara

Reptiles-serpiente No venenosas

Mazacuata	Boa constrictor imperator.	Rara
Culebra	Adelphicos sps., Clelia sps., Coniophanes sps.	Abundante

Reptiles-serpientes Venenosas

Coral	Micrurus latifasciatus, Micrurus nigrocinctus zunilensis, Micrurus stuarti	Rara
Cantil-shepa	Bothrops ophryamegas	Rara
Cantil	Bothrops godmani	Abundante
Cascabel	Crotalus durissus durissus	Moderada

ICTIO FAUNA

Pupo	Profundulus guatemalensis	Rara
Mojarra (varias especies)	Cichlasoma sps.	Rara
Juifin	Rhamdia guatemalensis gunther	Rara

102

APENDICE C

La secuencia temporal en Agua Tibia ha sido definida, a falta de los resultados de las muestras de carbón llevadas al laboratorio para su análisis, a partir de los marcadores de horizonte definidos en la cerámica y de otros rasgos típicos del resto de los artefactos y de determinados elementos de cultura material, tales como los sistemas de construcción y la funcionalidad de algunos edificios. Tal secuencia está caracterizada por dos complejos cerámicos distintos establecidos según el concepto definido por Smith y Gifford (1965: 502) en los siguientes términos: "un complejo cerámico es la suma total de modos y variedades (tipos) que comprenden la totalidad de la cerámica contenida en una unidad arqueológica: usualmente esta unidad es una fase".

Ambos complejos se han denominado con términos que se corresponden con aspectos geográficos del valle. En este sentido, el Complejo cerámico Totonicapán representa la mayor parte de la cerámica, artefactos y restos arquitectónicos recuperados en el yacimiento y, a la espera de que se nos proporcionen los resultados de las muestras de carbono 14 analizadas, podemos situarlo a finales del período Clásico Tardío y comienzos del Postclásico Temprano. El Complejo Cerámico Xantún, por el contrario, está definido tan sólo por el 0,12% de la cerámica excavada, la cual es típica del período Postclásico Tardío.

La situación de la secuencia temporal de Agua Tibia queda reflejada en el cuadro que exponemos a continuación (Cuadro 1), dispuesta en dos fases identificadas por estos dos complejos cerámicos a que hacemos referencia.

Las secuencias temporales que se exponen en el resto de la tabla cronológica fueron establecidas por los autores que mencionamos a continuación: (a) Lee, 1969; (b) Woodbury y Trik, 1953; (c) Dutton y Hobbs, 1943; (d) Ciudad, 1981; (e) Wauchops, 1975;

(f) Lothrop, 1933, Borhegyi, 1956; (g) Becquelin, 1969; (h) Smith y Kidder, 1951; (i) Butler, 1940; (j) Adams, 1968, 1972; (k) Sedat, 1971 para El Portón; Sedat y Sharer, 1973 para Sakajut y Sa lamá; (l) Butler, 1940; (m) Smith, 1952; (n) Ichon, 1977; (ñ) Cheek (1977); (o-q) Parsons, 1967; (r) Smith y Kidder, 1943.

APENDICE D

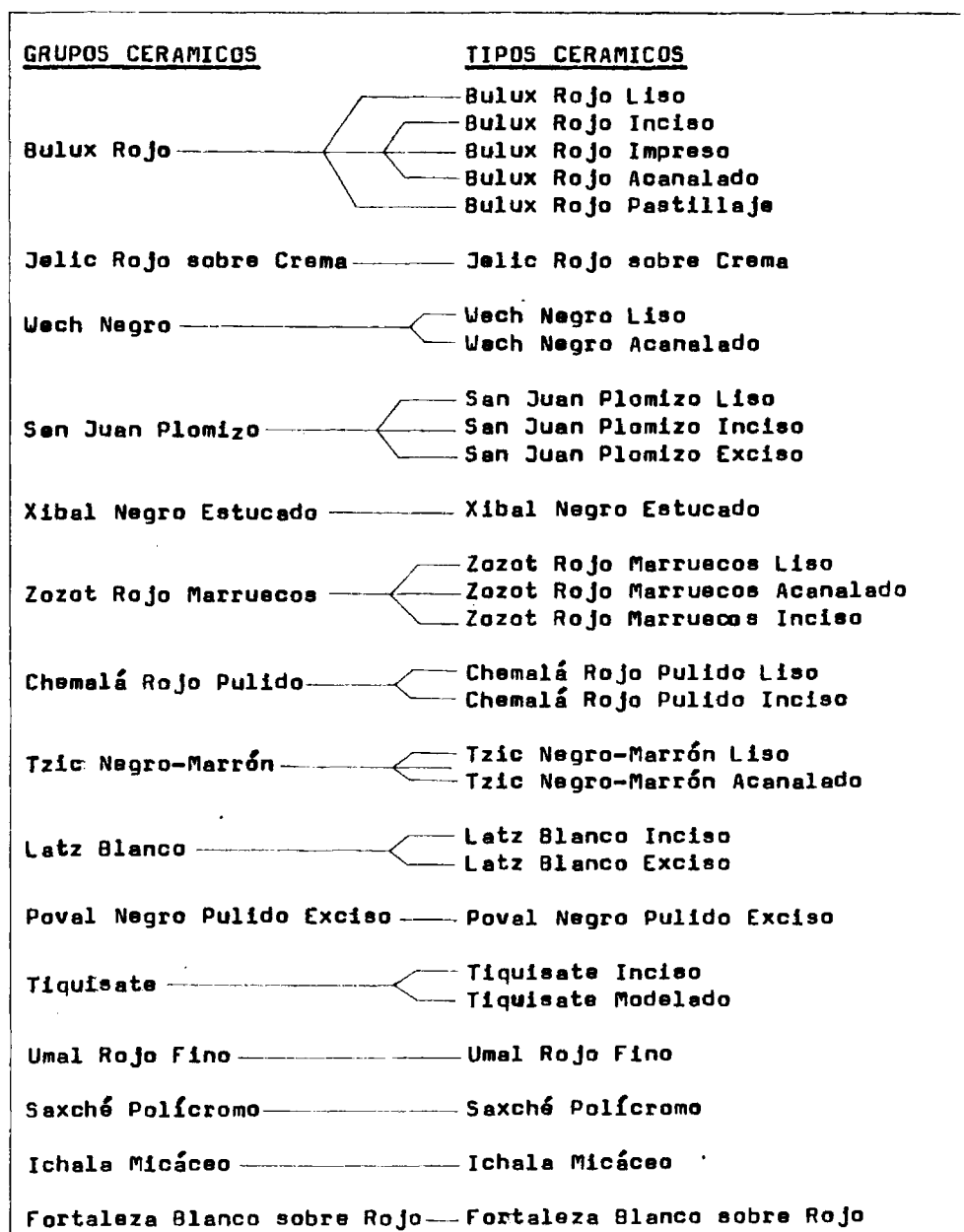
PERIODOS LOGICOS	años	CHIAPA DE CORZO (a)	ZACULEU (b)	TAJUHULCO (c)	V. DE TOTONICAPAN- QUETZALTENANGO (d)	ZACUALPA (e)	LAGO ATI- TLAN (f)	AGUL (g)	NEBAJ-A (h)	CHIPAL (i)
Clásico	1500									
Tardío	1400				Xantún	Quicab, 1460 Utatlán, 1430		Umul		Chipal
	1300	Tuxtla	Xinabahul			Yaqui		Chuitinani		
Postclásico	1200									
Temprano	1100	Ruis	Qenkyak	S. Marcos		Tohil			Neabaj A-3	Chipal 1b-E
	1000							Tziquin		
Clásico	900	Paredón			Totonicapán	Kom-Tohil				Chipal
Tardío	800		Chinaq			Pokom				
	700							Batz	Neabaj A-2	
	600	Maravillas				T. Balam-Pokom				
Clásico	500	Laguna								
Temprano	400		Atzan			Balam 2			Neabaj A-1	
	300	Jiquipilas								
Postclásico	200	Istmo				Balam 1				
	100 d.C.				Salcajá			Chukunuk 2 ?		
	a.C.									
Preclásico	100	Horcones						Chukunuk 1 ?		
Tardío	200									
	300	Guonacaste								
	400	Francosa								
Preclásico	500									
Medio	600	Escalera								
	700									
Preclásico	800									
Temprano	900									
	1000	Dill								
	1100									
	1200	Cotorra								
	1300									
	1400									
	1500									

Cuadro 1: Cronología de algunos yacimientos arq

CHIPAL (i)	OTZAL (j)	VERAPAZ (k)	CHAMA (l)	COBAN (m)	LA LAGUNITA (n)	KAMINALJUYU (ñ)	LAGO AMA- TITLAW (o)	CUENCA DE ANTIGUA (p)	BILBAO (q)	GUAYTAN (r)
Chipal 3	Chajul				La Lagunita 6	Chinautla	El Rincón	Medina		
							Tzaculipa		Peor es nada	
Chipal 1b-2	Cotzal tardío		Chama	Sambo	La Lagunita 5	?		Primavera	Tohil	
Chipal				Seacal		Amatle III			S. Juan Pionizo Sta. Lucía	
	Cotzal Temprano		Chama 3-4	Chipoc	La Lagunita 4	?	Morloncito	Pompeya	S. Juan	Magdalena
						Amatle II ?				
	Tubán Tardío				La Lagunita 3-A	Amatle I		Los Terre- nos	Laguneta	Lato
	Tubán Temprano		Chama 2		La Lagunita 3-B	Esperanza	Mexicanos		Mejor es algo	
			Chama 1			Aurora				
	Porton				La Lagunita 2	Arenal (Verbena)	Jicaques	Xaraxong	Ilusiones	
	Sakajut					?	Contreras			
					La Lagunita 1	Providencia			Algo es algo	
	Tol							Zacat		
	Sakajut					Las Char- cas	La Chula- da			
	Max					Arévalo				
	Sakajut									
	Xox									

arqueológicos del altiplano Guatemalteco.

141
























Cuadro 2: Esquema tipológico de la cerámica de Agua Tibia.

108

FRECUENCIA DE TIPOS CERAMICOS				
Tipo Cerámico	Total del tipo	Porcentaje del tipo	Total del grupo	Porcentaje del total
<u>Complejo Cerámico Totonicapán..</u>		33,912 fragmentos		99,84
Bulux Rojo Liso.....	25,281	94,37	26,788	78,89
Bulux Rojo Inciso.....	727	2,71		
Bulux Rojo Impreso.....	440	1,64		
Bulux Rojo Acanalado.....	289	1,07		
Bulux Rojo Pastillaje.....	43	0,16		
Jelic Rojo sobre Crema.....	5,790	100,00	5,790	17,05
Wech Negro Liso.....	680	97,98	694	2,04
Wech Negro Acanalado.....	14	2,01		
San Juan Plomizo Liso.....	189	71,86	263	0,77
San Juan Plomizo Inciso.....	72	27,37		
San Juan Plomizo Exciso.....	1	0,38		
Xibal Negro Estucado.....	176	100,00	176	0,51
Zozot Rojo Marruecos Liso.....	53	88,33	60	0,17
Zozot Rojo Marruecos Inciso....	4	6,66		
Zozot Rojo Marruecos Acanalado..	3	5,00		
Chemalá Rojo Pulido Liso.....	51	98,07	52	0,15
Chemalá Rojo Pulido Inciso.....	1	1,92		
Tzic Negro Marrón Liso.....	44	89,79	49	0,14
Tzic Negro Marrón Acanalado....	5	10,20		
Latz Blanco Inciso.....	26	61,90	42	0,12
Latz Blanco Exciso.....	16	38,09		
Poval Negro Pulido Exciso.....	23	100,00	23	0,06
Tiquisate Inciso.....	1	50,00	2	---
Tiquisate Modelado.....	1	50,00		
Umal Rojo Fino.....	2	100,00	2	---
Saxché Polícromo.....	2	100,00	2	
<u>Complejo Cerámico Xantún.....</u>		42 fragmentos		0,12
Ichala Micáceo.....	40	100,00	40	0,11
Fortaleza Blanco sobre Rojo....	2	100,00	2	---
Total	33,952	100,00	33,952	100,00

Cuadro 3: Frecuencia de tipos cerámicos del yacimiento Agua Tibia.

FORMAS	FIGURA- LOWE	MADE	ELIC	MECH	S. JUAN PLUMED	XIAL	DOZOT	CHENALA	TEIG	LATZ	POVIL	TIOUJATE	UNAL	SACUE	TUCALA	PORTALIZA
	Clay jar	X														
	Olla	X														
	Olla	X														
	Jarra	X														
	Cantal	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Cupula	X														
	Aguete	X														
	Zanatera	X														
	Vaso															
	Pecunia															
	Cernero de barro	X														
	Vasillo	X														
	Tapete	X														
	Mesa	X														

Cuadro 4: Principales formas cerámicas del yacimiento Agua Tibia.

GRUPO CERAMICO	INCISA	IMPRESA	ACANALADA	PASTILLAJE	PINTURA	EXCISA	NEGATIVA	ESTUCO	MODELADO
Bulux	x	x	x	x					
Jelic					x		x		
Wech			x						
S. Juan Plomizo	x					x			
Xibal								x	
Zozot	x		x						
Chemalá	x						x		
Tzic			x						
Latz	x					x			
Poval						x			
Tiquisate	x								x
Umal									
Saxché					x				
Ichala									
Fortaleza					x				

212

Cuadro 5: Tipos de decoración asociados a la cerámica de Agua Tibia.

NIVELES	A-1			A-4			A-7			A-10			A-11			A-12			A-13			A-16			TOTAL	
	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob	Ce	Pi	Ob		
I	25	--	--	17	--	1	29	--	--	46	--	--	144	--	2	59	--	--	19	--	--	28	--	--	359	7,95
II	45	--	1	36	--	--	31	--	--	74	--	2	139	--	--	35	--	--	31	--	--	65	--	5	456	10,12
III	35	--	1	98	--	--	60	--	--	--	--	--	209	1	1	114	--	--	51	1	--	14	1	--	501	12,90
IV	21	--	--	42	--	--	64	--	--	91	--	--	127	--	4	131	--	2	40	1	--	45	--	--	561	12,45
V	5	--	--	5	--	--	27	--	1	43	--	--	59	--	--	43	1	--	78	--	--	3	--	--	262	5,81
VI	2	--	--	6	--	--	13	--	--	62	1	--	54	--	--	123	1	1	122	1	1	--	--	--	382	8,48
VII							5	--	--	21	--	--	12	--	--	--	--	--	50	--	--	--	--	--	88	1,95
VIII										28	--	1	33	--	--	43	1	--	60	--	--	--	--	--	164	3,64
IX										9	--	--	76	1	--	82	2	9	115	--	2	--	--	--	282	6,26
X										326	--	1	149	--	--	90	--	1	90	--	--	--	--	--	655	14,54
XI										103	--	--	202	1	2	23	1	--	97	1	--	--	--	--	425	9,43
XII										4	--	--	6	--	--	11	--	--	143	--	--	--	--	--	164	3,68
XIII																31	--	--	--	--	--	--	--	--	31	0,68
XIV																89	1	--	--	--	--	--	--	--	89	1,97
XV																5	--	--	--	--	--	--	--	--	5	0,11
TOTAL	133	--	2	204	--	1	229	--	1	807	1	2	1209	2	9	279	6	13	891	4	3	165	1	5	4503	99,97

Clave. Ce: cerámica; Pi: piedra; Ob: obsidiana.

Cuadro 6: Distribución temporal de los artefactos en la Zanja A.

NIVELES	B-1			B-4			B-7			TOTAL	
	Ce	Pi	Gb	Ce	Pi	Gb	Ce	Pi	Gb		
I	30	--	--	71	--	1	171	2	4	279	14,69
II	64	--	--	91	--	--	147	--	2	304	15,55
III	108	--	--	155	--	1	124	--	2	391	19,74
IV	125	1	--	199	--	--	12	1	--	338	17,07
V	111	--	--	121	--	1	3	--	--	236	11,91
VI	69	1	--	14	2	2	84	--	--	172	8,68
VII	47	--	--	2	--	--	56	--	--	105	5,30
VIII	11	--	1	34	--	--				46	2,32
IX	53	1	--	27	--	--				81	4,09
X	21	--	1	5	--	1				29	1,41
TOTAL	639	3	2	720	2	6	597	3	8	1920	99,96

Clave. Ce: cerámica; Pi: piedra; Ob: obsidiana.

Cuadro 7: Distribución temporal de los artefactos en la Zanja B.

412

GRUPOS CERAMICOS	BASURERO				UNIDADES DOMESTICAS								AREA DE ENTERRAMIENTO				TOTAL										
	Zanja A	Zanja B	Casa 1	Casa 2	Tenexcal	Mocho	Sector W	Sector Y	Zanja C	Zanja D	Cementerio	Zanja E															
Buluc Rojo.....	5478	12,98	1577	5,88	2892	10,79	9818	36,85	531	1,98	990	3,69	2069	7,72	2501	9,33	73	0,27	65	0,24	2745	10,24	49	0,18	26788	78,89	
Jelic Rojo																											
rebre Crema.....	907	15,66	343	1,92	611	10,56	1618	27,89	93	1,88	254	4,38	492	8,94	604	10,43	64	1,10	39	0,67	727	12,65	41	0,70	5790	17,05	
Wach Negro.....	33	4,75	5	0,72	1	0,14	378	54,46	--	--	13	1,87	97	13,97	24	4,89	6	0,86	5	0,72	116	16,75	6	0,80	694	2,04	
San Juan Plomizo....	19	7,22	28	10,64	17	6,46	71	26,96	5	1,99	19	7,22	1	0,38	54	20,53	15	5,70	6	2,28	25	9,50	3	1,14	263	0,77	
Xibal Negro Estucado	--	--	--	--	--	2	1,13	--	--	--	--	--	--	9	8,11	5	2,04	--	--	168	90,90	--	--	--	--	176	0,51
Zosot Rojo Hartucos	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	4	6,66	--	--	55	91,66	1	1,66	60	0,17	
Chemalá Rojo Pulido..	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	6	11,53	--	--	46	88,46	--	--	52	0,15	
Talc Negro Marrón...	15	30,61	1	2,04	4	8,16	8	16,32	1	2,84	--	--	--	--	12	24,48	7	14,28	1	2,04	--	--	--	--	69	0,14	
Latz Blanco.....	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	7	18,66	--	--	35	83,33	--	--	42	0,12	
Poval Negro	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	23	100,00	--	--	23	0,06	
Pulido Exciso.....	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	1	33,33	--	--	2	--	
Tlaxiata.....	--	--	1	33,33	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	2	--
Umal Rojo Fino.....	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	2	100,00	--	--	2	--	
Saché Policromo.....	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	2	100,00	--	--	2	--	
Ichala Nicógeno.....	--	--	1	2,50	15	37,50	15	37,50	--	--	2	5,00	4	10,00	--	--	--	--	--	--	3	7,14	--	--	40	0,11	
Fortaleza Blanco	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	2	--
Sobre Rojo.....	--	--	--	--	1	33,33	--	--	--	--	1	33,33	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--
TOTAL	4452	15,11	1956	5,76	7541	10,42	11.873	35,87	530	1,56	1279	3,78	2664	7,84	3214	9,46	187	0,83	116	0,34	3941	11,60	101	0,29	33952	99,91	

Cuadro 8: Distribución espacial de los artefactos en el yacimiento Agua Tibia.

PIEDRA	BASURERO		UNIDADES DOMESTICAS						AREA DE ENTERRAMIENTO				
	ZANJA A	ZANJA B	CASA 1	CASA 2	TEMPZCAL	HORNO	SECTOR W	SECTOR Y	ZANJA C	ZANJA D	CEMENTERIO	ZANJA E	TOTAL
Metates	5 4,71	- -	6 5,66	54 50,94	2 1,88	6 5,66	11 10,37	13 12,26	4 3,77	3 2,83	2 1,88	- -	106 38,82
Manos	8 9,19	7 8,04	8 8,04	38 5,79	43,67	2 2,29	3 3,44	- -	16 18,39	2 2,29	2 2,29	- -	87 31,86
Machacadores	2 3,77	1 1,88	3 5,66	25 47,16	3 5,66	3 9,43	4 7,54	7 13,20	2 3,77	- -	1 1,88	- -	33 19,41
Piedras anillo	- -	- -	2 33,33	3 50,00	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- 16,66	- -	6 2,19
Kachas	- -	- -	1 16,66	5 83,33	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	6 2,19
Horidos	- -	- -	- -	2 50,00	- -	2 50,00	- -	- -	- -	- -	- -	- -	4 1,46
Alisadores	- -	- -	- -	2 66,66	- -	- -	- -	- -	1 33,33	- -	- -	- -	3 1,09
Pelotas	- -	- -	- -	1 33,33	- -	- -	2 66,66	- -	- -	- -	- -	- -	3 1,09
Figurillas	- -	- -	- -	2 100,00	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	2 0,73
Piedra bongo	- -	- -	- -	1 100,00	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	1 0,36
Cilindro	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	1 100,00	- -	- -	- -	- -	1 0,36
Canahuil	- -	- -	- -	- -	- -	- -	- -	1 100,00	- -	- -	- -	- -	1 0,36
Total	15 5,69	8 2,93	20 7,32	33 48,71	7 2,56	16 5,86	17 6,22	38 13,91	9 3,29	5 1,83	4 1,46	1 0,38	273 99,94

Cuadro 9: Distribución espacial de los artefactos de piedra en el yacimiento de Agua Tibia.

OBSIDIANA	BASURERO				UNIDADES DOMESTICAS								AREA DE ENTERRAMIENTO													
	ZANJA A		ZANJA B		CASA 1		CASA 2		TECNICAL		HORNO		SECTOR W		SECTOR Y		ZANJA C		ZANJA D		CEMENTERIO		ZANJA E		TOTAL	
Cuchillas retocadas	15	3,92	8	2,09	49	12,82	209	54,71	9	2,35	25	6,54	21	5,49	38	9,94	6	1,57	2	0,52	-	-	-	-	382	42,02
Cuchillas sin retoque	10	5,74	4	2,29	30	17,24	44	25,28	8	4,59	20	11,49	10	5,74	31	17,81	5	3,44	4	2,29	3	7,72	4	2,29	174	19,14
Lascas retocadas	-	-	-	-	-	-	6	66,66	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	11,11	2	22,22	9	0,99	
Hojas	-	-	1	1,44	19	27,53	24	34,78	-	-	-	-	17	24,63	6	8,69	2	2,99	-	-	-	-	-	-	69	7,59
Núcleos	3	8,82	-	-	4	11,76	24	70,58	-	-	-	-	3	8,82	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	34	3,74
Puntas de proyectil	1	7,69	1	7,69	1	7,69	4	30,76	-	-	-	-	-	-	6	46,15	-	-	-	-	-	-	-	-	13	1,43
Perforadores	-	-	-	-	-	-	3	100,00	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	3	0,33
Randeras	-	-	-	-	-	-	4	100,00	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	4	0,44
Cuchillos	-	-	-	-	-	-	2	100,00	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	2	0,22
Resechos de talla	7	1,19	2	0,91	30	13,69	96	43,83	6	2,73	17	7,76	40	18,26	15	6,48	4	1,82	2	0,91	-	-	-	-	219	24,09
Total	36	3,96	16	1,76	133	14,63	416	45,76	23	2,53	82	6,82	91	10,01	96	10,56	18	1,98	8	0,88	4	0,44	6	0,65	909	99,99

Cuadro 10: Distribución espacial de los artefactos de obsidiana en el yacimiento de Agua Tibia.

17/14

APENDICE E

Los estudios sobre la composición mineralógica de las arcillas y desgrasantes utilizados en la confección de cerámicas prehistóricas son cada vez más frecuentes, ya que ofrecen un conjunto de datos que, según la estructura geológica particular de cada una de las zonas en que se han extraído, ayudan a determinar el lugar de origen de las mencionadas cerámicas; sin embargo, en regiones de acentuada uniformidad estructural -como puede ser el caso del altiplano oeste de Guatemala- los análisis de este tipo se ven enormemente dificultados, y la formación de cantarras arcillosas pueda repetirse de forma idéntica de un sitio a otro. En el caso concreto que nos ocupa, el emplazamiento del asentamiento en plena región volcánica implica la homogeneización de los suelos sobre los que se levanta; por otra parte, la repetición de estos fenómenos volcánicos y el declive natural del terreno hacia el Pacífico hacen que, excepto para reducidas áreas aisladas y difíciles de cubrir por las sucesivas capas de ceniza caídas, las fuentes de las arcillas muestren componentes mineralógicos muy semejantes, tanto aquellas localizadas en el altiplano como en la costa. Esta situación puede quedar clarificada con el caso específico de Agua Tibia: este pequeño asentamiento se levanta sobre una zona cuya estructura geológica está compuesta por rocas volcánicas de carácter cuaternario (coladas de lava, material lahárico y tobas), aunque también tiene fácil acceso a reducidos núcleos terciarios rellenos y gruesas cubiertas de piedra pómez; mientras tanto, la bocacosta y llanura costera están cubiertas por aluviones y lavas cuaternarias propias de la erupción volcánica.

A pesar de esta dificultad, hemos decidido efectuar un amplio análisis de Difractometría por Rayos X bajo la supervisión y ayuda de Jean Jacques Chauvel en el Instituto de Geología Es-

tructural de la Universidad de Rennes, con el fin de obtener un conocimiento más amplio de la composición de las arcillas por una parte, y de comparar los resultados con aquellos que proceden de los análisis practicados sobre muestras recogidas en Zacualpa (Meyer, en Wauchope, 1975) y en Salcajá (Schoch, 1981).

El método utilizado para la identificación y preparación de las muestras ha sido el siguiente: en primer lugar, establecimos tres grandes grupos teóricos de cerámica, basándonos en su estudio estilístico y en el lugar de origen que tradicionalmente se les ha asignado en las monografías arqueológicas: cerámicas autóctonas, cerámicas procedentes de diversos centros de las tierras altas de Guatemala, y cerámicas originarias de la bocacosta y de la llanura costera. A continuación, cada grupo quedó subdividido en diferentes apartados según los tipos cerámicos que los formaban, y de cada tipo se escogió una muestra para su análisis en el laboratorio. Después, de cada fragmento se diseccionó la pasta del engobe y, por último, la muestra se trituró convenientemente en un mortero de ágata y quedó lista para su análisis por rayos X.

El estudio de las muestras preparadas se llevó a cabo en un difractómetro Philips que tenía una potencia de 200w y 50 kv., y pertenecía al tipo W2036/66 NR400885. Los resultados gráficos fueron reflejados también por un registrador Philips a una sensibilidad de $4 \cdot 10^2$ y una inercia de 4, siendo la velocidad del goniómetro de $1/2^\circ$ minutos y la del papel de 300 mm/h. El anticátodo con el cual fueron medidas fue el Cobalto (Co), y la incidencia y exposición de las muestras a los rayos de $3-25^\circ$, aunque en algunos casos esta cifra se superó ampliamente. Por último, los resultados obtenidos fueron cuantificados y catalogados en una calculadora Hewlett-Packard 9821A, según un programa establecido y descifrado por P. Jean Teixier y el autor, los cuales pueden ser

consultados en el Cuadro 11.

Como se puede observar en él, el componente mineralógico de los desgrasantes corresponde fundamentalmente a feldespatos (albita), cuarzo y, en menor cantidad, moscovitas (micas) y hematites especular, siendo la illita y clorita muy escasas. El núcleo común para todas las muestras analizadas es que están formadas a partir de materiales volcánicos, tanto en aquellos casos en que los tipos estudiados provienen de centros emplazados en el altiplano como en la bocacosta y la costa. En una situación como la presente, la única variación que podemos detectar se centra en torno a la relación existente entre feldespatos, cuarzo y moscovitas (la cual es expresada en el cuadro teniendo en cuenta el porcentaje existente entre la altura máxima de cada pico reflejado en el registrador Philips y su anchura), aunque ésta última resulta poco significativa en la definición de los grupos establecidos: naturalmente, a cerámicas consideradas más finas y su tuarias parece corresponder una mayor pureza en las arcillas y desgrasantes que parecen haber sido seleccionados, lo cual puede observarse en la baja relación existente en ellos. En algún caso, como ocurre con los fragmentos correspondientes a los tipos San Juan Plomizo, los desgrasantes y arcillas son casi irreconocibles, debido a las altas temperaturas a que fueron sometidas las vasijas.

Una situación muy semejante a la ofrecida por Agua Tibia puede haberse dado con respecto a la cerámica negro-marrón característica de finales del período Preclásico Tardío que se recuperó en Las Victorias, Salcajá, donde los componentes fundamentales eran el cuarzo y los feldespatos. Las micas y calcita aparecían de forma muy esporádica. Con respecto a Zacualpa, la comparación se nos antoja algo más difícil, puesto que no existen muchas muestras que se correspondan con las aquí analizadas, pero sí nos en

contramos en condiciones de afirmar que existe un buen número de cerámicas características del período Clásico Tardío cuyas ar-
cillas y desgrasantes han sido extraídos de suelos con una compo-
sición muy semejante a los que rodean el yacimiento de Agua Ti-
bia, aunque también entran en concurso otros que seguramente fue-
ron recuperados en la zona noreste del centro provincial, a los
cuales no debieron tener acceso los habitantes del M-5.

GRUPO CERAMICO	TIPO DE MUESTRA	FELDOSPATO (ALBITA)		CUARZO		MOSCOVITAS MICAS		HEMATITE		CRISTALES DE PIROXENO	RELACION DE MATERIALES
		dA	29	dA	29	dA	29	dA	29		
Bulux	Pasta	3,18	11,510	3,34	6,930	11,17	7,200	--	--	x	Ab/Q 1,660
Jalisco	Pasta	3,17	23,643	3,33	6,278	8,36	5,291	--	--	-	Ab/Q 3,756
	Pasta	3,40	12,418	3,57	4,362	--	--	--	--	-	Ab/M 4,459
	Engobe	3,13	5,413	3,34	3,949	--	--	--	--	-	Ab/Q 2,502
	Pintura	3,17	9,030	3,33	5,985	--	--	--	--	-	Ab/Q 1,341
	Pasta	3,17	8,533	3,33	10,203	--	--	--	--	-	Q/Ab 1,181
Wech	Engobe	3,17	5,696	3,33	13,392	--	--	--	--	-	Q/Ab 2,351
	Pasta	3,17	8,030	3,34	4,127	--	--	--	--	-	Ab/Q 1,939
S. Juan Plomizo	Engobe	3,17	5,570	3,20	3,975	--	--	--	--	-	Ab/Q 1,400
	Pasta	3,17	16,853	3,34	6,523	--	--	--	--	-	Ab/Q 2,583
Xibol	Engobe	3,17	5,584	3,34	4,594	--	--	--	--	-	Ab/Q 1,210
	Estuco	3,20	4,253	3,34	4,228	10,40	10,354	--	--	-	M/Ab 2,454
	Pasta	3,17	9,177	3,34	4,253	11,18	7,89	--	--	-	Q/M 1,306
Zozot	Engobe	3,18	6,608	3,34	8,962	--	--	2,69	6,681	-	M/Ab 1,038
	Pasta	3,20	5,392	3,33	4,035	11,15	7,91	--	--	-	Ab/Q 1,115
	Engobe	3,17	4,369	3,33	8,384	--	--	--	--	-	Q/Ab 1,918
Ichala	Pasta	3,13	9,848	3,33	24,937	9,08	12,987	--	--	-	M/Ab 1,319
Poval	Pasta	3,20	7,843	3,33	10,736	--	--	--	--	-	Q/Ab 1,363
	Engobe	3,17	9,494	3,33	7,494	--	--	--	--	-	Ab/Q 1,226

Clave. Ab/ albita; Q/ cuarzo; M/ moscovita.

Cuadro 11: Frecuencia de los componentes mineralógicos en la cerámica de Agua Tibia.

122

423

APENDICE F

La mayoría de los artefactos de piedra recuperados en el curso de la excavación del yacimiento Agua Tibia -excepto aquellos confeccionados en gabbro- procedían de materiales volcánicos. Tanto la piedra pómez, como basaltos más o menos ácidos y más o menos porosos, dieron origen al resto de los instrumentos de piedra rescatados. En concreto, la piedra basáltica contenía los siguientes componentes (Lám XLV):

- (a) Plagioclasas con manchas polisintéticas idiomorfas o subidiomorfas, las cuales aparecen en algunos fragmentos de cerámica del grupo Bulux Rojo.
- (b) Piroxenos idiomorfos y subidiomorfos. Pequeñas agujitas de este componente han aparecido también entre el desgrasante de algunos fragmentos del tipo Bulux Rojo Liso.
- (c) Vidrio volcánico.

La lámina XLVa ha sido realizada con luz natural y 2,5 aumentos; mientras que la lámina XLVb se ha efectuado con los mismos aumentos, pero con luz polarizada. En ellas, las plagioclasas se corresponden con los cristales grandes; los piroxenos se identifican mediante pequeñas agujitas de color gris y el vidrio volcánico mediante los puntos negros.

123

APPENDICE G

"

Número de enterramiento	Edad	Sexo	Posición	Orientación	Protección del cráneo	Pigmento rojo	Decoración dentaria	Tipos de ofrenda Vasijas	Otros
E- 1	A	--	--	N	Losa	--	--	2	Metate
E- 2	A	V	F.S.	N-NE.	Comal	--	--	3	--
E- 3	A	--	--	--	Losa	--	--	2	--
E- 4	A	M	F.S.	O	Losa	Si	--	5	--
E- 5	A	V	F.S.	--	Losa	--	--	1	Fichas
E- 6	A	--	--	--	Losa	--	--	4	Carita
E- 7	A	--	F.S.	N	Losa	--	--	5	
E- 8	A.J.	M	F.S.	N	--	--	--	4	--
E- 9	A.J.	M	F.S.	--	Losa	--	Limado	6	--
E-10	A	V	F.S.	N	--	--	Limado	2	Machacador
E-11	A.J.	M	--	--	--	--	--	5	--
E-12	A	--	--	--	--	--	--	5	--
E-13	N	--	--	--	--	--	--	4	Silbato
E-14	A	M	F.S.	--	--	--	--	4	--
E-15	A	--	--	--	--	--	--	2	--
E-16	A?	--	--	--	--	--	--	2	--

Clave. A: adulto N: niño M: mujer
A.J.: adulto joven V: varón F.S.: flexionado-sentada.

Cuadro 12: Rasgos fundamentales de los enterramientos de Agua Tibia.

11-8

BIBLIOGRAFIA

"

ABASCAL, Rafael

- 1975 Los hornos prehispánicos en la región de Tlaxcala. En XIII Mesa Redonda de Antropología. Sociedad Mexicana de Antropología, p. 189-197. México.

ADAMS, Richard E.W.

- 1965 The ceramic chronology of the southern maya, first preliminary report: 1965. Mimeographed, Department of Anthropology. University of Minnesota, Minneapolis.
- 1968 Maya highland prehistory: new data and implications. Xeroded, Department of Anthropology. University of Minnesota, Minneapolis.
- 1972 Maya highland prehistory: new data and implications. En Studies in Archaeology of Mexico and Guatemala, John Graham, ed. Contributions to University California Archaeological Research Facility, nº 16: 1-21. Berkeley.

AGRINIER, Pierre

- 1966 La casa de baños de vapor de San Antonio. En Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia, nº 25: 29-32. México.
- 1975 Mounds 9 and 10 at Mirador, Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation, nº 39. Brigham Young University. Provo, Utah.
- 1978 A sacrificial mass burial at Miramar, Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation, nº 42. Brigham Young University. Provo, Utah.

ALCINA, José

- 1961 Pequeñas esculturas antropomorfas de Guerrero, México. En Revista de Indias, Año XXI: 295-350. Madrid.
- 1978 La arqueología de la cuenca del río Samalá (Guatemala). Congreso del V Centenario del nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo. San José de Costa Rica.

- 1979 Agua Tibia: un poblado Clásico Tardío en Totonicapán. En Antropología e Historia de Guatemala, II:231-44 Guatemala.
- 1980 Las cerámicas rojo sobre crema y similares en el altiplano de Guatemala. En Antropología Americanista en la Actualidad: Homenaje a Raphael Girard, p. 473-492. Editores Mexicanos Reunidos, México.
- ALCINA, José, Andrés Ciudad y M^a Josefa Iglesias
- 1980 El temazcal en Mesoamérica: evolución, forma y función. En Revista Española de Antropología Americana, Vol. X: 93-122. Universidad Complutense, Madrid.
- ARROT, Charles R.
- 1977 Cerámica actual de Guatemala: San Luis Jilotepeque. En Tradiciones de Guatemala, nº 8: 333-339. Centro de Estudios Folklóricos. Universidad de San Carlos, Guatemala.
- BANDO
- 1793 Bando o reglamento del Sr. Conde de Revillagigedo de 21 de Agosto de 1793 prescribiendo el modo de gobierno de los temazcales y lavaderos. Bandos, Tomo 17; folios 186-188; 250-251. Archivo General de la Nación, México.
- BECQUELIN, Pierre
- 1969 Archéologie de la Région de Nebaj. Institut D'Ethnologie, II. Paris.
- BERLIN, Henrich
- 1952 Excavaciones en Kaminaljuyu: montículo D-III-13. En Antropología e Historia de Guatemala, IV-1: 3-18. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Guatemala.
- BINFORD, Lewis R.
- 1971 Mortuary practices: their study and their potential. En Approaches to the Social Dimensions of mortuary practices (J.A. Brown, ed.): 6-29. Memoirs of the Society for American Archaeology, nº 25. Salt Lake City.

BORHEGYI, Stephan F.

- 1950 Unpublished notes on the sherd lots and ceramic collections of the Guatemala National Museum. Milwaukee Public Museum, Milwaukee.
- 1956 The development of folk and complex cultures in the southern maya area. En American Antiquity, Vol. 21, nº 4: 342-356. Salt Lake City.
- 1957 Mushroom stones of Middle America, arranged...geographically and chronologically by type. En Mushroom, Russia and History (V. Wasson y G. Wasson, eds.), Vol. 2. Pantheon, New York.
- 1961 Miniature mushroom stones from Guatemala. En American Antiquity, Vol. 26: 498-504. Salt Lake City.
- 1965a Archaeological synthesis of the Guatemalan highlands. En Handbook of Middle American Indians, Part. 1, Vol. II: 3-58. University of Texas Press, Austin.
- 1965b Settlement patterns of the Guatemalan highlands. En Handbook of Middle American Indians, Part. 1, Vol. II: 59-75. University of Texas Press, Austin.

BRAINERD, George W.

- 1956 Changing living patterns of the Yucatan maya. En American Antiquity, Vol. 22, nº 2: 162-164. Salt Lake City.

BROWN, Kenneth L.

- 1977 The valley of Guatemala: a highland port of trade. En Teotihuacan and Kaminaljuyu (W.T. Sanders y J.W. Michels, eds.): 205-396. The Pennsylvania State University Press, University Park, P.A.
- 1980 A brief report on Paleoindian-Archaic occupation in the Quiche-Basin, Guatemala. En American Antiquity, Vol. 45, nº 2: 313-324. Salt Lake City.

BULLARD, William R. Jr.

- 1960 Maya settlement pattern in northeastern Peten, Guatemala. En American Antiquity, Vol. 25, nº 3: 355-372. Salt Lake City.

BUNZEL, R.

- 1952 Chichicastenango: a Guatemalan village. American Ethnological Society, Pub. 22. Agustin Publisher, New York.

BUTLER, Mary

- 1935 A study of maya moldmade figurines. En American Anthropologist, Vol. 37: 636-672. Menasha, Wisconsin.
- 1940 A pottery sequence from Alta Verapaz, Guatemala. En The Maya and Their Neighbors (C.L. Hay y otros, eds.): 250-267, New York.
- 1959 Spanish contact at Chipal. En Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg, Vol. XXV: 28-35. Hamburgo.

CARMACK, Robert M.

- 1973 Quichean civilization: the ethnohistoric, ethnographic, and archaeological source. University of California Press, Berkeley.
- 1976 La estratificación quicheana prehispánica. En Estratificación Social en la Mesoamérica Prehispánica (P. Carrasco, J. Broda y otros eds.): 245-277. Secretaría de Educación Pública, México.
- 1979a Historia social de los quichés. Seminario de Integración Social Guatemalteca. Ed. José de Pineda Ibarra, Guatemala.
- 1979b Evolución del reino quiché. Ed. Piedra Santa, Guatemala.

CARMACK, Robert M., John W. Fox y R.E. Stewart

- 1975 La formación del reino quiché. Instituto de Antropología e Historia. Pub. especial nº 7, Guatemala.

CARMACK, Robert M. y Lynn Larmer

- 1971 Quichean art: a mixteca-puebla variant. Miscellaneous Series, nº 23. Museum of Anthropology. University of Northern Colorado, Greeley.

CARRASCO, Pedro

- 1946 El temazcal. En México Prehispánico, p. 737-741. México.

CASO, Alfonso

- 1965 Lapidary work, goldwork and copperwork from Oaxaca. En Handbook of Middle American Indians, Vol. 3: 896-930 University of Texas Press, Austin.

CIUDAD, Andrés

- 1981 Las cubiertas de incensario de La Propicia, Esmeraldas, Ecuador. En Revista Española de Antropología Americana, Vol. XI: 103-111. Universidad Complutense, Madrid.

CIUDAD, Andrés y M^a Josefa Iglesias

- 1979 Informe preliminar sobre la cerámica de Las Victorias, Salcajá, Guatemala. En Revista Española de Antropología Americana, Vol. IX: 155-197. Universidad Complutense, Madrid.

CLAVIGERO, Francisco J.

- 1817 The history of Mexico. Philadelphia.

CODICE FLORENTINO

- 1957 Florentino codex. General history of the things of New Spain (versión de C.E. Dibble y Arthur J.O. Anderson), 10 vols. Santa Fé.

COE, Michael

- 1960 A fluted point from highland Guatemala. En American Antiquity, vol. 25: 412-413. Salt Lake City.
- 1961 La Victoria, an early site on the Pacific coast of Guatemala. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Vol. 53. Cambridge, Massachusetts.

COE, Michael

- 1973 The maya scribe and his world. The Grolier Club, New York.

COE, Michael y Kent V. Flannery

- 1967 Early cultures and human ecology in south coastal Guatemala. Smithsonian Institution Contributions to Anthropology, Washington.

COE, William

- 1959 Piedras Negras archaeology: artifacts, caches and burials. Museum Monographs, University Museum. University of Pennsylvania, Philadelphia.

COMAS, Juan

- 1978 Introducción a la prehistoria general. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

CRESSON, Frank M.

- 1938 Maya and Mexican sweat houses. En American Anthropologist, n.s., Vol. 40: 88-102. Menasha, Wisconsin.

CHADWICK, Robert

- 1971 Archaeological synthesis of Michoacan and adjacent regions. Handbook of Middle American Indians, Vol. 11: 657-693. University of Texas Press, Austin.

CHECK, Charles D.

- 1977 Excavations at the Palangana and the acropolis, Kaminaljuyu. En Teotihuacan and Kaminaljuyu (W.T. Sanders y J.W. Michels, eds.): 1-204. The Pennsylvania State University Press, P.A.

DELGADO, Agustín

- 1965 Archaeological research at the Santa Rosa, Chiapas, and in the region of Tehuantepec. Papers of the New World Archaeological Foundation. Pub. 13, nº 17. Brigham Young University. Provo, Utah.

DÍAZ CASTILLO, Roberto

- 1975 Totonicapán: peces y pájaros de loza vidriada. En Tradiciones de Guatemala, nº 4: 43-74. Centro de Estudios Folklóricos. Universidad de San Carlos, Guatemala.
- 1979 Alfarería y alfares de Totonicapán. En Tradiciones de Guatemala, nº 11: 37-80. Centro de Estudios Folklóricos. Universidad de San Carlos, Guatemala.

DICCIONARIO

- 1864de Motul. Diccionario de la lengua maya de Yucatán. Providence.

DIRECCION GENERAL DE CARTOGRAFIA

- 1961-62 Diccionario geográfico de Guatemala, 2 vols. Dirección General de Cartografía, Guatemala.

DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA

- 1971-73 Séptimo censo de población, 1964; 3 vols. Dirección General de Estadística. Guatemala.

DIXON, Keith A.

- 1962 Culinary shoe-pots: the interamerican diffusion of a cooking technique. Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas, p. 579-586. México.

DOUGLAS, William G.

- 1968 Santiago Atitlán. En Los Pueblos del Lago Atitlán, p. 229-276. Seminario de Integración Social Guatemalteca, Guatemala.

DURAN, Diego de

- 1967 Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme. Ed. Porrúa, México.

DUTTON, Bertha P.

- 1943 A history of Plumbate Ware. Papers of the School of American Research. Archaeological Institute of America, Santa Fe.

- 1958 Studies in ancient Soconusco. En Archaeology, Vol. 11, nº 1: 48-54. Archaeological Institute of America, New York.
- 1966 Pots pose problems. En El Palacio, Vol. 73, nº 1: 5-15, Santa Fe.

DUTTON, Bertha P. y H.R. Hobbs

- 1943 Excavations at Tajumulco, Guatemala. School of American Research, nº 9. University of New Mexico Press, Albuquerque.

EDMONSON, Michael

- 1971 The Book of Counsel: the Popol Vuh of the Quiche maya of Guatemala. Middle American Research Institute, Pub. 35. Tulane University, New Orleans.

ESTRADA MONROY, Agustín

- 1973 Popol Vuh. Ed. José de Pineda Ibarra. Guatemala.

FAUVET-BERTHELOT, Marie France

- 1973 Mixco Viejo: ville Protohistorique des hautes terres de Guatemala. En Journal de la Société des Américanistes, vol. LXII: 145-167. Musée de l'Homme, Paris.
- 1980 Le groupe d'habitat A. En Archéologie de sauvetage dans la vallée du río Chixoy: Cauinal (A. Ichon y otros, eds.): 63-103. Centre National de la Recherche Scientifique. Institut D'Ethnologie, Paris.

FELDMAN, L.H.

- 1971 A tumpline economy: production and distribution systems of early central east Guatemala. Doctoral Dissertation, Department of Anthropology. The Pennsylvania State University, University Park, P.A.

FERRATE, Luis A.

- 1977 Análisis y diseño ambiental del paisaje guatemalteco. Ca-

so típico: la evaluación ecosistemática de la hoja topográfica Totonicapán, a escala 1: 50,000. Tesis Doctoral. Universidad de Oregón, Oregón.

FLANNERY, Kent V. y Marcus C. Winter

- 1976 Analizing household activities. En The Early Mesoamerican Village (K.V. Flannery, ed.): 34-47. Academic Press, New York.

FOSTER, George M.

- 1948 Some implications of modern mexican mold-made pottery. En Southeastern Journal of Anthropology, Vol. 4: 356-370. Albuquerque.
- 1967 Contemporary pottery and basketry. En Handbook of Middle American Indians, Vol. 6: 103-124. University of Texas Press, Austin.

FOX, John W.

- 1975 Centralism and regionalism: Quiche acculturation processes in settlement patterning. Doctoral Dissertation at State University of New York at Albany.
- 1978 Quiche Conquest. University of New Mexico Press, Albuquerque.

FUENTES Y GUZMAN, Francisco A.

- 1932-33 Recordación Florida: Discurso historial y demostración natural, material, militar y política del reino de Guatemala. Biblioteca Goathemala, Vols. 6-8. Guatemala.
- 1972 Obras históricas de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. Ed. Atlas, Madrid.

GAMIO, Manuel

- 1922 La población del valle de Teotihuacán, 5 vols. Instituto Nacional Indigenista. Secretaría de Educación Pública, México.

GANN, Thomas W.F.

- 1918 The maya indians of southern Yucatan and northern British Honduras. Bureau of American Ethnology, Bull. 64. Washington.

GIFFORD, James C.

- 1960 The "type-variety" method of ceramic classification as an indicator of cultural phenomena. En American Antiquity, Vol. 25, nº 3: 341-347. Salt Lake City.

GILLIN, John

- 1951 The culture of security in San Carlos: a study of a Guatemalan security of indians and ladinos. Middle American Research Institute, Pub. 16. Tulane University, New Orleans.

GROLLIG, Francis

- 1959 San Miguel Acatan, Huehuetenango, Guatemala: a modern maya village. Doctoral Dissertation. Indiana University

GRUHN, Ruth y Alan Bryan

- 1976 An archaeological survey of the Chichicastenango area of highland Guatemala. En Cerámica de Cultura Maya et al. Vol. 9: 75-119, Temple University, Philadelphia.
- 1977 Los Tapiales: a Paleoindian campsite in the Guatemala highlands. Proceedings of the American Philosophical Society, 121: 235-273. Philadelphia.

GUERRA BORGES, Alfredo

- 1976 Geografía económica de Guatemala (II). Ed. Universitaria. Universidad de San Carlos, Guatemala.

GUILLEMIN, J.F.

- 1959 Iximché. En Antropología e Historia de Guatemala, Vol. XI, nº 2: 22-42. Guatemala.

HARVEY, H.R. e Isabel Kelley

- 1969 The tottonac. Handbook of Middle American Indians, Vol. 8: University of Texas Press, Austin.

HAVILAND, William A.

- 1970 Tikal, Guatemala, and Mesoamerican urbanism. En World Archaeology, Vol. 2: 186-197. London.

HILL, J.N. y R.K. Evans

- 1972 A model for classification and tipology. En Models in Archaeology (D. Clarke, ed.): 231-273. Methuen, London.

ICHON, Alain

- 1977 A Late Postclassic sweathouse in the highland of Guatemala. En American Antiquity, Vol. 42, nº 2: 203-209. Salt Lake City.
- 1979 Rescate arqueológico de la cuenca del río Chixoy: informe preliminar. Ed. Piedrasanta, Guatemala.
- 1980 Synthèse et conclusions. En Archéologie de sauvetage dans la vallée du Río Chixoy (A. Ichon y otros, eds.): 187-209. Centre National de la Recherche Scientifique. Institut D'Ethnologie, Paris.

IGLESIAS, Josefa y Andrés Ciudad

- 1980 Informe preliminar sobre la cerámica funeraria de Agua Tibia, Totonicapán, Guatemala. En Estudios de Cultura Maya, Vol. XIII. Universidad Nacional Autónoma de México, México (en prensa).

INCAP-ICNNO

- 1961 Food composition table for the use in Latin America. National Institute of Health, Bethesda.

KIDDER, Alfred

- 1935 Notes on the ruins of San Agustín Acasaguastlan, Guatemala. Contributions to American Archaeology and History,

nº 15, Pub. 456. Carnegie Institution of Washington, Washington.

- 1948 Kaminaljuyu, Guatemala: addenda and corrigenda. En Notes on Middle American Archaeology and Ethnology, nº 89. Carnegie Institution of Washington, Washington.

- 1954 Miscellaneous archaeological specimens from Mesoamerica. Notes on Middle American Archaeology and Ethnology, nº 117: 9-10; fig. 5a. Carnegie Institution of Washington.

KIDDER, Alfred, Jesse Jennings y Edwin M. Shook

- 1946 Excavations at Kaminaljuyu, Guatemala. Carnegie Institution of Washington, Washington.

KIDDER, Alfred y Anna O. Shepard

- 1944 Stucco decoration of early Guatemala pottery. En Notes on Middle American Archaeology and Ethnology, nº 35. Carnegie Institution of Washington, Washington.

KIDDER, Alfred y Edwin Shook

- 1959 A unique ancient maya sweathouse, Guatemala. Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde. Hamburg, 25, Sonderdruck: 70-74. Hamburg.

KOHLER, Ulrich

- 1976 Mushrooms, drugs, and potters: a new approach to the function on Precolumbian Mesoamerican mushrooms stones. En American Antiquity, Vol. 41, nº 2: 145-153. Salt Lake City.

KRICKEBERG, Walter

- 1933 Los Totonacas. Traducción de Porfirio Aguirre. México.
1961 Las antiguas culturas mexicanas. Fondo de Cultura Económica, México.

LA FARGE, Oliver y Douglas Byers

- 1931 The year bearer's people. Detailed study of the daily life and ceremonies of the Jacalteca Indians of the Guatemala highlands. Middle American Research Institute, Pub. 3. Tulane University, New Orleans.

LANDA, Diego de

- 1864 Relación de las cosas de Yucatán. París.

LAS CASAS, Bartolomé de

- 1967 Apologetica historia sumaria. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

LEE, Thomas A. Jr.

- 1969 The artifacts of Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation, nº 26. Brigham Young University. Provo, Utah.
- 1973 Secuencia de fases postformativas en Izapa, Chiapas, México. En Estudios de Cultura Maya, Vol. IX: 75-84. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1979a Early colonial Coxoh maya syncretism in Chiapas, Mexico. En Estudios de Cultura Maya, Vol. XII: 93-109. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1979b Coapa, Chiapas: a sixteenth century Coxoh maya village on the Camino Real. En Maya Archaeology and Ethnohistory (N. Hammond y G.R. Willey, eds.): 208-222. University of Texas Press, Austin.

LEE, Thomas A. Jr. y Sidney D. Markman

- 1977 The Coxoh colonial project and Coneta, Chiapas, Mexico. En Historical Archaeology, Vol. 11: 56-66.

LEON, Juan de

- n.d. El mundo quiché. Guatemala.

LINNE, Sigvald

- 1942 Mexican highland cultures: archaeological researches at Teotihuacan, Calpulalpan and Chalchicomula in 1934-35. En The Ethnographic Museum of Sweden, n.s. Pub. nº 7. Stakholm.

LITVAK KING, Jaime

- 1968 Excavaciones de rescate en la presa de La Villita. En Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 31: 28-30. México.

LONGYEAR, John M. III

- 1944 Archaeological investigations in El Salvador. Memoirs of the Peabody Museum, Vol. 9, nº 2. Harvard University. Cambridge, Massachusetts.
- 1952 Copan ceramics: a study of southeastern maya pottery. Carnegie Institution of Washington, Pub. 597. Washington.

LOTHROP, Samuel K.

- 1926 A note on indian ceremonies in Guatemala. En Indian Notes, Vol. 4, nº 1. Museum of American Indian, Heye Foundation, New York.
- 1933 Atitlan: an archaeological study of ancient remains on the borders of lake Atitlan, Guatemala. Carnegie Institution of Washington, Pub. 444. Washington.
- 1936 Zacualpa: a study of ancient Quiche artifacts. Carnegie Institution of Washington, Pub. 472. Washington.

LOWE, Gareth W.

- 1978 Eastern Mesoamerica. En Chronologies in the New World Archaeology (Tylor, R. y C.W. Meigham, eds.): 331-393. Academic Press, New York.

MANRIQUE, Leonardo

- 1969 The Otomi. En Handbook of Middle American Indians, Vol. 8:

682-721. University of Texas Press, Austin.

MASON, James A.

- 1960 The terrace to north of mound 13, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation, nº 11. Brigham Young University. Provo, Utah.

MAUDSLAY, A.C. y A.P. Maudslay

- 1899 A glimpse at Guatemala and some notes on the ancient monuments of Central America. London.

McBRYDE, Félix W.

- 1969 Geografía cultural e histórica del suroeste de Guatemala. Seminario de Integración Social Guatemalteca, nº 24-25. Guatemala.

MICHELS, Joseph W.

- 1971 The colonial obsidian industry of the Valley of Mexico. En Science and Archaeology (R.H. Brill, ed.): 251-271. The Mit Press, Cambridge.
- 1973 Dating Methods in Archaeology. Seminar Press, New York.

MILES, Suzanne W.

- 1957a Maya settlement patterns: a problem for ethnology and archaeology. En Southwestern Journal of Anthropology, nº 13: 239-248. Albuquerque.
- 1957b The sixteenth century Pokom-maya: a documentary analysis of social structure and archaeological setting. En Transactions of the American Philosophical Society, XLVII, nº 4: 731-781. Philadelphia.

MOEDANO K., Hugo

- 1946 Jaina: un cementerio maya. En Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, VII, nº 1-3: 217-242. México.

MOLINA, Alonso

- 1944 Vocabulario en lengua castellana y mexicana. Colección de Incunables Americanos, Vol. IV. Ed. Cultura Hispánica,

Madrid.

MORLEY, Sylvannus G.

- 1936 Annual report of the Division of Historical Research.
Carnegie Institution of Washington, Pub. 477. Washington.
- 1947 La Civilización maya. Fondo de Cultura Económica, México.

MUNSELL COLOR COMPANY

- 1975 Munsell soil color charts. Munsell Color Company, Inc.
Baltimore, Maryland.

NAVARRETE, Carlos

- 1961 La cerámica de Mixco Viejo. En Cuadernos de Antropología,
nº 1. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad
de San Carlos, Guatemala.
- 1966 The Chiapanec, history and culture. Papers of the New
World Archaeological Foundation, nº 21, Pub. 16. Brigham
Young University. Provo Utah.
- 1978 Un reconocimiento de la Sierra Madre de Chiapas. Serie
Cuadernos nº 13. Universidad Nacional Autónoma de México,
México.

NUTTALL, Zelia

- 1903 The book of the life of the ancient mexicans. University
of California, Berkeley.

ORELLANA, Sandra L.

- 1977 Obsidian and its uses among the tzutujil maya. En Journal of New World Archaeology, Vol. II, nº 1: 17-29. Institute of Archaeology. University of California. Los Angeles.

PARSONS, Lee A.

- 1967-69 Bilbao, Guatemala: an archaeological study of the pacific coast Cotzumalhuapa region (2 vols.). Publications in Anthropology, nº 11 y 12. Milwaukee Public Museum, Milwaukee.

PAUL, Benjamin

- 1968 San Pedro La Laguna. En Los Pueblos de Lago Atitlán, p. 93-158. Seminario de Integración Social Guatemalteca. Guatemala.

PHILLIPS, Philip

- 1958 Application of the Wheat-Gifford-Wasley taxonomy to eastern ceramics. En American Antiquity, Vol. 24, nº 2: 117-125. Salt Lake City.

PHILLIPS, Philip y James C. Gifford

- 1959 A review of the taxonomic nomenclature essential to ceramic analysis in archaeology. Mimeographed, Peabody Museum. Harvard University. Cambridge, Massachusetts.

POLLOCK, H.E.D.

- 1965 Architecture of the maya lowlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 378-440. University of Texas Press, Austin.

PULESTON, Dennis E.

- 1965 The chultuns of Tikal. En Expedition, 7 (3): 24-29.

RAMOS, Rafael

- 1980 La industria de la obsidiana en Salcajá, Guatemala. Tesis de Licenciatura. Universidad Complutense, Madrid.

RANDS, Robert L. y Robert E. Smith

- 1965 Pottery of the Guatemalan highlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 95-145. University of Texas Press, Austin.

REAL CEDULA

- 1691sobre la regulación y uso de los temazcales. Vol. 24, Expediente 76, fol. 219-221. Archivo General de la Nación, México.

RECINOS, Adrián

- 1953 The Annals of the Cakchiqueles. University of Oklahoma Press, Norman.

REDFIELD, Robert

- 1930 Tepoxtlán, a Mexican village. University of Chicago Press, Chicago.
- 1945 Notes on San Antonio Palopo. Microfilm. University of Chicago, Chicago.

REINA, Rubén E.

- 1966 The law of the Saints: a Pokoman people and its community culture. Bolles-Merill, Indianapolis.

REINA, Rubén E. y Robert M. Hill II

- 1978 The traditional pottery of Guatemala. The University of Texas Press, Austin.

REMESAL, Antonio de

- 1932 Historia General de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapas y Guatemala. Biblioteca Goathemala. Guatemala.

RICKETSON, Oliver Gr. Jr.

- 1929 Excavations at Baking Pot, British Honduras. Contributions to American Archaeology, Vol. I, nº 1. Carnegie Institution of Washington, Pub. 403. Washington.

RIVERA, Miguel

- 1975 Exploraciones arqueológicas en Guatemala. En Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas, Vol. I: 542-550. México.
- 1978 La primera temporada de excavaciones en Salcajá, Guatemala. En Revista Española de Antropología Americana, 8: 111-125. Madrid.

RIVERO, Sonia

- 1977 Los CimIENTos: análisis del patrón de asentamiento. Tesis Profesional. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

ROMERO, J.

- 1958 Mutilaciones dentarias prehispánicas de México y América Central. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

ROVNER, Irwin

- 1974 Implications of the lithic analysis at Becan. En Preliminary Reports on Archaeological Investigations in the Rio Bec Area, Campeche, Mexico. Middle American Research Institute, Pub. 31: 128-132. Tulane University, New Orleans.
- 1976 A method for determining obsidian trade patterns in the maya lowlands. En Katunob, 9: 43-51.

ROYS, Ralph L.

- 1943 The indian background of colonial Yucatan. University of Oklahoma Press, 1972. Norman.
- 1957 The political geography of the Yucatan maya. Carnegie Institution of Washington, Pub. 613. Washington.

RUPPERT, Karl

- 1935 The Caracol of Chichen Itza, Yucatan, Mexico. Carnegie Institution of Washington, Pub. 458. Washington.
- 1952 Chichen Itza: architectural notes and plans. Carnegie Institution of Washington, Pub. 595. Washington.

RUZ LHUILLIER, Alberto

- 1952 Exploraciones en Palenque. En Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, nº 5. México.

- 1965 Tombs and offertory practices of the maya lowlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 441-461. University of Texas Press, Austin.
- 1968 Costumbres funerarias de los antiguos mayas. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- SABLOFF, Jeremy A.
- 1975 Excavations at Seibal: ceramics. Memoirs of the Peabody Museum of Anthropology and Ethnology, Vol. 13: 1-261. Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- SABLOFF, Jeremy y Robert E. Smith
- 1969 The importance of both analytic and taxonomic classification in the Type-variety system. En American Antiquity, Vol. 34, nº 3: 278-285. Salt Lake City.
- SAHAGUN, Bernardino de
- 1975 Historia General de las Cosas de la Nueva España. Ed. Angel María Garibay. Porrúa, Madrid.
- SANDERS, William T.
- 1961 Ceramic stratigraphy at Santa Cruz, Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation, nº 13, Pub. 9. Brigham Young University. Provo, Utah.
- 1972 Population, agricultural history, and societal evolution in Mesoamerica. En Population Growth: Anthropological Implications, p. 101-154 (Brian Spooner, ed.). The Mit Press, Cambridge.
- SANDERS, William T. y Barbara Price
- 1968 Mesoamerica: the evolution of a civilization. Random House, New York.
- SANDERS, William T. y David Webster
- 1978 Unilinealism, multilinealism, and the evolution of complex societies. En Social Archaeology (C. Redman y otros,

eds.): 249-302. Academic Press, Inc. New York.

SAPPER, Karl

- 1897 Das nördliche Mittel-Amerika nebst einem ausflug nach dem Hochland Anahuac. Braunschweig.

SATTERTHWAITE, Linton Jr.

- 1936a An unusual type of building in the Maya Old Empire. En Maya Research, Vol. 3, nº 1. Pub. of the Alma Egan Hyatt Foundation, New York.
- 1936b Notes on the work of the fourth and fifth University Museum Expeditions to Piedras Negras, Peten, Guatemala. En Maya Research, Vol. 3, nº 1. Pub. of the Alma Egan Hyatt Foundation, New York.
- 1952 Piedras Negras archaeology: architecture. Part V: sweat-houses. University Museum of Pennsylvania. Philadelphia.

SAVILLE, Marshall

- 1913 Precolumbian decoration of the teeth in Ecuador. American Anthropologist, Vol. 15, nº 3: 377-394. Menasha, Wisconsin.

SCHOCH, Alicia

- 1981 La cerámica negro-marrón de la vertiente del Pacífico de Guatemala desde la perspectiva de Salcajá. Tesis de Licenciatura. Universidad Complutense, Madrid.

SCHULTZE-JENA, Leonard

- 1954 La vida y creencias de los indígenas quichés de Guatemala. Ministerio de Educación Pública, Guatemala.

SEDAT, David W. y Robert J. Sharer

- 1973 Preclassic populations and writing systems in the Salama Valley, Guatemala. Paper presented to 72 Annual Meeting. American Anthropological Association, New Orleans.

SHAW, M. (ed.)

- 1971 According to our ancestors. Folklore texts from Guatemala and Honduras. Summer Institute of Linguistics. Guatemala.

SHEPARD, Anna O.

- 1948 Plumbate, a Mesoamerican trade ware. Carnegie Institution of Washington, Pub. 573. Washington.
- 1956 Ceramics for the archaeologist. Carnegie Institution of Washington, Pub. 609. Washington.

SHOOK, Edwin M.

- 1949 Historia arqueológica del Puerto de San José, Guatemala. En Revista de Antropología e Historia de Guatemala, Vol. I, nº 2: 3-22, Guatemala.
- 1951 The present status of research on the pre-classic horizons in Guatemala. En The Civilizations in Ancient America (Sol Tax, ed.): 93-100. University of Chicago Press, Chicago.
- 1956 An archaeological reconnaissance in Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation, Pub. nº 1. Orinda, California.
- 1965 Archaeological survey of the Pacific coast of Guatemala. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 180-194. University of Texas Press, Austin.

SHOOK, Edwin M. y Alfred V. Kidder

- 1952 Mound E-III-3, Kaminaljuyu, Guatemala. Carnegie Institution, Pub. 596. Washington.

SHOOK, Edwin M. y Tatiana Proskouriakoff

- 1956 Settlement patterns in Mesoamerica and the sequence in the Guatemalan highlands. En Prehistoric Settlement Patterns in the New World (G. Willey, ed.): 93-100. Viking

Fund, Publications in Anthropology, nº 23. Wenner Gren Foundation for Anthropological Research, Inc. New York.

SIDRYS, Richard W.

- 1976 Mesoamerica: an archaeological analysis of a low-energy civilization. Ph.D. Department of Anthropology. University of California, Los Angeles.

SIMMONS, Charles, J.M. Taranto y J.H. Pinto

- 1959 Clasificación y reconocimiento de los suelos de la República de Guatemala. Ed. José de Pineda Ibarra. Guatemala.

SMITH, A. Leyland

- 1950 Uaxactun, Guatemala: excavations of 1931-1937. Carnegie Institution of Washington, Pub. 588. Washington.
- 1955 Archaeological reconnaissance in central Guatemala. Carnegie Institution of Washington, Pub. 608. Washington.
- 1962 Residential and associated structures at Mayapan. En Mayapan, Yucatan, Mexico (H.E.D. Pollock y otros, eds.): 165-320. Carnegie Institution of Washington, Pub. 619. Washington.
- 1972 Excavations at Altar de Sacrificios: architecture, settlements, burials and caches. Papers of the Peabody Museum, Vol. 62, nº 2. Harvard University. Cambridge, Massachusetts

SMITH, A. Leyland y Alfred V. Kidder

- 1943 Explorations in the Motagua Valley, Guatemala. Contributions to American Anthropology and History, nº 41: 101-181. Carnegie Institution of Washington, Washington.
- 1951 Excavations at Nebaj, Guatemala. Carnegie Institution of Washington, Pub. 594. Washington.

SMITH, Robert E.

- 1936 Ceramics of Uaxactun: a preliminary analysis of decora-

tive technics and designs. Mimeo, Guatemala.

- 1952 Pottery from Chipoc, Alta Verapaz, Guatemala. Carnegie Institution of Washington, Pub. 596. Washington.
- 1954 Pottery specimens from Guatemala, I. Notes on Middle American Archaeology and Ethnology, Vol. V, nº 118: 27-39. Carnegie Institution of Washington, Washington.
- 1977 Cerámica elaborada sin torno. Chinautla, Guatemala. En Tradiciones de Guatemala, nº 8: 341-346. Centro de Estudios Folklóricos. Universidad de San Carlos, Guatemala.

SMITH, Robert E. y James C. Gifford

- 1959 A check list of prehistoric maya pottery types and varieties. Revised preliminary Draft. Guatemala.
- 1965 Pottery of the maya lowlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 498-534. University of Texas Press, Austin.
- 1966 Maya ceramic varieties, types and wares at Uaxactun: supplement to "ceramic sequence at Uaxactun, Guatemala. Middle American Research Institute, Pub. 28. Tulane University, New Orleans.

SMITH, Robert E., Gordon R. Willey y James C. Gifford

- 1960 The "Type-variety" concept as a basis for the analysis of maya pottery. En American Antiquity, Vol. 25, nº 3: 330-340. Salt Lake City.

SPRAGUE, Roderick

- 1968 A suggested terminology and classification for burial description. En American Antiquity, Vol. XXXIII, nº 4: 479-485. Salt Lake City.

STALDEMAN, Raymond

- 1940 Maize cultivation in northwestern Guatemala. En Contri-

butions to American Anthropology and History, Vol. VI, nº 33: 83-264. Carnegie Institution of Washington, Washington.

STANLEY, P.C. y L.O. Williams

1958 Flora of Guatemala. Fieldiana Botany, Vol. 24. Field Museum of Natural History, Chicago.

STEWART, T.O.

1941 New examples of tooth mutilation from Middle America. En American Journal of Physical Anthropology, vol. 28: 117-124.

1949 Notas sobre esqueletos humanos prehistóricos hallados en Guatemala. En Antropología e Historia de Guatemala, Vol. I, nº 1: 23-34. Guatemala.

STEWART, Russell

1977 Classic to Postclassic periods settlement trends in the region of Santa Cruz del Quiché. En Archaeology and Ethnohistory of Central Quiché (D.T. Wallace y R. Carmack, eds.): 68-82. Institute for Mesoamerican Studies. State University of New York at Albany, Pub. 1.

STOLL, Otto

1886 Guatemala. Leipzig.

TALADORE, Eric

1974 Les bains de vapeur et les systèmes d'eau dans leur rapport avec les terrains de jeu de balle. En Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas, Vol. I: 262-269 México.

TAX, Sol y Robert Hinshaw

1969 The maya of the midwestern highlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. VII: 70-100. University of Texas Press, Austin.

TERMER, Franz

- 1931 Zur archäologie von Guatemala. En Baessler Archiv, 14: 167-191. Berlin.
- 1957 Etnología y etnografía de Guatemala. Seminario de Integración Social Guatemalteca, Pub. 5. Guatemala.

THOMPSON, J. Eric S.

- 1939 Excavations at San José, British Honduras. Carnegie Institution of Washington, Pub. 560. Washington.
- 1948 An archaeological reconnaissance in the Cotzumalhuapa region, Escuintla, Guatemala. Contributions to American Anthropology and History, Pub. 44. Carnegie Institution of Washington, Pub. 574. Washington.
- 1949 Tentativa de reconocimiento en el área maya meridional. En Antropología e Historia de Guatemala, Vol. I, nº 2: 23-49. Guatemala.
- 1965 Archaeological synthesis of southern maya lowlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 331-359. University of Texas Press, Austin.
- 1979 Historia y Religión de los mayas. Siglo XXI 3ª edición) México.

TITULO TOTONICAPAN

- n.d. Original Quiché of The Título de los Señores de Totonicapán, 31 folios. Ma de Robert M. Carmack. Albany

VARIOS

- 1975 Proyecto: Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala. Departamento de Antropología y Etnología de América. Universidad Complutense, Madrid.

VEBLEN, Thomas T.

- 1975 The ecological, cultural and historical bases of forest preservation in Totonicapán, Guatemala. Ph.D. University

of California, Berkeley.

- 1979 La conservación del bosque en Totonicapán. En Anales de la Sociedad de Geografía e Historia, Vol. LII: 75-93. Guatemala.

VILLACORTA, J. Antonio

- 1934 Memorial de Tecpán Atitlán (Anales de los Cakchiqueles). Tipografía Nacional, Guatemala.
- 1962 Popol Vuh. Ministerio de Educación Pública. Guatemala.

VILLACORTA, Jorge Luis

- 1976 Historia de la medicina, cirugía y obstetricia prehispánicas. Guatemala.

VILLA ROJAS, Alfonso

- 1969 The tzeltal. En Handbook of Middle American Indians, Vol. 7: 195-225. University of Texas Press, Austin.

VIRKKI, Nilo

- 1962 Comentario sobre el baño de vapor entre los indígenas de Guatemala. En Guatemala Indígena, Vol. II, nº 2: 71-85. Guatemala.

VOGT, Evon Z.

- 1968 Some aspects of Zinacantan settlement patterns and ceremonial organization. In Settlement Archaeology (K.C. Chang, ed.): 154-173. National Press. Palo Alto, California.
- 1969 Zinacantan: a maya community in the highlands Chiapas. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts.
- 1976 Tortillas for the gods. A symbolic analysis of zinacanteco rituals. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts.

WAGLEY, Charles

- 1957 Santiago Chimaltenango. Seminario de Integración Social Guatemalteca, nº 4. Guatemala.

- 1969 The maya of northwestern Guatemala. En Handbook of Middle American Indians, Vol. 7: 46-69. University of Texas Press, Austin.

WALLACE, Dwight T.

- 1977 An intra-site analysis locational of Utatlan: The structure of an urban site. En Archaeology and Ethnohistory of Central Quiche (D. Wallace y R. Carmack, eds.): 20-54. Institute for Mesoamerican Studies, Pub. 1. State University of New York at Albany.

WASSON, Valentina y P.S. Wasson (eds.)

- 1957 Mushrooms, Russia and history. Pantheon, New York.

WAUCHOPE, Robert

- 1934 House mounds of Uaxactun, Guatemala. En Contribution to American Anthropology and History, Vol. 2, nº 7. Carnegie Institution of Washington, Pub. 436. Washington.
- 1938 Modern maya houses: a study of their archaeological significance. Carnegie Institution of Washington, Pub. 502. Washington.
- 1948 Excavations at Zacualpa, Guatemala. Middle American Research Institute, Pub. 14. Tulane University, New Orleans.
- 1950 A tentative sequence of preclassic ceramics in Middle America. En Middle American Research Records, Vol. I: 211-250. Tulane University, New Orleans.
- 1970 Protohistoric pottery of the Guatemalan highlands. Mono-graphs and papers on Maya Archaeology (W. Bullard, ed.). Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Vol. 61: 86-243. Harvard University. Cambridge, Massachusetts.
- 1975 Zacualpa, El Quiché, Guatemala, an archaeological center of the highland maya. Middle American Research Ins-

- titute, Pub. 39. Tulane University, New Orleans.
- WEBB, Malcom C.
- 1978 The significance of the "Epiclassic" period in Mesoamerican Prehistory. En Cultural Continuity in Mesoamerica (David L. Browman, ed.): 155-178. Mouton Publishers, The Hague, Paris.
- WEST, Robert C.
- 1964 Surface configuration and associated geology in Middle America. En Handbook of Middle American Indians, Vol. I 33-84. University of Texas Press, Austin.
- WETHERINGTON, Ronald K. (ed.)
- 1978 The ceramics of Kaminaljuyu, Guatemala. The Pennsylvania State University Press.
- WHEAT, J.B., James C. Gifford y W.W. Wasley
- 1958 Ceramic variety, type cluster, and ceramic system in southwestern pottery analysis. En American Antiquity, Vol. 24, nº 1: 34-47. Salt Lake City.
- WILLEY, Gordon R.
- 1966 An introduction to American Archaeology, Vol. I. Prentice-Hall. Englewood Cliffs, New Jersey.
- WILLEY, Gordon R., William Bullard Jr., John B. Glass y J. Gifford
- 1965 Prehistoric maya settlement patterns in the Belice Valley. Papers of the Peabody Museum, Vol. 54. Harvard University. Cambridge, Massachusetts.
- WILLIAMS, R.
- 1957 Un mito y los mazatecos. En Tlatoani, nº 11. México.
- WILLYS IV, Andrews
- 1965 Dzibilchaltun Program. En Archaeological investigations on the Yucatan Peninsula. Middle American Research Institute, Pub. 31: 23-67. 1975. Tulane University, New Orleans.

WINTER, Marcus C.

- 1976 The archaeological household cluster in the valley of Oaxaca. En The Early Mesoamerican Village (Kent V. Flannery, ed.): 25-31. Academic Press, New York.

WINTER, Marcus C. y William O. Payne

- 1976 Hornos para cerámica hallados en Monte Albán. En Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Epoca II: 37-40. México.

WISDOM, Charles

- 1961 Los Cortes de Guatemala. Seminario de Integración Social Guatemalteca, nº 10. Guatemala.

WOODBURY, Richard B.

- 1965 Artifacts of the Guatemalan highlands. En Handbook of Middle American Indians, Vol. II: 163-179. University of Texas Press, Austin

WOODBURY, Richard B. y Aubrey S. Trik

- 1953 The ruins of Zaculeu, 2 Vols. United Fruits Co. The William Byrd Press. Richmond, Virginia.

WRIGHT, J.V.

- 1967 Type and attribute analysis: their applications to Iroquois culture history. En Iroquois Culture, History and Prehistory (E. Tooker, ed.): 99-100. New York State Museum and Science Service. Albany.

XIMENEZ, Francisco de

- 1929 Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala. Biblioteca Goathemala. Guatemala.
- 1967 Escolios a las historias de origen de los indios. Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Guatemala.

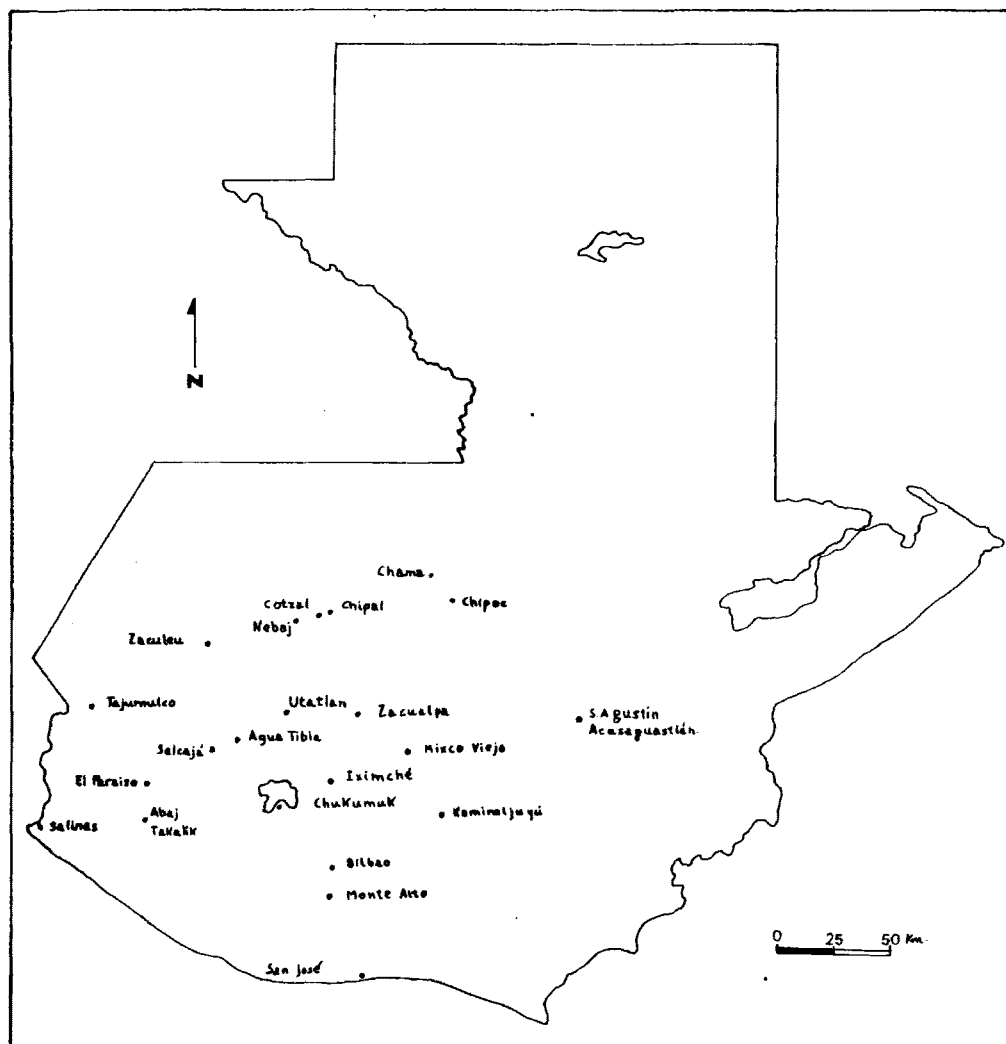


Fig. 1: Mapa de Guatemala mostrando algunos sitios arqueológicos " mencionados en el texto.

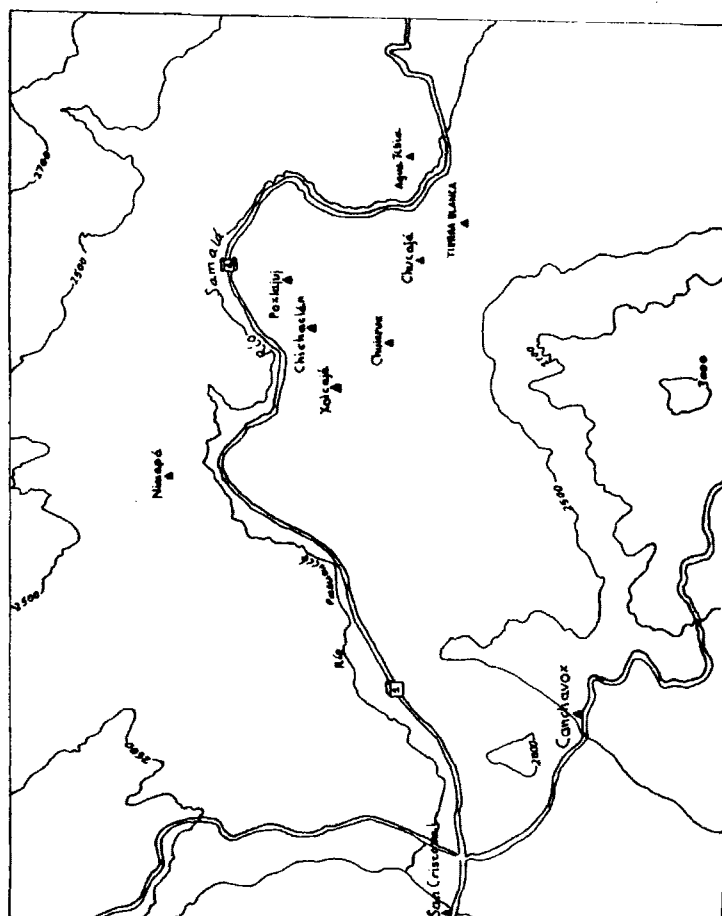


Fig. 2: Localización de Agua Tibia y otros yacimientos del valle de Totonicapan.

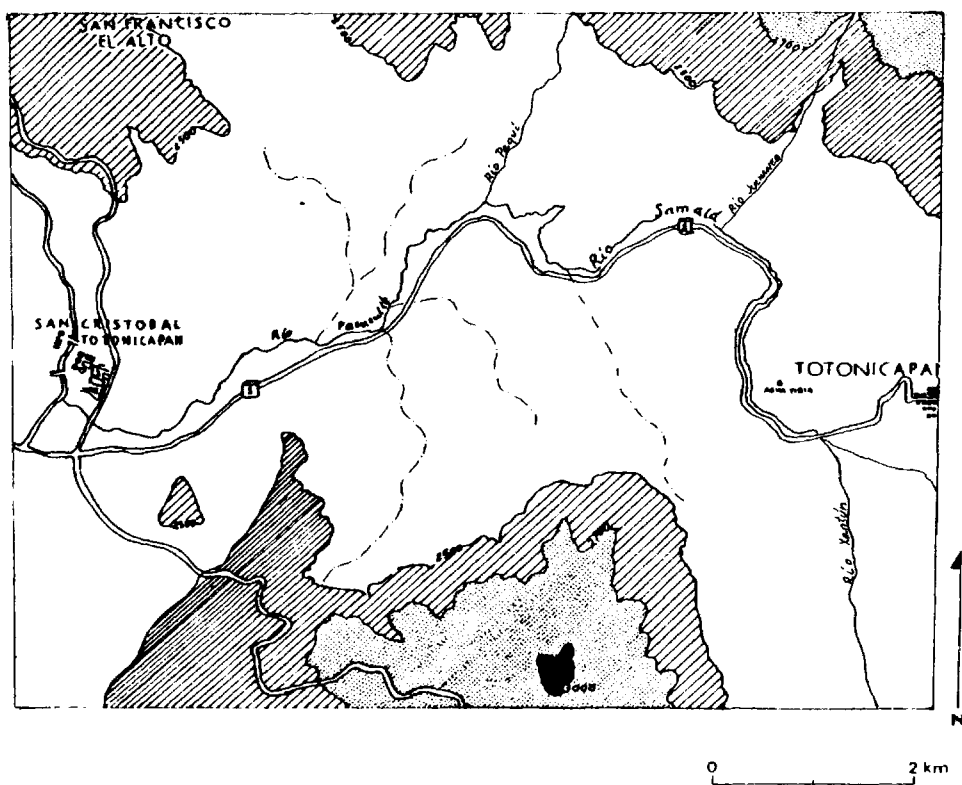


Fig. 3: Mapa hidrográfico del valle de Totonicapán.

"

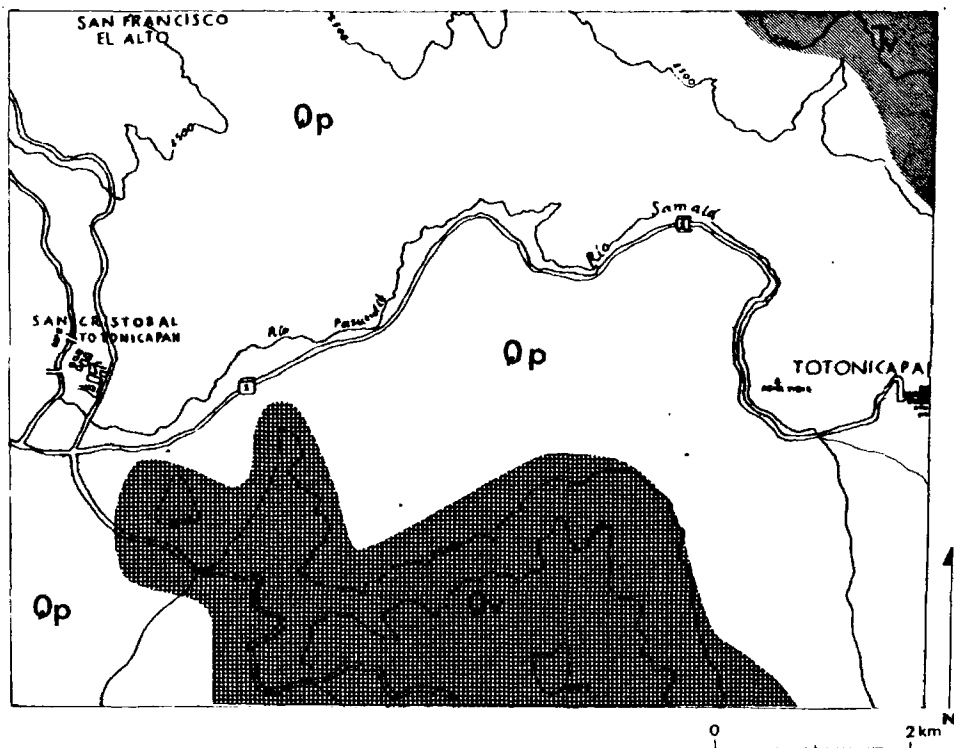


Fig. 4: Formaciones geológicas básicas del valle de Totonicapán: Op: Cubiertas de cenizas y rellenos de pómez (Cuaternario); Qv: rocas volcánicas que incluyen coladas de lava, material lahárico y tobas (Cuaternario); Tv: rocas volcánicas (Terciario).

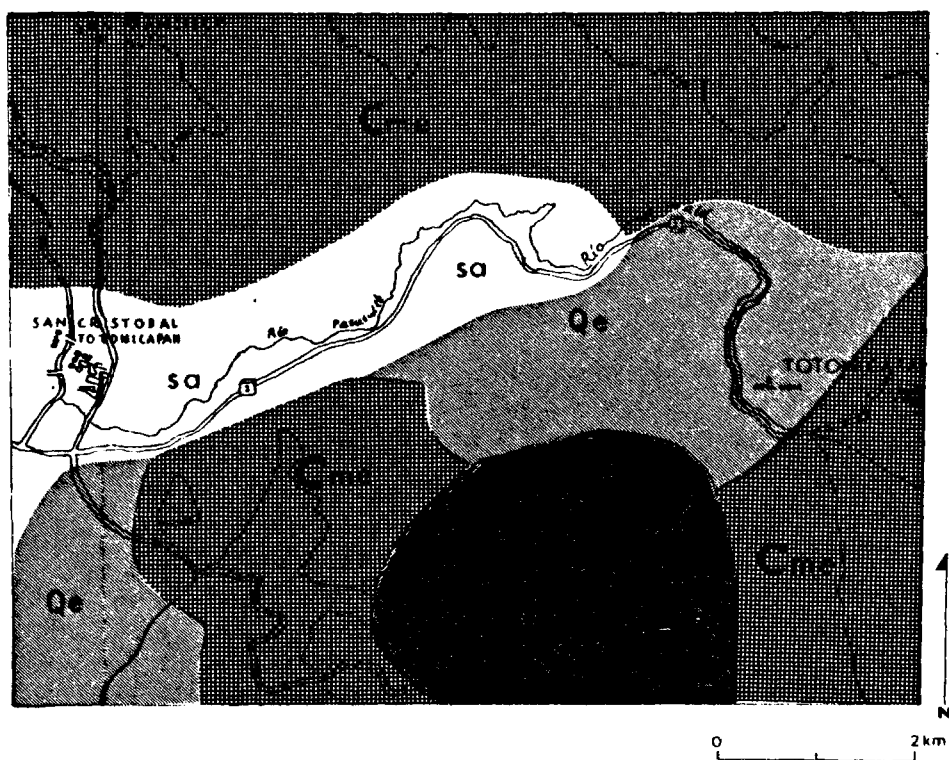


Fig. 5: Distribución de los suelos en el valle de Totonicapán:
 Cme: Camanchá fase Quebrada erosionada.
 Qe: Quetzaltenango.
 Tp: Totonicapán.
 sa: Suelos Aluviales no diferenciados.

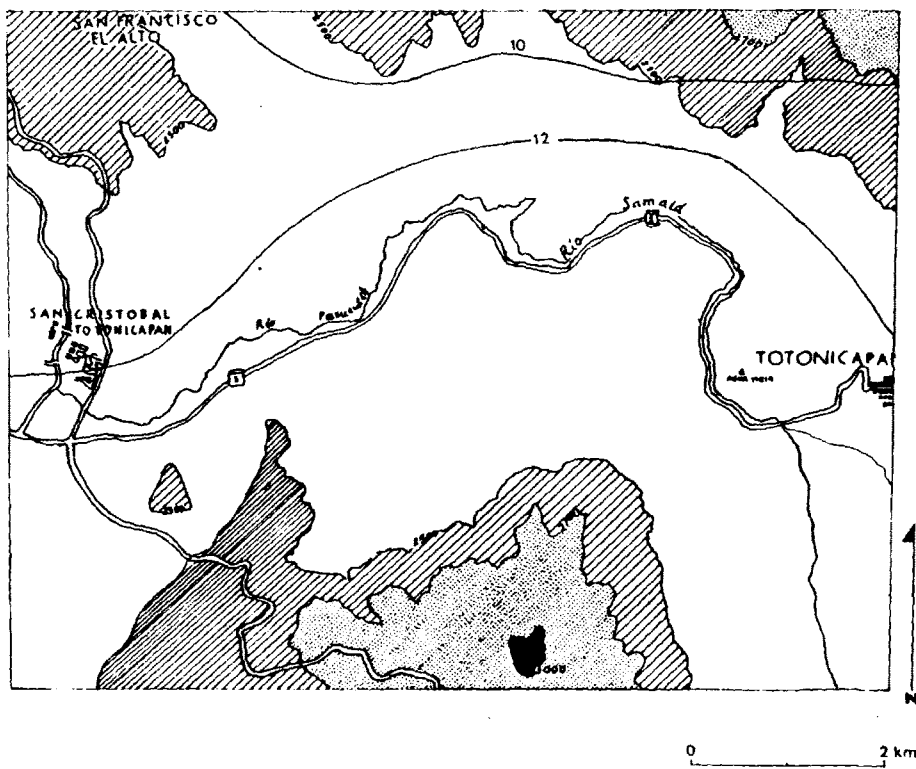


Fig. 6: Mapa de temperaturas medias.

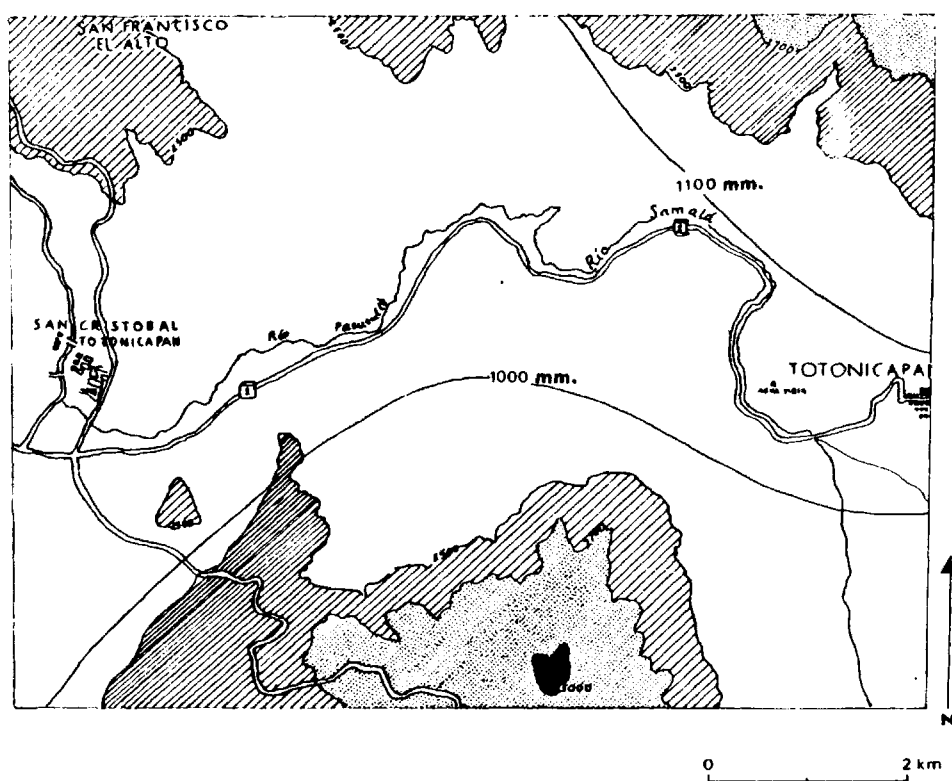


Fig. 7: Mapa pluviométrico.

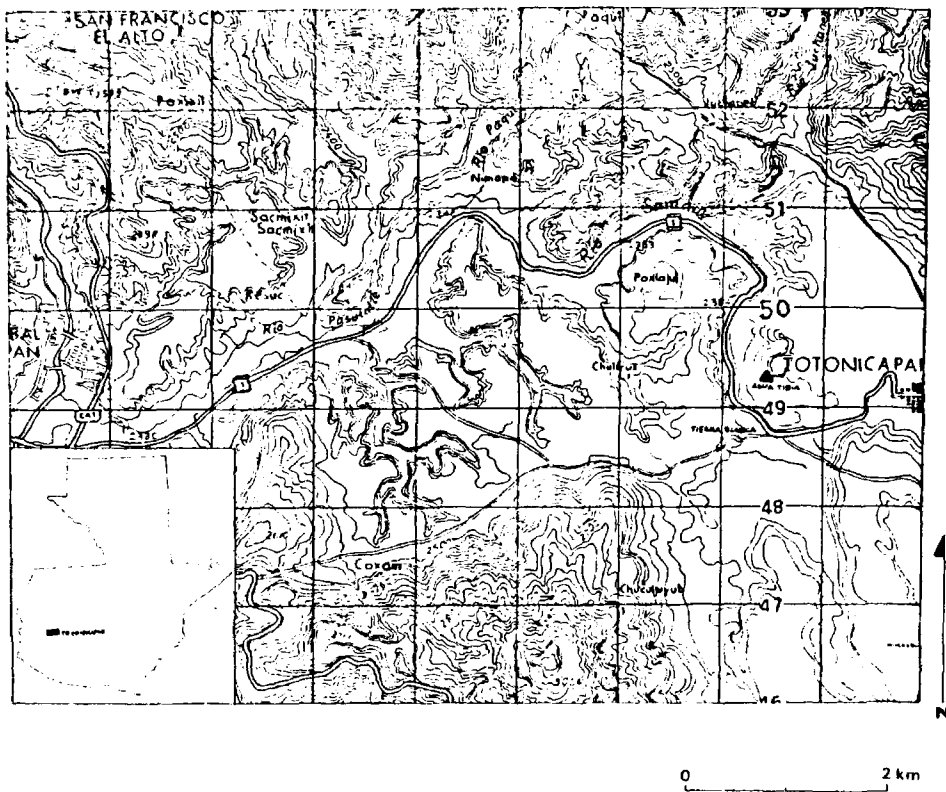


Fig. 8: Localización del yacimiento Agua Tibia (M-5).

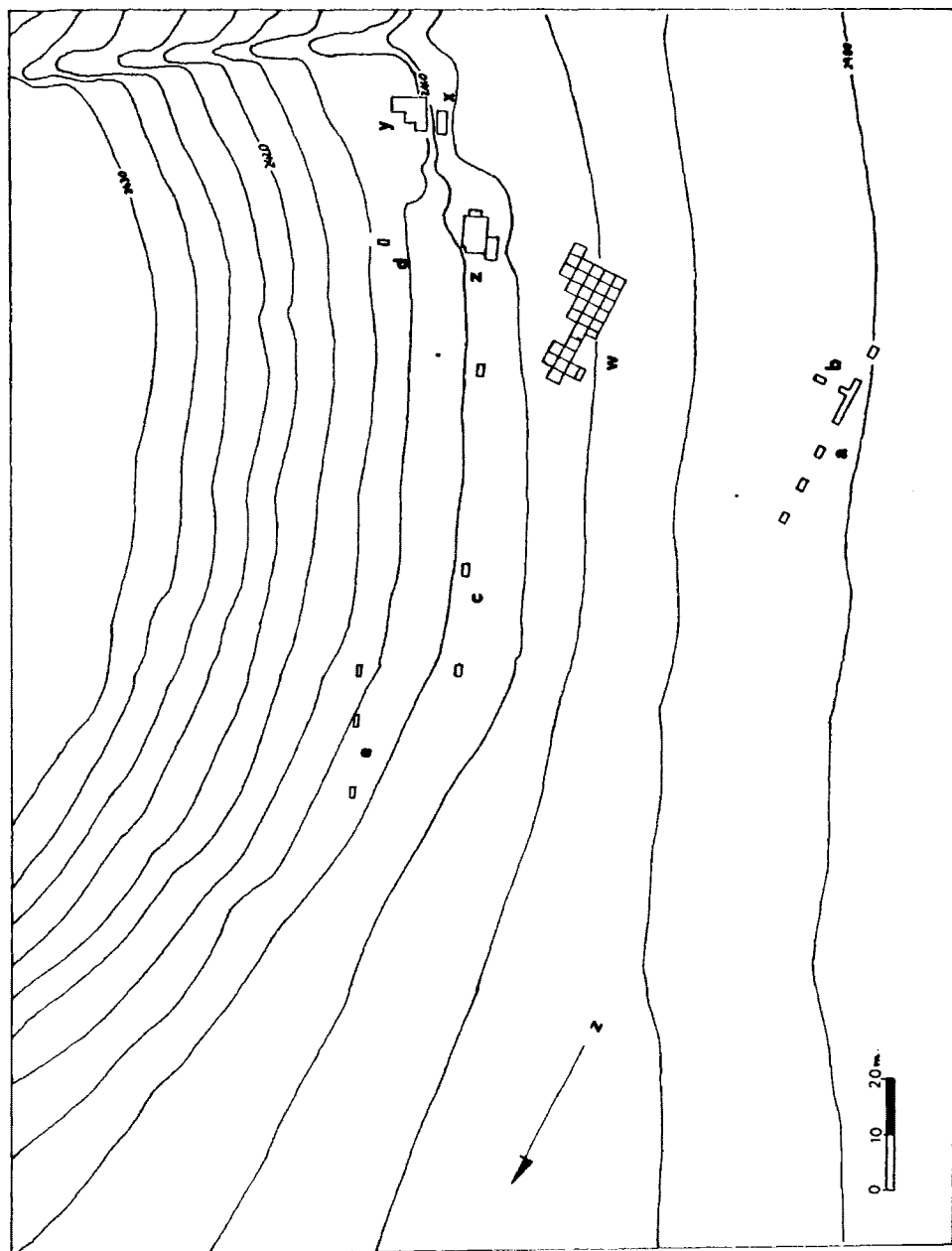
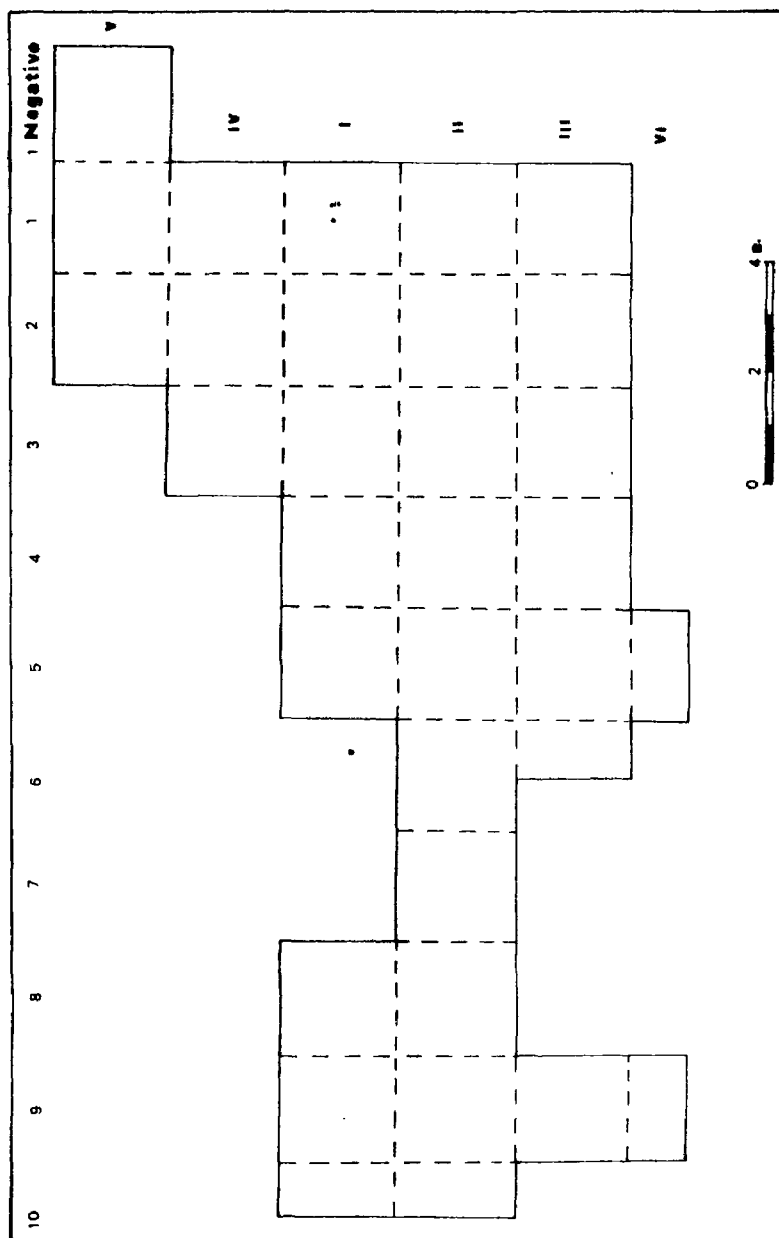


Fig. 3: Plano general 1 de la excavación.



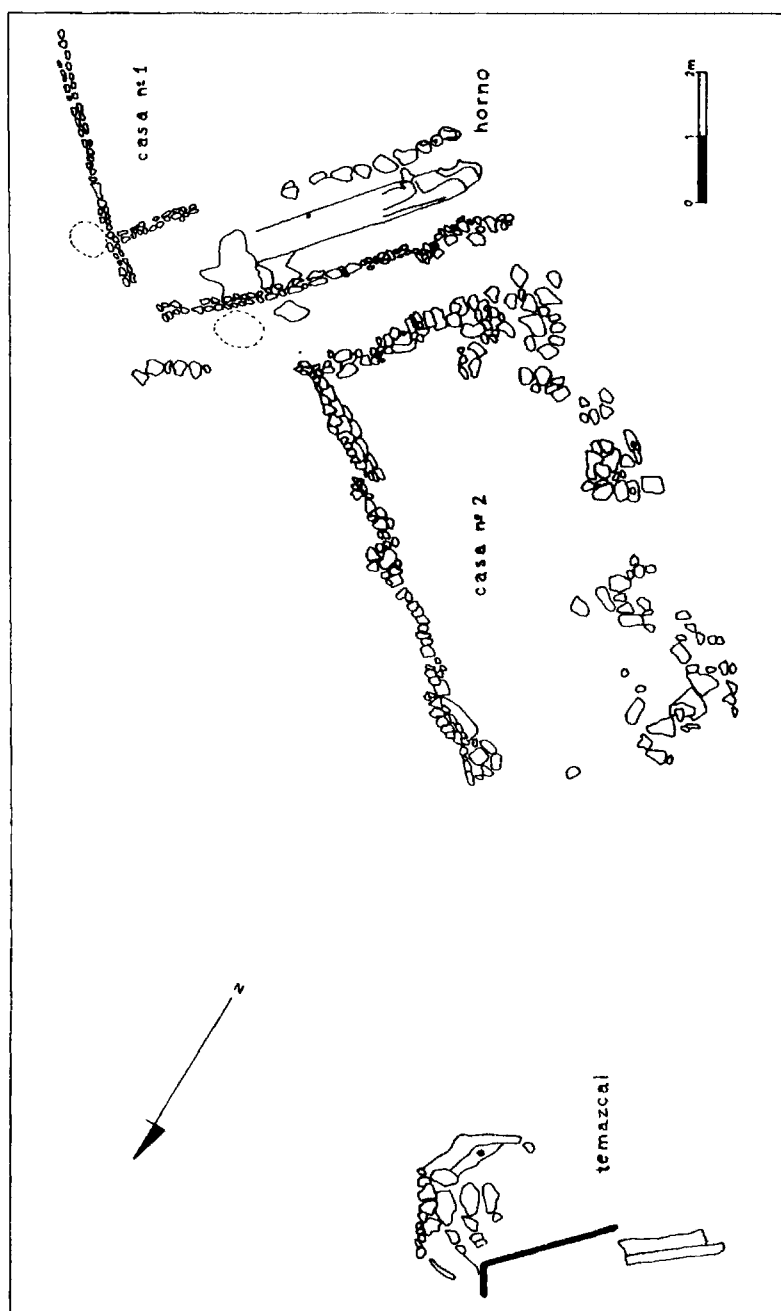


Fig. 11: Plano de las construcciones emplazadas en el sector W.

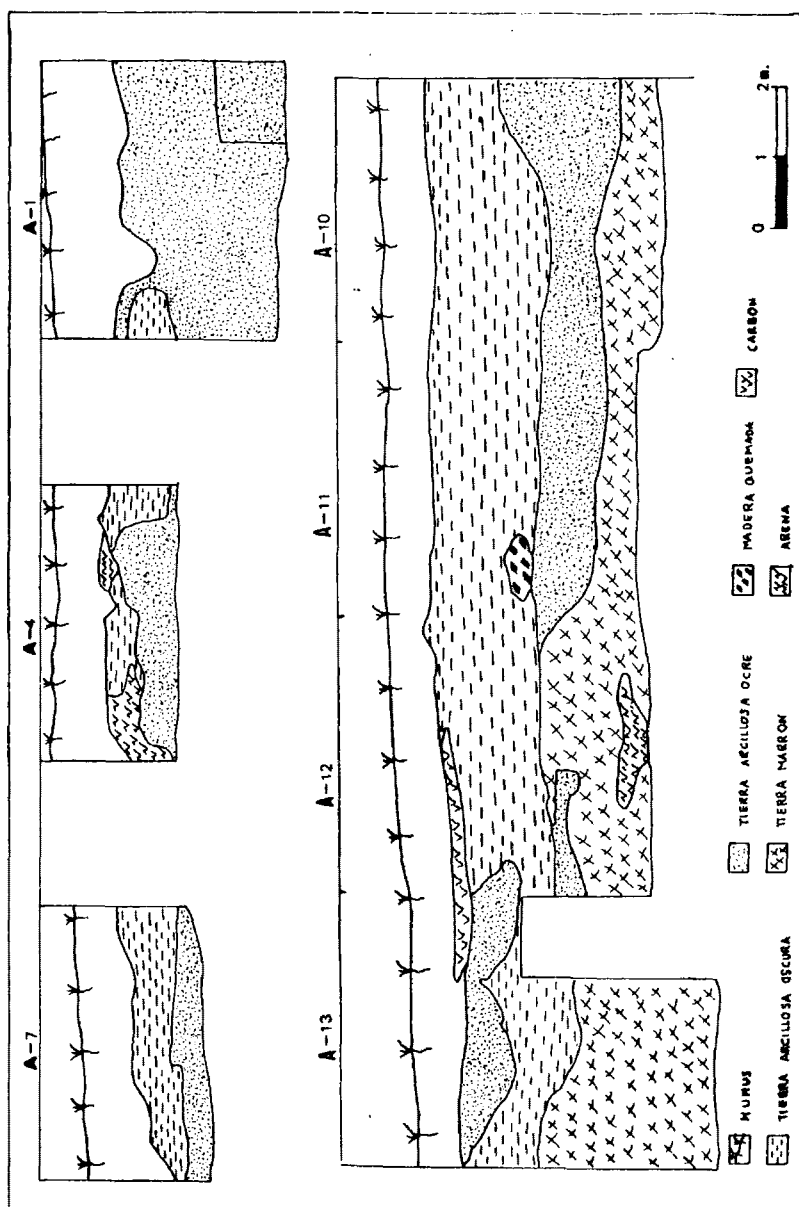


Fig. 12: Sección norte-sur de la zanja A.

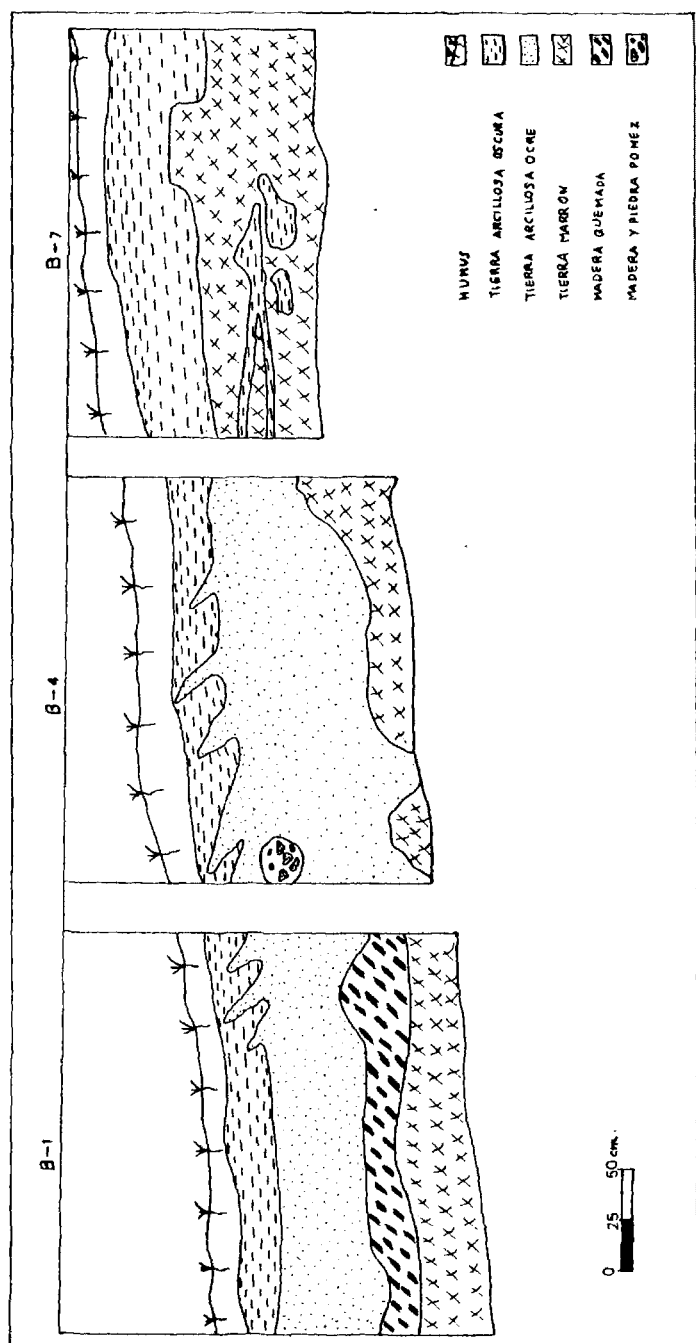


Fig. 10: Sección estratigráfica de la zona D.

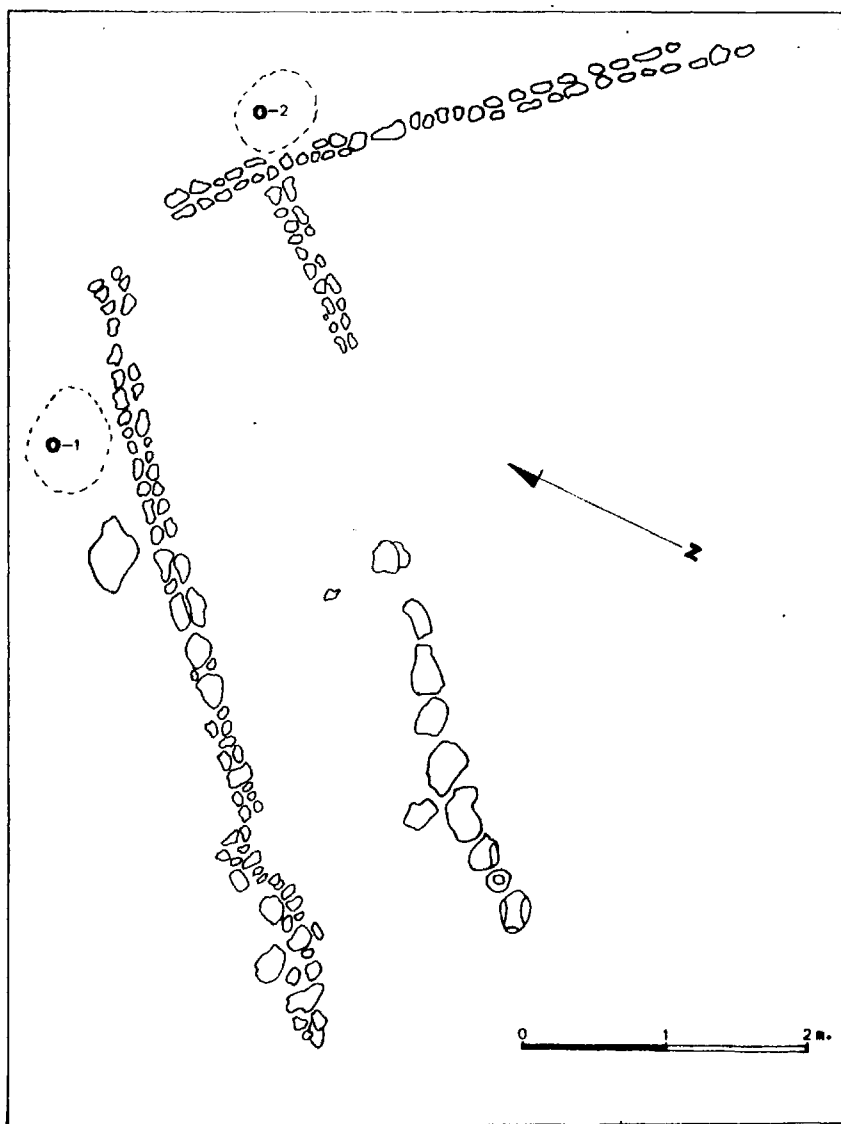


Fig. 14: Planta de la cara nº 1 y disposición de las ofrendas 1 y 2.

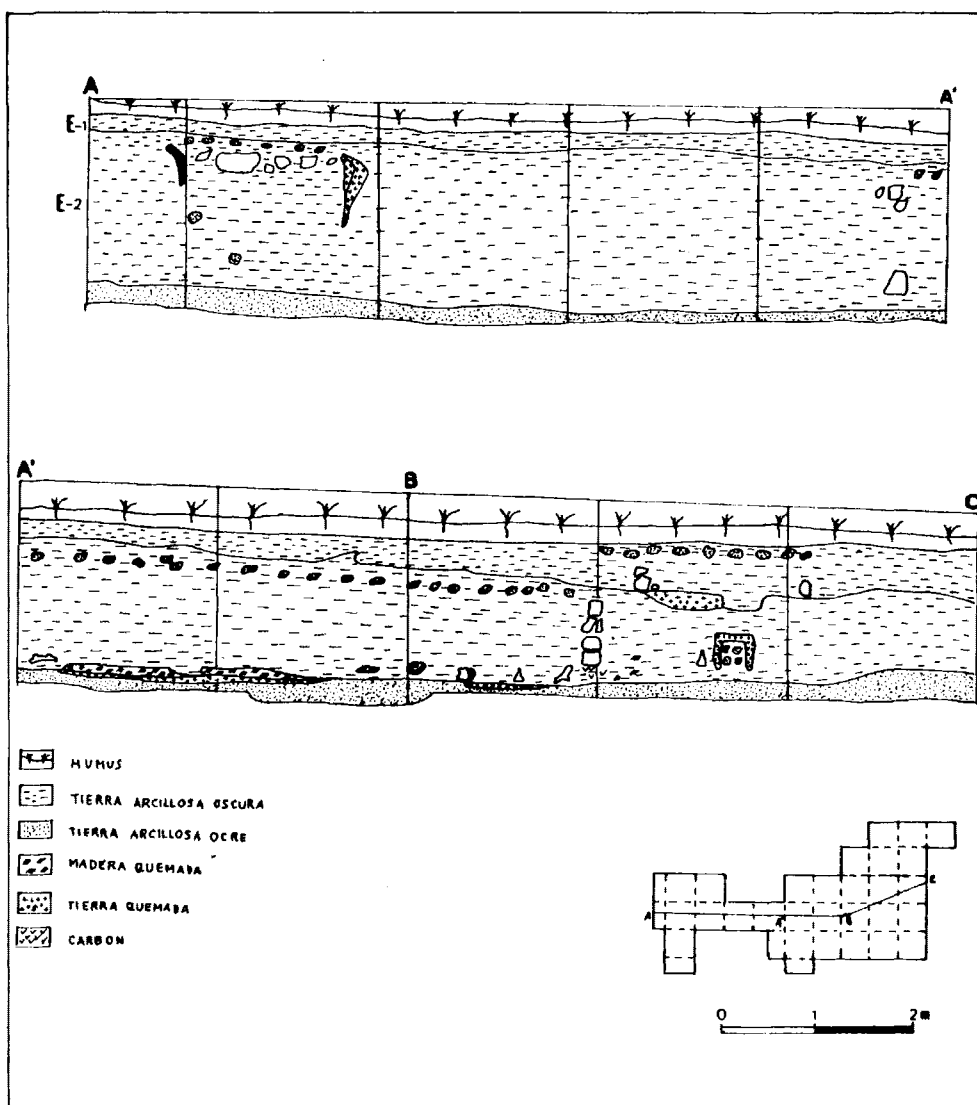


Fig. 16: Relación estratigráfica de los diferentes edificios pertenecientes al sector W.

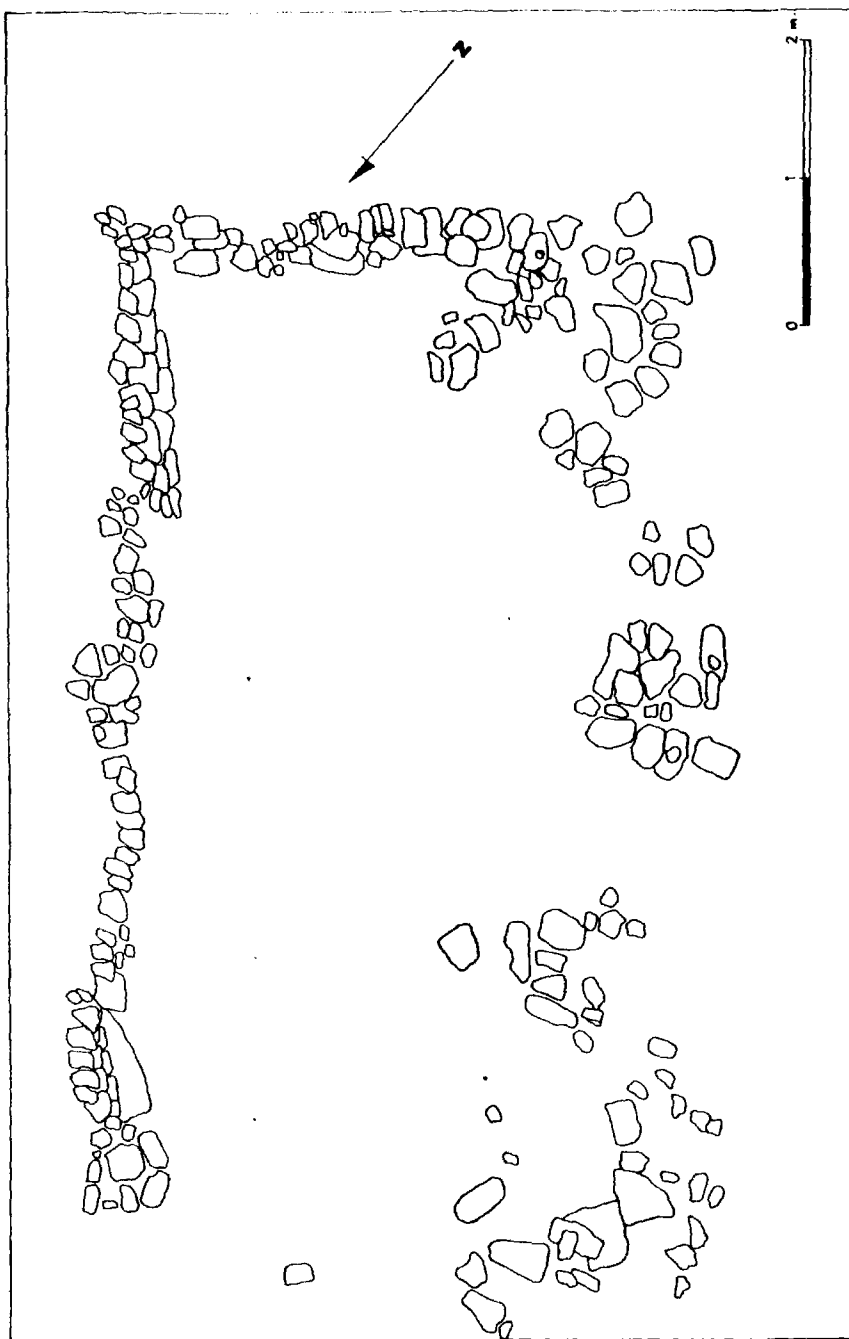


Fig. 15: Planta de la casa nº 2.

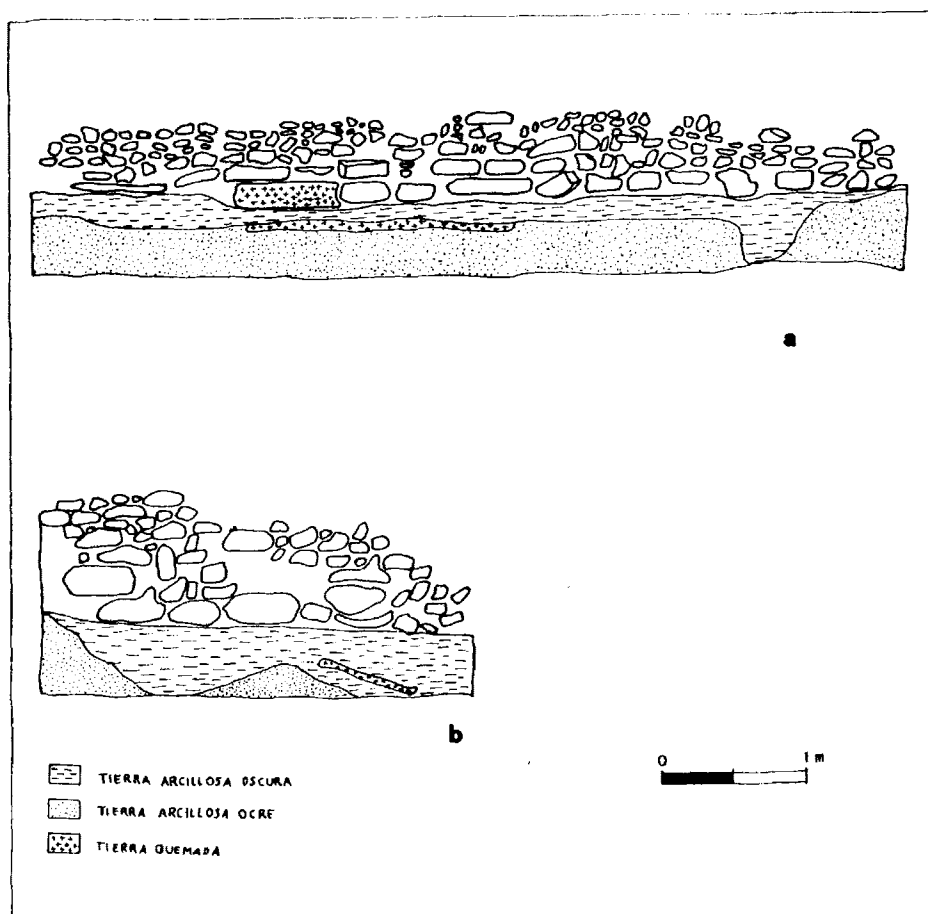


Fig. 17: Alzado de los muros este (a) y sur de la casa n.º 2.
(b).

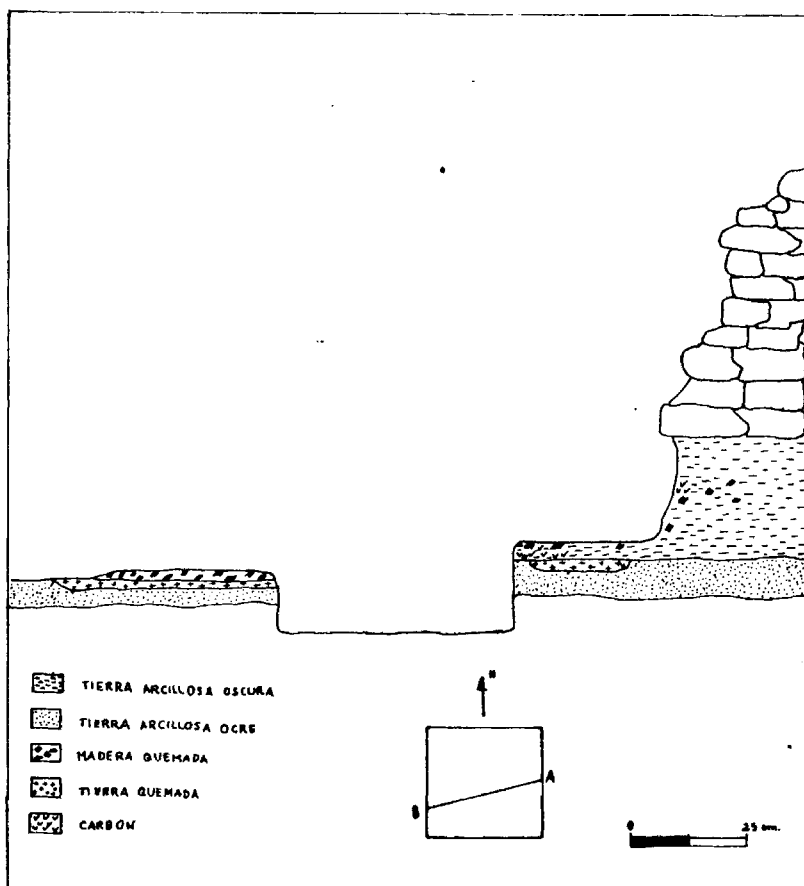


Fig. 18: Sección este-oeste de la casa nº 2.

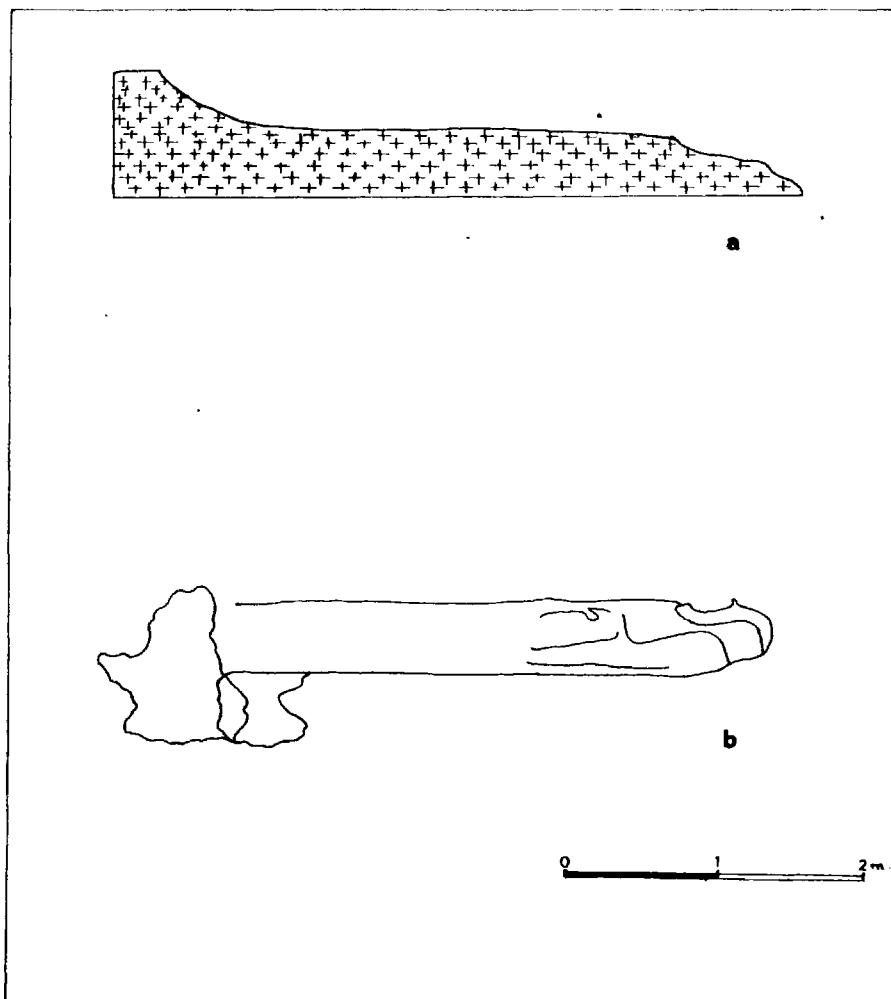


Fig. 19: Horno abierto de cerámica: (a) sección longitudinal;
(b) planta de la estructura.

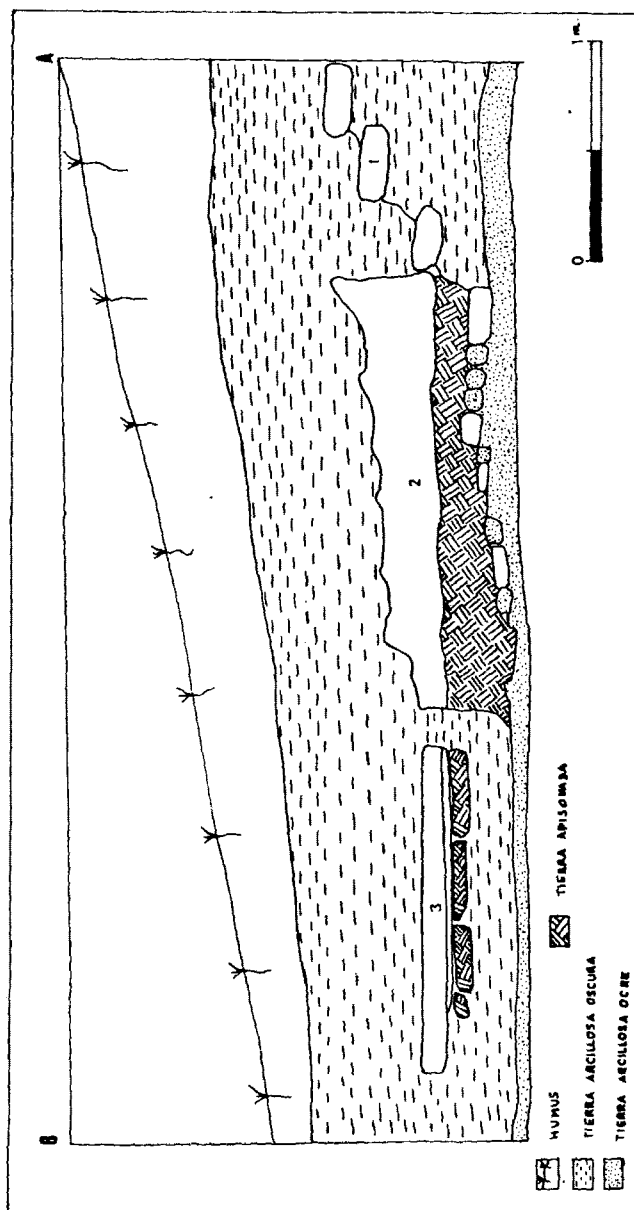


Fig. 20: Sección este-oeste del baño de vapor.

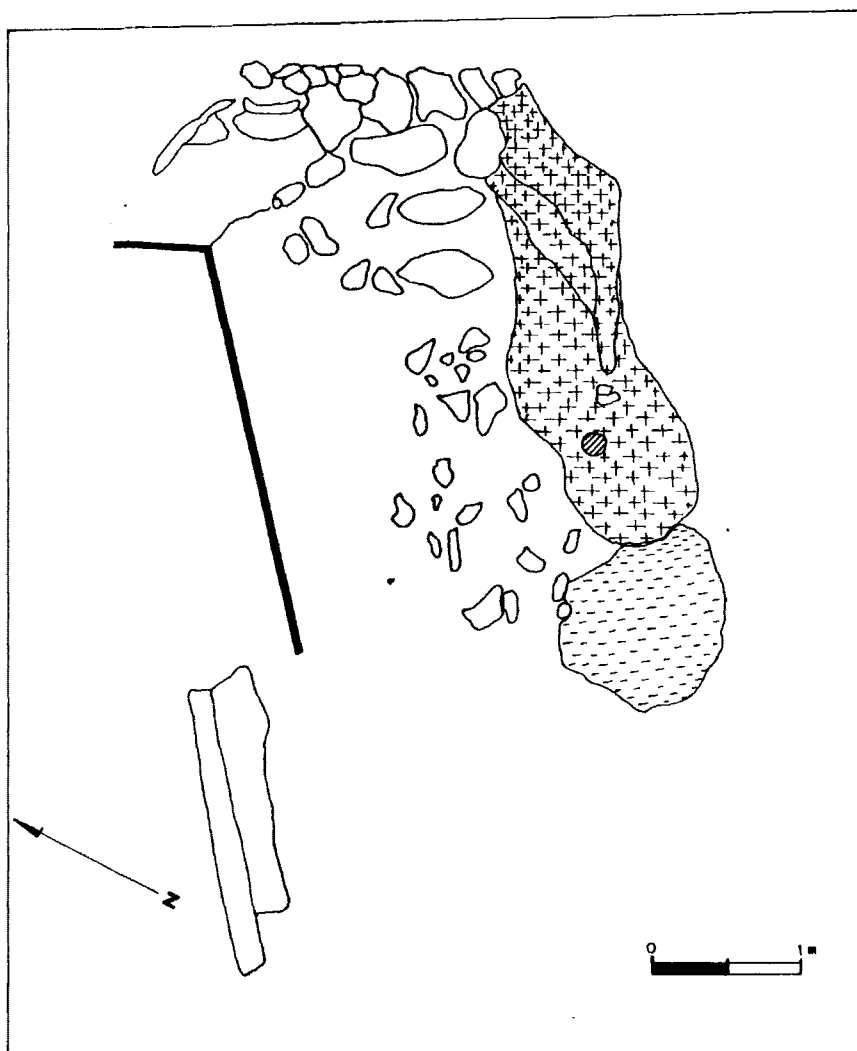


Fig. 21: Planta del temazal.

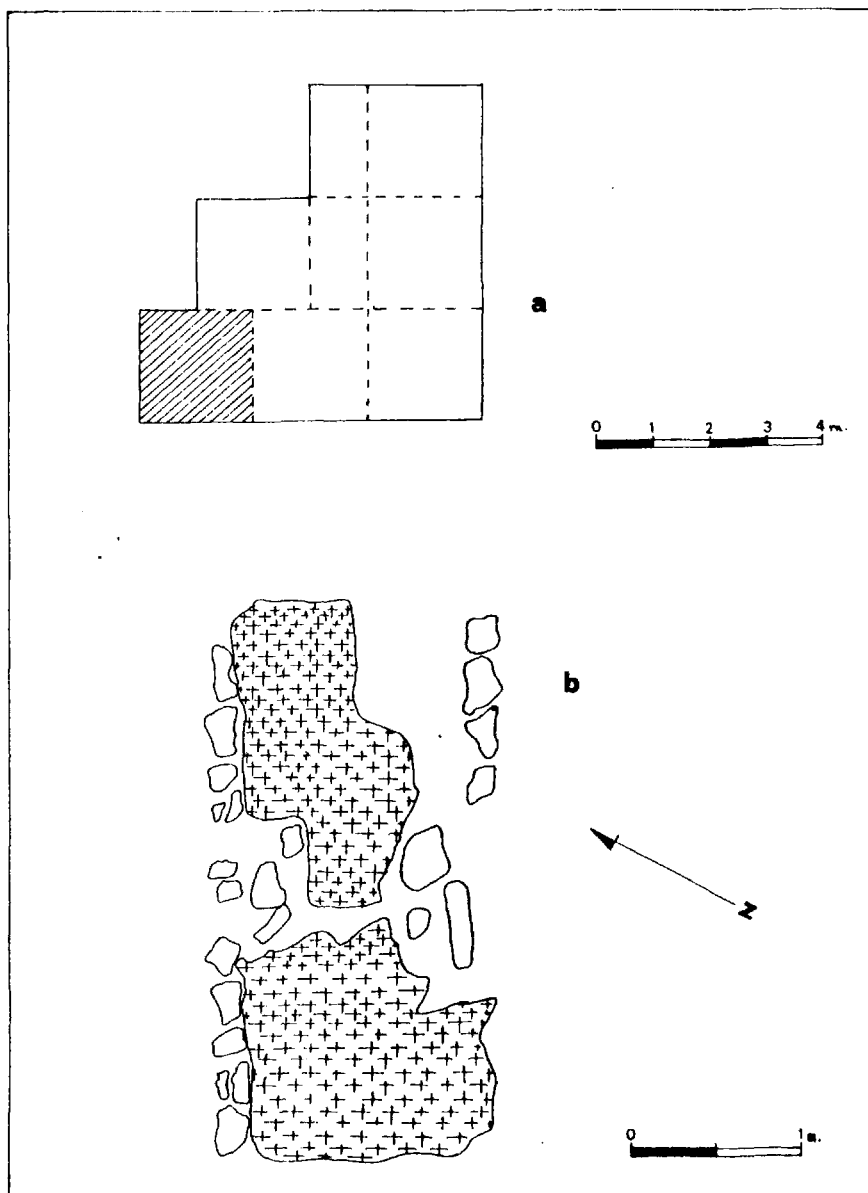


Fig. 22: Sector Y: (a) Desarrollo; (b) planta y suelo endurecido de la casa nº 3.

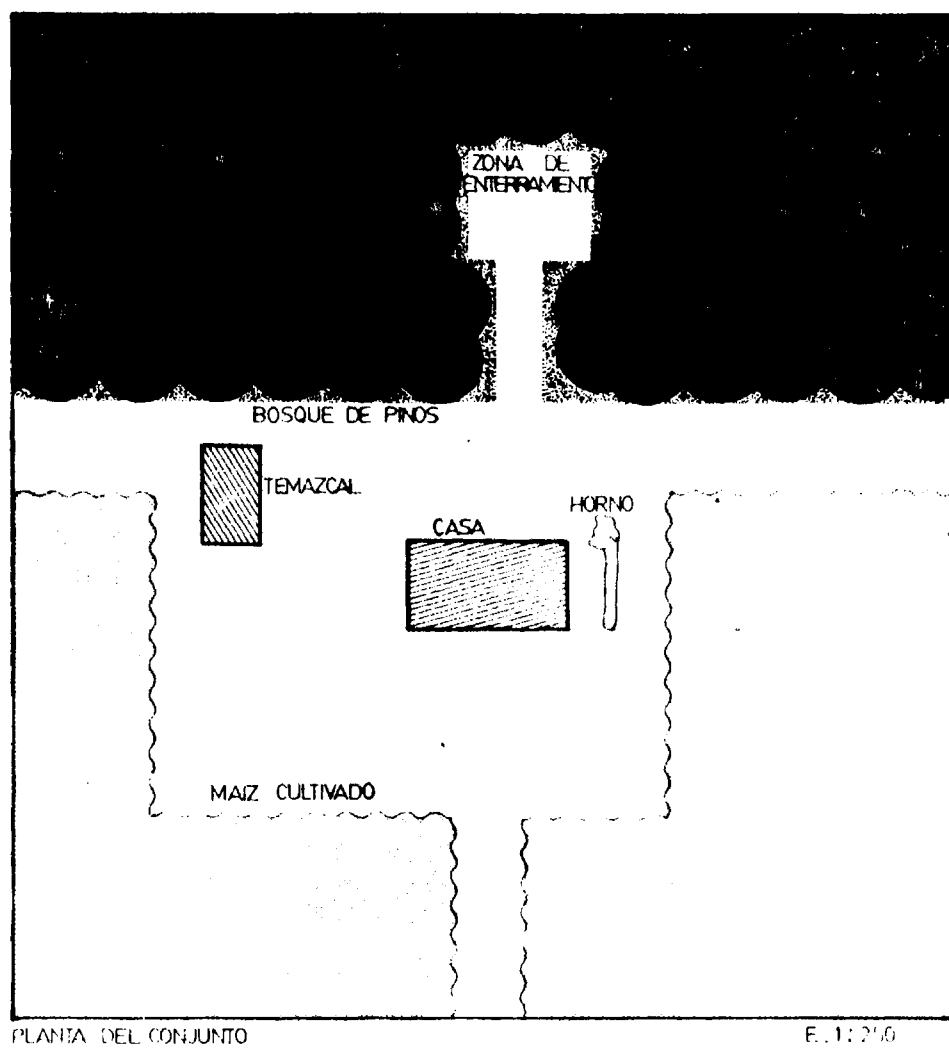


Fig. 23: Planta del conjunto habitacional más temprano.

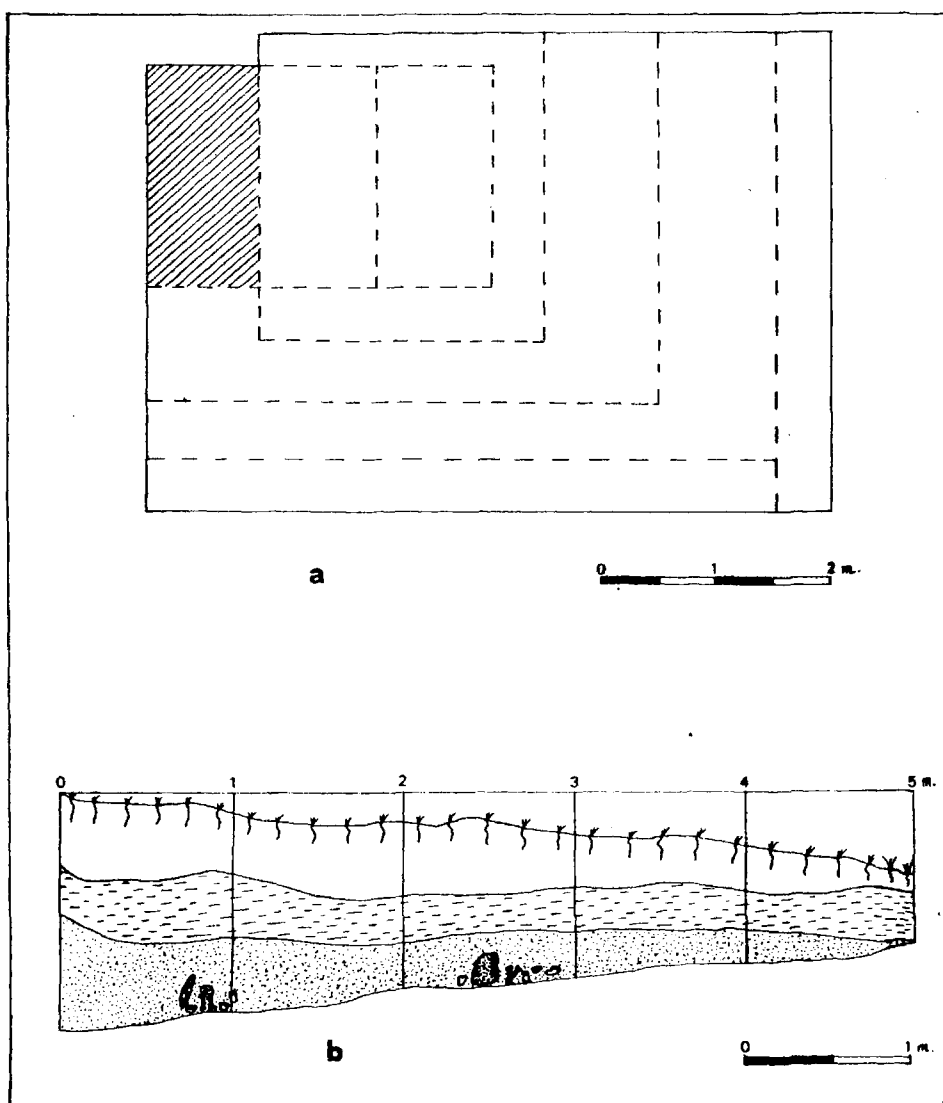


Fig. 24: Sector Z: (a) desarrollo; (b) sección norte-sur.

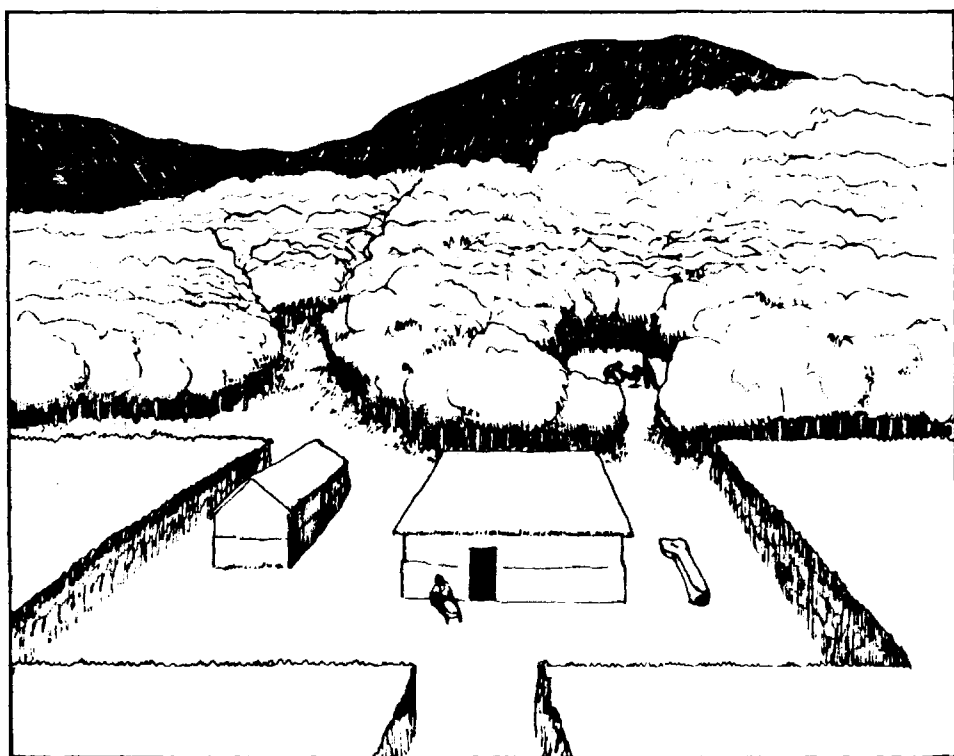


Fig. 25: Reconstrucción ideal del patrón de habitación en el asentamiento primitivo.

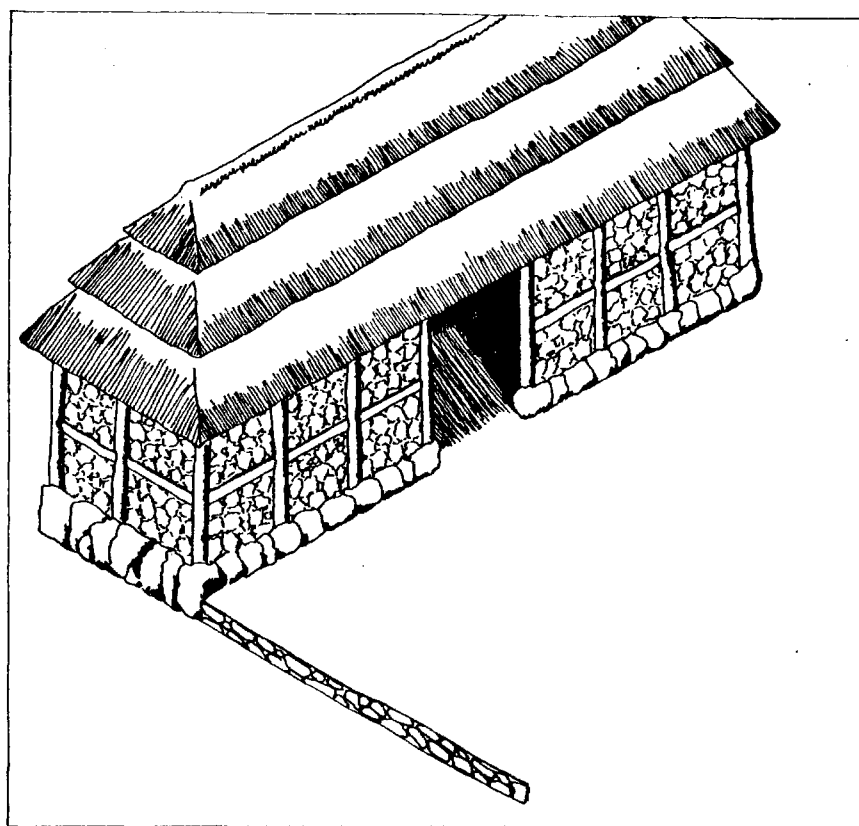


Fig. 26: Reconstrucción de la casa nº 1.

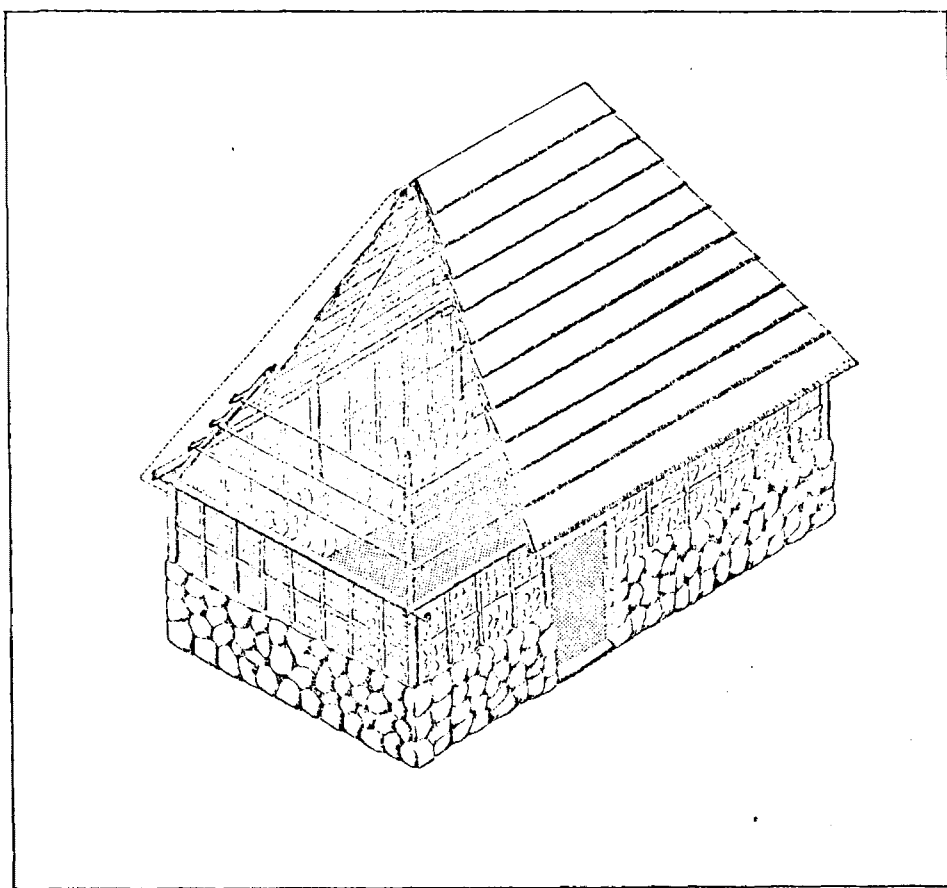


Fig. 27: Reconstrucción de la vivienda nº 2.

Fig. 28a: Clave para descifrar la distribución de los artefactos de piedra:

- | | |
|----------------------|-------------------------|
| 1. Machacador | 10. Alisador de pómez |
| 2. Piedra-hongo | 11. Losa de piedra |
| 3. Mano | 12. Fragmento de cuarzo |
| 4. Hacha | 13. Pelota de pómez |
| 5. Metate | 14. Anillo de pómez |
| 6. Pelota | 15. Hacha |
| 7. Figurita de pómez | 16. Alisador |
| 8. Hacha de pómez | 17. Figurita |
| 9. Piedra perforada | |

Fig. 28b: Clave para descifrar la distribución de los artefactos de obsidiana:

1. Núcleo
2. Raedera
3. Cuchilla prismática
4. Lasca retocada
5. Puntas de flecha
6. Desechos de talla

Fig. 29a: Clave para descifrar la distribución espacial de la ce
rámica. Las zonas ralladas son aquellas en las que exis
tía una especial concentración de tales artefactos:

1. Vasijas globulares con cuello
2. Vasijas sin cuello
3. Apastes
4. Comales
5. Cuencos
6. Incensarios-cucharón
7. Sartenes
8. Tamaleras

Fig. 29b: Clave para descifrar las áreas de actividad estableci-
das en el interior de la vivienda nº 2:

1. Almacenaje de alimentos y bebida
2. Transformación de los artefactos de obsidiana
3. Preparación de los barro para la fabricación cerá-
mica.
4. Preparación y transformación de alimentos.
5. Área de descanso

=====

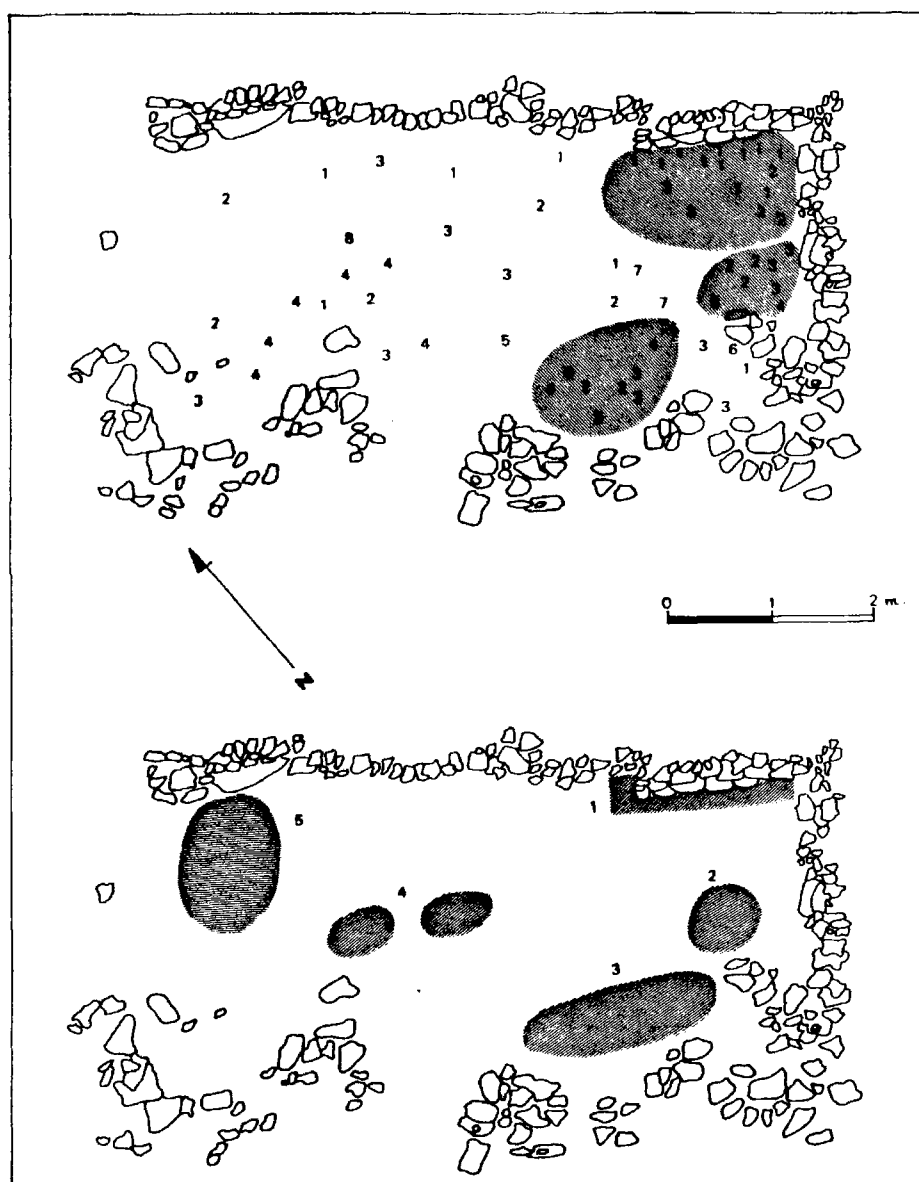


Fig. 29: (a) distribución espacial de la cerámica; (b) áreas de actividad en la vivienda nº 2.

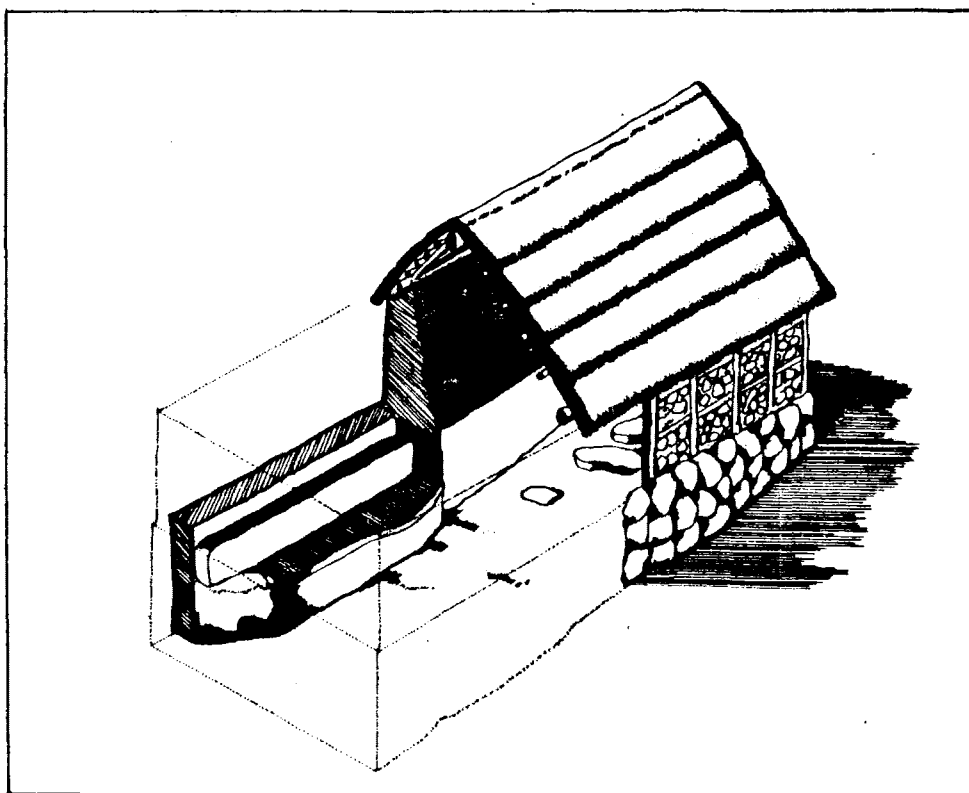


Fig. 30: Reconstrucción del baño de vapor.

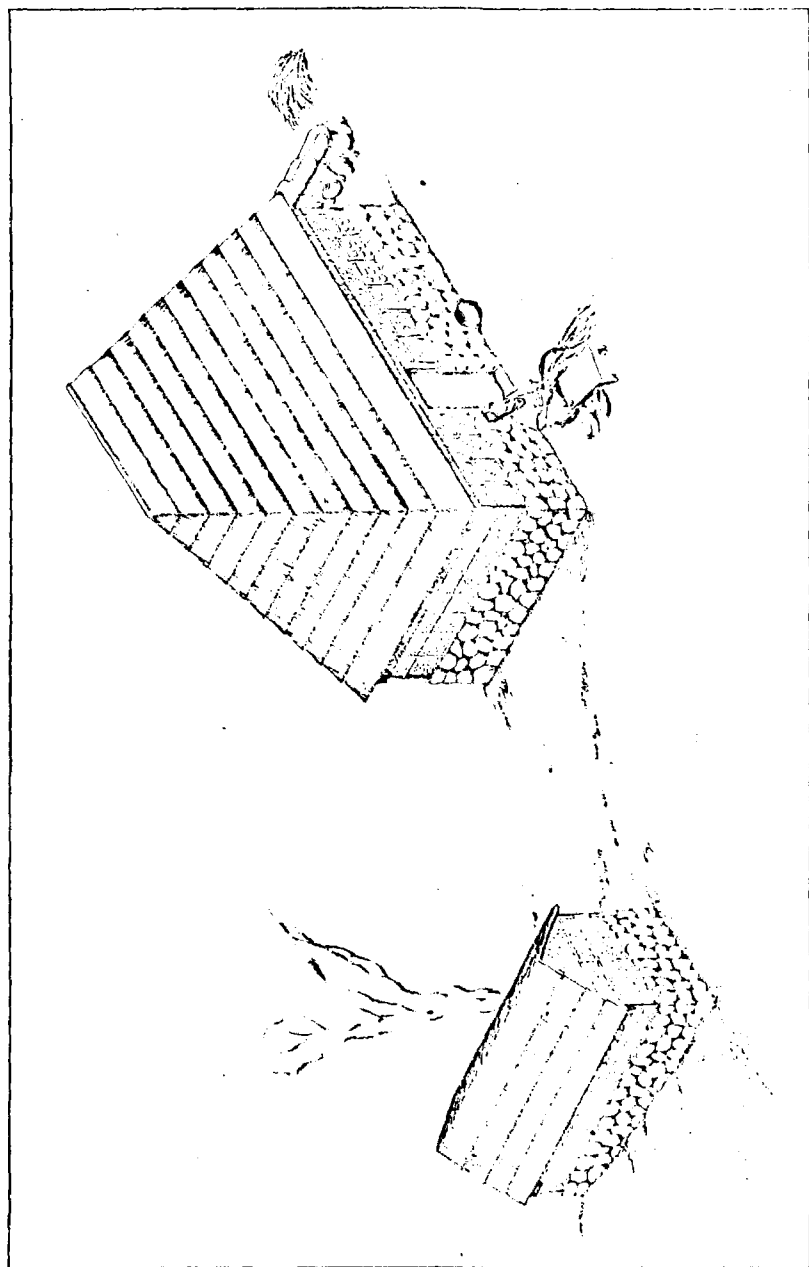
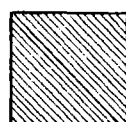
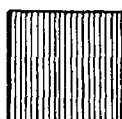


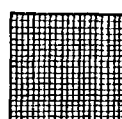
Fig. 31: Reconstrucción de la casa nº 2, el horno de cerámica y el baño de vapor.



Rojo



Marrón



Pintura
negativa



Azul



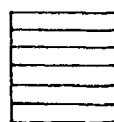
Hematites
Especular



Blanco



Verde



Negro

Fig. 32: Sistema de identificación de los colores que decoran la cerámica de Agua Tibia.

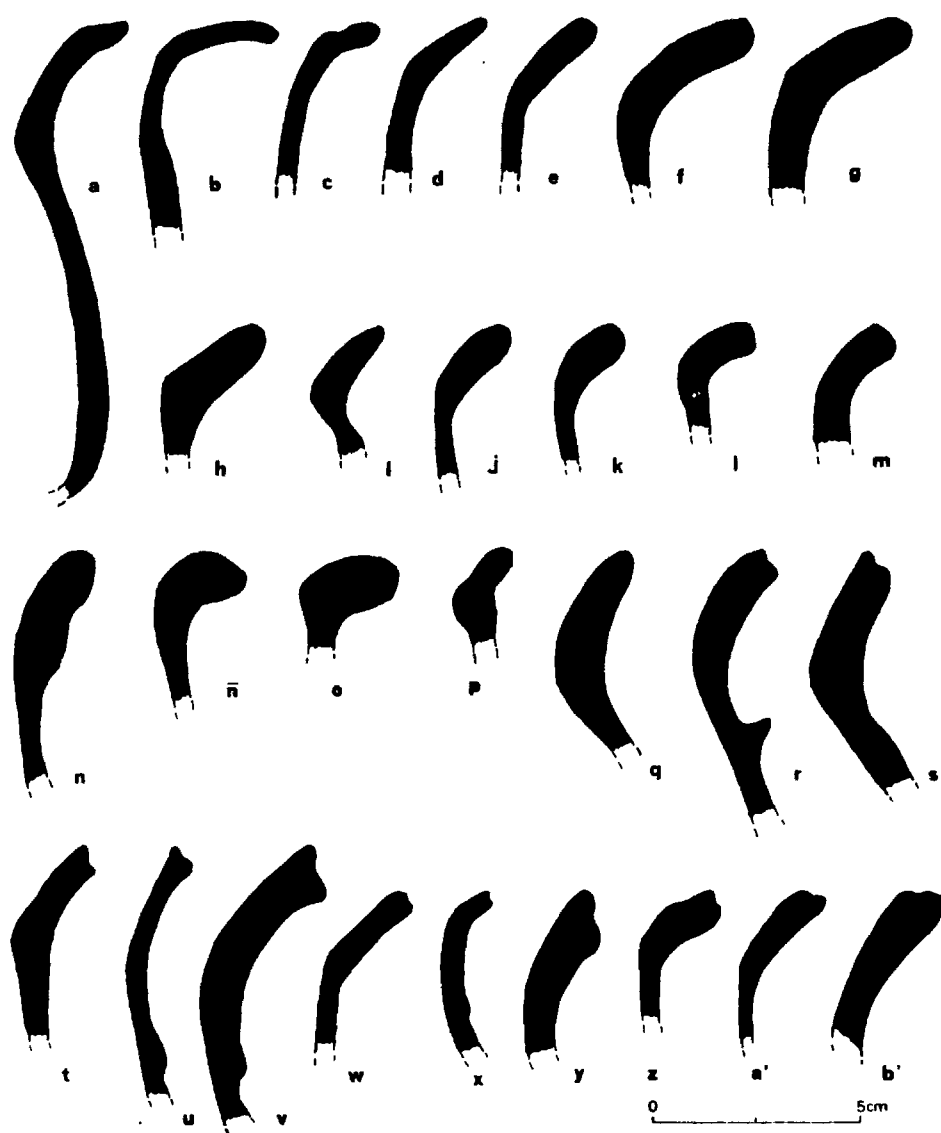
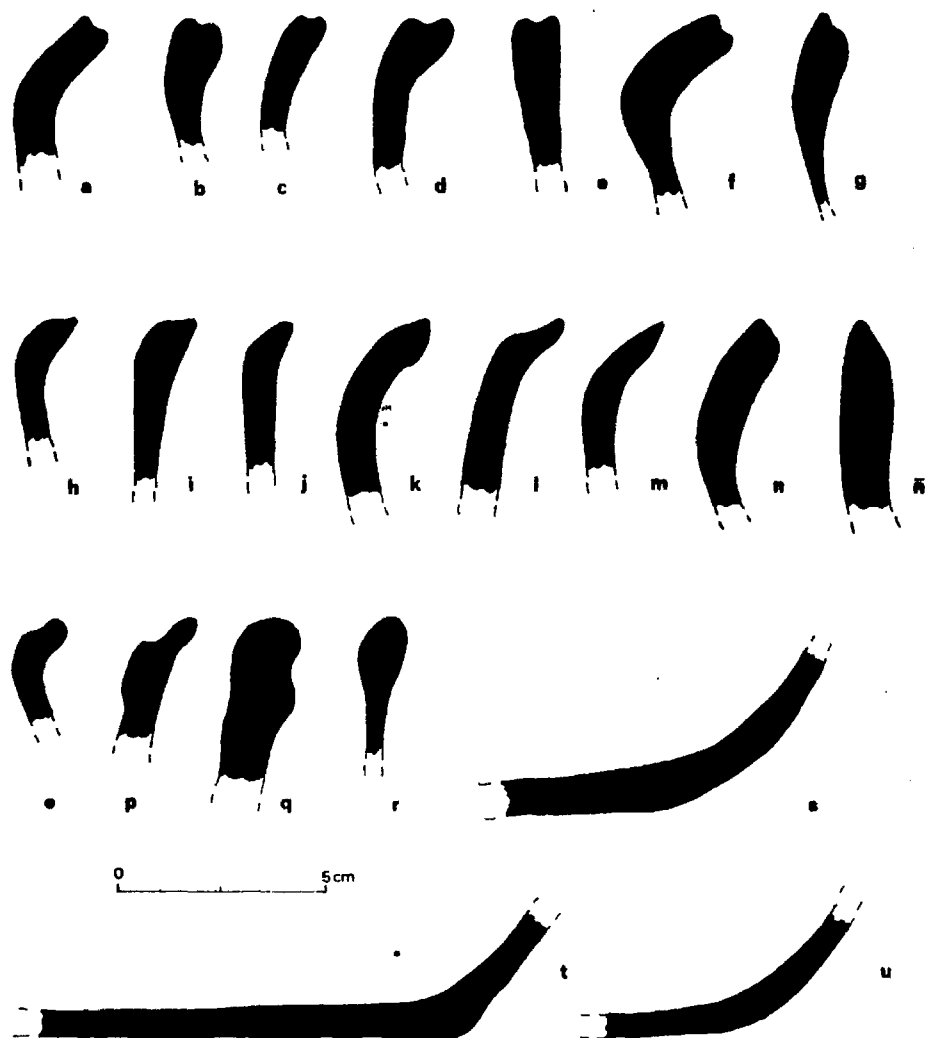


Fig. 33: TIPO BULUX ROJO LISO: vasijas globulares de bordes evertidos: (a-q) labios redondeados; (r-b') labios estriados.



**Fig. 34: TIPO BULUX ROJO LISO: vasijas globulares de bordes aver-
tidos: (a-h) labios estriados; (i-ñ) labios apuntados;
(o-r) otros; (s-u) bases.**

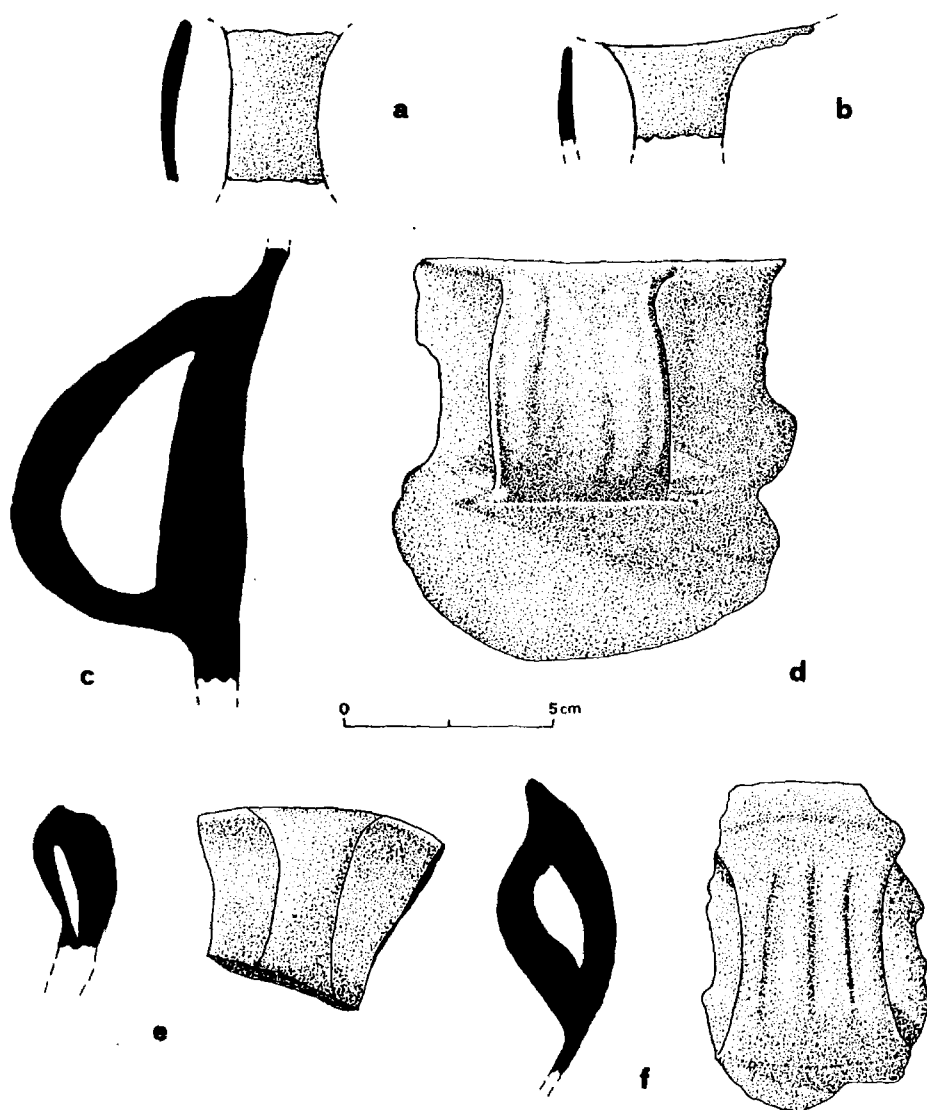


Fig. 35: TIPO BULUX ROJO LISO: asas pertenecientes a vasijas globulares: (a-b, e) planas; (d-f) asas-faja.

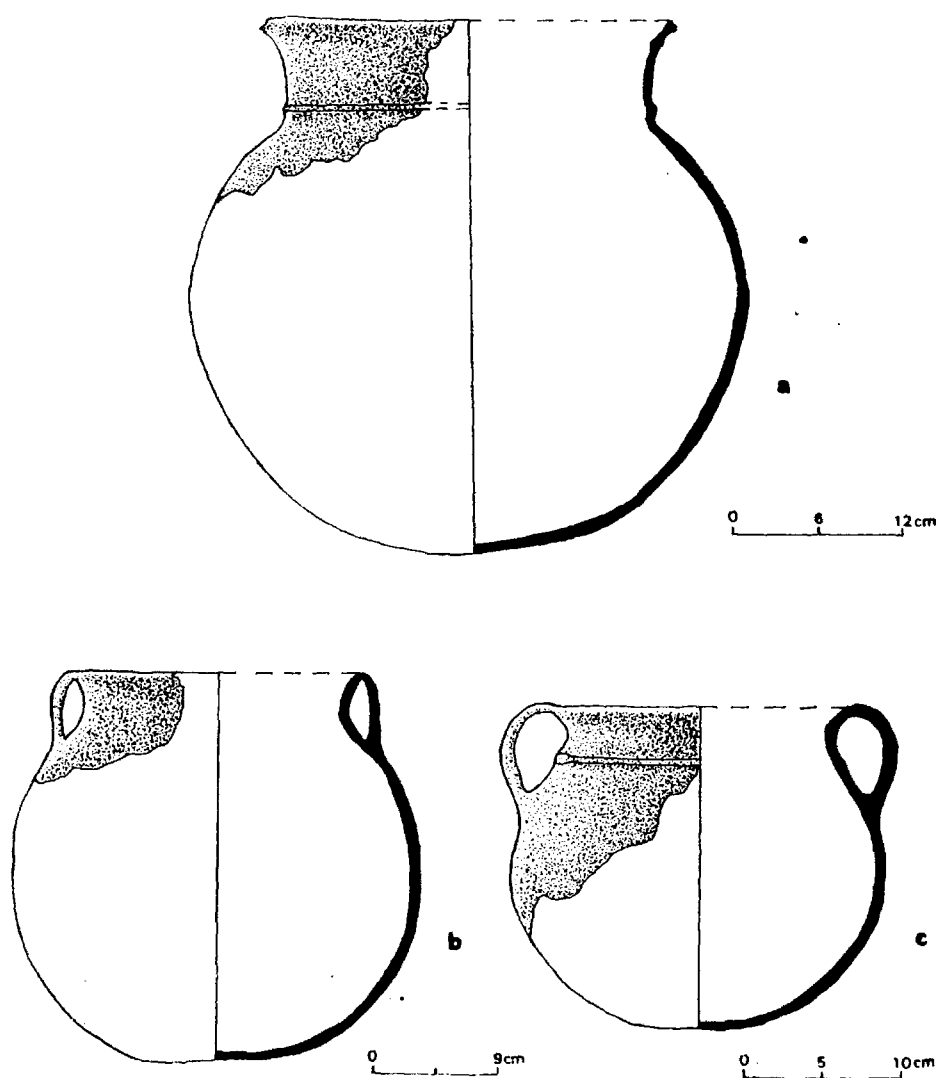


Fig. 36: TIPO BULUX ROJO LISO: reconstrucción de distintos tipos de vasijas globulares.

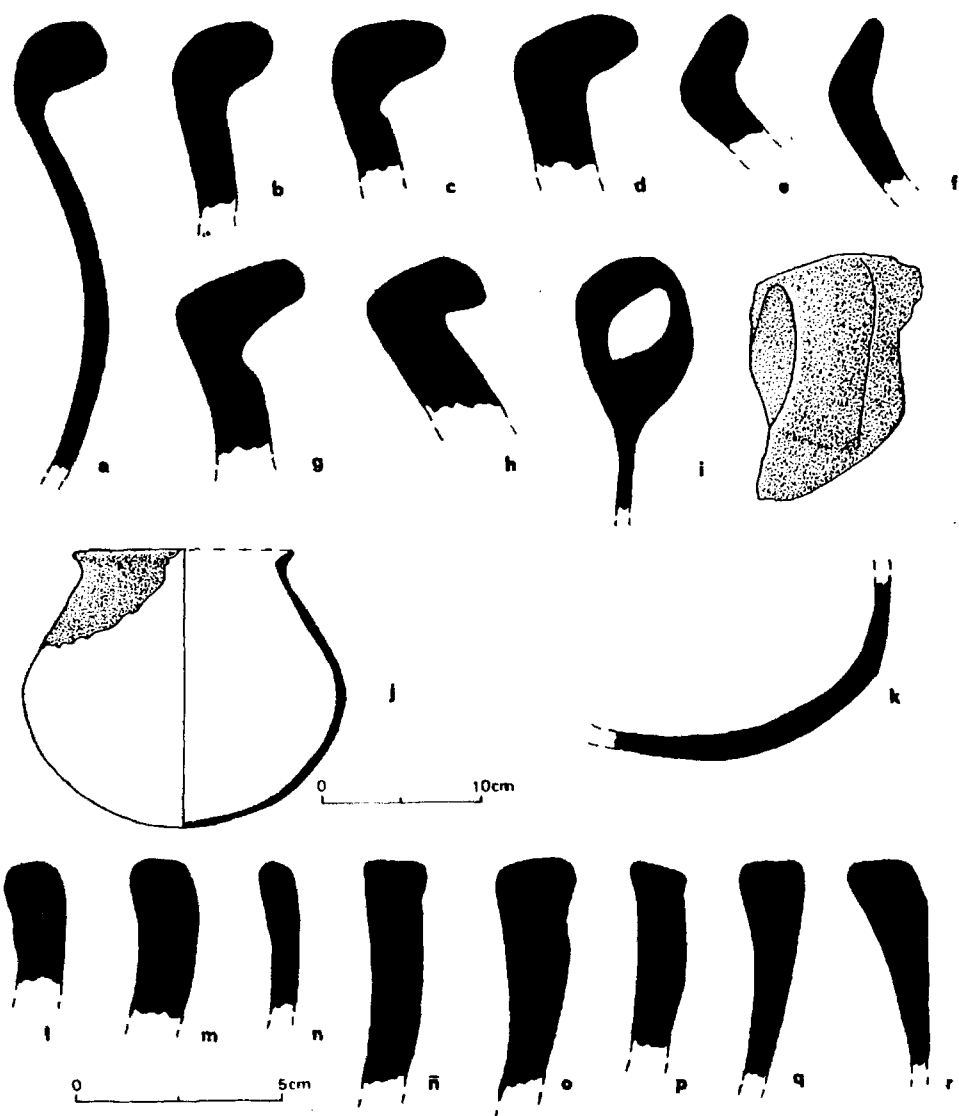


Fig. 37: TIPO BULUX ROJO LISO: (a-k) ollas; (l-r) apastes.

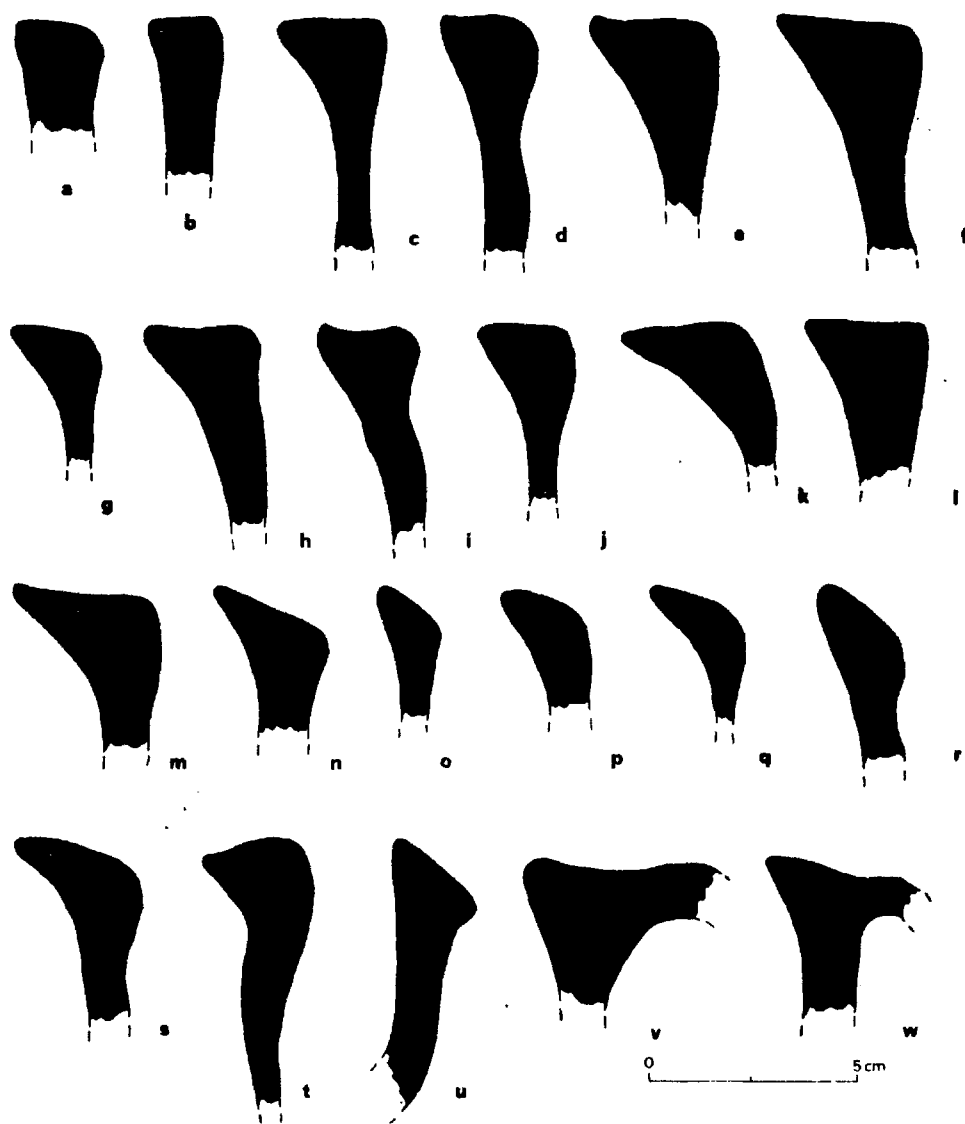


Fig. 38: TIPO BULUX ROJO LISO: Apastes: (a-b) bordes de labios cuadrados; (c-t) reforzados hacia el interior; (u) hacia el exterior; (v-w) asa.

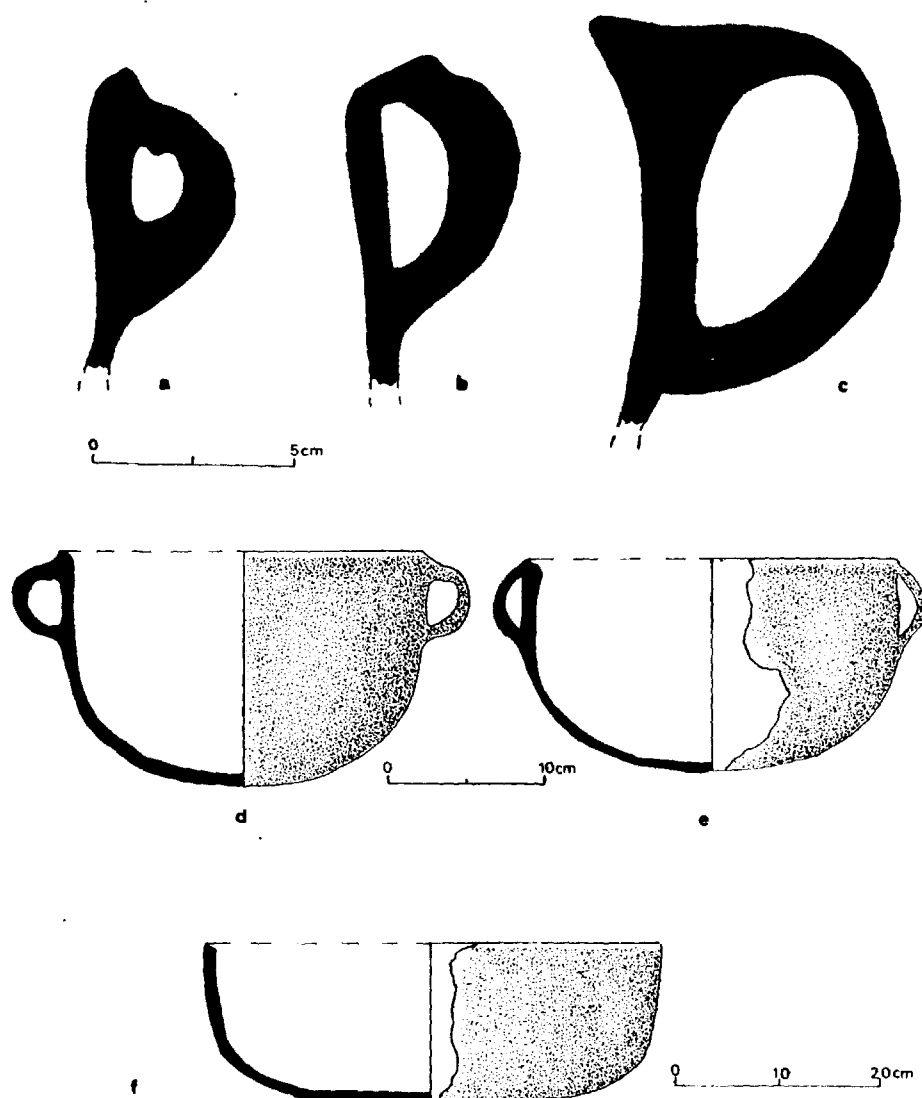


Fig. 39: TIPO BULUX ROJO LISO: apastes, (a-c) asas; (d-f) reconstrucción de diversas formas.

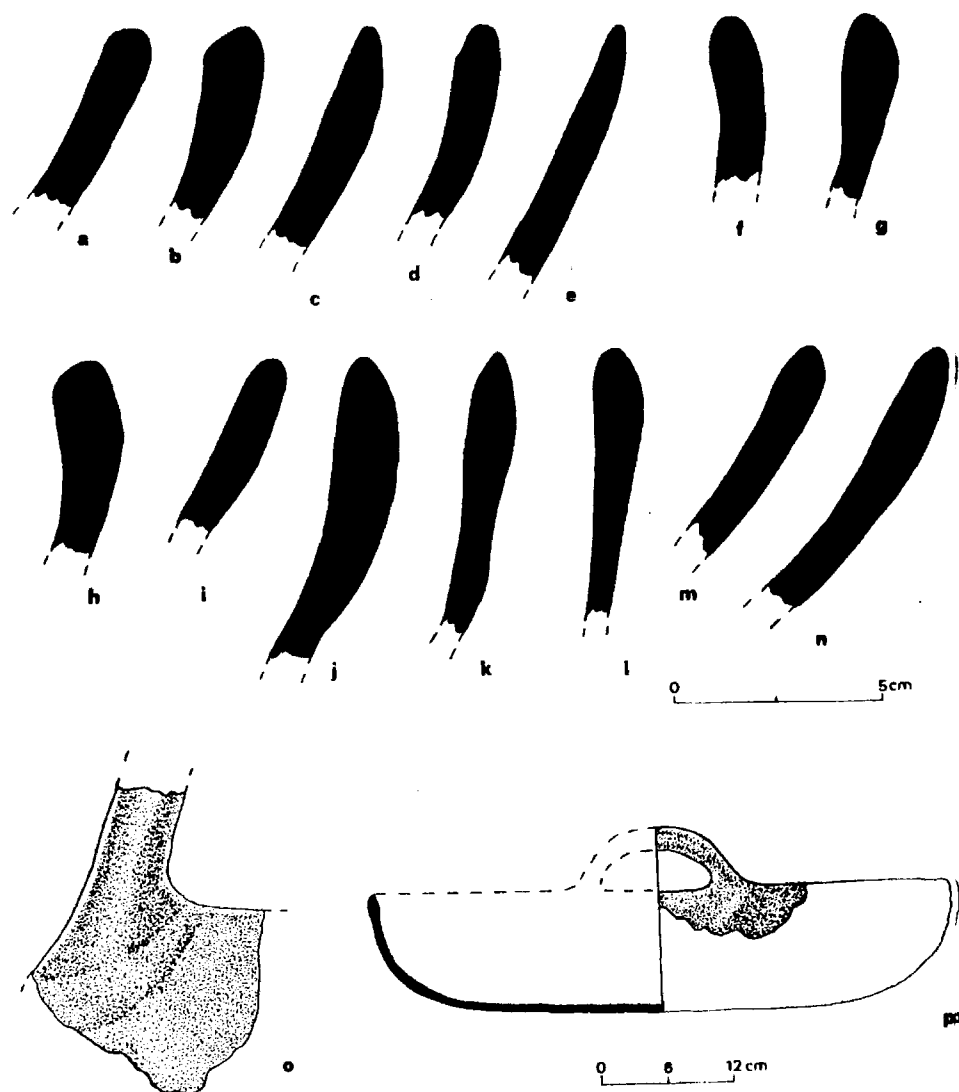


Fig. 40: TIPO BULUX ROJO LISO: comales, (a-b,d,f-i,l-n) labios redondeados; (c,e,j-k) apuntados; (o) esa cilíndrica; (p) reconstrucción de la forma.

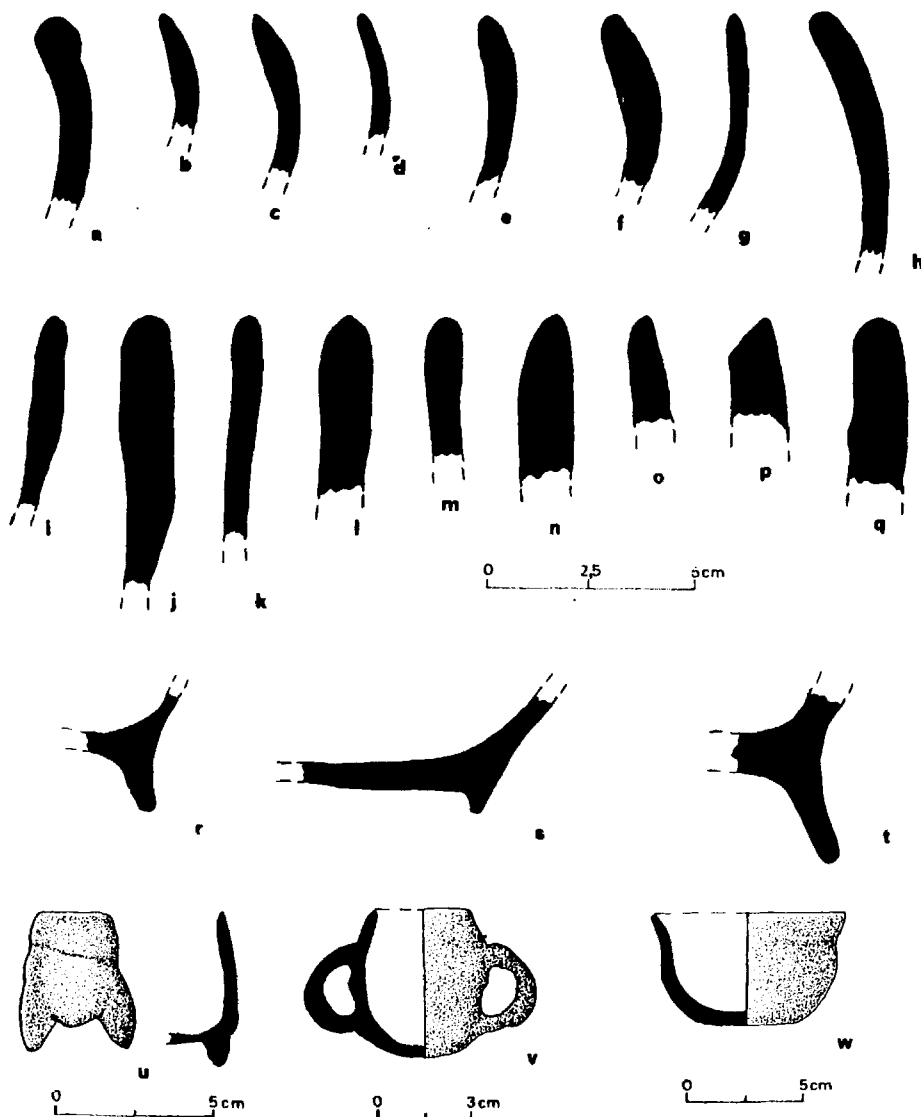


Fig. 41: TIPO BULUX ROJO LISO: cuencos, (a-h) bordes dispuestos hacia el interior; (i-q) rectos; (r-s) bases anulares; (t) base pedestral; (u-w) miniaturas.

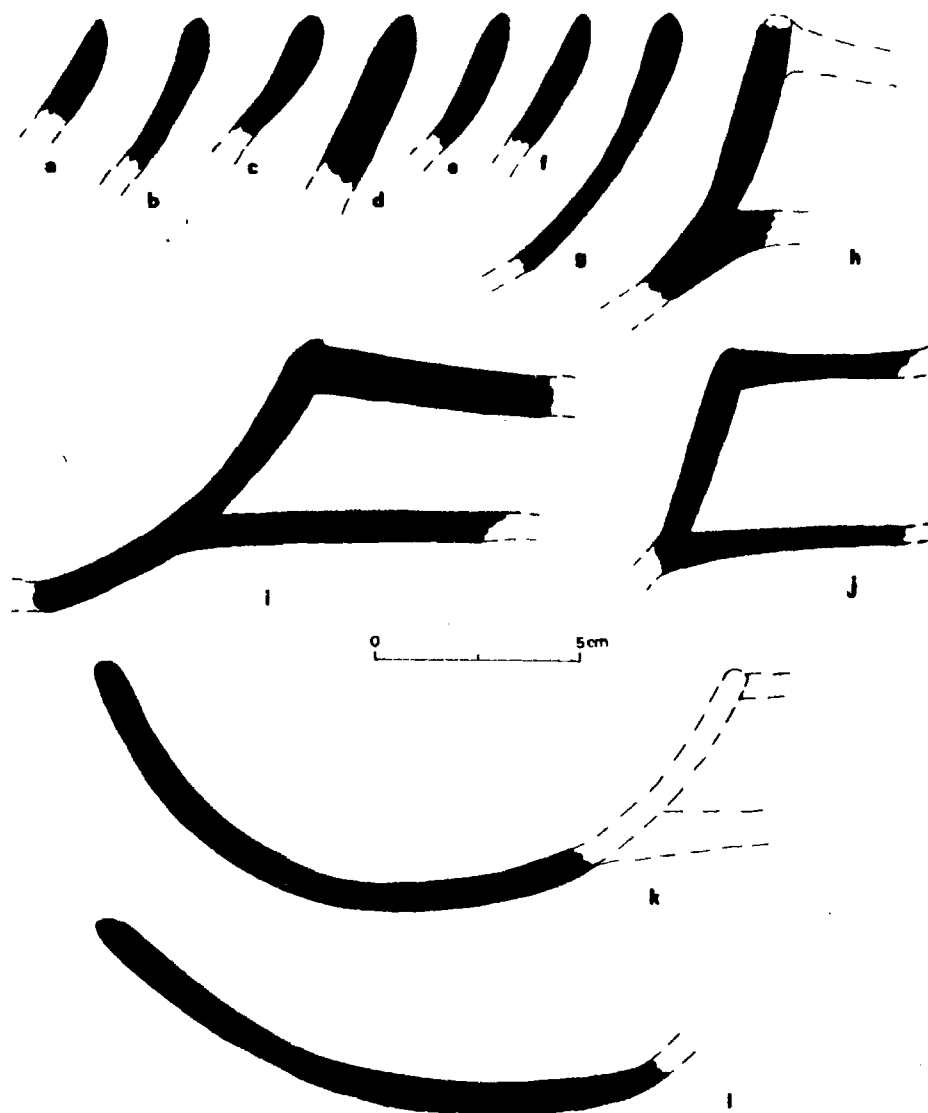


Fig. 42: TIPO BULUX ROJO LISO: incensarios-cucharón, (a-g) bordes dispuestos hacia el exterior; (i-j) mangos huecos; (k-l) bases.

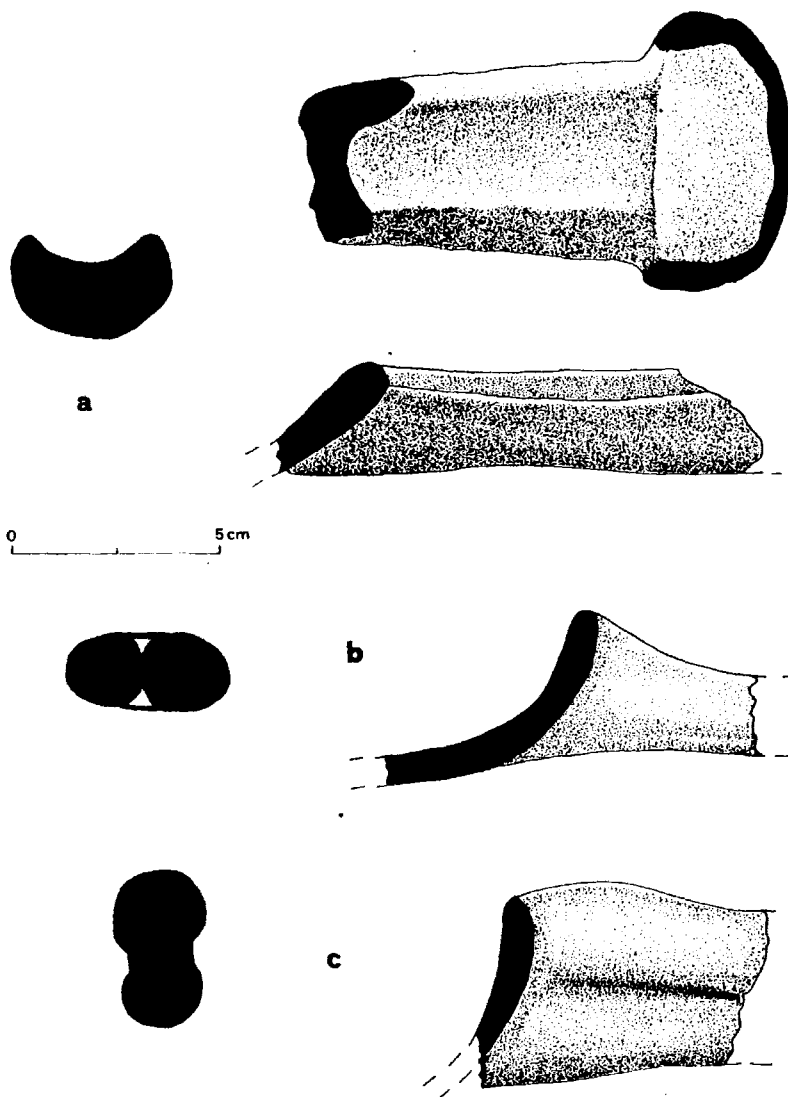


Fig. 43: TIPO BULUX ROJO LISO: incensarios-cucharón, (a) mango macizo con acanaladura; (b-c) mangos macizos.

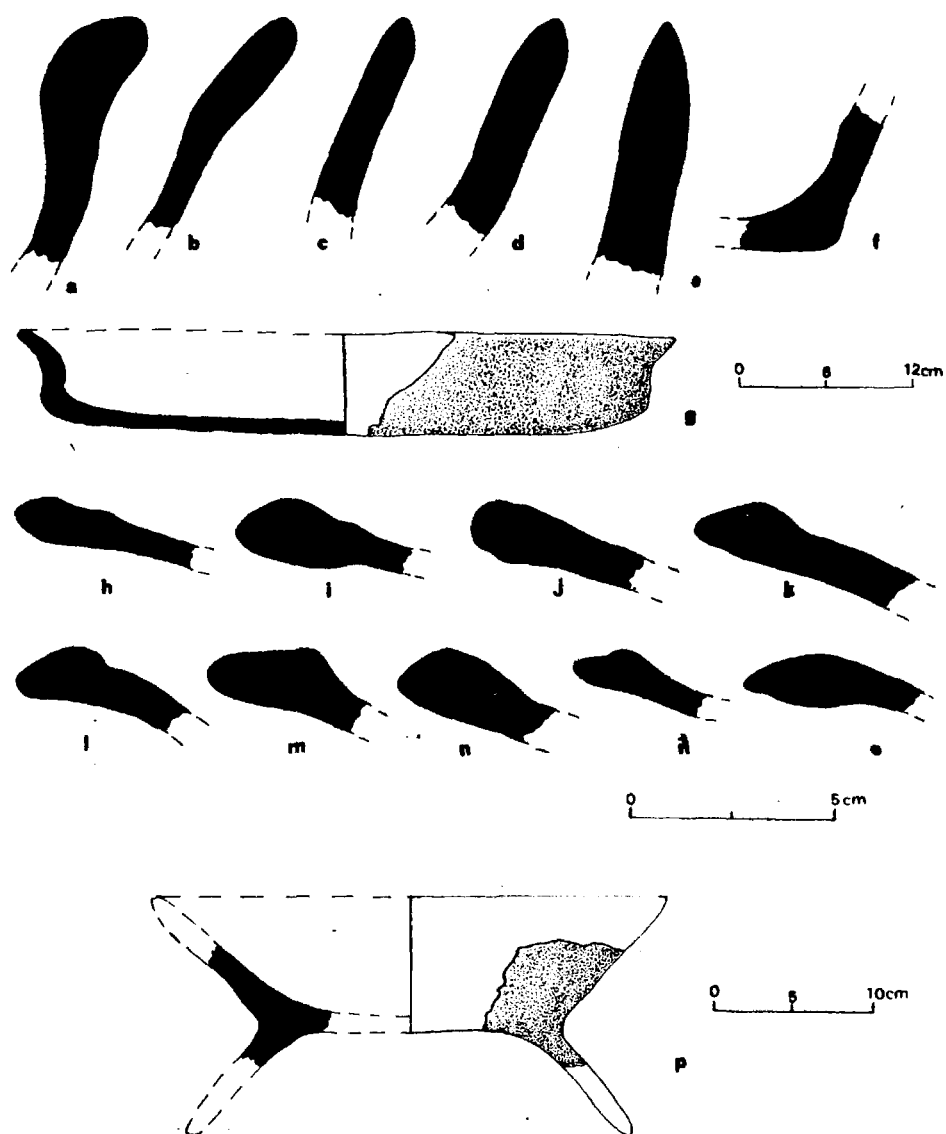


Fig. 44: TIPO BULUX ROJO LISO: sartenes, (a-e) bordes; (f) base; (g) reconstrucción de la forma; tamaleras, (h-o); incensario de doble cámara (p).

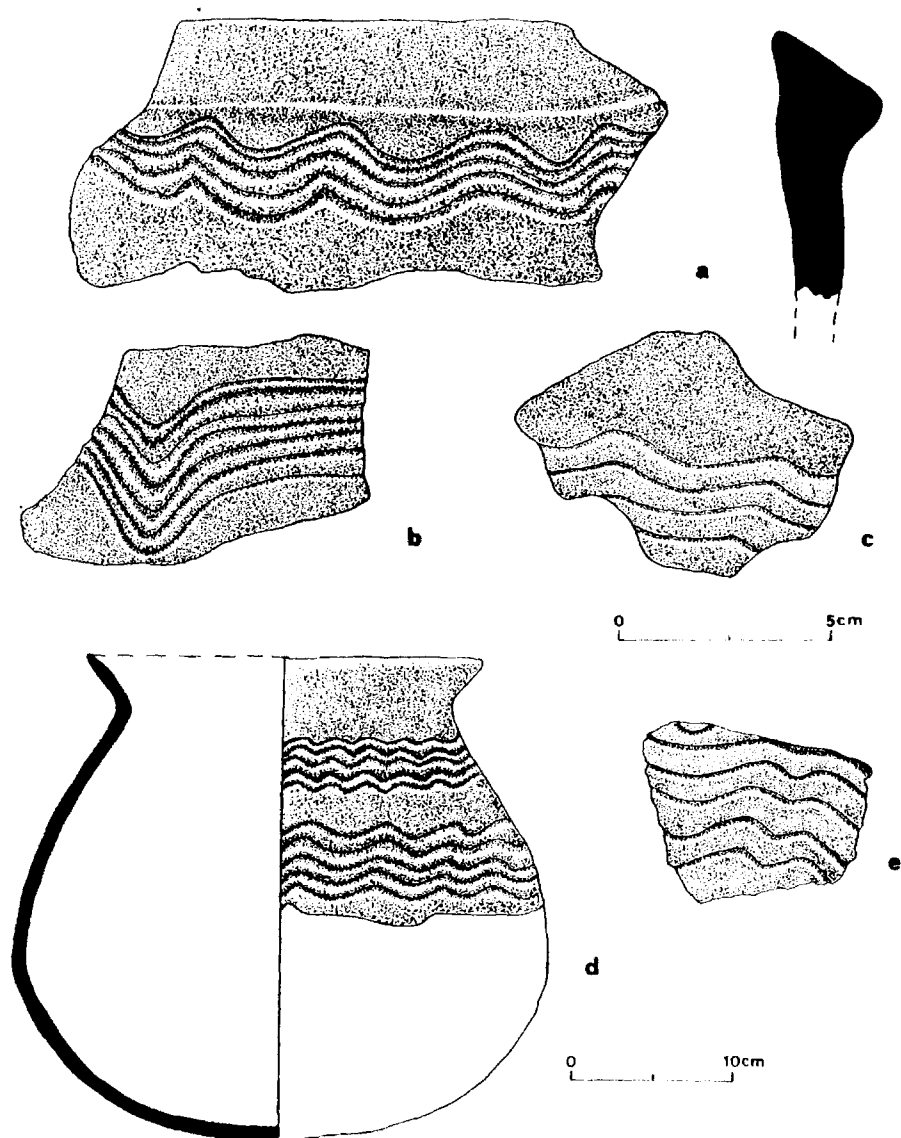


Fig. 45: TIPO BULUX ROJO INCISO. Variedad Peinado, (a) apaste; (b-d) vasijas globulares.

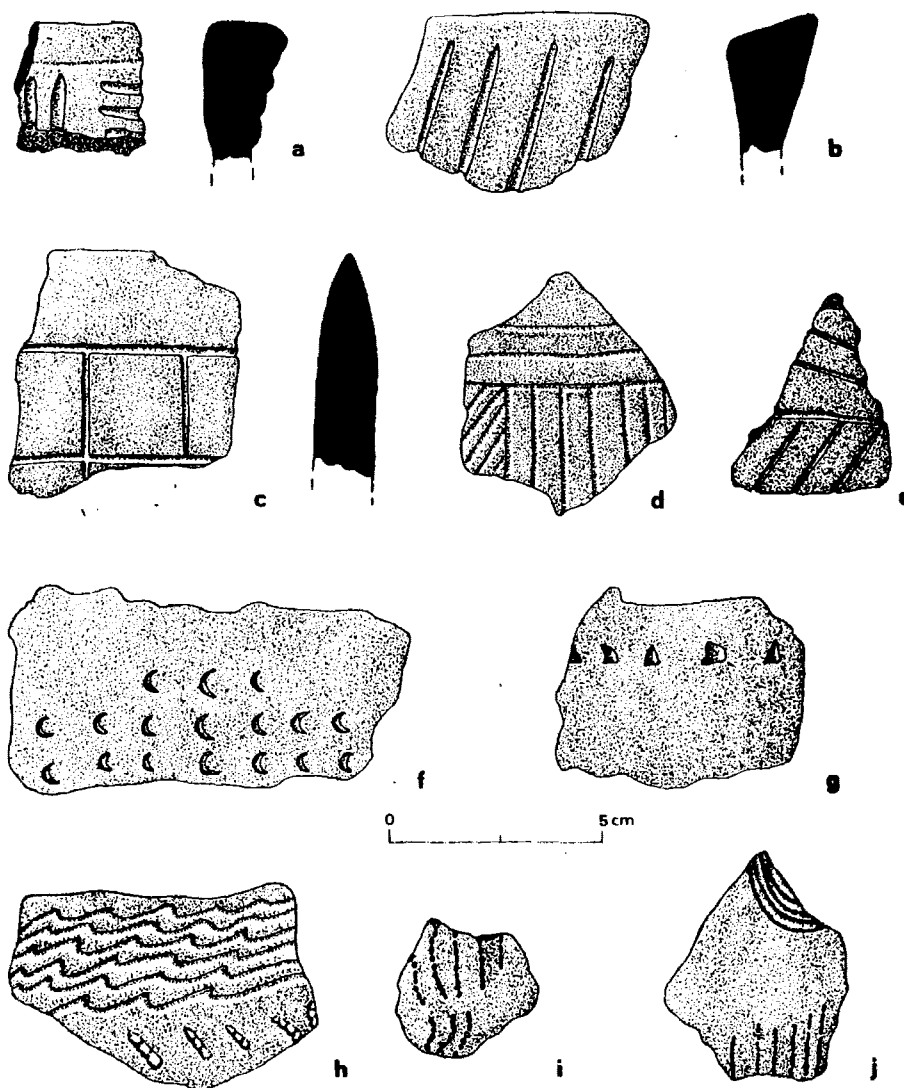


Fig. 46: TIPO BULUX ROJO INCISO.Variedad Geométrico(a-e).TIPO BULUX ROJO IMPRESO.Variedad Instrumento (f-j).

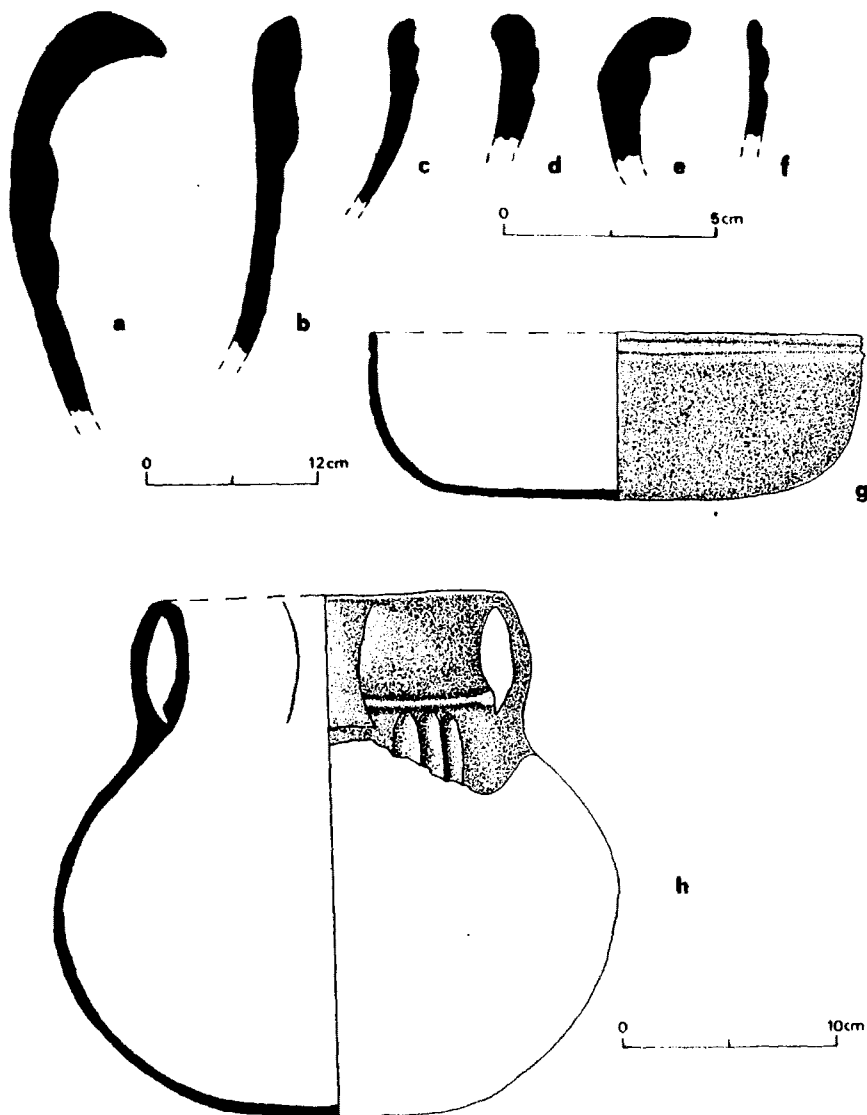


Fig. 47: TIPO BULUX ROJO ACANALADO: (a, e) vasijas globulares; (b-d, f-g) cuencos. TIPO BULUX ROJO IMPRESO. Variedad Digitado (h).

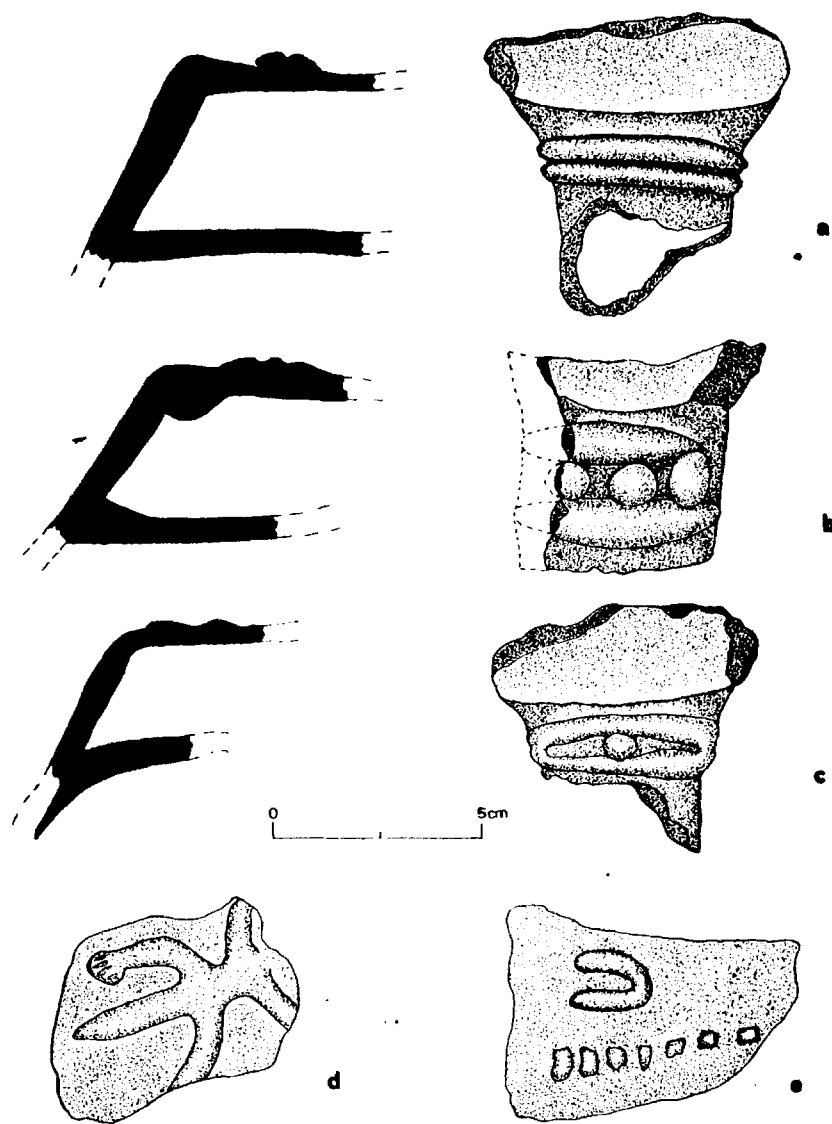


Fig. 48: TIPO BULUX ROJO PASTILLAJE, (a-c) incensarios-cucharón; (d-e) otros.

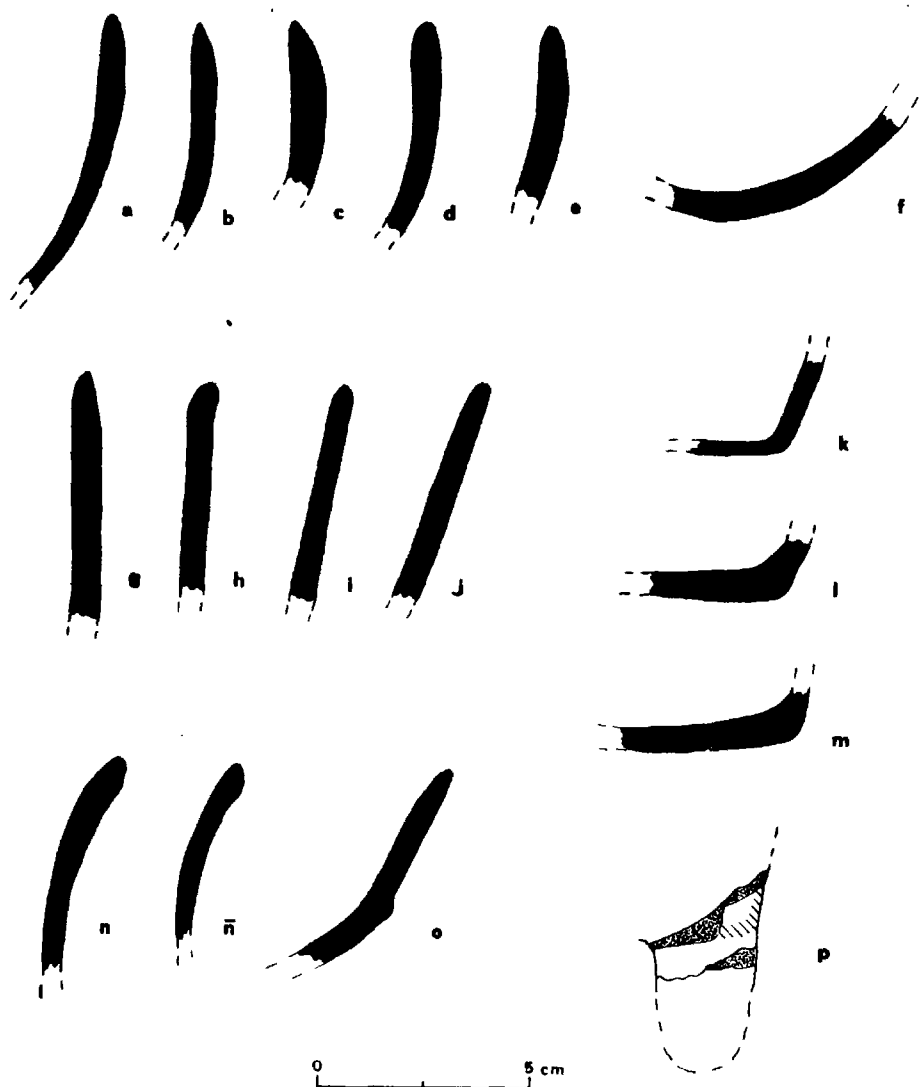


Fig. 49: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA; cuencos, (a-f) de paredes curvas; (g-m) rectos; (n-ñ) evertidos; (o) de silueta compuesta; (p) pata hueca.

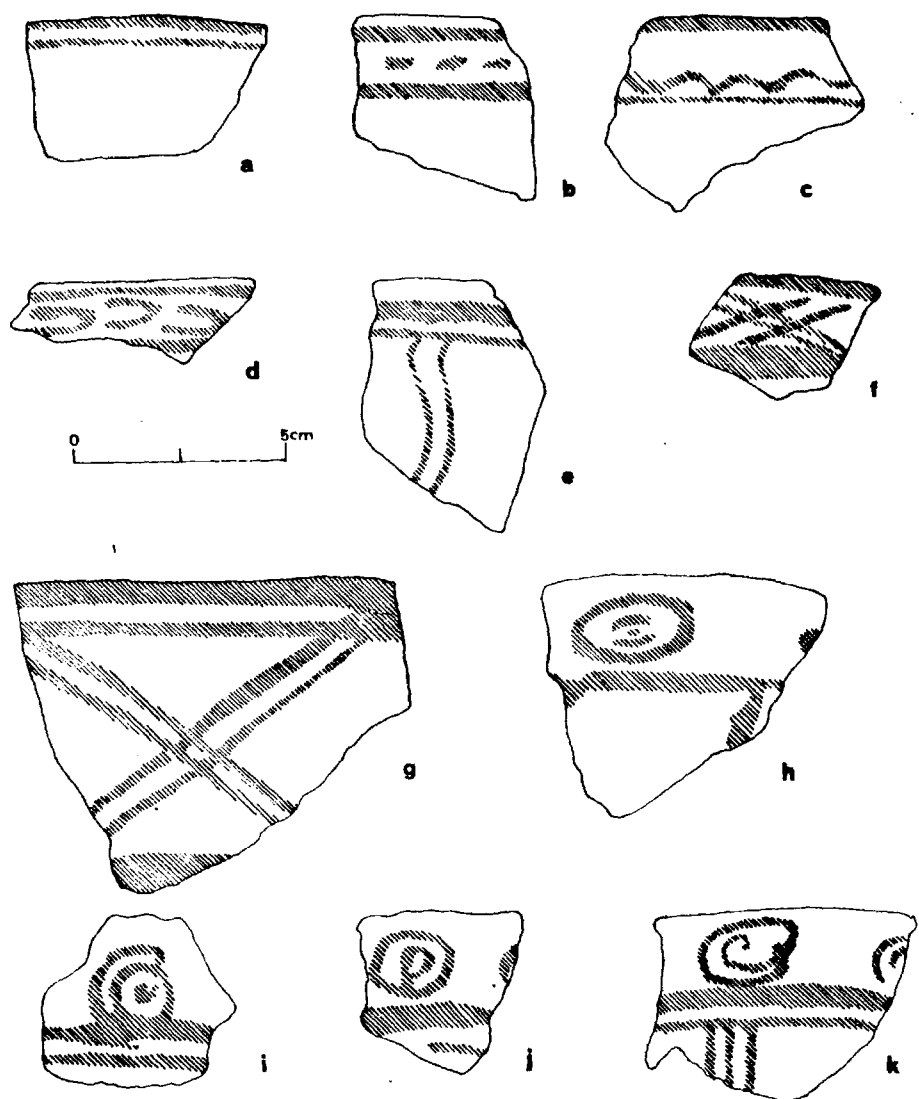


Fig. 50: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: diseños geométricos.

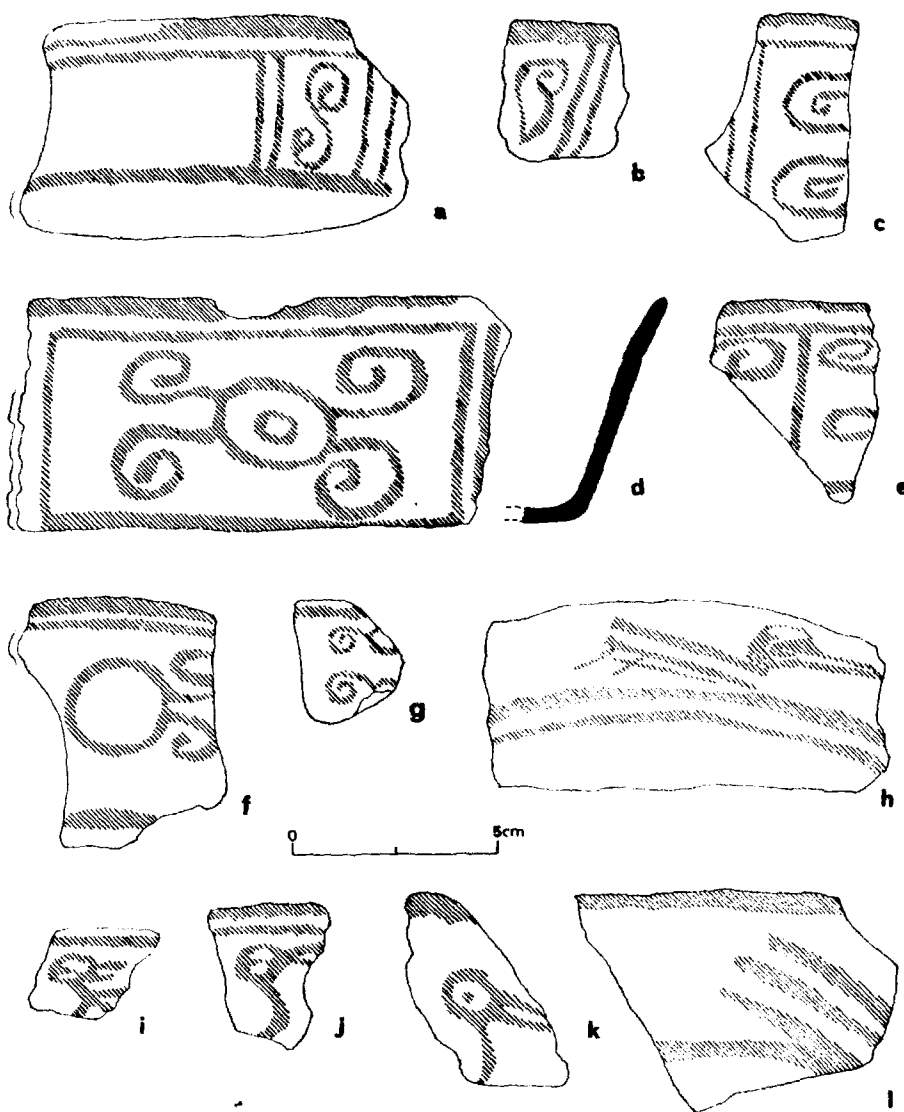


Fig. 51: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: (a-g) decoración geométrica; (h-l) diseños de pájaros.

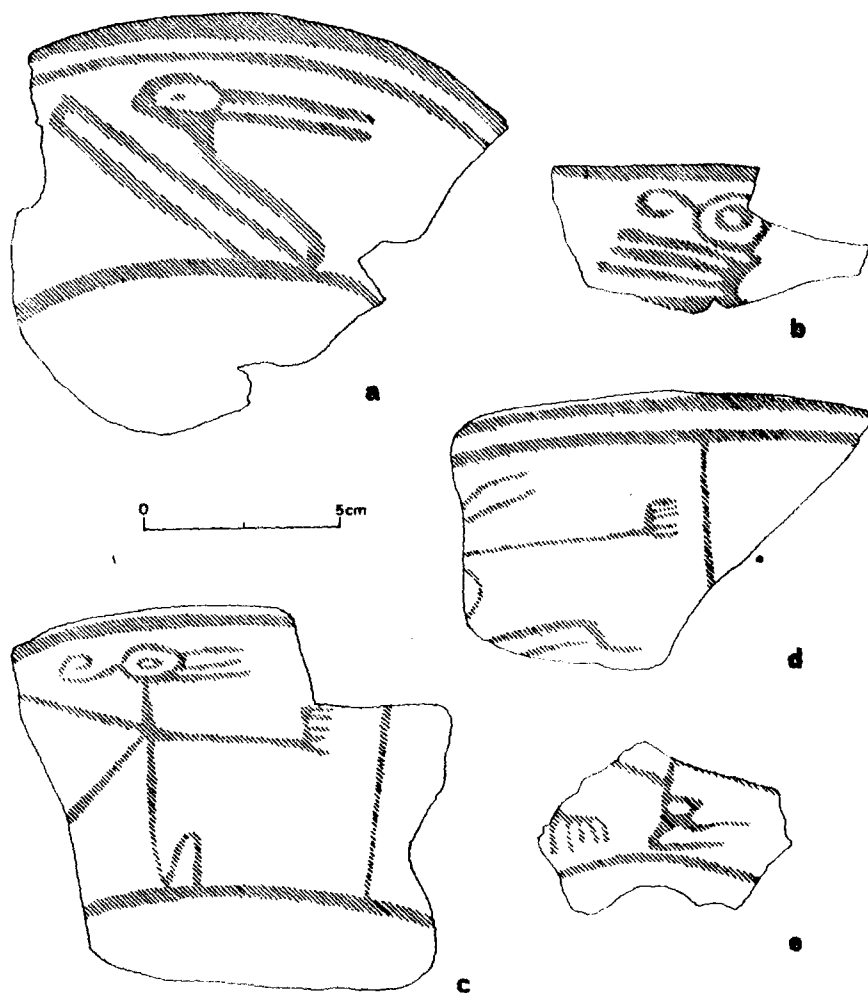


Fig. 52: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: (a-b) diseños de pájaros; (c-e) decoración de carácter antropomorfo.

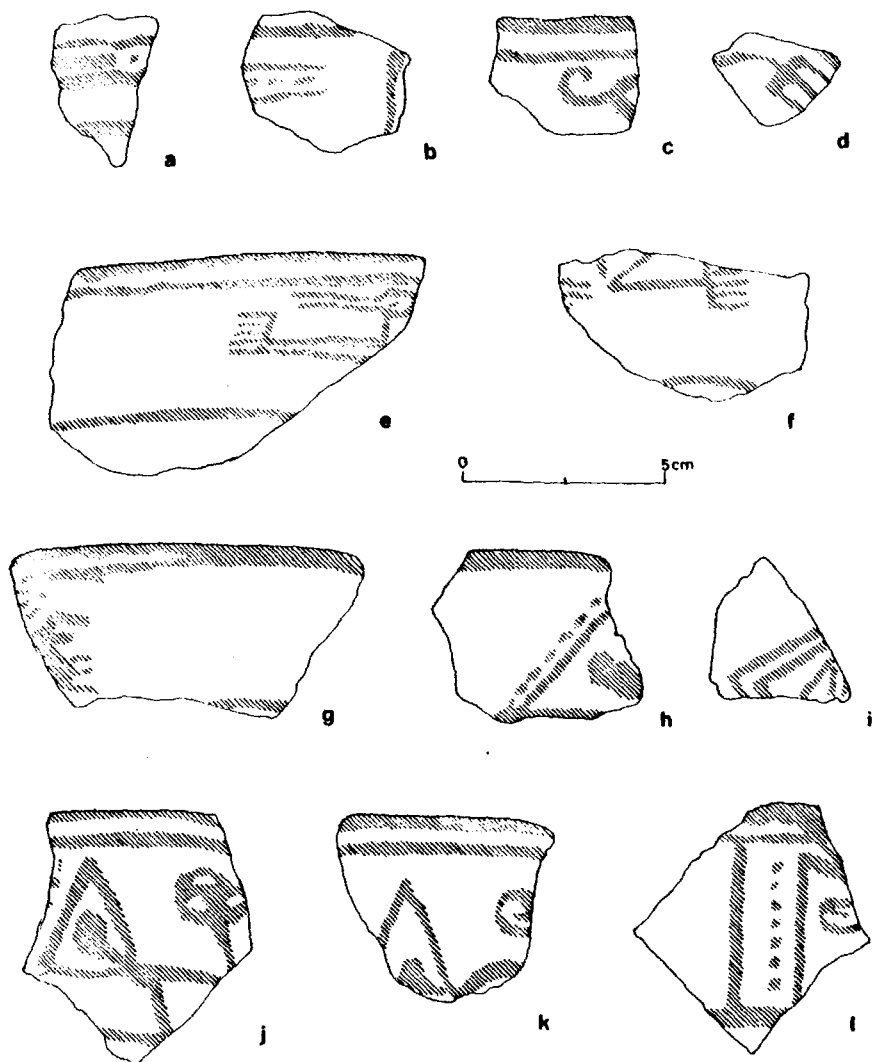


Fig. 53: TIPO DELIC ROJO SOBRE CREMA: fragmentos de diseños que representan figuras humanas.

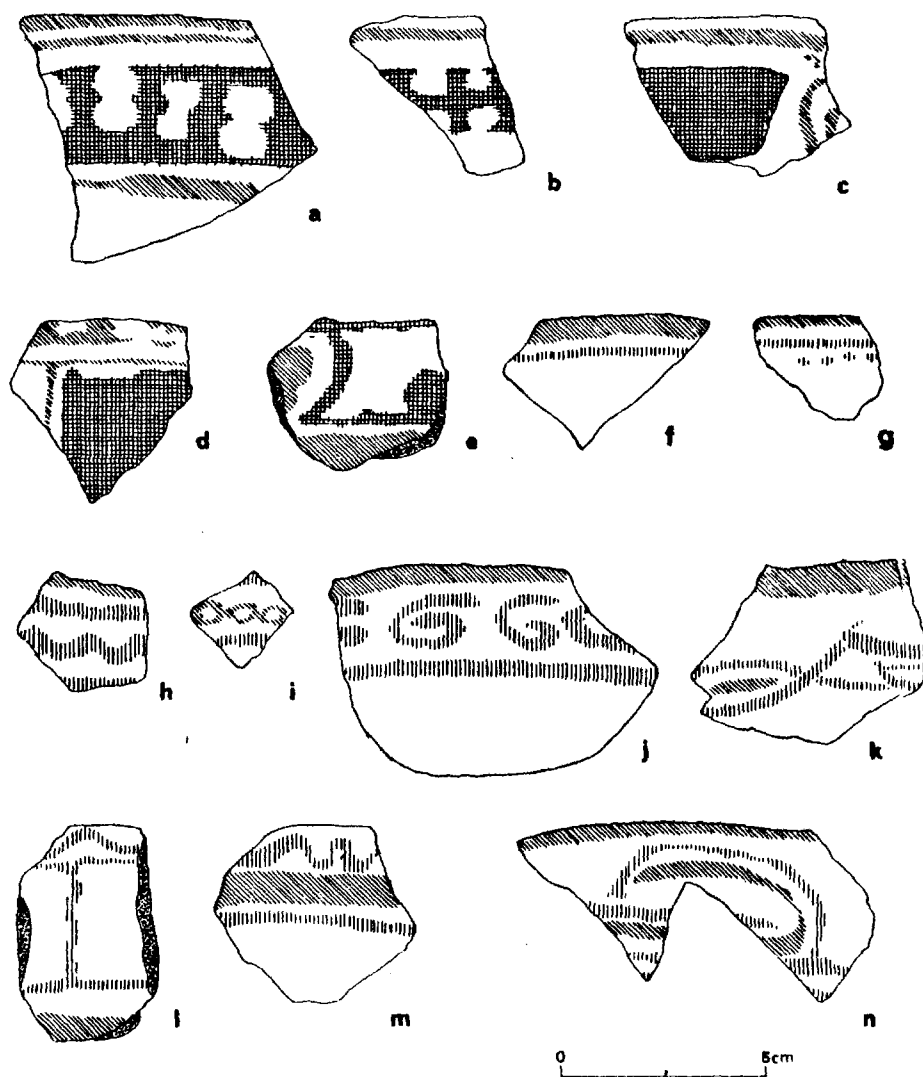
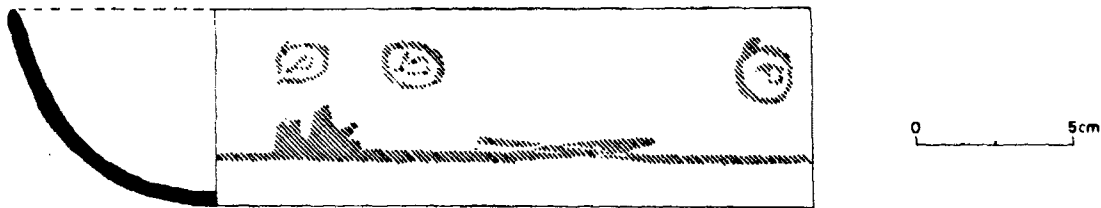
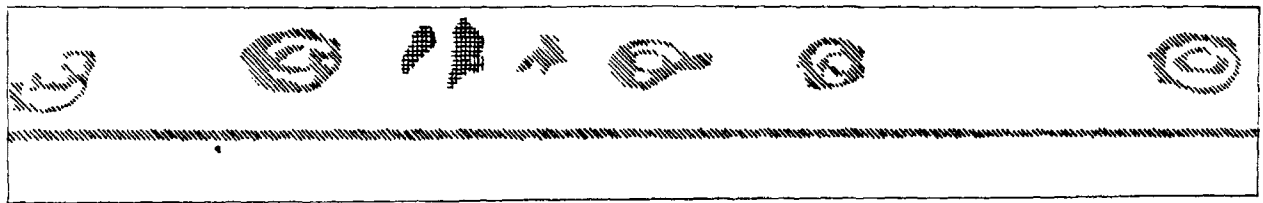


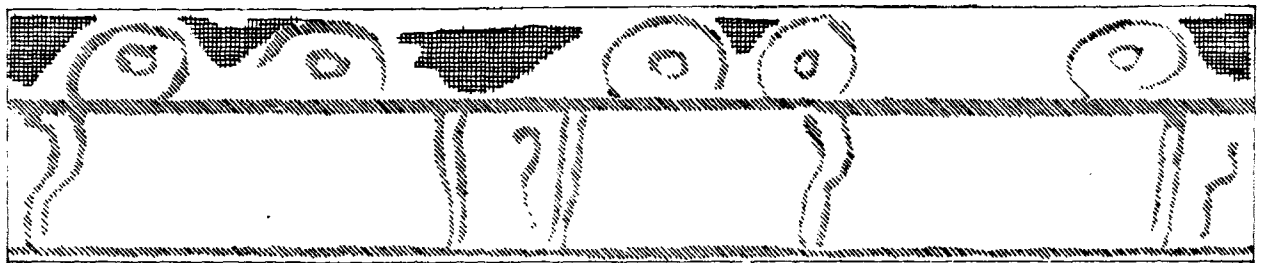
Fig. 54: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: (a-e) motivos decorativos en pintura negativa; (f-n) diseños policromos.



a



b



c

Fig. 55: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes curvas.

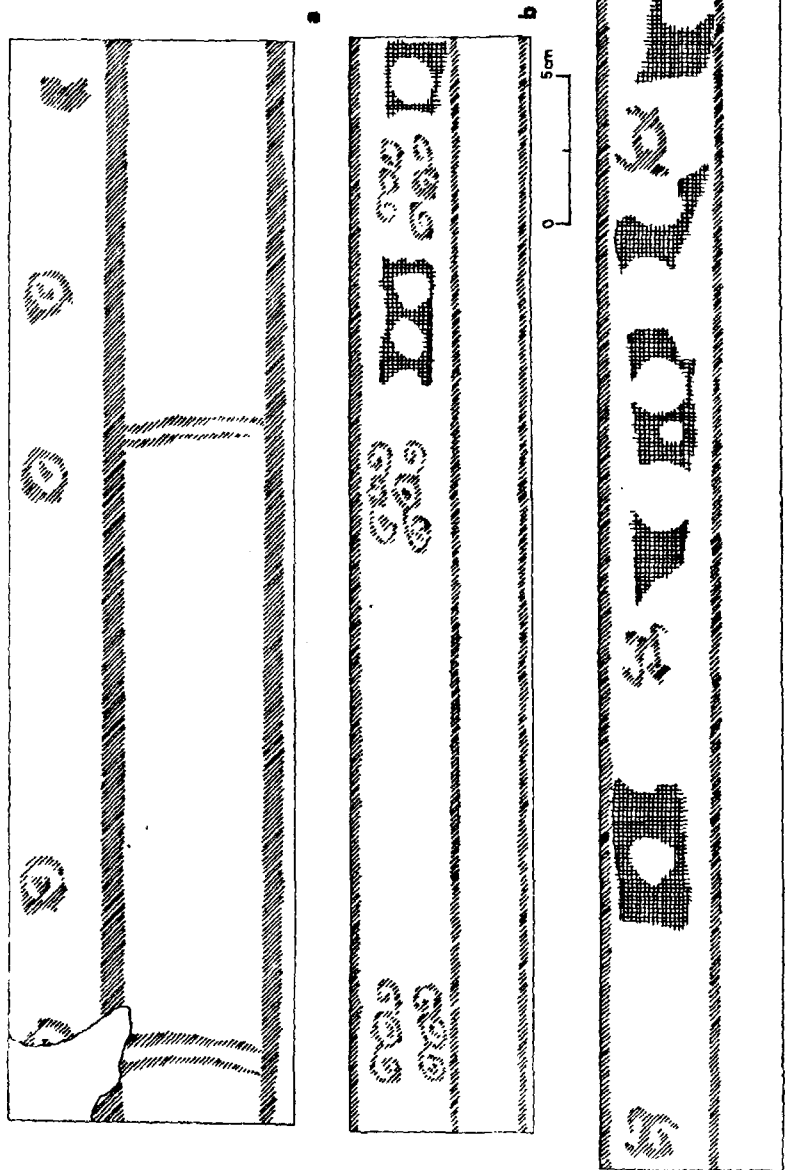
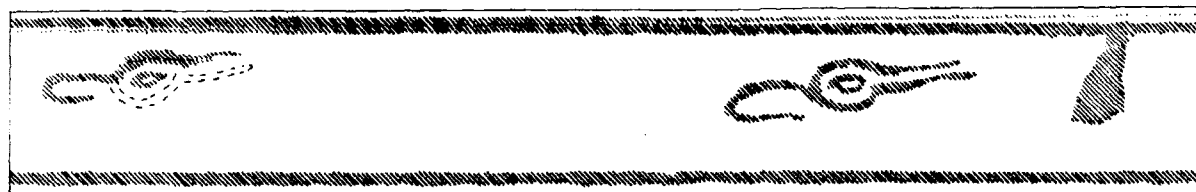
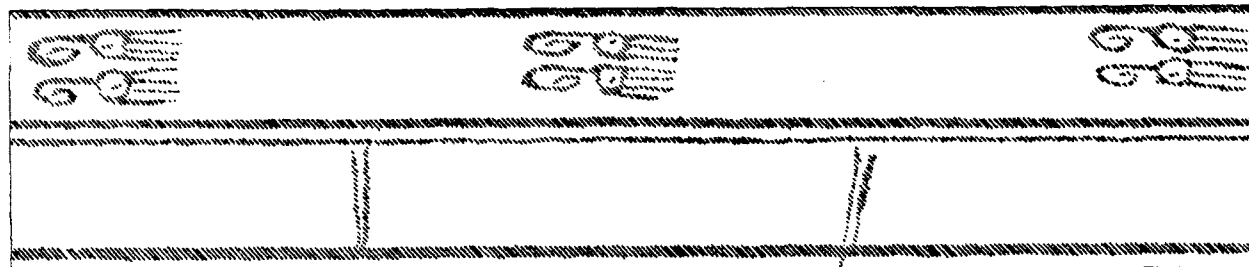


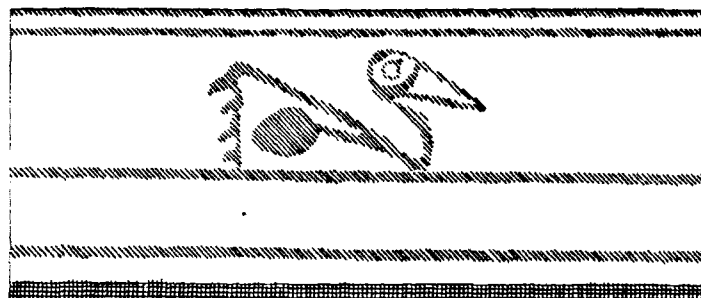
Fig. 56: Tipo Jelio Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes curvas.



a



b



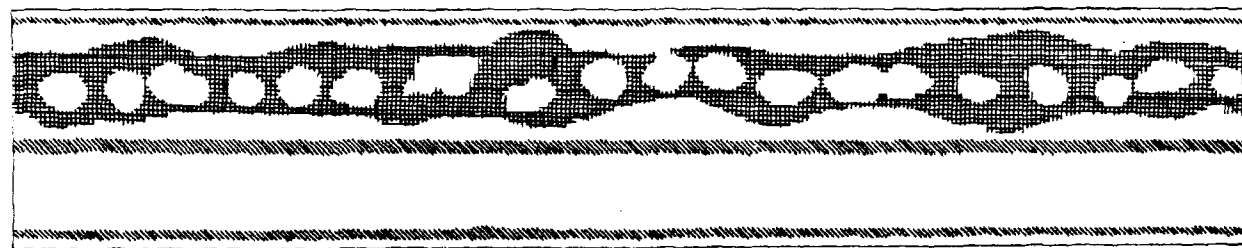
c

0 5cm

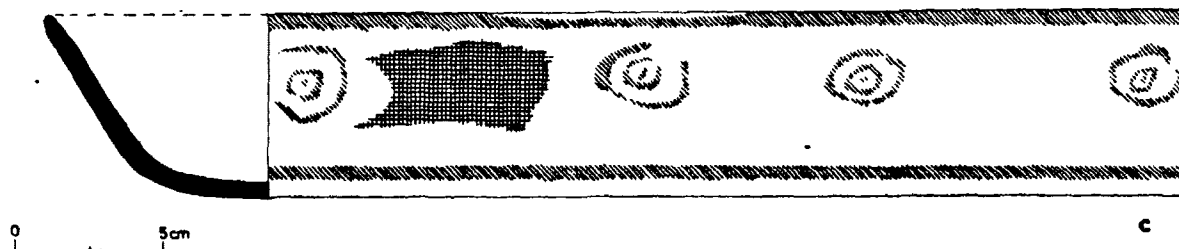
Fig. 57: Tipo Jello Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes curvas.



0 5cm a



b



0 5cm

c

Fig. 58: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes curvas (a-b); con cuencos de paredes rectas (c).

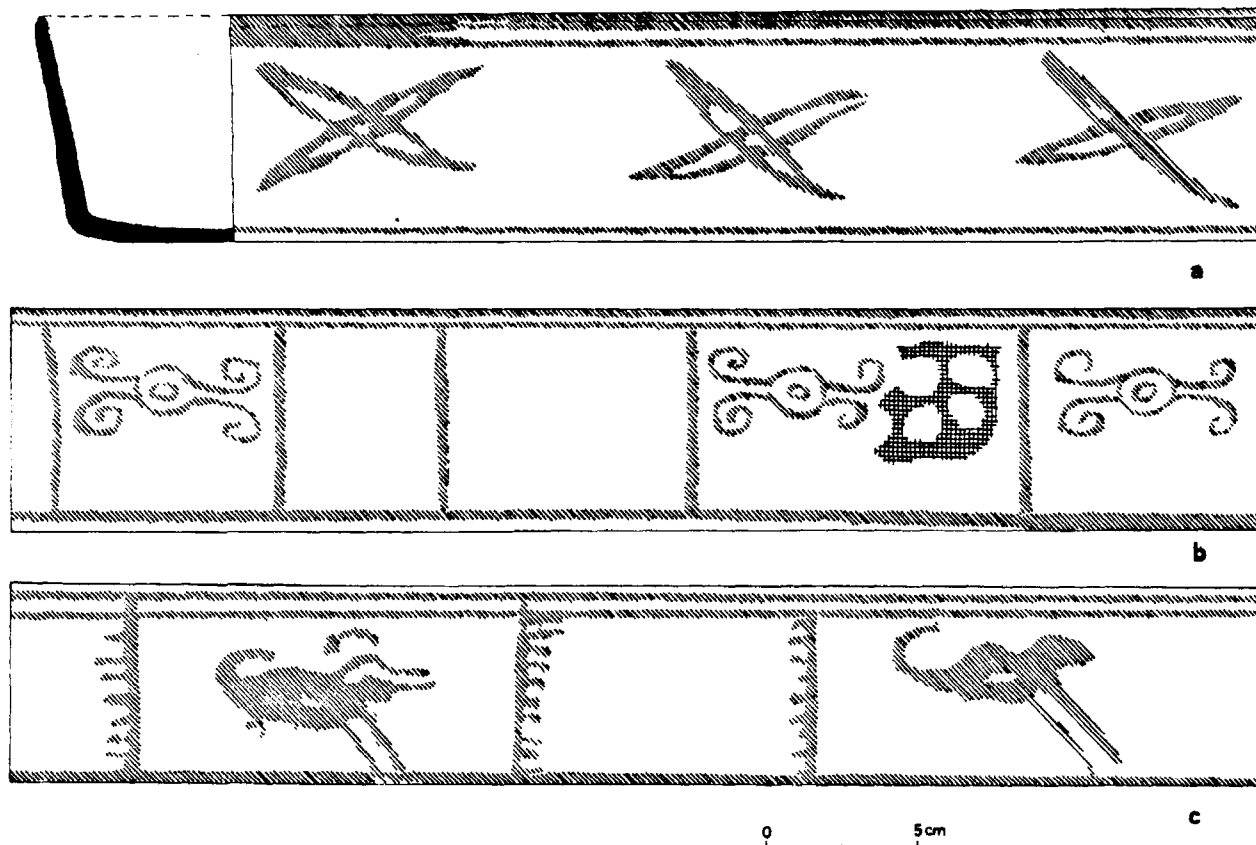
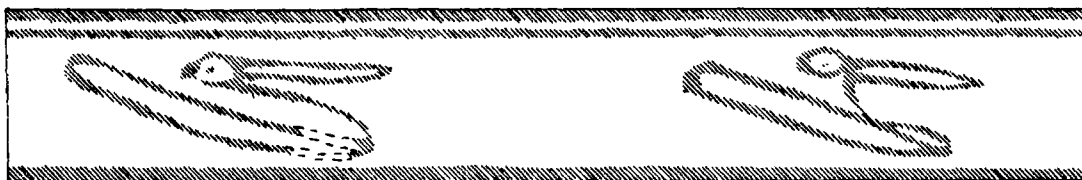


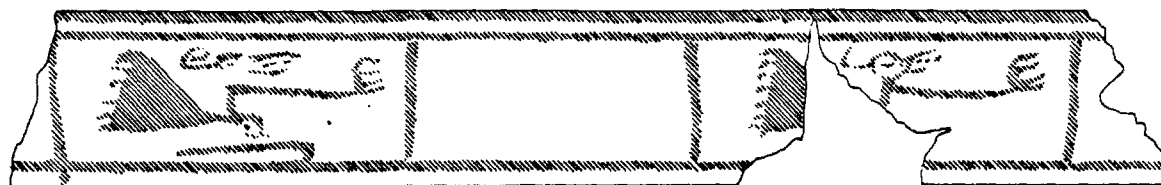
Fig. 59: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes rectas.



a



b



0 5cm
(c)

0 5cm
(a-b)

Fig. 60: Tipo Jello Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes rectas.

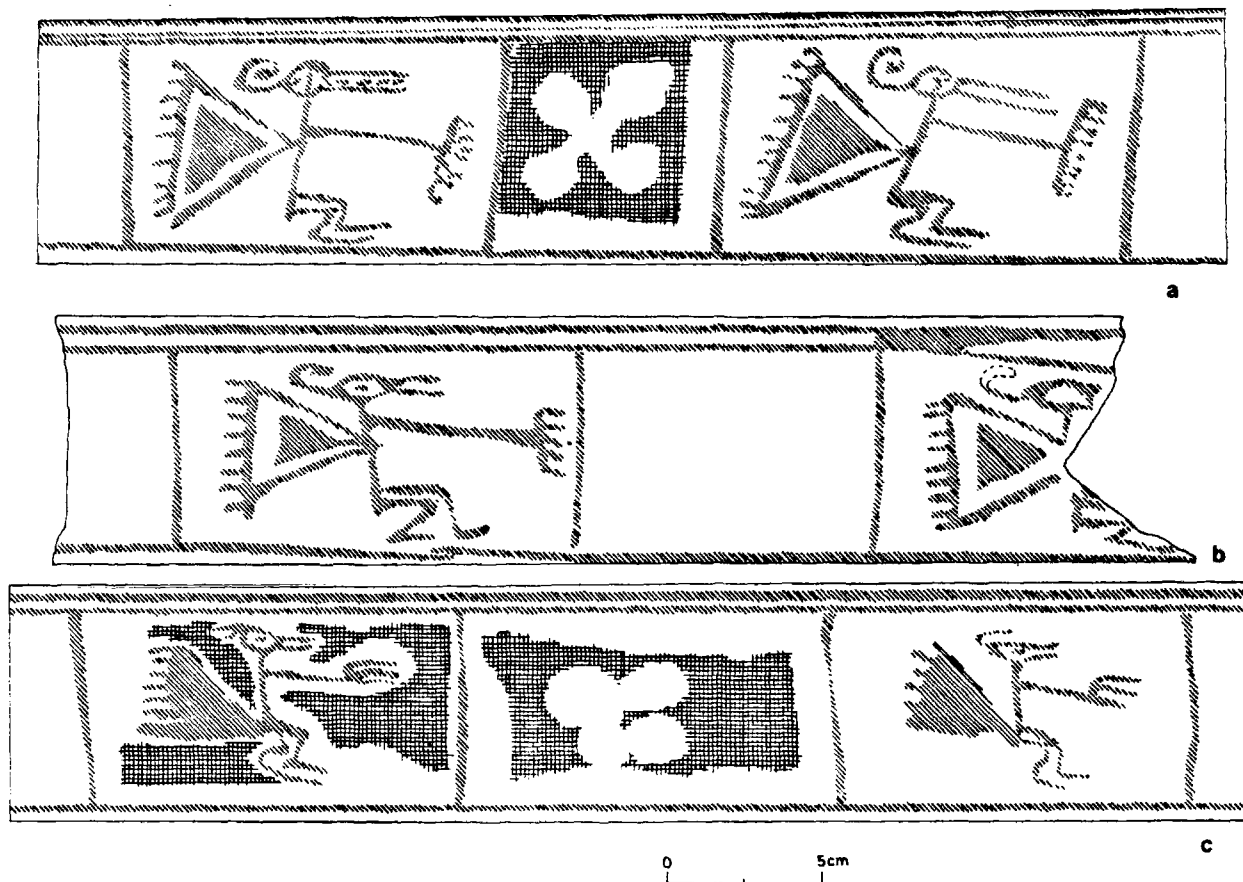
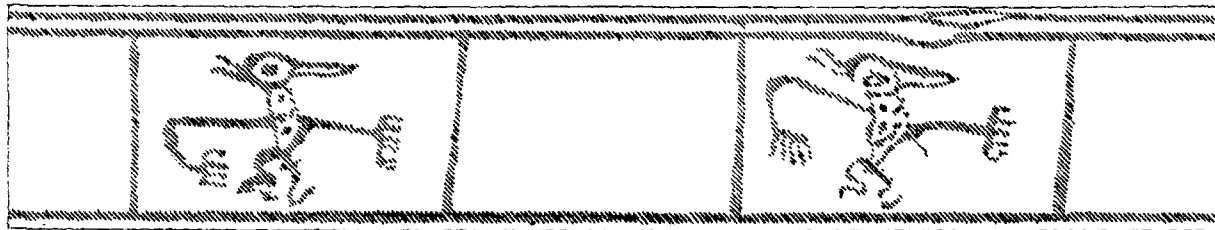


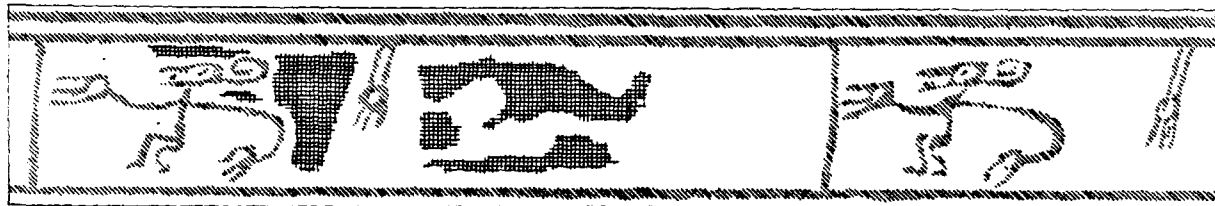
Fig. 61: Tipo Jellic Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes rectas.



a



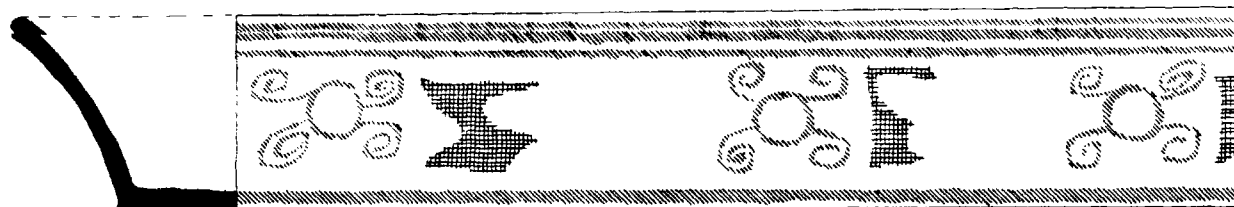
b



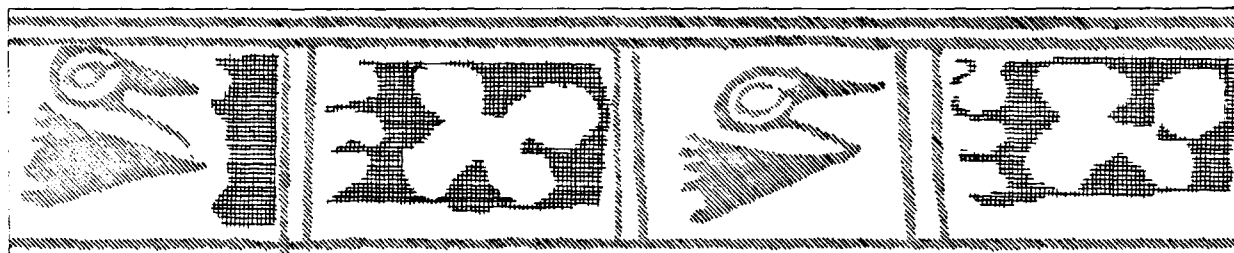
c

0 5cm

Fig. 62: Tipo Jelic Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de paredes rectas.



a



0 5cm

b



0 5cm

c

Fig. 63: Tipo Jellic Rojo sobre Crema: desarrollo de los motivos decorativos asociados a cuencos de paredes evertidas.

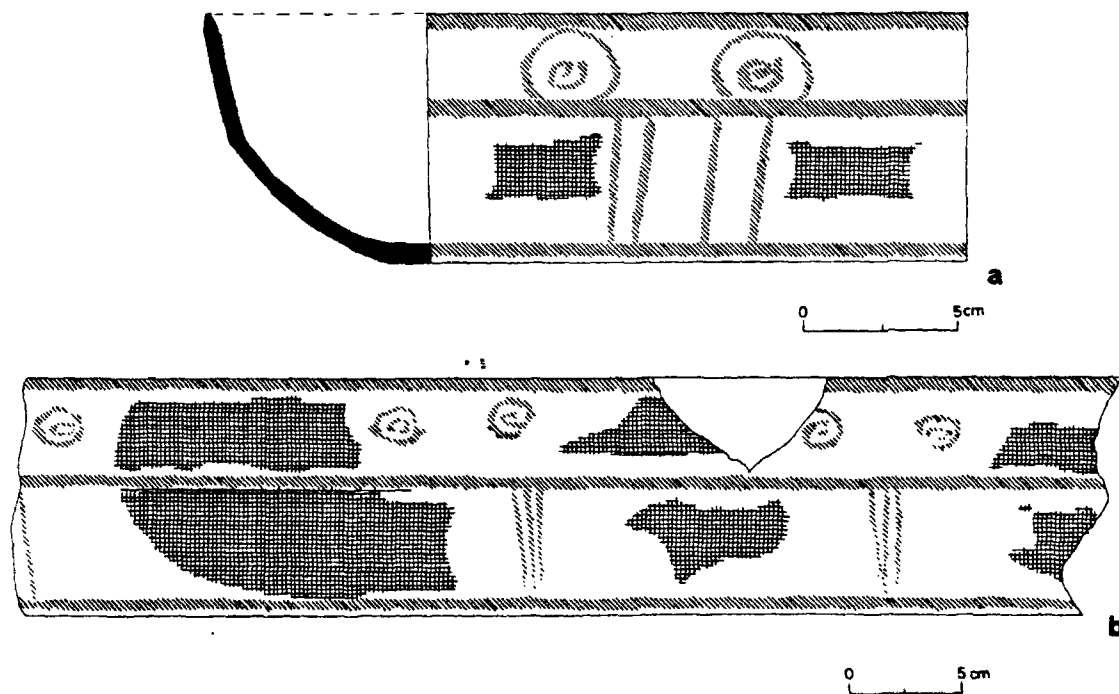


Fig. 64: Tipo Jello Rojo sobre Crema: desarrollo de los diseños relacionados con cuencos de silueta compuesta.

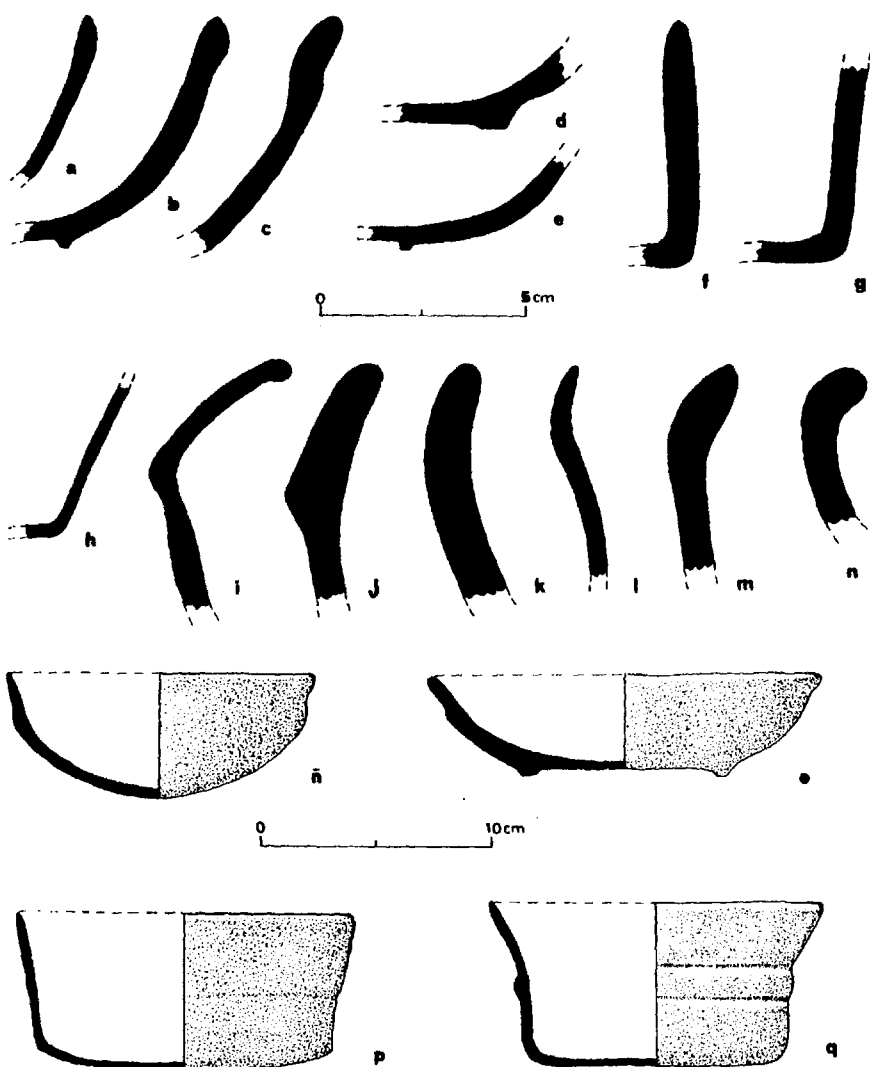


Fig. 65: TIPO WECH NEGRO LISO: cuencos de silueta compuesta (a-e, ñ-p); cuencos rectos (f-h); vasijas semiglobulares (i-n)
TIPO WECH NEGRO ACANALADO (q).

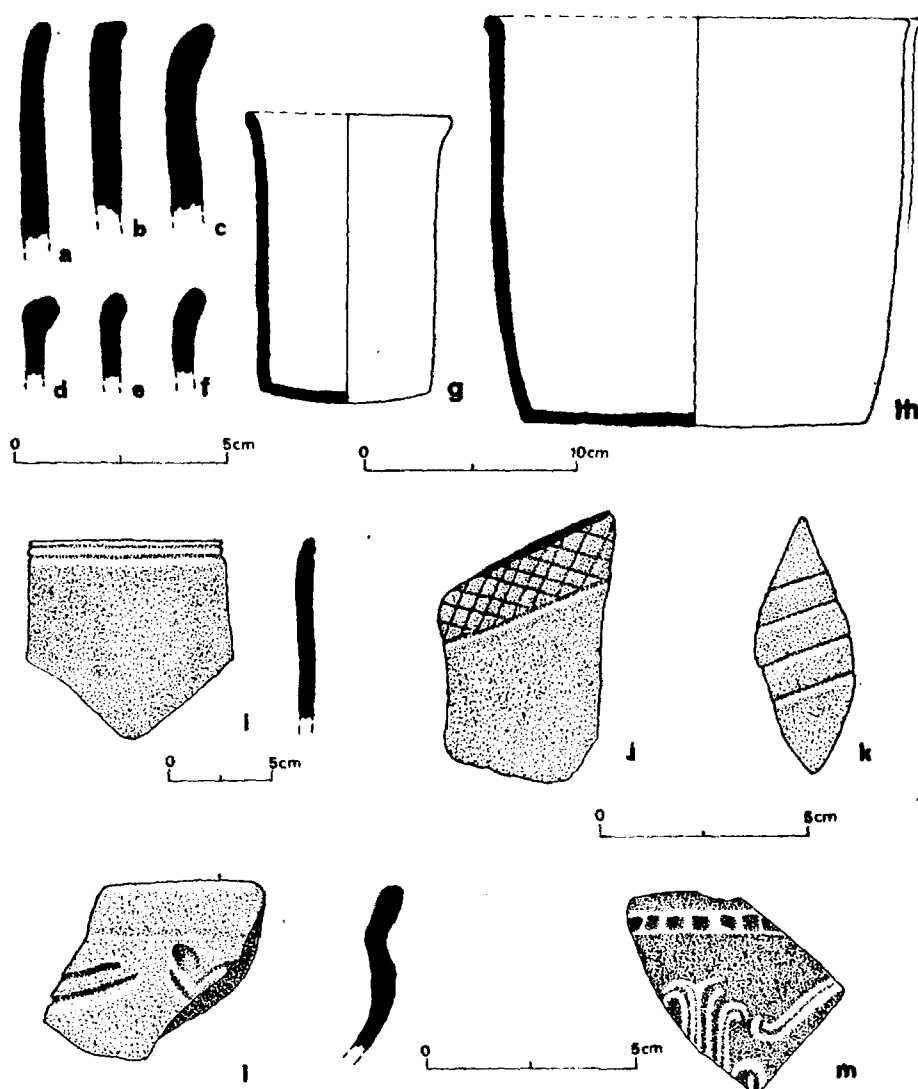


Fig. 66: TIPO S. JUAN PLOMIZO LISO: (a-h) vasos profundos; (i-k) TIPO S. JUAN PLOMIZO INCISO; (m) TIPO S. JUAN PLOMIZO EXCISO

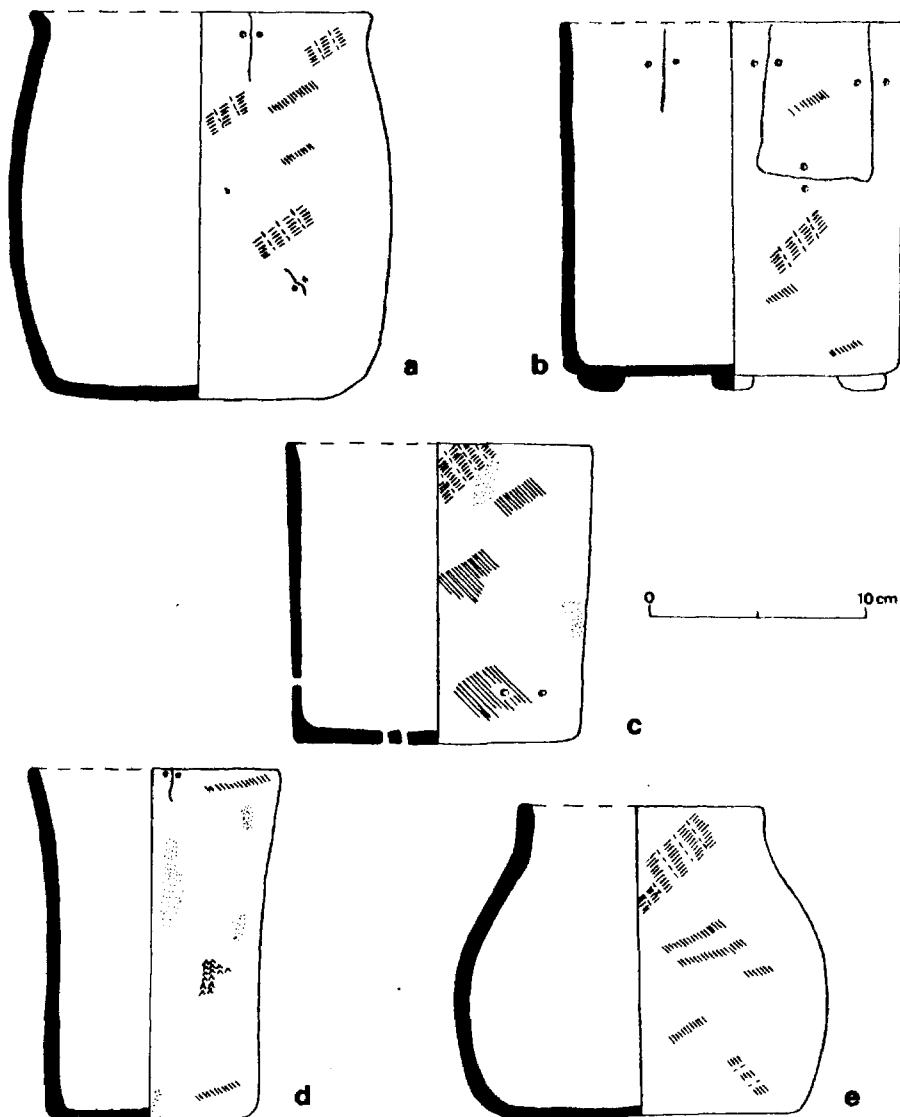


Fig. 67: TIPO XIBAL NEGRO ESTUCADO: (a-d) vasos; (e) forma semejante a un tecomate.

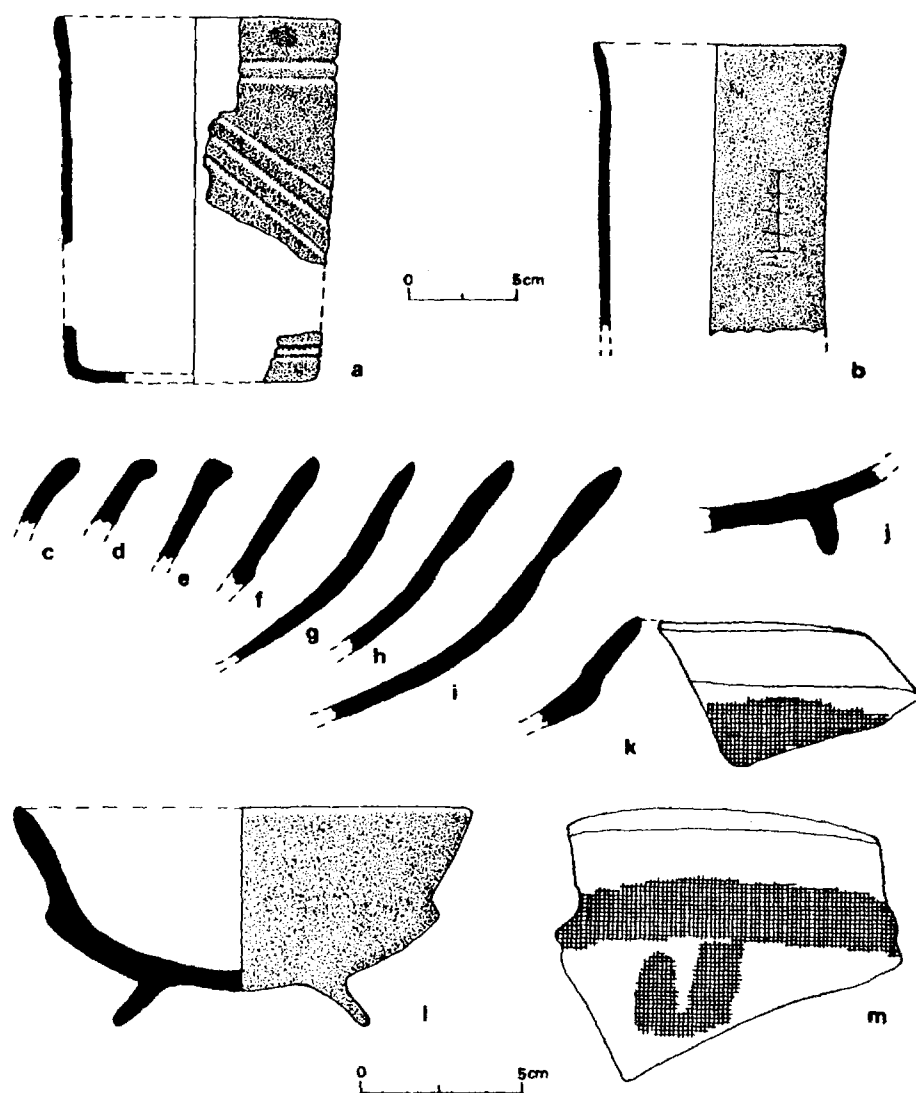


Fig. 68: TIPO ZOZOT ROJO MARRUECOS ACANALADO. (a); TIPO ZOZOT ROJO MARRUECOS INCISO (b); TIPO CHEMALA ROJO PULIDO LISO: cuencos de silueta compuesta (c-m).

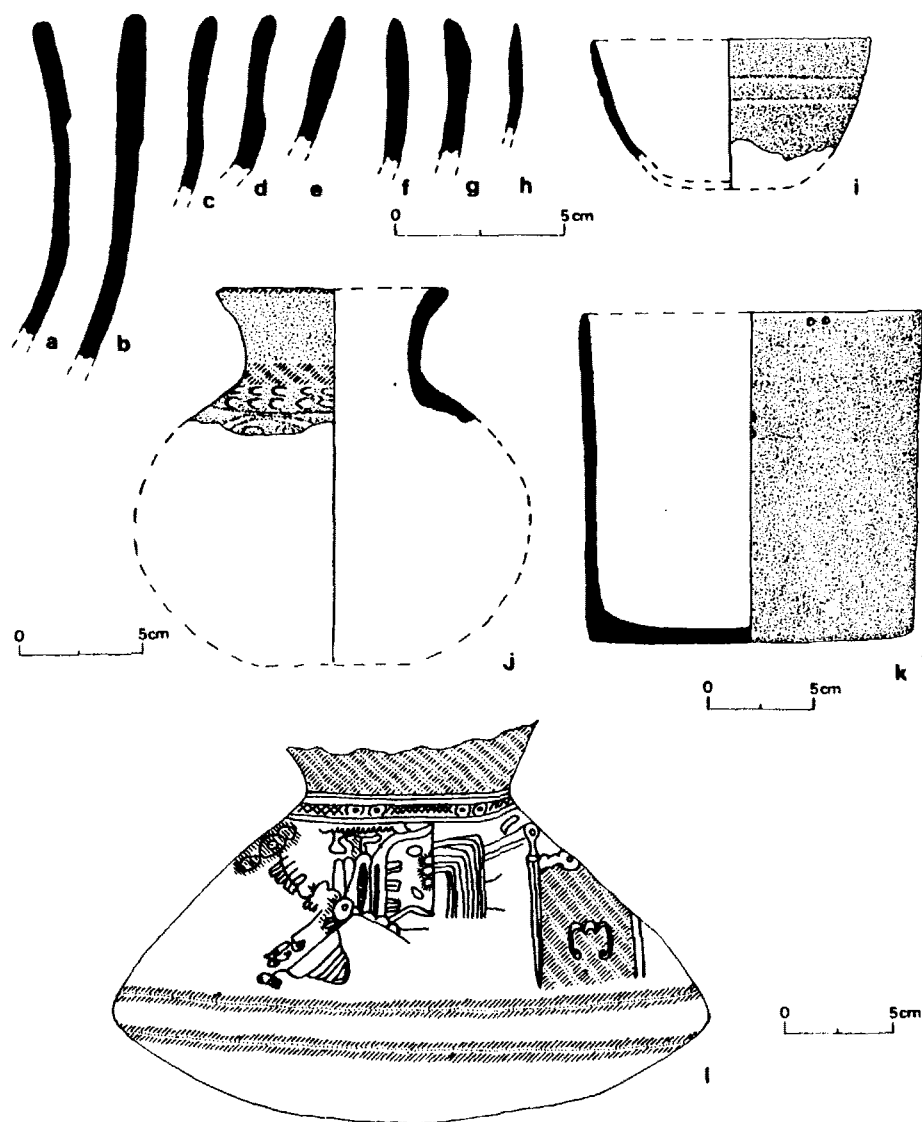


Fig. 69: TIPO TZIC NEGRO-MARRON LISO (a-h); TIPO TZIC NEGRO-MARRON ACANALADO (i); TIPO TIQUISATE INCISO (j); TIPO UMAL ROJO FINO (k); TIPO SAXCHE POLICROMO (l).

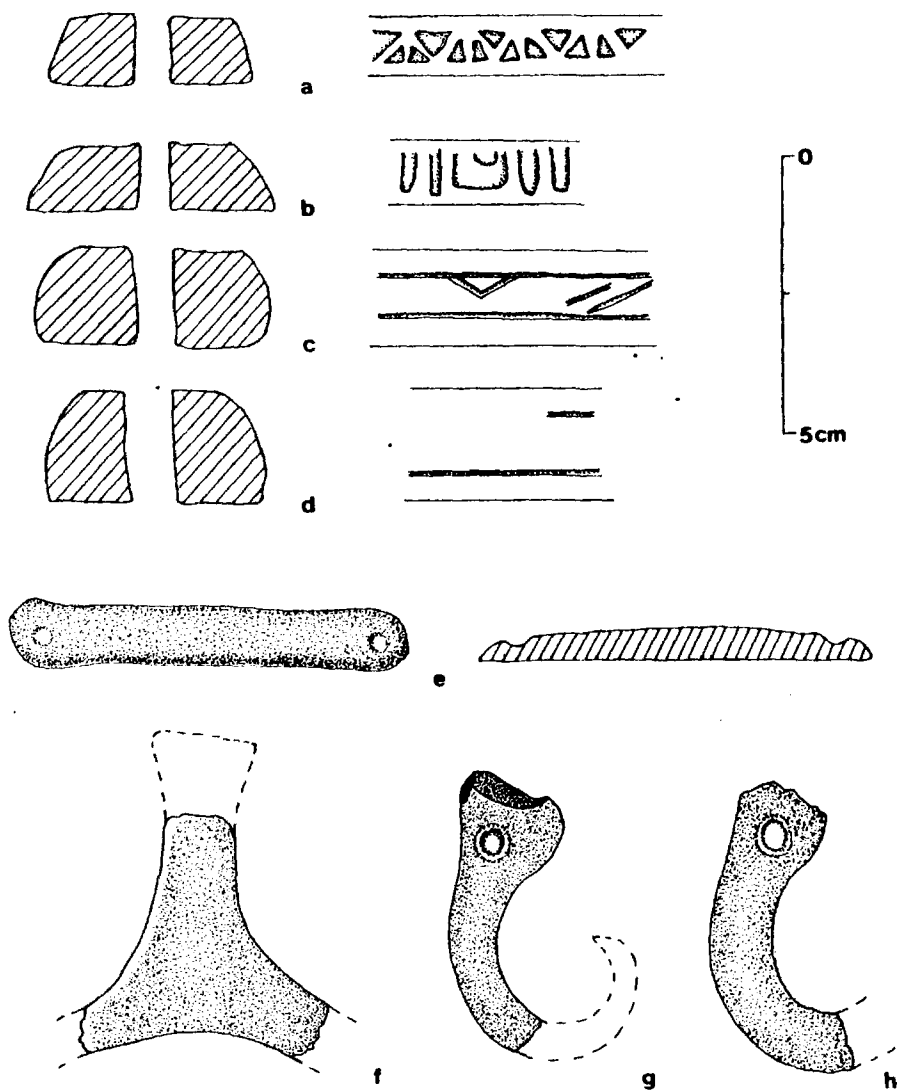


Fig. 70: ARTEFACTOS DE CERAMICA: (a-d) malacates; (e) separador; (f) separador de cerámica; (g-h) pendientes (?).

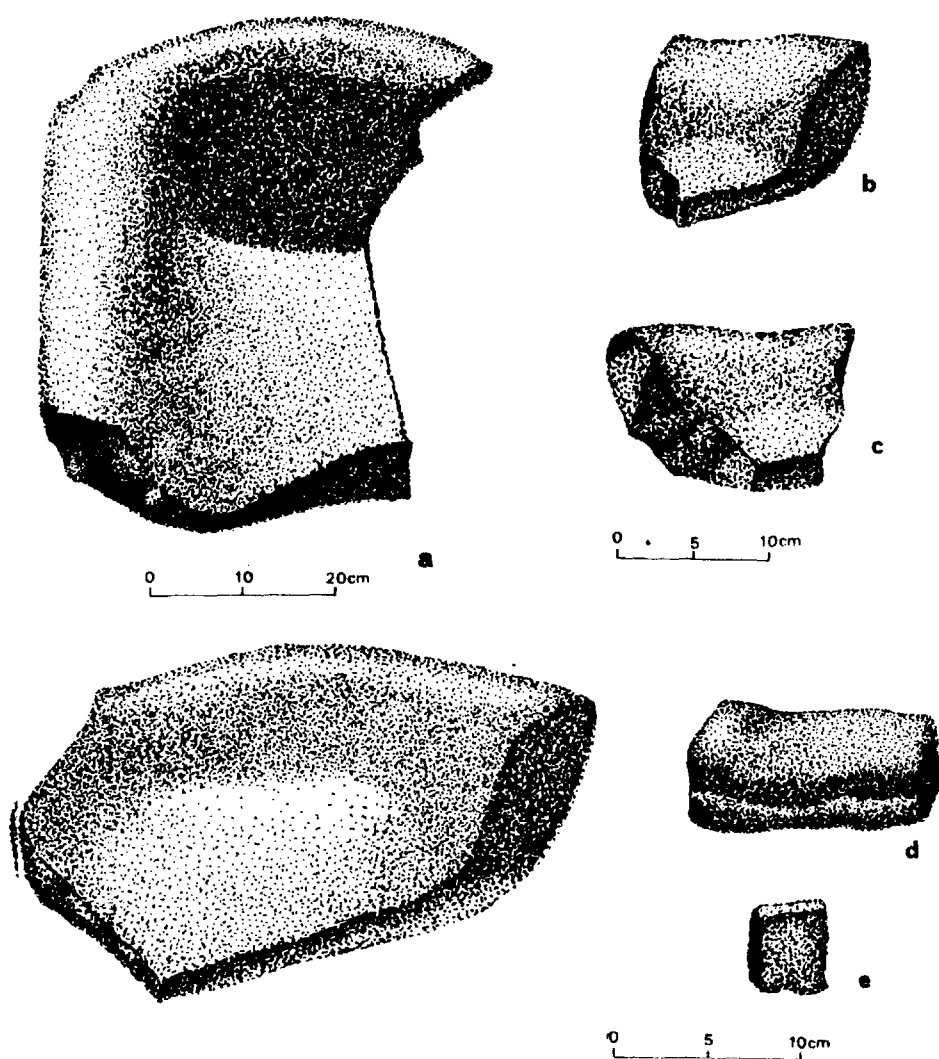


Fig. 71: METATES SIN PATAS: (a-c) losa cóncava; (d-e) losa plana.

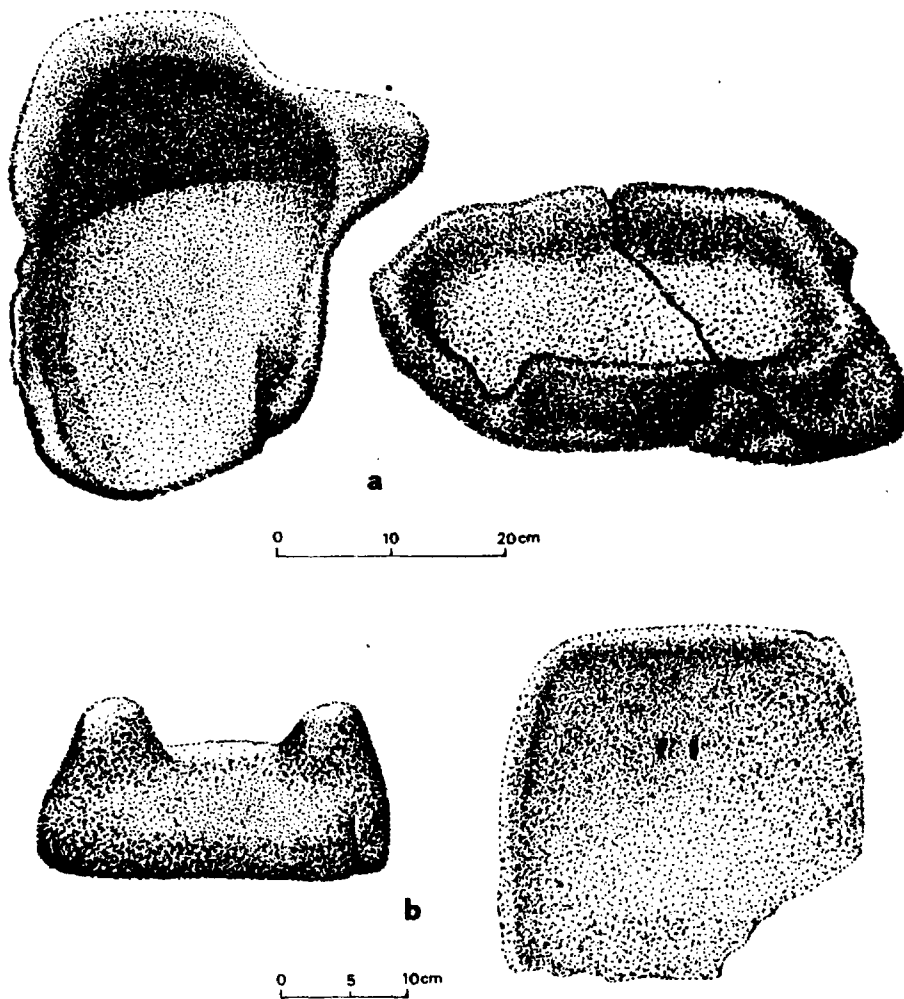


Fig. 72: METATES SIN PATAS (a); METATE CON PATAS: losa plana (b).

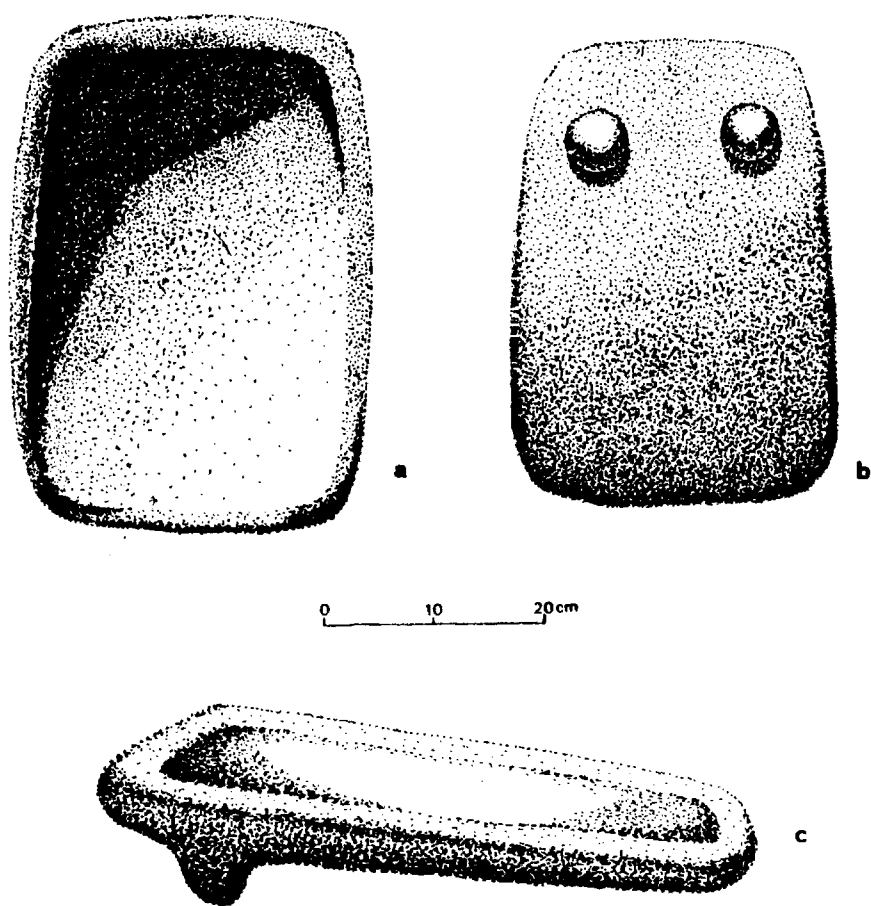


Fig. 73: METATES CON PATAS: losa cóncava (a-c).

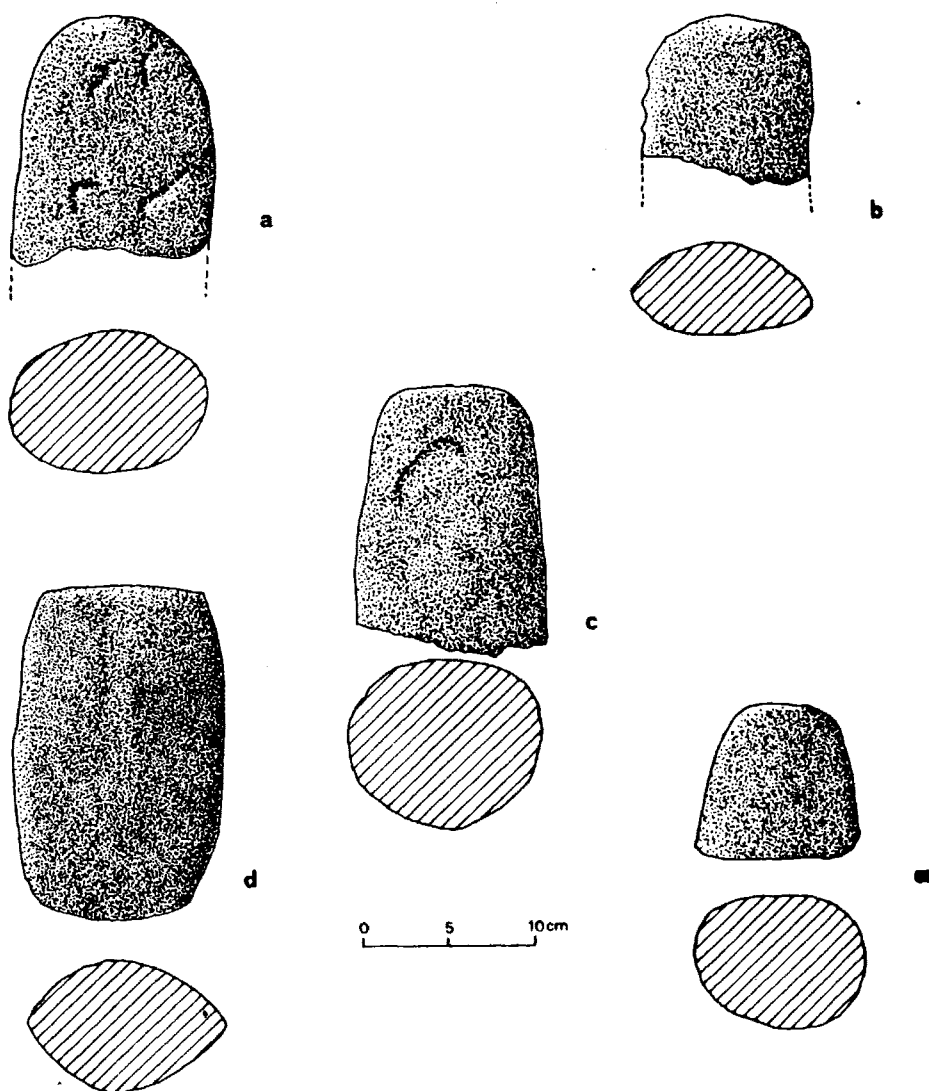


Fig. 74: MANOS: de sección oval (a-e).

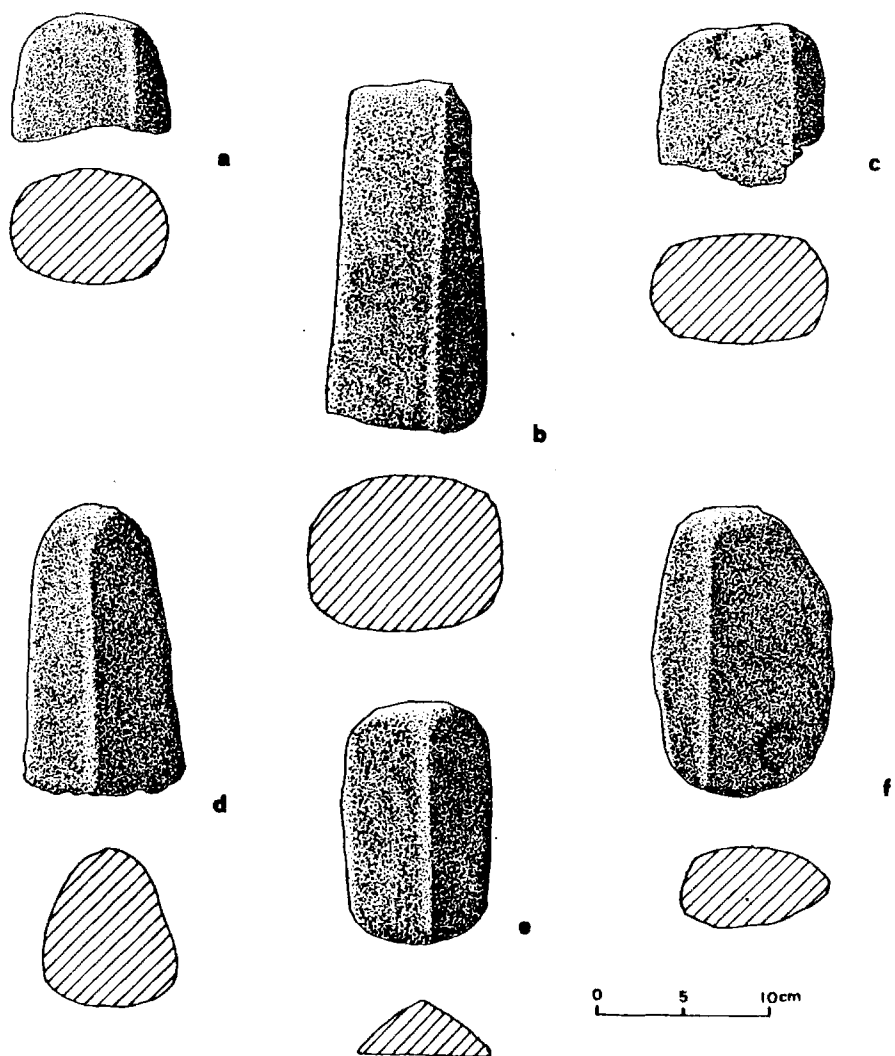


Fig. 75: MANDS: (a-c) de sección rectangular; (d-f) de sección triangular.

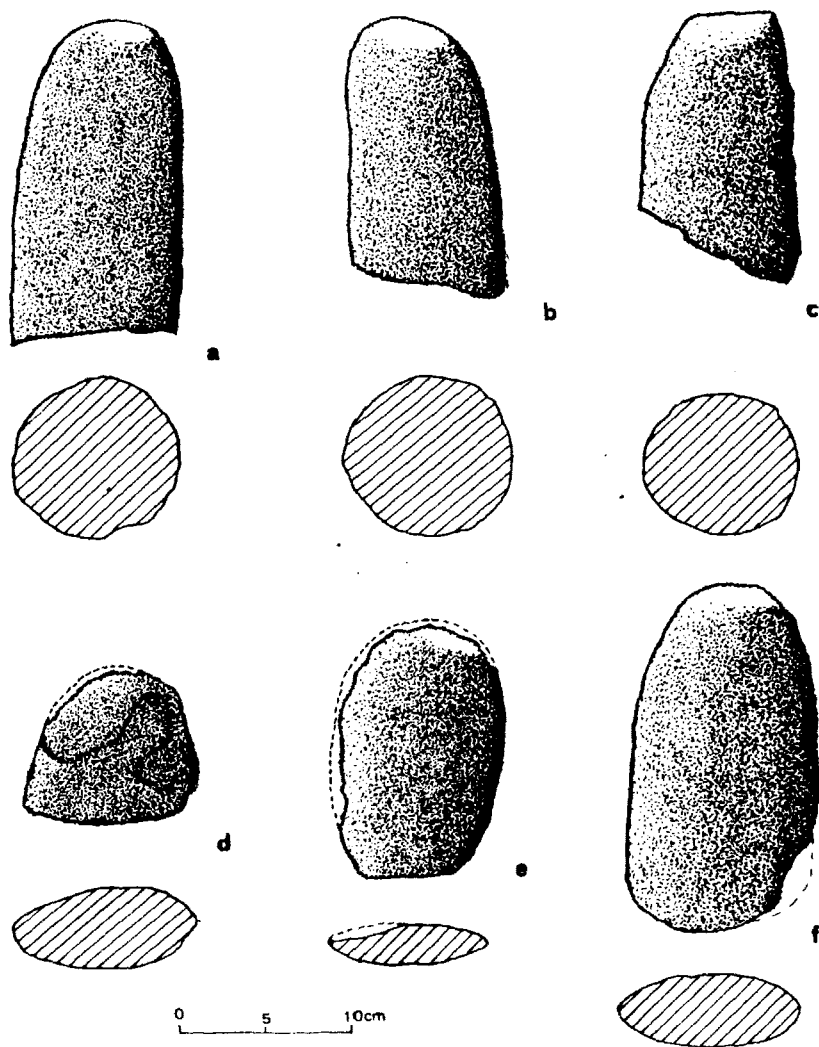


Fig. 76: MANOS: (a-c) de sección cilíndrica; (d-f) de sección elipsoidal.

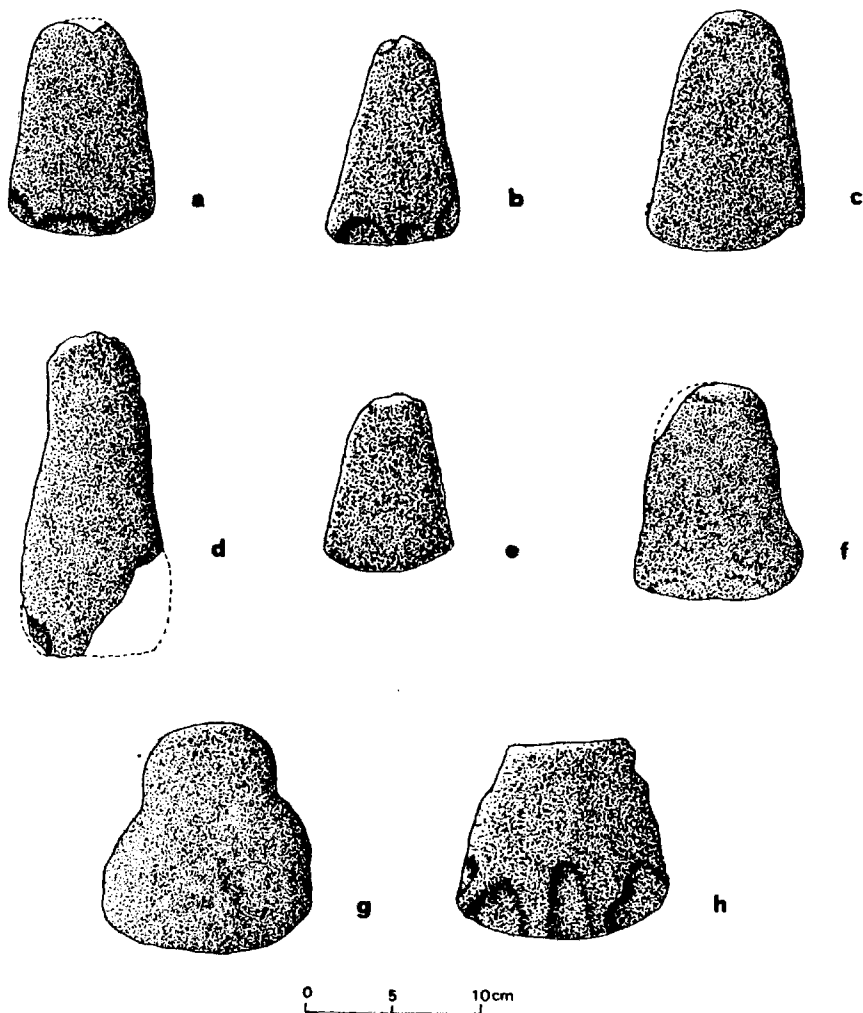


Fig. 77: MACHACADORES: (a-f) lisos; (g-h) con estrechamiento.

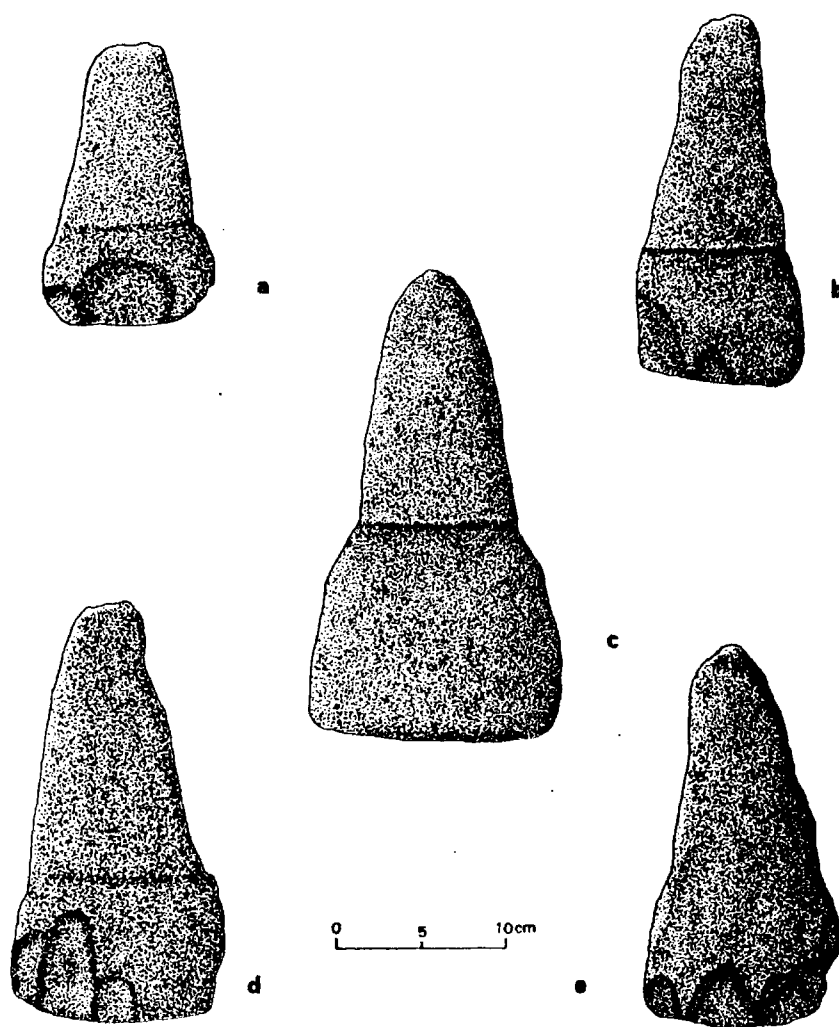


Fig. 78: MACHACADORES: con estrechamiento (a-e).

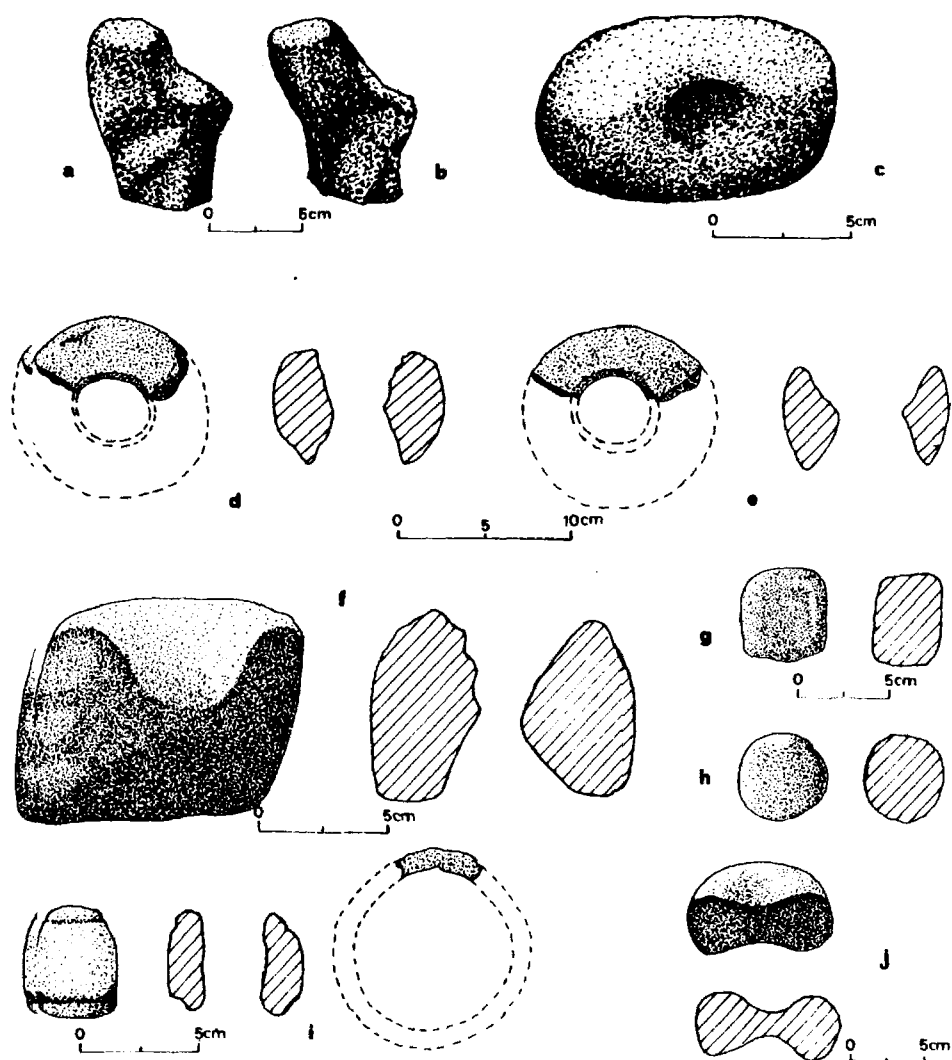


Fig. 79: ARTEFACTOS DE PIEDRA: (a-c) morteros; (d-f, i-j) piedras perforadas; (g) martillo; (h) pelota.

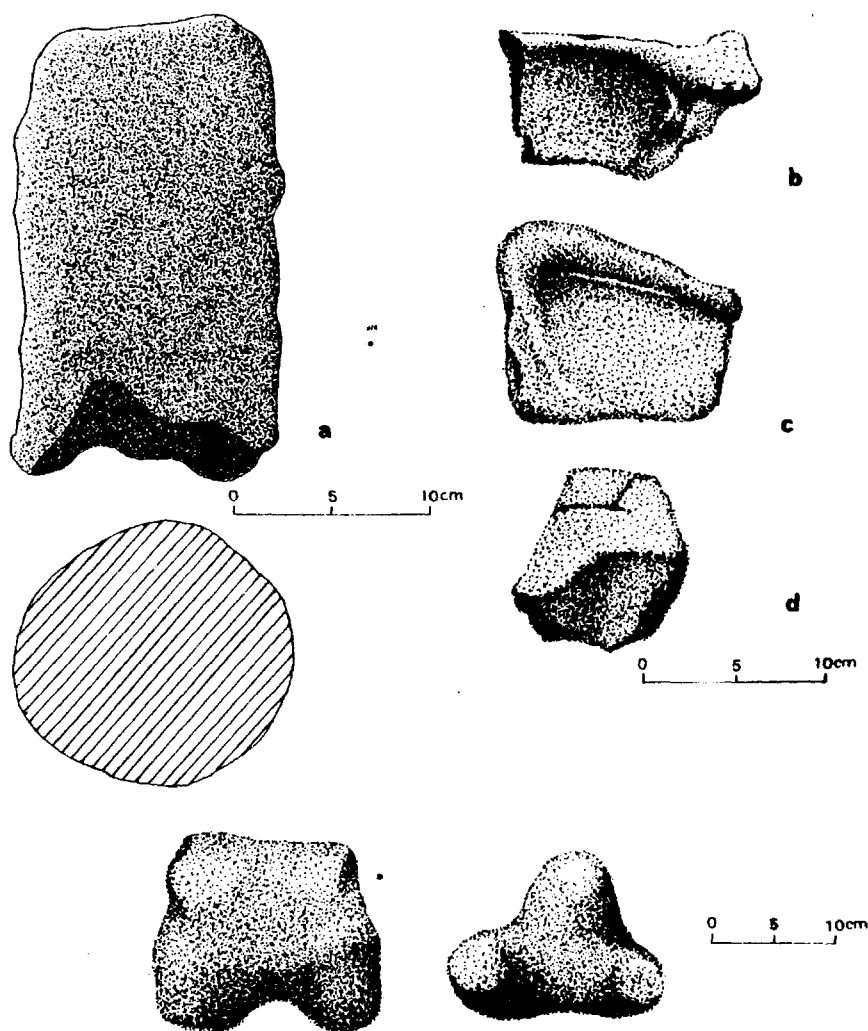


fig. 80: ARTEFACTOS DE PIEDRA: (a) cilindro; (b-d) afiladores; (e) piedra-hongo.

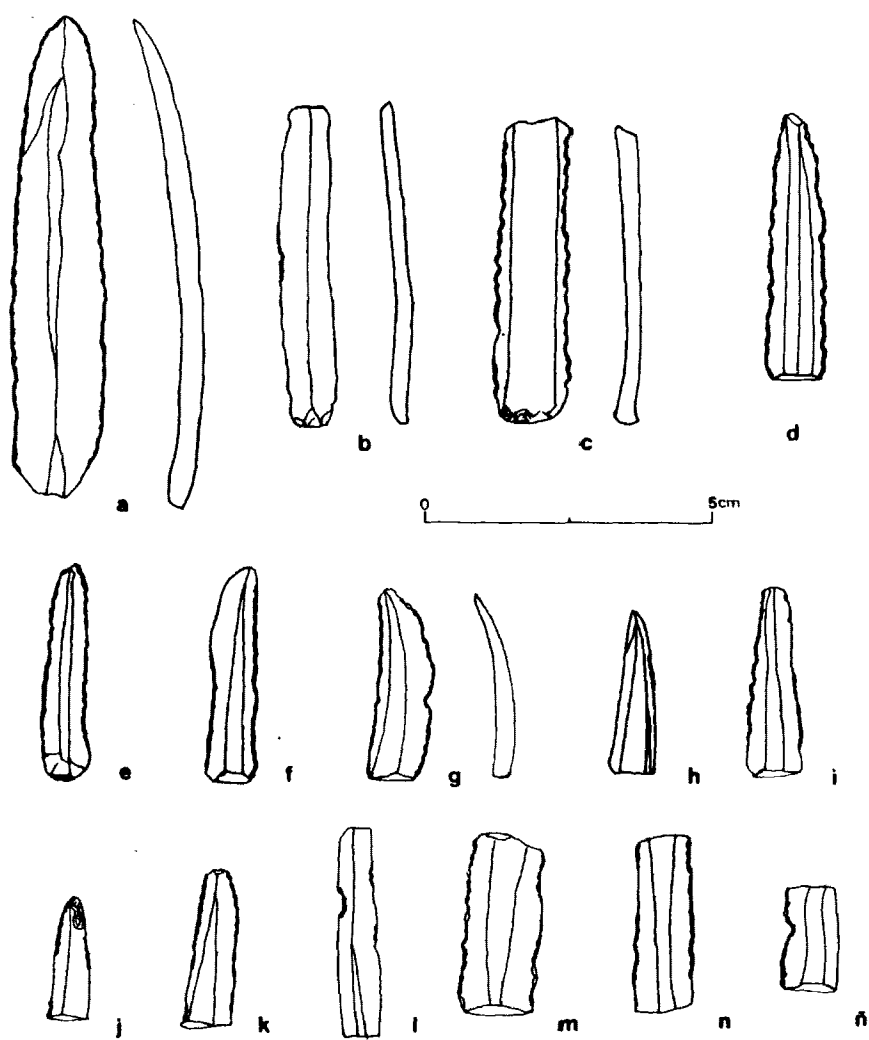


Fig. 81: ARTEFACTOS DE OBSIDIANA: (a-ñ) cuchillas prismáticas con retoque.

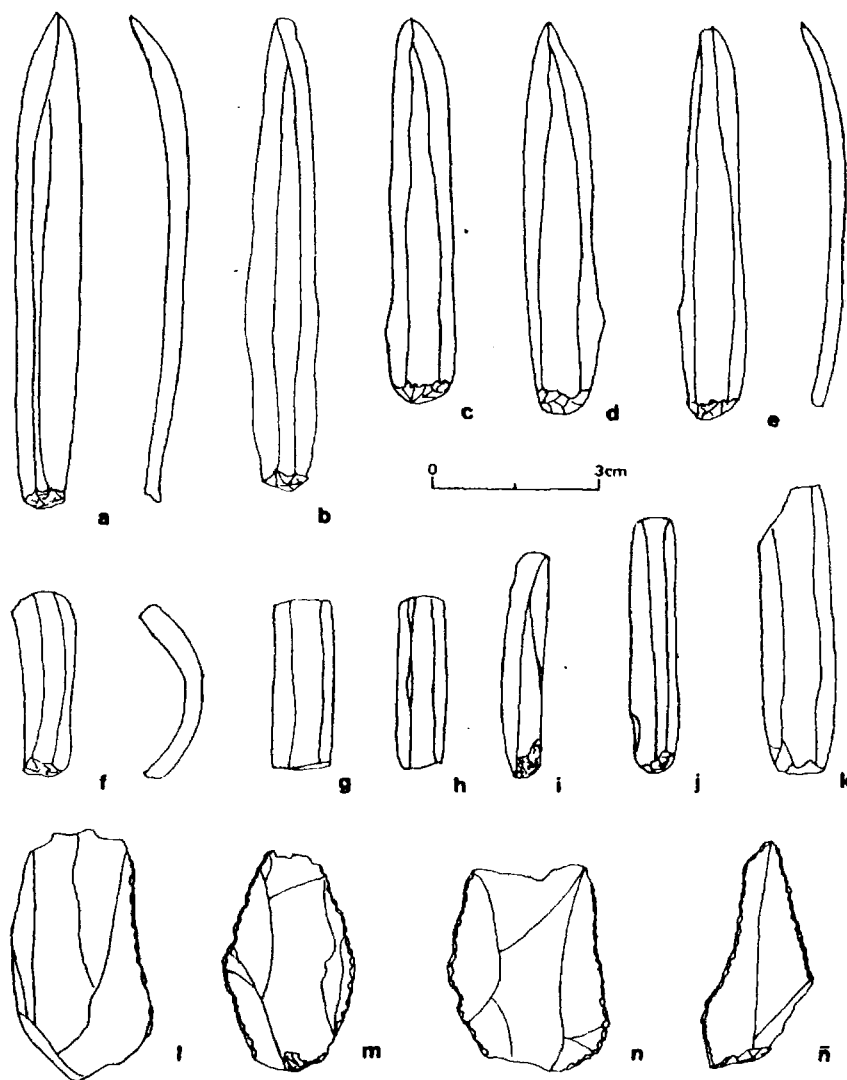


Fig. 82: ARTEFACTOS DE OBSIDIANA: (a-k) cuchillas prismáticas sin retoque; (l-ñ) hojas con retoque.

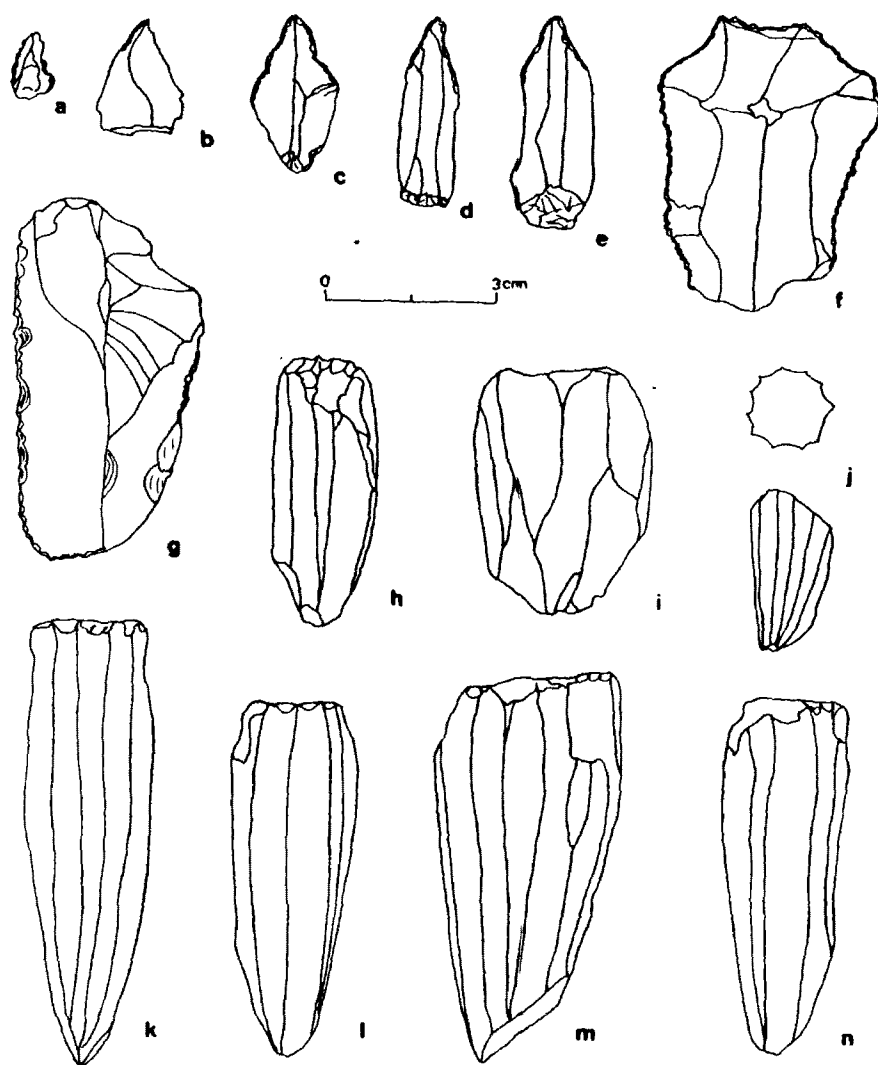


Fig. 83: ARTEFACTOS DE OBSIDIANA: (a-b) puntas de flecha; (c-e) perforadores; (f) raedera; (g) cuchillo; (h-n) núcleos poliédricos.

Fig. 84: Clave para descifrar los símbolos incluidos en el plano de los enterramientos comprendidos en el cementerio descubierto en Agua Tibia:

☉ Cráneo	☪ Vasos
Huesos largos	☪ Fragmento de vasija polifroma
∨ Huesos cortos	☪ Fragmentos de formas del tipo Bulux Rojo
∩ Mandíbula	• Malacate
.. Dientes	☪ Metate
▨ Losa de piedra	☪ Machacador
○ Cuencos	☪ Carita de pómez
⊙ Cuencos	☪ Pájaro silbato
☪ Vasija zapato	
/// Pintura roja (cinabrio)	

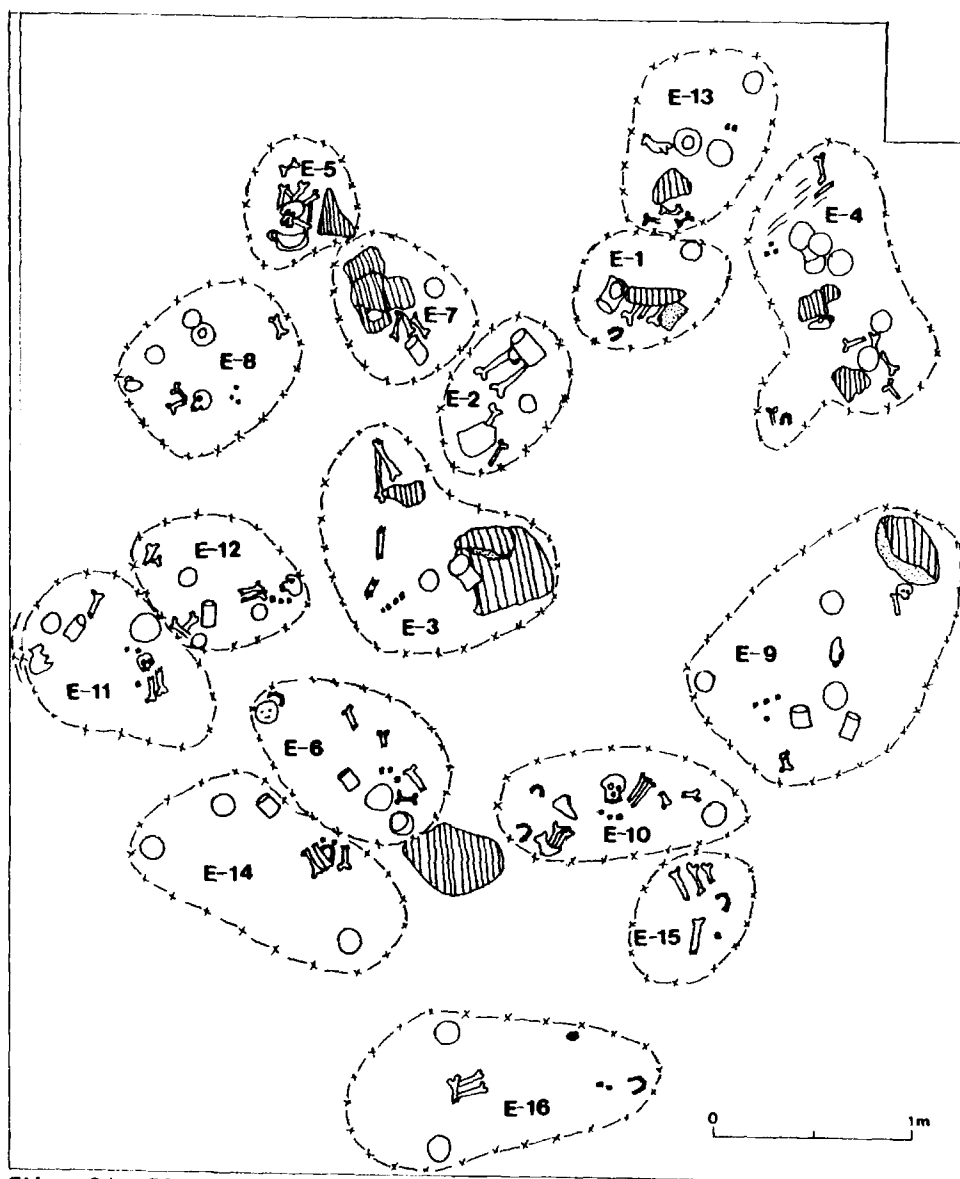


Fig. 84: Plano de los enterramientos comprendidos en el cementerio.



a



b

LAM. I: (a) Vista panorámica del valle de Totonicapán; (b) Vista " del cerro que domina el yacimiento Agua Tibia.

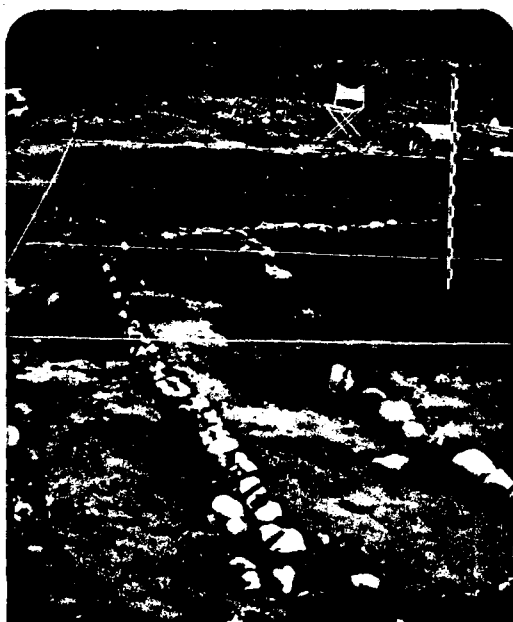


a

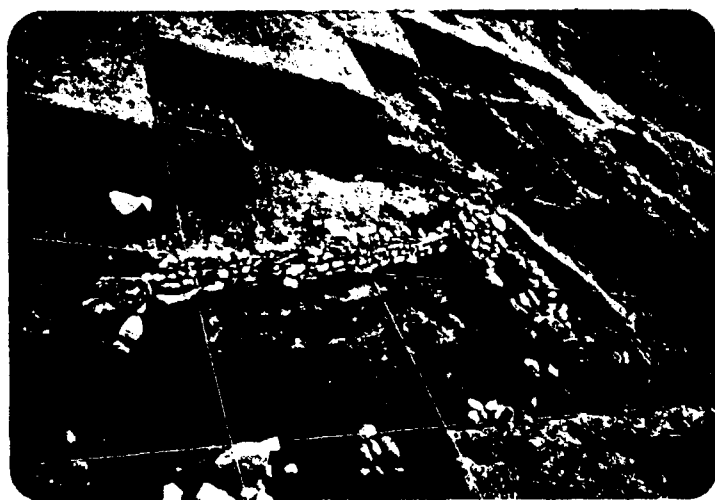


b

LAM. II: (a) Restos de viga de madera del pozo A-12; (b) Capa de piedra pómez que indica la presencia de una construcción.

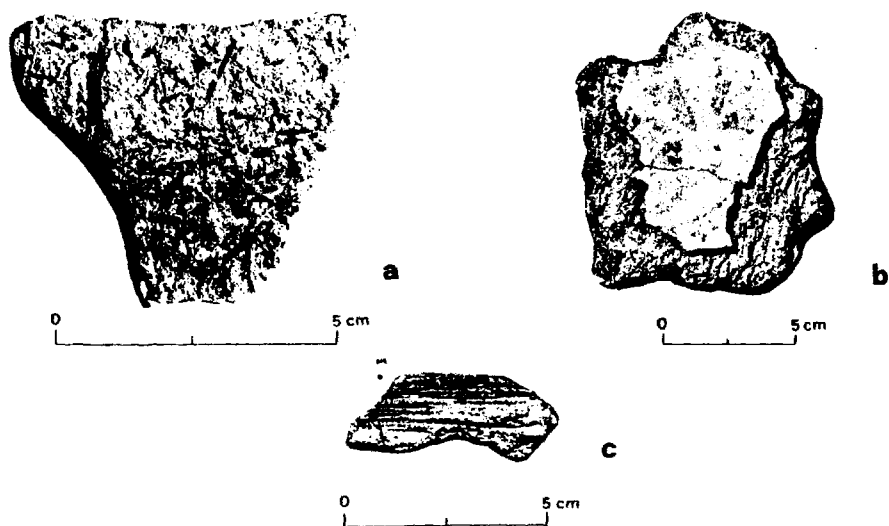


a



b

LAM. III: (a) Cimiento y paredes de la casa nº 1; (b) Vista general de la vivienda nº 2.



LAM. IV: (a-c) Fragmentos de enlucido; (d) Mitad sur de la casa nº 2.



a

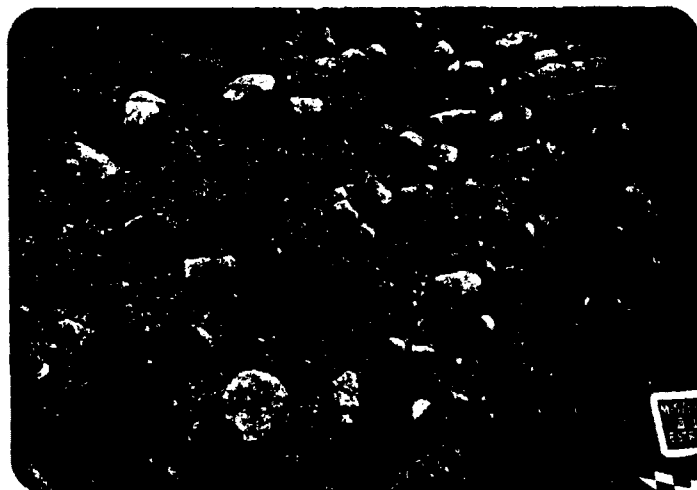


b

LAM. V: (a) Construcción de forma elipsoidal interpretada como un altar; (b) Tierra quemada que forma parte del cimiento de la casa nº 2.



a



b

LAM. VI: (a) Detalle del muro sur de la vivienda nº 2; (b) Pared de piedra pómez caída perteneciente a la casa nº 2.

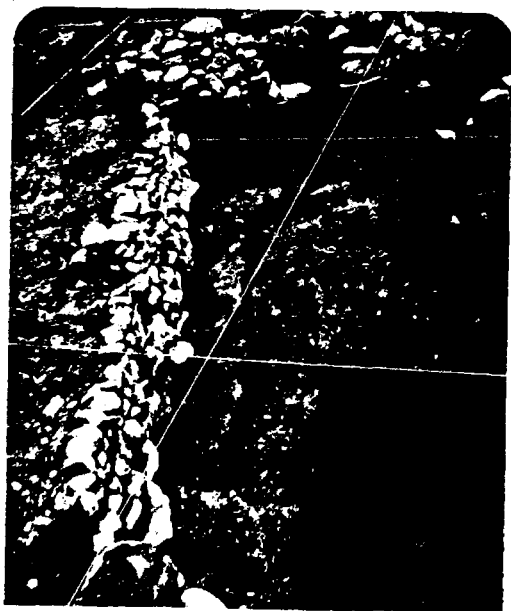


a



b

ILAM. VII: (a) Estrecho cimiento de piedra andesítica y pared de " piedra pómez de la vivienda nº 1; (b) Restos de la ofrenda nº 1.

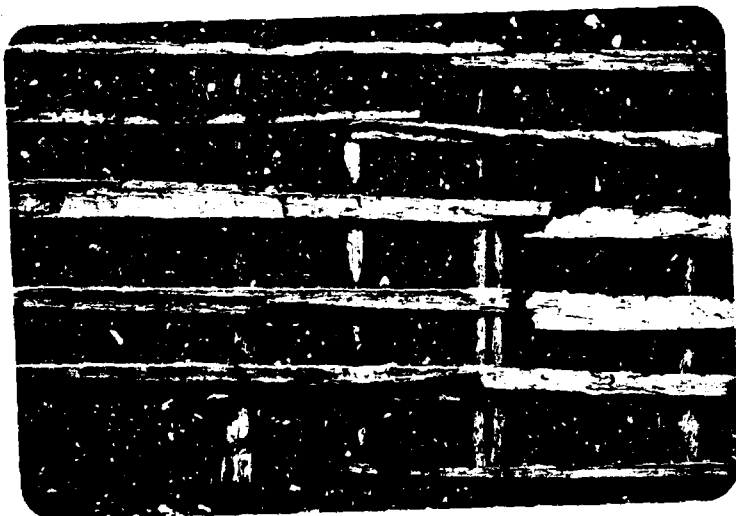


a



b

LAM. VIII: (a) Suelo de tierra apisonada y parcialmente quemada de la casa nº 2; (b) Vista de la vivienda nº 2 y su relación con respecto al horno abierto de cerámica.

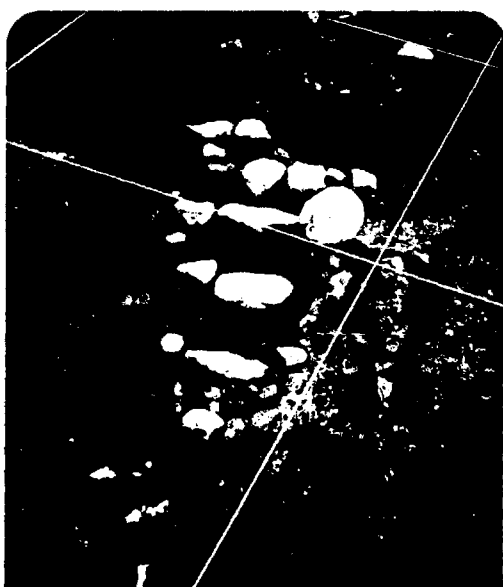


a



b

LAM. IX: (a) Detalle de una construcción actual del Altiplano;
 (b) Vivienda de los Altos Occidentales con techumbre de
 pajón.



a



b

LAM. X: Temazcal: (a) Entrada y zona de fuego; (b) Banqueta y pared enlucida.



a

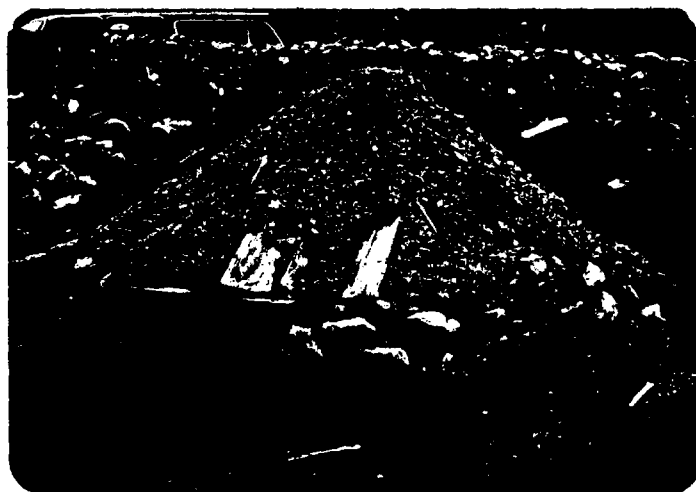


b

L.A.M. XI: Baños de vapor del Departamento de Totonicapán: (a) Can "tón Vázquez; (b) Santa María Chiquimula.

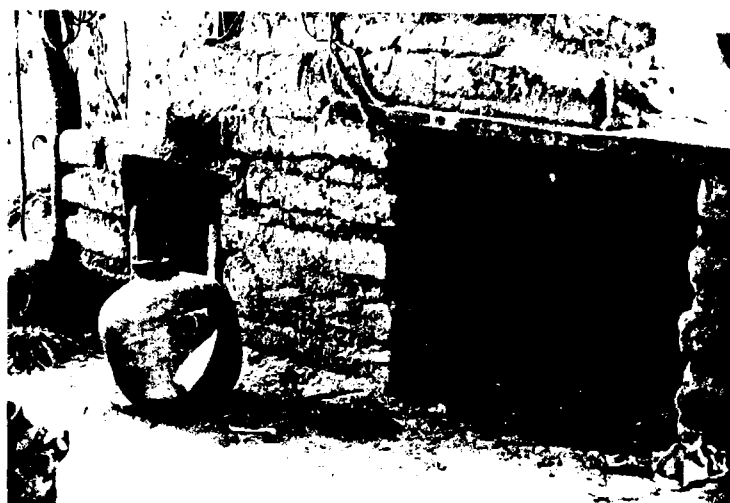


a



b

LAM. XII: Temazcales del Departamento de Huehuetenango: (a) Todos los Santos Cuchumatán; (b) Cantón Paquix.

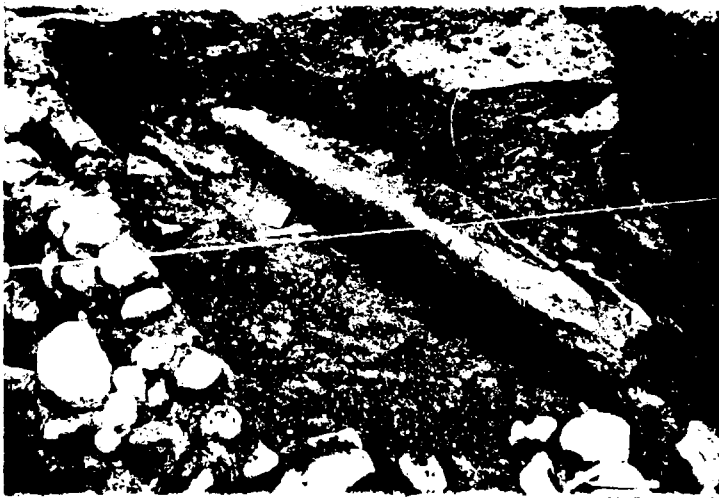


a



b

ILAM. XIII: Temazcales, localización de la zona de fuego: (a) Jun " to a la puerta; (b) en el interior.

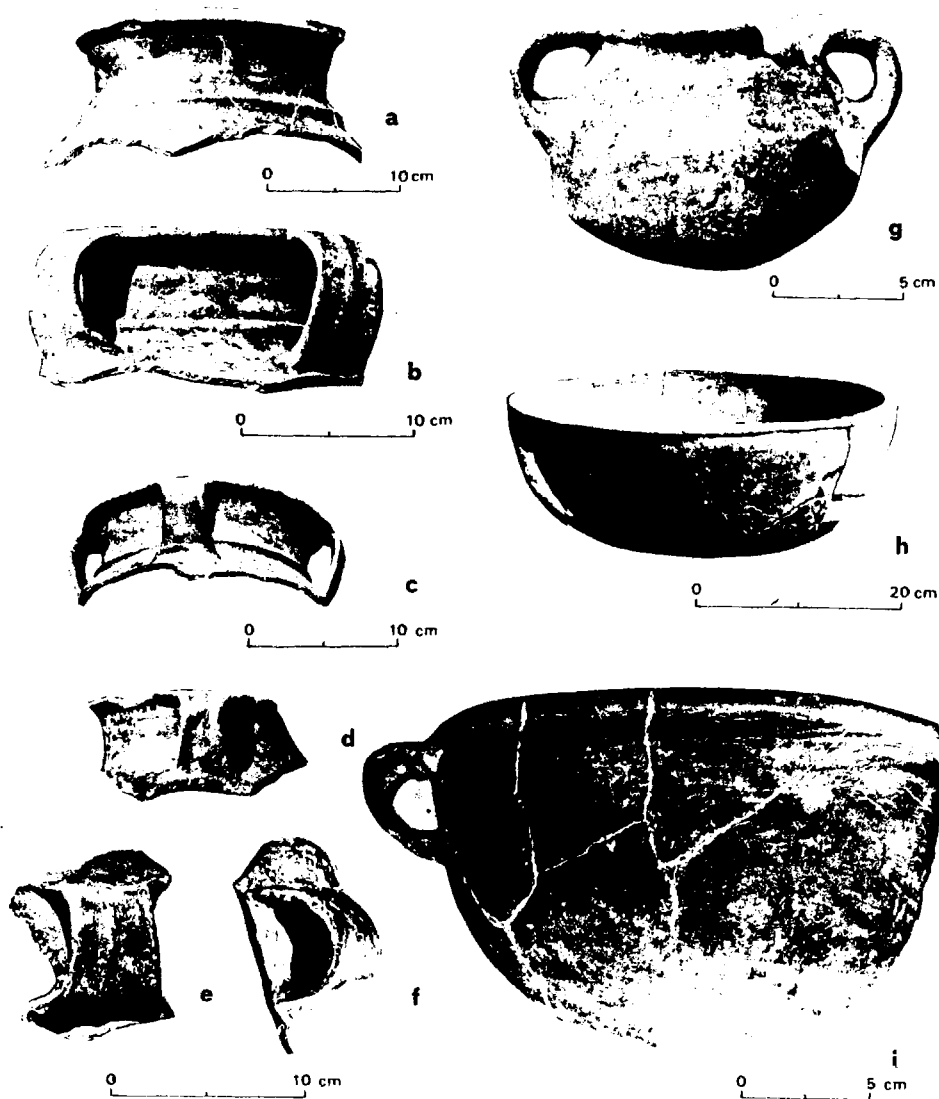


a

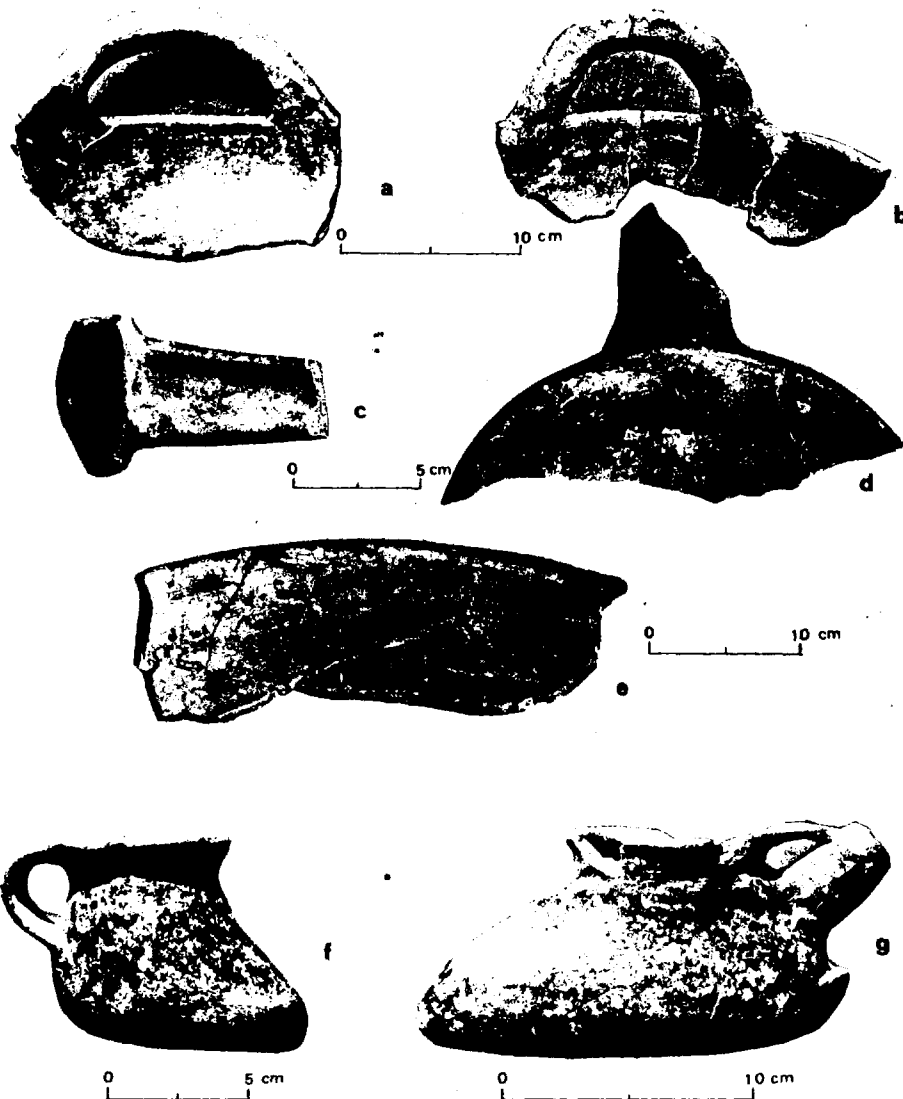


b

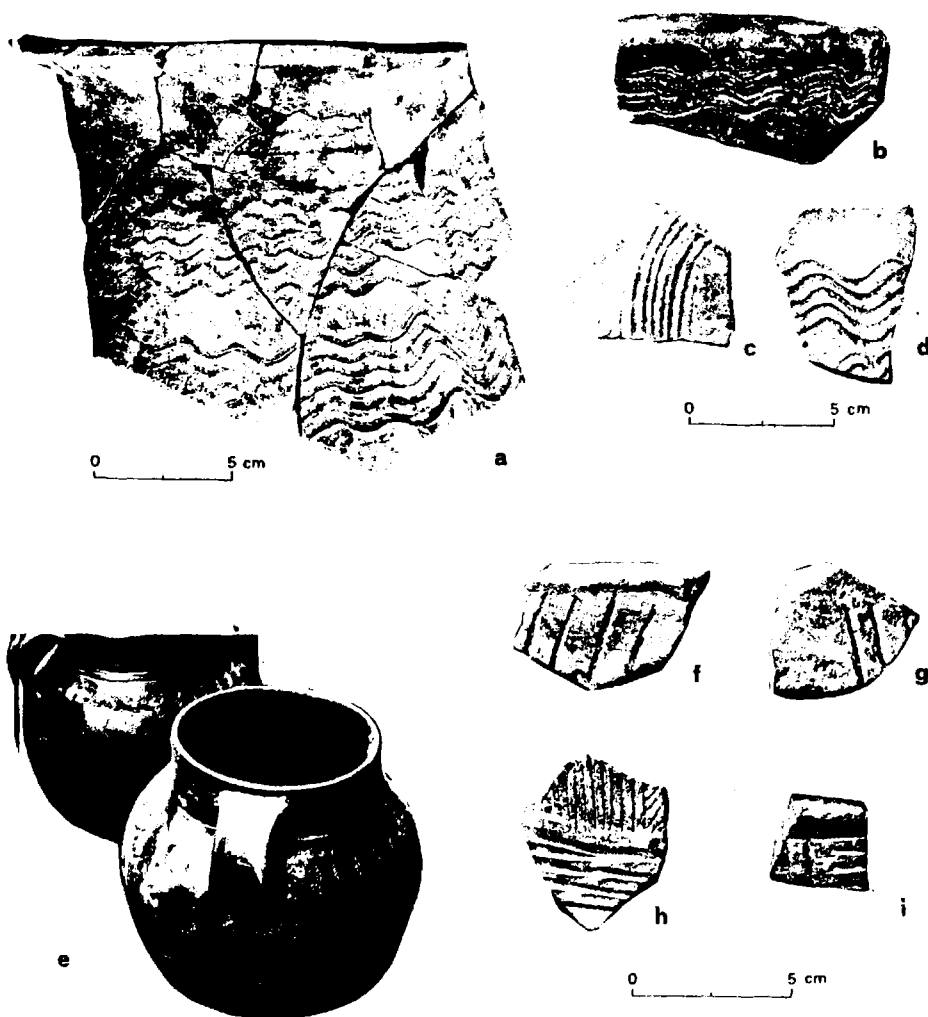
LAM. XIV: (a) Horno de cerámica en proceso de excavación; (b) Horno actual localizado en el Cantón Vázquez, Totonicapán.



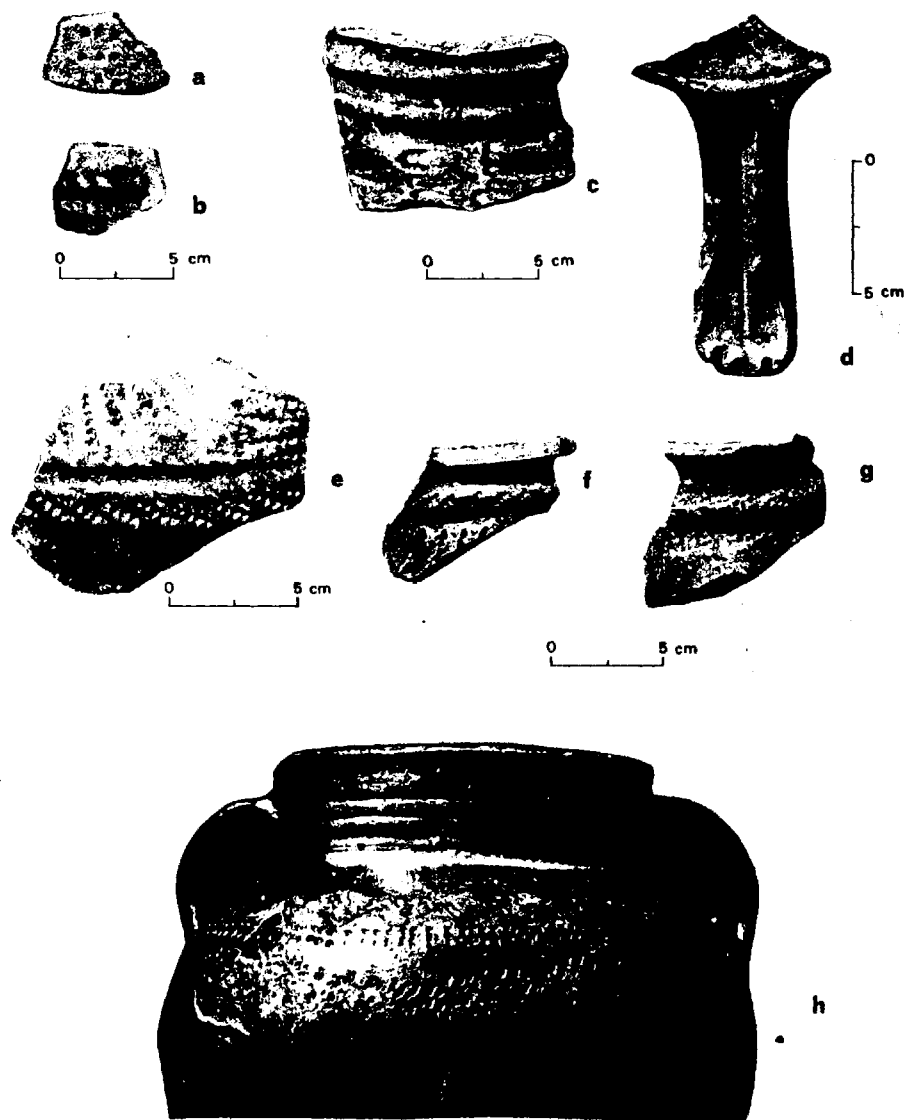
Lám. XV: TIPO BULUX ROJO LISO. (a-d) vasijas globulares con cuello; (e-f) asas faja; (g) vasija globular de cuello corto; (h-i) apasta.



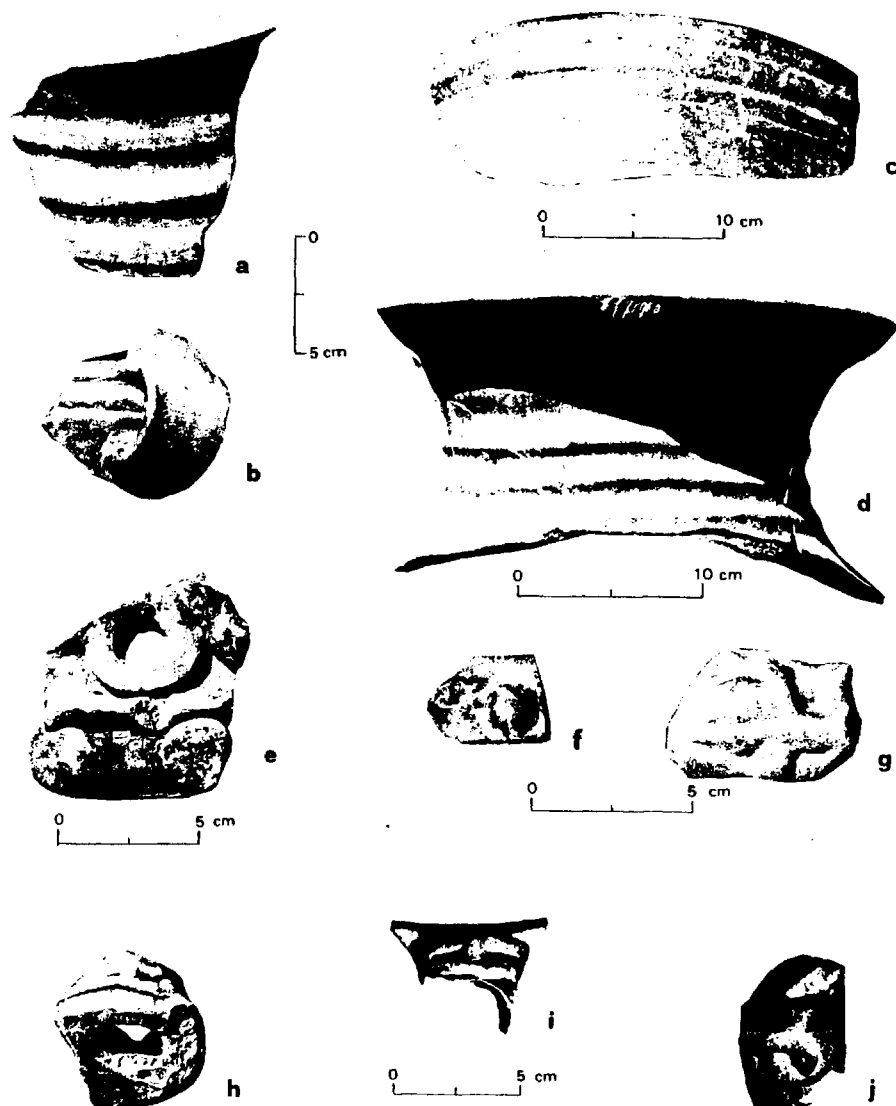
LAM. XVI: TIPO BULUX ROJO LISO. (a-b) comales; (c-d) incensarios-cucharón; (e) sartén; (f-g) vasijas-zapato.



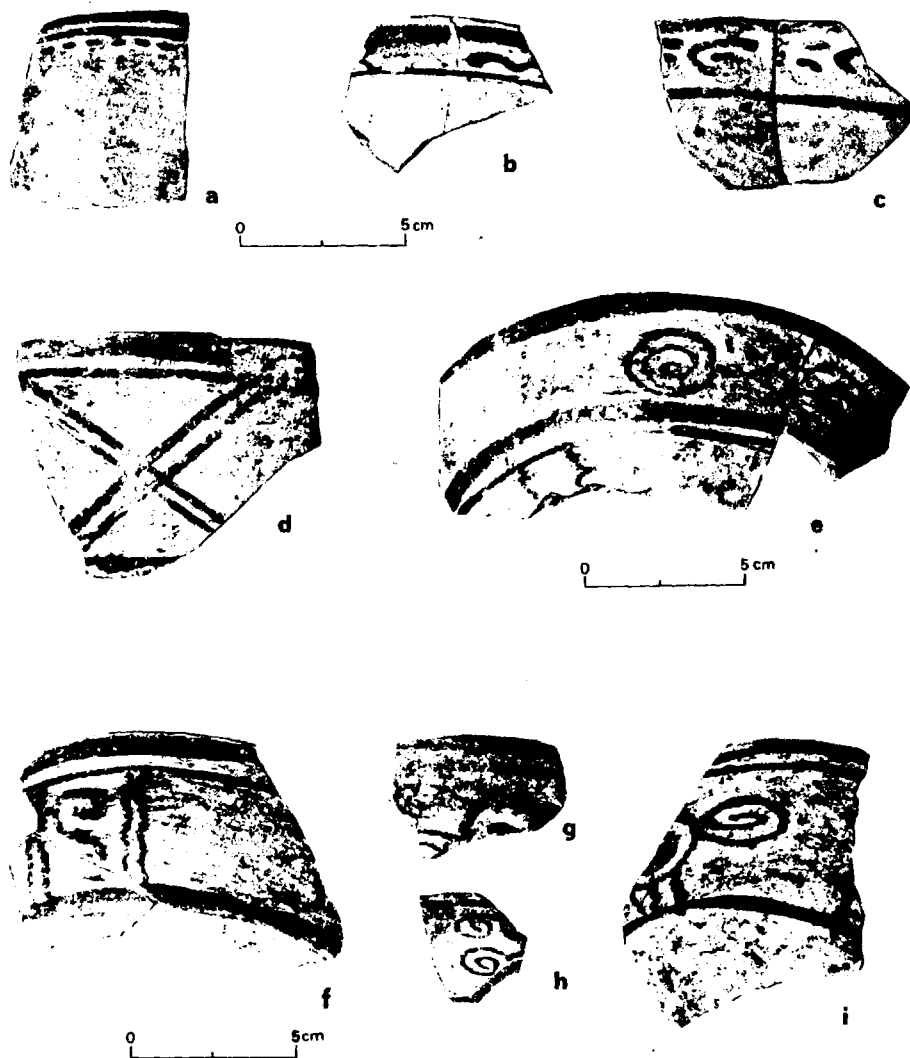
ILAM. XVII: TIPO BULUX ROJO INCISO. (a-d) Variedad Peinada; (e) va "
 sijas actuales de San Cristóbal Totonicapán; (f-i) va-
 riedad Geométrica.



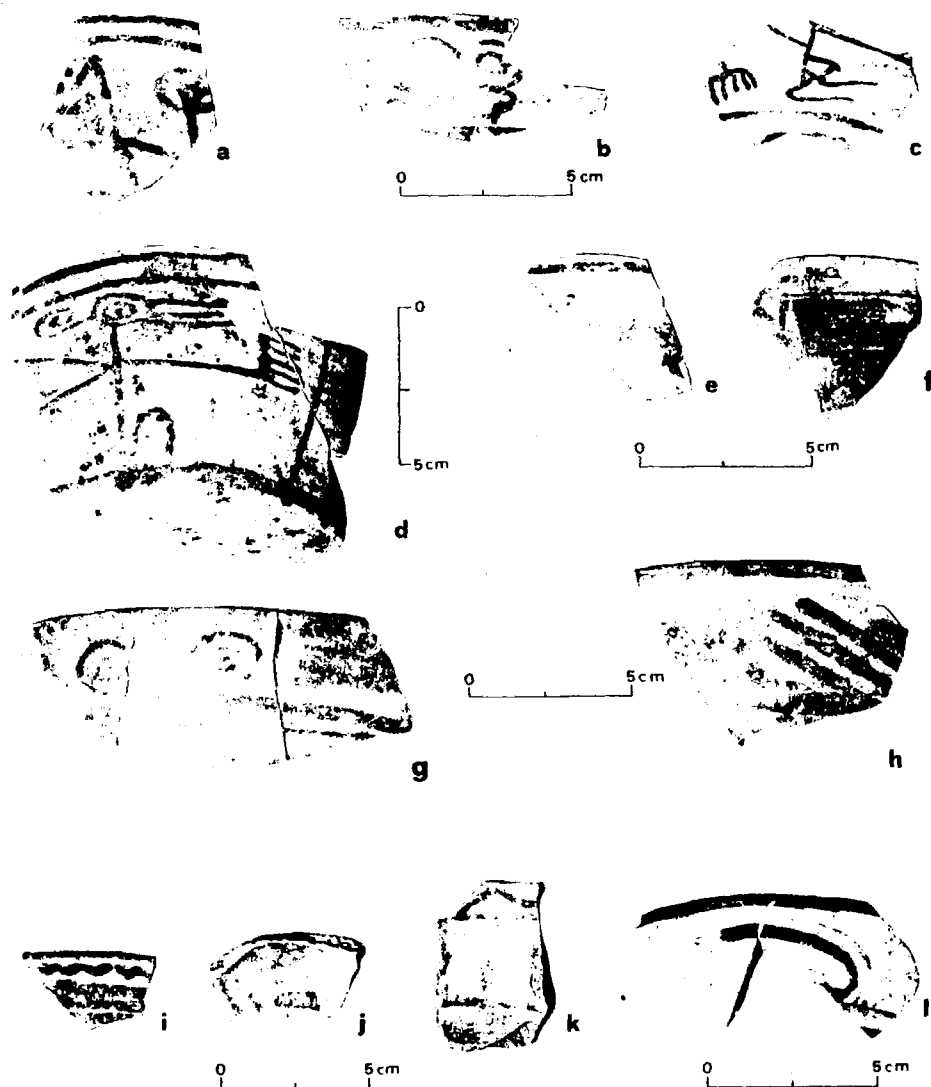
LAM. XVIII: TIPO BULUX ROJO IMPRESO. (a-g) Variedad Instrumento;
(h) vasija etnográfica procedente de San Cristóbal To
tonicapán.



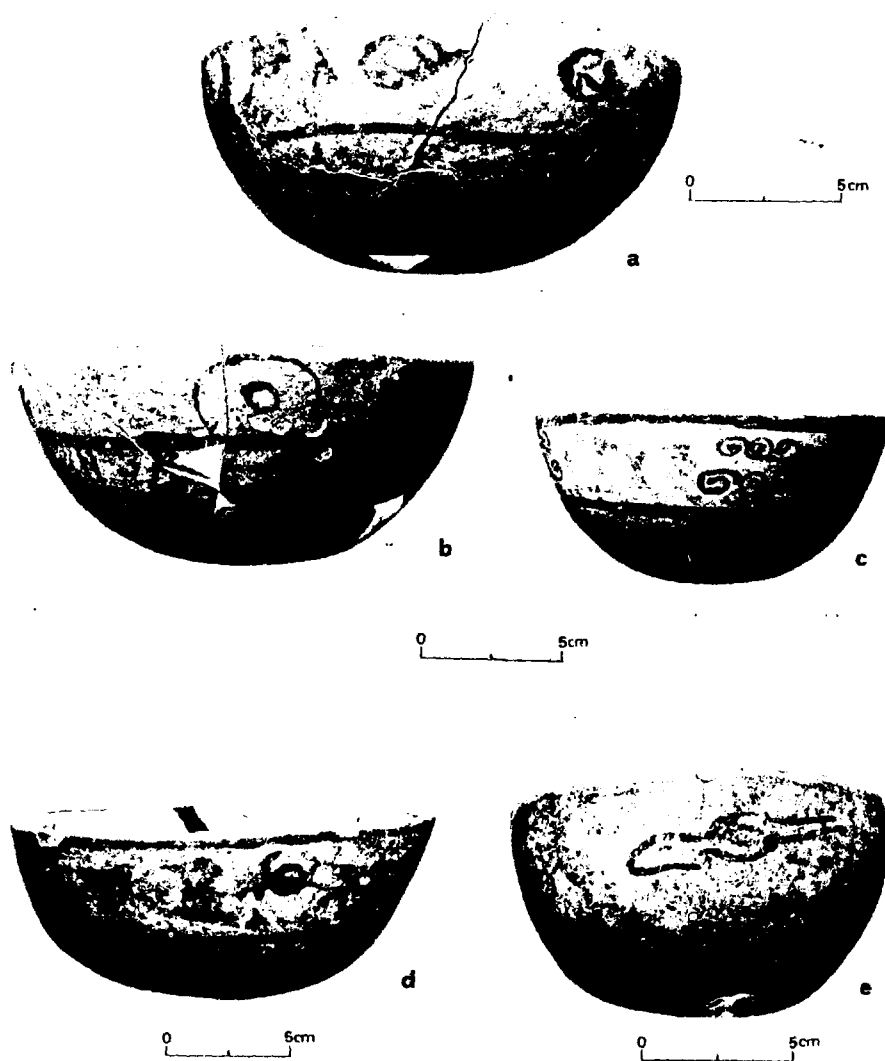
LLAM. XIX: TIPO BULUX ROJO ACANALADO. (a-b) vasijas con cuello; (c) cuenco. TIPO BULUX ROJO PASTILLAJE. (d) cántaro; (e) incensario de doble cámara; (f-g) varios; (h-j) mangos de incensario-cucharón.



LAM. XX. TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA. Diseños geométricos.



ILIAM. XXI: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: (a-b) motivos zoomorfos;
 (c-d) diseños antropomorfos; (e-h) pintura negativa;
 (i-l) motivos policromos.



LAM. XXII. TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: Diseños asociados a cuencos de paredes curvas.



0 5cm

a



0 5cm

b



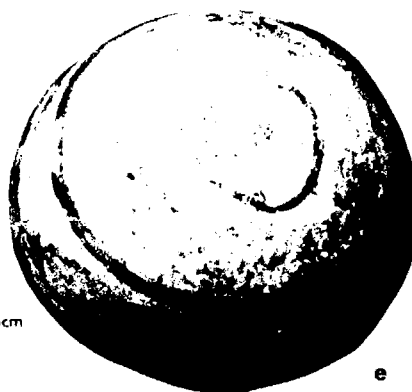
0 5cm

c



0 5cm

d



e

ILAM. XXIII. TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: Diseños relacionados con cuencos de paredes curvas.



a

0 5cm



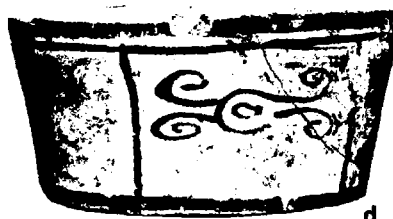
b

0 5cm



c

0 5cm



d

0 5cm



e

0 5cm



f

0 5cm

LAM. XXIV: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: Diseños asociados a cuencos de paredes rectas.



0 5cm



0 10cm



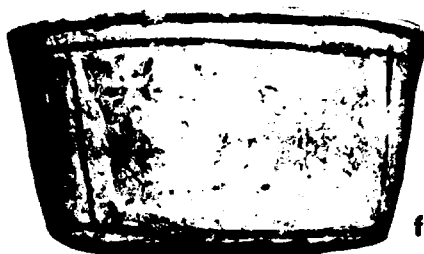
0 10cm



0 5cm



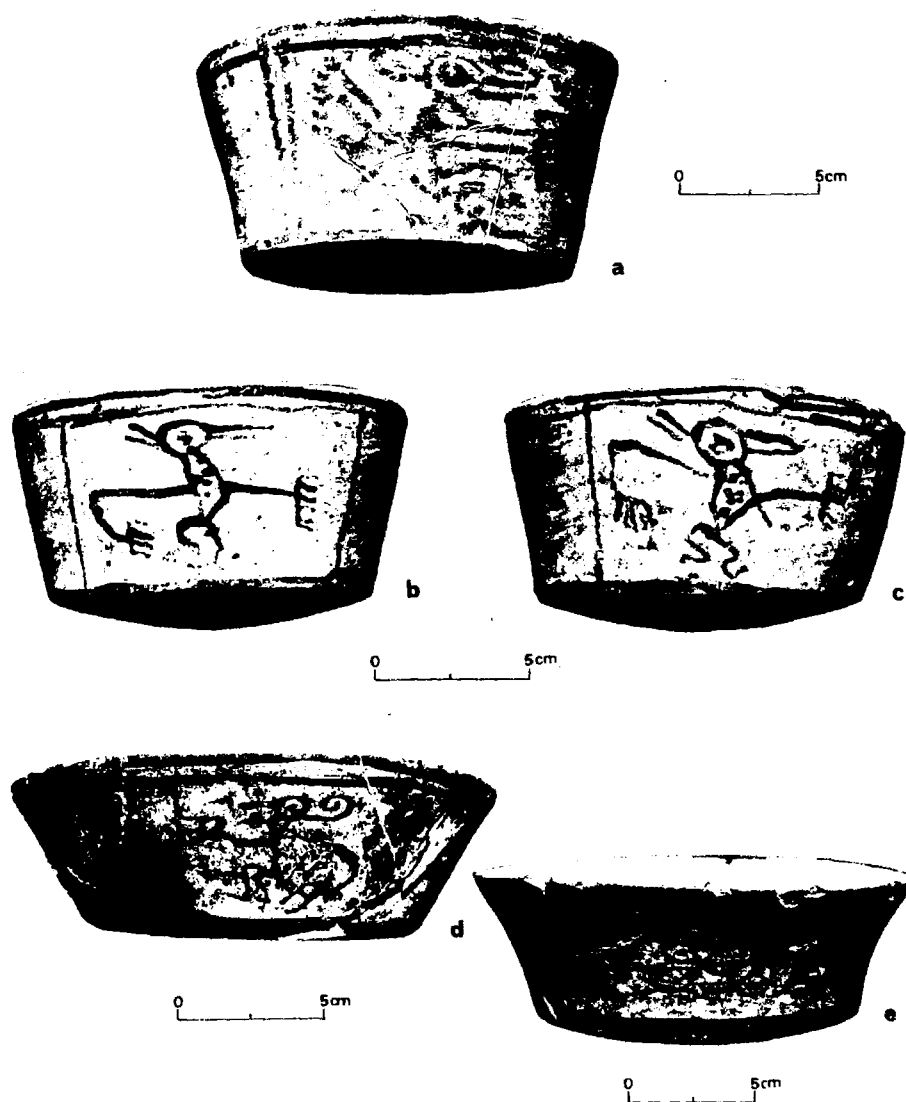
0 5cm



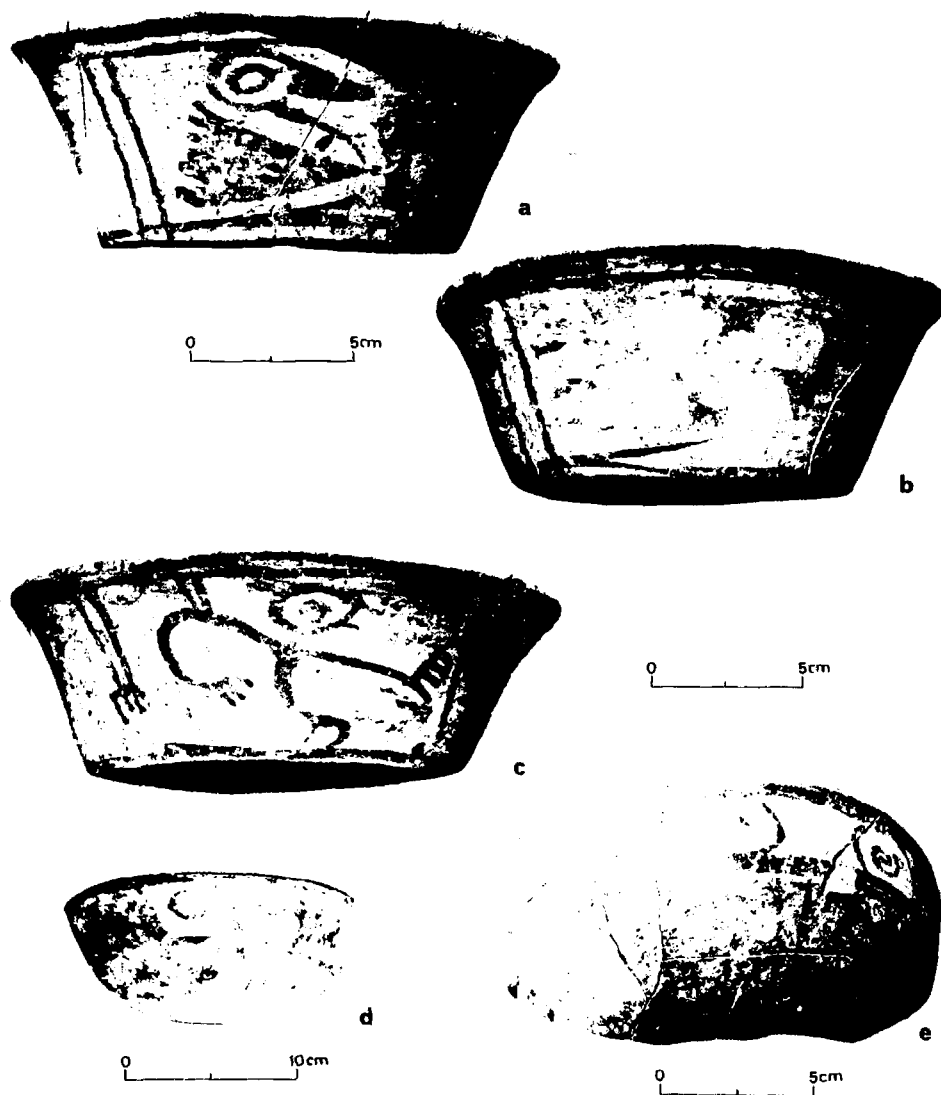
f

L.A.M. XXV: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: Diseños asociados a cuencos de paredes rectas.

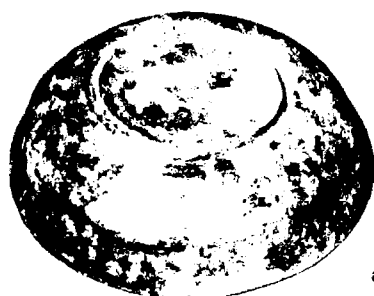
"



LAM. XXVI: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: Diseños relacionados con:
cuencos de paredes rectas (a-d); cuencos evertidos (e).



ILAM. XXVII: TIPO JELIC ROJO SOBRE CREMA: Diseños asociados a:
cuencos de paredes evertidas (a-c); cuencos de si-
lueta compuesta (d-e).



a

0 5cm



b

0 5cm



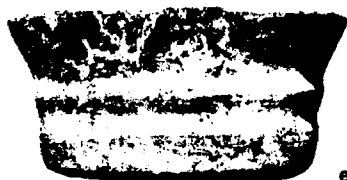
c

0 5cm



d

0 5cm



e

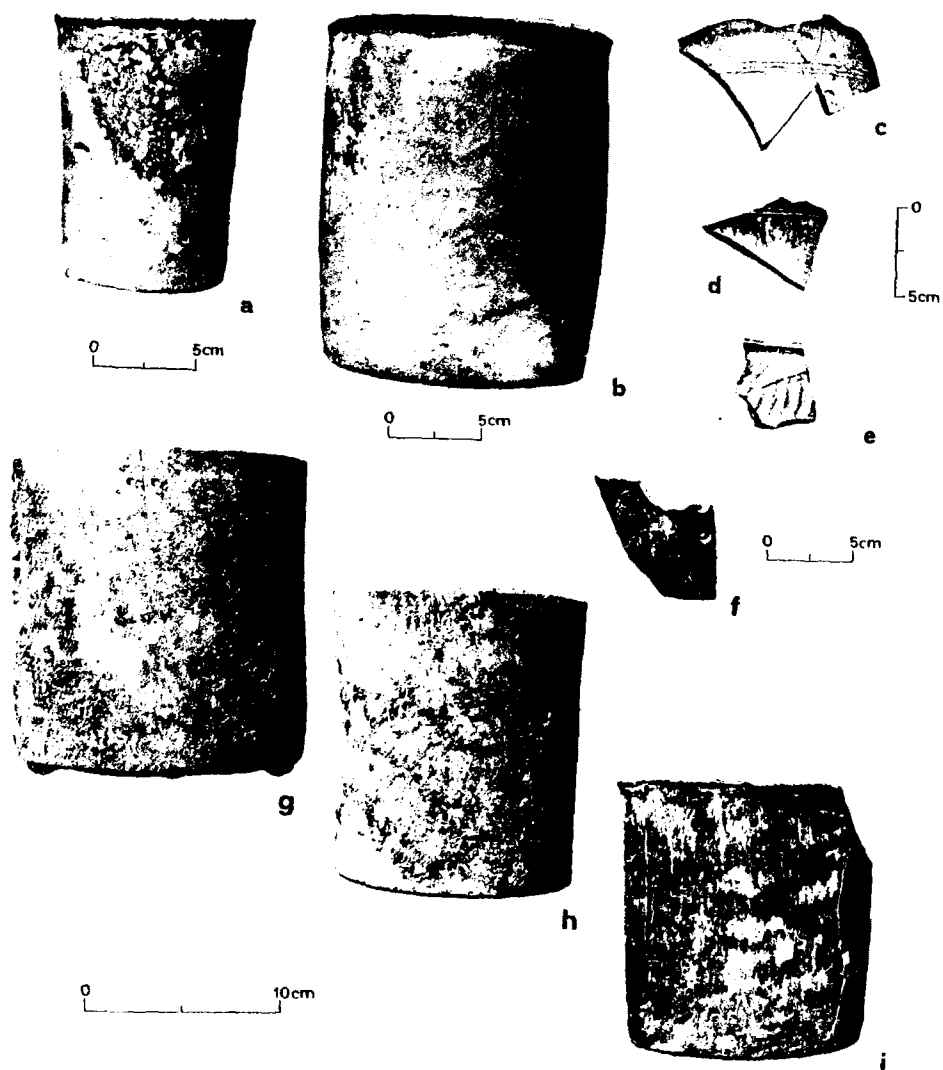
0 5cm



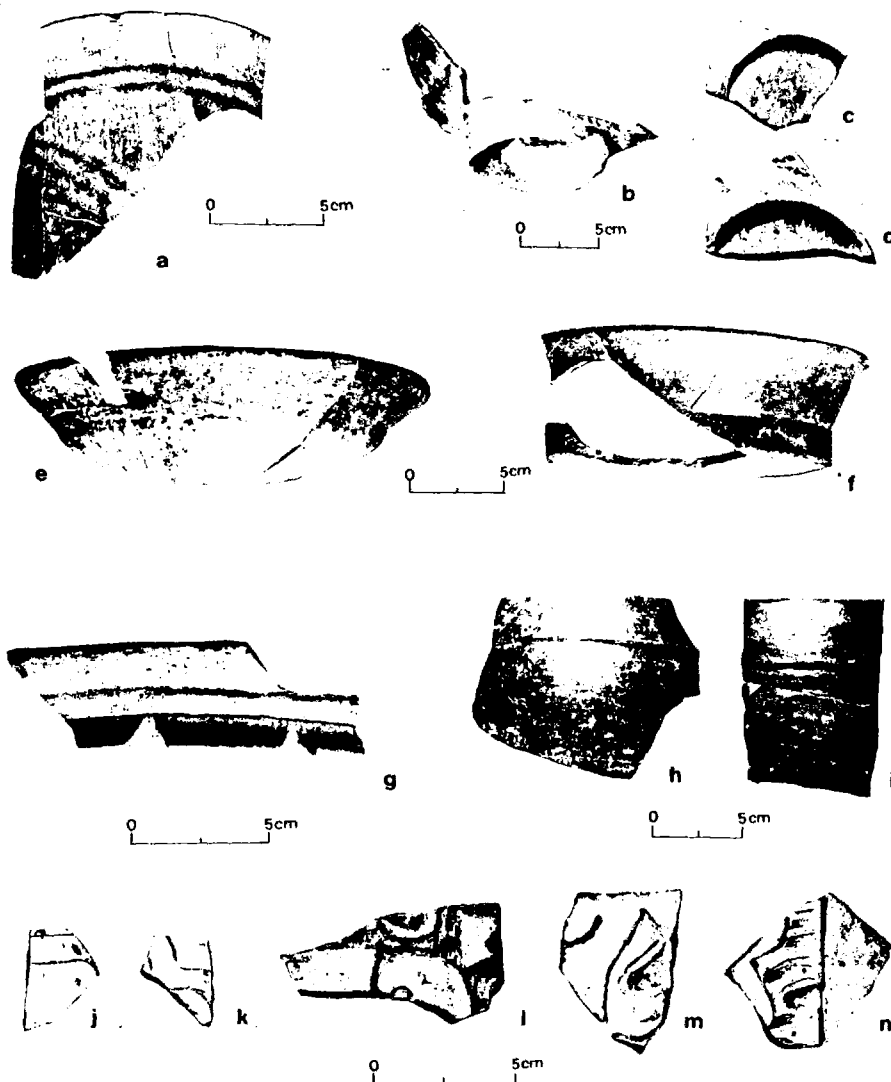
f

0 5cm

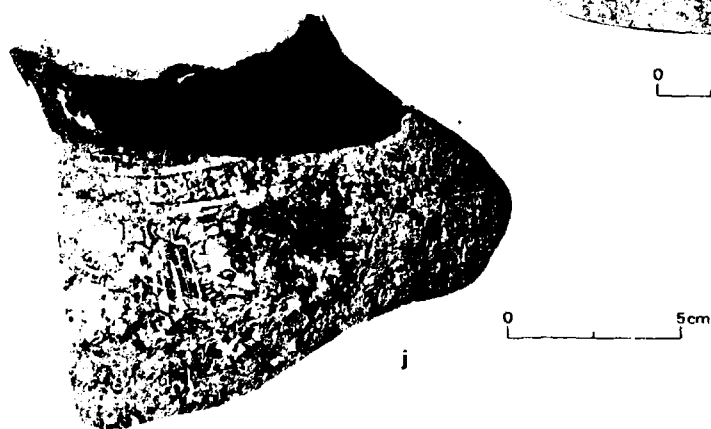
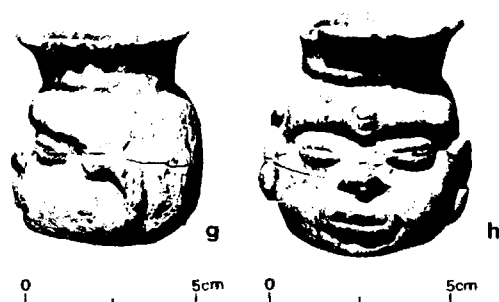
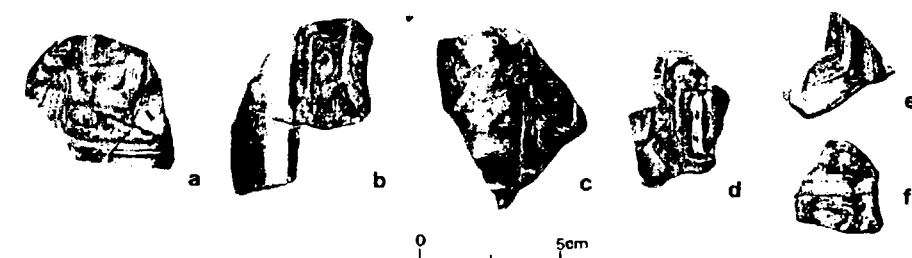
LAM. XXVIII: TIPO WECH NEGRO LISO. Formas características: cuencos de silueta compuesta (a-c); cuencos rectos (d). TIPO WEXH NEGRO ACANALADO (e-f).



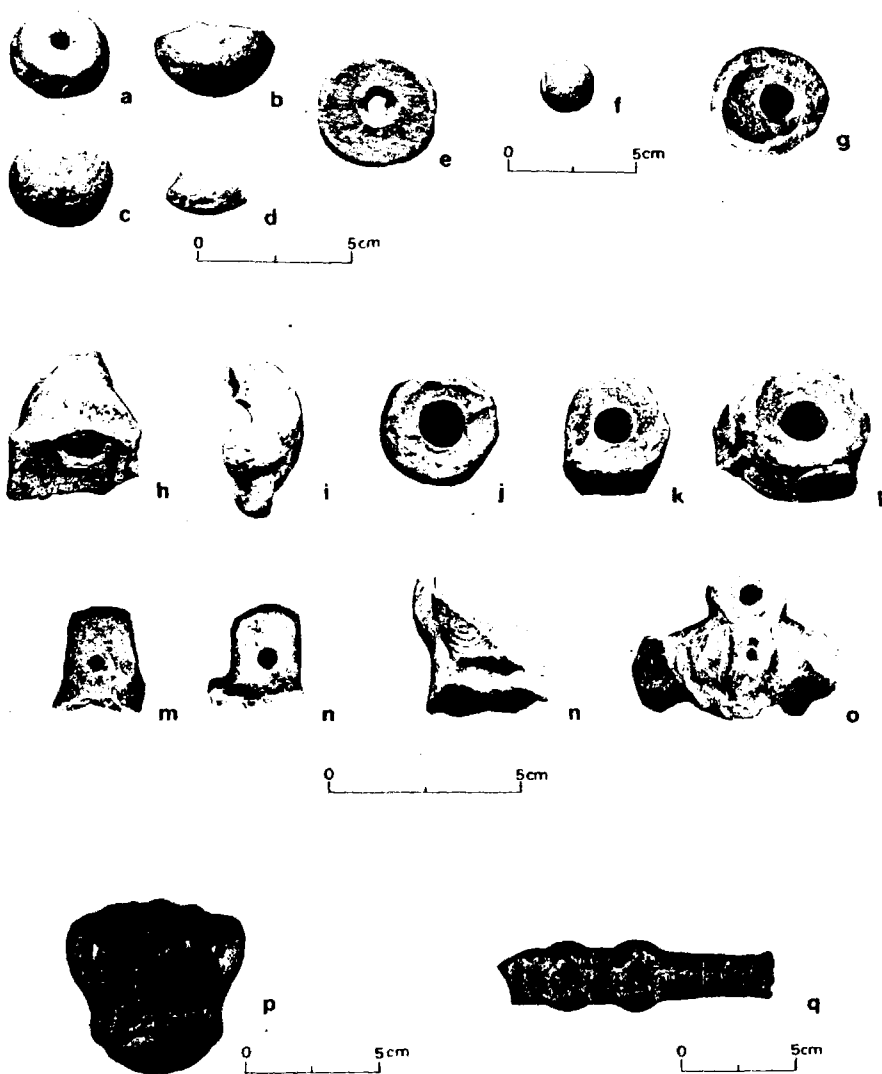
LAM. XXIX: TIPO S. JUAN PLOMIZO LISO: vasos de paredes rectas (a-b)
 TIPO S. JUAN PLOMIZO INCISO: diseños decorativos (c-e).
 TIPO XIBAL NEGRO ESTUCADO: formas básicas (f-i).



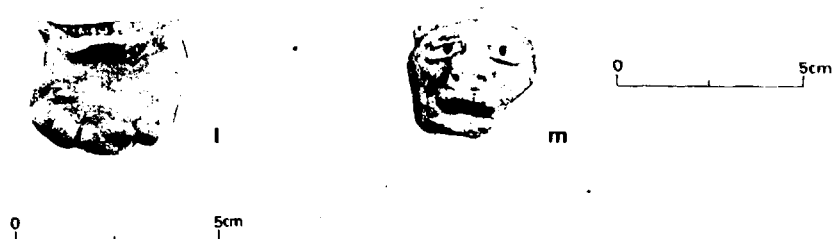
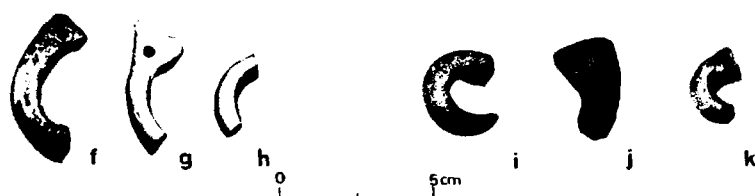
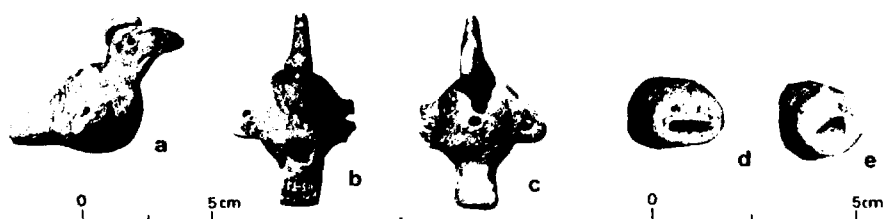
LAM. XXX: TIPO ZOTON ROJO MARRUECOS ACANALADO (a); TIPO CHEMALFA ROJO PULIDO LISO (b-f); TIPO CHEMALFA ROJO PULIDO INCISO (g); TIPO TZIC NEGRO MARRON LISO (h-i); TIPO LATZ BLANCO INCISO (j-k); TIPO LATZ BLANCO EXCISO (l-n).



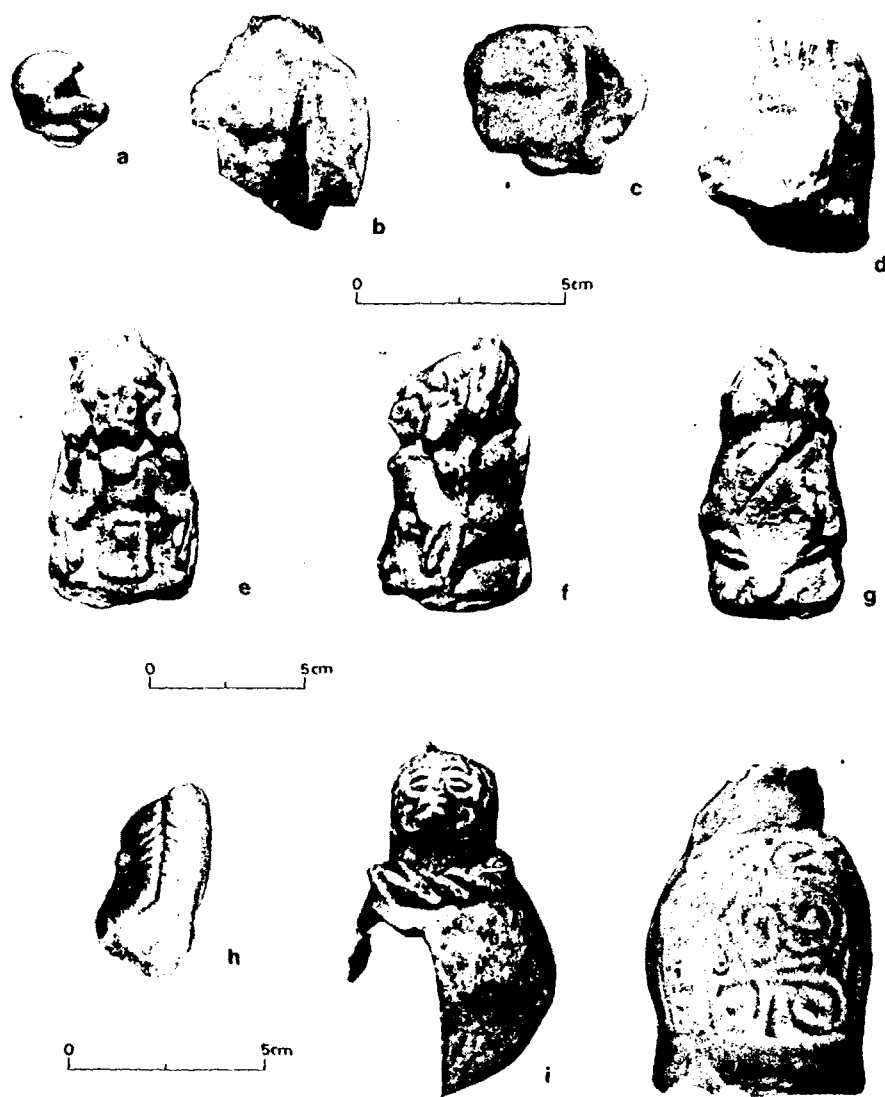
LAM. XXXI: TIPO POVAL NEGRO PULIDO EXCISO (a-f); TIPO TIQUISATE " MODELADO (g-h); TIPO UMAL ROJO FINO (i); TIPO SAXCHE POLICROMO (j).



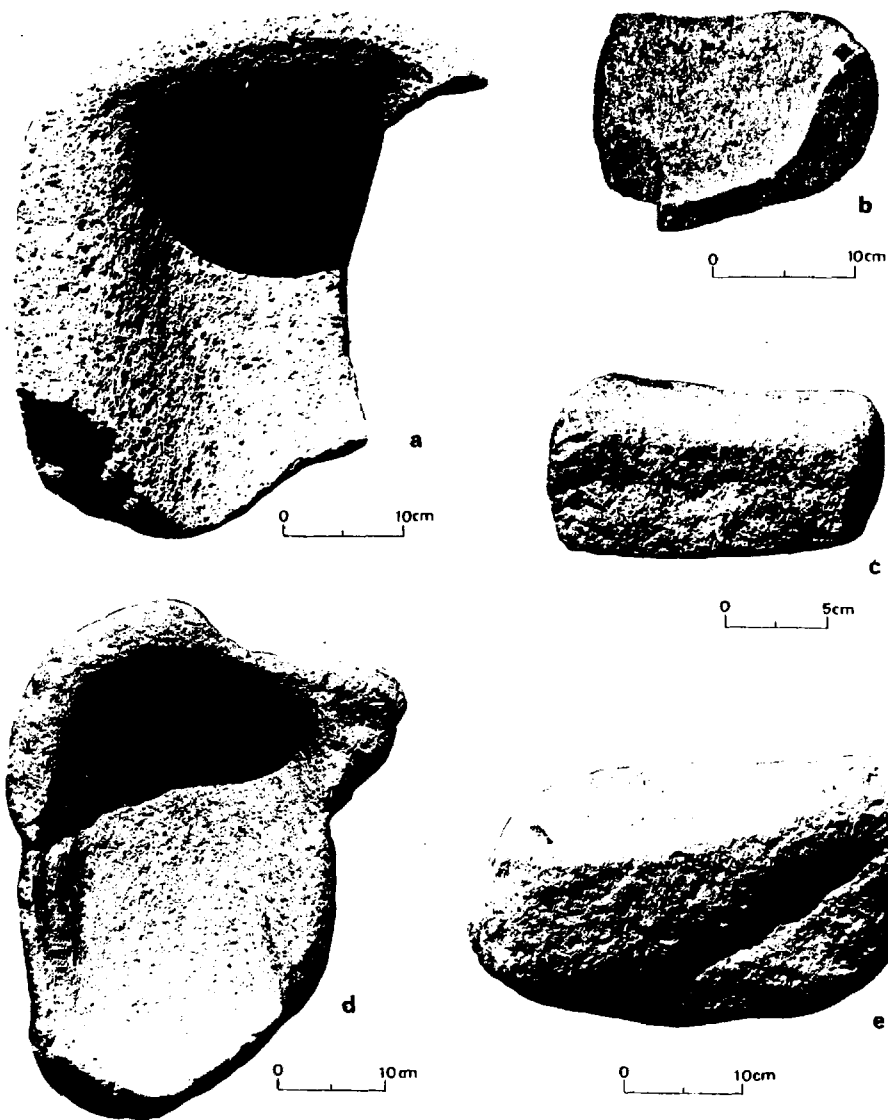
LAM. XXXII: ARTEFACTOS DE CERAMICA: Malacates (a-e); canica (f);
 cuerpos y apéndices de ocarinas (g-o); ocarina de Fin
 ca Tolimán (p); ocarina procedente de Tiquisate (q)..



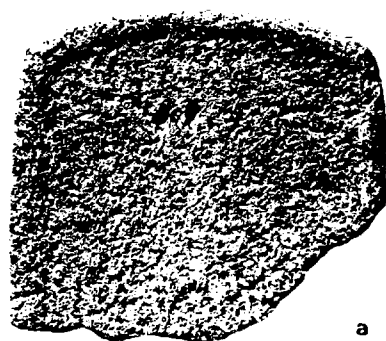
ILAMJ. XXXIII: ARTEFACTOS DE CERAMICA: Silbato y orificios de aire (a-e); pendientes (?) (f-k); mangos de incensario (l,n); caritas pertenecientes a incensarios (m,ñ).



LAM. XXXIV: ARTEFACTOS DE CERAMICA: Cabeza de mno (a); fragmentos de figurillas (b-c); fragmento de cabeza (d); figurillas San Juan Plomizo (e-i); objeto sin identificar (j).

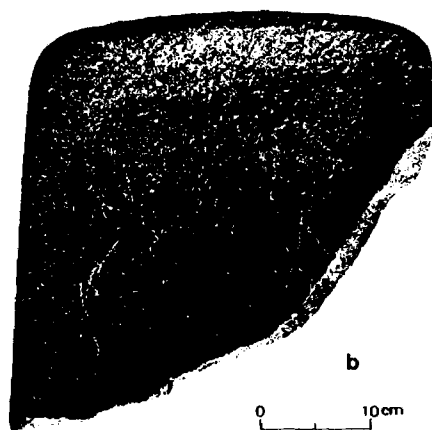


LL/AM. XXXV: Metates sin patas: Losa cóncava (a-b; d-e); losa plana " (c)



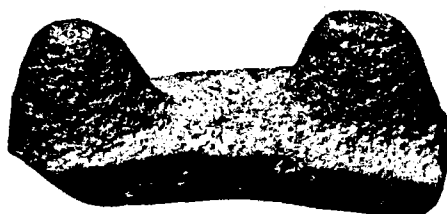
a

0 10cm



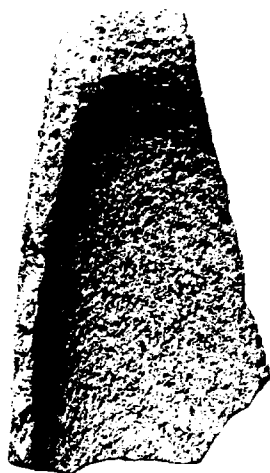
b

0 10cm



d

0 10cm



c



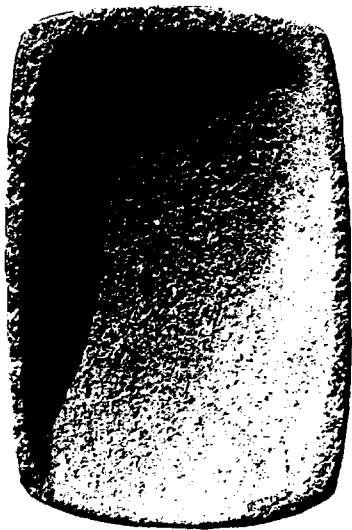
e



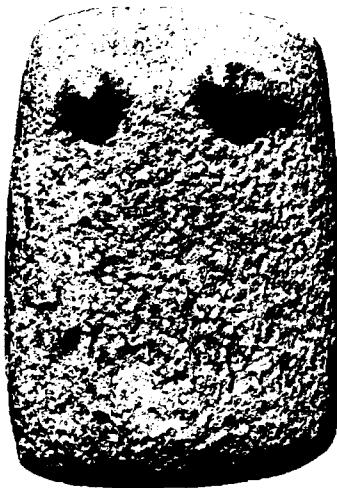
f

0 10cm

Lám. XXXVI: Metatase con patas: (a) losa plana; (b-d) losa cóncava; (e-f) patas.



a



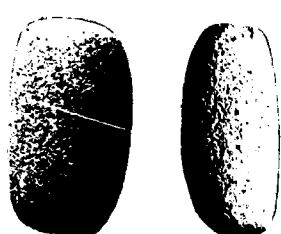
b

0 20cm



c

ILám. XXXVII: METATES CON PATA: (a-c) losa cóncava.



a



b



c

0 10 cm



d



e



f



g

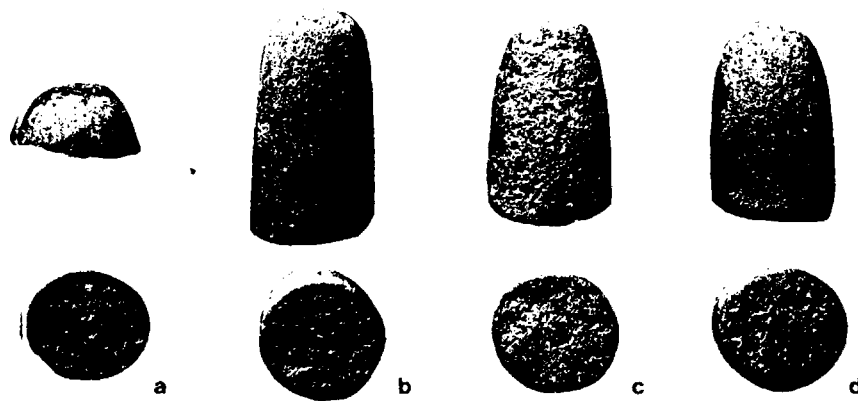


h

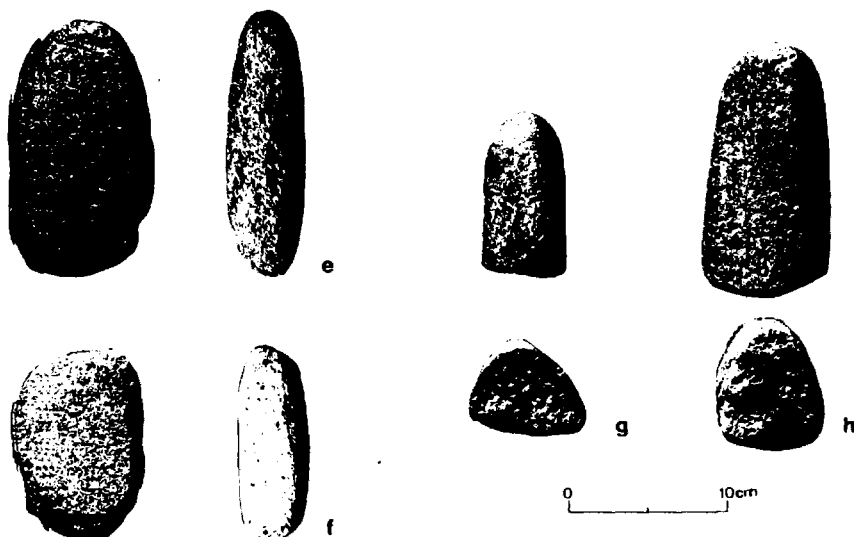


i

Lám. XXXVIII: MANOS: (a-e) de sección oval; (f-i) de sección rectangular.



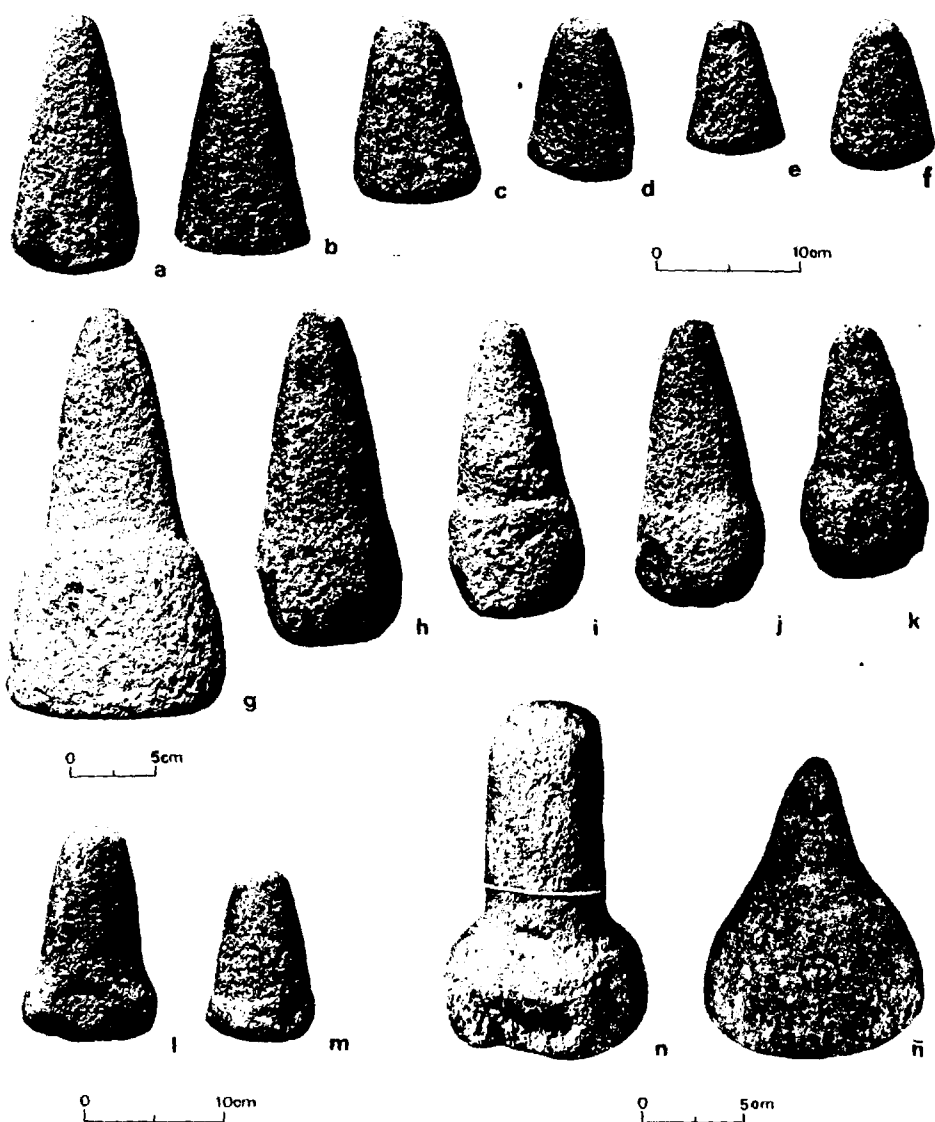
0 10cm



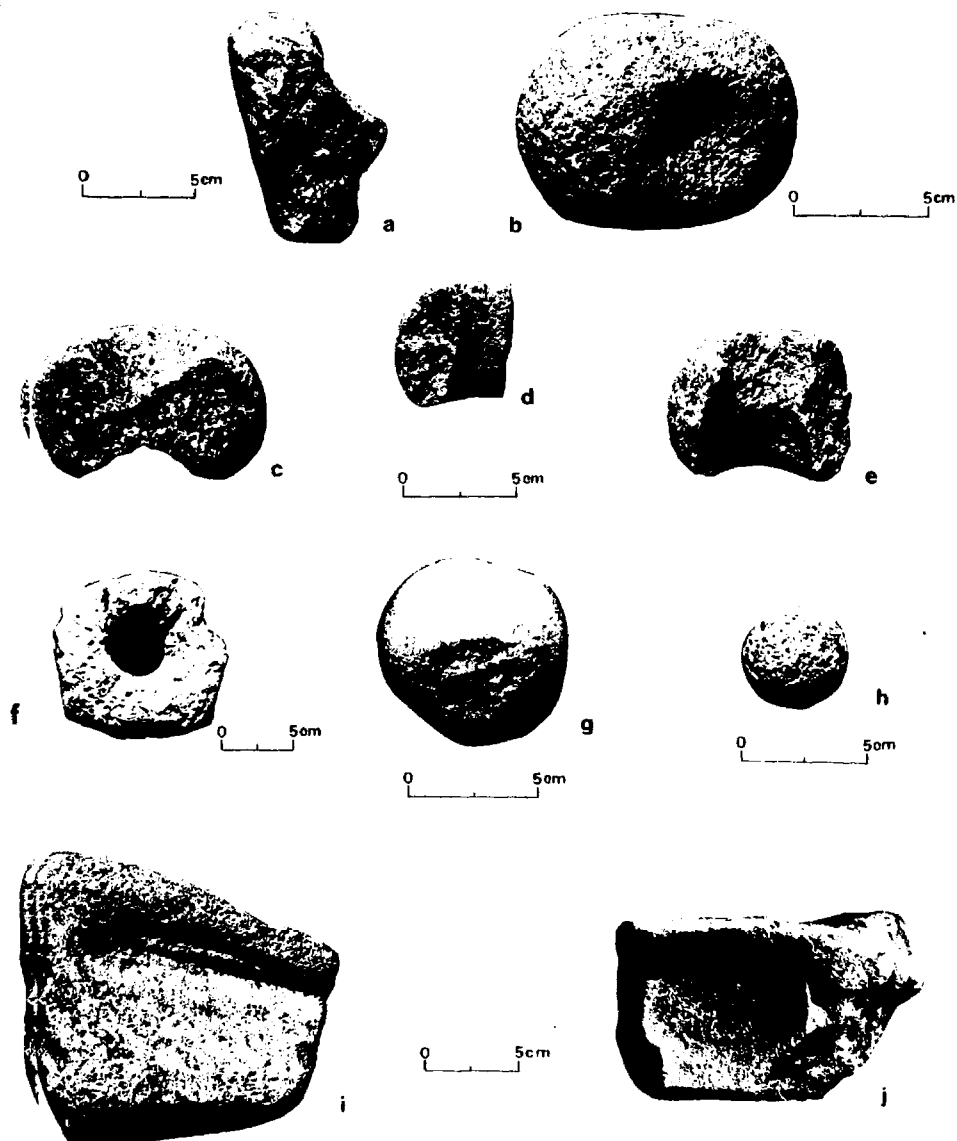
0 10cm

Lám. XXXIX: MANOS: (a-d) de sección cilíndrica; (e-f) de sección elipsoidal; (g-h) de sección triangular.

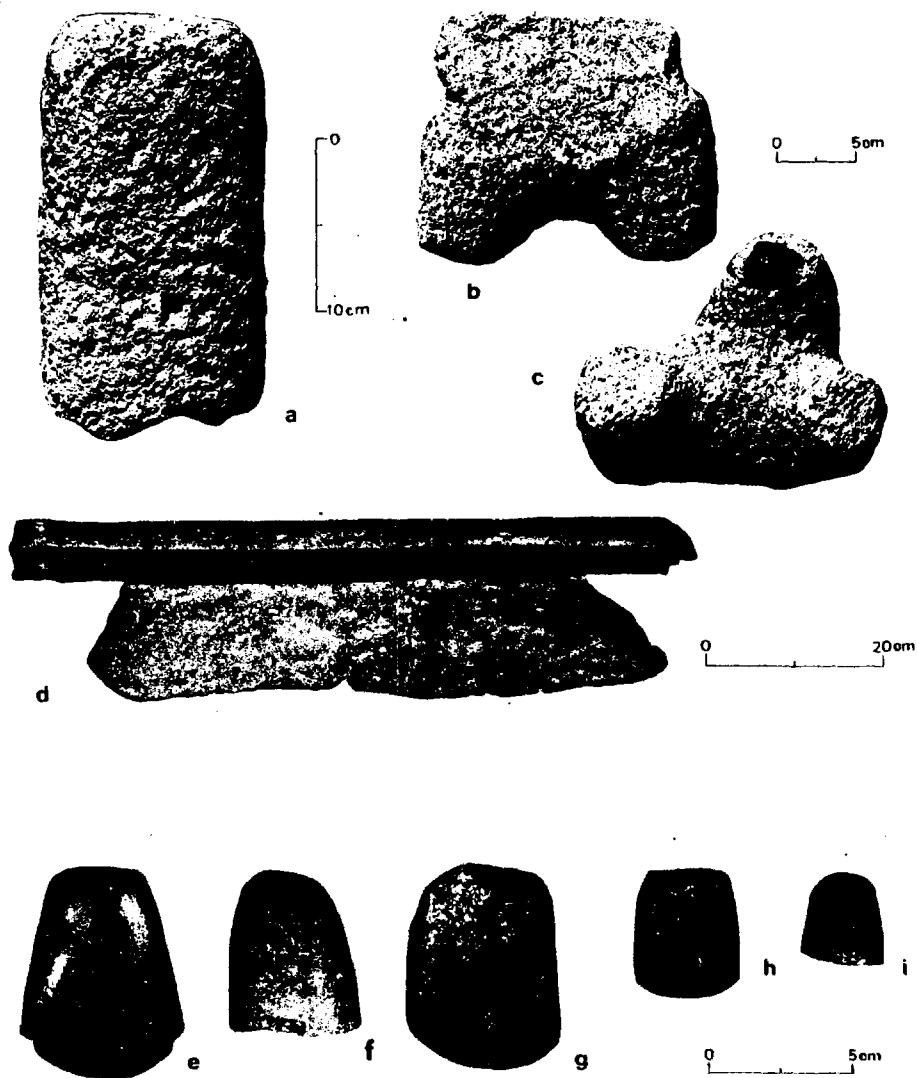
"



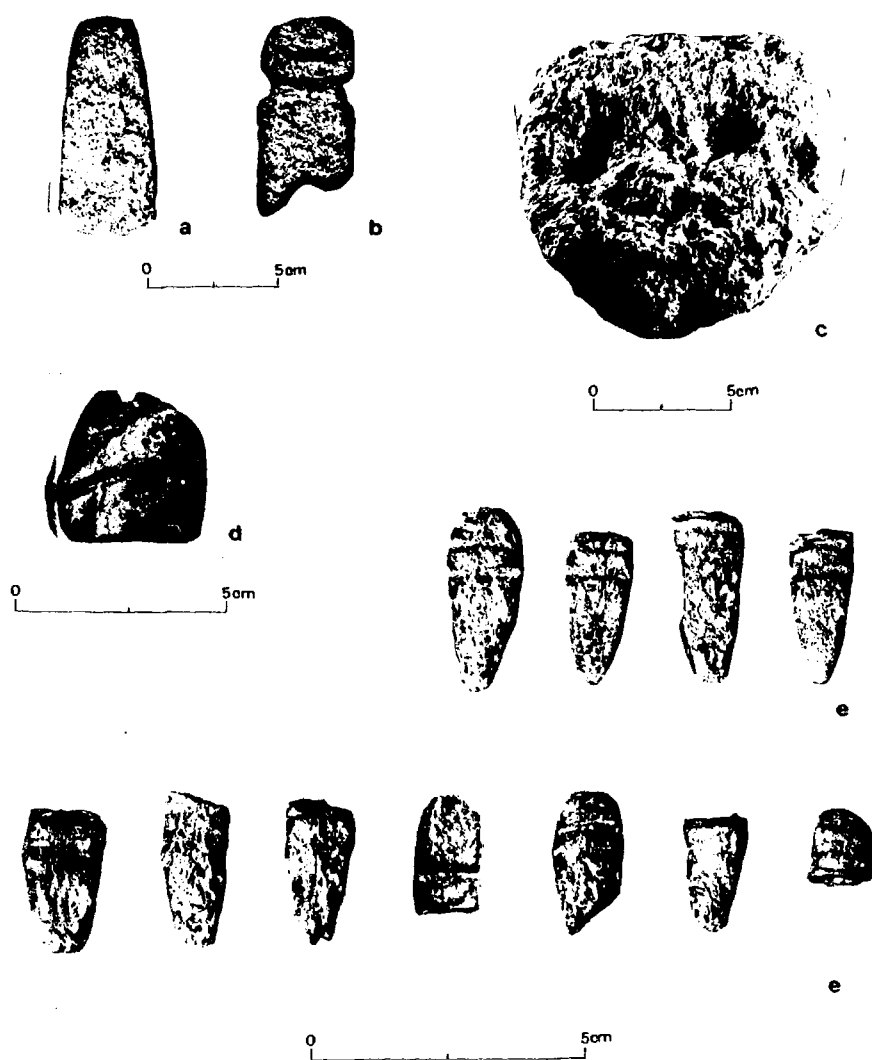
Lám. XL: MACHACADORES: (a-f) lisos; (g-m) con estrechamiento; (n-ñ) ejemplares de origen desconocido.



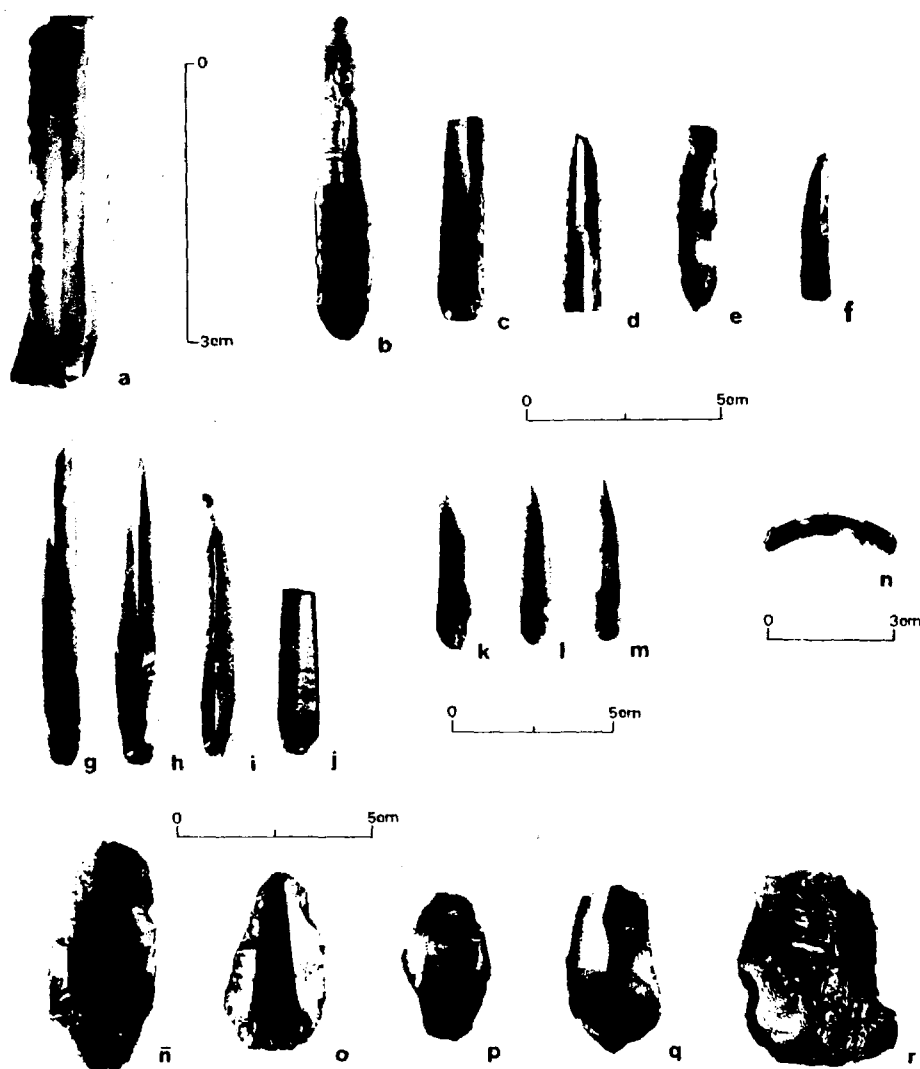
Lámm. XLI: ARTEFACTOS DE PIEDRA: (a-b) morteros; (c-f) piedras perforadas; (g) martillo; (h) pelota; (i-j) afiladores.



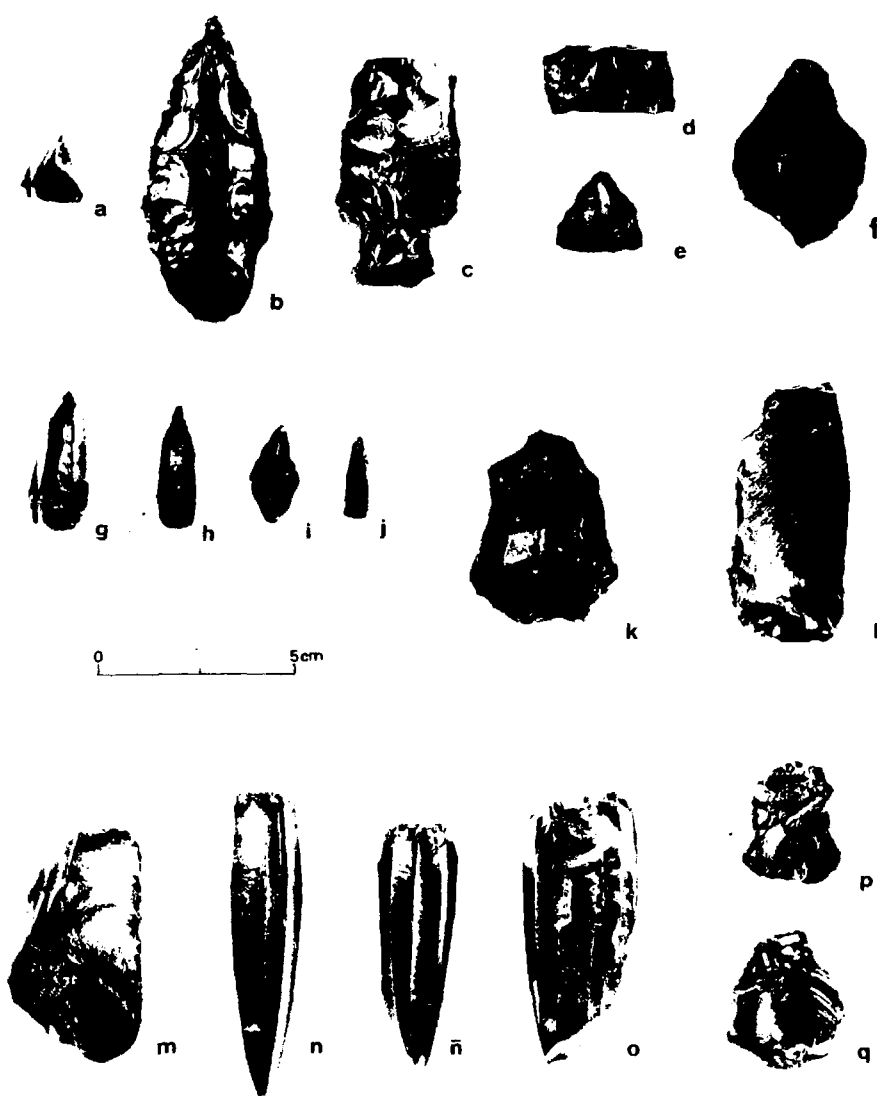
Lám. XLII: ARTEFACTOS DE PIEDRA: (a) cilindro; (b-o) piedra-hin-
go; (d) asiento del temazcal; (e-i) hachas.



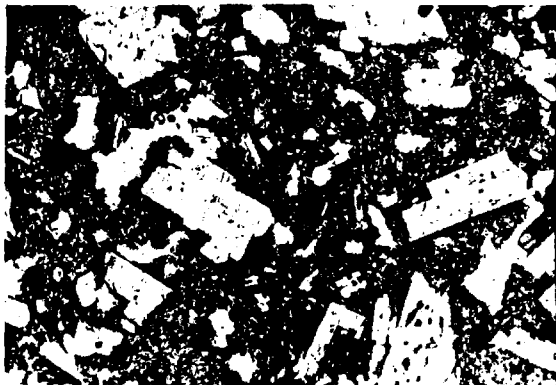
Lám. XLIII: ARTEFACTOS DE PIEDRA: (a) hacha de piedra pómez; (b) figurita; (c) cara; (d) camahuil. OBJETOS DE COPAL: camahuiles.



Lám. XLIV: ARTEFACTOS DE OBSIDIANA: cuchilas prismáticas, (a-f) con retoque; (g-n) sin retoque; (ñ-q) hojas; (r) lascas retocadas.



ILám.. XLV: ARTEFACTOS DE OBSIDIANA: (a) punta de flecha; (b) punta de lanza de forma lanceolada; (c) punta con pedúnculo (d-f) puntas; (g-j) perforadores; (k) raedera; (m) cuchillo; (n-o) núcleos; (p-q) desechos de talla.



Lám. XLVI: COMPOSICION MINERALOGICA DE LA PIEDRA BASALTICA.

